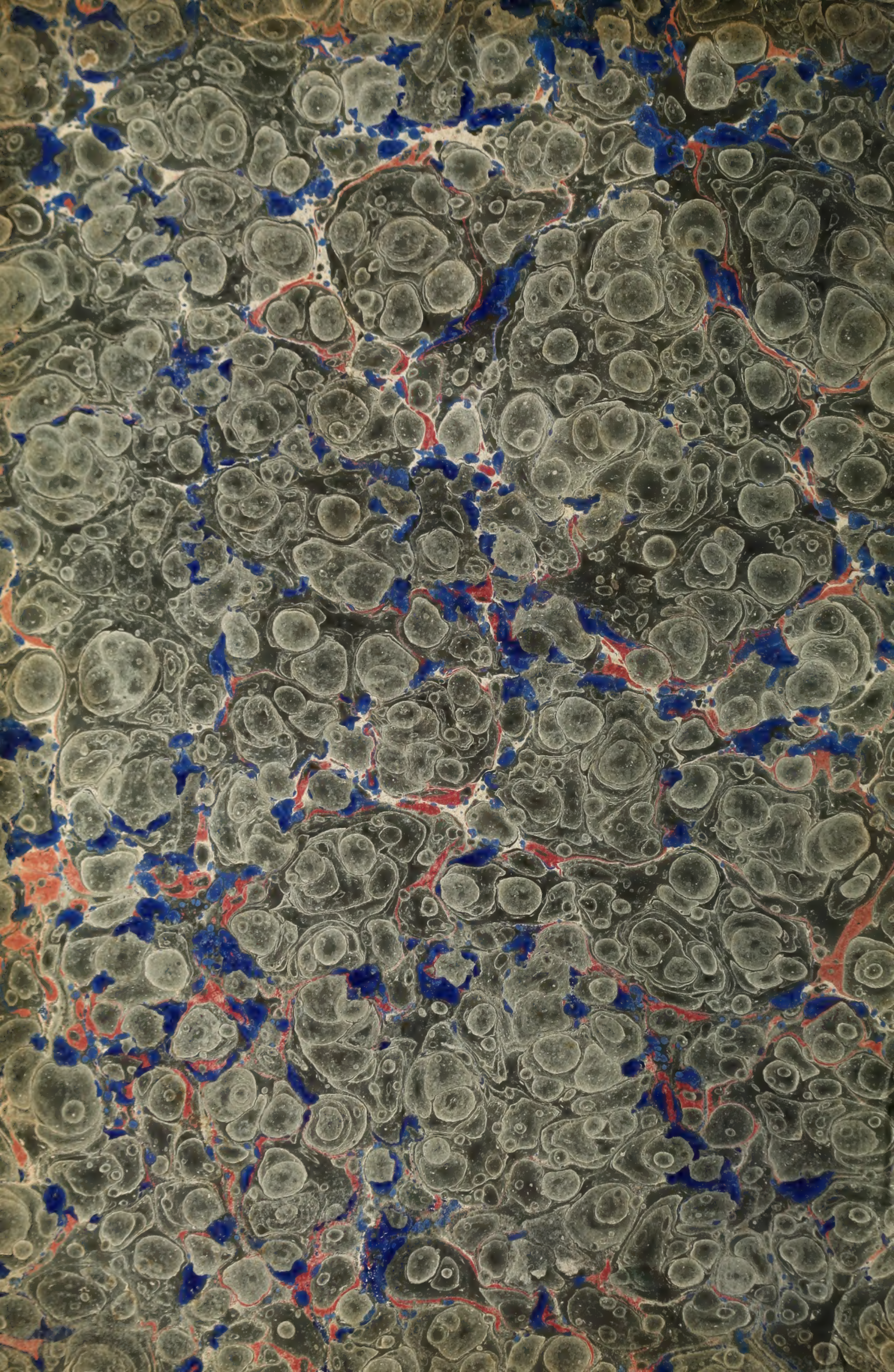
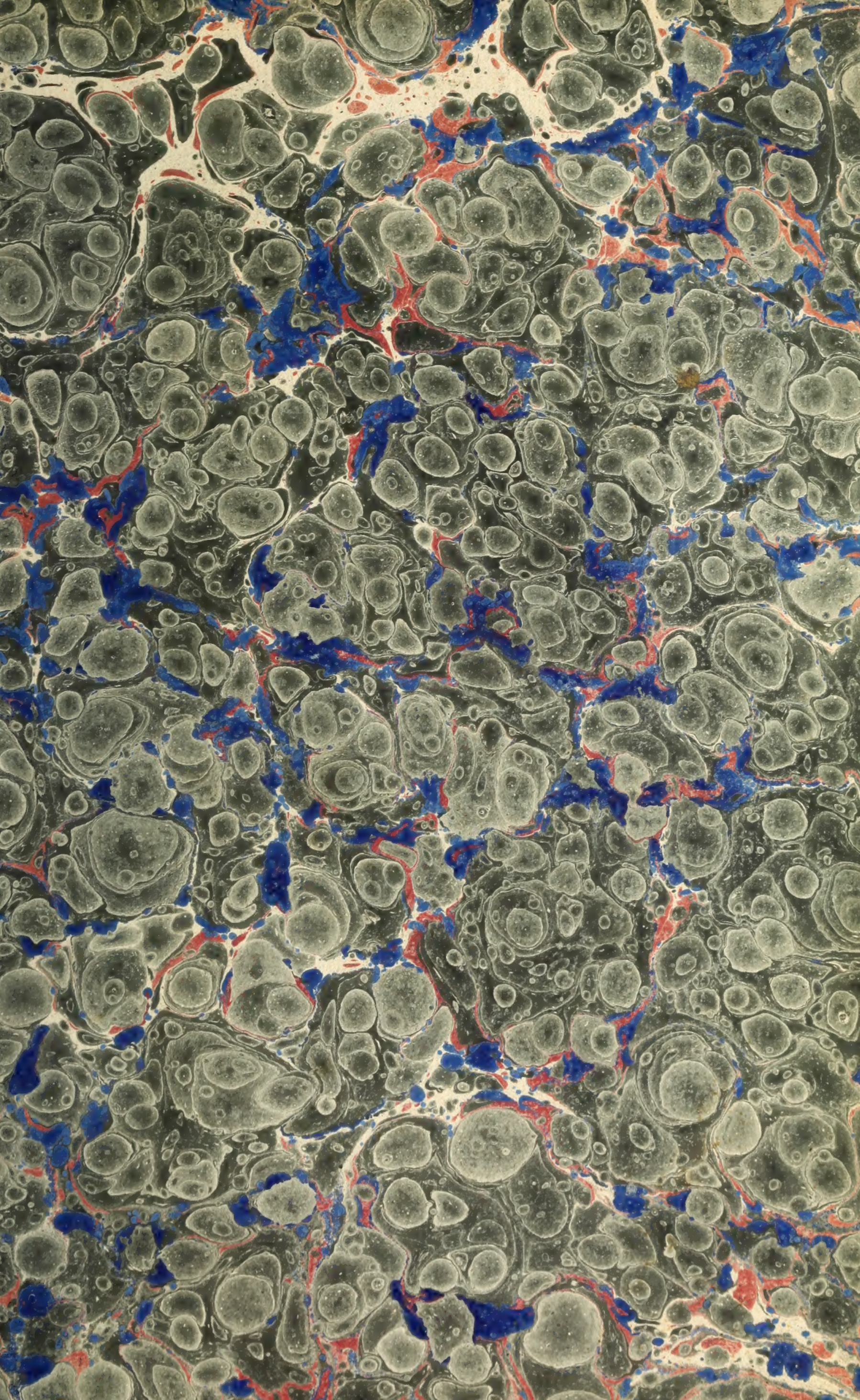

3 1761 09545849 3





ISABEL PRIMERA.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

Don Francisco José Orellana.





MADRID.
Librerias de Leon Pablo Villaverde, calle de Carretas: José Cuesta, calle Mayor y Oliveres Concepcion Gerónima.

BARCELONA.
Librerías de Manuel Saurí: Viuda Mayol: Jaime Subirana: Isidro Cerdá:
Imp. Hispana de V. Castaños Asalto, 20.

PRIMERA PARTE.

La Columna en el Desierto.

Censura de novelas.=Madrid 31 de agosto de 1853.=Puede imprimirse. =El censor, *C. N. de Rebolledo.*=Es copia.

BARCELONA:
Imp. Hispana de V. Castaños Conde del Asalto 20.
1853.



A. Fatjó. g.   Urrabieta. d.

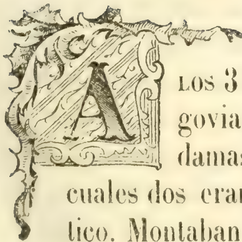
ISABEL LA CATÓLICA.



LIBRO PRIMERO.

LOS AMORES DE LA INFANTA.

CAPÍTULO PRIMERO.



A los 30 de mayo de 1468 iban camino de Segovia por la orilla del Guadarrama tres apuestas damas escoltadas por cuatro caballeros, de los cuales dos eran jóvenes, uno anciano y el otro eclesiástico. Montaban lo mismo las damas que sus acompañantes en sendos bridones enjaezados á la usanza de la época, dado que no llevasen tan brillantes arreos como pudiera usarlos el caballo del mas ínfimo hidalgo del marqués de Villena, ó el de un simple familiar ó persevante del arzobispo de Toledo.

Seguia detras una escasa servidumbre compuesta de algunos escuderos y pajes, que conducian en acémilas dos tiendas de campaña, víveres y las maletas de las damas.

Tan reducido tren no revelaba que fuesen personas muy principales las que tan modestamente caminaban, y sin embargo, alguna de ellas lo era mas que el poderoso é intrigante D. Juan Pacheco, señor de media España y que su ambicioso y suspicaz compañero D. Alonso Carrillo.

Ciertamente, cualquiera de estos dos orgullosos magnates, á pesar de su mucho poder, si se hubiese por acaso encontrado con aquella humilde comitiva, no habria podido menos de echar pié á tierra para saludar á una de las damas, la que ostentaba menos lujo en su traje y atavios.

Era esta una graciocísima jóven de diez y siete años, blanca como una azucena y sonrosada como un serafin: tenia los ojos azules como el cielo de Andalucia, brillantes y animados al par que modestos, y el cabello castaño: eran sus facciones de una belleza clásica, su estatura mediana, y todo el conjunto de su persona tan agradable y majestuoso á la vez, que no parecia sino que la naturaleza la habia destinado para inspirar amor y respeto á cuantos por ventura la viesen.

Esta hermosa doncella vestia una falda de sarga, y un justillo recamado de oro, que honestamente hasta cerca del cuello le subia, dejando ver la rizada pechera de su blanca camisa terminada en una pequeña gorguera ó gola de fina randa: un brial de tela adamascada de seda y estambre llevaba sobre todo ceñido con un cinturon, y en la cabeza una toca de brocado guarnecida de encaje de plata que la descansaba en los hombros, y un sombrero de fieltro de grana, con que al sol eclipsaban los reflejos de su cara.—Lo único que habia de notable en el traje de esta dama era la labor de la tela de su falda, que toda ella representaba figuras de castillos y leones cruzados con armonioso artificio, distintivo que solo usaban las personas de la familia real de Castilla.

Las otras damas que la acompañaban, eran una noble dueña

entrada en años, y una arrogante doncella que aun no habia cumplido los veinte. La primera, nada hermosa, cariredonda, morena y pequeñita, se distinguia por la profunda vivacidad de sus ojos negros, un tanto amortiguados del mucho estudiar: se llamaba Doña Isabel Galindo, cognominada *la Latina*, y era maestra ó aya de la infanta Doña Isabel, hermana del rey D. Enrique IV. La segunda era su mas querida é inseparable amiga Beatriz de Bovadilla, jóven de grandes prendas, varonil entereza y singular hermosura.

Era la hora en que, vencida la cúspide azulada del cielo, declina el sol hácia el occidente, y el ardor de sus rayos se hacía sentir con tanta fuerza como en lo mas avanzado de la canícula. Ni un soplo de viento conmovia los tomillos y espartizales de de que estaba cubierto el árido campo, ni un pájaro cantaba en los escasos olmos que, como centinelas del rio, se alzaban en sus orillas.

Nuestros viajeros dejando á un lado la ribera, comenzaron á subir el repecho de una montaña, parte de los ramales que de la sierra de Guadarrama se estienden hacia el mediodia, en cuya cumbre se divisaban las ruinas de una antigua fortaleza morisca. La hermosa jóven del sombrero de púrpura, viendo aquellos torreones volvióse á sus caballeros, y señalándoles con la mano. dijo con acento festivo:

—Amigos mios: ved allí la Alhambra de Granada. ¿Os atreveis á tomarla?

—No es difícil la empresa, sobre todo con la brillante hueste que os sigue, señora, contestó en el mismo tono D. Gonzalo Chacon, anciano guerrero de aspecto venerable y noble de antigua prosapia.

—Y tanto como no es difícil, repuso la jóven, cuyos hermosos ojos destellaron un vivo relámpago de génio. —¿Quién de vosotros no vale por cien lanzas, llevando al frente un general como yo?

—Cierto! muy cierto! clamaron á una voz los caballeros entusiasmados.

El eclesiástico entre tanto guardaba silencio y parecia un matemático que estuviese ocupado en la resolucion de un problema.

—¿Vos nada decis, señor Alonso de Coca? preguntó la jóven al capellan. ¿Acaso desaprobais nuestro plan de conquista?

—No tal, señora mia, respondió el eclesiástico: antes me ofrezco á llevar la enseña de la cruz para plantarla en la torre del homenaje.

—Siendo esto así, sus! mis valientes! ¿Qué os detiene?

Y esto diciendo, la hermosa dama picó á su caballo, y se lanzó á escape monte arriba.

Sus compañeras y sus caballeros imitaron su ejemplo, inclusa la Latina, á quien visiblemente incomodaba aquel juego por sentirse fatigada.

Mientras asi corrian, el capellan se acercó á uno de los caballeros, jóven de mediana estatura, rubio cuasi albino, cuyos ojos azules y animado semblante revelaban vivacidad y travesura, y le dijo:

—¿Creeis que sepa algo, D. Gutierre?

—No es posible, señor capellan, contestó el jóven.

—Pues á no dudar ella misma nos ayuda.

—Tanto mejor.

—Vereis si tenia yo razon en contar con su imajinacion novelesca.

—Si, si, no lo dudo; pero callad, no sea que sospeche.

Los que asi hablaban no podian ser oidos por los otros dos caballeros, que iban delante de ellos, ni mucho menos por la hermosa dama que sin duda era objeto de su conversacion; pero seguramente reconocian en ella una penetracion muy superior. pues se recelaban de que adivinase lo que entre ellos trataban sin necesidad de oirlo, y solo por los ademanes ó el jesto.

Pero eran infundados estos recelos, pues la jóven, atenta solo á la idea de llegar á la meta la primera, seguia impulsando al poderoso overo que montaba; con una intrepidez de amazona. Y sin embargo, nadie le disputaba el triunfo, pues á escepcion de la otra jóven que la acompañaba, todos las demas se mantenian á

una respetuosa distancia, refrenando el ardor de sus caballos.

Luego que llegaron á la cumbre del monte, las dos jóvenes amazonas se dirijieron á las ruinas, y aguardaron á los caballeros con aire de vencedor.

—¡Cuánto me place veros contenta, mi querida señora! dijo Beatriz de Bovadilla.

—Contenta, oh! si, tienes razon, amiga mia, contestó suspirando la otra jóven, á quien ya habrán conocido nuestros lectores; pues no era otra que la infanta Doña Isabel, la futura gran reina de Castilla.

—Lo decis de un modo tan singular... replicó Beatriz. ¿Me habré engañado?

—Beatriz, contestó la infanta con mas gravedad de la que pudiera esperarse de sus pocos años; -Beatriz, debemos contentarnos siempre con lo que Dios dispone, pero nuestro corazon es rebelde y difícilmente se rinde al santo yugo de la resignacion.

—¿Estariais arrepentida de lo que habeis hecho? insistió Beatriz.

—No amiga mia: estoy por el contrario satisfecha, pero no tranquila.

En esto llegaron los caballeros, que se habian detenido mas, por no dejar á su espalda á la señora mayor que llamaban la Latina. El primero que se reunió con la infanta, fué un bizarro jóven á quien todavía no hemos nombrado. Andrés de Cabrera se llamaba este caballero, el cual dirijiendo una mirada llena de amor hácia Beatriz, cuyo rostro inflamado por el esfuerzo de la carrera estaba magnífico de hermosura en aquel momento, dijo á la infanta con respetuosa galantería:

—Siempre os toca triunfar, señora.

—¿Estais de ello pesaroso? preguntó la infanta.

—Muy al contrario, repuso Andrés de Cabrera con intencion: me complazco en proclamar los triunfos de la hermosura, aunque tal vez me toque ser vencido y cautivo mal tratado.

Beatriz dirijió al jóven una mirada severa, y luego bajó los ojos ruborizada.

La armadura venia estrecha en aquel momento al noble caballero, que haciendo caracolear á su corcel, se volvió hácia los otros, y gritó con voz enérjica para desahogar su emocion:

—¡Nobles castellanos! ¡La Alhambra por Doña Isabel!...

La Latina se acercó á su real discípula, y con la autoridad que la daba su carácter de preceptora, sin faltarla al respeto, la dijo con voz sumisa:

—Bueno es que deis ensanche á vuestro corazon, que bien lo necesita, despues del cautiverio en que ha estado sumido, señora mia; pero no os conviene tanta familiaridad con los que, si bien nobles de gran valía y muy adictos á vuestra persona, son inferiores en calidad á la infanta de Castilla.

La infanta oyó en silencio esta reconvencion, y acercándose mas á su grave maestra, la contestó con voz mimosa, é inclinando el cuerpo hácia ella:

—¡Pobre aya mia! Comprendo lo que te ha puesto de mal humor. Soy tan inconsiderada, que no reparo en tu fatiga. Te has cansado mucho, ¿no es verdad?

— Nunca me canso en serviros, repuso la Latina: lo que os dije fué por el amor que os profeso.

—No tienes razon, aya mia: los hijos de reyes deben hacerse amar de sus nobles, y no somos superiores á los demas sino en la grandeza de ánimo. Mira,–continuó esparciendo la vista por el horizonte dilatado que desde aquella altura se descubria:–el mio está en este momento tan sublimado, que á no respirar el aire libre de estas montañas, á no tener por morada el universo con su bóveda inmensa, pienso que mi espíritu romperia la frájil cárcel que lo contiene.

Y esparciendo sus miradas por los neblinosos confines de la tierra, se fijó en un objeto que á lo léjos se veia. Era el sombrío alcázar de Madrid, cuyos macizos muros y agudas torres se destacaban en el fondo blanquecino del horizonte. La infanta suspiró entonces y añadió:

—¡Ah! ¿Cómo he podido vivir en aquel suntuoso sepulcro?

Me estremezco al pensar lo que allí he sufrido y los peligros mas horrorosos aun que me han cercado.

—No penseis ya en eso, señora, dijo Beatriz; afortunadamente hemos logrado salir ilesas de aquella cantina inmunda de vicios, y Dios ha salvado vuestra virtud y vuestro noble decoro, acrisolándoles mas con el fuego de impureza que nos rodeaba.

—Si, Beatriz, gracias sean dadas á Dios por sus muchas bondades con nosotras; pero ¿cómo olvidar esa amarga época de mi vida que tantos consuelos he recibido de mi buena aya y de tí?

—A mi nada me debeis, replicó Beatriz.

—¿Qué no te debo nada? Tan frájil es tu memoria, que no recuerdas ya lo del maestre de Calatrava?

—Seguro es que teneis mejor memoria que yo, dijo Beatriz ruborizándose.

—Pues toda vez que la tuya es tan flaca, repuso la infanta, he de contar á estos señores el suceso, para que al menos ellos no lo olviden.-Venid, señores, venid, y mientras reposamos un momento á la sombra de esos viejos torreones, os contaré una hazaña peregrina de mi buena Beatriz. Asi haremos tiempo para que se nos reunan nuestros criados, que han quedado muy atrás.

La comitiva rodeó á la infanta que se aprocsimó á la sombra de las ruinas.

En este momento, D. Gutierre de Cárdenas, aquel caballero rubio que hemos visto hablar con el capellan Alonso de Coca, se acercó á éste y le dijo en voz baja:

—Parece que no han venido.

—Aun no es tarde: callad, contestó el capellan.

—Sabeis que el rey mi hermano, dijo la infanta, obedeciendo como suele á las instigaciones del marqués de Villena, su mayor enemigo, intentó casarme con el hermano de éste, D. Pedro Giron.

—Lo cual, dijo el noble D. Gonzalo, no se habria verificado jamás, mientras hubiese caballeros de sangre pura en Castilla:

no porque el gran maestre de Calatrava, (que Dios perdone), dejára de ser ilustre, sino porque no lo era tanto como vos, y porque habria sido lo mismo que entregar una rosa vírgen á un javalí soez.

—Dios habrá perdonado al maestre, D. Gonzalo, repuso la infanta, no seamos nosotros menos generosos. Yo tambien, cuando supe la determinacion de mi hermano, me indigné, y pedí á Dios que me quitase la vida, primero que permitir se realizase tan odiosa union. Pero este peligro ya no existe, y todo lo he olvidado. Lo que ahora quiero contaros, es el valor de mi buena amiga Beatriz.

—Señora, dijo ésta; cualquiera habria hecho lo mismo en mi lugar.

—Una noche que estaba yo en mi oratorio llorando y pidiendo á Dios me libertase del duro trance en que me ponian las intrigas del marqués de Villena, vinieron á anunciarme que el maestre estaba ya en camino y debia llegar á la mañana siguiente. Desolada me dirijí á la estancia de mi hermano, y me arrojé á sus piés suplicándole me ahorrase el disgusto de rebelarme contra su voluntad: pero el rey, que tan débil se muestra con sus orgullosos vasallos, se mantuvo duro é inecsorable conmigo. Entonces me avergonzé de haberle suplicado, y corrí á esconder mi pena en mi cámara.—Beatriz estaba alli, y á mi llegada ocultó presurosamente un objeto debajo de su brial: este objeto brilló á mis ojos de una manera siniestra.—Beatriz, la dije: ¿qué aconsejas á tu desventurada amiga? ¿Qué alivio puede esperar de tí mi corazon? Ya ninguna esperanza me queda: el rey ha decretado mi muerte y mi deshonra, pues tal considero la determinacion de ese aborrecido enlace, y despreciando mis lágrimas, se muestra decidido á llevar á cabo su intento.—Y mientras así me lamentaba, noté con estrañeza que mi amiga permanecia impasible, serena, como quien ha tomado una resolucion y no teme ningun peligro.—¿Nada me respondes, Beatriz? insistí: ¿tampoco á tí te conmueve mi desesperacion? ¿Ignoras que mañana, mañana mismo he de ser sacrificada á la ambicion del de Vi-

llena y á la debilidad de mi hermano?–Eso no será, me contestó entonces con voz severa.–¿Qué no será? ¿En quién confias? –En Dios y en el cariño que os profeso, señora, me replicó: ese enlace *no lo permitirá Dios, ni yo tampoco.*–¿Y qué puedes tú hacer? la dije llorando.–No lloreis, señora, me contestó con resolucion: soy mujer y débil; pero ¿cuándo no suplió la abnegacion en pechos femeniles al valor que nos negó la naturaleza?–Y estendiendo su mano en ademan solemne hácia el crucifijo que habia sobre mi mesa, continuó:–Por ese santo signo de nuestra redencion os juro, señora, que no tocará el maestre vuestra mano, pues antes que á tanto se atreva, le daré muerte con este puñal (*). Y esto diciendo me mostró el que habia escondido á mi llegada.

Un murmullo de admiracion se alzó entre los caballeros, que dirijiendo todos sus miradas á la heróica jóven, la obligaron á bajar los párpados abochornada. El apasionado Andrés de Cabrera devoraba con la vista á la hermosa doña Beatriz.

—Ahi teneis, continuó doña Isabel, lo que intentó mi amiga, y lo que seguramente habria ejecutado, si afortunadamente aquella misma noche no hubiese Dios dispuesto de la vida del maestre, cuya muerte repentina supimos por la mañana.

Don Gutierre de Cárdenas, se sonrió de un modo particular y siniestro.

—Justo castigo, dijo, de la osada ambicion del maestre, y señalado favor con que la Providencia mostró haber escuchado vuestras súplicas.

Estas palabras de D. Gutierre ocultaban con visos de piedad la feroz satisfaccion que sentia el caballero al sombrío recuerdo de la muerte de D. Pedro Giron.

La infanta que, como todo el mundo, escepto D. Gutierre, atribuia aquella muerte á un accidente natural, no sospechó lo que pasaba en el interior de aquel caballero, y moviendo su hermosa cabeza, como para desechar toda idea lúgubre, dijo:

(*) Son muchos los autores que cuentan este lance tal como aquí se refiere.

—En fin, no pensemos mas en lo pasado, sino para bendecir al que tanto nos favorece. Ahora soy libre, ó al menos, añadió dando un suspiro, no estoy presa en la cárcel dorada de una córte corrompida, donde confio en Dios no se me volverá á sujetar. ¡Oh! cuán hermoso es tener por morada la inmensidad de los campos, y por dosel ese pabellon azul inundado de luz y de alegria!–Bajo este claro cielo, ante esa naturaleza inculta y agreste, me siento capaz de todo, y si me fuera dado infundir mi espíritu al gangrenado cuerpo de Castilla, ¡oh! yo le haria levantarse sano y vigoroso, sediento de gloria y de virtudes. Si: mi hálito poblaria de flores y de héroes ese vasto erial, donde hoy solo se crian cambrones y malvados. ¡Castilla! oh! Castilla! repitió la infanta poseida de un arrobamiento celestial.–¡Patria querida, mis únicos amores! ¿qué se han hecho tus glorias? ¿dónde están tus reyes, tus Pelayos y tus Cides? ¿Será que la sombras de tus semidioses hayan de vivir siempre en la memoria, solo para mengua y baldon de los presentes?

Y reportándose en seguida, repuso:

—¡Ah! perdonad, amigos mios! Vosotros tambien conservais la noble sangre de esos jigantes que mi memoria evoca: vosotros tambien podeis todavía regenerar esta patria envilecida. Si, la savia del heroismo aun no se ha secado en Castilla. ¡Perdonad! Pero son tan pocos los que la conservan pura! Cuando veo sentado en el trono de San Fernando un rey sin reino, escarnecido de sus vasallos, y con un cetro de caña para mandarlos: cuando veo dos reyes en Castilla, y ambos hechos juguetes de la codicia y del orgullo de unos magnates que han olvidado su orígen; cuando miro ennoblecido el crímen, premiada la bajeza, triunfante la intriga, menospreciada la justicia, enflaquecida la autoridad y fuerza de los majistrados; y veo repetirse los robos, agravios y muertes, sin temor alguno del castigo, y á la soberbia y el antojo mandarlo todo; y por último, hasta el honor privado del monarca hecho mercancía de palaciegos y rebeldes, y arrastrado entre motes y epígramas por el lodo de las calles.... ¡oh! mi corazon se aflije, y necesita buscar en sí y en la memoria de los pa-

sados siglos nobles y placenteras emociones que llenen el horrible vacío que lo circunda.

—Dia vendrá, señora, en que todo esto cambie y sea Castilla lo que nunca debió dejar de ser, dijo con intencion el anciano D. Gonzalo.

—¡Ay! repuso la infanta: ¿cuando será eso?

—Cuando vos seais reina.

La infanta se sonrió tristemente.

—Largo es el plazo, amigo mio, dijo: yo no seré nunca reina, ni lo deseo, porque habria de elevarme sobre los cadáveres de mis hermanos Enrique y Alfonso. ¡No quiera Dios que esto suceda!

—Pero si sucediese....

—No: antes habrán remedio los males de Castilla, contestó la infanta. Mi Enrique no vivirá muchos años, porque ni su salud es buena, ni sus disgustos le dejarán vivir. Mi Alfonso es hoy un niño, pero tiene valor y entereza, es justo y bien intencionado. Yo seré su consejera, y.... descuidad. Los que ahora le obligan á ser rebelde contra su voluntad, los que le han hecho rey para mandar á su arrimo, verán que no es un título vano el que le han dado. Un hombre, un hombre necesita Castilla: si mi Alfonso no sabe ser un hombre.... entonces lo seré yo!

—Hasta entonces no recobrará Castilla su antigua grandeza, dijo con acento profético D. Gonzalo.

Tal era la confianza que ya inspiraba en tan temprana edad aquella niña, en quien tenian puestos los ojos algunos nobles como en el áncora de salvacion de la patria.

—¡Oh! si, no lo dudeis; repuso la infanta: mi hermano Alfonso, aconsejado por mí, tendrá dias de gloria, dias como no los ha habido iguales desde que falleció el santo rey que hoy venera la iglesia! ¡Qué recuerdo, amigos mios! Y qué triste comparacion la de aquellos tiempos heróicos con estos tan degradados é impuros! Qué diferencia entre el piadoso monarca que cubierto de hierro estendia los dominios de la Santa Cruz hasta el estrecho de Gibraltar; y el desgraciado rey que se deja quitar las

ciudades y fortalezas por unos vasallos insaciables de mercedes, que le desafian á batalla campal y se amotinan en su palacio. ¡Ah! vuelvan, vuelvan, Dios mio, aquellos hermosos tiempos de honor y de hidalguía! Vean mis ojos á la grandeza castellana unida al trono como el brazo á la cabeza, no como la oruga al tallo para chuparle el jugo y destruirle! Vea yo marchar los fieros escuadrones castellanos de victoria en victoria, y despues reposar sobre sus armas disfrutando en el seno de la familia, las dulzuras de la paz y de la abundancia!

En este momento la ecsaltacion de la jóven Isabel habia llegado á su colmo: parecia que de su frente brotaban destellos de luz, como de la del legislador de Israel.

En tan oportuna ocasion se sintió la dulce armonía de unos instrumentos tañidos por manos invisibles, cuya melódico son parecia salir de entre las ruinas.

—Oid, dijo Isabel estendiendo graciosamente su mano, y aplicando el oido con muestras de placer. D. Gutierre de Cárdenas y el capellan se apretaron disimuladamente las manos.

—¡Hermosa música! dijo el primero.

—¡Callad!... callad!... repuso la infanta.

Todos los de la comitiva guardaron profundo silencio. Aquella música dulce y tierna saliendo tan á deshora del solitario recinto de unas minas moriscas, tenia un encanto misterioso y poético, solo comparable al de una flor que campea lozana en la hendidura de un sepulcro.

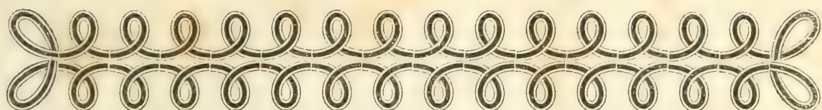
—¿Será acaso que haya habitantes en estas ruinosas torres? dijo Beatriz en voz muy baja.

—Pronto hemos de saberlo, contestó la infanta, porque no me iré sin haberlo averiguado.

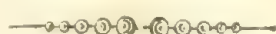
Esto diciendo, tiró de la brida, y metió su caballo por entre los escombros y la maleza.

Su comitiva la siguió, pero se detuvo de pronto, al oir una voz virginal, que con fantástico acento entonaba una cancion.

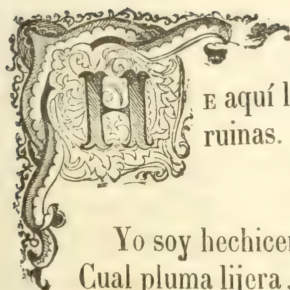




CAPÍTULO II.



La buenaventura.



He aquí lo que cantaba la voz misteriosa de las ruinas.

I

Yo soy hechicera,–nacida en Granada,
Cual pluma lijera,–brillante cual hada.
Con una mirada–sujeto á mi imperio
Al hombre mas sério,–y al fuerte adalid.
Que son mis hechizos–dos soles mellizos,
Con que torno en blanda cera–la cota mas acerada.
Yo soy hechicera,
Nacida en Granada.

II.

Soy soplo de brisa,–que vuela entre flores,
Soy llanto, soy risa,–soy nido de amores.

A los amadores,-que rinde la pena,
Reanima y serena-mi acento de miel.
Que tengo del cielo-el don de consuelo,
Y hago dulce y placentera-esta vida desdichada.
Yo soy hechicera,
Nacida en Granada.

III.

Yo cruzo los vientos,-como ave de paso;
yo los pensamientos-domino y rebaso.
Yo sé del acaso-la regla inconstante,
Y digo al instante-lo que ha de venir.
Mi labio asegura-la buenaventura,
Y dá valor al que espera,-y al desesperado.... nada.
Yo soy hechicera,
nacida en Granada.

—¡Oh! qué linda troba, y qué voz tan alagüeña! esclamó Doña Isabel, luego que cesó de oirse la voz oculta. Mucho temo que la misteriosa reina de estas soledades me haya hechizado antes de verme.

—Si tanto placer os ha dado la cantora, se apresuró á decir D. Gutierre de Cárdenas, pudiéramos hacer que nos acompañase, al menos hasta la posada de esta noche, para divertirnos.

—Que me place, contestó la infanta. Pero ¿dónde se oculta esa nuestra cautiva? porque no me negareis que habiendo conquistado esta fortaleza, son nuestros cautivos los que en ella moran.

—Ciertamente, dijo el capellan.-Y como no sea, por ventura, una princesa encantada, forzosamente habrá de seguir la ley que os digneis imponerla. Pero mirad, añadió señalando á una puerta medio cubierta de escombros:-Allí sale la reina Fátima, y el rey Alhamar, que seguramente vienen á rendiros párias.

—La infanta y todos los circunstantes se echaron á reir; pero

en seguida fijaron la atencion en una mora y un moro que salian efectivamente de uno de los ruinosos torreones.

No era raro en aquel tiempo encontrar por los caminos y en las ciudades cristianas ciertas moras aventureras acompañadas de un músico, cuya ocupacion era la de ir de pueblo en pueblo cantando trobas amorosas, pronosticando el porvenir á las gentes sencillas, y augurando buena suerte á los enamorados. La pareja que acabamos de presentar á nuestros lectores era una de estas, pero ofrecia en sus personas y atavíos algunas particularidades que no debemos dejar pasar desapercibidas.

La aventurera tendria de diez y ocho á veinte años, y era hermosa como una creacion de Murillo: en su rostro moreno y radiante de vida brillaban dos ojos negros como la noche, rasgados y habladores: su cabello parecia ébano bruñido y hecho hebras y madejas por las manos de una hada, y lo llevaba trenzado sencillamente y adornado con una toquilla de hilo y una flor campestre cojida pocos momentos antes. Era su traje humilde, pero tan limpio y aseado, que daba placer el mirarlo, y tan airoso que habria podido pasar por elegante. La túnica corta y plegada por una faja de seda sencillamente anudada á la cintura, dejaba ver el calzon bombacho á la usanza morisca y las medias botas de piel roja, que aprisionaban sus pequeños piés. Las mangas anchas de la túnica permitian ver sus brazos desnudos y sus muñecas ceñidas por ajorcas de plata: un collar de avalorios semejantes al coral terminado en una manecilla de azabache pendiente de él, completaban su adorno. Por último, llevaba un bandolin terciado á la espalda y sujeto con un cordon de seda.

El moro formaba un notable contraste con la graciosa figura de su compañera: vestia el traje habitual de los muslimes del pueblo, pero lo llevaba tan mal, que no parecia sino que iba vestido de prestado: el turbante abultaba su cabeza mas de lo regular, y le cubria casi las orejas, no siendo parte á ocultar sin embargo algunos mechones de cabello que le salian por las sienes, lo que era indicio de que lo llevaba largo, contra las reglas

de la ley de Mahoma. Por lo demas, este hombre no tenia nada de particular, escepto su barba roja, revuelta y larga, que le llegaba hasta la mitad del pecho.

—Acercaos, aventureros, dijo la infanta.

La jóven mora se acercó á nuestros viajeros con desenvoltura, y deteniéndose á pocos pasos, hizo una graciosa cortesía. Su compañero la siguió pausadamente, y se quedó detras, con un aire de cortedad rústica, que parecia recelo.

—¡Preciosa es la mora! dijo en voz baja Doña Isabel á sus damas: os digo que es capaz de hechizar á cualquiera, sin mas sortilejio que el de sus ojos.–Y dirijiéndose á ella, añadió:

—Dime linda hechicera, ¿me conoces?

—Nunca os ví, contestó la mora con tono misterioso; pero os conozco.

—¿Sabes mi nombre?

—¿Para qué sirven los nombres? repuso en el mismo tono la jóven aventurera.

—¿Pero, en fin quién soy?

—La estrella de Castilla; el sol del porvenir, la flor mas olorosa del Paraiso.

—Todo eso significa que no sabes como me llamo. ¿Y eres tú la que penetras los pensamientos, ves lo porvenir y predices la suerte de las criaturas?

—Si os predigo la vuestra, sin saber vuestro nombre, si os digo lo que pensais, de donde venis, y á donde vais, y lo que os sucederá despues, ¿no será doble mérito el mio?

—Ciertamente, y he de poner á prueba tu habilidad.–Síguenos, y en aquella alameda que se vé allá abajo en la orilla del rio nos encontrarás sesteando.

La infanta y su comitiva siguieron el camino, bajando la montaña por el lado opuesto, y dirijiéndose á un bosquecillo que á medio cuarto de legua se alzaba, convidando al reposo con su fresca sombra.

Doña Isabel iba pensativa durante este trecho, pero en su rostro sereno se leian pensamientos risueños. Seguramente la

ocupaban esas ideas doradas con que la imajinacion juvenil esgalana su presente, y á veces se remonta, como el águila caudal, á las inmensurables rejiones del porvenir. El encuentro fortuito de aquella linda mora, cuyo simple aspecto revelaba un alma intelijente, un espíritu noble y perspicaz, la hizo pensar en la suerte varia de las criaturas, en los caprichos de la casualidad, y en lo que puede esperarse de una buena estrella. Condolíase su jeneroso corazon en presencia de tanta juventud y hermosura reducida á la triste condicion de mendigar el sustento corriendo el mundo espuesta á las tentaciones de la seduccion y la miseria, y acariciaba la idea de patrocinar á la bella aventurera, y atraerla, tal vez por sus beneficios, á la relijion cristiana. Tomando de aquí vuelo su imajinacion creyó ver en su vida futura sublimes rasgos de magnanimidad, grandes empresas y hazañas fabulosas encaminadas al bien de sus semejantes; porque aquella infanta niña era el embrion de un gran espíritu político, atento siempre á todo lo bueno y provechoso. Pero allí habia tambien la cabeza de la mujer y al pensar en los pronósticos que le habia prometido la mora, veia junto á sí un príncipe bizarro y batallador que le traia banderas y trofeos de moros vencidos para rendirlos á sus plantas; y ya se figuraba verle partir de nuevo á campaña sediento de gloria, estrechando contra su corazon la banda bordada por ella, y asegurándola combatir y triunfar invocando su nombre en la pelea.—Y luego pensaba que una esposa amante no debia dejar á su esposo marchar solo al peligro, sino compartir con él los azares y fatigas de la guerra, y alentarle á él y á sus paladines con su presencia y ejemplo, y se representaba á sí misma recorriendo las lucidas huestes brillantes de seda y oro, exortándolas para el combate, y proveyendo á todos sus necesidades y al socorro de los heridos: ó bien corriendo en un caballo blanco hácia los muros de una ciudad tomada por asalto, implorando de su esposo el perdon y la vida de los vencidos.

Al llegar á este punto el bello semblante de la infanta irradiaba destellos de alegría: en su oido resonaban confundidos los

clamores del triunfo y las bendiciones de un pueblo entero. Y-¡estraña parentela del placer y el dolor!-Cuando mas engolfada estaba Doña Isabel en el risueño cielo creado por su jóven fanfantasía, lanzó de pronto un profundo suspiro, y una lágrima se desprendió de sus ojos.

¡Ah! ¡Castilla! ¡Castilla! murmuró, y volvió á quedar sumida en sus meditaciones.

Entretanto D. Gutierre y el capellan marchaban rezagados, sueltas las riendas sobre los arzones, y conversando mano á mano en voz baja, tal que no podian entenderles, aunque les oyesen los demás personajes que les precedian, ni la servidumbre que venia detrás de ellos.

—¿Qué os ha parecido el moro, señor capellan? preguntó el caballero.

—Háme parecido, contestó Alonso de Coca, un mal farsante de Lope de Rueda.

—¡Oh! no tan malo. Es verdad que se le despeja la vestimenta de Mahoma, y eso prueba que el hábito no hace al monje, y que se puede ser cristiano rancio, á pesar del turbante; pero no me negareis que está desconocido con esos atalajes, y sobre todo con esa maldita barba.

—Eso es verdad: yo de mí sé deciros que si me le hubiese encontrado solo en un camino, le habria echado la bolsa, sin aguardar á que me la pidiese; pero en esta ocasion he necesitado apretarme los hijares para que no se me escapase la risa.

—¡Cuidado con eso, señor Alonso! No vayais á malograr nuestro plan.

—Descuidad, D. Gutierre, soy hombre capaz de dominarme.

—Es que bien conoceis á Doña Isabel. Si sospechase lo mas mínimo de nuestra treta, lo habríamos perdido todo. Seria forzoso confesarla el objeto de ese disfraz, hacerla conocer que no ha sido una aventura casual la que acaba de presenciar, y entonces, adios ilusion, adios confianza en nosotros.

—Y adios tambien los castillos y las encomiendas que nos han prometido.

—¿Cómo sabeis eso?

—¡Bah! esto es de suponer.

Don Gutierre se encojió de hombros, y repuso:

—No perdereis nada vos, señor capellan. Pero os repito que la menor sospecha, nos imposibilitaria para toda jestion ulterior, dado que esta no produzca los resultados apetecidos.

—Eso es evidente, dijo el capellan. Pero me ocurre que no habria sido menester emplear este ardid estravagante. La infanta no piensa en ninguno de los muchos pretendientes que solicitan su mano, y solo con que el Almirante la hubiese hablado favorablemente de su sobrino, habríamos logrado inclinarla á nuestro partido.

—No lo creais: eso mismo habria bastado para que considerase al príncipe D. Fernando, como á un pretendiente mas, y es lo que debemos evitar: es necesario que ella fije su atencion en él como por casualidad, y que se le aficione por sus prendas personales, sin que medie, al parecer, escitacion de ningun género. Esto es lo que yo me he propuesto, y creo que lo conseguiré.

—Todo eso está muy bien: pero ¿qué inconveniente habria en que nosotros y nuestros amigos la hiciésemos con cautela todas las insinuaciones conducentes al mismo fin? ¿Quién como nosotros habria usado de prudencia?

—Señor Alonso, para teólogo sois poco sutíl: reconoced que os llevo ventaja en achaque de intrigas. ¿No sabeis que la infanta, en medio de su candidéz angelical, tiene una penetracion que asusta?

—Es muy cierto.

—¿No sabeis que aleccionada por la esperiencia desconfia de todo y de todos.

—No lo niego.

—¿Y no sabeis tambien que su único punto vulnerable, su talon de Aquiles, consiste en el entusiasmo por las acciones heróicas, por los rasgos estraordinarios de valor y abnegacion?

—Asi es la verdad.

—Pues bien. Si todo esto reconoceis, convenid conmigo en

que mi plan es el mejor. El tiempo os dirá si me equivoco. Nuestras revelaciones, por cautelosas que fuesen, no dejarian de despertar sospechas de que media un interés privado en el asunto; al paso que haciéndose por conducto de la voz del pueblo, como si el viento las trajese en sus alas, formarán la opinion de la infanta de un modo seguro. Despues, cuando ella tenga su voluntad inclinada, nosotros la decidiremos, no aconsejando, sino fortaleciendo su parecer con razones de conveniencia política. Y una vez que ella esté decidida en favor de nuestro príncipe, su entereza de carácter es para nosotros una garantía de triunfo. Vengan luego el marqués de Villena con sus intrigas, D. Enrique con sus antojos inspirados por la reina; lluevan pretensiones y si se quiere amenazas: todo se estrellará contra esa rosa inalterable que tambien sabe resistir las tempestades y los vientos de la política, como los de las pasiones bastardas.

—Teneis razon, D. Gutierre, y por mi parte os declaro jefe de este cruzada amorosa. Pero ¿sabe algo de vuestra intriga vuestro tio D. Gonzalo?

—Todavia no.

—Convendria prevenirle.

—Al contrario, me parece que por ahora conviene que nada sepa. Con su carácter ríjido se opondrá á ciertas escenas íntimas que deben surgir de nuestro plan, y de este modo conspirará sin saberlo á sus propios intentos. ¿Comprendeis?

—Amigo, sois todo un hombre de estado.

—Dejadme á mí, dijo satisfecho D. Gutierre: os aseguro que todo saldrá á medida de nuestros deseos.

Asi continuaron hablando el clérigo y el caballero, mientras descendian la cuesta de la montaña, siguiendo los pasos de la infanta, que, muy ajena de la especie de conspiracion que se tramaba á su espalda, se habia distraido de sus cabilaciones, para decir á D. Gonzalo Chacon:

—En una cosa no habeis pensado, amigo mio: el rey nos vá á declarar á todos rebeldes.

La contestacion de D. Gonzalo á cualquiera otra persona que

le hubiera hecho la misma observacion, habria sido probablemente decir: – «Tanto se me dá á mí del rey y de lo que piense, como del sol puesto.» – Tan degradada estaba la majestad real en la persona de Enrique IV. Pero hablando con la infanta, que, á pesar de todo, no consentia que ni aun en broma se rebajase la dignidad de su hermano en su presencia, se limitó á preguntar á su vez:

—¿De cuál rey quereis hablar?

—¡No hay mas rey que D. Enrique! contestó severamente doña Isabel.

—En ese caso, dijo el anciano magnate, D. Enrique tendrá razon: todos somos rebeldes. Sin embargo, me parece que nada puede convenir menos á vuestro hermano menor que tener razon en las actuales circunstancias. Cuando cuasi toda la nobleza antigua le abandona, cuando no tiene ni valor ni medios para repetir, aunque quisiera, otra jornada como la de Olmedo, cuando pierde á Segovia y su tesoro, cuando en fin debe haber abierto los ojos á la evidencia, reconociendo que no es posible mantener la farsa de su descendencia lejítima, porque hasta los muchachos cantan por las calles las proezas de D. Beltran de la Cueva, llamando á su pretendida hija *la Beltraneja*....

—¡Oh! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! interrumpió la infanta, cubriéndose el rostro con las manos.

—Cuando todo esto sucede, continuó D. Gonzalo, y hasta el reverendo arzobispo de Toledo le vuelve la espalda, ¿qué ganaria con declarar rebeldes á los que todavía permanecemos neutrales? ¡Engrosar las ya numerosas filas de sus enemigos! Ya veis que para esto no necesita poner nada de su parte.

—¡Pobre Enrique! murmuró Isabel enjugándose una lágrima. – Pero, añadió; es innegable que nos declaramos contrarios suyos en el mero hecho de refujiarnos en el campo de Alfonso. Bien sabe Dios que siento verme en este duro trance; pero ¿quién me ha puesto en el caso de faltarle á la obediencia, y de huir como una criminal, buscando un asilo entre sus enemigos? ¿Quién sino él mismo, que me obliga á poner en salvo mi honra y mi al-

ma? Porque no dudo que me dareis la razon, y me la darán cuantos sepan el motivo de esta fuga. Mi hermano al confinarme en el alcázar de Madrid, solo tuvo en cuenta sus miras políticas, sin cuidarse para nada de las consideraciones que se deben á una infanta, y á una doncella. Mi mayor enemigo no me habria entregado así en las garras de la inmoralidad y el mal ejemplo.

—Teneis razon, señora, y por lo mismo haceis bien emancipándoos de la mayor de las tiranías, de la que no puede imponerse ni acatarse, sin ofender á Dios.

—Pues bien, á pesar de esto, no quisiera que se diese una interpretacion torcida á mi determinacion.

—¿Y cómo podreis impedirlo?

—He pensado escribir á mi hermano lo que he resuelto, y además quiero entrar en Segovia de noche para evitar toda demostracion ajena de mi conducta puramente personal.

Don Gonzalo se encojió de hombros casi imperceptiblemente, y dijo:

—Podreis hacerlo: nada se pierde.

Habian llegado en esto á las frescas orillas del Guadarrama. Un soto frondoso, plantado por la mano de la naturaleza, estendia en aquel paraje sus densas ramas formando un magnífico entoldado de verdes hojas, bajo el cual crecia la yerba larga y espesa: una ancha cortina de arbustos de matizado verdor corria á lo largo de la ribera, perdiéndose á lo léjos como un celaje de esmeralda.

Nuestros viajeros echaron pié á tierra en este sitio, y habiendo entregado las cabalgaduras á la servidumbre para que las dejasen pacer, buscaron un lugar acomodado donde poder pasar las ardorosas horas de la siesta.—Los escuderos y palafreneros descargaron de las acémilas, los víveres y algunas sillas de tijera, y dispusieron lo necesario para servir la comida.

Mientras se hacian estos preparativos, dijo Isabel al capellan:

—Presumo que traereis recado de escribir, señor Alonso.

—Presumis bien, señora, contestó éste.

—En tal caso me hareis el gusto de escribir lo que os dictaré.

Alonso de Coca buscó en sus alforjas papel y un tintero de asta, y se sentó colocando aquel sobre la rodilla.

—Podeis empezar, dijo.

La infanta dictó la siguiente carta:

«Hermano y señor mio muy querido:

«Los que contenidos por el respeto debido á vuestra autoridad «hubieran tal vez refrenado los ímpetus de su intemperancia, es«tando vos ausente atropellan hasta los fueros de la honestidad «y del decoro que guardarse debe una doncella de mis portes. «Por lo que á mi honra y al buen lustre de vuestro nombre in«teresa, he resuelto abandonar el alcázar de Madrid, como lo «hago en este dia, confiando en que aprobareis mi determina«cion. No paso á reunirme con vos, porque os seria mas em«barazosa que agradable mipresencia en vuestro campo, y me «retiro por pronta providencia á Segovia, lo que os suplico no «lleveis á mal, pues no hay en ello intencion de ofenderos. De «allí no sé á donde iré, por no tener aun dispuesta mi resi«dencia.

«Con el mayor cariño os saluda y os desea todo género de «prosperidad, vuestra hermana y adicta servidora

Isabel.»

«A 30 dias de mayo de 1468.»

—Ahora falta que uno de vosotros se encargue de llevar esta carta al rey mi hermano, dijo la infanta mirando á los dos caballeros jóvenes, y tomando la pluma para firmar.

Don Gutierre y Andrés de Cabrera tenian cada uno diferentes motivos para no querer encargarse de aquella comision. Sin embargo, los dos se apresuraron á ofrecer sus personas, y empezaron á disputarse la preferencia; pero el capellan cortó la disputa, diciendo:

—No insistais señor don Gutierre: bien sabeis que vuestra presencia en el campo de don Enrique seria de mal agüero, y quitaria á esta carta todo el mérito de la ingenuidad.

—El señor capellan tiene razon, dijo la hermosa Beatriz: que vaya Andrés de Cabrera.

—¡Ah tirana! pensó el enamorado Andrés. Pero dijo en voz alta.

—Os estoy agradecido, señora, y parto al momento.

—No, comed algo antes, repuso doña Isabel: no se diga que trato mal á mis amigos. En todo el dia no habeis tomado alimento ninguno.

—Tanto desvelo, señora, es honrar demasiado á vuestro humilde servidor.

—Efectivamente, observó la Latina con acento algo cáustico; porque el señor Andrés de Cabrera dice que cuando se sirve á las damas, no hay necesidad de comer.

—Es muy cierto, repuso Andrés: pero en esta ocasion sirvo á mi señora haciendo todo lo contrario, pues bien habeis oido sus órdenes.

—Teneis razon, Andrés; teneis razon, dijo doña Isabel.

Ya los criados habian dispuesto una mesa de campaña para la infanta y sus damas, y otra para los caballeros. El buen apetito y la alegría del campo fueron los mas agradables condimentos de aquella comida, aunque abundante, sencilla por demás; pues consistió en algunas carnes fiambres y frutas secas, pero que en aquel lugar y con tan buenas disposiciones gastronómicas, no se habrian trocado por los mas raros manjares de un festin réjio.

A los postres llegaron los dos aventureros, y colocándose á una respetuosa distancia, se anunciaron tocando y cantando.

—Ahora veremos á donde alcanza la habilidad de nuestra hechicera, dijo la infanta.

—¿Pero es verdad que intentais ponerla á prueba? preguntó la Latina con estrañeza.

—Si, aya mia: ¿y por qué no habré de tener ese gusto?

—¡Es una cosa tan ajena de vuestra dignidad!

—Porque se trata de una pobre aventurera; pues no me negarás que personas tan distinguidas como yo no desdeñan con-

sultar á los astrólogos, cuya ciencia no es mas ni menos que la de una decidora de la buenaveutura.

—Luego no creeis en sus pronósticos.

—Yo creo en todo lo que emana del talento, querida mia; dijo doña Isabel con seriedad. Esa chispa del fuego divino que arde en la intelijencia humana, y forma el escalon que enlaza á la criatura con su Criador, merece mi mas profundo respeto, y no reparo en la pobreza ni en la magnificencia del hogar donde se alimenta. Dios esparce sus dones sin mirar la clase de sus favorecidos, porque en su presencia no ecsisten categorías ni razas. Así que para mí un jénio siempre es un jénio aunque vista hárapos; y un charlatan no es mas que un charlatan, llámese primer ministro, sábio ó titiritero.

—Eso es verdad.

—Pues bien, déjame fondear ese espíritu, para saber al menos si pertenece al jénero de los talentos ó de los farsantes.

La servidumbre levantó los manteles, y Andrés de Cabrera se presentó á la infanta, dispuesto ya para partir.

—Adios, Andrés! adios! le dijo doña Isabel: no te detengas y vuelve á reunirte con nosotros en Segovia.

—El jóven saludó, miró apasionadamente á Beatriz y partió.

Entre tanto la infanta, sentada en su silla de tijera, mandó á la mora que se le acercase. La Latina y Beatriz se colocaron en pié á su derecha, y los caballeros y el capellan á la izquierda, sonriéndose unos y estrañando otros el capricho de su señora. El moro permaneció retirado en un estremo de aquella escena, con su caramillo en la mano, y cruzando á hurtadillas miradas de intelijencia con D. Gutierre de Cárdenas, mientras su compañera se acercaba graciosa á doña Isabel con su gurla terciada á la espalda.

—Dime, jóven hechicera, preguntó la infanta á la mora: ¿cómo te llamas?

—Azhuma, contestó la jóven.

—¿Y yo?

—Lo ignoro.

La infanta se sonrió, y repuso:

—¿Qué pienso en este momento?

—Que os engaño.

—¿Y es verdad?

—No por cierto.

—Te creo, dijo doña Isabel, moviendo su linda cabeza con aire de confianza. Y reflecsionando un poco, añadió:

—¿Pudieras decirme si me aflije alguna pena?

—Si, una muy grave.

—¿Tendrá alivio?

—Si, con el tiempo.

—Asi sucede con todas las penas vulgares; de modo que nada me dices que no dirias á cualquiera otra persona.

—Es que vuestra pena no es vulgar.

—¿Y cómo sabes eso?

—Muy fácilmente: leyendo en vuestros ojos.

—¿Y qué lees en mis ojos? Veamos.

—Ambicion de gloria, que se ahoga en un mar de obstáculos, que os parecen invencibles.

—Te equivocas: para mí no hay nada invencible.

—Lo sé: vuestra voluntad es de jigante; pero os faltan elementos esternos para vencer, ó existen otros que respeta vuestra virtud.

—¿Quién es esa mora? esclamó D. Gonzalo Chacon, intentando lanzarse hácia ella.

El capellan le detuvo asiéndole del brazo, y diciéndole en voz baja:

—¡Callad! no la interrumpais.

—Veo que tienes talento, Azhuma, dijo la infanta: ¿sabrias leer en mi porvenir?

—Necesito consultar vuestra mano.

Don Gonzalo quiso impedir lo que pretendia la mora; pero la infanta le detuvo con un ademan imperioso, y dijo:

—Aquí tienes mi mano: habla.

Azhuma cesaminó atentamente la mano de doña Isabel, la



Isabel I.-Lám. 1.ª

cual entre tanto la miraba con curiosidad, teniendo graciosamente apoyada su barba en el pulgar de la mano izquierda, y el índice estendido sobre la mejilla.

Pasado un breve rato, irguió Azhuma la cabeza, dejó vagar sus miradas por el cielo, y dando á su voz una entonacion profética, esclamó:

—Densas tinieblas cubren la tierra, y como aves de rapiña caen sobre los campos yermos los ministros de la iniquidad. En el desierto del vicio se alza una columna de pureza, destinada á salvar al pueblo escojido, y conducirle al través de los peligros y de las sombras de la muerte, hasta el pais de promision. De un ciego nace el rayo de luz que anima y fortalece á la que es grande y elejida por el Señor. Los cetros se doblan á sus piés, y las potestades se le rinden. De un ciego nace la luz, que viene del Oriente, donde es brazo de la ancianidad y pedestal del trono: y la luz refleja en la columna de pureza, y de la columna brotan rayos de viva lumbre, á cuyo calor se alza un reino poderoso, y huyen espantadas las fantasmas de la noche. ¡Gloria á tí, la elejida por el señor! Gloria al príncipe escelso, que es luz del que no vé, brazo de la ancianidad y pedestal del trono. Vuestros nombres brillan escritos en el cielo en tablas de diamante, y el que viva los verá unidos, y el que los vea, cantará sus triunfos y bendecirá sus bondades.

Calló la mora, y doña Isabel permaneció mirándola con muestras de asombro, y sin poder esplicarse sus palabras.

—«De un ciego nace la luz,» repitió: ¿Qué quiere decir esto? ¿Quién es el príncipe que es luz del que no vé, y brazo de la ancianidad y pedestal del trono? Azhuma, esplícame estas dudas: háblame otro lenguaje, que sea mas perceptible á mi intelijencia: tus palabras, llenas de fé y del fuego de la inspiracion, penetran en mi espíritu y lo conmueven, pero él no las comprende.

—Ni el mio puede esplicar mas de lo que vé, señora, contestó Azhuma postrándose á los piés de la infanta; la cual estrañando esta demostracion de respeto, preguntó:

—¿Qué haces?

—¡Adoro á la gran reina!

—¿Yo soy reina?

—Si, sois reina.

—¿De qué pais?

—Vuestro reino se alza entre celajes de oro, arrullado por las encrespadas olas del mar, como un vajel inmenso que reposa tranquilo entre tempestades. En sus floridos campos hay mieses doradas que se pierden de vista, y fértiles collados cubiertos de frondosas vides.

—Pero, su nombre....

—Ya os he dicho que yo no entiendo de nombres.

—Ni yo entiendo tu profecía, porque no conozco el país que me has descrito.

—Aun no he concluido.

—Acaba.

—Ese reino es una isla; pero á su arrimo se forman otras mas poderosas, en cuyo centro crece un laurel que cubre con sus ramas toda la faz del orbe. La columna es el tronco del árbol maravilloso, que jamás se rinde, aunque lo combatan los huracanes. Vedle como se eleva sobre los hombres y los siglos: los primeros caen; los segundos pasan: él solo permanece firme y frondoso en el verjel de la gloria.

—¡Oh! te comprendo, Azhuma! Me anuncias un reino imperecedero, el reino de la gloria. Eso es verdad. Lo siento aquí, en mi corazon, y debe de ser verdad. Pero ¿quién guiará mis pasos á él?

Azhuma miró al cielo sin hablar.

—¡Ah! ¡Dios! esclamó la infanta. Siendo así, nada temo, nada me arredra.

Durante este tiempo se habia ido cubriendo el cielo de nubes. Un trueno lejano anunció la procsimidad de una tormenta, que con tardo paso avanzaba sobre las alas de la admósfera.

—En marcha, señores, en marcha, dijo doña Isabel á sus caballeros.

Y mientras se hacian los preparativos, preguntó á la mora:

—¿Estás contenta con tu suerte, Azhuma?

—¡Oh! señora, respondió ésta: ¿por qué me lo preguntais?

—Porque deseo verte feliz. ¿Quisiéras entrar en mi servicio? te advierto que soy pobre.

Azhuma miró á su compañero, que frunciendo las cejas, parecia mandarle rehusar la proposicion de la infanta. Sin embargo, la mora se sonrió maliciosamente, y contestó:

—Lo tendré á mucha dicha, noble señora, y si mi dueño lo consiente....

—¿Quién? ¿Ese moro? ¿Acaso dependeis de él?

—Soy su esclava.

—¿Qué dices tú? preguntó la infanta al moro. ¿Me la vendes?

—No la vendo, contestó con voz áspera el moro.

—Pues bien, repuso doña Isabel, me quedo con ella, y la pierdes por descortés. Pónla precio.

—Señora, he dicho que no la vendo, replicó el moro.

—¡Silencio! gritó D. Gonzalo. Estás hablando con la infanta de Castilla.

—¡La infanta! esclamaron á un tiempo Azhuma y su compañero inclinándose respetuosamente.

—Don Gonzalo, dijo la infanta, entendeos con él. Azhuma es mia.

El moro dió media vuelta y se alejó rápidamente murmurando.

—Nada quiero por ella; pero yo sabré recobrarla.—Y se perdió en la hondonada de un barranco.

Dispuestos ya los caballos, nuestros viajeros montaron en ellos, y siguieron su camino. Azhuma montó en una de las acémilas, y muy contenta siguió los pasos de su señora.

La tempestad avanzaba entre tanto, y el rujido del trueno se oia cada vez mas inmediato.

—A escape, señores, dijo la infanta. Es preciso buscar un asilo, antes que la tempestad nos alcance.

Y dando ella misma el ejemplo, partió á la carrera.

Del barranco donde se habia ocultado el moro, salieron al mismo tiempo dos jinetes montados en poderosos caballos, y vestidos á la usanza de los almogávares aragoneses, los cuales corriendo á escape por fuera del camino, tardaron poco en adelantarse á nuestros viajeros.



CAPÍTULO III.

De lo que contó á la infanta un almogávar en una venta donde los reunió la casualidad.

En el declive occidental de la sierra de Guadarrama y á pocas leguas de Segovia, habia un edificio cuadrilongo de mucha planta y escaso cuerpo, pues solo constaba del piso bajo, el cual, á juzgar por su apariencia, tenia todas las trazas de una venta ó posada.

Una higuera y un parral daban sombra á la puerta de aquel edificio, á uno de cuyos lados se veia colgada como muestra, una rama de olivo seca, símbolo de la paz, que desde los tiempos mas remotos y en casi todos los paises de Europa, han venido usando los espendedores de vino, y que los venteros adoptaron como emblema de una parte accesoria de su oficio. Sobre la puerta habia una imájen de San Anton, toscamente pintada en pergamino y clavada en una especie de nicho, delante de la cual ardía una luz dentro de un farolillo mugriento

A pesar de la hora, que podria ser la de las cuatro de la tarde, la oscuridad era tanta, á causa de la cerrazon de la atmósfera, que dentro de la venta casi no se veia, y los relámpagos frecuentes iluminaban de cuando en cuando con pálidas tintas sus paredes ennegrecidas por el humo.

—Echa leña en el hogar, Leandra, por si es necesario encender fuego, decia un hombreton de faz morena y enjuta, á una jóven de veinticinco á treinta años bien parecida, que andaba haciendo las faenas de la casa.–Puede ser que la fortuna nos depare algun huesped de provecho, y segun está el tiempo, bueno será que halle lumbre para secarse la ropa.

—¡Qué ha de venir aqui nadie! contestó Leandra con malos modos. Si parece que está maldita esta casa.

—¡Paciencia, mujer, paciencia! repuso el ventero. ¿Encendiste la luz á San Anton?

—Confia en San Anton, y échate á dormir, replicó Leandra. Encendida está la luz; pero mas valiera que mientras pasas aqui la vida esperando al que llegue, como quien acecha gorriones, meneáras esos cuartos que Dios te ha dado, y trabajáras para mantener á tu mujer.

—No empecemos, Leandra. ¿Qué diablos quieres que yo haga, si no encuentra un hombre en que ganarse la vida? Bonita está Castilla de trabajo, cuando no hay quien tenga para mandar rezar á un ciego. ¡Como no quieras que me ponga á servir al marqués de Villena! y para esto seria menester que tuviese falta de soldados.

—Y que fueras valiente además.... Cásese una mujer, para dar con un mándria de esta estofa.

Leandra murmuró una maldicion, que fué interrumpida por un espantoso trueno.

—¡Santo Dios!... santo fuerte.... esclamó en seguida.

—¡Duro.... duro! dijo su marido frotándose las manos, y asomándose á la puerta de la casa. Echa leña en el hogar, Leandra, echa leña.

Un momento estuvo en observacion el ventero, despues de lo cual retrocedió lleno de júbilo, diciendo:

—¿Eh?... ¿Eh? ¿Qué te decia yo Leandra? La tormenta y el farolillo de San Anton nos han de traer hoy algunos ducados. Ya bajan por esa cuesta echando venablos dos caballeros, que á juzgar por su porte, son lo menos de la órden de Santiago.

—¿De veras? esclamó la jóven. ¡Vah! siempre serán lo menos dos espingarderos del rey Enrique. Dos pelagatos de esos que no tienen una blanca.

—Ya los verás, mujer, ya los verás.

En este momento comenzó á caer á torrentes la lluvia, y confundido con su monótono ruido, se oyó el estruendoso galopar de dos caballos, los cuales, ostigados por sus jinetes, entraron de rondon por la ancha puerta de la venta.

—¿No lo dije? murmuró Leandra, haciendo una mueca de desprecio. Mucho rumbo y poca poya.

El ventero acudió solícito á tener el estribo á los recien llegados, los cuales no eran otros que los dos almogávares de que hablamos en el anterior capítulo.

El uno de ellos llamaba desde luego la atencion por su barba larga, rubia y vedijosa, que le daba un aspecto nada agradable, á pesar de sus ojos azules que eran bellos y espresivos.

—Ventero, dijo éste en el acto de echar pié á tierra, ¿sabes que dá frio de entrar en tu casa?

—Señor, disimulad nuestras faltas. No podíamos pensar que unas personas como vueseñorías, viniesen á parar aquí con tan mal tiempo, pues de lo contrario todo lo hallaríais dispuesto. Sin embargo, mande vueseñoría lo que guste, pues de todo hallará en la venta del *Puerco cebado*.

—Con el nombre de la venta y diez azumbres de tinto, nos bastará para hoy. ¿Eh? repuso el almogávar mirando á su compañero.

—¡Santo Cristo! ¡y qué tragaderas! murmuró Leandra, me-

tiendo una pajuela encendida debajo de la leña que habia puesto en el hogar.

—Escucha, tú.... ¿cómo te llamas? preguntó el almogávar al ventero llevándole aparte.

—Bonifacio, señor, para lo que vueseñoría guste mandar.

—¡Eh! llévete el diablo, ¡maese Bonifacio! Yo no soy señoría, ni cosa que lo valga. Escucha, necesito paja fresca para esos caballos, dos cargas de leña en el fogon, una tortilla de lonjas de pernil, un cántaro de buen vino y la mejor habitacion de la casa.

—¡Echa!... ¡echa!... esclamó Leandra.

—Será servido, useñoría, señor caballero, contestó Bonifacio.

—¡Dale! prorrumpió el almogávar apretando los puños: te he dicho maese Malifacio que no soy señoría. ¿Entiendes? No quiero serlo.

—Está bien, señor caballero....

—Ni caballero.

—¿Pues cómo?

—¡Soldado! ¿No ves que soy soldado?... Atiende: el fuego y el vino lo primero, y toma. Sirve pronto.

El almogávar puso en manos del ventero una bolsa con algunas monedas de plata.

—¡Oh! esclamó Bonifacio abriendo tantos ojos. Al momento será servido usiría, señor....

—Te doy ese dinero, prorrumpió el almogávar asiendo del brazo á Bonifacio, para que no me des tratamiento: si lo repites, he de darte cuarenta palos.

—Descuidad, señor soldado, descuidad, repuso el ventero. Y se retiró con los caballos, murmurando:

—¡Qué hombre tan raro! ¡Tiene dinero, y no quiere que le llamen señoría! ¿Se hallará otro ejemplar en Castilla?

Leandra que ya se habia reconciliado con los almogávares, merced á la generosidad del de la barba rubia, comenzó á disponer una mesa, despues de haber activado el fuego.

Mientras se hacian estos preparativos, los dos almogávares se asomaron á la puerta, donde conversaban en voz baja.

—Pronto deben estar aquí, pues venian á buen paso detrás de nosotros, dijo el rubio: cuidado, Bernal, que no te se escape alguna palabra, y me comprometas.

—Descuidad, señor: hablaré lo menos posible.

—No, al contrario: es menester que alternes conmigo y apoyes cuanto yo diga, pero tratándome de igual á igual, como si fuésemos dos alegres camaradas. ¿Entiendes? - Ya sabes como has de llamarme.

—Si, señor, ya sé: Rogelio.

—Justo, contestó el rubio:-Y añadió mirando al cielo:-¡Qué pícaro tiempo! mal rato pasan esas pobres señoras.

Y volviéndose hácia dentro, gritó:

—¡Maese Malifacio! ¿Está eso?

—Venid, amigos, contestó Leandra: ya teneis fuego y un vino que lo pueden beber los ángeles.

—¡Hola! ¡Buena moza! tú lo entiendes, dijo el supuesto Rogelio, siguiendo á la ventera. Vamos, haznos la razon.

Los dos almogávares se sentaron á la mesa, donde habia dos vasos y un jarro, del cual les sirvió Leandra.

—Venga de esos labios, esclamó el mismo almogávar, tomando su vaso y presentándolo á la ventera.

—¡Con mil amores! repuso ésta tomando el vaso y un sorbo de vino.

Bonifacio, que volvia en este momento con un pernil, se quedó parado, y nada contento dijo:

—¡Calla! ¡calla! Parece que mi Leandra está ya de mejor humor. No me gusta esto.

Pero dando en seguida un brinco de alegría, fué á dejar el pernil sobre una mesa, y corrió hácia la puerta.

Se acababa de oir el ruido de muchos caballos.

—Ya están ahí; ¡mucha jarana! dijo el rubio á su compañero en voz baja.

Y ambos comenzaron á chocar los vasos, hablando á un

tiempo sin entenderse, mientras Leandra despedazaba el jamon.

Doña Isabel y su comitiva entraron en la venta: los almogávares continuaron su broma, finjiendo no reparar en los recien llegados.

—¡A ver! ventero, gritó Don Gonzalo Chacon: la mejor habitacion que tengas.

—Señor, está tomada, contestó respetuosamente Bonifacio.

—¡Tomada! ¿Y dónde se albergan estas damas?

—Señor, no puedo hacer mas que cederles el dormitorio de mi parienta.

—¿Qué dice ese animal? esclamó con voz estentórea Rogelio.

Todos volvieron la vista hácia el almogávar, que levantándose con el rudo ademan de un soldado, dijo, haciendo á todas las damas sin distincion una tosca cortesía.

—Nobles señoras, es cierto que mi compañero y yo hemos dispuesto de todo lo mejor de la venta, pero mas gusto tenemos en ofrecéroslo, que en disfrutarlo. No se diga de nosotros, que, al pisar por primera vez el reino de Castilla, desmentimos la proverbial galantería de la corona de Aragon.

—¡Ah! ¿sois aragoneses? preguntó la infanta, muy complacida por el galante ofrecimiento del almogávar.

—Somos catalanes, señora, que viene á ser lo mismo.

—No en estos tiempos, murmuró Don Gonzalo.

—Señora, dijo la Latina en voz baja: no nos detengamos. Es preciso que os mudeis de ropa al momento.

—Tienes razon, aya mia. Vamos.

Leandra condujo á las damas á una habitacion, á donde los criados introdujeron los equipajes, mientras los caballeros se colocaban alrededor del fuego, y Bonifacio loco de contento, acomodaba las caballerías en la cuadra, echando las cuentas mas galanas que le ocurriéran en su vida.

Los almogávares volvieron á su broma, y como pertenecian á una milicia distinguida compuesta de hidalgos, pudieron ofrecer

á los caballeros castellanos, y estos aceptar algunas libaciones del alegre licor.

Por este medio se estableció cierta cordial franqueza entre todos, pero mas particularmente entre Rogelio y D. Gutierre de Cárdenas, el cual, hablando aparte con el capellan Alonso de Coca, le dijo:

—¿Qué os parece cómo bebe vino el moro?

—¡Quién! esclamó el capellan: ¿ese almogávar?...

—Es el mismo: el compañero de Azhuma. ¿Pero no le habeis conocido?

—¡No, á fé mia! Yo ignoraba esta parte del programa.

Don Gonzalo Chacon hablaba entretanto con el supuesto Rogelio, á quien preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que salisteis de Aragon?

—Acabamos de llegar, contestó Rogelio.

—Mal parados andan los catalanes, si son ciertas mis noticias.

—No tanto como hace dos meses, y si mis noticias que, segun veo, son mas recientes que las vuestras, no me engañan, creo que se saldrán con la suya.

—Lo sentiré, porque al fin son rebeldes.

—¿Qué es eso de rebeldes? replicó el almogávar, finjiendo acalorarse con la bebida. Los catalanes hacen lo que deben. Y si vuestro rey D. Enrique no los hubiese abandonado, despues de ofrecerles su apoyo en cambio de la soberanía con que le brindaron, á estas horas se contarian en el número de los pueblos independientes, y la victoria les habria hecho completa justicia.

—Se conoce que perteneceis al pueblo rebelado.

—Es cierto, gritó el almogávar, de modo que pudiese oirle doña Isabel. Soy catalan, pero mi opinion es imparcial. Porque habeis de saber que en lo mas ardiente de la lucha, y cuando el triunfo de sus armas no debe hacerse esperar, merced al apoyo del duque de Lorena, he abandonado la causa de mis paisanos.

—¡Ah! esclamó D. Gonzalo. ¿Al fin aceptó el duque el mando de los catalanes?

—¿No lo sabiais? Lo aceptó, y ha traido consigo un ejército de ocho mil combatientes. ¡Oh! Esta vez aprenderá la reina doña Juana Henriquez, que no sufren los catalanes sus intrigas sin vengarse cumplidamente.

—Hablad con mas respeto de la reina de Aragon.

—¡Hola! ¡vos la defendeis! esclamó el almogávar levantándose. Haceis bien, pues al cabo es castellana; pero sabed, si lo ignorais, que soy hombre que sostiene sus palabras. Vos llamais rebeldes á los catalanes, porque no han querido sufrir el yugo de una señora ambiciosa. Yo les llamo leales, porque protestan con las armas en la mano contra la ceguedad de un rey, que se deja arrastrar por su mujer hasta el esceso de sacrificar á dos de sus mejores hijos. Decidme si merecen perdon las muertes del príncipe de Viana y de Doña Blanca de Navarra.

—¡Tened la lengua, si no quereis sufrir el castigo de vuestra demasia! prorrumpió D. Gonzalo poniendo mano á la espada.

—¿Qué haceis, querido tio? dijo D. Gutierre interponiendose. No le hagais caso, pues no sabe lo que se dice.

—Muy bien, murmuró el almogávar al oido del anciano guerrero. Os portais como quien sois.

—¿Qué decis? preguntó D. Gonzalo admirado.

—Pero no me negareis, D. Gonzalo, que digo la verdad, continuó el supuesto Rogelio en el mismo tono. D. Cárlos y Doña Blanca son dos víctimas de la ambicion de su madrastra.

—¿Quién sois?.. Ah! esclamó el anciano reconociendo al finjido almogávar.

—¡Silencio! dijo éste.

—¡Peralta!

—No me nombreis.

—¡Qué significa esto? murmuró D. Gonzalo, llamando aparte á su sobrino.

Pedro Peralta, noble aragonés muy adicto al rey D. Juan y amigo de D. Gutierre de Cárdenas, pero que sosteniendo su papel de almogávar catalan, hablaba tan mal de la reina Doña Juana, habia dicho la verdad tal como la sentia. Cual si nada hu-

biera pasado, volvió á sentarse á la mesa, y llenó los vasos riendo á carcajadas.

Doña Isabel que habia oido la disputa; salió con sus damas preguntando:

—¿Qué ha sido esto, señores?

—Nada, graciosa señora, contestó el supuesto almogávar levantándose: nada, una disputa estéril.—Hablábamos de la guerra de Cataluña, y como buen hijo de mi patria, me acaloré al tomar su defensa.

—Y sin embargo, repuso la infanta, si mal no he oido habeis abandonado á vuestra madre. ¿Como se concilia tanto calor al hablar de ella con esa conducta singular?

—Os lo diré, señora mia, si os dignais escucharme, replicó Peralta.

Y llamando al ventero, añadió:

—A ver, maese Bonifacio. Llevaos estos vasos.

Con la lluvia y granizo de la tempestad habia refrescado mucho la atmósfera, y el calor de la lumbre no desagradaba. Tanto por esto, cuanto por oir las esplicaciones del almogávar, la infanta tomó asiento cerca del hogar con sus amigas; Azhuma se reclinó humildemente á sus pies y los caballeros se colocaron detrás. Pedro Peralta se sentó en frente, apoyando los codos en la mesa que tenia delante, y habló de esta manera:

—Mi posicion, y lo mismo la de mi compañero, es tan singular, señora, que siendo amante, hasta el fanatismo, de mi patria, y estando íntimamente convencido de la justicia con que sostiene sus fueros, no me es dado combatir en su defensa sin ser desleal. ¿No es así, amigo Bernal?

—Es indudable, contestó el otro almogávar.

—¿Pués como es eso? preguntó la infanta.

—Habeis de saber, que, despues de haber peleado tres años con leones aragoneses, hemos sido vencidos por un niño, y este niño, que es la causa fundamental de la rebelion catalana, nos ha dispensado jenerosamente la vida bajo condicion de soltar las armas. De este modo somos esclavos agradecidos de nuestro

mismo enemigo, á quien amamos en el fondo de nuestro corazon.

—¿Ese niño de quien hablais, presumo que será el príncipe D. Fernando?

—El mismo señora.

—Esplicadme bien todo eso. No estoy bien enterada de lo que pasa en Aragon.

Con efecto, la infanta solo habia oido hablar vagamente del príncipe D. Fernando, pues, retirada seis años hacia en el alcázar de Madrid por disposicion de su hermano D. Enrique, desde que nació la *Beltraneja*, solo sabia de las cosas políticas una pequeña parte de lo que pasaba en Castilla, lo que sus amigos habian creido conveniente que supiese.

Pedro Peralta, dijo:

—Seria cuento muy largo, si lo hubiésemos de tomar desde su principio. Básteos saber, señora, que Cataluña rechaza al príncipe, porque se cree que no hereda el reino por su derecho, sino por las intrigas de su madre Doña Juana Henriquez. Así que la guerra se le hace á él, aunque en su nombre la sostenga el rey su padre. Sin embargo, no hay quien desconozca las nobles prendas del bizarro príncipe, y por nuestra parte, os lo digo en verdad, con gusto daríamos nuestra sangre en su defensa.

—¿Tan bueno es?

—Oh! lo es tanto, que nosotros, sus mismos contrarios tenemos que reconocerlo. Figuraos un jóven que á los trece años viendo á su padre anciano y á su madre conduciendo los ejércitos, arroja la pluma con que aprende á escribir, empuña la espada, se lanza á los campos de batalla, y vence.-¡y vence á los catalanes!-Un mozo que apenas puede sostener la pesada armadura, y sin embargo, acredita ya su cordura en el consejo, su valor en los combates, y su jenerosidad despues de la victoria.

—Todo eso es muy cierto, dijo á la sazon maese Bonifacio, que estaba muy atento escuchando arrimado á una pared. Antes de ahora lo he oido contar.

—¡Hola! ¡hola! maese Bonifacio, esclamó Peralta muy contento de aquella oportuna observacion. ¿Con que tambien sabeis?

—Oh! aquí todo se sabe.

—Decid, decid, lo que hayais oido, repuso Peralta, para que vean estas señoras que no exajero.

—Pues, señor, dijo Bonifacio, echándose de puños sobre la mesa; es un prodijio lo que cuentan de ese príncipe. Dicen que es un valiente como Bernardo del Carpio, y no las tengo yo todas conmigo de que no sea el mismo ó su discípulo. Hasta se le parece en tener á su padre ciego.

—¡Ciego! esclamó Doña Isabel. ¿Desde cuando?

—Hará dos meses que perdió la vista el rey D. Juan, contestó Peralta. Pero no necesita ver: su hijo es la luz de sus ojos, así como tambien su brazo derecho. No hace falta el anciano para nada, no; pues ya el doncel sabe sostener el trono de su padre.

—¡Qué coincidencia tan singular! murmuró la infanta. Y volviéndose á la mora, le dijo:

—¿Recuerdas tus palabras de esta tarde, Azhuma? Me hablaste de un príncipe «que es luz del que no ve, brazo de la ancianidad y pedestal del trono.» ¿Conoces, por acaso, al príncipe de Aragon?

—No tenia noticia de él, señora, contestó Azhuma.

—Continuad, amigo, dijo la infanta al supuesto almogávar.

—Señora, en pocas palabras está dicho lo que el príncipe vale. Habia en Zaragoza un plebeyo enriquecido con la usura, que infatuado con su mucho dinero, llegó á cometer innumerables tropelias. El príncipe apenas fué encargado del gobierno, le mandó llamar, como si le necesitase, pues el tesoro real está agotado; le recibió afablemente, y llamando á un secretario, mandó á éste que le leyéra un capítulo de todas sus culpas. El ricacho se echó á temblar, y ofreció al príncipe cuanto dinero quisiese, pero D. Fernando no le escuchó y le mandó decapitar.

—¡Muy bien! esclamó la infanta: un hombre así necesitamos en Castilla.

—Oid mas, la reina estaba sitiada en Gerona; de un momento

á otro debia caer en manos de nuestras tropas. El príncipe lo sabe: vuela al socorro de su madre con solos cien guerreros. Nos acomete sin vacilar: un instante se vé envuelto por fuerzas superiores: muerto su caballo, se atrinchera con él, y resiste como un leon á sus enemigos, que lo estrechan en un círculo de hierro. Su heróica resistencia dá tiempo á que le socorran, y cuando ya batíamos palmas, nos vemos derrotados. Nosotros dos y otros muchos quedamos en su poder, pero nos concedió la libertad, pudiendo cortarnos las cabezas.

—¡Oh! me hablais de un héroe de los tiempos de San Fernando. ¿Y qué edad tiene ahora?

—¡Diez y seis años!

—¡Diez y seis años! repitió la infanta quedándose pensativa. Y volviéndose á D. Gonzalo, le dijo:

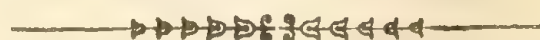
—¿Qué os parece señor contador? ¿No es admirable todo esto?

—Ciertamente, aunque á mí no me admira, porque ya lo sabia.

—¡Oh! ¡Y no me habeis hablado de ese jóven héroe! ¡Cuanto daria por conocerle!

La noche habia cerrado con lluvia, y doña Isabel tuvo que resignarse á pasarla en la venta. Durante su angélical sueño, creyó ver un doncel, bello como un serafin, que armado de punta en blanco, trotaba en un bridon adornado con jaeces de guerra, mientras manos invisibles le arrojaban de entre las nubes, millares de palmas y coronas. Donde su caballo ponia los piés, brotaban al momento rosas y azucenas.

El doncel se detuvo luego delante de ella, echó pié á tierra, y arrodillándose, abrió las manos y cayeron dos reinos á sus plantas.

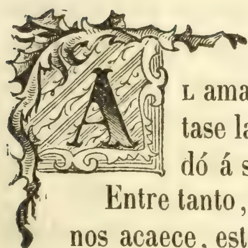




CAPÍTULO IV.



De lo demás que sucedió á la infanta camino de Segovia.



Al amanecer del dia siguiente y antes que despertase la infanta, se levantó Pedro Peralta, y mandó á su escudero que aparejase para marchar.

Entre tanto, D. Gonzalo Chacon que, como á los ancianos acaece, estaba desvelado, sintiendo los preparativos de marcha, y cuidadoso por lo que la noche anterior habia pasado, saltó del lecho, y entró en el aposento del aragonés, á quien dijo:

—Por Dios, señor de Peralta, os ruego que me espliqueis este enigma de vuestra venida á Castilla, y tan de incognito y disfrazado que no es mucho no os haya yo conocido, á pesar de nuestra antigua amistad; pues si bien sospecho cual puede ser la causa, no podré asegurarlo, y habeisme puesto en cuidado desde que anoche disputásteis conmigo para daros á conocer, y despues me recomendásteis el sigilo.

—No hay enigma ninguno, mi señor D. Gonzalo, contestó Peralta; ó al menos, para vos no debiera de haberlo.... Pero ya que nada sabeis, venid acá, sentaos, y hablemos quedo, no se entere la infanta.

—¿Segun esto es de ella de quien os recatais?

—De ella y de su servidumbre, escepto vos, vuestro sobrino Don Gutierre y el buen Alonso de Coca, que están en el secreto, y por quienes os creia yo enterado de todo.

—Nada me han dicho.

—Pues bien, oid. No ignorais las intrigas del marqués de Villena: sabeis que despues de haber metido al rey D. Enrique en un lodazal de impureza; despues de haber sido el fautor de su deshonra, se propone destronarle, invocando el órden, la moralidad y la reforma de los abusos, que son obra suya; y lo que es mas aun, pretestando la ilegitimidad de la infanta Doña Juana, despues de haber sido él en union con su tio Carrillo el protector de D. Beltran de la Cueva, y el causante de las infidelidades de la reina.

—Si, todo eso lo sé, y no se me oculta que la reina Doña Juana es víctima de las intrigas del viejo palaciego, y de la impotencia y estravíos de su marido. Pero sea como quiera, la reina se ha envilecido á los ojos de Castilla, y el rey despues de haber echado sus faltas á la calle, disgustando á su antiguo favorito, se ha hecho indigno de mandar á su pueblo noble.

—Convengo en esto, señor D. Gonzalo: pero no os dejeis llevar demasiado de vuestros patrióticos impulsos, pues servis, acaso sin saberlo, á la causa del diabólico marqués.

—No os comprendo.

—Si. D. Juan Pacheco es un demonio encarnado.

—Convenido. Pero....

—Lo que el pretende, lo que maquina y piensa es un misterio para todo el mundo, hasta para sus amigos.

—Añadid para él mismo; pues yo creo que intriga por intrigar, como los peces nadan y las aves vuelan, porque no pueden vivir de otro modo. Quitad al marqués sus intrigas y se muere.

—Ah!... ¿Tambien vos creeis que el marqués no lleva siempre un fin oculto en sus inextricables manejos? Desengañaos, señor D. Gonzalo: ese hombre no dá un paso sin intencion. Ahí le teneis hecho gefe de la liga contra el monarca; humeando está todavía la sangre vertida en Olmedo por la nobleza rebelde que él capitanea; el reino todo arde en bandos y obedece á dos reyes por su causa. Pues bien, á pesar de esto, ¿creereis que el marqués ande en tratos con D. Enrique?

—No lo dudo, y hasta supongo que el rey le oirá con benevolencia. Bastará que le prometa reconocer como hija lejítima suya á la Beltraneja, y afirmar que ha tenido hijos con sus queridas, para que le colme de honores y dones como á su amigo don Beltranito, flamante duque de Alburquerque.

—Justo: ese es el resorte con que puede hacer del rey su maniquí. Tiene en su mano un arma de dos filos que, hábilmente manejada, le sirve para dominar á D. Enrique, y hacerle despreciable á los ojos de la nobleza.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que ahora intenta?

—No es posible penetrar sus fines; pero debe bastarnos conocer sus medios, para tratar de contrariarlos. Ya sabeis que, desde la muerte de su hermano el maestre de Calatrava, no se ha vuelto á pensar en dar marido á la infanta doña Isabel. Pues bien, este asunto que parecia estar ya olvidado, vuelve á ser objeto de secretas gestiones, y yo sé que quien lo promueve, es como siempre, D. Juan Pacheco.

—¿Qué me decis?

—La verdad. Y como podeis suponer, procura inclinar el ánimo de D. Enrique á dar la mano de su hermana á un príncipe estrangero. En esto se propone dos miras: la una complicar mas y mas los motivos de discordia en Castilla, echando los cimientos á futuras desavenencias, porque no parece sino que ese hombre no sabe medrar sin revueltas; y la otra evitar la eventualidad de una alianza con Aragon, que pudiera costarle su marquesado, pues como sabeis, pertenece á aquella corona. ¿Quién sabe

si tambien pretenderá quitarse de encima la influencia benéfica que doña Isabel sabe ejercer en el ánimo de su hermano D. Alonso, para reinar sin necesidad del título de rey? Ahora bien, nosotros hemos pensado dejar al marqués que intrigue cuanto guste, pero sin estarnos quedos; y mi venida es con el objeto de ganar la voluntad de la infanta y decidir su inclinacion á favor del príncipe D. Fernando. Desde luego he contado con vos para ayudarme á conseguirlo.

—Y habeis hecho bien: no ignorais que tengo empeñada mi palabra de cooperar á ese fin, y si no he dado ningun paso, es porque estábamos convenidos en guardar la mayor reserva, hasta que llegase la ocasion oportuna.

—Pues esa ocasion ha llegado. Es menester que, desde hoy, el nombre del príncipe resuene sin cesar en el oido de doña Isabel, que halague á su imajinacion y se fije en su pensamiento. No hay para que hablarle de matrimonio hasta que sea preciso; mas para entonces, conviene tenerla tan preparada que ella lo desee y agradezca. Este es mi plan, ó por mejor decir, el de vuestro sobrino.

—Descuidad, descuidad, señor D. Pedro. Está perfectamente comprendido vuestro proyecto, y será ejecutado á las mil maravillas.

—No creo que sea difícil: los cimientos del edificio quedan echados: solo falta seguir la obra con perseverancia y tino, y yo os prometo que vuestra cooperacion no será olvidada por el príncipe mi señor.

—Ya sabeis que no aspiro á mas recompensa que á la de ver á mi señora infanta en unas manos dignas de sus grandes méritos y virtudes, contestó D. Gonzalo. Además, debemos mirar siempre al porvenir: si llegase á faltar el rey D. Alonso, lo que Dios no quiera, ó si despues de un largo reinado falleciese sin sucesion lejítima, como le sucederá á su hermano, nada será mas ventajoso que la union de Aragon y Castilla bajo un solo cetro. Este resultado, aunque acaso no alcanzaré yo á verle, me halaga mas que todas las mercedes del mundo.

—Sin embargo, yo sé que se os darán las villas de Casarrubios y Arroyomolinos.

—Basta, basta; no hablamos de eso.

—No insistiré por no desagradaros, repuso el sagaz Peralta. Y ya que estais al corriente de todo, me permitireis que os deje antes que se haga mas tarde, pues no quisiera que la infanta me viese.

—Podeis partir cuando gusteis. Solo estimaria me dijéseis quien es esa mora que habeis traido en vuestra compañia, y si podremos fiarnos de ella.

—Esa es una jóven de mucho talento: estaba al servicio de mi señora la reina doña Leonor Henriquez, y ha venido para ayudarme con su ingenio. Mi objeto era introducirla de algun modo al lado de la infanta, porque puede sernos muy útil por su elocuencia persuasiva, y ya habeis visto como la fortuna nos ha favorecido. Ella es quien, de acuerdo con vuestro sobrino don Gutierre, que no le vá en zaga en travesura, imajinó la farsa que presenciásteis ayer, y que nos ha salido á pedir de boca. Sin embargo, bueno será que la celeis, pues presumo que tiene algun interés personal en Castilla, y si no me engaño es cosa de amores. El contento que recibió al saber que me acompañaba, me induce á creerlo así, no menos que su impaciencia por llegar á esta tierra; y bien sabeis que el amor hace diabluras.

—Quedo al cuidado, amigo mio.–¿Y á dónde vais ahora?

—Voy á verme con el almirante D. Fadrique, para quien llevo unas cartas de su hija doña Leonor, y despues, si los negocios marchan bien, pienso avistarme con el arzobispo de Toledo.

—Id con Dios, y él os dé buena fortuna.

En esto entró Bernal á dar parte á su señor de haber dispuesto los caballos. Pedro Peralta se despidió de su amigo, y salió de la venta en compañia de su escudero, al aparecer el sol en el horizonte.

Una hora despues partia la infanta con su comitiva para Segovia.

Cien pasos habian andado fuera de la venta, cuando encontraron en el camino á un hidalgo, que iba en direccion opuesta montado en un rocin, y el cual, apenas divisó á nuestros viajeros, se embozó hasta los ojos en un tabardo que llevaba sobre los hombros; pero como la mañana estaba fria, nadie reparó en esta circunstancia, ni le dió valor alguno.

El hidalgo siguió su marcha, sin saludar ni dar la menor muestra de conocer á las personas que habian pasado junto á él; pero habiendo andado un corto trecho bajó el embozo, detuvo su cabalgadura y volvió la cabeza, mirando con una particular atencion á los viajeros que se alejaban, y sobre todo á la mora que iba en su compañia.

Era este hidalgo, (asi le llamamos atendiendo á su traje y á la espada que le pendia del cinto), un jóven que apenas habia entrado en la tercera década de su vida: tenia el rostro pálido, el cutis fino, regulares y un tanto delicadas las facciones, y los ojos negros y brillantes: su conjunto habria constituido una figura bella, sin la dureza de sus cejas que eran tambien negras, pobladas y demasiado juntas, lo cual daba una espresion algo siniestra á su fisonomía.

—La infanta doña Isabel por estos caminos..... murmuró. ¿A dónde puede ir sino á Segovia?–Esto puede importar mucho al rey D. Enrique, ó á sus amigos Benavente y Santillana; pero á mí no me interesa. Lo que sí necesito saber es el nombre de la mora que la acompaña. ¡Pardiéz! ¡Juraria que es mi Jurifa!..... ¿Quién me informará?

Dichas estas palabras, el jóven dió un suspiro, y picó á su caballo.

—En un momento llegó á la puerta de la venta. Maese Bonifacio se apresuró á recibirle.

—Hola, buen amigo, dijo el hidalgo al ventero. Haréisme la merced de informarme quienes son aquellas gentes que por alli van.

Y señalaba con el brazo estendido á la infanta y su comitiva.



Isabel I.–lám. 2.ª

El ventero se encojió de hombros, y abriendo las manos, como quien nada sabe de lo que le preguntan, contestó:

—Son unas personas muy principales, que han parado aqui esta noche pasada, señor hidalgo; pero ignoro sus nombres.

—¡Ah! ¿con qué han parado aquí? Huélgome de que así sea; porque en ese caso, si vos no, vuestra mujer, que alli veo, se habrá enterado de lo que necesito saber.

—¿Qué desea de mí este caballero? preguntó Leandra saliendo á la puerta.

—Pregunta por esas señoras y esos caballeros que acaban de irse, y á quienes no conocemos, dijo Bonifacio.

—No es necesario que me informeis de todos, repuso el hidalgo, pues he creido conocerlos. Bastaría que me digais si habeis oido nombrar á la mora que vá en su compañia.

—Si, contestó Leandra, me parece que es Azhuma.

—¿No os equivocais?

—No podré afirmarlo, replicó la ventera titubeando.

—Escuchad, dijo el hidalgo, llamando aparte á Bonifacio. ¿Quéreis ganar diez ducados?

—¡Vaya si quiero! contestó maese Bonifacio. Vamos, ¿qué me mandais?

—Habeis de seguir inmediatamente á esos viajeros y averiguar donde paran.

—Pero, señor; pueden no parar en ninguna parte. ¿Quién sabe si van á correr todo el mundo?

—No: yo creo que no pasarán de Segovia; pero necesito saberlo con certeza.

—En ese caso.....

¿Qué? ¿os decidis?

—Estoy decidido.

—Pues ya conocereis que no hay tiempo que perder. Mañana estaré yo aqui de vuelta, y habeis de darme la contestacion.

—La tendreis.

—Ahora, en prenda de mi palabra, tomad, dijo por último el hidalgo, dando al ventero una docena de monedas de plata.

Y acto continuo partió á todo correr de su caballo en direccion á Madrid.

Bonifacio miró alelado las monedas, y yéndose hácia su mujer, le dió un abrazo, diciendo:

—Vaya, mujercita mia, que ahora no te quejarás de mi oficio. De ayer acá llevamos ganados veinte ducados. Toma, toma, bribonzuela, y guarda estos con los otros. ¡Pardiéz! Nadie diria que estamos en Castilla.

—Cierto que nos favorece la fortuna, marido mio, contestó Leandra correspondiendo á las caricias de Bonifacio. Quiera Dios que duren estos vientos. Pero, ¿no me dirás á que santo es la limosna de este buen hidalgo?

—¿Creerás que no lo sé? Me ha dado este dinero, y mañana me dará mas si le averiguo á donde van á parar los viajeros de anoche.

—¡Pobre Bonifacio! Pues bien necesitas correr.

—Y tanto, hija mia. Dame pues otro abrazo, y ¡adios!

—Adios, cordero mio, y no tardes; no sea que venga entretanto algun otro hidalgo curioso, y pierdas la comision. Corre, corre.

Y asi diciendo, Leandra dió á su marido el sombrero y un palo para que se apoyase, y le puso á la puerta.

Entre tanto, siguiendo su camino nuestros viajeros, llegaron á un paraje donde la conjuncion de dos montañas formaba un arroyo, por el cual corrian las aguas de un manantial, turbias á la sazon, á consecuencia de la tormenta del dia anterior. A pesar del ruido de los caballos, doña Isabel pudo percibir unos infantiles gemidos que parecian salir del fondo de la cañada.

Inmediatamente refrenó la infanta su caballo, y llevándose un dedo á los labios, dijo á los que le acompañaban:

—¡Escuchad!

—¿Qué es eso? preguntó la Latina.

—Es un niño que llora, repuso la infanta.

Y sin reflecsionar un momento, metió su caballo por entre las matas que obstruian el barranco.

Un doloroso espectáculo se presentó á su vista. Una mujer, todavía en la flor de sus años, yacía tendida ecsánime en el suelo: sus vestidos rotos, aunque de tela fina, revelaban una espantosa miseria despues de una vida acomodada: con sus manos crispadas por las ansias de la agonía, estrechaba contra su seno una criatura moribunda que apenas conservaba fuerzas para chupar uno de sus exhaustos pechos. A su lado habia un muchacho de ocho á nueve años, haraposo y descalzo, pero hermoso, á pesar del horrible sello del hambre que desfiguraban sus tiernas facciones, el cual puesta una rodilla en tierra, y vertiendo abundantes lágrimas, hacía esfuerzos por restituir el sentimiento á la mujer, humedeciendo sus sienes y sus lívidos lábios con el agua cenagosa del arroyo.

—¡Dios mio! ¡Qué horrible desolacion! esclamó la compasiva infanta, echando pié á tierra precipitadamente y corriendo hácia aquel grupo de infelices.

El muchacho levantó la cabeza y fijó sus ojos inflamados por la fiebre y el llanto en la hermosa jóven, con la espresion anhelante de la esperanza. Quizá, en su desesperado abandono, creyó aquella débil criatura ver el ángel de la guarda enviado por Dios para consolar su corazon.

—¡Pobre niño! dijo la infanta inclinándose hácia él con la solicitud de una hermana. ¿Por qué lloras? ¿Quién es esa infeliz mujer?

—Es mi madre, contestó el niño sollozando. ¡Por piedad! ¡socorred á mi madre!

Los personajes que acompañaban á doña Isabel se habian acercado, y la virtuosa aya de la infanta por una parte, y el capellan Alonso de Coca por otra, se apresuraban á socorrer á la desgraciada que yacía tendida en el suelo. Pero sus socorros eran tardíos: una breve inspeccion bastó para reconocerlo así al piadoso capellan, el cual arrodillándose, comenzó á rezar el oficio de difuntos.

—¿Está muerta?.... murmuró la infanta.

—Muerta, contestó en voz baja la Latina.

—¿Y esa criatura que tiene al pecho?

El capellan intentó desasir la criatura; pero no pudo. El ángel acababa de volar al cielo con su madre, y sus fauces apretadas por las ansias del hambre, habian quedado pegadas al pecho.

—¡Muerto tambien! esclamó el capellan. ¡Dichosos los que duermen en el Señor!

El niño al oir estas palabras, que aunque fueron pronunciadas á media voz, escuchó con avidéz, prorrumpió en llanto dando inconsolables gritos.

—¡Madre mia! ¡madre mia! esclamaba el inocente huérfano besando el cadáver de la mujer. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Está fria! ¡está muerta! ¡Dónde iré sin mi madre de mi corazon!

—No te desconsueles, hijo mio, le dijo la infanta. Llora, llora á tu madre; pero confia en Dios, que es padre de los desvalidos. Ven acá, ven, pobre huérfano; apártate de ese doloroso espectáculo y desahoga tu corazon conmigo. ¡Pobre ángel, que apenas pisas la senda de la vida, y ya los abrojos del dolor despedazan tu alma!

Diciendo esto, ella misma tomó la mano yerta del muchacho, que trémulo de respeto y gratitud, le siguió llorando y sin fuerzas para resistirse, hasta la orilla del camino á donde ella le condujo:

—Señora, dijo Alonso de Coca: cuidad no esté ese niño contajiado de la peste negra, de que parece haber muerto su madre.

—Y bien, aunque asi sea, ¿qué me quereis decir con eso, amigo mio? repuso la infanta con dulce dignidad.

—No es deciros que le abandoneis, señora, contestó el capellan, conociendo el peso de la reconvencion, pero sí que convèndria dejáseis para nosotros el cuidado de aliviar su desgracia en vuestro nombre.

—La caridad es celosa, mi buen amigo, pero no escluye á nadie de su ejercicio. Todos podeis tomar parte en el consuelo de este desdichado, dijo doña Isabel.

Y sentando al muchacho en una peña junto á sí, despues de mandar traer ropas para abrigarlo, le preguntó:

—Dime, hijo mio: ¿cuánto tiempo hace que estábais aqui?

—Hace tres dias que llegamos, contestó el muchacho: no teníamos que comer, y mi madre no pudo pasar de este sitio.

—¡Qué dolor! ¡Luego ha muerto de hambre!

El muchacho no tuvo fuerzas para contestar.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Es posible que haya en la tierra séres tan desdichados!—¿Y tú, pobre niño, tampoco habrás comido en ese tiempo?

—Si señora, he comido. Yo pedia por Dios un pedazo de pan para mi madre á los que pasaban por el camino: pocos me daban; pero mi madre no queria comerlo y me lo dejaba á mí. Esta mañana pasó un caballero, y le supliqué socorriese á mi madre; pero solo me echó al suelo una moneda, que no recojí. ¿Para qué me servia?

—¡Es verdad!..... El oro no basta para socorrer la desgracia. ¡Oh! Si ayer no hubiésemos interrumpido nuestra marcha, tal vez habríamos salvado á esa infeliz madre.

—Dinos, niño, preguntó D. Gutierre que no habia cesado de mirar al muchacho en todo este tiempo. ¿Dónde has nacido?

—En Medina del Campo, señor.

—¡En Medina del Campo! repitió el caballero. ¿Tu padre era tejedor de paños?

—Si señor.

—¿Se llamaba Mendo Alerce?

—Ese era su nombre.

—¿Y el tuyo?

—Rodrigo.

—Tú tenias una hermana jóven. ¿Sabes que ha sido de ella?

—Lo ignoro, señor. Hace tiempo que desapareció de mi casa: mi padre la fué á buscar y no volvió: mi madre lloraba mucho por ella y por mi padre, nombrándolos todos los dias, y pedia justicia por ellos á los jueces de la ciudad; hasta que vinieron los alguaciles y se llevaron todo lo que teníamos. Desde entonces nos faltó que comer. En este tiempo nació ese niño que acaba de morir, y mi madre pasó una larga enfermedad. Luego que sa-

nó de ella, dispuso salir de Medina y dirijirse á Toledo en busca de un tio mio que alli reside; pero en el camino se nos acabaron los recursos, y mi madre adoleció de calenturas: llegamos á este sitio, y no pudimos pasar adelante.

—Dolorosa es tu historia, niño, y mas dolorosa de lo que á tí mismo te parece, dijo la infanta, que le habia escuchado con la mayor atencion.

Y volviéndose á D. Gutierre de Cárdenas, añadió:

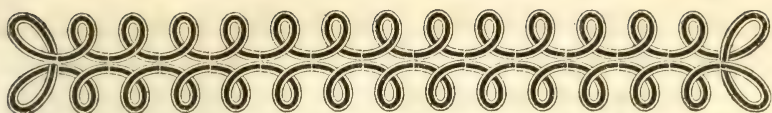
—Si no me engaño, amigo mio, vos sabeis lo que esta pobre criatura no puede esplicar.

—Lo sé, y os lo contaré despacio cuando gusteis, señora, contestó D. Gutierre.

—Podreis hacerlo mientras proseguimos nuestro camino.

En seguida se dispuso dar algun alimento al muchacho, y avisar al pueblo inmediato para que acudiesen á recojer los cadáveres de su madre y su hermano. Mucho costó arrancar de aquel sitio al sensible Rodrigo, pero al cabo cedió éste á las maternales insinuaciones de la infanta, y marchó en su seguimiento llorando amargamente su desventura.

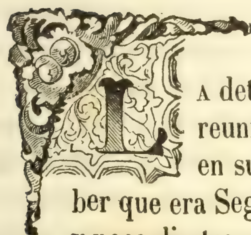




CAPÍTULO V.



En el cual se dá una muestra de lo que era la justicia en el siglo XV.



La detencion de la infanta permitió á Bonifacio reunirse á la servidumbre de aquella, y marchar en su compañía, por cuyo medio no tardó en saber que era Segovia el término de su viaje; pero prudente y poco diestro, no intentó entrar en mas hondas esplicaciones para no despertar sospechas, y esperó de la casualidad y de su observacion disimulada, el complemento de lo que necesitaba saber.

La infanta iba delante en conversacion con D. Gutierre de Cárdenas, y la seguian inmediatamente las dos damas, y detrás de ellas D. Gonzalo y el capellan. Todos caminaban silenciosos oyendo á D. Gutierre, que referia la historia de Mendo Alerce y su infortunada familia, de esta manera:

—Tal vez recordareis, señora, si por ventura fijásteis la atencion en vuestra niñez, haber visto una casa de modesta, si bien agradable apariencia, que se alzaba en un arrabal de Medina del

Campo, aislada en el centro de una frondosa huerta, como una colmena en un jardin.

—Si, recuerdo haberla visto.

—Esa casa era la fábrica de paños de Mendo Alerce, hombre honrado que nunca hizo mal á nadie, y buen vasallo que siempre pagaba los pechos al rey vuestro hermano, y alguna vez le ayudó en sus apuros. Aplicado á su trabajo, el buen Mendo mantenia con su industria veinte familias pobres que le querian como á un padre, y sin salir de su taller daba cuantiosos provechos á ganaderos y mercaderes; porque, señora, el trabajo mecánico aunque cosa de villanos, es una de las columnas en que se apoyan los pueblos y las monarquías.

—Lo sé, amigo mio, repuso la infanta; y aun no he olvidado, ni olvidaré nunca, que mi desdichado padre en los últimos instantes de su vida, deploró no haber nacido hijo de un mecánico... Pero proseguid.

—La felicidad de Mendo estaba cifrada en su familia, y su mundo era el recinto del hogar doméstico. Amaba con particular cariño á una hija suya, primer fruto de su matrimonio, que habia heredado la hermosura y mansedumbre de su madre, la robusta constitucion de su padre y las virtudes de entrambos, y que á la sazon contaba ya diez y seis años. La perla de Medina, la llamaban las gentes, y es cosa digna de notarse, que todas las jóvenes de su edad que la conocian, la amaban y ninguna la envidiaba.

—Fortuna grande y rara, observó doña Isabel; porque siendo hermosa y buena, no dejaria de tener amadores.

—Muchos se desvelaban por ella; pero era modesta, recatada y prudente, y nunca daba oido á galanteos: solamente se le conocian relaciones con un jóven pobre y simple tejedor que habia quedado huérfano, con quien intentaban casarla sus padres, cuando llegase á la edad conveniente.

«No sé como ni en que ocasion acertó á ver á Isidora, que así se llamaba la jóven, un tal Perafan de Hinestrosa, mozo disoluto, que á los veinte años era dueño de un señorío considerable y de

su plena voluntad, el cual tiene su castillo señorial en una inaccesible roca de la sierra de Ataquines. Desde aquel nido de gavilan, llamado el fuerte de la Calavera, Perafan está siendo aun hoy dia el terror de la comarca: no hay robo, asesinato ni tropelia que él no cometa con la ayuda de un centenar de malhechores que tiene á sueldo, y que apadrinados por él son ejecutores serviles de sus caprichos, é imponen miedo á los mismos majistrados que debiéran esterminarlos.

—No me deis mas detalles, dijo la infanta. Segun he oido, son muchos los que viven de esa manera en Castilla, sin que la autoridad tenga fuerza para reprimirlos: nobles degenerados, que prefieren la vida de bandidos á la de caballeros.

—Y otros que, no hallando cabida en el servicio honroso del rey, por haber invadido todas las puertas los hombres de nada, favoritos de los favoritos, buscan una independencia salvaje en el ejercicio de sus propias fuerzas: les han negado el empleo de perros fieles, y se dedican al de lobos carniceros. De esto hay tanto, señora, que si Dios no lo remedia, mal fin le espera á esta desventarada nacion. La mitad de Castilla será devorada por la otra mitad, y podrá llegar dia en que algun enemigo de fuera se apodere de su descarnado esqueleto. Pero sigamos nuestra historia.

«Un dia se presentó Perafan en casa de Mendo, y tomó posesion de una silla con el orgullo propio de su clase y la insolencia de su poca educacion. A la verdad, no era indispensable que tuviese con un simple villano las atenciones que se deben á las personas de calidad, pero sabido es que cada cual es señor en su casa, y Mendo era acreedor á un poco de cortesía.–Con la misma franqueza que habia entrado, Perafan pidió que le sirviesen un vaso de vino.–Mendo que le conocia, no quiso chocar con él, y mandó á su hija que trajese el licor pedido: habló entretanto afablemente con el rico hombre, y se mostró complacido de que honrase su casa.»

«Isidora presentó la copa al caballero, el cual, tomándola de sus manos, fijó sus lúbricas miradas en la candorosa jóven, que

trémula y llena de casto rubor, no se atrevia á levantar sus pestañas. Cualquier hombre de corazon habria sentido un involuntario respeto, ante aquella viva imájen de la inocencia y la pureza. Perafan, tan insolente como malvado, sin reparar siquiera en la presencia de Mendo, siguió mirando á la muchacha, con una sonrisa de sátiro capaz de ofender á la decencia, y aun se propasó á tomar una de las negras trenzas de sus cabellos, que la bajaban sobre el pecho hasta la cintura, diciendo:

— «Bien haya el que se enrede con tan hermosos lazos.»

«Mendo se levantó lívido de indignacion, pero reprimiendo su cólera, solo dijo á su hija:»

«Retírate, Isidora; yo te llamaré si es necesario.»

«Habiendo quedado solos Mendo y Perafan, dijo éste:–¿Sabes que tienes una hija preciosa, que merece el amor de un duque?

«Mendo le miró sin contestar, asombrado de tan imperturbable osadía. Pero el rico hombre, sonriéndose desdeñosamente, continuó:–Pudiéramos hacer un trato, Mendo: yo no debo casarme con tu hija, porque no es mi igual, pero es tan linda, que consiento en hacerla castellana de mi castillo, y te ofrezco en cambio mil ducados de renta. ¿Qué tal? El trato es bueno.

«El honrado tejedor oyó con fria serenidad esta insultante proposicion, y contestó:—Cuando seais mi igual, ó yo sea vuestro vasallo, podeis volver á mi casa y tratar conmigo de lo que gusteis. Ahora solo os permito salir de aqui cuanto antes, y no volver hasta que os avise.—¡Hola! ¡hola! repuso Perafan; y que humos gastas, compadre: piensa bien lo que mas te conviene, y antes de darme una respuesta decisiva, cuida que sea tal que no puedas arrepentirte.—Sé lo que podeis, y lo que valgo, replicó el industrial: proposiciones como la vuestra no merecen contestacion de mi parte—Ya mudarás de parecer, insistió el rico hombre levantándose: tres dias te doy de término para pensarlo, y no te creo tan nécio que no me envies á tu hija con la respuesta al castillo de la Calavera. Entre tanto procura no meter ruido, pues bien sabes que el escándalo no es agradable á los ojos

de Dios.—Dicho esto salió, dejando al tejedor lleno de indignacion é inquietud.»

—Mentira parece que un hombre se atreva á hollar de esa manera las leyes del pudor y las de su propio decoro, dijo la infanta; y es vergonzoso que no haya quien cuide de reprimir tanta osadía.

—¿Qué quereis, señora? *Cuando caput dolet*, como dice el reverendo P. prior de Guisando, todo anda manga por hombro. ¿Cómo han de estar sanas las hojas de un árbol que tiene el corazon podrido? El que debe correjir, necesita que le corrijan, y cuando el jefe de una familia deja que le peguen los que debieran estar bajo su obediencia, no es mucho que los hijos mas fuertes azoten á los pequeñuelos.

—Asi es, D. Gutierre, dijo la infanta suspirando: hemos alcanzado la época del reinado de la fuerza; pero yo os prometo que, si en mis manos estuviese el remedio, pronto desaparecerian esas guaridas de bandidos mal llamados señores, que desafian y amenguan el poder de la justicia. Continuad.

—Como podeis pensar, prosiguió D. Gutierre; Mendo guardó la mas profunda reserva, no por respeto al señor de Hinestrosa, sino por vergüenza; pues le subian los colores al rostro solo de pensar que su condicion le obligára á devorar tan villano ultraje sin poder tomar venganza. Ni habló de ello á nadie, ni pensó en contestar al rico hombre.—Asi pasaron seis dias, y al séptimo llegaron á su casa, cerca de anochecer tres hombres, uno de ellos mercader palentino, conocido suyo, y los otros mozos al parecer, con sendos caballos cargados de lana. El confiado tejedor los recibió como amigos, dióles de cenar y albergue por aquella noche, como tenia de costumbre, que nunca consintió buscasen otra posada los que mantenian frecuente trato con él. Pero, ¿cuál no seria su sorpresa y dolor, cuando al levantarse por la mañana, encontró al mercader su amigo cosido á puñaladas, los supuestos mozos ausentes, y su hija que no parecia?

—¡Qué horror!

—Todo era obra de Perafan de Hinestrosa. Viéndose burlado

en sus deseos, el disoluto jóven habia mandado á sus satélites que espiasen una ocasion para robar á Isidora: los malvados vieron llegar al mercader palentino, á quien reconoció uno de ellos, y asaltándole en el camino, ataron á dos criados que le acompañaban, y le dijeron que le perdonarian la vida si les permitia ir en en el lugar de aquellos á casa de Mendo, amenazándole al mismo tiempo con darle muerte, á la menor palabra ó seña que revelase al industrial su secreto. Con esta estratajema lograron su criminal intento, y para no ser descubiertos, al paso que tapando la boca á la muchacha, que sorprendieron dormida, la sacaban de su casa sin ruido, asesinaban al mercader que podia señalar sus huellas: otro tanto hicieron con los dos mozos; pero Dios que no permite haya nada oculto, salvó la vida á uno de ellos, que contó lo ocurrido.

«Mendo conoció al punto la mano de donde le venia el tremendo golpe. La ecsasperacion de un padre que vé ultrajado su honor y arrebatada una prenda de su corazon, es violenta y disculpa muchos escesos. No es en verdad el honor de un pechero de tantos quilates como el de un noble.....

—Permitid que os interrumpa, D. Gutierre, dijo la infanta. Creo deber advertiros que muchos de los males que aquejan á Castilla, nacen de tener ideas erróneas de las cosas. El pechero y el noble son dos hombres, sin mas diferencia que las del nacimiento y la educacion: por lo demás, son iguales en sentimientos y afecciones, porque Dios los formó de un mismo barro. Si el noble tuviese esto bien presente, sabria que tan delicado é irritable puede ser el honor del último villano, como el suyo mismo, y respetaria en los demás lo que, tratándose de él, mira como inviolable. ¿Acaso el magnate y el pechero á quienes mutilan un miembro, no sienten igual dolor? Los grados de la sensibilidad moral, solo difieren de los que atañen al cuerpo en la predisposicion del alma, y esta no es efecto de la clase ó categoría del individuo, sino del temple de su alma.

—Es verdad. Por esto, Mendo, cuyo espíritu estaba templado como el del noble mas celoso de su honra, y que adoraba en

su hija, marchó inmediatamente al castillo de la Calavera en busca del malhechor, decidido á matarle, si la fortuna le favorecia. Descabellado era este intento, como nacido de las pasiones irritadas, que no permiten reflecsionar con acierto. Sin embargo, natural era que Mendo dirigiese sus primeros pasos hácia donde sabia que llevaban á su hija, por si podia llegar á tiempo de rescatarla.

«Con efecto, en el camino alcanzó á los raptores, y trabó con ellos una lucha desigual y desesperada: eran cinco, y él solo iba acompañado de un criado, que al primer encuentro huyó cobarde. Á pesar de esta desventaja, el irritado padre mató á dos de los bandidos, pero sucumbió á los golpes de los otros y en presencia de la desventurada Isidora, que perdió el sentido. Esto sucedió á orillas del Adaja, cuyas aguas sirvieron de sepulcro al honrado Mendo.

«Entre tanto la justicia recibió aviso de la muerte del mercader palentino, y comenzó á indagar cómo y por quien se habia cometido aquel horrendo crímen. ¿Creereis, señora, que las sospechas recayeron sobre Mendo?—Su desaparicion repentina era para los instructores del juicio, un indicio vehemente de su culpabilidad. Se mandó buscarle y perseguirle, y en estos y otros trámites ociosos se pasó el tiempo, y los notarios ensuciaron mucho papel.

«La viuda de Mendo se quejó de la injusticia que se cometia con su marido, alegando como prueba de su inocencia la desaparicion de su hija, y pidiendo que se averiguase el paradero de esta, en cuya busca y no huyendo, como se suponia, habia salido su padre. Los jueces se desentendieron de esto, diciendo que era un negocio distinto y que debia tratarse en otro proceso. La viuda lo intentó, pidiendo asi mismo por su marido que no parecia. Pero ¿á quién podia acusar de aquel doble delito? Claro es que á Perafan: mas carecia de pruebas contra él. Las declaraciones del mozo del mercader y del criado de Mendo, solo demostraban que habia bandidos en Castilla, dispuestos á robar y maltratar á los caminantes, cosa que, de tan comun, no merecia

justificarse. Que un noble señor hubiese cometido la tropelia de robar una muchacha de su gusto, no era inverosímil, mas para formular la acusacion contra Perafan de Hinestrosa, se necesitaba por lo menos haber á las manos el cuerpo del delito. — ¿Y quién era el guapo que osase ir á sacarlo del castillo de la Calavera? Si el señor se obstinaba en no abrir sus puertas, ¿quién era capaz de hollar sus fueros de rico hombre, ni con qué fuerza?

«El abogado de la viuda era un leguleyo hipócrita y avaro, que afectando integridad, no se vendia sino al que le pagaba caros sus servicios. Este hombre recibió un dia un talego de doblones y un puñal de parte de Perafan, con un pedazo de papel, en que se le decia:

« *Escojed.* »

« El abogado devolvió al mensagero el puñal, y se quedó con el talego, protestando que nunca habia dudado de la hidalguia del señor de Hinestrosa, pero que su oficio le obligaba á servir á todos los litigantes.

«Por consejo de este hombre, Perafan se allanó á franquear las puertas de su castillo á la justicia. Los curiales fueron allá, practicaron un reconocimiento, y almorzaron con el señor de Hinestrosa.

«Del proceso resultó que el mercader habia sido asesinado en casa de Mendo por unos salteadores: que el rapto de Isidora era obra de los mismos; que no era posible averiguar el paradero de Mendo; y que no habiendo probado la viuda de éste su acusacion contra el señor de Hinestrosa, era de su cuenta pagar las costas del juicio, y la indemnizacion de la honra del rico hombre; valuado todo en tres mil ducados.

—¡Qué infamia!

—No quedó en esto: parada la fábrica de Mendo en los siete meses que duró el proceso, no producia nada á su dueña, la cual habia consumido sus recursos en gratificar al abogado y demás gente de garra. En un dia se presentaron en su casa los alguaciles del tribunal y los arrendadores de las contribuciones, esos judíos sin corazon á quienes vuestro hermano tiene vendida la

cobranza de las rentas reales. No hallando dinero, unos y otros comenzaron á disputar sobre los bienes de la pobre viuda, como aves de rapiña sobre cuerpo muerto, y hubo de intervenir la Santa Hermandad para ponerles en paz. Por último, secuestrado cuanto aquella infeliz poseia, fué vendido todo, y cada cual se llevó su parte.

—¡Y quedó consumada la ruina de esta familia!

—Y la de otras veinte que comian á su arrimo: y la corona perdió un manantial de renta, que unido á otros muchos que cada dia pierde por el mismo estilo, la dejan empeñada: y varios de aquellos tejedores honrados se asociaron á Juan Lainez, el novio de Isidora; que despechado y sediento de venganza, se hizo bandido; y la autoridad de los magistrados fué vilipendiada y maldecida por el pueblo, que no podia desconocer su parcialidad, su impotencia y su injusticia.

—Oh! Qué horrible cúmulo de males, Dios mio! Y todo por no haber en Castilla una cabeza!

—Si, repuso con disimulada intencion don Gutierre; por no haber una cabeza, siquiera como aquella de que anoche nos hablaba el almogávar de la venta. El príncipe de Aragon será un gran rey.

—Ah! Teneis razon. Dichoso podrá llamarse el pueblo que le obedezca.—Pero concluid: aunque sé ya el desastroso fin de aquella pobre mujer, tengo curiosidad de saber lo demás de su historia.

—Señora, casi lo sabeis todo: para colmo de desgracia, la desdichada habia quedado en cinta, y dió á luz un niño. Sus pesares le causaron un alumbramiento penoso, seguido de una larga enfermedad. Despues, no se mas que lo que nos ha contado su hijo.

—¿Y no se volvió á saber de Isidora?

—Ignoro lo que ha sido de ella.

—La infanta continuó hablando con sus amigas hasta que divisó las airosas torres de alcazar de Segovia. Entonces refrenó su caballo, y se dispuso á esperar que llegase la noche; pues

como ya sabemos queria evitar que se le hiciese un recibimiento ruidoso.

Estando en esto, se vió aparecer á lo léjos una brillante cabalgata, que venia de la ciudad. Los parciales de don Alonso habian sabido la fuga de doña Isabel del alcazar de Madrid, y salian á recibirla en triunfo, por convenir así á sus miras políticas. Querian dar publicidad á la adhesion de la infanta á la causa de su hermano menor, para comprometerla y poder contar con sus amigos.

Sin embargo, doña Isabel no consintió en lo que deseaban: cuando llegaron los magnates rebeldes á su encuentro, les mostró su agradecimiento á esta atencion con palabras corteses; pero declaró que no entraria en Segovia sino como simple particular.

El astuto marqués de Villena que hacia de cabeza en aquella diputacion, le contestó:

—Señora, se hará como gusteis: pero nosotros no podremos impedir las manifestaciones del pueblo, que tanto os ama, y que ya sabe vuestra llegada.

La infanta entró en Segovia de noche, y con efecto no pudo evitar que los balcones se iluminasen, ni que el pueblo y los hombres de armas le hiciesen salva de aclamaciones y fuegos de mosqueteria.

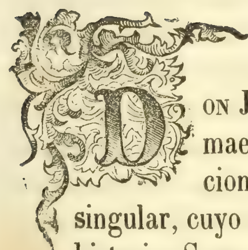




CAPÍTULO VI.



Tres novios para una novia.



Don Juan Pacheco, marqués de Villena y gran maestre de Santiago, de quien se ha hecho mencion varias veces en este libro, era un personaje singular, cuyo verdadero carácter no ha podido definir la historia. Sagaz y astuto, como su contemporáneo el rey Luis XI de Francia, con quien tuvo algun tiempo secretas relaciones, se le parecia además en el disimulo con que procuraba ocultar á todos sus intenciones, y en lo torcido de su política. Era muy activo y emprendedor, escesivamente ambicioso y audaz en la ejecucion de sus designios; pero, al meditar sobre sus hechos, ocurre la duda de si era un loco dado á la intriga por manía, un malvado propenso por instinto al mal, ó un hombre de talento, que se divertia en revolver el reino, jugando con sus principales moradores, como un niño travieso con una docena de bolos. Diríase que olvidaba el sosiego, pues á trueque de estar

en movimiento, abandonaba cualquiera empresa por fácil que se le presentase, y preferia llegar al logro de sus deseos apartándose de la línea recta: muchas veces, cuando sus planes tenian el mejor écsito, cambiaba repentinamente de rumbo, aventurándolo todo por promover una nueva revolucion, al paso que en sus reveses mostraba una tranquilidad imperturbable.

¿Qué se proponia este magnate? ¿Divertirse á costa ajena? Esto es lo que parece inferirse de su resignacion estóica en los contratiempos y de su aparente desprecio de los favores de la fortuna. El jugador de ajedréz que, no teniendo competidor, se entretiene en luchar de ingenio consigo mismo, y poco satisfecho de la facilidad con que vence, desbarata las jugadas, para empezar de nuevo, ó el ocioso que se distrae haciendo por perderse en las calles de una ciudad desconocida, pueden darnos una idea del marqués de Villena ocupado en sus cábalas políticas. Pero no se concibe, á la verdad, cómo este hombre por otra parte naturalmente humano y sin pasiones violentas, á quien jamás ajitaba el espíritu de venganza, podia entregarse con tanto placer á un género de pasatiempo, solo comparable por sus resultados al de Neron incendiando á Roma. No se concibe que, sin ánimo deliberado de dañar y sin maléficos instintos, enredase al pais en el laberinto de sus intrigas, ocasionando la mas espantosa anarquía y mucho derramamiento de sangre, á no ser que, dominado por la ambicion y la avaricia, se dejase arrastrar muchas veces á cometer actos mas bien habituales que voluntarios, y que la costumbre y una organizacion especial le hiciesen hallar placer en ellos.

Como quiera que fuese, don Juan Pacheco era temible como enemigo y como amigo, dado que alguien pudiese llamarlo con uno ú otro nombre; pues del mismo modo que en sus proyectos, era incomprensible en sus afecciones, lo que induce á creer que no tenia ningunas, y que, en suma, era un espíritu egoista, frio, calculador y estravagante.

Desde jóven habia revelado su capacidad superior para la intriga, y un talento nada comun que empleaba en persuadir á los

demás con una elocuencia penetrante y sutíl. Era portugués de orígen y noble de nacimiento: en tiempo del rey don Juan II entró á servir en calidad de paje al condestable don Álvaro de Luna, el cual le adelantó é introdujo en el palacio del príncipe don Enrique, cuyo débil carácter no tardó en ser dominado por la finura, gracia y habilidad del astuto valido. Sus perniciosos consejos arrastraron al jóven príncipe á mil escesos, no solo en su licenciosa vida privada, sino tambien en la conducta rebelde que observó con su desgraciado padre. Sin embargo la maña del portugués fué tanta que el mismo don Juan II le confirió el título del antiguo marquesado de Villena, que habia sido confiscado al príncipe don Enrique de Aragon, yerno del rey, con sus vastos estados, que se hallaban en los confines de Toledo, Murcia y Valencia, y le constituian el vasallo mas poderoso del reino. Recientemente, á favor de sus intrigas é influencia, y engañando al conde de Benavente, que estaba casado con una hija suya y pretendia el maestrazgo de Santiago, se habia hecho investir de esta dignidad por los capitulares de la órden, con lo que su poder, riquezas é influjo escedian en mucho á los del mismo rey.

Hemos creido necesario dar estos detalles, porque, sin ellos, no se comprenderia fácilmente el miedo que infundia este magnate á los demás en una edad de hierro, en que la espada cortaba todos los nudos, y porque parecerian inverosímiles algunos de los acontecimientos en que debe tomar parte.

La infanta doña Isabel, tanto por esquivar las demostraciones de júbilo con que la recibió el pueblo de Segovia, demostraciones cuyo móvil político no podia ocultarse á su mucha sagacidad, y que recibia de mal talante, cuanto por entregarse sin testigos á las dulces emociones de su cariño fraternal, tomó pretestó del cansancio de su viaje para despedir á los nobles que habian salido á recibirla, y demás personas que acudieron á visitarla, y se quedó sola con su hermano don Alfonso. Pero antes encomendó á su amiga Beatriz, la mora Azhuma, y previno á don Gonzalo Chacon que hiciese vestir convenientemente al niño Rodrigo Mendez y lo confiase al cuidado del prior de Gerónimos

de aquella ciudad, fray Bernardo Mesa, encargándole con mucho encarecimiento su educacion y asistencia.

El alcázar de Segovia estaba todavía en poder de Pedro de Munzares, alcaide puesto allí por el rey don Enrique, y aunque aquel sugeto tenia tratos con los partidarios de don Alfonso para entregar la fortaleza, no lo habia hecho aun, y el príncipe se hospedaba en el palacio del obispo don Juan Arias, que era quien, por satisfacer un resentimiento personal, acababa de poner la ciudad en manos de los rebeldes coligados. En el mismo palacio paró la infanta con sus amigos, donde la dejaremos, para trasladarnos á un antiguo edificio de planta gótica, que se alzaba en aquel tiempo en el estremo occidental de Segovia, é inmediato á las murallas.

Delante de este edificio, ya carcomido por los años, habia una plaza, en la cual desembocaban varias calles. Por una de estas, dirigiéndose á él, iban dos caballeros embozados en sendas capas, y andaban pausadamente conversando con intimidad: á una respetuosa distancia les seguian cuatro estaferos, especie de bravos, hombres desalmados que los nobles necesitaban tener á su servicio, especialmente en las ciudades para resguardo de sus personas.

Ya estaban nuestros embozados cerca de la plaza, cuando de pronto se destacó de la esquina misma del antiguo edificio un bulto negro, que aparentaba ser el de un mendigo. Al mismo tiempo, confirmando esta apariencia, se oyó una voz lastimera que decia:

—Nobles señores, almas caritativas, socorred al pobre ciego que vive condenado á perpétua noche.

El mas pequeño de los dos caballeros, que por su andar grave parecia ser tambien mas anciano, llevó la mano á sus bolsillos, como para sacar una moneda, y dijo al otro que le acompañaba con voz dulce, pero que revelaba una órden:

—Sigue adelante, Diego.

Y se encaminó hácia el mendigo, al cual dijo una palabra, tan callando, que solo de él pudo ser oida, y le tendió la mano.

como para darle limosna, pero el mendigo, sin tomar nada, le entregó rápidamente un papel, murmurando un «Dios se lo pague.»

El embozado se reunió con su compañero, y continuó su camino, sin haber despertado sospechas en ninguno de los que con él iban, pues sin duda estaban acostumbrados á verle hacer obras de caridad por su mano; y apenas doblaron todos la esquina, el supuesto ciego se alejó por la calle arriba, como un hombre que ha cumplido su comision, y nada le queda que hacer.

Al llegar los dos caballeros á la puerta del casaron gótico, los alabarderos y espingarderos que habia de guardia en el ancho vestíbulo y á la salida de la escalera, les presentaron sus armas en señal de acatamiento. El oficial que estaba de servicio se presentó para hacer alarde de su vijilancia, y recibir cualquiera órden que se le comunicase.

El mas anciano de los dos caballeros dejó pasar delante al mas jóven, que se dirijió al salon principal del edificio, y á los estaferos que se encaminaban á su departamento especial, escepto á uno muy jóven, á quien mandó esperarle á la puerta de su cámara; y llamando aparte al oficial, habló con él en voz baja.

Este oficial era un hidalgo portugués de buena casa, que no teniendo nada que heredar de su familia, se habia dedicado, como otros muchos, á la vida aventurera. Ignorante en sumo grado, no conocia mas leyes que las de la fuerza, ni mas artes que las de las armas: hombre robusto y valiente á toda prueba, tenia el corazon tan duro como la coraza que lo cubria, y era fiel á su señor accidental, cuyas órdenes acataba y cumplia sin exámen ni interpretaciones, mientras le ligase la palabra de servirle; pero dispuesto siempre á romper sus compromisos, tan pronto como cualquier otro señor le ofreciese mas ventajas. El traje de este hidalgo formaba contraste con su figura tosca y ruda, que no carecia sin embargo de vivacidad y revelaba cierta penetracion natural: sobre su armadura brillante, cincelada y embutida de lujosos arabescos, llevaba una especie de cota de seda, ricamente guarnecida de plata, con un blason bordado al pecho

cuyos lambrequines eran de oro: en el escudo figuraban las armas del marqués de Villena, lo mismo que en el broche que sujetaba las plumas de su gorra de terciopelo.

El personaje que se detuvo á hablar con el oficial contaria unos cincuenta años, y vestia un traje completamente negro, sin bordados ni adornos de ninguna clase; y á no ser por la roja cruz de Santiago que llevaba al pecho en el justillo y en el costado izquierdo de la capa, se le habria tomado por un sugeto insignificante, ó cuando mas por un letrado. La estatura de este hombre era mediana, su constitucion nerviosa, su rostro pálido y flaco, aunque animado de una sonrisa benévola, que fácilmente podia equivocarse con una espresion de burla: su cabellera cana y despoblada, conservaba vestijios de haber sido rubia, como tambien su bigote y perilla, únicas partes de la barba que no llevaba afeitadas, y que se conocia cuidaba con una coquetería de jóven presumido: tenia la frente alta y despejada, y con solo una arruga vertical que dividia sus finas cejas, bajo las cuales, profundamente hundidos, brillaban sus ojos pequeños, alegres por lo comun, pero inmóviles é inalterables como los de una estátua. El conjunto de esta fisonomía no inspiraba sentimientos de ninguna especie, ni prevenia en favor ni en contra de aquel cuya era, y difícil si no imposible habria sido al hombre mas perspicaz adivinar por sus inflecsiones los pensamientos que bullian en aquella cabeza. Tal era el poderoso don Juan Pacheco, marqués de Villena y gran maestre de Santiago, cuyo carácter moral hemos procurado delinear anteriormente. Para completar su retrato diremos que su apostura y modo de andar eran arrogantes y hasta tenian cierto aire de petulancia, que habria sentado bien á un jóven libertino.

—Hola, mi buen Manoférrea, dijo el marqués en tono de familiaridad, á su servidor. Y añadió en seguida, dándole un golpecito en el hombro: –Como sé que os agrada el sobrenombre, no os llamo nunca Beltran de Souza.... Perdonad.

—Oh! señor! contestó Souza, inclinándose: podeis llamarme como gusteis, mientras no me digais perro-judío.

—Eso no, por vida de mi padre! Sé que sois noble y buen cristiano, y que no habeis ganado la fama de mano de hierro en ningun burdel.... Pero vamos al caso. ¿Presumo que no os desagradaria echar un paseo por nuestra tierra?

—Señor, á mi me agrada todo lo que sea serviros: sabeis que mi espada y mi persona están á vuestra disposicion. Si es necesario ir á Portugal, lo mismo allí que aqui me tendreis siempre pronto á complaceros.

—Si, si, será menester ir. Tengo un encargo que hacer, y no sabria confiarlo sino á una persona de vuestra lealtad y valor.

—Oh! lo que es eso podeis tenerlo por seguro, contestó Souza con ingénua jactancia. Yo no sabré leer el a-b-c, pues al cabo no me crié para canónigo, ni es menester saber latin para abrir á un jayan de un cintarazo; pero se me puede confiar cualquier encargo de honor.

—Pues bien, haced vuestros preparativos para mañana al amanecer: confiad la guardia á Gutierrez, y venid luego á recibir mis instrucciones. No es necesario que nadie sepa que estais de viaje.

Dicho esto, el maestre subió á su habitacion particular, á cuya puerta le aguardaba el jóven estafero, de quien queda hecha mencion.

El marqués abrió la puerta , echó una ojeada dentro , y no viendo allí á nadie, se volvió al jóven, y le dijo:

—Presumo que no conocerás á Briando, mi ayuda de cámara.

El jóven se inclinó respetuosamente, y contestó:

—Señor, no es estraño que no le conozca, estando solo desde ayer á vuestro servicio.

—No importa: sube por aquella escalera que allí se vé, y al primero que encuentres, pregúntale por Piel del Diablo, y en seguida te darán razon. Hazle venir aqui al momento.

El jóven estafero partió dilijente á cumplir la órden de su señor, mientras éste entraba en su cámara, murmurando palabras inintelijentes. Viéndose solo, cerró la puerta, dió vuelta á la es-

tancia, tocando en varios puntos de los tapices, y acercándose á una mesa que habia delante de un sitial junto á una espaciosa chimenea, y sobre la cual ardian cuatro velas en un candelabro, sacó de su escarcela el papel que le habia dado el pordiosero. Era una carta cerrada y sellada con un signo cabalístico: el marqués rompió el sobre y leyó la carta. En seguida la acercó á una de las luces y le pegó fuego, y cuando hubo dejado de arder, arrojó las cenizas á la chimenea.

—Está bien, está bien, dijo para sí: mañana iremos á ver á nuestros buenos amigos, y haremos que Diego entre en relaciones con ellos. Pardiez! Ya es tiempo de que ese mozo me ayude y aprenda á trabajar en pró de su familia. El es listo como un corzo y no carece de astucia: tiene la sangre un poco caliente todavia, y se deja llevar mas de lo conveniente de su espíritu caballeresco; pero esto se pasará con el tiempo,.., y cuando sepa lo que le conviene... Si, será hombre de provecho.

Las cavilaciones del marqués de Villena fueron interrumpidas por un hombre que, sin hacer el menor ruido, abrió una puerta oculta detrás de un tapiz, levantó este, y apareció delante, quedando inmóvil, en una actitud graciosa, que le hacia parecer una figura destacada del paño que acababa de mover.

Este hombre era pequeño y moreno: tenia la cabeza diformemente grande en proporcion de su cuerpo, y lo saliente de sus pómulos descarnados, lo sumido de su boca, lo escaso de sus barba negras, y lo brillante de sus ojos redondos y grises, le daban el aspecto de un gato montés. Su fisonomia revelaba tanta astucia y malicia, que no era parte á desvanecer esta impresion del momento, que recibian cuantos la miraban, la especie de sonrisa que habitualmente contraia los lados de su boca, formando arrugas concéntricas. El traje de este raro sugeto era el de un servidor de buena casa, pero en sus colores alegre y chillon como el de un bufon ó juglar.

¿Por fin, os dignais venir á servirme, señor Piel del Diablo? dijo el marqués de Villena volviendo imperceptiblemente la cabeza hácia el recien llegado. ¿Sabeis que me van dando inten-

ciones de pedir para vos un título de duque al ex-rey don Enrique?

—No me vendria mal, señor, contestó con poca reverencia Piel del Diablo; sobre todo si al título acompañasen treinta ó cuarenta mil ducados de renta.

—Qué tal el villano mal nacido! repuso el marqués sin dar á sus palabras la menor intencion de ofender. De modo que, con tal de ser grande y rico, no rehusarias las mercedes de un rey destronado?

—Señor, á mi me equivocaron el nombre en la pila: debieron ponerme Tomando y no Briando. Yo tomo lo que me den, y no miro al dador, sino al dado; en lo cual no hago mas de lo que haria cualquier señor de pendon y caldera, ó cualquier conde ó marqués encapetado.

El marqués se mordió los labios, y desentendiéndose de la alusion directa de su insolente criado, dijo:

—Ello es que, con tres bernardinas, no me has contestado á mi primera pregunta. ¿Dónde estabas, que no has acudido á servirme como corresponde?

—Como son tantas las tareas que tengo á mi cargo, no debeis estrañar que haya faltado, estando ocupado en vuestro servicio.

—Ah! estabas ocupado en....

—Sí: ocupado en mi oficio de dueño, para lo que maldito si valgo un ardite, ¿A quién le ocurre hacerme guardian de doncellitas errantes?

—No me parece difícil el oficio para un hombre que se llama Piel del Diablo. Pero, en fin, ha ocurrido algo?

—Nada, sino que esa chicuela no quiere entrar en razon. Obstinada en que no es justo que la tengan encerrada, y en que no comerá ni dormirá mientras no se la permita andar suelta, ó al menos tener compañia de personas mas amables; pasa la mayor parte del tiempo llorando como una Magdalena.

—Por los cuernos de Satanás! exclamó el marqués santi-

guándose. ¿Sabeis maese Briando, ó maese diablo, que no me gusta eso? Es lo peor que nos pudiera suceder; seguramente la tratais mal.

—Por la piel de Satanás, os juro, señor, que no puedo tratarla con mas dulzura: solo que ella es terca, y no hay paciencia que la aguante. Unas veces llama á su madre de su alma, otras quiere dar gritos para que la oigan y la socorran, otras, – y esto es lo menos malo, – pide que la presenten al señor de este castillo, para que la deje libre, ó la quite la vida. Os aseguro que estoy divertido: si quisiérais tomar el consejo de un miserable como yo, lo mejor que pudiérais hacer es regalársela á vuestro tio el arzobispo, para entretenerle, ó inducir á vuestro mayor enemigo á que se case con ella.

—No seria malo casarla contigo.

—*Liberame Dómine!* No creo, señor que me querais tan mal... Aunque, bien mirado...¿ Lo decís de veras, señor?

—No soy tan zote ni tan malo, señor rapista, que quiera echar Margaritas á puercos. ¿Parecéos, insigne mandria, que una muchacha como una rosa, y que está ahora en sus diez y seis abriles, sino me han informado mal, haria buena liga con un perillan de vuestra facha y de vuestros años?

—Bien dicho, señor, bien dicho. Perdono la torta por el coscorron: aunque quien sabe si, hablándola de matrimonio, se amansaria... Pero luego, las consecuencias... No no, bien se está San Pedro en Roma, pues aunque no soy del todo feo, hay otros mas bonitos que yo, y... quien quita la ocasion, quita el peligro. Por esto, como soy hombre de carne y hueso, y no estoy libre de malas tentaciones, me alegraria, señor, que cuanto antes dispusieseis lo que haya de ser esa moza, pues que yo no respondo de ella ni de mí.

—En cuanto á eso, contestó el marqués con la sonrisa en los labios, no paso cuidado: tengo allá abajo una garantia de fidelidad, compuesta de tres palos y una cuerda, que me escusan muchos quebraderos de cabeza... Pero, ¿qué es eso, amigo Brian-

do? Te has puesto pálido, y no hay por qué. Yo sé muy bien que no es necesario contigo apelar á recursos tan vulgares, y estoy satisfecho de tu lealtad.

—Gracias, señor.

—Por lo demas, continuó el marqués, ya procuraré quitarte ese cuidado lo mas pronto que sea posible, como que tengo en ello un particular interés. Diablo! Segun lo que me has contado, seria capaz esa pobre chica de dejarse morir, ó al menos de enfermar, si continuase mucho tiempo bajo tu custodia. No, no, eso no lo puedo yo consentir. Ya pasaré á verla, y espero ser mas afortunado con ella que tú.

—Siempre lo fuisteis con las mujeres, señor; y estraño fuera que esta no se rindiera á vuestra señoría.

—No aguces tu malicia, porque esta vez de nada te sirve.- A ver? Siéntate á esta mesa, que vamos á escribir.

Dicho esto, el marqués echó un papel doblado en forma de carta sobre la mesa; Briando se sentó en frente de él, tomó el papel, limpió una pluma, y se la colocó detrás de la oreja, como haria el escribiente de un notario.

El marqués se levantó, dió dos ó tres paseos por la estancia, y parándose de pronto junto á su criado, puso un dedo sobre el papel: despues de algunos momentos, retiró el dedo, que fué inmediatamente reemplazado en el mismo sitio por la pluma del escribiente, y comenzó á dictar:

« Tengo la satisfaccion de anunciaros que la jóven consabida «está ya en nuestro poder. Esto, como comprendereis, allana mu«chas dificultades. Dispuesto á favorecer vuestra causa, contra «cualquiera otra pretension que se presente, me apresuro á ofre«ceros mi mediacion, anticipándome lo posible, para evitar que «nos ganen la partida. Si os resolveis, pedid formalmente la ma«no de la pretendida, y descansad en mi cooperacion. Es menes«ter que esto sea pronto: los sucesos se complican, y aunque yo «me congratulo de tener en mi mano la llave del porvenir, no sa«bemos lo que sobrevendrá mañana. Sin embargo, la faz de los »astros se nos presenta favorable, segun me ha informado el

»mejor astrólogo de Castilla, hombre de mi entera confianza, el «cual presajia un cambio de dominio en un tiempo no muy le-«jano. Apresuraos, pues, á cojer los favores del amor y la fortuna.»

Muy bien; basta con eso, dijo el marqués. Ahora saca dos copias iguales de esta carta, y avísame cuando estén concluidas.

—¿Dos mas? preguntó Briando, que creia haber entendido mal.

—Si, dos: ¿Qué tiene eso de particular?

—Nada, señor, nada.

El marqués salió del aposento por una puerta secreta, y dejó solo á su criado, que se devanaba los sesos para comprender el objeto de aquella triple misiva.

—El diablo y ese hombre son dos en la forma y uno en la esencia, decia para sí Briando, mientras hacia rechinar la pluma en el papel.-No entiendo esto: aquí parece que se trata de la chicuela de arriba, que, á juzgar por su traje, me habia parecido una pobrecilla paloma caida en las garras del gavilan; pero veo que se la dá mas importancia, y ahora recuerdo que efectivamente tiene un aire de distincion y unos moditos que infunden respeto. ¡Pardiez! Pero ¿quién puede ser esa doncella errante? Ni que tiene que ver ella con los sucesos...., ni con los astros..... ni con.....? Llévese Judas á la doncella y á su procurador...., Y tres cartas....., tres, nada menos. ¿Querrá casarla con tres á un tiempo?-Vamos, esto se comprende: pretendiéndola tres, malo ha de ser que no se la lleve alguno. Esto es claro.... Sin embargo, no me satisface del todo esta esplicacion. Dice bien el marqués: mi malicia y mi agudeza de nada me sirven por esta vez.... Pero, tá, tá, tá! ¡Ya di con el hilo! esclamó de pronto el astuto sirviente, que no en vano llevaba el apodo de Piel del Diablo.-Consiento que me desuellen vivo sino se trata de la infanta doña Isabel. Oh! viejo marrullero! Te conozco bien y no me engañan tus tretas.

Mientras así cabilaba Piel del Diablo, el marqués de Villena

habia salido á su antecámara, y encontrando alli vijilante al jóven estafero, le dijo:

—Aqui no haces ya falta. Véte á la habitacion de Briando, y estáte á la puerta, cuidando de que nadie salga ni se acerque á ella, hasta que él vuelva. ¿Me has entendido bien?-Veamos que tal te portas: me has agradado y quiero acostumbrarte á mi servicio. Sobre todo, ten entendido que, para merecer mis favores, se necesita ver y oir, cuando á mí me convenga, y olvidar siempre.

—Señor, contestó el jóven: sé lo que debo á vuestra señoría, y lo que me permitirá no olvidar jamás: sé que mi vida es vuestra, y que no tengo ojos ni oidos mas que para serviros.

—Asi me gusta, Juan.-¿No es Juan tu nombre?

—Juan Lainez, señor.

—Tienes un apellido ilustre.

—Sin embargo, señor, pertenezco á una familia de pobres menestrales, y esto me hace agradecer mas el favor de la vida que me habeis dispensado; pues cuando caí en poder de vuestras lanzas, no creí escapar de la horca.

—No lo agradezcas á mi generosidad, Lainez, sino á tu valor: hombres de tus prendas personales son tesoros que yo aprecio y busco; y mal podia entregarte al verdugo conociéndote.

—Ah! señor, cuán generoso sois conmigo! exclamó Juan Lainez, doblando una rodilla, y tomando la mano al marqués para besársela.

—Qué haces, aturdido? qué haces? dijo el marqués, mirando á todas partes.-Levántate, y corre á tu puesto. Mucha vijilancia, y ten presentes dos cosas: que nadie se acerque al aposento de Briando, ni salga de él, y que prestes mucha atencion á lo que quiera que suceda.

—Lo haré como mandais, contestó el jóven; y partió á cumplir su consigna.

Don Juan Pacheco le miró alejarse, diciendo para sí:

—Es lo que se llama un mozo de provecho: todo fuego, arrojo y decision: es un barril de pólvora que solo necesita para

hacer estragos la llama de un esparto encendido... Yo aplicaré á su tiempo este esparto... y arda el que arda.

En seguida, frotándose las manos, como un hombre satisfecho de sí mismo, pasó á una vasta pieza, en cuyo fondo habia una chimenea tan espaciosa como muchos aposentos modernos: en este inmenso hogar ardían algunos troncos de encina, y delante de ella estaba recostado en un sillon un apuesto caballero, en la flor de su juventud, leyendo un grueso infolio, que tenia apoyado en las rodillas y en el borde de una mesa. Este jóven, aunque mucho mas corpulento que el marqués de Villena, tenia con él muchos rasgos de semejanza.

Al sentir los pasos del maestre, el caballero cerró su libro, dejando como señal un dedo dentro, y se levantó respetuosamente.

—Quieto, quieto, don Diego, dijo el marqués:-Siempre aplicado. ¿Eh? ¿Qué estabas leyendo? Algun libro de caballerías.

—Algo tiene de eso; contestó el jóven recobrando su asiento. Es el gran *Poema de Alejandro*, que escribió el presbítero Juan Lorenzo de Astorga.

—Si, le conozco. ¿A ver? Vas muy adelantado?

—No señor: lo tomé ahora poco para entretenerme.

Y diciendo esto el jóven puso el libro abierto sobre la mesa. El maestre hechó una ojeada á los versos de Juan Lorenzo, que estaban magníficamente manuscritos en gruesos caractéres góticos, y repuso:

—Esto es. Ya habrás visto, hijo mio, como el famoso héroe macedon se indignó cuando supo que su padre Filipo era vasallo de Dario rey de Babilonia, y como juró no comer pan á manteles, ni beber sino agua clara, ni reposar en lecho hasta haber librado á su pais del vergonzoso vasallaje.

—Si, señor, eso estaba leyendo cuando habeis llegado.

—Lectura muy provechosa para el hijo del primer rico hombre de Castilla; es decir, casi un Filipo, vasallo de un rey de Babel. ¿No te parece que hay en esto algo de que tomar ejemplo?

—Si no os esplicais mas claro, no sé lo que me quereis decir.

—Válgame Dios, y que niño eres! Dime: ¿te parece que has nacido para pasar toda tu vida doblando la rodilla, y teniendo el estribo á cualquier badulaque, ménos rico y mas ignorante que tú, á quien un capricho de la suerte hizo rey? Pardiez! Don Alejandro era un mozo de provecho, que sabia donde le apretaba el zapato. Ponte la mano en el pecho y en la frente, y dime sino hay algo mas ahí que en esa armadura vacía que se llama Enrique cuarto, ó en ese mozo de espuela que se llama Alfonso. Por San Miguel mi patron, que si no viese yo en tí otra cosa que el sucesor del marqués de Villena, me avergonzaria de haberte engendrado.

El jóven don Diego Lopez Pacheco miró á su padre con aire de sorpresa y como dudando que hablase con seriedad.

—Presumo, señor, dijo, que os chanceais.

—No diré que no: las cosas de este mundo son un juego de azar, y la dinastía reinante de Trastamara no es, si bien se mira, sino una jugada, una broma un poco larga y algun tanto pesada.

—Y bien, señor; el hecho mismo de ser acatada esta dinastía descendiente de un bastardo, es una prueba de que Castilla no sufre otros señores que los hijos de sus reyes, y de que los prefiere, aunque sean ilejítimos, á lo mas escojido de cualquiera otra raza.

—¿Te parece que llegará á reinar *la Beltraneja?*

—De ningun modo.

—Ah!... Ya ves como las ideas cambian. La opinion pública es barro en bruto, y un diestro artífice labra con ella lo que quiere. —Óyeme bien, y no olvides mis palabras: veinte años hace que trabajo con una perseverancia infatigable, y puedo jurarte que no he trabajado en vano. Para levantar un edificio nuevo, es menester destruir el antiguo. ¿Te parece que hay muchas piedras en pié?

—No faltan, señor.

—Cuales son?

—Don Alfonso es un jóven de esperanzas; á falta de él, su hermana revela una gran capacidad. La familia de Aragon puede alegar derechos á la corona de Castilla.

—Bah! bah!... No me hables de personas, don Diego: las personas son piedras que se demuelen ó se trasladan para construir otros edificios. Háblame de ideas, de instituciones. ¿Qué ves por todas partes sino barbarie, desmoralizacion y angustias de muerte? Pónme á un hombre de talento en medio de ese caos, un hombre de cabeza donde nadie la tiene; donde cada cual fia el écsito de sus planes ambiciosos al número de sus lanzas, y díme ¿que no puede hacer este hombre?

—Y acaso, ¿no vale nada la fuerza?

—Pse!... La fuerza se divide, choca y se destruye á sí misma. Ser uno fuerte, y dividir la fuerza ajena, es haber triunfado.

—Confieso, señor, que no alcanza mi penetracion á donde llega vuestra sabiduría. Por eso me perece vuestra pretension imposible.

—Imposible!... Sabes poco la historia, don Diego. Roma subyugó á Grecia declarándola independiente, y haciendo rey á cada uno de sus ciudadanos. ¿Cuántos reyes habrá en Castilla dentro de poco? Tantos como vasallos. El desórden dió á la misma Roma muchos emperadores que eran simples soldados... Oh! el desórden es una gran cosa! Las gentes se cansan, se marean, se aturrullan, y les pasa como á las ranas que pedian rey. ¿No recuerdas las fabulilla de maese Esopo? Pues bien, eso está pasando ahora, y te juro por la cruz de Cristo de que soy caballero, que no se han de contentar los castellanos con ninguno de sus reyes, hasta que...

—Hasta que les venga un culebron, que les sujete y se trague al que chille?

—Eso es: no queria decirlo, á ver si lo adivinabas.

—Pero es menester que ellos lo pidan.

—Ya lo pedirán. Llegará un dia en que, por arte de encantamiento, saldrá una voz de todas partes produnciando un nombre. Castilla tiene el derecho de proclamar sus reyes, y será me-

nester despertar su celo por este precioso privilejio, algo maltratado por la injuria de los tiempos. Despues... despues, lo del culebron.

—Cuidado, señor, con eso. Don Pedro de Castilla pretendió ser el culebron de la fábula, y esto le perdió.

—Don Pedro fué un botarate, que jugaba á cartas vistas, y queria tener siempre la cuerda demasiado tirante. Sintiéndose con la fuerza del tígre, creyó imposible que le abatieran los sabuesos. Luchó de frente, y lo despedazaron. No es esto lo que se necesita, sino la astucia del raposo, y el poder del leon... Pero vamos demasiado léjos: no ha llegado aun la hora de reedificar y es inútil. – He creido conveniente hablarte de esto, á fin de que no estés desprevenido.

Don Diego se encojió de hombros, y repuso:

—Bueno es saber que os ocupais en eso, aunque solo sea para poder velar por vuestra seguridad.

—Y para que veles por la tuya, don Diego. Lo que acabas de saber te compromete tanto como á mí.

—No temais que yo revele vuestro secreto, contestó el jóven algo resentido. Pero quisiera saber, qué peligros me amenazan, á mí, que en nada pienso?...

—Silencio! Ya hablaremos despacio, dijo el marqués interrumpiendo á su hijo.

Acababa de sonar un ténue ruido en un testero del salon: á poco apareció entre los tapices la diforme cabeza de Piel del Diablo.

—Está eso? preguntó el marqués.

—Si señor.

—Adios, don Diego! hasta mañana.

El jóven saludó á su padre, y éste se dirijió á su cámara entrando por la puerta que acababa de abrir Piel del Diablo, á quien dijo:

—Vé y llama al caballero Souza, y entreténlo en la puerta hasta que yo avise.

Apenas hubo salido Briando, el marqués examinó las cartas.

escribiendo al pié de cada una de ellas algunas líneas, y á la cabeza los nombres de las personas á quienes iban dirijidas.

En la primera puso:

«A su alteza el señor rey don Alfonso de Portugal.»

Y despues de cerrada, escribió en el sobre:

«Al ilustrísimo señor arzobispo de Lisboa.»

En la segunda puso la direccion: «A su alteza, el señor príncipe duque de Guiena.»

Y la cerró con dos sobres: el interior para S. M. el rey Luis de Francia; y el esterior para el señor Olivier-le-Daim.

Por último, la tercera fué dirijida á su alteza Ricardo, duque de Gloucester.

Hecho esto, el marqués guardó en su escarcela las dos últimas cartas, murmurando:

—Si con tres redes no cojo un pájaro, soy el peor cazador del mundo. Bueno fuera que los tres acudiesen al cebo; no habria nada perdido, pues como yo tengo los hilos, tiraré del que me acomode. Magnífico juego, en que nunca puedo perder: tres rivales luchan y se matan, pero no conferencian jamás entre sí. Luis XI á nadie dice la verdad, y á trueque de salir de su caro hermano, recibiria esta misiva como el agua de mayo. Eduardo IV solo piensa en francachelas, que le impide gozar en paz su revoltoso duque; y en cuanto al vejete de Portugal.... Oh! este es el mas seguro: apostaria el maestrazgo de Santiago á que está enamorado de Isabelita: por lo menos tiene interés en llevársela, para ir dejando espedíto el campo á su nieta la *Beltraneja*. Pobre hombre!

Acabando estas reflecsiones, tomó el marqués un martillo de plata y dió un golpe en un timbre de acero. Briando entró seguido de Manoférrea.

—Puedes retirarte á descansar, amigo Briando, dijo el maestre.-Venid, Souza.

Piel del Diablo salió, mirando atrás de reojo, y Souza se acercó á su señor, el cual añadió, entregándole una de las cartas, y un bolsillo de oro:

—Aquí teneis: esto para el arzobispo de Lisboa, y estotro para vos. Si en el camino tuviéseis algun mal tropiezo, comeos la carta. Decidme: ¿no hay en mi guardia un francés, un tal Dubois?

—Si, señor.

—Hacedle venir, y ya sabeis: al amanecer en marcha.

Manoférrea se retiró, y á poco entró el francés. El maestre le dió algunas instrucciones, y le entregó la carta para el duque de Guiena. Despues le confió la que iba dirijida al príncipe inglés, á fin de que la hiciese remitir desde Francia á su destino. Hecho esto, entró en su alcoba, se desnudó solo, y se metió en la cama frotándose las manos de gozo.





CAPÍTULO VII.



De como Juan Lainez encontró lo que no esperaba.



La estancia en que habitaba el ayuda de cámara, confidente y secretario privado del marqués de Villena, se hallaba situada en una torre muy alta, que debió de ser en lo antiguo la primera construccion, á cuyo arrimo se fueron agrupando con el tiempo las demas partes del gótico edificio. Conservaba esta torre el nombre de homenaje, con que se distinguia en las fortalezas señoriales á la mas gigantesca, sólida é inespugnable de sus obras, donde se colocaba por lo comun el pendon ó enseña del señor feudal ó del rey en su caso; y tanto por la estructura de sus gruesos muros, cuanto por la forma de sus ventanas y saetías, parecia remontarse su orígen al siglo VIII, y haber sido el núcleo de uno de aquellos castillos formidables que se alzaron en los primeros tiempos de la dominacion agarena.

La supersticion que todo lo abarcaba en estos siglos de sentimiento juvenil, en que la imajinacion era mas poderosa que el raciocinio, habia hecho que se mirase la antigua torre con un respeto invencible. La parte superior inhabitada desde tiempo inmemorial, estaba casi destruida, y toda voz ó grito que en el silencio de la noche se profiriese, no dejaba de ser repetido con lúgubre murmullo en sus bóvedas descubiertas y quebrantadas: el efecto acústico solia ser á veces tan original y sorprendente, que la reproduccion de las palabras parecia un sarcasmo burlesco de algun ser invisible. Los murciélagos y las lechuzas, aves de mal agüero, como amigas de las tinieblas, que son el imperio del diablo, frecuentando con predileccion aquel lugar inaccesible, contribuian con sus chirridos á ecsaltar el terror supersticioso que, por otra parte, se fundaba en tradiciones pavorosas. Decíase que los cimientos de aquella torre llegaban hasta las entrañas de la tierra, y que nadie habia podido penetrar impunemente en sus mas hondos subterráneos, los cuales se suponia eran abismos sin fondo y vastas cavernas habitadas por misteriosos seres. Referíanse anécdotas capaces de erizar los cabellos: el fundador de la torre habia sido un condenado moro, gran májico y enemigo de Dios, el cual estaba enterrado en vida por toda la eternidad al pié de aquellos muros, desde donde conspiraba contra las almas cristianas á fin de conducirlas á su perdicion: en prueba de esto se citaban ejemplos muy notables é indicios ecsistentes en algunos aposentos de la torre. Mas de un noble caballero habia pretendido bajar al fondo de ella en busca de tesoros que se suponia estaban allí escondidos, ó atraidos por la curiosidad y el deseo de señalarse acometiendo una escena que se reputaba imposible, y no habian vuelto á salir. El célebre don Enrique de Villena, poseedor de aquel edificio en tiempos no muy remotos, allí aprendió, al decir de las gentes, las ciencias ocultas, y el espíritu malo, su maestro, le indujo á dejarse picar y encerrar en una redoma, para de este modo hacerle morir sin confesion y apoderarse de su alma. Por último, era notorio que en cierta cámara subterránea, que nadie habia visto, ecsistian en una pared

las marcas de dos manos ensangrentadas, de las cuales emanaban quejumbrosos jemidos en las noches tempestuosas.

Lo que en todo esto pudiese haber de verdad, discúrralo el discreto lector. Ello es que las buenas gentes del siglo xv, aun muchas de las que por su posicion social se distinguian del vulgo, daban entero crédito á estos rumores, que algun fundamento tendrian, pues no hay efecto sin causa, ni aun en los estravíos de la imajinacion: ello es que á la torre se atribuia una influencia perniciosa en el ánimo de su poseedor, cualquiera que este fuese, y que nadie se acercaba solo á ella, sobre todo á las altas horas de la noche.

Juan Lainez, como nuevo en la casa del marqués de Villena, ignoraba las tradiciones y consejos de la torre del homenaje, ó *de los Encantos*, segun vulgarmente se la llamaba. Obedeciendo las órdenes de su señor, subió una escalera que terminaba en el vasto departamento de las gentes de armas, cruzó este y salió á una galería cubierta que daba á un estenso patio, y al fin de ella se encontró en una pieza cuadrada con tres puertas: una, aquella por donde entró, otra pequeña que era la de la habitacion de Briando, y otra por donde se salia á las azoteas del palacio.

El jóven estafero no dejó de estrañar la soledad que reinaba en aquellos sitios, y á pesar de su valor, de que su mismo oficio era una prueba, se estremeció al oir el eco de sus pasos, y los lúgubres alaridos de las aves nocturnas mezclados con el zumbido del viento. En su interior deploraba la triste suerte del hombre condenado á morar en aquel antro solitario y medroso; pero nosotros debemos decir que Piel del Diablo no tenia el menor recelo de ser atacado por los espíritus malignos, y que él mismo habia escojido aquella morada, como la mas tranquila, porque no podia sufrir que le turbasen el sueño.

Juan requirió su espada y su puñal, y comenzó á dar pasos delante de la puerta, entregándose á las mas diversas reflecsiones.

—¿Para qué me han mandado venir aquí? fué lo primero que le ocurrió. Estos sitios parecen que están malditos, segun se ale-

jan de ellos los servidores del marqués, pues ni siquiera se oye el murmullo de sus conversaciones, ni el ruido de sus pasos. Sin embargo, velemos, Juan, velemos. Quien sabe lo que podrá sobrevenir, y cuando el marqués me ha confiado la vijilancia de este puesto, sus razones tendrá para ello. Acaso haya por aquí algun tesoro oculto, ú otra cosa que pueda codiciarse, y en este caso mi descuido podria tal vez costarme la vida.

Sin embargo el tiempo pasaba, y ningun acontecimiento venia á justificar las presunciones de Juan Lainez. Algunas veces, mientras se paseaba, creyó sentir pasos en la galería, y se detuvo á escuchar, empuñando su espada; pero todo rumor cesaba en el momento de pararse, porque los supuestos pasos no eran mas que el eco de los suyos.

El jóven resolvió estarse inmóvil arrimado á la puerta de la torre, á fin de poder evitar toda fascinacion de los sentidos. Pero á pesar de esta prudente precaucion, no tardó en percibir un rumor, que esta vez de seguro no era una reproduccion del eco: eran pasos verdaderos, que sonaron á su espalda, como si una persona hubiese pasado por detrás de la puerta; y al mismo tiempo el estafero vió trazarse en la pared de enfrente una línea luminosa.

Juan se santiguó instintivamente, y giró sobre sus talones, buscando la causa de aquel ruido y de aquella luz; pero uno y otra habian cesado, y el silencio y la oscuridad parecian mas intensos despues de haber sido momentáneamente interrumpidos.

—No, pues yo estoy dispierto, murmuró el jóven frotándose los ojos: alguien ha pasado junto á esta puerta, y la luz ha salido sin duda por el hueco de la cerradura. Velemos.

Y se preparó resueltamente á luchar con cualquier enemigo que se presentase, con tal que fuese un ser corpóreo y no un espíritu impalpable. Pero hé aquí que mientras el denodado mozo aguardaba ver salir por la estrecha puerta algun jayan de doce palmos, capaz de poner miedo al mismo Cid, llegó á su oido una voz melodiosa, que cantaba en son monótono el himno á la Vír-

gen compuesto por el arcipreste de Hita, y muy popularizado en aquel tiempo.

«Quiero seguir á tí, flor de las flores!
Siempre decir cantar de tus loores.
Non me partir de te servir,
Mejor de las mejores.»

—Madre de misericordia! esclamó Juan Lainez, cruzando las manos y alzando los ojos al cielo. Valedme, y si no he de ver como realidad lo que ahora considero sueño ó delirio, quitadme la vida. Esa voz que canta vuestros loores, dulce Madre de Dios, no es la voz de Isidora? ¿No es ese el himno que cien veces hemos entonado juntos, cuando, al retumbar la tempestad sobre nuestras cabezas, y agrupados con su familia en torno de tu santa imájen, implorábamos tu misericordia?

La voz volvió á oirse, pero sonaba tan léjos que parecia salir del seno de la tierra, ó vagar en las nubes.

«Gran fianza he yo en tí, la mi señora;
La mi esperanza en tí es toda hora,
Non me abandones, é sin tardanza
Ven me librar agora!»

El jóven habia pegado el oido á la cerradura de la puerta, para persuadirse de que no era víctima de una fascinacion. Aquella voz, aunque remota, no podia ser por él desconocida. Pero era inútil su cuidado, parecia venir de tan apartado lugar, que no atinaba cómo ni de donde llegaba hasta él. Un momento temió si su amada Isidora seria muerta, y si su espíritu habria venido por los aires á darle el último á Dios.

De pronto se adelantó algunos pasos, se detuvo á escuchar en medio de la lóbrega estancia, y le pareció percibir la voz mas claramente hácia la puerta de las azoteas. Rápido como el pen-

samiento se lanzó á ella y la abrió. En seguida oyó mejor que antes la tercera estrofa del himno que decia así:

«Estrella de la mar, puerto de holgura!
Remedio de pesar é de tristura!
Ven me librar é confortar,
Señora del altura!»

Juan Lainez acababa de convencerse de la realidad. La voz salia por una ventana de la enorme torre que daba sobre los almenados muros que rodeaban la azotea. Pero aquella ventana estaba muy alta, y el jóven necesitaba hacer alguna seña para comunicarse con su amada. Sin detenerse entonó á media voz la última estrofa.

«Sufro gran mal, sin merecer á tuerto;
Me aquejo á tal, porque cuido ser muerto.
Mas tu me val, non veo al
Que me saque á puerto.»

Una asclamacion de gozo, semejante á la del náufrago que siente entre las suyas una mano salvadora, partió de la estrecha ventana de la torre, y asomó por ella un brazo ajitando un blanco cendal, que á la luz de la luua, que á la sazon iluminaba de lleno aquel costado del edificio, parecia el ala de una paloma presa entre redes.

—Isidora! esclamó el jóven con voz trémula y debilitada por el temor de hacerse notar.

—Juan! contestó la jóven desde su prision. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿No corres ningun peligro, amigo mio?

—Sin duda corremos peligro tú y yo, mi querida Isidora. Pero es forzoso que nos comuniquemos, ya que una venturosa casualidad me ha descubierto tu paradero. Es forzoso que podamos hablar sin que nadie lo sepa, y que pensemos en los medios de libertarte. ¿No puedes asomarte de modo que hablemos mas bajo?

—¡Ay! no: es imposible. La reja me lo impide.

—Hay una reja! murmuró Juan con desaliento. Pero añadió: —Espera, vida mia: yo me acercaré á tí.

Diciendo esto, subió sobre una almena del muro que se unia al de la torre, cayendo perpendicularmente debajo de la ventana, y de este modo acortó cosa de dos varas la distancia que le separaba de ella, si bien con gran esposicion de su vida; pues el menor movimiento que le hiciese perder el equilibrio, podia arrojarle al pié de la torre, cuya altura era considerable por aquella parte. Sin embargo, la ventaja adquirida por este medio no compensaba su afan, ni el riesgo á que se esponia.

—Isidora, dijo: estamos todavia muy distantes. Si tuvieses una cuerda que atar á los hierros de la reja, yo subiria por ella.

—Si tengo, contestó la jóven.

Y en pocos momentos pendia una cuerda sobre el negro muro de la torre. Juan Lainez se asió de ella, y con la ajilidad de un marino trepó hasta el derrame de la ventana, donde pudo sentarse agarrándose á las barras de la reja.

—Cuéntame, vida mia, dijo el mozo, ¿cómo es que te hallo en este sitio?

—¿Sé yo acaso donde me hallo? contestó Isidora. Mejor podrás decírmelo tú: que sin duda has venido en mi busca.

—Oh! ciertamente he trabajado mucho para buscarte y vengarme de tu infame raptor, pero mis dilijencias han sido vanas, y en lo que menos pude pensar era en hallarte en casa del marqués de Villena.

—Del marqués de Villena! esclamó Isidora. No te comprendo. ¿Este castillo es el del marqués de Villena? Y qué haces tú aquí?

—Qué hago yo aquí... repitió el jóven como si temiese dar una esplicacion. Isidora, no me desprecies despues de lo que vas á saber. Nuestra suerte ligada por el amor, lo está tambien por la desgracia, y creo que al infierno habria yo ido por vengarte y vengar á tu familia. Soy estafero del marqués de Villena...

—Estafero!...

—Si: estoy asalariado á su servicio, para protejer su vida y destruir la ajena, si me lo manda. Esta es mi suerte: soy un esclavo sin otra voluntad que la de mi dueño, á quien debo el favor de la vida.

—No te comprendo. Esplícate.

—Cuando desaparecistes de tu casa, Isidora, y tu padre fué asesinado, me hice bandido: varios tejedores de tu padre me siguieron. Creíamos, al obrar así, abrazar la santa causa de la justicia, y todos juramos solemnemente consagrar nuestras vidas á la venganza de los horrendos crímenes cometidos contra tu pureza y contra el hombre mas honrado de Medina. Mis compañeros obraban á impulsos de su desesperacion, pues veian disiparse su única fortuna, el trabajo de sus brazos, los recursos que les habia dado la naturaleza para proveer á sus familias de un pedazo de pan, por efecto del desenfreno de un rico-hombre malvado. Yo era movido por una fuerza no menos poderosa: mi amor, la esperanza de toda mi vida se hundia en un abismo insondable, y los seres mas queridos de mi corazon padecian en sus personas, en su honra y en sus bienes, cuando nadie como ellos era digno de la felicidad de este mundo. Yo estaba furioso, como el tígre á quien arrebatan sus hijos, como el leon que ha perdido su compañera, y me arrojé á matar, para saciar la sed de vengauza que devoraba mi alma.

—Oh! No me digas eso, amigo mio. ¿Es posible que tú, tan bueno, tan honrado, hayas podido cometer esos crímenes que Dios reprueba? Qué bien me resultaba á mi de eso, si entre tanto padecia las mas crueles angustias, encerrada en el sombrío castillo de la Calavera?

—Y sabia yo acaso lo que hacia? Mi ánimo era arrastrar en pos de mí á cuantos infelices y malvados encontrase en mi camino: queria reunir una banda numerosa, que infundiere terror al mas pudiente rico-hombre de Castilla; lanzarme como un lobo hambriento sobre la guarida feudal del señor de Hinestrosa, beber su sangre maldecida y arrasar su castillo.

—Y no pensabas en mí?

—Puedes dudarlo? Por quien sino por tí hacia yo todo esto? Quién sino tú llenaba mi pecho de ira y movia mis pasos hácia la venganza? Pero Dios ha desbaratado todos mis planes: no pude reunir mas que una docena de compañeros y como éramos pocos, pronto nos vimos acosados por las hordas numerosas de los nobles, á quienes hacíamos directamente la guerra. Sin embargo, llegamos á ser en poco tiempo el terror de las gentes, y en atencion á nuestro número, nos llamaban *los Apóstoles de Medina.* Muchos inocentes habrán espiado las culpas de nuestro enemigo, pero éste ha escapado á nuestro furor, porque sin duda el demonio le favorece. Todas las noches dormíamos en un bosque de la sierra de Ataquines, aguardando la ocasion de asaltar al malvado, pero nunca pasó cerca de allí, hasta que, hace cuatro dias, le vimos llegar en direccion á su castillo, acompañado de algunos de sus sicarios.

—Hace cuatro dias, dijo Isidora. Ese mismo tiempo hace que me sacaron de aquel castillo engañándome. Decian que me llevaban á la casa de mi madre, y héme aqui aprisionada en un edificio que ni aun sé donde está situado.

—Ah! la desgracia no se cansa de perseguirnos, querida mia. Pero dime. ¿No sabes para qué te han traido aquí? ¿Cómo te tratan?

—Desde que llegué aquí estoy sola, sin mas compañía que la de un hombre muy feo de cuerpo y alma, que parece saber tanto como yo acerca de mi destino. Yo no le creo; porque, ¿cómo es posible que ese hombre ignore los fines de su señor? A todas mis preguntas contesta encojiéndose de hombros, y diciéndome:–Paciencia, hermosa niña: yo no sé nada de lo que me preguntais. Cuidad de pasar buena vida; pedid cuanto os haga falta, y sosegaos. Yo creo que esto no puede durar mucho tiempo.–Y de aquí no hay quien le saque. No sé por qué ese hombre horrible me infunde mas terror que el malvado don Perafan; pero por lo demás me trata con mucha amabilidad; y sin embargo muchas veces he deseado que me quiten la vida, prefiriendo la muerte á mi cruel incertidumbre. Ahora doy gracias á Dios que me la ha conservado, pues confio en que hallarás medio de salvarme.

Juan Lainez guardó silencio: tenia la cabeza inclinada y meditaba profundamente sobre lo estraño de su situacion y la de su amada. No podia suponer que el marqués ignorase la estancia de Isidora en su propia casa, pero no podia concebir que supiese los amores de él con la jóven, pues en este caso no le habria confiado la guarda del lugar donde la tenia oculta.

—No sé, vida mia, no sé lo que podré hacer por tí, dijo por último: salvarte es mi mas ardiente deseo; pero solo con la destreza puede el azor vencer al águila rapante. Si el marqués de Villena es quien te tiene prisionera, ¿quién soy yo para luchar con él?..... Luego, la fatalidad me ha puesto bajo su dominio y tengo que agradecerle mi cautiverio.

—¿Pues cómo?

—¡Ah! ¿no te lo he dicho? Cuando atacamos al ricohombre de Hinestrosa, la victoria estuvo prócsima á coronar nuestro esfuerzo. Seis de sus bandidos mordieron el polvo, y él mismo habria caido bajo mi puñal. Pero en el principio de la refriega fuimos acometidos por una hueste del marqués de Villena, y aun creo que por él en persona, pues no dudo que fuese él un enmascarado á quien todos obedecian.

—¿Un enmascarado?

—Si.–Mis compañeros no pudieron resistir la violencia del choque, y pronto se desbandaron. Yo permanecí solo en mi puesto, luchando con la ceguedad del toro que desprecia la muerte ante el ansia rabiosa de acabar á su enemigo. Mas, ¡ay! ¿Qué podia hacer un hombre solo contra tantos valientes? Peleando resbalé en la sangre de mis contrarios, y la muerte apareció ante mis ojos, revestida con el lúgubre brillo de las espadas. Tú nombre, amada mia, subió de mi corazon á posarse en mis lábios, porque ya veia cercano el término de mi amarga vida. Pero de pronto se oyó una voz que dijo:– «dejadle, no le mateis.» –El que así habló, era el hombre de la máscara. Pero yo despreciaba la vida, y aunque abatido, intenté resistirme para morir al filo del acero; porque no dudaba en aquel momento que me aguardase la horca, ó al menos el tormento para arrancarme los nom-

bres de mis compañeros. Sin embargo, fácil fué á mis contrarios sujetarme, y montándome en un caballo, seis de ellos me condujeron á Arévalo aquella noche, y los demás con el jefe enmascarado siguieron su camino. Al otro dia vinimos á Segovia y paramos en este palacio. El marqués de Villena me perdonó la vida, cuando yo menos lo esperaba, y me nombró su estafero en atencion á mi valor de que dijo tenia noticias.

—En verdad que no sé que pensar de lo que nos sucede, dijo Isidora, que habia escuchado atentamente la relacion de su amante.–La misma noche que te aprisionaron, se presentó ese hombre de la máscara en el castillo de la Calavera. El ricohombre de Hinestrosa me hizo sacar del encierro donde me tenia, y presentándome al desconocido, me dijo:–Tus obstinados desdenes no merecen de mi parte sino el desprecio: si hubieses acudido á mis caricias, tal vez habria yo hecho de la villana una señora. Pero tu orgullo insensato te pierde: vete en paz, y no te acuerdes de haber merecido mis favores.»

—¡El infame! Favores llama á la mayor villanía y al crímen que ha labrado la perdicion de muchas familias honradas! ¿Y qué le contestaste?

—Le dije que solo un favor tenia que agradecerle, el de salir pura de sus manos; aunque esto mas que á él, lo debia á la misericordia de Dios.

Juan no pudo reprimir un movimiento de alegría, mezclado con una sombra de duda y celos. Pero reprimiéndose, dijo:

—Acaba.

—En seguida eché una ojeada á mi alrededor, y pregunté.–Pero, ¿á dónde me enviais?–Entonces me dijo, señalando al enmascarado:–Este señor te conducirá á tu casa.–Conocí que al proferir estas palabras se hacia violencia, pues apretaba los puños y estaba pálido. En aquel momento, la idea de verme libre y en el seno de mi madre pudo en mí mas que toda otra consideracion.–Vamos, dije: y me puse bajo el amparo de aquel desconocido.

—¿Y él te condujo aquí?

—Si: al salir del castillo, ví que nos aguardaban unos veinte hombres montados. Entonces concebí recelos, y pregunté llorando si trataban de engañarme. Pero el enmascarado me tranquilizó con palabras que nada afirmaban:–No tengais miedo, hija mia, me dijo. Somos amigos vuestros, y no queremos sino vuestro bien. Y añadió hablando con sus hombres:–Ea, vamos. En marcha; que antes de amanecer quiero que esta pobre niña quede convenientemente depositada.

«Con efecto, al amanecer llegamos á un gran bosque; yo iba muy fatigada y rendida de sueño; pero me desvelé pensando que acaso habia salido de un peligro para caer en otro mayor. Sin embargo, nada sucedia que justificase mis temores. En medio del bosque, divisamos una casa rústica: entonces el enmascarado despidió á sus gentes, y se quedó solo conmigo.»–Decidme, buen señor, le pregunté: ¿distamos mucho aun de Medina del Campo?–Todavía nos falta andar una buena jornada, me contestó; porque hemos andado esta noche fuera de camino para evitar malos encuentros. Pero ahora descansareis, hija mia, y despues..... Fuera esponer vuestra salud, si continuásemos hoy la marcha.

—Le conozco..... le conozco en ese modo vago de contestar, dijo Juan Lainez aludiendo al marqués de Villena. ¿Y por último?

—Paramos en la casa rústica. Una mujer ya anciana nos salió á recibir. Estaba ella sola en la casa, y no se veia por allí mas persona que un jóven guarda-bosque, que andaba limpiando los árboles.–«Buena madre, dijo el desconocido á la mujer: cuidad de esta pobre niña, y disponedle un buen lecho para que descanse. Yo os lo recompensaré segun mis cortos haberes.»–La mujer me ayudó á bajar de mi hacanea, me tomó la mano con mucho cariño, y se puso á preparar una lijera colacion para mí. Entre tanto el desconocido se despidió prometiendo volver, y yo quedé allí muy confiada, pensando solo en lo largo que se me haria el tiempo mientras no proseguíamos la marcha. Tomé lo

que la mujer me dió, y me acosté vestida: pero á poco me asaltó un sueño profundo.

—Te habia dado alguna bebida maligna, observó el suspicaz amante.

—No lo sabré decir. Solo recuerdo que soñé cosas estrañas: me pareció que mi lecho se movia, y que dos personas me llevaban en peso, una por la cabeza y otra por los piés, mientras creia ver andar delante de mí una fantasma de mujer, semejante á la de la casa rústica, la cual llevaba una lámpara encendida en la mano. Sentí además que me daba en la cara un álito caliente y quise gritar; pero no pude. Tenia los ojos entreabiertos, y observé, aunque de una manera confusa, que pasaba por muchas galerías lóbregas, y por muchas escaleras. Al cabo quedé tranquila, y desaparecieron todas aquellas fantásticas visiones.—Cuando abrí los ojos me encontré en esta estancia: la luz rojiza del sol de la tarde entraba por la ventana. Miré alrededor, y no ví mas persona que á ese hombre feo de quien te he hablado, el cual, como me oyese dar gritos, procuró tranquilizarme.

—¡Pardiez que es una historia estraña la que me has contado, y si no sospechase que anda en esto la mano de un hombre, lo tendria por cosa de hechiceria! Dime, ¿y despues no has vuelto á ver al enmascarado?

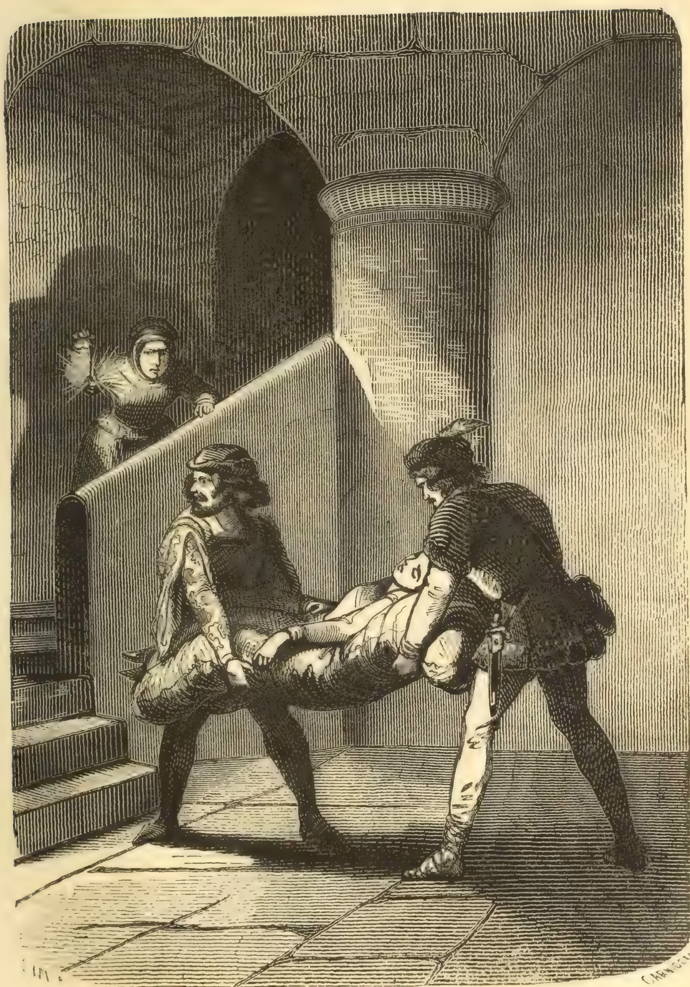
—No.

—Ni ese hombre feo te ha dicho amores?

—Al contrario, me trata con respeto, y procura no molestarme con su presencia.

Juan Lainez meditó un momento, y luego dijo:

—Por mas que pienso, no acierto á comprender lo que nos está pasando. Preciso es armarse de astucia y no dormirse.—Óyeme, Isidora: yo procuraré verte todas las noches: procura tú observar atentamente cuanto haga tu guardian; escucha sus palabras con prevencion, y grábalo todo en tu memoria para contármelo luego. Entre tanto, desecha tu afliccion y confia en mí.—Solo una cosa quisiera saber, continuó el jóven con cortedad. No



Isabel I.–Lám. 5.ª

te la pregunto, amada mia, por satisfacer una vana curiosidad, sino á fin de poder obrar con mas acierto. ¿Qué te ha sucedido en el castillo de la Calavera? Qué ha sido de tí desde que nos separamos?

—Oh! La Vírgen, á quien me encomendé, me ha protejido. Ya sabrás la cruel muerte de mi padre, ocurrida delante de mi vista, dijo la jóven, limpiándose las lágrimas.

—Si: llegó á mi noticia ese bárbaro atentado.

—Desde aquel momento, continuó Isidora, tuve la suerte de caer enferma de tanta gravedad, que por espacio de muchos dias estuve vacilando entre la vida y la muerte. Al cabo recobré la salud, pero era tal el sobresalto interior de mi espíritu, que, aun despues de levantada de mi lecho de agonía, siempre que se me recordaban mis infortunios, sufria terribles ajitaciones y recaidas. Con este motivo, el señor de Hinestrosa, temiendo acaso perderme si violentaba mi voluntad, evitaba comparecer en mi presencia, y su insolente procacidad se fué trocando en humillacion. Oh! cuantas veces he dado gracias á la Vírgen María, que, por tan estraños medios, me salvó de las garras de aquel tigre carnicero! – Así he pasado el tiempo de mi cautividad, amigo mio, y hoy seria completamente feliz, si pudiese reposar en los brazos de mi querida madre.

Juan Lainez meneó un poco la cabeza, como quien no está satisfecho de una esplicacion, ó encuentra oscuros los pormenores que se le dan.

—Sin embargo, dijo, aquel hombre te solicitaba....

—Siempre.

—Y te entregó tan fácilmente á otro....? No puedo entender esto.

Al concluir de pronunciar estas palabras Juan Lainez, Isidora se estremeció y volvió la cabeza hácia lo interior de su aposento.

—Retírate, Juan, dijo: retírate pronto.

—Qué sucede?

—Mi carcelero viene. Acabo de oir sus pasos.

—Juan se deslizó por la cuerda, y bajó á la plataforma ó azotea del palacio, á tiempo que sonaba en la pieza inmediata el áspero chirrido de una llave que abria una puerta. El jóven se detuvo algunos momentos junto á la de las azoteas, y cuando todo rumor hubo cesado, entró y se puso á escuchar en la puerta de la habitacion de Briando.

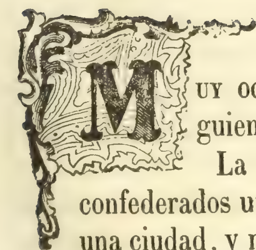
El murmullo de una conversacion en monosílabos entre un hombre y una mujer, fué lo único que pudo percibir. Al fin, cansado de escuchar sin poder entender una palabra, y convencido de la inutilidad de sus pesquisas por aquella parte, se alejó por la solitaría galería, y se retiró á su dormitorio.

Una hora despues, desvelado en su cama, el jóven estafero solo oia de vez en cuando el rumor de los centinelas del palacio que se paseaban en sus puestos.



CAPÍTULO VIII.

La cita



Muy ocupado anduvo don Juan Pacheco el dia siguiente.

La ida de doña Isabel á Segovia era para los confederados un triunfo tan importante como la entrega de una ciudad, y mal podia su jefe reconocido dejar de tomar parte en la celebridad de tan fauto suceso.

El dia se pasó, por consiguiente, en festejos religiosos y cívicos, preparados á toda prisa para obsequiar á la infanta, pero no por esto indignos de su elevada clase. Hubo solemnes oficios en la catedral, á los cuales tuvo que asistir el príncipe don Alfonso, acompañado de su hermana y de todos los nobles de su córte, y en las que el vicario Prexano predicó un sermon que, en nuestros tiempos, se habria reputado como una arenga tribunicia: el orador tomó por texto de su discurso aquellas palabras

de la Escritura, que dicen: *Per me reges regnant....*, y remontándose á graves consideraciones políticas, demostró que la soberanía de los reyes era una emanacion de la autoridad divina; pero empleando un diestro giro de dialéctica, descendió á pintar con símiles y ejemplos tomados de la historia sagrada, una série de cuadros espantosos, en que resaltaban los efectos de la inmoralidad é irreligion de los pueblos que se habian dejado gobernar por monarcas impíos, y los castigos que Dios habia descargado sobre ellos y sobre sus súbditos contaminados por su mal ejemplo. La pintura fué hecha con tal arte, y con tan claras alusiones, que nadie pudo desconocer el retrato de la córte de don Enrique, y el orador concluyó sosteniendo con vehemencia, que en tales casos la emanacion divina de la autoridad soberana no podia reconocerse, sin acusar del mal al autor de todo bien; que el espíritu de Satanás se habia infiltrado en el ánimo del soberano, y que obedecerle y acatarle era declararse esclavo del demonio y súbdito del infierno. En el epílogo vino á probar que siendo Dios la suma virtud y la eterna justicia, no procedia de él la soberanía de un rey vicioso é injusto, y que por lo tanto, era deber de todo cristiano negarle la obediencia so pena de atraer sobre sí y sobre el pueblo la cólera celeste, y podia, consultando á su conciencia, someterse á otro jefe, que por este solo hecho, representase la voluntad del Altísimo, inspirada á las almas para su salvacion.

Este discurso produjo una sensacion estraordinaria en el auditorio, compuesto de rebeldes, que veian con gusto justificada su conducta por un orador sagrado, desde la cátedra del Espíritu Santo. El mismo don Alfonso, á pesar de sus pocos años, lo escuchó con un secreto placer, y no disimuló en algunos pasajes sus sentimientos de aprobacion. El marqués de Villena, sobre todo, quedó tan satisfecho de las doctrinas emitidas por el vicario Prexano, que aquella tarde le envió un espléndido regalo, compuesto entre otras cosas de cien botellas de vino rancio de Jerez, presente que le habia hecho el duque de Arcos, y una docena de jamones, manjar predilecto del vicario. Solo doña Isabel, á

quien principalmente iba enderezado el discurso, se mostró inaccesible á la elocuencia del orador, y si alguna vez reveló sus emociones, fué al enjugarse sus lágrimas, que á su pesar le asomaban á los ojos.

—Dios mio! Dios mio! esclamó una vez, de modo que solo pudo ser oida de su hermano. –¿Qué vá á ser de nosotros, si hasta los ministros del altar atizan la tea de la discordia?

La infanta no sabia que en toda Castilla, en las aulas, en el foro y en los púlpitos, como en las plazas públicas y en los campamentos, se alzaban las voces de los oradores sagrados, ora sosteniendo el mismo tema, ora reprobando la ilejitimidad de la proclamacion de Ávila, y que el reino estaba tan dividido entre los campeones de la palabra, como entre los hombres de armas.

Despues de la funcion religiosa, el obispo don Juan Arias celebró solemnemente la llegada de su ilustre huéspeda con un banquete, cuyos desperdicios habrian bastado á llenar de júbilo á cien familias, sin necesidad de ir á buscarlos muy léjos; pues era muy de notar en esta época el contraste que formaba la opulencia derrochadora de los grandes señores, tanto seglares como eclesiásticos, con la espantosa miseria de la clase plebeya, y con la escasez de medios de las personas reales. – La infanta se mostró en este banquete muy superior en política á lo que podian suponer los amigos de su hermano: como ella era, por decirlo así, la reina de la fiesta, ninguna palabra se pronunciaba, que no encerrase una alusion, mas ó menos hábilmente encubierta, sobre los sucesos de la actualidad, con ánimo de esplorar sus simpatías y obtener una esplicacion terminante de su adhesion al partido rebelde; pero la infanta, con esa gracia propia de su secso y con el talento superior que la distinguia, satisfizo á todos sin comprometerse á nada.

Como era natural, el marqués de Villena hizo recaer la conversacion sobre el sermon del vicario Prexano, y procuró esplorar con su habilidad de serpiente la opinion de la infanta. – Doña Isabel contestó:

—El señor vicario posee una elocuencia peligrosa, porque

los rayos de su palabra son como los del sol, que no se les puede mirar de frente, sin riesgo de perder la vista.

—Es decir que os ha parecido demasiado vehemente su discurso, repuso el marqués, pero convendreis en que ha dicho verdades evangélicas de gran valor.

—Guárdeme Dios de disputar la sabiduría de sus ministros. En cuanto al mérito del orador sagrado que acabamos de oir, solo puedo deciros por mi parte que, si yo fuese reina, procuraria no incurrir en su anatema, y seria tan celosa de su elocuencia, que no le permitiría predicar mas que á mí sola.

De este modo, al paso que halagaba la vanidad personal del vicario, rehuia dar una esplicacion categórica, que habria sido desfavorable á las ideas emitidas por él en su sermon.

A la caida de la tarde, don Juan Pacheco, despues de haber conversado íntimamente con el jóven príncipe don Alfonso, cuya voluntad habia sabido cautivar, como en otro tiempo la de su hermano, se despidió de él y de la infanta, y acompañado de su hijo don Diego, se retiró á su casa.

Piel del Diablo salió á recibirle, trayendo en su sonrisa eterna un reflejo de novedad, que siempre notaba en ella, cuando algun efecto inusitado ajitaba á su dueño. El marqués conoció en sus miradas que deseaba comunicarle alguna noticia, y le llamó aparte.

—Ya sé lo que me quieres decir: el buen humor de tu prisionera, se ha convertido en inquietud á medida que se acerca la noche.

—Cabalmente: ya dije esta mañana á vueseñoría, que anoche la encontré sobresaltada, pero alegre: hoy ha estado conmigo comunicativa y á ratos jovial; pero ahora no parece sino que aguarda el momento de una cita y teme que la estorbe mi presencia.

—No lo creas: eso es malicia tuya y nada mas. Las mujeres son así: de un momento á otro mudan de aspecto como la luna.

—Si; pero la luna, segun dice el sábio Abacuc, vuestro astrólogo, muda de aspecto conforme al lado por donde la alumbra

el sol su compañero, y yo creo que las mudanzas de las mujeres son por el mismo estilo. No hay efecto sin causa.

—Asi podrá ser. ¿No tienes otra noticia que comunicarme?

—Si señor; pero vos que todo lo sabeis, no podreis ignorar esto.

—Y qué es ello?

—Corre la voz de que ha venido á Castilla un emisario del rey de Aragon á tratar de pedir la mano de la infanta doña Isabel para el príncipe don Fernando.

—Ah! Eso es mas sério. Y.... ¿cómo es que corre esa voz?

—Qué se yo? Hablillas del vulgo, señor, contestó Briando, dándose importancia. ¿Quién es capaz de saber como se forman esos rumores? Pero, ya sabeis: cuando el rio suena.....

—Pues oye: el vulgo es un nécio. Yo he oido asegurar que quien pretende la mano de la infanta es don Alfonso de Portugal. Pero nada creo.

—Sin embargo, señor; algo se puede creer. Yo sé de buena tinta que esta mañana, sin ir mas léjos, ha salido para Lisboa un enviado con cartas que tratan de ese asunto.

—Ah! ¿vos sabeis, eso señor Briando...? Está bien, está bien: no hablemos mas del particular. – Oye: manda ensillar inmediatamente un caballo para tí.

—Para mí?

—Si: vas á partir á Medina del Campo, donde está don Enrique: no te será difícil hablarle, diciendo que vas de mi parte; además que no creo esté su persona tan guardada que sea inaccesible á un hombre de tu importancia. Le dirás que le doy á Toledo en cambio de Segovia. ¿Eh? no es malo el mensaje.

—Pero no me creerá.

—Dile lo que te mando, y créate ó no te crea: prométele además que le será entregado el tesoro que se guarda en el alcázar, pero todo con la condicion que ha de venir á Segovia á tratar conmigo.

—¿Y os parece que vendrá el raton á meterse en la ratonera?

—Vendrá. ¿Ignoras acaso que D. Enrique es mi amigo, y que ningun mal le puede suceder estando bajo el sagrado de mi palabra?—¡Oh! tú no sabes, continuó el maestre casi conmovido, cuanto deploro la triste suerte de ese desgraciado príncipe: mi afecto hácia él no ha menguado á pesar del tiempo y de las circunstancias: y ahora que hasta su hermana le abandona y viene á ofrecer su influjo á sus enemigos, siento fortalecerse en mí el deseo de sacrificarme en su servicio. ¿Entiendes? No dejes de hablarle en este sentido; pero guárdate de participar á nadie mas mis leales sentimientos, porque no ignoras que yo tengo oidos en todas partes, y no gusto de las gentes habladoras.

—Descuidad, señor: estais entendido.

—Puedes decirle, si te pregunta, lo que murmura el vulgo acerca de su hermana y el príncipe aragonés, y atiende bien á lo que te conteste.—¡Ah! Cuando partas, que ha de ser al momento, llega de paso á la casilla de la madre Úrsula, y preven á su hijo tenga dos caballos preparados para mí.

Briando marchó á cumplir las órdenes del marqués de Villena, y éste se retiró á una estancia apartada de su palacio, desde cuyas ventanas se veia el campo.

No muy léjos de allí habia en aquel tiempo en la ladera de un monte un bosque cercado, que habria podido confundirse con un parque ó sitio de recreo, á no ser por los monumentos de una forma especial que de trecho en trecho se alzaban á poca altura de la tierra. Todas las poblaciones de España conocian aquella clase de bosques, de los cuales procuraban alejarse los cristianos, como de lugares infectos, sin embargo de que su apariencia nada tenia de repugnante ni aun desagradable. Pero allí reposaban los restos mortales de los proscritos hijos de Judá, y si un cementerio destinado á los fieles católicos infunde á estos cierto respetuoso temor, claro es que debia de horrorizarles la mansion postrera de la maldita raza hebrea.

El marqués tenia la vista fija en una senda, que á lo léjos blanqueaba como un rastro de ceniza, delineándose confusamente á la luz del crepúsculo. Por aquella senda iban pasando

unos en pos de otros varios hombres, que á pesar de la distancia era fácil reconocer por su traje como pertenecientes al pueblo judío: todos ellos subian al monte, y se perdian en la fúnebre selva.

Ya las sombras habian estendido su manto invisible sobre la tierra; las campanas de la ciudad habian cesado de elevar al cielo la última plegaria del dia, las aves nocturnas comenzaban á revolar en torno á la antigua torre de los Encantos, y aun permanecia el intrigante marqués abismado en sus meditaciones, mirando, sin ver, hácia la blanquecina senda. De pronto se retiró de la ventana, y pasando al vasto salon que en otro lugar hemos mencionado, dijo á su hijo que allí le aguardaba:

—¿Estás ya dispuesto, D. Diego?

—Vamos cuando gusteis, contestó el jóven.

—Quiero prevenirte por última vez, que habrás de sufrir pruebas terribles. Si no te sientes con ánimo bastante para arrostrarlas con valor digno de tu condicion, dímelo, y aun estamos á tiempo de retroceder.

—¡Pardiez! prorrumpió D. Diego con ecsaltacion. ¿Creeis acaso que me habría decidido á seguiros, si no fuese por esos peligros que tan espantosos me pintais? Ya tengo ansias de ver si hay pruebas en la tierra ó debajo de ella capaces de hacerme mudar de color.

—Es que no son estas de las que se vencen con el esfuerzo del brazo y de la espada: no son tampoco de las que resiste una organizacion vigorosa. Son misterios incomprensibles que hielan la sangre en las venas y suspenden los latidos del corazon. Yo mismo que por ellos he pasado no podria esplicártelos, porque mis revelaciones me costarian la vida, y porque nunca son unos mismos. Ten presente: sin embargo, que dado el primer paso no es permitido retroceder: ó has de avanzar, ó morir.

—Adelante, adelante, repuso el jóven: no nos detengamos mas, pues creo que no dormiria con sosiego hasta haber entrado en relaciones con esa bendita hermandad de la *Perpétua noche.*

—¡Prudencia! esclamó el marqués, cuyos ojos chispearon

con un fulgor siniestro, asiendo del brazo á su hijo. No pronuncies jamás ese nombre de modo que llegue claro á tus propios oidos.

Don Diego se sonrió, y dijo:

—¡Por Santiago de Compostela! Me hareis creer que se trata de una cosa demasiado séria.

—Si, D. Diego, demasiado séria: tú lo has dicho. Pero no perdamos el tiempo: si estás decidido, sígueme.

Dicho esto, el marqués tomó una lámpara de mano, levantó el tapiz que cubria uno de los ángulos de la estancia junto á la gran chimenea, y tocando ó un resorte, abrió una puerta, que nadie hubiera sospechado ecsistiese en aquella parte del muro: dejó pasar delante á su hijo y volvió á cerrar.

Nuestros dos personajes se encontraron en una escalera espiral, estrecha y lóbrega, construida en el espesor de la pared, y bajaron hasta cuatrocientas gradas: una espaciosa galería se presentó á su vista al fin de la escalera, formada de fuertes arcos de medio punto, sostenidos por gruesos y toscos pilares: la humedad que filtraba por entre las junturas de las piedras, revelaba que aquella bóveda estaba labrada debajo de tierra. El otro estremo de la galería era un testero liso de argamasa tan sólida como el granito, en el cual habia una pequeña puerta de hierro entornada, que daba paso á una espaciosa cuadra de arquitectura árabe, pero no de las formas aéreas que vemos en los palacios que aun se conservan de aquella época, sino maciza como los viaductos de una fortaleza: solo se conocia su oríjen por lo atrevido de sus arcos de herradura; y el corte de sus pilastras.

Al llegar á esta pieza que pertenecia á los subterráneos de la torre de los Encantos, dijo el marqués.

—Mira con cuidado en donde pongo los piés, D. Diego, y no te desvíes de la línea que yo siga, pues pudiera suceder que te sumergieses en algun abismo sin fondo.

La advertencia era oportuna, pues no bien hubieron salido de aquella estancia por una especie de rampa tortuosa, que á un estremo del pavimento se abria en suave pendiente, descubrióse á

su lado una horrenda sima, cuya lobreguez no podia disipar la débil luz de la lámpara. Por aquel boqueron espiral salian bocanadas de aire caliente y húmedo, y sordos rumores parecidos al fragor sordo de las olas del mar cuando amenaza una tormenta. Sin duda alguna ecsistia en el fondo una de esas corrientes subterráneas, que la naturaleza parece complacerse en formar para la admiracion de los sábios, y los fundadores de la torre la habian utilizado para protejer de un modo seguro cualquiera retirada en caso estremo, con el esterminio infalible de sus enemigos; pues el que allí entrase sin guia, encontraba la muerte.

Por efecto de una causa desconocida, pero que acaso tendremos ocasion de esplicar despues, emanaban á veces de aquellos misteriosos senos voces estrañas, que podian confundirse con acentos humanos y con ahullidos de fieras. En el momento de pasar por la peligrosa rampa nuestros personajes, se oyeron aquellos clamores siniestros.

—Hé ahí un fenómeno que no me sé esplicar, dijo el marqués. Dicen que procede de espíritus infernales encadenados por cierto mago en lo profundo del abismo; pero yo no creo ni en el mago, ni en los espíritus.

—Sin embargo, señor: ¿Quién sabe si ese boqueron tendrá comunicacion con los infiernos? observó D. Diego santiguándose.

Una carjada irónica fué la contestacion del incrédulo maestre, carcajada que repitieron cien ecos á un tiempo con un fragor espantoso.

—Si eso temes, D. Diego, repuso, bueno será que nos volvamos, pues podria suceder que esta misma noche tuvieses que bajar á profundidades como esa, y si te faltára el valor.....

—No he dicho, señor que ese peligro me infunde miedo; aunque á la verdad, bien puede arredrar al mas valiente.

—Cierto, si los diablos tuviesen algo que hacer con nosotros mientras vivimos; pero son muy señores, y no se dejan ver en este mundo.

Admirado estaba don Diego de oir á su padre hablar de esta

manera: nunca se le habia manifestado incrédulo respecto á cosas que, en aquel tiempo, habria sido culpa grave poner en duda, tal como la aparicion de los espíritus. Sin embargo, el jóven noble no era muy timorato, y pronto se acomodó á las ideas del marqués, aunque solo fuese por no aparecer cobarde á sus ojos.

Todavía tuvieron que descender á tres cuadras subterráneas antes de seguir otra direccion. Por último llegaron á una pieza mas estrecha que las anteriores, en la cual habia dos puertas que conducian á otras tantas minas abiertas en direcciones diferentes. El marqués guió por una de ellas, y despues de haber andado cosa de una milla, pasó delante de una puerta, que abrió con llave, que consigo llevaba. El aire libre penetró al momento, facilitando la respiracion, y nuestros dos magnates se encontraron en la cueva ó bodega de una casa de campo.

Era esta casa la misma que habia descrito Isidora á su amante, y ocupaba el centro de un bosque acotado, que era propiedad del marqués, y á donde solia ir de cetrería y á caza de animales silvestres y feroces que se criaban y guardaban en su recinto.

Habitaban la casa una mujer anciana y su hijo, los cuales se apresuraron á recibir á sus señores con la humilde solicitud de unos esclavos. La mujer era la que ausilió á Isidora, y la que el marqués habia dado el nombre de Úrsula, y su hijo, el jóven guarda-bosque visto por aquella cuando llegó á la casa rústica. Estos dos personajes no tenian nada de particular: eran sumisos y ciegos ejecutores de la voluntad de su dueño, como suelen serlo las gentes de su condicion. Sin embargo, en la vieja se notaba un aire de malicia, que hacia suponer mucha esperiencia y un ánimo dispuesto á ejecutar sin escrúpulo toda clase de órdenes.

—Están los caballos dispuestos, Pedro? preguntó el marqués al jóven guarda-bosque.

—Ahí fuera os aguardan, señor, ¿He de acompañar á vueseñorías?

—No.

El marqués y su hijo montaron á caballo, y guiando el primero, tomaron la senda blanquecina que antes hemos descrito;

pero apartándose luego á la derecha, siguieron la ladera de un monte, cuyas vertientes bajaban al rio Eresma, y al cabo de una hora de camino, llegaron á la entrada de una selva espesa y profundamente oscura. Un hombre les salió al encuentro, destacándose como una sombra de entre los troncos de los árboles, y asiendo por las bridas al caballo del maestre, que, acostumbrado á estas escenas, no hi o la menor resistencia, levantó el brazo armado de un largo puñal, preguntando en voz baja:

—Qué buscais?

—Las tinieblas, contestó el marqués, inclinándose al oido de aquel hombre.

—Cuál es vuestra divisa?

—Perpétua noche!

—No venís solo: ¿quién es ese hombre?

—Un novicio.

—Echad pié á tierra y seguid.

El marqués se apeó, haciendo seña á su hijo de que le imitase, y entregó los caballos al vijilante que le habia interrogado.

La vista mas perspicaz no podia distinguir los objetos á cuatro varas de distancia. Don Diego, para no estraviarse, siguió muy de cerca los pasos de su padre, el cual á su vez era guiado por un hombre que marchaba delante, y cuya presencia solo se adivinaba por el roce de una larga túnica que vestia, cubriéndole de la cabeza á los piés.

Al cabo de un largo trecho les salió al encuentro otro vijilante, que prévias las mismas preguntas, les pidió las espadas. El marqués obedeció sin resistencia, pero no asi su hijo, el cual manifestó que semejante pretension era degradante para su clase.

—Aquí no hay clases, jóven, oyó don Diego que decia una voz grave é imponente á su espalda. Volvió el rostro asombrado, y vió junto á sí un fantasma de atlética estatura, que tenia un puñal asestado á su cuello.

—Ira de Dios! esclamó el impetuoso caballero: estas gentes andan con piés de lana.

—Sed mas comedido y respetuoso con la santa Hermandad, jóven, dijo el marqués; y haced lo que os manden.

Don Diego entregó su espada, y continuó marchando en pos de su padre por la selva, que á cada paso se hacía mas lóbrega y espesa. De pronto, y cuando mas descuidado estaba, sintió que la tierra le faltaba debajo de los piés, tendió los brazos buscando donde asirse, pero antes que pudiese tocar ningun objeto, una mano vigorosa vino á posarse en su hombro, y le hundió precipitadamente en el abismo. Don Juan Pacheco siguió su camino, sin dignarse siquiera volver la cabeza.

Entretanto el jóven, acordándose de las prescripciones de su padre, no exhaló un grito ni el mas leve acento de sorpresa: fué á caer á un antro profundo y al parecer de inmensas dimensiones, donde no habia penetrado jamás un rayo de luz: en su rápido descenso no perdió el equilibrio, y conoció que sus piés eran sostenidos por una superficie aunque movible, sólida.

—No está esto del todo mal, dijo el intrépido jóven al pisar de nuevo tierra firme; pero pudiérais avisar, con mil diablos.

Apenas habia pronunciado estas palabras, una mano invisible le tapó la boca con un lienzo, al mismo tiempo que, con violento empuje, le alzaban en bilo, y le arrojaban de una parte á otra, como si fuese una pelota de viento en poder de muchachos.

—Mal juego es este, murmuraba don Diego, sin poder hablar; por fortuna, parece que estoy entre diestros jugadores, pues me tienen siempre en el aire; pero si llego á caer....

No bien hubo formulado esta palabra, cuando se sintió arrojado con violencia, cual si hubiese faltado el tino á los que con él jugaban, y en un momento se apoderó el terror de su corazon: iba por el aire y no acababa de caer: sin duda le habian precipitado en un abismo sin fondo. De pronto sintió un calor húmedo, semejante al que exhalaba la sima de la torre de los Encantos, y en seguida chocó su cuerpo contra la superficie de un lago, cuyas

aguas fétidas, repentinamente ajitadas, despidieron llamas fosfóricas. Con la violencia de la caida y el peso de la cota de mallas unido al del cuerpo, el jóven se hundió en el lago; pero sin llegar al fondo, fué repelido por el agua, que le despidió á la superficie por efecto de su mucha pesantez. Sin embargo era imposible que se salvase de una muerte prócsima, sin el ausilio de alguna persona: prescindiendo del embarazo de los vestidos, que oponian un obstáculo invencible á la libertad de los movimientos, la vista no descubria una orilla donde dirigirse, ó al menos los resplandores fosforescentes de aquellas aguas bituminosas no bastaban á señalar los términos del lago: además, aunque al parecer imperceptible, habia una rápida corriente, y las miasmas que se exhalaban podian asfixiar á un hombre en pocos momentos.

Luchando con la desesperacion y la agonía, vió don Diego acercarse hácia él un cuerpo flotante, que se distinguia en la oscuridad por los destellos luminosos que brotaban á su alrededor. Cobrando entonces nuevos brios, hizo mayores esfuerzos para mantenerse á flote, y no tardó en alcanzar al objeto que se le presentaba como único medio de salvacion: pero este objeto tenia, visto de cerca, la apariencia de un gran cetáceo, que abriendo sus enormes fauces, le absorvió en su lóbrego seno.

En medio del aturdimiento que sufria el jóven, y del vértigo que se apoderó de su espíritu por efecto de esta rápida sucesion de misteriosos acontecimientos, cuyo desenlace le era imposible preveer, conservó espeditos sus sentidos para percibir unos cantares fúnebres, que resonaban sobre su cabeza, mezclados con ruidosas carcajadas y sonido de copas que se chocaban.

—Esto es horrible! pensaba el prisionero. Si al menos le dejasen á uno la facultad de defenderse, tal vez podria saber si luchaba con séres humanos; pero de este modo llego á temer que estoy por mis pecados, en poder del príncipe de las tinieblas.

Entre tanto seguian los cantares, las risas y el choque de los vasos.

—No parece todo malo en esta mansion de la noche, pensó

D. Diego. Estas gentes se divierten, segun creo, y yo soy un nécio en contristarme, y en no tomar parte en su gresca.

Y haciendo un esfuerzo, se quitó el lienzo que le cubria la boca, y comenzó á gritar:

—Eh! camaradas! Diablos, ó lo que seais! ¿No me dareis parte en vuestra cena?

Una trampa se abrió al momento sobre la cabeza de D. Diego, y una mano le ayudó á subir á la cubierta de aquel estraño buque. La escena que allí se representaba horrorizó mas á nuestro mozo, que todos sus anteriores contratiempos. A la luz de una antorcha de azufre, colocada sobre la mesa, media docena de esqueletos humanos tenian un estraño banquete. Con sus descarnadas manos que crujian á cada movimiento, asian por todo manjar serpientes vivas, y las llevaban á sus mandíbulas, entre las cuales desaparecian: muchas de ellas se escapaban, y arrastrándose por el flotante pavimento, iban á zambullirse en el lago. Una voz cavernosa y vaga, como pudiera ser la de un espíritu, dijo al jóven:

—Siéntate y come.

Don Diego se negó á esta invitacion, y todas las manos de los esqueletos se volvieron contra él, armadas de serpientes que le arrojaron á la cara.

La noble sangre del doncel hirvió en su corazon al sufrir este insulto.

—Ira de Dios! esclamó dando una patada, que retumbó á lo léjos: aunque seais espíritus del averno, alzaos todos, y defendeos contra mí, para que pueda reduciros á la nada.

Las secas mandíbulas de los esqueletos chocaron entre sí, al mismo tiempo que llenaba el espacio una estentórea carcajada.

La ira del jóven se convirtió en pasmo: si el valiente mancebo no hubiese estado bajo el dominio de una fascinacion diabólica, probablemente habria observado que aquellas risas y los cantares que de trecho en trecho se repetian, no emanaban de la cubierta del buque, sino del entrepuente, donde habia hombres ocultos, que, por medio de resortes, dirijian todos los movimien-

tos de los esqueletos: habria notado además que aquellas serpientes eran unos animales inofensivos, unas simples culebras acuátiles, que por esta condicion, apenas se veian libres buscaban su natural elemento.

Pero D. Diego no estaba ya en estado de reflecsionar ni de observar: hecho juguete de una ilusion, se entregaba sin reserva á la violencia de sus afectos, y parecia haber olvidado el objeto de las tremendas pruebas porque pasaba. Recobrado del súbito estupor que le causára la finjida carjada de los esqueletos, repitió su temerario desafío, y quiso arrojarse contra sus impasibles enemigos; pero al momento le faltó apoyo, y se hundió en el seno del barco.

Pero despues atracó éste en una playa arenisca, cuyas guijas hicieron rechinar sus costados: las simuladas fauces del cetáceo se abrieron de nuevo, y el jóven fué lanzado con fuerza, quedando abandonado en medio de la oscuridad. Al mismo tiempo el barco se retiró de la ribera, y siguió bogando, y dejando en pos de sí un rastro luminoso como la cola de un cometa.

Don Diego comenzó á caminar á tientas por aquella playa tenebrosa, llevando las manos estendidas hácia delante, como el ciego que, en pais desconocido, acaba de perder su lazarillo. No sabia, en verdad, si alegrarse ó deplorar la ausencia de los que hasta alli le habian acompañado. Mal, muy mal lo habia pasado con ellos, pero es tal el apego del corazon humano á la vida social, que aun á trueque de volver á sufrir nuevos tormentos y zozobras, habria preferido el jóven la compañia de sus verdugos, á la espantosa soledad en que se hallaba.

Y es que, con efecto, la prueba del abandono era terrible. No ver luz por ningun resquicio, no percibir mas ruido que el de sus pasos y el de su respiracion; ignorar á donde se estendian los confines de aquel desierto; y marchar á ciegas sin esperanza de encontrar ningun ser humano, ni saber si aquella situacion duraria hasta que le asaltase la muerte, ó acaso por toda una eternidad, era un suplicio mil veces peor que servir de pelota, darse un baño en agua sulforosa, y asistir á un banquete de cu-

lebras, ó pasearse en el vientre de una ballena de madera. Ya que otra cosa no, al menos habia en todas estas aventuras la esperanza de un término, y el consuelo que inspira la cercanía de otros séres: pero la soledad en las tinieblas, era el último estremo de la desolacion.

Al cabo de un gran rato, creyó D. Diego percibir el rumor de dos personas que conversaban con misterio, y encaminó sus pasos hácia el punto donde sonaba, como el náufrago que vislumbra la luz de un faro entre las brumas de la borrasca. Pero no bien hubo adquirido la certidumbre de que habia hombres cerca de sí, el recuerdo de sus pasados contratiempos se despertó con viveza en su imajinacion, y detuvo su marcha, reprimió la respiracion, y procuró acercarse de manera que no fuese sentido.

Los dos interlocutores proyectaban un crímen.

—Con que esta misma noche, decia el uno, ha de morir esa palomita enjaulada?

—Sin remedio, contestó el otro: ha cometido la imprudencia de penetrar en los misterios de la sociedad, y ya sabes que ese crímen no se perdona.

—Es justo que muera. Pero, ¿por qué esta noche?

—Porque se teme que el marqués de Villena intente salvarla, para adquirir el inmenso tesoro, cuyo secreto ella posee, y además porque pudiera muy fácilmente descubrir la puerta de escape que se oculta detrás de su lecho.

—Es verdad.

—Por eso nuestro gran maestro ha resuelto que muera, prefiriendo perder el tesoro á esponer á la *Hermandad* á revelaciones indiscretas.

—Pues bien! por mi parte estoy pronto á herir. ¿Cuándo ha de ser?

—No se trata de verter sangre: dentro de media hora le servirás la cena, cuida de poner en su copa el contenido de este frasco, y cuando todo esté acabado, arroja el cuerpo al *lago Negro*, para que las aguas lo lleven á la Torre de los Encantos, donde podrá recojerlo, si gusta, el avaro marqués de Villena.

—Eso es: que tome tesoros.

—Y bien podrá hacerlo; porque se ha dispuesto que su hijo presencie la muerte de la palomita, para que le lleve la noticia.

—Bien hecho! Bien hecho!.... Ea, pues; manos á la obra.

La conversacion cesó, y D. Diego sintió el ruido de los pasos de aquellos hombres, que se alejaban.

—Qué palomita será esa que intentan asesinar esos malvados? pensó el jóven. Oh! Afortunadamente poseo el secreto, y puedo salvarla de sus manos.-Una puerta de escape detrás de su lecho.... Un veneno que se ha de verter en una copa.... No será, no. Y luego, mi padre está interesado en este asunto.... un inmenso tesoro, cuyo secreto posee esa mujer. Bien vale todo esto la pena de que un caballero esponga un poco sus dias, si es menester, para evitar un infame asesinato.

Despues de tomar esta noble resolucion, D. Diego recapacitó un momento.

—Pero no, dijo para sí: mi deber es dejarla morir. Ahora recuerdo, por lo que han dicho esos hombres, que he venido á iniciarme en los misterios de la terrible hermandad de la Perpétua Noche, y que no debo revelar nada de lo que aqui oiga ó vea, que debo ser impasible á todo, aunque se trate de mi vida ó la de mi padre. Oh!.... Si esta es una prueba, confieso que es la mas terrible porque puedo pasar.

En aquel momento se oyó la dulce armonía de un laud, tañido, no muy léjos, por diestras manos.

—Qué oigo? murmuró D. Diego. Esa música deliciosa ¿procederá de la cautiva condenada á muerte?

Para confirmar esta presuncion, una voz de mujer cantó esta sentida endecha.

«¡Ay de mi triste!
Que languidezco y muero,
y en vano, en vano espero
mi salvador!
De luto mi alma viste;
porque, naciente y pura

se pierde en cárcel dura
la fuente de mi amor.
¡Ay de mi triste!»

Don Diego marchó con precaucion hácia donde sonaba la voz de la cantora melancólica, pero habiendo cesado antes que él pudiese llegar á descubrir la morada de aquella, se detuvo, ansioso de escuchar algun rumor, que pudiera servirle de guia. No tardó de sacarle de su inquieto anhelo la misma voz, que seguia cantando acompañada del melodioso laud.

«¡Ay de mi triste!
Que vivo suspirando,
y en el valor soñando
de un salvador.
De un salvador que existe
aquí, en mi fantasía,
y á quien mi amor daria
en premio á su valor.
¡Ay de mi triste!»

Atraido por la voz de la misteriosa cantora, como el pájaro por la mirada de la serpiente, llegó por fin don Diego á una galería de forma elíptica, débilmente alumbrada por los reflejos pálidos de unas luces invisibles.

En la parte mas ancha de la elipse que formaba la galería, descubrió el caballero una gran puerta cuyo umbral lo componian los brazos de dos gigantescas estátuas de bronce, colocadas á uno y otro lado, las cuales tenian las manos enlazadas, y afianzaban en la mano sendas bocinas adheridas á los lábios. Una cortina de seda color de rosa cubria la puerta y á través de ella se observaba que el interior de la estancia se hallaba perfectamente iluminado.

Nuestro jóven no se detuvo un momento: pasó el dintel, y apartó con la mano el rosado cortinaje. Al punto las bocinas de las estátuas sonaron con ronco estruendo, y con tal fuerza, que retemblaron las bóvedas y el pavimento se estremeció.

Don Diego no pudo contener un movimiento de sorpresa y terror; pero esforzándose por aparecer sereno, pasó adelante, y quedó deslumbrado ante la magnificencia de los objetos que aparecieron á su vista: él, aunque hijo del mas opulento magnate del reino, aunque habituado á frecuentar los alcázares de los reyes, no conocia nada que fuese parecido en riqueza al vasto salon en que acababa de entrar: era su forma la de una capilla, sustentada por columnas de mármol rojo, brillantemente pulimentadas, con capiteles de bronce, que representaban cariátides, bichos y otros animales raros: los testeros eran de mosáico de mármoles y jaspes de diferentes colores, sobre un zócalo blanco con vetas blancas. El pavimento estaba cubierto por un tapiz de Persia recamado de oro y perlas: en el fondo de la estancia se alzaba un monte de cojines de terciopelo azul celeste, guarnecidos de plata y piedras preciosas, sobre los cuales reposaba con lánguido abandono una mujer vestida con toda la riqueza y voluptuosidad del lujo asiático. Para iluminar tanta opulencia, pendian del techo lámparas de alabastro en forma de azucenas abiertas, donde ardian luces de colores, alimentadas por esencias, que difundian un delicioso aroma.

Por algunos momentos permaneció D. Diego indeciso, sin atreverse á dar un paso en aquella especie de santuario: la luz ofendia á sus ojos habituados á la oscuridad. Pero la dama se incorporó en su mullido lecho de almohadones, y tendiéndole una mano, le dijo con la voz mas dulce y simpática del mundo:

—Acercaos, noble caballero. ¿Qué os detiene?

—Temo turbar vuestro reposo, y haber sido indiscreto entrando aquí sin vuestra vénia, hermosa señora, contestó el jóven.

—Ah! venid, venid, y hablad mas bajo.

Don Diego se acercó, y vió que la dama estaba cubierta con un velo de gasa de plata que le llegaba á los piés. Mas á pesar de esto se distinguian perfectamente sus formas, que la imajinacion se fingia bellas como las de la obra mejor acabada del cincel de Praxiteles, y sus ojos negros brillaban á través del velo, como los rayos del sol entre las frondas de una selva. Hermosa debia

de ser sin duda aquella mujer, y conocíase que estaba en el apojeo de la juventud: las crenchas de su poblada y larga cabellera negra, entrelazadas con sartas de gruesas perlas le formaban un turbante y descendian en trenzas sobre sus hombros y espalda. Sus brazos desnudos eran redondos y bellos como el alabastro y sus manos pequeñas y finas, adornadas de pedrería, hubiérase dicho que eran un regalo de hadas. En una de ellas tenia cojido por el mástil el laud que poco antes oyéra el jóven caballero.

—Hermosa me habeis llamado, continuó diciendo la tapada. Yo os juro que lo soy tanto como la mas bella hurí del Paraiso. Pero ¿de qué me sirve esa hermosura? Las flores languidecen y mueren si se les encierra en fanales, aunque sean de oro: la luz del sol las vivifica y el beso de las auras dilata su corola y eleva gallardo su tallo. ¡Ay! Si sois noble y caballero, tened piedad de mí.

—Qué puedo hacer por vos? preguntó D. Diego, á quien turbaba el dulce acento de la bella encubierta.

—Oh! Podeis darme la libertad, y arrancarme del dominio de un horrible tirano que me sujeta contra mi voluntad. ¿Sabeis lo que es la esclavitud, cuando el corazon delira de entusiasmo y la sangre hierve á impulsos del ardor juvenil? Sabeis lo que es la sujecion forzada y la pérdida del aire y del sol, cuando la imajinacion se complace en dilatar hasta lo infinito los horizontes de la vida? Si hubiese un hombre tan valiente que me sacase de este fastuoso sepulcro, yo le haria el mas feliz y poderoso de los mortales: yo le daria mi amor, que nadie ha conseguido; mis tesoros, que nadie puede contar, y mi ciencia que puede hacerle inmortal.

—Si solo se necesita valor para libraros, yo me creo capaz de acometer la mas árdua empresa, sin ecsijir nada en cambio. Mandad y sereis obedecida.

—Obedecida! Yo no puedo mandar á quien es señor de mi voluntad; porque (no debo negároslo), yo os he visto mil veces en mis ensueños de felicidad: yo os esperaba siempre, á todas horas, y no he dudado un momento que acudiríais á salvarme de

mi cautiverio; yo he leido en el libro del destino que seríais vos mi salvador, y he nutrido en mi pecho la sagrada llama del amor primero, y la he guardado pura, como las sacerdotisas de Vesta, para ofrecerla en holocausto al mas valiente de los hombres. Pero yo ignoro los medios de alcanzar esta libertad tan deseada: he tocado con afan todas las piedras de esta mansion, y no he hallado mas salida que aquella puerta por donde habeis entrado, cuyo dintel no se puede pisar impunemente; porque los dos jigantes de bronce que la guardan, avisan inmediatamente á los esclavos de mi tirano.

—Y bien, qué puedo hacer? Si tuviese un arma, me abriria paso á través de un millon de enemigos: pero estoy desarmado: en este momento soy tan esclavo como vos.

—No: porque mi ciencia me ha revelado que mi salvador poseeria el secreto de una oculta salida, y si vos ignorais esto, no sois el valiente de mis sueños.

Don Diego se estremeció acordándose de lo que habia oido á los misteriosos asesinos, y preguntó:

—Pues bien: si á tanto alcanza vuestra ciencia, ¿cómo ignorais un medio de salvacion?

—Ay! es que mi ciencia no me revela jamás lo que directamente me interesa. Yo puedo saber lo que pensais, lo que os habrá de suceder aun con relacion á mi persona; pero no lo que yo misma debo ejecutar.

—Segun esto sois maga?

—Si. Por esto estoy cautiva.

En este momento sonaron las bocinas de las estátuas, y apareció en la puerta un horrible negro, que traia una mesa de oro cubierta de manjares.

—Ah! estamos perdidos, dijo la hermosa encubierta en voz baja. Si ese negro vuelve á salir de aquí, avisará vuestra presencia, y esto puede costarnos la vida.

—Quereis que muera!

La dama tomó sin contestar una mano á D. Diego y la estrechó en la suya con espresion de afecto y gratitud.

Nada mas fácil habria sido al caballero que dar muerte al negro haciéndole beber el licor que contenia la copa de su señora; pero le asaltó de nuevo la idea de que debia de ser vijilado por la terrible Hermandad, y temió que se le tendiese un lazo. Creia de buena fé que se trataba de asesinar á la hermosa cautiva en su presencia, y solo sospechaba que se le habia hecho partícipe en el crímen para probar su fidelidad. La lucha que en aquellos momentos sostenia D. Diego, era terrible; porque, aun cuando no amase á la jóven, su hermosura que imajinaba preciosa, lo simpático de su voz y aquel amor ideal que le mostraba, tenian alicientes muy poderosos para subyugar el corazon de un jóven como él, é interesarle vivamente por ella. Parecíale además una cobardía indigna dejarla por miedo abandonada á su triste suerte, y dudaba si debia sacrificar sus sentimientos generosos al frio egoismo de aquella sociedad tenebrosa.

El negro acercó la mesa, y echando una mirada feroz al caballero, dijo:

—Mi señor ignoraba que tuviéseis compañia: voy á participárselo por si tiene á bien disponer que se traiga otro cubierto.

La dama contestó temblando, al parecer.

—No es necesario. Yo no ceno esta noche.

—Si cenareis, señora, repuso el negro. Mi señor lo manda.

—Tu señor no puede mandar eso, dijo D. Diego, que habia reconocido la voz del negro á uno de los asesinos. Si esta dama no quiere cenar, ¿quién puede obligarla?

—Yo.

La insolencia del negro irritó á D. Diego, el cual se levantó con ánimo de castigar su osadía: pero la dama le detuvo asiéndole la mano y diciéndole:

—Sosegaos, por Dios, mi querido caballero.–Y añadió volviéndose al negro:–Por piedad no avises á tu señor; cenaré sola.

—En horabuena: despachad.

La dama se acercó á la mesa y apartó el velo de su rostro: D. Diego quedó admirado al ver su hermosura, y tembló á la idea horrible de haber de consentir su muerte, pudiendo evitarla.

No apartaba la vista de la copa fatal, y mil veces en pocos momentos pensó en verter aquel líquido emponzoñado, y otras tantas desistió de su pensamiento.-No puedo salvarla, dijo para sí: vertiendo el veneno, sin duda la preparo una muerte violenta, y no tengo armas para defenderla. Es forzoso resignarse.»

Tomada esta resolucion, se cruzó de brazos, y aguardó el desenlace de aquel misterioso drama. La hermosa jóven comia entre tanto, sin dejar de dirijir á D. Diego miradas apasionadas, mucho mas elocuentes que sus palabras. Por último tomó la copa, y antes de beber, brindó con ella al caballero, que pálido y temblando la rechazó cortesmente.-El negro acarició con la mano la empuñadura de una gumia que llevaba pendiente del cinto.

—Por qué no bebeis? preguntó la jóven: tomad la copa: deseo recibirla de vuestros labios.

Don Diego tomó la copa maquinalmente, no sabiendo como negarse á una invitacion tan cordial, y estuvo tentado de apurar todo el líquido, y confesar despues la infame traicion, salvando en seguida á la jóven por la puerta secreta; pero conocia que iba tal vez á sacrificarse sin provecho alguno.-«Es imposible!.... es imposible!» murmuró, y tocando el licor con los lábios, devolvió la copa á la dama. Pero al ver la accion de ésta para beber, un impulso de generosidad y casi de amor, le hizo abalanzarse hácia ella. Sin embargo, se contuvo en el acto, cerró los ojos, y la dejó apurar el tósigo. Poseido entonces de un tardío arrebato de cólera, se precipitó sobre el negro con intencion de arrancarle del cinto la gumia, gritando:

—Miserable asesino! Esa mujer morirá vengada!

Pero antes que pudiese apoderarse del largo puñal, una fuerte detonacion hizo temblar los muros de la estancia, y todas las luces se apagaron á un tiempo, dejando á nuestro héroe en la mas completa oscuridad. En seguida se oyó la voz de la dama que decia:

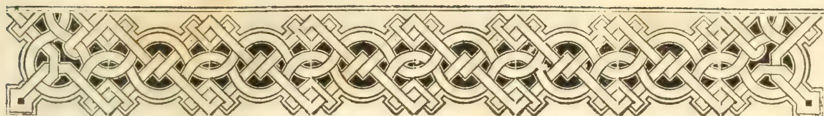
—No te aflijas por mí, D. Diego; yo soy libre como las águilas del cielo!

Y otra voz varónil, le dijo al oido:

—Marchad de frente.

Don Diego obedeció: á los pocos pasos sintió que su cuerpo giraba rápidamente, y que le daba en el rostro el aire libre, pero quiso echar el pié adelante, y conoció que estaba al borde de un precipicio: pensó retroceder; pero no pudo. Estaba entre una roca y un abismo profundo.

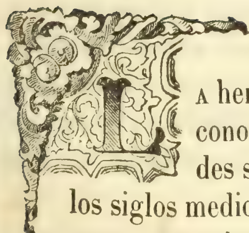




CAPÍTULO IX.



La prueba de la obediencia.



La hermandad de la Perpétua noche, como habrá conocido el lector, era una de aquellas sociedades secretas que muchas veces se organizaron en los siglos medios, ya para empresas políticas, ya para socorrerse mutúamente las personas de la clase ínfima, y rechazar los ataques de los poderosos, ausiliándose con sus haberes y sus fuerzas.

Las hermandades gremiales de Alemania, que tanto engrandecimiento mercantil y político alcanzaron en el siglo XIII, habian encontrado imitadores en todos los paises de Europa, dando su oríjen á los gremios de artesanos, que habian de producir con el tiempo la emancipacion de la plebe y la igualdad de derechos políticos en todas las clases de la sociedad.

A imitacion de estas hermandades, cuyo carácter religioso por lo comun no escluia la parte de ciertas formalidades terroríficas

para la recepcion de cualquiera de sus miembros, se habia formado en Castilla la titulada de la *Pérpetua noche*, pero con tal secreto que, si bien constaba de mas de cien mil individuos diseminados en todas las principales poblaciones de España, solo tres de los sócios se conocian personalmente unos á otros. Eran estos el jefe ó gran maestro D. Albarba, judío inmensamente rico é influyente, conocido entre sus correlijionarios solamente con el nombre de Abiabar y el cargo de sumo sacerdote, otro judío muy renombrado como sábio astrólogo que se llamaba Abacuc y el marqués de Villena.

La organizacion singular de esta sociedad merece que la dediquemos algunas líneas.

La direccion central estaba en Castilla, y celebraba sus asambleas parciales y generales en Segovia, Toledo y Búrgos, teniendo para ellas locales á propósito, conocidos solo de los judíos, cuyos jefes supremos habian conservado el secreto de su ecsistencia transmitida por tradicion desde los tiempos mas remotos; porque es de advertir que el pueblo hebreo, para evitar las persecuciones que tantas veces sufrió de los cristianos, y á fin de salvar el arca santa, que estuvo por muchos siglos en España, necesitaba de aquellos asilos, y conocia construcciones magníficas, verdaderos palacios subterráneos, labrados por una generacion anterior á la historia, y de los cuales se hallan vestijios en todos los paises de la tierra.

Los miembros de la sociedad no se conocian mútuamente: celebraban sus reuniones á oscuras, y cubiertos con una máscara que disfrazaba la voz, de modo que dos hermanos podian discutir entre sí en la asamblea, sin sospechar su parentesco. Las muchas traiciones que habian desbaratado los mejores planes de estas sociedades, aconsejaron tan estraña precaucion.

Cada uno tenia un número de órden, por el cual se nombraba en la asamblea, y este número grabado en una tarjeta de laton, le servia para identificar su persona en caso de necesidad. Todos dependian del *número uno*, que era el jefe, quien, siendo á la vez el tesorero del rey, y teniendo á su cargo la cobranza de los

impuestos, transmitia sus órdenes á los jefes de distrito por medio de los cobradores ó colectores, usando de fórmulas convenidas de antemano, y por medio de pliegos cerrados. Solamente el jefe sabia los nombres de los sócios, su domicilio y número que conservaba anotados en un padron ó censo, por medio del cual sabia el paradero de cada uno. Los jefes de distrito conocian tambien á los miembros de su demarcacion, y llevaban nota que transmitian al gran maestre.-Para reclutar los sócios, se habian pasado esquelas á todas aquellas personas que inspiraban confianza, citándolas á un punto dado y haciéndolas entrar en la so ciedad, so pena de la vida.

Resultaba de esta combinacion la mas estricta fidelidad; porque todo sócio prestaba juramento de perder la vida, si oyendo á alguna persona, aunque fuese su mismo padre, revelar algo de los misterios de la Hermandad, no buscaba ocasion de asesinarle; y como ninguno conocia á otro, todos se guardaban de proferir una palabra que pudiera comprometerles, por temor de tener un espía y un verdugo en su mejor amigo.

Escusado es decir que esta sociedad se componia casi esclusivamente de judíos: su formacion tenia un fin político, cuya importancia era tambien una garantía de sijilo, pues se trataba nada menos que de estinguir la dinastía reinante en Castillla, y cualquiera otra que no fuese favorable al pueblo hebreo, para entronizar en su lugar á quien mas les conviniera. Esto esplica por qué el marqués de Villena formaba parte de la tenebrosa Hermandad, y porqué ocupaba en ella un puesto preferente: se le habia designado para instrumento de la revolucion, prometiéndole la corona; y él que era ambicioso por naturaleza, que gozaba en la intriga y en las revueltas, y que conocia el inmenso poder de los judíos por su riqueza, por su influencia sobre las principales familias del reino, con quienes habia procurado enlazarse por los vínculos de la sangre, creyó tener asegurado lo que le ofrecian, con tal que secundára las miras de la sociedad. Era por otra parte mucho lo que se podia esperar de su propio talento, y de sus grandes recursos como potentado; así es que no

debe estrañarse su adhesion á un plan secreto de tanta trascendencia, pues casi podia estar seguro de triunfar en todo, teniendo á su disposicion al jefe de aquella liga misteriosa, que equivale á tener el hilo de una gran red tendida sobre toda la superficie del reino y pronta á cerrarse al primer impulso de su mano.

La entrada de D. Diego Lopez Pacheco en la hermandad de la Perpétua noche, habia sido solicitada por el marqués de Villena. Don Albarba ó Abiabar no pudo negarse á la admision del jóven, que segun la cábula concertada, debia ser el sucesor natural de su padre, tanto en poder é influencia, cuanto en intrigas y ocultos manejos; al efecto se habia designado para su recepcion la noche de que hemos hecho mencion en el capítulo precedente, y para lo cual se dió con anticipacion al marqués el aviso que recibió de manos de un sócio que se fingió ciego.

Ya hemos visto las pruebas á que fué sometido el jóven novicio antes de entrar en el seno de la asamblea. Estas terribles formalidades tenian por objeto infundir en el ánimo del nuevo sócio una idea muy ecsajerada del poderío de la Hermandad, y reconocer su valor físico y moral. Por esto se le hizo pasar por aventuras tenebrosas, que habrian impuesto miedo al ánimo mas osado de aquellos tiempos, y se le confió un secreto, para ver si era capaz de guardarlo, á pesar de las simpatías é instintos filiales, y resistiendo á la seduccion del oro y de la hermosura. Restaba, sin embargo, probar su obediencia, y esta prueba, no menos importante que la del sijilo, debia verificarse en presencia del gran maestre.

Para la mayor intelijencia de esta tenebrosa intriga, conviene saber que, el personaje misterioso que apareció detrás de D. Diego, cuando éste se resistió á entregar su espada, no era otro que Abiabar: él mismo fué quien le impelió en el momento de hundirse debajo de tierra, y el que habló con el supuesto asesino de la hermosa cautiva en el desierto subterráneo. En cuanto al guia de la selva y al negro envenenador, no podia ser otro que Abacuc, disfrazado con una máscara, el cual, como único iniciado en los

pensamientos del gran maestre, tomaba siempre una parte activa en los mas íntimos actos de la sociedad.

Tiempo tendremos de ir conociendo mejor á estos personajes. Entre tanto vamos á introducir al lector, si no lo lleva á mal, en el recinto mas impenetrable de la sociedad.

En esta magnífica estancia que hemos procurado describir en el capítulo anterior, y detrás del mullido lecho donde reposaba la hermosa prisionera, habia con efecto una pequeña puerta oculta, que no habria podido distinguir la vista mas perspicáz. Sin embargo, á pesar de las tinieblas que invadieron repentinamente la suntuosa morada de la jóven, ésta se dirijió con seguro paso al sitio del secreto, empujó una de las losas de mármol que parecian incrustadas en la pared, y se abrió camino á un gabinete inmediato. Era este un aposento reducido de forma octágona, cuyos muros, techo y pavimento estaban entapizados de terciopelo negro, sembrado de estrellas de oro: una lámpara de bronce pendiente de una cadena de hierro, difundia en este lúgubre recinto una luz ténue y azulada, que apenas permitia distinguir los objetos. En un testero habia un trono adornado con tisú negro y oro, como toda la estancia, y delante de él una mesa con un largo tapete de la misma especie. Ocupaba el trono un hombre de atlética estatura, cubierto el rostro con una máscara blanca, bajo la cual salia una imponente barba, que parecia de plata. El traje de este hombre consistia en una bata de brocado negro con llamas rojas, y un manto azul celeste todo él bordado de ojos y oidos, símbolo de la omnisciencia: en la cabeza llevaba una corona de almenas y alas de águila alternadas, como emblema de la fortaleza y del imperio.-Sobre la mesa habia una espada, una clípsedra, un gran libro y una calavera humana.-Ninguna silla mas que la del trono se veia en todo el aposento, y en el lugar que debiéran ocupar los asientos, se alzaban unos pedestales de mármol negro con inscripciones blancas, los cuales sostenian esqueletos y cráneos humanos.

Al entrar en esta lúgubre mansion la hermosa jóven, el per-

sonaje que ocupaba el trono se levantó y corrió hácia ella con los brazos abiertos, diciendo:

—Ven á mí, digna hija de Osmin! Ven que te estreche contra mi corazon, bella Jarifa, espíritu indepediente y leal.

La jóven se echó en los brazos del imponente personaje, como pudiera hacerlo en los de un padre, y dijo:

—Por fin os vuelvo á ver, mi querido amigo! Ilustre y jeneroso Abiabar, cuanto he deseado este feliz momento!

Abiabar abrazó de nuevo á la hija de Osmin, y repuso:

—Yo tambien lo he deseado, hija mia, y los dias me han parecido siglos desde que mi pariente Abiabar, el astrólogo del rey de Aragon, me avisó de tu venida. Esta misma noche, sabiendo tu presencia entre nosotros, he sufrido cruelmente por tener que dilatar nuestra entrevista, y he necesitado reprimir la impaciencia de mi corazon, al oirte cantar tan cerca de mí, sin poder salir á tu encuentro.

—Yo tambien he necesitado acallar á mi corazon, y borrar de mi semblante la huella de mis emociones.

—Lo sé, lo sé, digna hija de Agar, repuso el gran sacerdote, notablemente conmovido. Si alguna duda me hubiese quedado acerca de tu grandeza de ánimo, esta noche la habrias disipado, como el calor del sol deshace la niebla. Nuestro amigo Abacuc me habia preparado la sorpresa de presentarte á mí sin prévio aviso; pero no ha podido resistir al deseo de revelarme tus virtudes.-«Abiabar, me dijo: la hija de la infeliz Agar acaba de venir de Aragon.-¿Dónde está? ¿cómo es que no la traes á mi presencia? le pregunté.-Sosiégate, me replicó, y bendice la causa que te impide verla. Su anhelo escede al tuyo, y ahora mismo estaba ansiando darte sus brazos; pero la dije que se apresurase, porque podia ser útil su cooperacion en la prueba del novicio, y al momento me constestó:-El deber es lo primero: decidme lo que he de hacer, y despues veré á mi querido protector.»

—Eso os ha contado?

—Si, mi querida Jarifa: y no sé cómo he podido contenerme;

porque esa respuesta tuya es un reflejo del alma heroica de tu desdichada madre; de tu madre á quien yo amé, y á quien ví perecer con el valor propio de los espíritus inmortales.

—Basta, basta, Abiabar, dijo la joven, contrayendo sus ojos para reprimir las lágrimas. Recordad que estais en vuestro tribunal, y no ablandeis vuestro corazon con el fuego de los recuerdos.–Ya estoy de vuelta en Castilla, y en situacion de prestaros los mejores servicios.

—Sé que has venido con el condestable de Aragon, Pedro de Peralta: pero él no está en Segovia ¿cómo es que te has separado de su compañía?

—Entrando al servicio de la infanta Isabel.

—Ah....! Bien.–¿Pero te conoce la infanta?

—Como me conoce todo el mundo: bajo el nombre de Azhuma la aventurera.

—Bien, alma mia, bien. Pero esplícame como has entrado á su servicio. Esto es muy importante.

La jóven esplicó en pocas palabras el objeto de la venida de Pedro de Peralta á Castilla, el ardid que ella le inspiró para inclinar el ánimo de la infanta en favor del príncipe D. Fernando, y como logró cautivar la atencion de aquella y merecer su afecto.–Ahora, continuó, yo sabré penetrar en los mas íntimos secretos de la infanta y de sus amigos, estaré á un tiempo en Castilla y Aragon y podré ser el ojo mas vijilante de vuestro manto.

—Deja que te abraze otra vez, sublime criatura, dijo Abiabar transportado de gozo. Tú sola vales mas que los dos pueblos juntos de Israel y de Mahoma de que procedes: tú eres fuerte como Judit, astuta como Dalilah, sábia como Dévorah, y mas que todas hermosa. Tú reinarás sobre el pueblo escojido de Dios, y vengarás á tus hermanos. Bendita seas, hija de Agar la profetisa y de Osmin el zenete, y bendita la hora en que te recojí de los brazos de tu madre moribunda.

En este momento apareció en la puerta por donde habia entrado Jarifa, el finjido negro Abacuc, y haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Maestre, hace rato que el novicio espera tus órdenes en la roca Tarpeya. ¿Qué has decidido? Estás satisfecho de su valor y fidelidad? Quieres que se le arroje al abismo, ó que se le conduzca á tu presencia?

—Tráele aqui, contestó Abiabar: pero antes haz comparecer ante mí al *Número mil.*

Abacuc levantó un tapiz en otro estremo de la estancia, y desapareció. Abiabar, entre tanto, condujo á la jóven á un pequeño retrete situado detrás de su trono, y volvió á tomar asiento.

Poco despues apareció de nuevo Abacuc, trayendo de la mano á un sócio cubierto con una máscara y revestido con una chia ó túnica morada. El maestre mandó á este colocarse á su lado, haciendo al mismo tiempo una seña significativa á su satélite, que marchó en busca de D. Diego.

El jóven noble permanecia en la situacion precaria en que le dejamos, colocado al borde de un precipicio, sin medio alguno de poderse mover en ninguna direccion. Este precipicio llevaba el nombre de la Roca Tarpeya, como el célebre despeñadero de Roma, porque servia para precipitar por él á los que no salian victoriosos de las pruebas de recepcion. Detrás de esta roca habia una puerta de piedra de forma cilíndrica, construida ecsactamente como un torno de monjas, de manera que, entrando una persona en su concavidad, bastaba hacerla girar sobre un eje que tenia en su centro para espeler fuera y dejar imposibilitado para retroceder al que ignorase el secreto. Asi le habia sucedido á D. Diego, el cual se volvió loco tentando la fria piedra, y sin poder comprender que se le hubiese aislado de aquella manera, como no fuese por arte de encantamiento.

Pero de pronto oyó un leve ruido, y la voz de un hombre, que le decia:

—Venid!

Don Diego acudió en seguida al llamamiento, y apenas hubo tocado el cuerpo de su inesperado salvador, conoció que jiraba sin mover los piés. A poco entró en el gabinete negro conducido de la mano por Abacuc.

Grande fué el asombro del jóven al verse en aquel lúgubre recinto: los objetos que le rodeaban no podian menos de inspirarle desconfianza y horror: hubo momentos en que creyó estar en el seno de una tumba y en presencia de los jueces del infierno de que habla Ovidio.

—Acércate, mozo! dijo Abiabar.

Don Diego obedeció maquinalmente.

—Mira en torno tuyo, continuó el maestre: descifra esas inscripciones que te rodean, y aprende en ellas á vivir.–¿Qué ves ahí?

—Veo nombres y fechas, contestó el jóven.

—Los nombres pertenecen á los traidores y á los torpes que revelaron una sola palabra de nuestros misterios: las fechas significan el dia de la falta y el de la espiacion; los esqueletos colocados encima, son el testimonio perenne de nuestra justicia.

—Lo comprendo.

—Necesitas comprenderlo bien; porque entre nosotros no se conoce la palabra perdon, ni hay parientes ni clases. Nuestra divisa es la de la muerte: *Perpétua noche*, y la muerte es el gran nivel del universo, que todo lo iguala y equilibra.–Ten muy presente que has cometido hoy muchas imprudencias, de las cuales la menor podrá mañana costarte la vida. Tu deber se cifra en tres palabras: valor, obediencia y sijilo.

Dicho esto Abiabar descendió de su trono, abrió el gran libro que habia sobre la mesa, en cuyos amarillos pergaminos se veian dibujados con varias tintas multitud de signos misteriosos, y mostrándolo al jóven le dijo:

—Este es el libro secreto de la sabiduría de Salomon, por el cual se saben todas las acciones, palabras y pensamientos de los hombres: pon la mano sobre él y repite mis palabras.

Don Diego obedeció y fué diciendo con Abiabar:

—Juro sobre esta santa revelacion de Dios, obedecer ciegamente los decretos de la Perpétua noche, sellar mis labios con tan duro sello, que no puedan jamás arrancarles una palabra todas las seducciones del mundo, ni todos los tormentos del in-

tierno, y herir sin compasion hasta que muerte se siga á quien revele en mi presencia el menor secreto comun, aunque sea mi padre ó madre, mi señor feudal ó el mismo rey, so pena de morir.

Cuando el jóven concluyó de pronunciar esta terrible fórmula, su mano temblaba, y sus lábios estaban secos.

—Ya sabes á lo que te obligas, prosiguió Abiabar: ahora escucha.

Y dirijiéndose al sócio *Número mil*, que permanecia inmóvil como una estátua junto al trono, le quitó de pronto la máscara, y dijo á D. Diego:

—Conoces á este hombre?

El jóven recobró la confianza, y estuvo á punto de dar un grito de alegría. El Número mil era su padre.

—Si, le conozco, repuso.

—Basta; prosiguió Abiabar cortándole la palabra. Y desenvainando un agudo puñal que pendia de su cinto, lo tomó por mitad de la hoja, y lo presentó al jóven por el puño, diciendo:

—Toma.

Don Diego se estremeció instintivamente al contacto frio de aquella arma traidora: una idea siniestra, pero increible, pasó rápida por su alma, que la rechazó con horror.

El inflecsible Abiabar asió de un brazo al marqués, y le hizo avanzar hasta colocarse en frente de su hijo. Entonces, mirando á este con ojos de hiena que chispeaban á través de la máscara, señaló á su padre y dijo:

—Mátale.

El brazo de D. Diego se encojió por efecto de una crispacion nerviosa, que partia del centro de su corazon. El marqués, entre tanto tenia en él los ojos fijos, pero permanecia impasible, sereno, con los brazos cruzados, aguardando el golpe.

—Mátale! repitió Abiabar con voz de trueno.

El jóven levantó el brazo para herir; pero no llegó á bajarlo. Abacuc se lo detuvo en el aire.

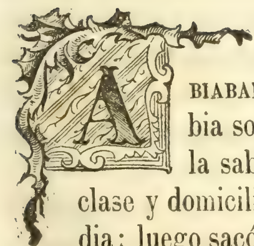
Abiabar y el marqués de Villena se dieron las manos con muestras de satisfaccion, y el segundo volvió á donde estaba su hijo, trémulo, con los ojos estraviados y la boca espumante, y le abrazó cordialmente.



CAPÍTULO X.



La asamblea.



ABIABAR satisfecho con la última prueba á que habia sometido á D. Diego, abrió el gran libro, de la sabiduría por el final, anotó en él su nombre, clase y domicilio, y el número de órden que le correspondia: luego sacó de su escarcela un número igual, grabado en una chapa de metal, y lo entregó al jóven, diciendo:

—Tomad, hermano: tarde llegais á la sociedad, pues sois el número ciento noventa mil; pero entrais con buenos auspicios en el seno de la Perpétua noche, y solo depende de vos ser el primero.

Dicho esto, le abrazó, devolviéndole su espada, mandó á su sátelite Abacuc, que le revistiese con la túnica y la careta, y luego que estuvo disfrazado el nuevo hermano, salieron todos á la cámara de la asamblea.

Era esta cámara un espacioso cuadrilongo, cuyos confines se perdian en las mas densas tinieblas: en el medio de esta vasta pieza, habia una estrada junto al muro, y sobre ella un sillon de encina y una mesa cubierta con un tapete negro: encima de la mesa se veia una lámpara de vidrio de forma especial á manera de candelabro con siete brazos, cada uno de los cuales terminaba en un globo azul: en estos siete globos habia otras tantas luces semejantes á estrellas opacas cuyo dudoso resplandor apenas permitia destinguir los objetos mas cercanos. Notábanse sin embargo filas concéntricas de bultos humanos que permanecian silenciosos sentados en bancos.

Guiados por Abacuc, el marqués de Villena y su hijo se colocaron en sus respectivos asientos: Abiabar ocupó el sillon de la estrada detrás del candelabro, que ocultaba en vez de hacer visible su figura, y Abacuc fué á sentarse á sus piés.

—Hermanos, dijo Abiabar con voz grave que resonó cóncava en el espacioso recinto como el mujido del toro en un valle cercado de altas rocas. Hoy toma asiento entre nosotros un nuevo compañero que ha sufrido todas las pruebas con un valor inusitado, y que confio en Dios nos prestará tan buenos servicios como el número mil, cuyo celo y actividad habeis siempre admirado.

Un murmullo de aprobacion se alzó en el seno tenebroso de la asamblea. El gran maestre continuó:

—Siguiendo nuestra antigua costumbre, voy á recapitular el catálogo de nuestros agravios y de las obras de reparacion ejecutadas por la Hermandad, para que todo lo sepa nuestro hermano número ciento noventa mil.

«Ninguno de vosotros ignora como por el trascurso de siglos los antiguos reyes de Castilla honraron al ilustre y sapientísimo pueblo de Israel, ni como el reino florecia al soplo vivificador de su activad y saber. Vuestros padres os han trasmitido las memorias de aquellos felices tiempos, en que los hombres eminentes de esta esclarecida raza dirijian los estudios de los príncipes, asistian en sus dolencias á los reyes y magnates y administra-

ban su hacienda.-Ellos eran los mediadores en la política y el comercio, los estadistas y secretarios en las córtes, y el gran Alfonso el Sábio aprendió de ellos á leer el eterno libro de los cielos, y les empleó en la redaccion de sus célebres *Tablas alfonsinas.*-Vino empero á ocupar el trono un bastardo, tintas las manos en la sangre de su hermano y señor, y desde entonces el pueblo escojido sufre persecuciones sin cuento, y Castilla viene á menos, sus artes y su comercio languidecen: los pecheros padecen hambre, y los nobles se ven privados del poderoso ausilio que les prestaban sus antiguos administradores y prestamistas.»

—Es verdad.... es verdad.... murmuraron muchos de los congregados.

—De Castilla cundió el mal á los otros reinos de España: cinco mil de nuestros padres y hermanos sin distincion de secsos ni edades, fueron degollados en un dia por el populacho mal aconsejado en Castilla: diez mil perecieron en Navarra y otros muchos en Aragon y Portugal: caliente está todavía la sangre de estos mártires! D. Juan II espidió severas ordenanzas contra ellos; les prohibió juntarse con los cristianos, ejercer los oficios de taberneros, tenderos, figoneros, boticarios, médicos y nodrizas, y les mandó señalar, como á rufianes ó bandidos, poniendo en su traje un jiron amarillo.

Un sordo ruido de indignacion acojió estas palabras de Abiabar.

—No hay compasion para nosotros, continuo el terrible maestre; pero el Dios de Israel no abandona jamás á su pueblo. Los perseguidores y verdugos de Judá son hipócritas y falsos creyentes: dicen que adoran un Dios de misericordia, y se manchan con la sangre de víctimas indefensas; dicen que su fé reprueba toda comunicacion con nosotros, y no desdeñan comer con los ahorros de nuestros trabajos, y violan nuestras doncellas: deben ser mansos de corazon, y son soberbios: nos detestan por ricos, y se apropian nuestras riquezas, y son avaros y ambiciosos.

El sumo sacerdote de los judíos hizo aqui una pausa, y para contrarrestar el efecto que sus últimas palabras pudieron haber producido en el marqués de Villena, y sobre todo en D. Diego, añadió:

—Pero no todos persiguen al pueblo escojido: hay nobles de antigua prosapia y dignos émulos de las virtudes de sus mayores, que saben reconocer el mérito, y que, mansos con los humildes, serán ecsaltados, porque asi lo prometen las santas Escrituras. Para estos, honor, poder y gloria: para los otros esterminio y venganza.

«El señor de las alturas habló un dia y dijo á su siervo: «Quien á hierro mata á hierro debe morir. Marcha pueblo querido á la conquista de tu poder perdido, y emplea contra tus enemigos las armas de tus enemigos. Borra de la faz de la tierra el nombre de la dinastía bastarda, y barre, como el torbellino, á todos sus secuaces. Ellos son hipócritas y falsos: sé hipócrita y falso con ellos, y guarda pura la fé en tu corazon: ellos desprecian la ciencia; hiéreles con tu ciencia. Roe, como el gusano en la oscuridad, el tronco de la planta dañina, y no descanses hasta que caigan y esparzan sus hojas los huracanes.»–Y la voz del Señor se cumplirá.–Ya está encendida la llama de la discordia en el campo de los filisteos: nos quieren perjuros, y millares de conversos penetran en sus filas: este es el gusano roedor. Nuestros mas fieles hermanos aparecen limpios del borron de judaismo, y por este medio ocupan los mejores puestos de la república, son hasta obispos, y esplotan la avaricia de sus verdugos, dándoles sus hijas en matrimonio. Esas hijas son otras tantas heroinas que se sacrifican, como Judit, entran en la tienda del enemigo brillantes de hermosura y de ricas preseas, para adormecerle con sus caricias. Ellas darán el primer grito de victoria: ellas degollarán al mónstruo, si no quiere rendirse. La obra de demolicion cunde con rapidéz, merced á la levadura de malicia, que ecsiste en el corazon mismo de la masa. Gracias á la prudencia y saber de nuestro amado hermano, número dos, que está presente, (y señaló á Abacuc) y á la buena voluntad del

número mil; el último Enrique bebió un brevaje que le hizo impotente, y ya sabeis los resultados de esta feliz estratajema: las infidelidades de la reina, la privanza de D. Beltran de la Cueva, el favoritismo de la córte, los partidos y escisiones de los grandes, el descrédito del rey, sus locos devaneos, la inmoralidad descarada y la tremenda lucha de ambiciones, cuyo término solo nosotros podemos prever, todo es efecto de aquel vaso de tisana, condimentado hábilmente por nuestro hermano. La dinastía de Trastamara está herida en la cabeza, y esa cabeza caerá vilipendiada y escarnecida.

—Ya lo está, dijo desde su asiento el marqués de Villena.

—Ya lo está, repitió otra voz en un rincon de la estancia.

—Decid lo que sepais, hermanos, y dad cuenta de vuestros trabajos, repuso Abiabar:

—¡Número trescientos cinco! esclamó el que acababa de hablar, designando así su persona. Yo he visto al último Enrique salir fujitivo de Medina del Campo: la noticia de la defeccion de su hermana, le ha herido como el rayo: desconfía de sus mismos amigos, y acompañado de solos diez, vaga á la aventura sin rumbo cierto, sin saber dónde podrá reposar su cabeza: los Mendozas le son fieles únicamente y su privado don Beltran; pero diz que busca un asilo en casa del conde de Plasencia.

—¡Número mil! dijo el marqués de Villena. Hermanos: la noticia que acabamos de oir es muy importante, porque hace pocas horas partió un mensajero en busca de Enrique, y si no le encontrase fracasaria cierto plan de uno de nuestros mejores amigos.

—Esplicadnos ese plan, hermano, dijo Abiabar.

—Sabeis que la infanta Isabel fué colocada por nuestro consejo en la córte corrompida de Enrique para viciar su corazon: esto ha sido imposible. Isabel ha salido ilesa como la salamandra del fuego; y su venida á Segovia no es una defeccion, como ha creido su hermano, sino la fuga del armiño que se retira del lodazal. Esto es una derrota para nosotros, derrota que nuestros amigos han querido convertir en triunfo.

—Es cierto.... murmuró la asamblea.

—Pero ese triunfo es efímero: mientras Isabel no tome parte activa en la política, mientras no se ponga frente á frente con su hermano Enrique, no es posible hacerla odiosa: tal vez entonces arrastrada por el torbellino de la intriga caerá mas fácilmente en los deslices propios de su secso, y esto unido á las discordias que se orijinan por su causa, dará el último golpe á una raza dejenerada de reyes, preparando el camino á nuestro triunfo.

—Tienes razon, dijo Abiabar.

—Para llegar á este fin, continuó el intrigante marqués, ya os dije en nuestra última reunion que era necesario suprimir una cabeza: dos reyes pueden muy bien disputarse el reino y tener cada uno su partido; tres ya es demasiado, aunque seria lo mejor. Oh! si esto fuera posible, ofreceria un espectáculo muy entretenido..... pero no pensemos en ello.–Suprimir á Enrique seria la mayor imprudencia: Enrique es el mas tonto, y un rey tonto es una mina ingotable de recursos: es la gallina de los huevos de oro de la fábula de Maese Esopo.–Isabel inactiva es un áncora de salvacion; se confia en ella, se la quiere, y hablando entre nosotros, hay que confesar que vale mucho: desacreditarla es lo que conviene, inutilizarla para lo futuro, y esto puede hacerse agotando mas y mas el sufrimiento del pueblo. Además no se puede fácilmente llegar á su persona, pues la rodean amigos fieles.

—Alguna persona conozco yo, interrumpió Abiabar, que hará lo que le mande la sábia Hermandad.

—Sin embargo, aunque tengamos ese gran recurso, no será prudente emplearlo por ahora. Los medios indirectos son los mas seguros, porque no se ven venir. La lima sorda, el gusano roedor, amigos mios: no lo olvideis.–Y luego, un atentado de ese género aseguraria el triunfo de Alfonso, cuyo partido es ya demasiado poderoso, y que, á medida que vá entrando en años y acostumbrándose al mando, dá muestras de lo que puede llegar á ser: el leoncillo enseña ya las presas, y esto es alarmante. Convendremos, pues, en que él es el que conviene suprimir.

—Yo los suprimiria todos de una vez, dijo uno de los sócios.

—Qué imprudencia! esclamó el marqués: hé aqui el modo de echar por tierra todos nuestros planes en un dia. No, amigos mios, no: yo estudio los autores latinos y estoy por aquel que dice: *gutta cavat lápidem*; la gota de agua cava la piedra. Sin necesidad de esos medios violentos veréis dentro de poco la consternacion en el campo enemigo, y detrás de ella el desórden mas espantoso erijido en señor absoluto; el desórden, que es la cosa mas bella imajinable; porque á rio revuelto..... ¿Estamos?

—Convenido, convenido! esclamaron muchas voces á un tiempo.

—Pues bien, oid ahora: Enrique vendrá á Segovia: se le hará degradarse él mismo á los ojos del pueblo mucho mas que hasta hoy lo está: para que acceda, se le hará dueño de Toledo y del tesoro real.....

—Pero eso es restituirle su poder, observó uno de los hermanos.

—Calma, calma! ¿No habeis visto descuartizar un ciervo y arrojar los pedazos para atraer al javalí? Cosa mayor quita menor. ¿Qué importa un desperdicio que es un cebo? Además que aquí nada se pierde, porque solo se trata de un préstamo á usura: se recojerá el capital y los réditos.

—Ah! ya!..... murmuró la asamblea como intelijente en la materia.

—Pues, nada mas; repuso el Número mil.

Eso es cosa convenida, observó Abiabar, y casi puesta ya en ejecucion. ¿Está presente el Número trescientos doce?

—Presente está, contestó una voz, que á no ser modificada por la careta, hubiera podido confundirse con la del hidalgo curioso que se encontró con la infanta doña Isabel, junto á la venta del *Puerco cebado*.

—¿Qué noticias nos traeis de Madrid?

—Buenas noticias: el obispo de Badajoz, fray Pedro de Silva queda en ponerse de acuerdo con su hermana doña Maria, mujer del alcalde de Toledo, para la entrega de la ciudad al rey

Enrique: se dispondrá que éste entre de noche y se aloje en el convento de dominicos, á que pertenece el obispo: el alcalde Pero Lopez de Ayala opondrá resistencia para conllevar el descontento del pueblo, pero cederá en fin si se le otorga el título de conde de Fuensalida.

—En hora buena, dijo Abiabar: con eso Enrique habrá perdido en la opinion púbica tanto como puede ganar teniendo á Toledo.

—Y á qué conduce todo esto? preguntó el hermano impaciente que ya varias veces habia interrumpido.

—Vais á saberlo, contestó el marqués de Villena. Perdida Toledo, los confederados necesitarán mas que nunca una cabeza: en esa ocasion les faltará de repente el jóven príncipe Alfonso, y acudirán á Isabel, que no podrá negarse á las escitaciones y súplicas de los primeros grandes del reino; y ya teneis en abierta lucha los restos de la familia de Trastamara, con las guerras, estragos y desórdenes que son consiguientes. Lo demás vendrá luego por sus pasos contados.

La asamblea recibió estas palabras con un murmullo de aprobacion.

—Número seis cientos veinte! gritó una voz.

—Oigamos al número seis cientos veinte, dijo el gran sacerdote de los judíos.

—Todo eso está muy bien concertado, repuso el sócio que acababa de anunciarse; pero se olvidan dos circunstancias: primera, ¿cómo y cuando se llevará á efecto la supresion de Don Alfonso?

—El como ya está previsto, dijo el marqués: suponed que hay en el mundo una muchacha hermosa, la cual ha llamado la atencion del jóven príncipe por alguna aventura semigalante, semi-trágica: una niña de historia, en fin, que por esta sola circunstancia, cuando no concurriesen otras en ella, escita vivamente el interés y la curiosidad de un mancebo inesperto. Suponed que esa muchacha está en manos de uno de nuestros amigos, merced á la influencia de la Hermandad, y que además

hay de por medio un amante impetuoso, de baja esfera; pero capaz de todo, y lo que es mas esencial, locamente enamorado y resentido contra los nobles, á causa de los padecimientos de su amada. ¿Comprendeis? Este mozo es el instrumento ciego que trabajará por cuenta ajena, sin saberlo, y creyendo vengar su propio ultraje. Désele á guardar la muchacha; póngase al príncipe en ocasion de enardecerse con su hermosura, y sin mas defensa que sus manos y la Providencia, y ya podeis presumir lo que resultará de todo esto. Ahí teneis el como: el cuando debe ser obra de las circunstancias, y las circunstancias no se hacen.

—Muy bien dicho, repuso el Número seiscientos veinte. Pero presumo que la incomparable prudencia de nuestro hermano habrá tenido bien presente la capacidad de los instrumentos; es decir, el pudor de la muchacha y el valor de su amante.

—¿No habeis oido hablar de *la Perla* y de *los Apóstoles* de Medina?

—Basta, basta! esclamó Abiabar: no son necesarias mas esplicaciones. Oigamos la segunda circunstancia.

—La segunda se refiere á un hecho: yo sé que á estas horas se trabaja para ganar la influencia de los principales magnates, á fin de concertar un matrimonio entre la infanta Isabel y el príncipe de Aragon.

—Yo se mas, interrumpió Abiabar, que no perdia ocasion de revelar á la Hermandad su incansable celo:-sé que se ha hecho algo para inclinar la voluntad de la infanta en favor de este enlace, y tengo ya tomadas mis precauciones para no perder la menor incidencia de tan grave negocio. Sin embargo, hermano, decid cuanto sepais.

—Pedro de Peralta ha venido de incógnito á Castilla, y ha negociado en secreto con el arzobispo de Toledo y otros grandes, que sin duda piensan apoyarle. Si ese matrimonio se realizase, todos nuestros planes se hundirian: la muerte misma de Alfonso serviria para entronizar á Isabel, y habríamos trabajado para levantar contra nosotros un poder incontrastable.

—Cierto, muy cierto, dijo Abiabar. ¿Qué decis á eso, herma-

no Número mil? Ya lo habeis oido, el arzobispo de Toledo está metido en la intriga.

Don Juan Pacheco se mordió los labios, avergonzado de que aquella jente supiese mas que él en un asunto que era su principal pesadilla. Conoció que á ser cierto lo de su tio el arzobispo, tenia en él un enemigo temible: hasta este dia los dos habian obrado de acuerdo, y era estraño que el prelado toledano hubiese usado de cautela con su sobrino, tratándose de cosa de tanta monta. No sabia el marqués cómo salir airoso de este lance impensado; pues si confesaba su ignorancia, perdia de su prestijio á los ojos de la asamblea, y si se mostraba enterado de todo, se hacia sospechoso en el concepto de Abiabar, por no haber revelado antes un secreto tan esencial y perteneciente á su compañero de intrigas. Sin embargo, no perdió su serenidad, y respondió:

—Tambien esa circunstancia estaba prevista, y en prueba de ello sabed que el marqués de Villena, con quien podemos contar, y cuyos servicios merecen sin duda la mas profunda gratitud de la Hermandad, anda buscando tres novios para la niña, todos ellos incompatibles con el amor del pueblo castellano: dos son estranjeros con aspiraciones á sus propios reinos; y el tercero tiene vínculos de sangre con la *Beltraneja*: este último se llevará la mano de la infanta; porque así lo dispondrá Enrique, para mejor asegurar la sucesion de su supuesta hija.

—Pero el rey de Portugal es un enemigo no menos temible que el príncipe aragonés, dijo Abiabar.

—Os equivocais: el portugués apoyará á su nieta la Beltraneja, pero nunca le disputará la corona de Castilla, y ved ahí á Isabel formando causa comun con la bastarda, cuya dominacion no aceptarán jamás los castellanos. Cuando este caso llegue, no habrá quien gobierne el reino; habrá, sí, necesidad de un jefe poderoso, capaz de rechazar al enemigo esterior, y entonces se cumplirán nuestros mas ardientes votos.

—Si, dijo Abiabar con vehemencia; entonces las hijas de Judá se insinuarán en el ánimo de los que dormidos en sus bra-

zos las profanan, y ellas proclamarán al libertador de su pueblo.

El canto de un gallo, que resonó en este momento no léjos de la cámara de la asamblea, puso en conmocion á los congregados. Aquel anuncio de un nuevo dia era la señal de la dispersion de los hermanos. Todos se levantaron, y entonaron en coro el cántico *in exitu Israël de Ægypto, domus Jacob de populo barbaro.*

Así terminó esta sesion de la tenebrosa hermandad, que, como habrá observado el lector, disponia de la suerte de los príncipes y jugaba con el porvenir del reino, como si se tratase de los objetos mas fútiles y despreciables.

Abacuc tomó de un rincon una linterna de forma hebráica antigua, con largo mango á manera de farol, que encendió, sacando fuego de un pomo de vidrio que contenia una preparacion pirosfórica, y se dispuso á guiar á los cuatrocientos sócios que habia presentes por una larga mina, cuya boca, en estremo lóbrega, daba á una estremidad de la estancia. Pero antes que saliese ninguno, dijo Abiabar:

—Hermanos números mil, trescientos doce y ciento nueve mil, quedaos.

Los tres números nombrados volvieron á sentarse, y los demás fueron formando una larga fila, que iba perdiéndose lentamente en el negro boqueron de la mina, á la manera del agua que se traga un sumidero.-Aquella mina era inmensamente larga y terminaba en el cementerio judaico de Segovia, donde habia un mausoleo vacío, destinado para servir de entrada y salida á los hermanos hebreos.

Abacuc hizo girar una de las losas del sepulcro, y fué dejando salir por aquella puerta los sócios uno á uno, y procurando que transcurriese algun espacio entre ellos.

Mientras se ejecutaba esta larga operacion, Abiabar condujo á los tres números detenidos á su gabinete reservado, y les dijo:

—Mi confianza en vosotros es ilimitada: podeis deponer el incógnito, si gustais, porque os conviene conoceros mútuamente, como yo os conozco á todos.

—Escuchad, repuso el receloso marqués de Villena, llevando aparte al gran maestre: yo puedo fiarme de vos, pero no del primero á quien os plazca presentarme. ¿Quién es ese número trescientos doce?

—Yo os respondo de su sijilo con mi cabeza, dijo Abiabar.

—Nada me importa su sijilo conociéndole: si hablase, conozco los deberes que me impone nuestra Hermandad para reducirle á eterno silencio. Lo que necesito saber es su nombre.

—Es un nombre ilustre: D. Pedro de Fonseca.

—Hola! El..... sobrino del arzobispo de Sevilla. Pero ¿qué diablos tengo yo que ver con ese calavera deshecho, con ese galanteador eterno; ni como os fiais de un mozo tan casquivano?

—Ese calavera, ese galanteador, como decís, es un hombre de provecho: es el que tiene en su mano el negocio de la entrega de Toledo.

—Si, ya lo sé. Pero se puede fiar de él?

—Como de mí mismo: es un esclavo de mi voluntad, porque está perdidamente enamorado de una jóven que es enteramente mia.

—Enamorado! Un libertino enamorado!

—Sí, porque jamás alcanzará los favores de la mujer que le ha trastornado el juicio.

—Y esa mujer.....

—Tambien convendrá que la conozcais, y en esto os doy la mayor prueba de confianza; porque es la mas fuerte de las hilas de Israel, la niña de mis ojos, la confidenta íntima de la infanta Isabel y de la reina Leonor de Aragon.

—Será, por ventura, una morita, que ha traido de Madrid la infanta?

—La misma: un ángel que vela por nosotros, y que nos será fiel hasta la muerte.

—Mujer y fiel no puede siempre ser, repuso don Juan Pacheco. Andaos con tiento, porque las mujeres son de hueso, es decir, quebradizas; y mediando amoríos, no doy por la mejor un ardite.

—Descuidad.

—Estoy descuidado. Ya conozco á esas dos personas, y esto me basta: encargadles que sean francas conmigo, y....

—Es decir que no quereis descubriros?

—No, no es menester. Aunque, bien mirado...., sí, nos descubriremos: basta que vos me respondais de su fidelidad para que yo confie.

La indecision del marqués en estos momentos era un esceso de recelo propio de su carácter, pues aunque conservase el incógnito, no podia menos de ser revelado al jóven D. Pedro y á Jarifa: por esto se decidió á descubrirse, aunque recordando á su cómplice la responsabilidad que contraia. La cabeza de Abiabar estaba á la disposicion del marqués, porque éste con sus propias fuerzas, y con pretesto del bien del reino, podia, en el caso de verse vendido, sorprender al jefe de la conspiracion, y entregarle al brazo de la justicia real: tal era al menos su creencia, y en este concepto, sus últimas palabras encubrian una amenaza. Sin embargo, Abiabar para quien no pasó desapercibida la intencion, se sonrió detrás de su careta de un modo tan siniestro, que habria hecho al ambicioso magnate renunciar á sus cábalas, si lo hubiese visto.

—Podeis descubriros con entera seguridad, repuso el judío: bien sabeis que nuestros vínculos hacen de nosotros dos una sola persona: la vida y la muerte nos son comunes, y vuestra persona es para mí tan sagrada y necesaria, como que sin vos, que debeis ser el jefe y libertador de mi pueblo, dejaria de ecsistir la mision santa que guia todos mis pasos en la tierra.

Esta manifestacion, al parecer franca y espansiva, acabó de tranquilizar al marqués, el cual apartó la careta de su rostro.

Don Pedro de Fonseca no pudo contener un movimiento de sorpresa y temor, al ver al personaje que tenia delante, y fué menester que Abiabar le instase para que se descubriese á su vez. Hízolo, sin embargo, con algun recelo, y D. Diego siguió su ejemplo. Solo el judío conservó la careta, y acercándose á la puerta que habia detrás del trono, dijo:

—Salid, Azhuma.

La jóven se presentó al momento, pero tan transformada que habria sido casi imposible reconocerla: vestia un traje de hombre, que le daba el aspecto de un bellísimo paje, y merced al cual habia salido sin ser notada del palacio del obispo de Segovia.

—Mis queridos amigos, dijo Abiabar: me ha parecido conveniente que os conozcais como hermanos, para que marcheis en todo de comun acuerdo: vosotros sois conmigo las piedras angulares del edificio de rejeneracion que nos hemos propuesto levantar.–Esta jóven, añadió, teniendo de la mano á Jarifa, os dará cuantas noticias la pidais respecto á la infanta Isabel.–Vos D. Pedro sabeis cuanta confianza merece: no necesito recomendaros nada. Solo os prevengo, y á vos tambien, Azhuma, que respeteis al noble marqués de Villena, y á su hijo D. Diego, que están presentes, como á mi misma persona, y mas aun; pues en ellos está cifrado el triunfo de nuestra causa. Usad con ellos de la mas ilimitada franqueza, siempre que necesiten consultaros directamente.

Al pronunciar estas últimas palabras, Abiabar apretó la mano de Jarifa de un modo significativo, y concluyó diciendo:

—Ahora podeis partir. Dentro de poco volveremos á reunirnos: entre tanto resido en Arévalo.

El marqués y su hijo saludaron á la jóven, cuyos ojos acostumbrados á mirar osadamente á los hombres, no pudieron en esta ocasion soportar la mirada de D. Diego, y se inclinaron, quedando velados por el pudor. Nadie reparó, sin embargo, este movimiento, hijo tal vez de una secreta simpatía, porque es natural en la mujer mas atrevida, la timidéz en presencia de personas de alto rango y de distinto secso, á quienes no ha tratado.

Don Pedro de Fonseca pretendia quedarse, con el objeto de acompañar á Jarifa, pero Abiabar le penetró la intencion, y le dijo:

—Amigo mio: tendreis que hablar detenidamente con nuestro respetable marqués sobre lo de Toledo, y que entregaros

al placer de su amistad, que hoy empieza. No quiero privaros de tan grata satisfaccion; haced mis veces y acompañadle.

Don Pedro salió con el marqués y su hijo por una puerta distinta que los demás hermanos, y como buen práctico en aquellas vias subterráneas, les guió hasta el bosque donde habian dejado sus caballos, que les entregó el vijilante. Allí se despojaron los tres de sus túnicas y emprendieron la marcha hácia Segovia.

No bien quedó solo Abiabar con Jarifa, se arrancó la máscara de un tiron, y esclamó dando un profundo suspiro:

—Por fin me veo libre! Oh! Detesto el finjimiento, y sin embargo estoy condenado á finjir.

Abiabar era un hombre de cincuenta años, que en su juventud debió de haber sido estraordinariamente hermoso. Aun en aquella edad, que puede considerarse como el crepúsculo vespertino de la vida, conservaba rasgos de su antigua belleza, que unidos á las prematuras huellas de la vejez, le daban un aspecto simpático y venerable. Su fisonomía era franca, sus ojos negros como la noche, brillantes y rasgados: escasos cabellos entrecanos cubrian sus sienes abiertas, pero no su frente alta y despejada: sus lábios gruesos, indicio de un temperamento fuerte, coloreaban entre su barba espesa y blanca como las llamas de un volcan entre la nieve.

—Por fin me veo libre, repitió tomando las manos de Jarifa; libre y á solas con el único ser digno de mi cariño; contigo, amada Jarifa, que eres el alma de mi alma, el vivo recuerdo de tu madre, de aquella mujer grande que prefirió la muerte á la deshonra.

En vez de aparecer las lágrimas en los ojos de la jóven, al recuerdo que encerraban estas palabras, un fulgor estraño los iluminó de repente. Los de Abiabar comparados con ellos tenian una espresion de ternura. Tanto era el rencor que aquel corazon jóven abrigaba.

—Mi madre..... Oh! mi pobre madre será vengada, murmuró Jarifa con los dientes apretados. Yo era muy niña cuando la ví morir, pero aquel espectáculo bárbaro no se ha borrado

ni se borrará jamás de mi memoria. Sin embargo, añadió sonriéndose con sarcasmo: á no ser por vos, yo ignoraria esa historia. Repetídmela, porque mi alma se nutre y fortalece oyéndola.... quizás lo necesito mas que nunca en este momento.

—¿Qué me dices, Jarifa? Será posible que flaqueára tu espíritu?

—No, amigo mio, no; pero necesito estar siempre armada contra la tentacion.

—Pues bien, oye: hace catorce años, Agar perdió á su esposo en el asalto del castillo de Monforte, de que era alcaide el valiente Osmin, tu padre, y ella cayó cautiva en poder de un soldado de don Pedro Giron.–Yo estaba en Córdoba, á donde fué á parar el rey Enrique, cansado ya de la guerra: ví á tu madre, que sentada en la plaza pública con otros esclavos, te estrechaba, llorando, contra su seno: me compadecí de su dolor y de su hermosura, y os compré á vuestro dueño.

—Me acuerdo de eso y de que, al oiros consolar á mi madre, os tomé cariño.

—Agar era hermosa como tú, era mi hermana en religion, y la amé con un amor profundo, eterno, que todavía hoy vive en mi corazon. Pero un hombre poderoso la habia visto y la reclamó al soldado, el cual me buscó y me intimó una órden para que le entregase la cautiva: me resistí á ello, se nos acusó de mil absurdos delitos, como de hechicería y de haber crucificado niños cristianos, y nos prendieron. Segun nuestra supuesta culpa, debíamos ser ahorcados, quemados nuestros cuerpos y aventadas nuestras cenizas.–Muchos dias se nos tuvo separados durante los cuales, mil veces deseé la muerte, que habria preferido al suplicio de no ver á mi Agar, ni saber de su suerte.

—Y ella, entre tanto, era solicitada con palabras de amor por un magnate, que no pudiendo soportar su heróica resistencia, concluyó por darle á escojer entre la deshonra y la muerte! Oh! yo era muy niña, pero me acuerdo bien: habian accedido á los ruegos de mi madre, que deseaba verme, y estaba yo con ella.

—Si.... Pero ¿á qué recordar nada de esto? repuso Abiabar mesándose los cabellos. Ah! los miserables! Mi corazon era noble, puro y generoso: ellos lo han envenenado; ellos han puesto dentro de mí todas las furias del infierno!

Los ojos del judío se arrasaron de lágrimas. Diríase que aquella naturaleza vigorosa, impulsada en la senda del mal, se sentia oprimida y atormentada por el espíritu de la venganza, y luchaba por arrancarse de sus lazos.

Jarifa se sonrió amargamente y continuó:

—Abiabar, el dolor es nuestro pasto: alimentémonos con él. Si el corazon se envenena, ¿qué importa?

—Si, es justo.... ese es nuestro destino. Suframos hasta que llegue el dia de la justicia.

—Y ese dia vendrá. Pero tarda tanto!

—Que tarda dices? Oh! tú, pobre niña, no ves el torbellino levantado por el aliento de mi rencor, llegar hasta las gradas del trono, y retorcer sus bases fundamentales: no ves la semilla de lujuria que arrojó el demonio en mi heredad, jerminar vigorosa y fecunda en el campo de mis enemigos, y convertir á Castilla en un lodazal manchado de sangre: no ves los espíritus infernales de la impureza, la codicia y la vanidad batir sus negras y crujientas alas sobre este pais precito, y depositar su álito punzante y súcio hasta en los labios de las reinas..... Es cierto que aun no ha llegado el dia de la justicia; pero tiempo hace que vibra su fulgurante acero el ángel esterminador.

—Y decidme, amigo mio: ese marqués de Villena ¿puede merecer nuestra confianza? No alcanza á él vuestro enojo?

—Ese marqués, contestó Abiabar con una indefinible sonrisa, es el hombre mas ambicioso y hábil de Castilla, es un lince á quien ciega y embrutece la codicia, y á quien aborrezco y desprecio: es un instrumento de mi venganza, un puñal de dos filos, que tengo asido por el mango, y cubro de flores. Algun dia no me servirá ya, y lo romperé.

—Jarifa palideció al oir estas palabras. Sin embargo repuso:

—Cuidad no se os escape ese puñal de las manos y se vuelva contra vos; pues aunque ya es viejo, puede renovarse en su hijo.

—Escaparse él de mis manos! Veo que no le conoces bien, Jarifa. Renovarse en su hijo! Eso es imposible, porque su raza se estinguirá con él.

—Qué me decis? Y sin embargo, no hace mucho le hablábais como al salvador de nuestro pueblo.

—Te he dicho que ese hombre es un instrumento mio; pero no te he revelado que hace catorce años él no me conocia. Yo estaba encerrado en un calabozo en casa de su hermano don Pedro Giron.

—Ah! don Pedro Giron era su hermano!

—Si, ¿vas comprendiendo? El disoluto amigo de Enrique IV era su hermano. ¿Por qué si no, habria yo puesto en lucha las dos familias de Trastamara y Villena? Necesito que se devoren como han devorado mi felicidad, traidoramente y de comun acuerdo.–Enrique puso los torpes ojos en Agar: don Pedro Giron quiso disputar la presa á su real amo, y no pudiendo arrebatársela, irritado con la noble resistencia de la víctima, la entregó al brazo del verdugo. Su cobarde señor no tuvo valor para protejer á la inocencia, ni corazon para dejar de aborrecer á la que habia despreciado su impuro amor.–Entre tanto ese marqués de Villena, entonces pobre, porque no bastaba el tesoro de un reino para pagar sus costosos vicios, regateaba, el precio de mi rescate á mis hermanos, que no podian dejar abandonado al primojénito de los hijos de la tribu de Leví. Por este medio quedé libre.... libre para ver, sin poder evitarlo, el horrible suplicio de Agar, y para ser en la tierra el brazo de la divina justicia.

—Y bien: ¿queréis decirme por qué odiais tambien al marqués, puesto que os procuró la libertad?

—Esa libertad es mil veces peor que la muerte, porque no se me concedió con Agar. Esa libertad se compró á fuerza de oro, y juro por mi alma que fué bien y completamente pagada. ¿De-

bo algo al marqués de Villena? El apoyo que él me presta no es por mí; es por satisfacer su insaciable ambicion: demasiado hago en alimentar sus locas esperanzas. No hace mucho que, arrastrado por ellas, quiso emparentar con la familia real, obteniendo para su hermano D. Pedro la mano de la infanta Isabel: esto solo, era ya demasiado honor para que yo lo consintiese, y aceleró la muerte del matador de Agar. En los momentos mismos de su embriagadora ambicion, cuando la felicidad y la grandeza le esperaban en brazos de una hermosa mujer, yo infundí la ponzoña de los celos en el corazon de otro noble amigo suyo, y un veneno en copa dorada puso término á sus dias y á sus brillantes ilusiones. El marqués precipitó mi venganza, privándome asi del placer de saborearla, porque D. Pedro Giron estaba condenado á sufrir lentamente los mas crueles tormentos. El marqués pertenece á una raza que detesto, y no merece mi gratitud ni mi estimacion: solo es digno del empleo en que le ocupó el hombre que sabe ser traidor á sus amigos y á su rey.

—Sin embargo, dijo tímidamente Jarifa: yo le agradezco vuestra libertad, pues sin ella no tendria en vos un segundo padre. Cuando me obligaron á presenciar la muerte de mi madre, para que me sirviese de escarmiento, el dolor, que no pudo arrancarme un jemido, me privó de conocimiento; y á no ser por vos, no habria ido Abacuc á recojerme al pié del patíbulo.

—Es cierto. Pero, con todo, guárdate, como yo me guardo, de ese hombre venal, y ten presente que solo he admitido á su hijo en nuestra sociedad, para tenerlo en rehenes y estar á cubierto de sus traiciones. El pretende para ese hijo una corona, y yo le reservo la del martirio, porque tarde ó temprano me será infiel.

Jarifa quedó pensativa sin atreverse á contestar, por no descubrir el sentimiento de ternura que por primera vez en su vida, conmovia su corazon al hablar de D. Diego. Habia jurado el gran sacerdote ser inaccesible á toda pasion afectuosa, y consagrar á la venganza su vida entera; y esta mujer que hasta hoy

mismo se mostraba la mas rencorosa y cruel de las mortales, tenia, sin embargo, miedo de quebrantar su juramento.

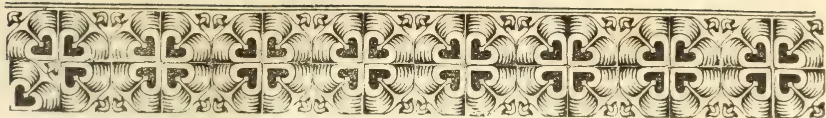
Abacuc entró en la cámara negra.

—El dia se acerca, dijo: si he de acompañar á este lindo paje, para dejarlo en su casa antes de amanecer, no debemos descuidarnos.

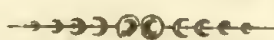
—Tienes razon, Abacuc, contestó Abiabar. Salgamos.

Abacuc se quitó su máscara negra, púsose una bata de astrólogo, con la cual se le franqueaban todas las puertas, como á íntimo amigo del marqués de Villena y del obispo de Segovia, y acto contínuo marchó con Jarifa, seguido de Abiabar. En el cementerio les aguardaba un hombre con dos caballos. El gran sacerdote montó en uno de ellos y su palafrenero en el otro, y ambos tomaron el camino de Arévalo, despues de despedirse del astrólogo y la jóven, que marcharon á pié por la senda blanquecina, que conducia á Segovia.

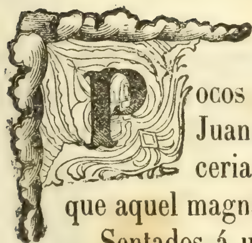




CAPÍTULO XI.



De como el marqués de Villena jugaba con dos barajas.



Pocos dias despues tenia lugar en casa de don Juan Pacheco una singular escena, que pareceria increible, si no supiésemos la dobléz con que aquel magnate obraba en sus tratos.

Sentados á una mesa, en la cual se servia un opíparo banquete, se hallaban hasta doce personajes, que componian la reunion mas eterójenea del mundo, atendidos los diversos caracteres de cada uno, y sus mútuas relaciones.

Presidian el banquete dos de los comensales sentados bajo un sólio doble y en sillones colocados á igual altura. El uno contaba cuarenta años de edad, si bien parecia mucho mas anciano á causa de su aspecto enfermizo y escuálido: era alto y huesoso; tenia la cabeza grande, ancho el rostro, fiero y desagradable, cobrizo el color, los ojos zarcos, la nariz ronca por efecto de

un golpe, y el cabello castaño y lacio: á pesar de la rudeza de sus facciones, no se notaba en ellas ese duro vigor que distingue al hombre de accion y de mando, y que disimula todos los defectos físicos en el sexo fuerte, antes por el contrario parecian una fea máscara demasiado transparente, bajo la cual se ocultaba un ser pusilánime y apocado: no habia en aquellos ojos medio azules ni dignidad ni dulzura, sino languidéz y recelo; espresion que resaltaba de un modo particular á causa de tener los estremos de la boca flojamente caidos hácia la barba.

El otro personaje que acompañaba al que acabamos de describir, era un jóven de diez y seis años, robusto y de fisonomía ordinaria, pero de facciones regulares francas y animadas. Quien no conociese á estos dos hombres, no habria podido sospechar que el primero fuese el rey D. Enrique IV, y el segundo su hermano el príncipe D. Alfonso, rey tambien para los nobles rebelados. D. Juan Pacheco los habia reunido en su casa, donde acababa de alojarse D. Enrique apenas llegado á Segovia, con el objeto de evitar que ellos ó sus respectivos partidarios pudieran verse y hablar en otra parte, y comprometer el écsito de sus planes.

Sentado junto á D. Enrique estaba el mismo marqués de Villena, y al lado de D. Alfonso, formando contraste en la colocacion de los personajes, se veia un magnate de edad provecta, enjuto de rostro, cuyos ojos brillantes y frente espaciosa revelaban al hombre de talento. Era este D. Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana, uno de los mejores poetas de su tiempo y el noble mas leal y desinteresadamente fiel á su rey. Las demás personas que acompañaban á la mesa, eran magnates de uno y otro partido, figurando por el de D. Enrique dos hermanos del marqués de Santillana, D. Iñigo y D. Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Soria, este último y jóven de gran porvenir, D. Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, y el conde de Haro; y por el de D. Alfonso el obispo de Segovia y su vicario, D. Diego Lopez Pacheco y el alcaide del alcázar.

La mas afectuosa cordialidad reinaba al parecer en esta reu-

nion, y nadie hubiera dicho sino que se componia de los mejores amigos. El marqués de Villena animaba la conversacion con chistes de todo género, procurando alejar las ideas de la política, y despertando el apetito de sus comensales con frecuentes libaciones: el marqués de Santillana y su hermano el obispo, alternaban en los diágolos amenizándoles con talento y delicadeza. D. Enrique se esforzaba por parecer alegre, pero no podia desterrar de su rostro el aire habitual de encojimiento, sin embargo que en esta ocasion no creia tener nada que recelar. Su hermano estuvo al principio uraño y taciturno, pero al cabo, roto el hielo de la reserva, merced al vino de Jerez, reia estrépitosamente celebrando los chistes mas picantes de D. Juan Pacheco.

—Diantre! esclamó D. Enrique, observando con el placer de un goloso la profusion de manjares que cubrian la mesa.–Si todos los dias come así nuestro amigo D. Juan, vá á ser menester no irse de su casa. Nos trata como á cuerpo de rey.

—Señor, hago lo que puedo, contestó D. Juan Pacheco. ¿De qué sirviria lo poco que uno tiene, si no lo emplease en esta ocasion.

—Eh? Lo poco que uno tiene! ¿Qué os parece, hermano? Ya trocaríamos cualquiera de los dos, si fuera posible, la corona de Castilla por el marquesado de Villena, con el maestrazgo de Santiago por añadidura. Eh? digo bien?

—Señor, dijo el de Santillana: sabeis que los reyes no necesitan hacer cambios para disponer de lo suyo. ¿No es vuestro lo que es de sus vasallos?

—Eso es segun y como, Santillana. Ciertamente lo que tienen mis vasallos es mio.... es decir, ha sido mio, y no me arrepiento de haberlo dado; pero, ¡Diantre! el caso es que si con mi dinero hubieseis de haber comido hoy, aunque fuese en mi alcázar de Segovia, ¡mal año para vuestro estómago! habriais hecho una colacion de cartujos comparada con esto.

—Dispensais demasiado favor á mi mesa, repuso D. Juan,

desentendiéndose de las alusiones hechas á su persona y posicion.

—No, Villena, no; digo la verdad. Estoy tentado de hacerme partidario vuestro. Sois hombre entendido en esto de pasar buena vida. ¡Pardiez! Siempre fuísteis lo mismo: allá en otros tiempos, cuando erais mas amigo mio, tambien yo procuraba imitaros; pero ahora con vuestras revueltas me habeis dejado entre todos mas pobre que una rata.

El príncipe frunció las cejas, y dijo en tono brusco:

—Tened paciencia, hermano, y ya que se os presenta esta buena ocasion, no malgasteis el tiempo.

—Eh? murmuró D. Enrique.

—Señores, interrumpió el marqués de Villena: me habíais prometido no hablar hoy de nada que pueda alterar vuestro buen humor. Tiempo habrá de dar á cada cosa una mano: ahora pensemos solo en hacer la guerra sin tregua ni descanso á los habitantes de mi parque segoviano, que os juro se les puede combatir sin peligro.

Diciendo esto, puso dos trozos de javalí en dos platos, y los acercó á D. Enrique y su hermano.

—Teneis razon, Villena, dijo el rey. Ahora se trata de comer: aprovechemos la ocasion, como dice mi buen hermano.

Y saboreando la carne que tenia delante, añadió:

—Habeis dicho que esto se cria en vuestro parque? Diantre! Si tuviéramos tiempo, habríamos de dar por él una vuelta. ¿Qué os parece, D. Beltran? qué os parece amigos mios?

—Señor, contestó D. Alfonso de la Cueva, que hasta entonces habia guardado silencio. Paréceme que podeis hacer lo que disponga nuestro amigo el maestre de Santiago.

—Eh? Eh? Decís eso de una manera....

—Maestre, interrumpió D. Alfonso, sin hacer caso de D. Beltran ni del rey. Ahora recuerdo que nos habiais prometido un dia de caza en vuestro parque, y yo no os lo perdono.

—Ah! ya: exclamó D. Enrique. Pues entonces habremos de ir.

—Cuando gusten VV. AA. no hay mas que disponer la partida, contestó el marqués de Villena.

—Señor, dijo D. Beltran al rey: vos tan enemigo de la guerra, ¿os atrevereis á turbar la paz de esos pobres animales?

Don Enrique miró á su favorito con ojos recelosos, como pidiendo una esplicacion de sus irónicas palabras. D. Beltran se sonrió y repuso:

—Además, todavía no sabemos si los negocios para que hemos venido, dejarán tiempo á V. A. para entregarse al placer de la caza.

Don Enrique se persuadió que aquel proyecto de cacería no merecia la aprobacion de su privado.

—Es verdad, dijo: tendremos que renunciar á ese pasatiempo.

—Yo creo que habrá espacio para todo, replicó el marqués de Villena.

—No insistais, marqués, no insistais, dijo D. Alfonso mirando al maestre con intencion. Dejad que mi hermano haga lo que sea de su agrado.

El marqués miró á su vez al príncipe como queriendo tranquilizarle.

La comida concluyó ya de noche. D. Juan Pacheco que deseaba estar á solas con D. Enrique, pero no queria que se trasluciese este deseo, antes juzgaba conveniente dar á entender que le pesaba la estancia del rey en su casa, se disculpó con éste, rogándole admitiese los servicios de su hijo, mientras él acompañaba al príncipe hasta dejarle en su casa.

—Id con Dios, marqués, id con Dios, dijo el rey: acompañad á mi hermano. Yo voy acostumbrándome á estar solo.

—No, por mí no os priveis de la compañía del marqués, repuso el príncipe. Ya voy teniendo edad para manejarme solo. Además, que van conmigo estos señores. Con que hasta mañana, y descansad.

El marqués acompañó sin embargo al príncipe hasta la puerta de su palacio para despedirle.

—Creeis que accederá á todo lo que queremos? preguntó de paso el obispo de Segovia al marqués.

—Ya habeis visto su mansedumbre, contestó D. Juan Pacheco. No cabe duda que hará cuanto se le proponga.

—Pensais decirle algo esta noche?

—No por cierto; si me pregunta, le insinuaré nuestras proposiciones, pero le dejaré libre para resolver, y no dudo que accederá. De lo contrario, ya veis: ha venido á ponerse en nuestras manos, y de poco le serviria la resistencia. Redactad esta noche las condiciones, á fin de que mañana tengamos eso menos que hacer.

—Lo mejor, dijo el vicario Prexano, seria, en mi concepto, encerrarle con su mujer en el castillo, y asegurar de una vez la corona en las sienes de D. Alfonso.

—No, amigo mio, no, repuso el marqués: aqui solo se trata de un buen arreglo, á fin de que nadie nos culpe de rebeldes, cuando únicamente aspiramos á estirpar los abusos, y á preparar la sucesion al trono por las vias lejítimas y morales. Yo soy muy amigo de la concordia: por eso he dispuesto que el príncipe coma hoy con su hermano, pues de este modo se reanudan sus relaciones, y D. Enrique acabará por amar al digno sucesor que le destinamos.

—Mucho lo dudo, dijo el príncipe. Yo por mi parte he pasado un mal rato en esa comida; y os lo prevengo, Villena, procurad que se arreglen pronto esos negocios de que no entiendo una jota, y que se vaya Enrique á sus quehaceres. Sobre todo no le detengais para la caza. Sabeis que quiero ir á ella pronto, y no me acomoda llevar en mi compañía quien me sujete.

—Bien, bien, sereis servido, repuso el marqués en voz baja.

El príncipe se sonrió de un modo picaresco y añadió:

—Ea, pues; quedamos en eso. Retiraos ya, Villena, y cuidad de mi hermano.

El marqués volvió á escusarse con el príncipe y sus amigos, por tener que separarse de su compañía, y concluyó diciendo:

—Cómo ha de ser! Ya que á mis gestiones se debe la venida

de D. Enrique á Segovia, forzoso era que le hospedase en mi casa; prescindiendo de que no era cosa de albergarle en el alcázar. Diablo! esto habria sido lo peor; porque nada debemos evitar tanto como el que se comunique con la reina.

—Teneis razon, señor marqués: sois el hombre mas cauto y previsor del mundo, dijo el obispo.–Quedad con Dios, y hasta mañana.

Despedidos sus huéspedes, el marqués volvió al lado de don Enrique, á quien halló rodeado de sus amigos, y casi tendido en su sillon con la mayor indolencia.

—Vamos, señores, dijo el rey al ver entrar al marqués: supongo que nuestro buen amigo el de Villena, tendrá un lecho dispuesto para cada uno de nosotros. Por consiguiente, yo estoy cansado, y mi parecer es irme á dormir: haga cada cual lo que le plazca.

—Quién ha de acompañar á V. A? preguntó D. Beltran.

—Nadie, nadie, Beltranico, respondió el rey, que solia tratar con esta familiaridad á su favorito. Descansad todos: Villena me hará el favor de enseñarme mi cuarto, y sus criados me desnudarán. Ea, vamos. Buenas noches, amigos mios, buenas noches.

Don Juan Pacheco llevó al rey al gabinete particular, donde le vimos por primera vez, y luego que estuvieron solos y cerradas las puertas, D. Enrique se dejó caer en un sitial junto á la chimenea, y dijo á su antiguo privado.

¡Ay, D. Juan! Qué mala vida paso, amigo mio! Ven acá, hombre, trae una silla y siéntate junto á mí, á ver si quiere Dios que podamos hablar con franqueza. ¿Eh? Me parece que podremos hablar con franqueza?

—Podeis decir cuanto gusteis con toda seguridad: estamos solos, es decir, nadie os oye, contestó el marqués sentándose junto al rey.

Este arrimó mas su sitial, y tomando una mano al maestre, y estrechándole entre las suyas, continuó:

—Dime la verdad, D. Juan, ¿ha sido tuya la ocurrencia de traer hoy á comer conmigo á mi querido hermano?

—Voy á deciros la verdad, señor: yo soy quien le ha hecho venir.

—Y se puede saber para qué? Si hubiese venido él solo, pase: pero esos clérigos amigos suyos, y ese alcaide se me han atravesado en la garganta; y te lo confieso, ellos tienen la culpa de que no me haya sabido del todo bien la comida.

—Señor, lo siento; pero mi intencion ha sido buena. He tenido por objeto reconciliarlos con vos algun tanto, á fin de que sean menos duras sus ecsijencias.

—Ah! sus ecsijencias. ¿Con qué tenemos ecsijencias?

—Claro está: como ellos triunfan ahora, naturalmente no deben de querer dar nada de valde. Y luego, vos no estais en estado de resistir por medios violentos..... de modo que.....

—Qué es resistir? Yo estoy perdido, amigo mio, perdido enteramente: además bien sabes que no me gusta reñir con nadie. ¿No sé por qué me habeis metido en estas danzas..... es decir, me han metido los demás, pues ya sé que tú eres siempre fiel, y aunque estabas en Ávila cuando me destronaron, tú no tenias intencion de ofenderme. ¿No es verdad?

—Asi es, señor: yo no hago en todo esto mas que comprometer mi reputacion; porque al cabo, aunque por serviros, vengo á ser un espía; y si esto se llegase á saber.....

—Hombre, no. Eres un defensor de mi trono, que no temes vivir entre mis enemigos. Pero al caso, al caso.

—El caso no es para temer: se trata solo de un arreglo amistoso que al fin vendrá á parar en someterse todos buenamente á vuestra autoridad.

—Ah! ¿Con que tenemos eso? Pues entonces, por qué no nos avenimos de una vez? Yo estoy dispuesto á ceder á todo, en no siendo al asunto que ya sabeis.... lo de la *Beltraneja*. ¿Entendeis?

—Ya entiendo. Por eso mismo, como no tengo seguridad de que las cosas paren en bien, si no ponemos algo de nuestra parte, he dispuesto mejorar vuestra posicion para de ese modo hacerles fuerza.

—Ya! Lo que me ha dicho tu criado.... Piel del Diablo! No se llama así?

—Eso es.

—Veamos, veamos, esplícate.

Don Juan Pacheco metió la mano en su escarcela y sacó unos pliegos. Abrió uno de ellos que contenia un pergamino, y esclamó con tono de afectada indiferencia.

—Ah! Esto es otra cosa. Tambien queria hablaros de ello, pero es un asunto mio, y lo dejaremos para despues.

—No, no, dijo el rey: veamos eso. Si es cosa tuya, es lo primero.

—Es una gracia que pensaba pediros.... Pero no corre prisa.

—Veámoslo, veámoslo. ¿Es algun despacho? Quieres que lo firme?

—Si, para eso lo tengo estendido. Como sabeis, mi yerno el de Plasencia me disputa el maestrazgo de Santiago.

—Ya lo sé: por cierto que está dado á Barrabás; yo he pasado un dia en su casa, y habla pestes de tí con motivo de la pasada que le has jugado. Pero; ¿cómo arreglaremos ese negocio? Yo no puedo confirmarte la eleccion de maestre: esto corresponde á Su Santidad.

—No se trata de eso, señor: el negocio es mas sencillo: mi yerno se contentará con que yo no disfrute el maestrazgo, y para conseguirlo alega que este título es incompatible con el marquesado de Villena. Pues bien, señor, yo cedo el marquesado á mi hijo D. Diego, y pleito concluido.

—Ah! Pues si no es mas que eso, venga, y lo firmaré. Tú cuidarás luego de ponerme bien con el de Plasencia.

Don Enrique tomó el pergamino, se acercó á la mesa y firmó. En seguida le estampó su sello, y lo devolvió al maestre diciendo.

—Ya está corriente. ¿Quiéres algo mas?

—Nada mas, señor: ahora, si gustais enteraros de esta carta....?

—Ya la habrás tú leido, repuso el rey, estendiéndose pere-

zosamente en el sillon. Dime de lo que trata, y no es menester mas.

—Es de doña Maria de Silva á su hermano el obispo de Badajoz. Le dice que todo está dispuesto para recibiros en Toledo: que os presenteis con él vestido de fraile dominico, el jueves prócsimo al anochecer, en la puerta de San Martin, y entrareis en la ciudad sin ser visto de nadie mas que de algunos monjes que se os reunirán: pasareis con ellos á su convento, y alli estareis hasta que os avisen para presentaros en público.

—Pero no entiendo bien eso, D. Juan. Si está todo prevenido para recibirme, ¿á qué tantas precauciones?

—Señor, nunca está por demás la prudencia. Tal vez pueda malograrse el plan, y en ese caso no conviene que os espongais. Cuando esteis dentro de Toledo, se hará cundir la noticia de vuestra llegada, y entonces la influencia de vuestro nombre decidirá el écsito de la empresa. Es un negocio muy de vuestro carácter, una conquista pacífica.

—Comprendo: pero conforme puedo triunfar, puedo ser silbado y apedreado.

—Eso es precisamente lo que se debe evitar. Y en suma, Toledo es buena presa, que bien merece se arriesgue algo por conseguirla; pues os indemnizará cumplidamente de la pérdida de Segovia.

—No lo dudo: pero vengamos á cuentas. ¿Qué pide doña María por ese servicio? Tiene algun amigo á quien hacer canónigo de Toledo? algun primo á quien dar una encomienda?

—Nada de eso, señor: solo desea el título de conde de Fuensalida para su marido.

—Ah! ya! otro conde..... ¿Cuántos van ya, amigo marqués? Lo malo es que tambien querrá tener rentas, y yo de tanto dar, me voy quedando sin camisa. En fin, uno mas: haremos conde al buen Pero Lopez.

—Por supuesto, señor, no necesito recomendaros el secreto por la parte que tengo en este negocio: yo no he dicho, ni hecho nada, y en prueba de ello, ni Pero Lopez, ni su mujer, ni su

cuñado el obispo, os dirán una palabra de mí, porque no sospechan siquiera que yo esté enterado de todo.

—Pero ¿cómo es eso?

—Estas son cuentas mias: yo procuro serviros: dejadme hacer, y no pregunteis el cómo. Solo os advierto que si se divulgase el secreto, se nos escaparia de las manos el talisman con que hago estas cosas.

—Oh? descuida, descuida: no se sabrá por mí.

—Este es un servicio que os presto yo solo, para subsanaros las pérdidas que podeis sufrir en la negociacion de mañana.

El lector habrá comprendido ya que el talisman de que don Juan Pachecho se valia para internar á terceras personas en sus planes, sin dar él la cara, no era otro que la sociedad tenebrosa de la Perpétua noche, por cuya mediacion, y comprometiendo desde luego el nombre de D. Enrique, se habia negociado la entrega de Toledo.

—Te estoy agradecido, compañero, dijo el rey. Pero veamos, veamos qué quieren esos rebeldes.

—Segun he llegado á entender, quieren el alcázar de Segovia para D. Alfonso.

—Diantre! Con lo que hay dentro?

—No: eso entra en la parte de restitucion: supongo que hablareis del tesoro real?

—Del tesoro real y de lo demás.

—El tesoro se os devolverá, con tal que lo guarde en Madrid Pedro de Munzares.

—Tanto valdria no devolvérmelo.

—Por qué, señor? Tened á vuestra disposicion á ese alcaide, y mandadle ahorcar cuando se os antoje.

—Dices bien, á otra cosa.

—Vuestro hermano habrá de ser reconocido por vos como príncipe de Asturias.

—Eso no, D. Juan. ¿No veis que entonces deshEredo á mi hija?

—Vuestra hija, ó la hija de vuestra esposa, como querais,...—creo que podemos hablar injénuamente, no perderá nada.

—Hombre, por Dios! No faltaba mas que eso para que todo

el mundo acabase de creer..... No, eso no puede ser. Poco me importaria enviar al diablo á la chicuela, si solo se tratase de ella; pero lo que dirán de mí.... No, eso no me acomoda.

—Válgame Dios, señor! Os ahogais en poca agua. ¿Me creeis capaz de proponeros nada que os pueda perjudicar?

—De ningun modo. Pero, apruebas eso?

—Seguramente; y aprobándolo os doy una muestra de mi cariño. Decidme: ¿es posible que vos accedais á esa proposicion espontáneamente y sin violencia?

—No.

—Pues bien: ahi teneis vuestra justificacion mas completa. Cediendo á esa ecsijencia no quedais obligado á cumplir ninguna de las demás. Recojed vuestro tesoro, recobrad á Toledo, y cuando esteis en mejor posicion, alzad el grito y decid que se os ha violentado. Echadme á mí toda la culpa, si quereis. Declarad que se os ha traido á Segovia con engaños, para obligaros luego á firmar un tratado que rechazais en todas sus partes.

—Tienes razon. ¿Hay algo mas?

—Si. La reina será puesta bajo la guarda del arzobispo de Sevilla.

—Tate!.... Aun eso es peor.

—No he concluido. Será entregada al arzobispo de Sevilla en garantía de que se cumplirá lo pactado.

—Ya: pero el caso es que solo yo soy el obligado á cumplir: los demás quedan libres.

—Los demás, es decir, los confederados se obligan á deponer las armas y á prestaros homenaje en el término de seis meses, con tal que se lleven á cabo las estipulaciones.

—De modo que faltando yo á ellas, se acabó el compromiso por su parte.

—Señor, ya os he dicho lo que se os ecsije, replicó el maestre levantándose; ahora os dejo: meditad vos las proposiciones, y resolved lo que tengais por conveniente.

—Hombre, hombre! Ven acá, no te vayas: dame consejo. ¿Qué harias tú en mi lugar?

—Yo lo firmaria todo á ojos cerrados.

—Pero.... y despues?

—Despues no sabemos lo que puede sobrevenir. Teneis seis meses para trabajar por vuestra cuenta, y en seis meses puede hundirse el cielo y volverse la tierra lo de arriba abajo. ¿Quién sabe si vuestro hermano vivirá al espirar ese plazo?

Don Enrique miró atentamente á D. Juan Pacheco, cuya fisonomía impasible como la de una estátua, no le reveló nada.

—Eso es muy eventual, dijo por último pesando las palabras. Mi buen hermano está gordo y saludable como un fraile jerónimo.

—Sin embargo, repuso el maestre, no hay nada tan inseguro como la vida. Acordaos de D. Pedro Giron.

—Ya; pero D. Pedro Giron, tu caro hermano llevaba una vida muy licenciosa: era un poco aficionado á comer de la fruta ajena, y malas lenguas dicen que le mató un marido celoso.

—Sabeis quién?

—No, no me han dicho tanto.

—Es muy posible, murmuró el maestre encojiéndose de hombros. Pero, á propósito: ya sabreis que tenemos aqui á doña Isabel?

—Lo sé, contestó el rey suspirando. Tambien ella me ha abandonado! Esa niña empieza ya á darme que sentir.

—Y puede daros muy malos ratos, sino tratais de cortarle la carrera.

—¿Es verdad lo que me han dicho de tu parte?

—Si; las pretensiones de Aragon vuelven á reproducirse, y mucho temo que vuestra hermana cuente hoy mas amigos de los conocidos. Por de pronto tiene ya á su favor, si no me han engañado, á mi ilustre tio D. Alonso Carrillo, y el almirante no podrá menos de patrocinar á su nieto el príncipe de Aragon.

—Terribles enemigos son el arzobispo y D. Fadrique.

—No serán ellos solos; pero yo puedo oponerles otros no menos poderosos, como son Medinaceli, Treviño, y todos los confederados; á quienes ayudarán, si vos quereis, los Mendozas y demas amigos vuestros.

—Pero ¿tú tienes interés en contrariar ese enlace?

—Yo, señor, ninguno, sino el vuestro. Es preciso casar á la infanta ó con un príncipe estranjero, que no tenga conecsion con los asuntos de Castilla y á quien se contente con un dote regular, ó con el que mas decidido esté á favor de vuestra causa. Ya os he hablado alguna vez del rey de Portugal.

—Si, eso nos convendria mucho.

—Tanto os convendria, como que por este solo hecho adquiriríais un ausiliar poderosísimo, el único, tal vez, que apoyará la causa justa de la princesa doña Juana.

—Es verdad, hombre, es verdad. Pero siempre me ha parecido difícil la realizacion de ese proyecto. El rey de Portugal es viejo, mi hermana lo rechazará probablemente, y sus amigos no es regular que la abandonen. Sobre todo no concibo que los confederados se adhieran á nuestro plan.

—Los confederados harán lo que yo quiera, y casi podeis felicitaros de que la infanta haya venido á ponerse en sus manos. Por lo demás, si el rey de Portugal no es del agrado de vuestra hermana, esto es cosa que toca al novio arreglar, y no á nosotros. La razon de estado y no el gusto debe consultarse en los matrimonios entre príncipes.

—Y no te ocurre una cosa? dijo el rey, sonriéndose con un placer interior.

—Cuál, señor?

—Que podíamos interesar al portugués, ofreciéndole además la mano de mi hija Juana para su hijo.

—Teneis un gran talento, señor: es mas, yo realizaria ese doble enlace, y asi tendríamos á doña Isabel fuera de combate, y á doña Juana reina de Castilla y Portugal. Se os ha ocurrido un pensamiento feliz.

—Ya ves como tambien yo entiendo algo de combinaciones políticas.

—Yo lo creo! Con todo, si quereis seguir mi consejo, guardad esa especie, y comunicadla solamente con mucha reserva al rey de Portugal. Yo os apoyaré y todo saldrá á medida de nuestros deseos.

—Seguiré tu parecer, amigo mio. Veo que te interesas por mí mucho mas de lo que yo creia.-Con que ya estamos entendidos. Ahora, por caridad, déjame descansar un poco, y piensa bien lo que hacemos: no me metas en nuevas danzas, hombre; que estoy hasta el último cabello. Por Dios te lo pido.

—Descuidad. Mañana ya sabeis lo que os conviene hacer. Oponed alguna resistencia para que nada se sospeche; pero ceded á todo. Una negativa obstinada os pudiera comprometer sériamente: apenas teneis aqui quien os defienda, y yo no debo ponerme de vuestra parte, porque esto me dejaria en descubierto.

—Convenido, convenido, repuso D. Enrique bostezando. Dime, ¿dónde tengo la cama?

—Os dejo al momento, señor.

El maestre llamó á sus criados para que desnudasen al rey, y condujo á éste á su propia alcoba, donde le hizo compañía hasta que le oyó roncar. En seguida se retiró á la estancia inmediata, tomó asiento apoyando la barba en las palmas de las manos, y se quedó pensativo murmurando:

—Duerme, duerme, rey imbécil! Duerme á pesar de tu corona de espinas. Mañana dispertarás para echar tú mismo un borron mas sobre tu frente.-Descansa en mí que acabaré de esponerte á la irrision de tu pueblo, y solo te mantendré en pié mientras conserves un débil reflejo de magestad para dorar mis intrigas. Fíate de mí..., yo te protejo....

Y despues de meditar en silencio un breve rato, añadió:

—Mañana es mártes..., dentro de tres dias será Enrique dueño de Toledo.... Dentro de tres dias..., estamos á mediados de junio.... Para san Juan.... tal vez.... No: es demasiado pronto. Cálmate, ambicioso corazon. No imites al que guiado por una luz en la oscuridad, evita un rodeo y se precipita en un abismo. Si Alfonso sucumbe, sostengamos á Enrique y elevemos á Isabel. Ahí está el triunfo.

Al dia siguiente se reunieron en el palacio episcopal unos cuarenta grandes entre los confederados que habia en Segovia, otros que habian venido de Arévalo espresamente y los del séquito del rey. Allí hubo fuertes altercados sobre las vergonzosas proposiciones que se hicieron á D. Enrique, y que arrancaron una vehemente protesta al marqués de Santillana, é impelieron al *buen conde* de Haro á llevar mas de una vez la mano á la guarnicion de la espada. Sin embargo, dulcificadas aquellas por D. Juan Pacheco, y reducidas á los términos en que éste las habia anunciado, fueron aceptadas por el rey, no sin marcado descontento de sus mas leales vasallos.

Aquella misma tarde fué entregada la reina en manos del arzobispo Fonseca, el cual dispuso conducirla al castillo de Alahejos, escoltada por su sobrino D. Pedro y otros diez caballeros. La infanta bastarda doña Juana quedó al cuidado de D. Diego Hurtado de Mendoza; el infante D. Alfonso tomó posesion del alcázar de Segovia; y D. Enrique acompañado de sus pocos amigos y de una escolta que le dió el marqués de Villena para resguardo de las arcas reales, partió para Madrid.

Entre tanto, una escena de muy distinta índole tenia lugar en una estancia retirada del palacio episcopal.

La infanta doña Isabel, inflamados los ojos por el llanto, conversaba á solas con un arrogante caballero que, en pié y descubierto, la hablaba respetuosamente.

—Todo lo he oido, Andrés, decia la infanta; oculta detrás de un tapiz he presenciado, sin poder evitarlo, esa degradante abdicacion que ha hecho mi hermano de su dignidad personal y real. Ya no tiene remedio: el golpe está dado, y nada que se haga podrá reparar la herida que acaba de abrir en su honor ese pobre rey.

—Señora, contestó Andrés de Cabrera: ese golpe era inevitable, porque estaba ya preparado.

—Tienes razon, pero yo tambien la tengo doble para aflijirme. Una cruel fatalidad persigue al rey, fatalidad en que sirve de instrumento mi hermano Alfonso, y lo que aun es mas triste,

de instrumento complaciente. Esto será infausto para los dos. ¡Ay! Ojalá Dios les perdone! Sea Dios mas atento á mis ruegos que lo son los hombres!

—En verdad, señora, que el rey no lo ha sido con vos. No ha bastado la carta que le escribísteis para evitar su resentimiento. Ya os lo dije.

—Su resentimiento! Y de qué le tiene? Acaso he pensado ofenderle? Pero dime, Andrés. ¿se marchará sin verme?

—Asi lo creo, señora: un momento nada mas he podido hablarle para comunicarle vuestro deseo. Me ha mirado con afectada sonrisa y ha dicho:- «¿Me traes otra carta de tu señora?-Mi señora desea abrazaros como buena hermana, le contesté.-Entonces repuso:-Amigo mio, no sé si tendré tiempo de complacerla.»

—Ingrato! Cuando solo me afano por su bien! ¿Sabes para qué queria verle?-A tí puedo confiártelo, porque eres el fiel amigo de mi mejor amiga. Deseaba decirle: Enrique no cedas á ecsijencias que te degradan. Sé rey, mientras puedes serlo, y al fin de tus dias dispon de tu corona segun tu conciencia y el mayor bien de tus pueblos. Si necesitas un apoyo para mantener tu decoro, en mí le tienes: yo sé que hay en el mundo un varon fuerte, á quien amo, sin conocerle, por lo que vale: su nombre y sus hazañas resuenan constantemente en mis oidos: enlaza mi suerte con la suya, y por mis respetos, muchos grandes de Castilla y Aragon, obedientes á mí, te sostendrán. Si el objeto de tanta discordia es culpable á tus ojos, si la infanta que lleva tu nombre no es digna de él, rompe los vínculos que te sujetan; pero rómpelos con dignidad: obra y manda, no obedezcas á bajas sujestiones, y todo el pueblo te aplaudirá. De este modo quitarás pretestos á la intriga y á los revueltas, sacudirás el yugo de ambiciosos palaciegos, y si alguno osa levantar la cabeza, estará solo; porque será mirado como traidor y rebelde.

Sonó en este momento ruido de clarines debajo de las ventanas del palacio. La infanta se levantó presurosa, y asomándose á una de ellas, vió al rey que partia.

—Se vá! esclamó. Se vá sin verme! Dios mio! Por qué me quiere tan mal?

Y ajitó su pañuelo con impaciencia; pero D. Enrique no reparó siquiera en este movimiento espontáneo de cariño.

CAPÍTULO XII.

Que sirve de introduccion al XIII.

Las ocupaciones políticas á que dió lugar la toma de posesion del alcázar de Segovia y otros sucesos que no nos interesan y sería enojoso referir en esta historia, dilataron por espacio de cuatro dias la partida de caza prometida por D. Juan Pacheco al príncipe D. Alfonso, no sin disgusto de éste, cuya impaciencia por verla realizada crecia con la tardanza. Durante este tiempo no vió el jóven príncipe una sola vez al astuto maestre de Santiago que no le recordase su promesa, mediando entre ambos en voz baja palabras de dudoso sentido y miradas significativas, que revelaban una intelijencia secreta.

Nunca, por otra parte, se habia mostrado el ilustre mancebo tan amable con su privado, á pesar de la lentitud con que éste parecia prestarse á la realizacion de sus deseos, y es seguro que le habria otorgado la gracia mas costosa que le hubiese pedido.

con tal que acelerase la hora del cumplimiento de aquella promesa.

Don Juan Pachecho entre tanto no la olvidaba; pero daba la preferencia á otros asuntos de mayor entidad; lo cual, sin embargo, no le impedia ocuparse en cosas que tal vez parecerán triviales á nuestros lectores.

En uno de estos dias encontró á su estafero Juan Lainez, triste y cabizbajo á la entrada de sus aposentos reservados, y le llamó para hablar con él á solas. La ocasion no podia ser mas oportuna; porque el jóven, por motivos para él muy poderosos y que no habria sabido revelar, estaba decidido á suplicar al marqués le ecsimiese de su servicio, peticion tanto mas difícil de hacer, cuanto que, para fundarla en algo, era necesario mentir, ó mostrarse quejoso del alto personaje á quien fuera dirijida.

Juan Lainez entró, siguiendo á su señor, en la pieza que ya conocemos, resuelto á impetrar de su magnanimidad aunque solo fuese algunos dias de licencia, pero con intencion de no volver. Esta resolucion, que parecerá estraña á los que saben el descubrimiento hecho por nuestro mozo en la Torre de los Encantos, no lo era si se atiende á que hacía ya dos noches que Isidora no respondia á las señas de su amante.

Don Juan Pacheco miró á su criado con interés, y afectando no reparar siquiera en las vehementes muestras de inquietud y tristeza que se pintaban en su semblante, le dijo:

—Estoy contento de haberte hecho gracia de la vida, Juan, porque veo en tí un mozo de provecho, y no dudo que, asi como eres valiente y servicial, serás prudente y callado. Habria sido irreparable tu pérdida, si hubiéseis muerto en la horca, que merecias..... Porque, no cabe duda: la merecias.

—Señor, contestó Juan con timidéz, y cobrando alientos á medida que hablaba: ese recuerdo de vuestras bondades me infunde confianza para pediros una gracia, que, si bien será insignificante para vueseñoría, para mí tiene mas valor que la misma vida.

—Cómo es eso? Una gracia?.... Sepamos lo que es.

—Señor, me han dicho que mi padre se halla enfermo á las puertas de la muerte, y quisiera que os dignáseis concederme unos dias de licencia para ir á verle.

—¿Cuándo te han dicho eso? preguntó el maestre con una risita que descontentó al jóven.

—Señor, repuso Juan, esta mañana.

—Pues te han engañado: porque esta tarde he sabido yo de tu padre que no le duele nada, y que está mas libre de enfermedades que tú y que yo.

Juan Lainez se puso encendido de ira y vergüenza al ver descubierto su engaño; pues, como acaso recordará el lector, el amante de Isidora era huérfano de padre y madre.

—Ah!.... esclamó balbuciendo; vueseñoría sabe..... que.....

—Si; pero dejemos eso. Te he llamado para darte un encargo, que solo quiero confiar á tu fidelidad. Es una cosa que yo no debiera mezclarme; pero se trata de complacer á un amigo..... á un servidor mio, y tengo la debilidad de dar gusto á todo el mundo.

Juan Lainez sintió impulsos de negar la obediencia al maestre; pero la idea de su posicion humilde, apagó todo el fuego de su interior rebeldía.

—Señor, dijo, soy vuestro esclavo: mandadme lo que os plazca.

—La comision no es agradable. Oye: tengo en mi poder una jóven, á quien proteje ese amigo mio del cual te acabo de hablar. Este amigo, segun me ha dicho, debia favores al padre de la jóven, por lo que, agradecido, la ha sacado de manos de cierto hidalgo, que la tenia en su castillo, con el objeto de devolverla á su familia. Pero él se ha visto precisado á partir precipitadamente de órden del rey, por lo cual me ha encargado cuide de su protejida.

—Comprendo, dijo Juan Lainez con impaciencia y alegría. En ese caso, no hay mas que hacer sino entregarme la jóven y yo me encargo de conducirla á su casa.

—No, no es eso, repuso el maestre con su calma desespe-

rante. No sé todavía si mi amigo tendrá por conveniente confiarte esa delicada comision.

—Pues entonces.....

—Déjame hablar. Eres demasiado vivo de jénio. Yo tenia esa chica en lugar seguro; porque has de saber que cierto personaje, cuyo nombre no hace al caso, parece que está enamorado de ella, y convenia evitar que la viese ó intentára seducirla. Pero me era preciso tenerla bajo la custodia de un sugeto que no merece mi entera confianza; por lo cual he dispuesto trasladarla á otra parte. Ahora está al cuidado de una buena mujer: sin embargo, falta que un hombre de valor y fiel á mis mandatos, esté á su lado para defenderla de cualquier enemigo. Tú eres el hombre que he destinado al desempeño de este honroso cargo, que no debe serte muy gravoso, pues solo durará unos cuantos dias, mientras vuelve mi amigo.

—Aunque durase toda la vida, señor, estad seguro de que os serviré con la mayor decision.

—Ya lo supongo. Te advierto, sin embargo, que es algo peligroso tu cometido, porque si, por descuido tuyo algun hombre, sea quien quiera, tocase á la persona de esa jóven, pagarías con tu cabeza.

—No temo ese peligro, señor. Os prometo que antes me dejaré arrancar el corazon á pedazos, que consentir toque nadie á la persona que me confiais.

—Asi me gusta: yo soy esclavo de mi palabra, y no estaré tranquilo hasta verme descargado del peso de la que he dado á mi amigo.

—Desde ahora podeis descansar en mí, repuso Juan. Pero aun no me habeis dicho donde está la jóven.....

—Es verdad. Debes ir á ese parque inmediato, donde te permitirán estar libremente, puesto que llevas el blason de mi casa: no conviene que te presentes como defensor de la jóven; bastará que estés á la mira por lo que pueda suceder: ella habita en una cabaña que verás en medio del bosque. Ten mucho cuidado, de dia y de noche, y á nadie comuniques el motivo que

allí te lleva. Esto es una precaucion que te interesa, porque de no hacerlo así te espones á ser burlado.

—¿Tanto empeño hay en apoderarse de esa jóven?

—No sé decirte si hay mucho empeño; pero siempre es bueno ponerse en lo peor; pues no debes ignorar que la maldad es artista y se vale de los mas diestros ardídes. Con que, hijo mio, corre á tu puesto, y á ver si sabes corresponder á mi confianza.

Juan Lainez, delirante de felicidad, marchó sin detenerse á desempeñar la comision que acababa de darle el maestre y que colmaba sus mas ardientes deseos.-«Sí, yo velaré por ella, iba diciendo: yo la guardaré hasta de su misma sombra, y desdichado del que intente profanar el casto templo de mis amores! No, esta vez no me la robarán; porque estoy prevenido, estoy celoso hasta del aire que respira, y no cerrará mis ojos el sueño, ni habrá sosiego para mi corazon. El duro suelo será mi único lecho, mi ballesta me servirá de almohada, y mi puñal estará siempre despierto para obedecer á su dueño.»

Una reflecsion turbó en seguida la infantil alegría del jóven, dando un jiro mas sombrío á sus pensamientos. Isidora, segun habia dicho el maestre, y segun la relacion de ella misma, tenia un protector desconocido. ¿Quién era este hombre? Si obraba movido por la gratitud, ¿qué causa motivaba el misterio con que se encubria? El lector sabe muy bien que todo lo dicho por don Juan Pacheco acerca de su amigo, no era mas que una pura invencion, una patraña imajinada por él para disfrazar su intriga; pero Juan Lainez no podia sospechar el engaño, porque, en la situacion en que se le colocaba, debia presumir que el maestre le habia dicho la verdad, y que ignoraba sus relaciones con Isidora, pues de lo contrario no le habria confiado su guarda cuando tenia empeño en ocultarla; y mucho menos si él mismo estuviese interesado en guardarla para algun fin siniestro. Era necesario estar penetrado de los secretos pensamientos del maestre, para concebir la menor duda de su buena fé, pues aunque sus escesivas precauciones para protejer á una muchacha vulgar, pudieran parecer sospechosas en un personaje de su calidad, se

justificaban, sin embargo, por los desórdenes y el desenfreno de la época, la falta de seguridad que habia en todas partes, las traiciones frecuentes, domiciliadas, por decirlo así, en el seno mismo de los que se apellidaban amigos, y en fin por las graves atenciones de diversa especie que distraian al maestre. Otras circunstancias concurrian además á dar un colorido de verdad á esta fábula. Si se hubiese tratado de protejer á una jóven noble y de elevada clase, habria sido lo mas natural que D. Juan Pacheco la depositase en casa de cualquier familia amiga, ó en la suya propia, con el recato conveniente; pero no era posible evitar los tiros de la maledicencia, ni dejar de producir estrañeza, obrando de igual modo respecto á una muchacha del pueblo, hermosa y de antecedentes equívocos, que por su parte no podia dar cuenta de ninguna clase de relaciones anteriores con su protector.

Juan Lainez pesó en su juicio todas estas consideraciones, y concluyó por persuadirse á sí mismo que el maestre no tenia mas interés que el manifestado en la guarda de Isidora; que habia de por medio un amigo desconocido, cuyos favores no sabia si eran dignos de gratitud ó aborrecimiento, y que un capricho casual de la fortuna ponia bajo su inmediato amparo á la mujer que amaba. Por otra parte, convencido de la sinceridad de su señor, se propuso seguir fielmente las instrucciones que de él acababa de recibir, llevando su resolucion al estremo de protejer á Isidora hasta contra el amigo incógnito, y arrostrar la muerte, si fuese necesario, por defenderla.

Con este firme propósito, el jóven estafero se proveyó de armas y bajó al parque de Villena, por el cual comenzó á dar vueltas impaciente; pero sin atreverse á llegar á las inmediaciones de la casa rústica, por temor de que se conociese el interés particular que en hacerlo tenia.

Bien lo habia previsto D. Juan Pacheco, que en todas sus intrigas se mostraba profundo conocedor del corazon humano; asi es que, poseyendo el secreto de los amores de Juan Lainez, le eximió dela obligacion de presentarse en la casita como vijilante,

para evitar no solo el embarazo que necesariamente habria de sentir el jóven al comparecer junto á su amada en presencia de personas estrañas, sino tambien la revelacion estemporánea de estos amores.

Era la hora melancólica del dia en que los árboles, iluminados por los últimos rayos del sol, y bañando sus piés en un mar de sombras, se balancean al soplo de la brisa, como la cuna movida por la mano de una madre. Millares de aves, acojidas en el recinto inviolable del parque, anunciaban con sus lánguidos cantares la procsimidad de la noche, y cubrian con las alas á sus pequeñuelos, cual si quisiesen resguardarlos del furor del buitre, que, rey de los aires, cruzaba el espacio, dando agudos alaridos, en busca de alguna inaccesible roca.

Fuera de las agrestes armonías de la naturaleza, ningun rumor se percibia en aquellas soledades, lo cual alentó á Juan Lainez para irse acercando poco á poco á la casa rústica, pues no viendo á ninguna persona, confiaba en poder llegar hasta la mansion de su amada sin ser notado de nadie. Con efecto, velado por la espesura del monte, pudo contemplar sin recelo la pajiza cabaña que se presentó á su imajinacion, semejante á un nido de ruiseñor oculto en la enramada. Difícilmente podia el jóven reprimir sus deseos de penetrar en aquel pobre edificio, mil veces mas bello para él, que el mas suntuoso palacio: la sombra del crepúsculo iba envolviéndolo poco á poco, y ya sus foscas formas se delineaban confusas, cuando una voz conocida, uniendo sus acentos á los últimos acordes de las aves, vino á estremecer de gozo y esperanza el corazon de nuestro jóven. Aquella voz entonaba el himno á la vírgen:

«Quiero seguir á tí, flor de las flores.....»

—Ella es, ella es!.... murmuró Juan Lainez; y adelantándose sin ser dueño de sí, como atraido por un poder májico; respondió á la primera estrofa con la segunda que dice:

«Gran fianza hé yo en tí, la mi señora.....»

Pero antes que la hubiese concluido, vió lucir la mecha de un mosquete, y oyó una voz varonil que decia:

—¿Quién es el osado que pisa sin licencia el coto de mi señor? Quien quiera que sea no se mueva, si no quiere hacer esta noche compañía á D. Judas el traidor.

—Pasito, camarada, contestó Juan Lainez sin asustarse, y bajad esa mecha, que pájaros de mi calibre no los tiene nuestro amo el maestre de Santiago, para que os divertais en cazarlos.

—Decid quien sois, ó por el ánima de mi abuelo, que está en pena, que os he de dar algo para que os sepa á caliente.

—Si quereis verme de cerca, conoceréis el blason que llevan al pecho los estaferos de Villena.

—Diablo! Acabáras de hablar! repuso el guarda-bosque bajando su mosquete. ¿Sois vos el que viene en mi ayuda para cuidar de la caza? Eso es otra cosa.

—El mismo, dijo el jóven, conociendo por la pregunta que se le esperaba.

—Sea en hora buena: llegais á tiempo de acompañarme á cenar. Venid, compañero, venid.

Pedro el guarda-bosque condujo á Juan á la casa rústica, donde encontraron la mesa puesta, que habia sido abandonada por aquel en el momento de oir cantar al estafero.

—Venis en muy buena ocasion, camarada, dijo Pedro; pues tengo entendido que uno de estos dias hemos de ver aquí de caza al príncipe D. Alfonso, y yo solo no basto á cuidar de todo.

—Sentiré, buen amigo, repuso Juan, no poderos séros tan útil como yo quisiera; pues, segun las instrucciones que se me han dado, no debo apartarme mucho de estas cercanías.

—Y con qué objeto.....

—No lo sé: no me toca averiguar las intenciones de nuestro amo y señor.

—No lo digo por tanto, camarada. Pero poco importa eso: quiero decir que yo guardaré las salidas del bosque, y mientras vos estaréis á la mira por si se ocurre algo á los señores. Mañana os instruiré en todos los entrecijos del bosque para que podais salvar á cualquiera que se estravie.

Juan Lainez no escuchaba á su compañero: á las pregun de éste habia contestado distraido: su pensamiento estaba fijo en Isidora, y al observar que no se veia en la casita la sombra de una mujer, comenzó á dudar de lo que ya sabia y de lo que poco antes habia oido.

—Decidme, camarada, preguntó: ¿y estás solo en esta cabaña?

—Solo con mi madre.

—Ah! vuestra madre habita aqui tambien, ¿y nadie mas?

—Nadie mas, que yo sepa, contestó Pedro; de modo que bien podreis quedaros á dormir con nosotros: partirémos mi cama.

—No es necesario. Yo estoy acostumbrado á dormir al sereno.

—Ah! eso es otra cosa. Diablo! he ahí á lo que no he podido acostumbrarme. ¿Habeis sido soldado?

—¿Quién no lo ha sido un poco en estos tiempos?

—Es verdad.–Pues, camarada, bebamos un trago, y podeis buscar la cama cuando gusteis. Pero os advierto que los javalíes tal vez no os dejarán hacer sueño seguido.

—No importa: estoy tambien acostumbrado á sus gruñidos.

Dicho esto, Juan Lainez se levantó de la mesa, volvió á mirar á su alrededor, y habiéndose despedido de Pedro, salió. Por lo que habia visto, conoció que Isidora estaba demasiado guardada para que le sirviese de algo permanecer bajo el mismo techo que ella, y antes al contrario, abrigaba la esperanza de poder hablarla por alguna ventana, pues no dudaba que le habria oido contestar á su cancion.

Con efecto, despues de mucho tiempo, cuando Juan conoció que Pedro y su madre dormirian, se acercó á la casita, y la dió vuelta ecsaminándola toda, y tarareando el himno de la Vírgen. No tardó en descubrir una ventana, ni tan baja ni tan alta que, empinándose, no pudiese llegar á ella con las manos: detúvose allí, repitiendo su canto monótono, y sintió á poco que se abrian las toscas maderas, y que una voz cariñosa pronunciaba su nombre.

—Isidora! respondió el jóven: otra vez te hallo, vida de mi vida! Los hombres se empeñan en separarnos, y Dios nos favorece.

—Ay! esclamó la jóven: yo confio en él, amigo mio, y en su santa Madre, cuyo amparo invoco á todas horas. Espero que la purísima Vírgen María no me abandonará, sin embargo, querido mio, tiemblo porque me veo rodeado de asechanzas y de falsos amigos, que no sé lo que quieren de mí.

—Nada temas, Isidora: bien has dicho que la santa Madre de Dios te ampara: héme aquí puesto para protejerte, cuando hace pocas horas creia imposible hallarte, y mi corazon lleno de angustia deseaba la muerte: sin yo solicitarlo, he sido encargado de velar por tí. ¿A qué podemos atribuir esta fortuna sino á tus oraciones puras, que llegan hasta el trono del Altísimo? Si, amada mia: nosotros pobres huérfanos, sin apoyo en la tierra, tenemos la proteccion de Dios.

—Pero yo creia que habias venido á sacarme de aqui, y he temblado por tu vida cuando escuché tu canto.

—Sacarte de aqui, ese es mi mas ardiente deseo: pero ¿acaso estás mal? no podremos esperar unos dias?

Juan contó á su amada lo que le habia pasado con el marqués de Villena, y concluyó diciendo:

—Puesto que solo se trata de precaverte de todo peligro, y yo soy el encargado de velar por tu seguridad, nada puedes temer: aguardemos á que ese protector oculto disponga lo que tenga por conveniente, y no provoquemos las iras del marqués de Villena.

—Velando tú por mí, estoy tranquila, amigo mio, contestó Isidora: pero no debo ocultarte ninguno de los temores que asaltan mi corazon. Estoy rodeada de incomprensibles misterios: todavía no conozco á ese marqués de Villena, y sin embargo presiento que él es quien aqui me ha traido: esta casa es la misma á donde me condujo el caballero enmascarado: la mujer que a habita es la misma que me ha asistido en la prision donde me viste, despues que dejó de ir á ella el hombre feo: no sé como

me han trasladado á este aposento, pues ha sido de nohce y estando dormida. Esta mujer me habla de cosas estrañas que me repugna decirte.

—No, dímelo todo: es menester que lo sepa todo.

—Pues bien, oye, repuso la jóven con voz entrecortada. Esta mujer me anuncia una vida feliz en el seno de las riquezas y de los placeres, que ella se complace en pintar con los mas bellos colores imajinables...... Pero me dice que para alcanzar tanta dicha, debo amar á un gran personaje, que se desvive por mí.

—Oh! calla, calla! esclamó Juan Lainez, llevando por instinto la mano al puñal que pendia de su cinto.-Y tú habrás escuchado con placer esas halagüeñas promesas?

—Juan! contestó, con la dignidad de la inocencia Isidora. Si fuese cierto lo que acabas de decir, te habria yo revelado esta horrible proposicion?

—Ah! perdóname, Isidora, este loco arrebato de celos! Te amo tanto, alma mia, que hasta del sol que te alumbra quisiera preservarte! Sabes tú lo que he sufrido al verte perdida para mí, al saber que un malhechor hidalgo te poseia, y al amontonar en mi imajinacion las mas espantosas suposiciones? Oh! La herida profunda que abrió en mi corazon aquel malvado, no está cerrada todavía, ni creo se cerrará jamás, y por eso al menor contacto sangra; por eso siento la venenosa punzada de los celos aun al oir de tus lábios virjinales la palabra amor hablando de otro. No, yo no dudo de tí, ánjel mio; ni he pensado lo que he dicho: esa queja es un jemido que exhala el alma lacerada; pero no contra tí.

—Te creo, y no hablemos mas de eso, Juan. En otra cosa debemos pensar. Si fuese cierto que algun personaje intenta solicitarme, si se valiese de esta mujer, ¿cómo podria libertarme de la osadía del uno y de la astucia de la otra?

—Cómo? Tengo un puñal que obedece al señor á quien sirvo, y estoy aquí para cortar el paso á ese pretendiente, sea quien quiera. ¿Lo comprendes bien? Sea quien quiera: estas son las

palabras terminantes de mi señor; y he jurado acatarlas y cumplir su mandato á riesgo de mi vida.

—Sangre! siempre sangre....! murmuró Isidora. Esponer tu vida por mí! Eso me aterra: pero aun así, ¿qué valdrá tu valor contra la astucia? Si una bebida me sumerjiese en ese profundo sueño que ya dos veces me ha privado de sentido ¿qué seria de mí? Oh! esta idea es horrible!

Juan Lainez se mordia los dedos hasta ensangrentarlos: su imajinacion inflamable le representaba con demasiada viveza el peligro de que le hablaba Isidora: tenia la cabeza baja, hinchada la nariz, juntas las cejas, bajo las cuales brillaban sus ojos en la oscuridad como si el fluido eléctrico circulase en sus órbitas. De pronto se irguió el jóven, y dijo:

—Si, es horrible; pero ahora mas que nunca deseo apurar los medios que me ofrece mi posicion para castigar á quien ose ultrajarte. Vive tranquila, y descansa en mi desvelo: nadie turbará tu reposo de dia, porque nadie entrará en esta casa sin que yo le vea: deja de noche esta ventana entornada; y duerme sin recelo, porque yo velaré al pié de ella, y al mas leve ruido caeré á tu lado para salvarte ó morir.

—¡Ay, amigo mio! Tu jeneroso apoyo vuelve la paz á mi corazon. Vela, si, menester es que veles, pues temo que por este lado ha de venir el enemigo que nos acecha.

—Qué me dices?

—Si; escucha: las dos noches que he pasado aqui no he podido cerrar los ojos, porque he observado que la mujer que me guarda descorria el cerrojo de esta ventana, al creerme dormida.

—Oh! Basta, basta. Retírate, Isidora, y descansa. Yo te juro que el traidor enemigo de mi amor y de mi reposo no llegará hasta tí.—Retírate, no sea que nos descubran y lo perdamos todo.

Diciendo esto Juan estampó un beso en la mano de Isidora que asida tenia, y se descolgó de la ventana, al pié de la cual se tendió, poniendo su carcaj y su ballesta por almohada. La jóven murmuró un « á Dios, » y cerró la ventana.

Ningun incidente vino á confirmar los recelos de los amantes durante la noche. Al otro dia, Pedro el guarda-bosque salió muy de mañana de su casilla y se reunió con su compañero, á quien, segun le habia prometido, fué enseñando todos los parajes peligrosos del vasto parque. Juan Lainez llegó á temer que su complaciente camarada intentase alejarle con intencion del lugar donde estaba el objeto de sus desvelos, y asi le dijo:

—No os tomeis tanta molestia, buen amigo, pues para lo que yo debo hacer, ya sé bastante.

Pedro miró á nuestro jóven con aire de desconfianza.

—Y sabeis acaso lo que debeis hacer? preguntó.

—Ciertamente.

—Qué es ello? Veamos.

Juan miró á su vez al guarda-bosque, sonriéndose de su estúpida formalidad, y le dijo:

—¿No habeis reparado en un nido de tórtolas que hay junto á vuestra casa en un frondoso fresno?

—Ya lo creo: como que mas de una vez me han dado intenciones de matar á esos pajarucos que no me dejan pegar los ojos de noche.

—Os guardareis muy bien de hacerlo: precisamente nuestro señor tiene capricho en conservar esos pajarucos, como vos decís, y no me ha mandado otra cosa sino á cuidar de que nadie toque á la hembra.

Pedro meneó la cabeza con aire de incredulidad, pero no sabiendo que pudiese oponer ni aun la mas simple reflecsion á los caprichos de su amo, guardó silencio.

En esto se vió asomar por un estremo del parque el repugnante personaje conocido de nuestros lectores con el nombre de Piel-del-Diablo, el cual venia montado en un caballo morcillo pequeño y ruin como su dueño, y seguido de una docena de monteros, que conducian acémilas cargadas de hachas de viento y utensilios de montería.

—Eh! Perucho! gritó Briando al guarda-bosque. ¿A ver cómo te mueves? ¿No ves, ganapan, que invadimos tus dominios?

Pedro acudió presuroso á recibir las órdenes del ayuda de cámara, y Juan le siguió pausadamente atraido por su propio cuidado, que le hacia no perder de vista ningun incidente.

—Veamos como ayudas á esta jente, que aqui te traigo, á buscar los parajes mas acomodados para distribuir en ellos esas antorchas, dijo el ayuda de cámara.–Esta noche, compadre, nos vamos á divertir de lo lindo.

—Pues qué tenemos esta noche? preguntó Juan, acercándose.

—Jah! jah! jah! esclamó Briando, riendo á carcajadas. ¿Con que tú no sabes lo que significan estos preparativos? Qué diablo entiendes tú de achaques de montería?

—Claro está que no entiendo de eso, señor Piel-del-Diablo, repuso el jóven picado. Mi oficio no es de ordenador de festejos, sino de machacador de cabezas.

—Eh! buen mozo! esclamó uno de los monteros; la caza no es una fiesta de títeres, sino un arte noble como el de la guerra.

—Déjale, Ferrando, que no sabe lo que se dice, interpuso Briando.–Y volviéndose á Juan, añadió:–¿Quieres saber de lo que se trata? Traemos esas hachas para hacerte esta noche el entierro. Jah! jah! jah!

—Estais alegre, señor Briando, replicó el estafero, sin mostrarse resentido por la broma chocarrera del ayuda de cámara.–Mas vale así: no creais que eso me incomoda: muy al contrario, veo en ello un buen presajio.

—Cuál?

—El de que pronto ha de verse la tierra libre de algun malhechor, porque cuando el diablo rie, aguarda amigos.

—Por ahora no sé que corra peligro de muerte otro malhechor que algun javalí de esta selva, repuso Briando, desentendiéndose de la indirecta de Juan, que comprendió perfectamente; porque debemos advertir que, enviado por su señor con una comision particular para la madre Úrsula, el ayuda de cámara, con su mucha malicia, habia adivinado, sino todo, gran parte del proyecto de D. Juan Pacheco, y las palabras de Juan

Lainez le hicieron sospechar que este no se hallaba en el bosque sin algun misterioso objeto.

—Con que, segun eso tenemos hoy caza de javalí? preguntó Juan.

—Sí, amigo: una cosa magnífica que nunca habrás visto. Nuestro señor quiere obsequiar al príncipe con una partida de caza nocturna; espectáculo raro, que se usa en Inglaterra y que apenas es conocido en Castilla. Para eso traemos las antorchas que han de alumbrar el terreno desde los sitios mas altos.

—Una caza nocturna...., repitió Juan Lainez que no echaba en olvido su comision. Será digna de verse.

Durante esta conversacion los monteros guiados por Pedro, se ocupaban en escojer los sitios mas aptos para la iluminacion. Briando, viéndolos entretenidos en esta tarea, dirigió su rocin hácia la casa rústica: Juan le siguió los pasos sin perderle de vista, y pudo observar que hablaba familiar y misteriosamente con la madre Úrsula. Sin embargo, no llegó á oir mas que estas palabras:

—Con que ya sabeis, buena madre: estad prevenida esta noche, porque puede ser que tengais alguna visita interesante.

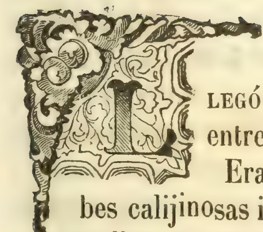
—Ah! malvado! repuso Juan Lainez: tú eres el entremetido; pero yo te prometo una buena propina en pago de tus servicios.

Y se retiró cabizbajo á ocultarse entre los árboles.



CPÍTULO XIII.

La partida de caza.



LEGÓ la noche: diríase que habia sido escojida entre mil para el objeto á que se la destinaba. Era una noche oscura, negra, invisible. Nubes calijinosas interceptaban la débil claridad de las estrellas, gravitando sobre el aire, que parecia incapaz de mover una pluma. El silencio, inseparable compañero de la perfecta calma, se sentia en el ténue zumbido de la naturaleza que nunca reposa, y dejaba percibir distintamente el rápido chillido del murciélago. Las aves diurnas y los cuadrúpedos del bosque, dormian profundamente en sus nidos y guaridas, confiados en la paz de la noche.

Cual si se hubiese querido hacer mas perceptibles las tinieblas, veíanse á trechos, dispersadas por todo el dilatado parque, luces rojizas y solitarias, á cuyo trémulo resplandor distinguíanse confusamente algunos grupos de seres humanos recostados en el suelo.

De repente se iluminó el estremo del bosque mas inmediato á Segovia, oyóse el ruido de una numerosa cabalgata, y tardó poco en aparecer la córte de D. Alfonso, rodeado de una doble línea de antorchas encendidas, formando el conjunto mas brillante y fantasmagórico que puede imajinarse.

Venian con el príncipe D. Juan Pacheco y su hijo, muchos nobles y el obispo D. Juan Arias.

La infanta doña Isabel, acompañada de su intrépida amiga Beatriz de Bobadilla, y de los caballeros de su séquito, figuraba tambien en la partida, llevando un justillo de mallas y un sombrero con plumas, que le daban un aire varonil admirable, realzado por la ajilidad con que esgrimia un rejoncillo vigorosamente sostenido por su mano derecha,

No parecia muy contento el jóven D. Alfonso de la compañia de su hermana, á quien no habia podido menos de invitar: mostrábase, sin embargo, complaciente con ella y la llevaba á su derecha. Pero aprovechando un momento en que la infanta se detuvo para hablar con sus amigas que la seguian, picó el príncipe á su caballo, y atrayendo hácia sí á D. Juan Pacheco, le dijo:

—Estamos mal, D. Juan: no vamos á tener un momento de libertad.

Perded cuidado señor: cuando yo os haga la señal convenida, torced á la derecha y dejad pasad todos los cazadores: yo escojeré el momento oportuno en que ni vuestra hermana ni nadie piense en vos.

—Y decís que está ya prevenida la muchacha?

—Ciertamente: pero no por esto confio mucho en su condescendencia: es una virtud cerril, mas indómita que una cabra montés; pero á bien que sois buen cazador, y no hay fiera de esas que no se prenda en redes de oro.

—Bien está. No me agradaria tampoco que fuese demasiado dócil: precisamente lo que me encanta en esa chica es la firmeza con que ha resistido á los halagos del señor de Hinestrosa. Por supuesto no será lo mismo conmigo.

—Quién tal piensa? Qué punto de comparacion hay entre vos y ese bandido?

—Ninguno en verdad. Pero dejemos la conversacion, don Juan. No quiero que nadie sospeche.... ¿Dais vos la señal, ó la doy yo?-Si no me engaño vuestros monteros han levantado ya la caza.

—Dadla vos, señor: veo que no debemos perder el tiempo.

Una pasmosa transformacion se habia operado en el bosque en pocos momentos. Donde antes se veian luces aisladas y macilentas, brillaban ahora verdaderos haces de fuego, formados cada uno por cuarenta ó cincuenta antorchas, que difundian por el campo una claridad fantástica: muchos de los criados se habian subido á los árboles, que poblados asi de luces, parecian inmensos candelabros. El montero mayor del príncipe habia dispuesto soltar las jaurías, y los perros, adiestrados en esta clase de ejercicios, acababan de levantar á un enorme javalí, que, sorprendido durante su tranquilo sueño, y encontrándose de pronto en medio de una escena incomprensible para él, corria desalentado, seguido de sus jabatos, sin saber donde refugiarse, pero repartiendo dentelladas á diestro y siniestro á los alanes, que le aturdian con sus atronadores ladridos.

Este inesperado alboroto, y la claridad rojiza que se abria paso al través de las tinieblas, turbaron asimismo el reposo de los demás habitantes del bosque, y en un momento se pobló el aire de aves, que chillando espantadas y perdiendo el tino, revolaban en torno de sus nidos, sin acertar á encontrarlos; y mas de un ciervo cruzó la pradera, introduciendo la confusion y el desórden en la jauría y en los cazadores.

—Fa-fa!-Tra-la-la-lira-fa!

Esta tocata dos veces repetidas por la corneta del príncipe, puso en movimiento á toda la brillante cabalgata, que como acontecia casi siempre en estos casos, no pudo guardar uniformidad: el mayor ó menor fuego de los caballos era un obstáculo para que pudiesen marchar unidos, mayormente siendo va-

rios los objetos que escitaban la sensibilidad, como en esta ocasion sucedia.

El javalí, despues de resistirse furiosamente contra los perros, buscó la selva, dando horrorosos bufidos al ver cerca de sí las ondulantes caballeras de llama que se desprendian de las antorchas, y la cabalgata se lanzó detrás de él, pasando como un torbellino de fuego por delante de la casa rústica.

—Aqui, señor, aqui! A la derecha! esclamó D. Juan Pacheco, llamando la atencion del príncipe, como si tratase de indicarle el mejor camino para perseguir á la fiera.

En este momento un magnífico venado, que andaba fujitivo, distrajo á la trailla, y una parte de los caballos siguió su movimiento.

—Soberbia pieza! esclamó D. Alfonso. Hé ahí un bello entretenimiento para las damas.

Y dirijiéndose á D. Gutierre de Cárdenas que iba con la infanta, le dijo:

—No perdais esa ocasion, señor maestresala; dividámonos, y haced que mi hermana venza ese magnífico animal.

—Si, si, D. Gutierre, Cabrera, amigos mios, seguidme, esclamó doña Isabel con entusiasmo. Hagamos nuestra esta presa.

Los monteros soltaron parte de la jauría, que ya instintivamente acosaba al venado, sobre el cual reconocia su propia superioridad, y los cazadores se dividieron, siguiendo dos líneas divergentes.

En estos momentos hubo alguna confusion, á favor de la cual D. Alfonso ladeó su caballo, y se salió del movible círculo de fuego que formaban las teas. Enardecidos los caballeros y fija su atencion en la caza, ninguno reparó al pronto en la ausencia del príncipe, y si lo echaron menos, los de la una banda se confiaron creyendo que iria en la otra, con tanta mas razon cuanto que D. Pacheco que se habia constituido en su guia, marchaba adelante sin dar muestras de haberse apercibido de nada.

Una observacion debemos hacer, antes de proseguir nar-

rando estos hechos, que podrán parecer inverosímiles. Acaso le habrá ocurrido al lector, como á nosotros, la idea que, para deshacerse del malogrado príncipe D. Alfonso, nada habia sido mas fácil en una cacería nocturna, que asestarle traidoramente una flecha ú otra cualquiera arma, como ha sucedido á varios personajes segun refiere la historia. Pero debe tenerse presente que D. Juan Pacheco jamás empleaba en sus numerosas intrigas los medios directos, ya sea porque verdaderamente sintiese un placer enmarañando todas las situaciones, ya porque de este modo quedaba siempre mas oculta su mano. Para valerse del medio vulgar que ha costado la vida á mas de un rey, necesitaba concertarse con un asesino, y esto no lo habria consentido tampoco su carácter suspicaz. Arrastrando al inesperto príncipe á una aventura galante, no hacia nada que pudiera ser motejado por los disolutos cortesanos de su tiempo: si D. Alfonso caia en manos de un celoso desalmado y éste le daba la muerte, no era culpa suya, pues habia llevado su prevision hasta el estremo de apostar una docena de servidores suyos cerca de la casa rústica, para guardar las espaldas al príncipe; en cuanto á Juan Lainez, era su vasallo, y como á tal le haria justicia espeditiva, colgándole de un árbol, tan pronto como llegase á cometer el atentado. Así se comprende que su lealtad debia de quedar á salvo de la mas ínfima sospecha, y antes de creer que este modo de obrar le reconciliase con su conciencia, suponiendo que no esponia á su señor á mas peligro que á los que corren todos los enamorados, y en el cual podia perecer ó salvarse segun su fortuna.

Sin embargo, los cálculos estaban bien echados para que no sucediese lo último. Juan Lainez, casi no conocia personalmente al príncipe, á quien solo una vez habia visto de léjos, cuando comió en casa de su señor; de modo que el respeto no podia detener su brazo: era mucho mas fuerte y animoso que su contrario, quien apenas contaba diez y seis años: estaba celoso y vivamente resentido contra la clase noble, amaba con delirio á Isidora, y de seguro velaria por ella. Por otra parte los hombres que debian protejer al príncipe no tenian instrucciones ningunas: Piel-

del-Diablo era su jefe, y éste habia recibido la órden de mantenerse á la espectativa, sin moverse de su puerta, aunque oyese gritos dentro de la cabaña, y de penetrar en ella y cercarla rápidamente, solo en el caso de que sintiese ruido de armas ú otro semejante, capaz de infundir temores de alguna sorpresa ó choque. Aun en este caso debia proceder con mucha prudencia, y no precipitarse demasiado.

El príncipe, apenas se apartó de sus cortesanos, corrió presuroso hácia la casita con el ardor irreflecsivo de la juventud. Deslumbrados sus ojos al pasar del vivo resplandor de las antorchas á la oscuridad, en la cual solo se distinguia un punto luminoso, que guiaba sus pasos, no reparó en varias figuras que habia inmóviles á un lado de aquel rústico edificio, ni en una sombra que se deslizó, casi arrastrando, detrás del mismo, al acercarse á su puerta.

Don Alfonso se apeó de su caballo, lo ató á un árbol, y entró temblando como un niño en la casa, donde, confiado en su mérito personal mas que en su elevada clase, creia encontrar la felicidad.

La vieja Úrsula estaba sentada junto al hogar con Isidora, pasando una á una las cuentas de su rosario, cuando apareció el príncipe. La jóven dió un grito de sorpresa, y corrió á ocultarse, entrando por una puerta inmediata: Úrsula se levantó, y encocojiéndose de hombros, murmuró:

—Es una criatura! No habrá conocido á V. A., señor.

El príncipe sin dar contestacion se lanzó tras de Isidora.

—Ah! salid! salid de aqui! balbuceó la jóven; señalando la puerta con su mano trémula.

—Nada temas, hermosa Isidora, dijo el príncipe acercándose con cortedad.-¿Qué ves en mí de agresivo que te infunde terror?

—Apartaos, apartaos! repuso Isidora ahogando su voz. Yo no os conozco. ¿Quién sois vos, que sabeis mi nombre?

—Tu nombre es famoso, contestó D. Alfonso, alentándose gradualmente; porque es el nombre de la mas linda de las jóvene castellanas. ¿No te han hablado de mí?



Isabel I.–Lám. 4.ª

—Ah! Si, si... Pero tened piedad de una desdichada. Un jóven como vos no puede ser un malvado. Idos! dejadme.

—¿Qué estás diciendo? Puede haber maldad en adorarte? Yo te juro que no pretendo hacerte el menor mal: eres preciosa; yo soy jóven, rico y el mas poderoso señor de Castilla: te amo, y puedo hacerte mas feliz que una reina.

—Oh! callad! callad! Si os oyesen...

—No temas nada: no puede oirnos nadie, repuso el príncipe.- Y volviéndose hácia la puerta, la cerró, diciendo:

—Ves? Ya no debes temer ningun peligro.

Isidora dió un grito de terror, y huyó á esconderse al último rincon de la estancia.

—Pero qué significa esto? esclamó el jóven príncipe algo incomodado. Tanta resistencia ya es necedad.

Y corrió hácia Isidora con los brazos abiertos; pero ella le rechazó y solo pudo cojerla la cintura.

—Vírjen Santísima, valedme! esclamó la jóven pugnando por desasirse.

En este momento se oyó distintamente dentro de la estancia la algazara de los cazadores y el sonido de las trompas, que anunciaban con sus tocatas la muerte del javalí. La ventana del cuarto de Isidora acababa de ser abierta, y Juan Lainez apareció en ella con el puñal desenvainado.

Silencioso como la muerte, el audaz estafero deslizó todo su cuerpo dentro con la suavidad de la serpiente, y ni el príncipe ni la jóven habrian advertido su presencia, á no ser porque el viento, que se habia movido tempestuoso, entrando por la ventana, ajitó fuertemente la luz de la lámpara que alumbraba esta escena.

Isidora volvió la cabeza y vió á Juan en el momento de poner los piés en el suelo.

—Oh! Dios mio: esclamó.

El príncipe siguió con la vista el movimiento de Isidora, y viendo al estafero que, sin proferir una palabra, ciego de ira se

precipitaba hácia él, dió un salto, sacó la espada, y paró el primer golpe; gritando:

—Asesino!

—Villano! Mal nacido! Felon! prorumpió Juan Lainez, repitiendo sus ataques, y obligando á D. Alfonso á replegarse contra la puerta.-No te vale la espada, porque vas á morir.

Y dando un diestro quite con la punta del puñal en la guarnicion de la espada del príncipe, hizo saltar esta, dejándole desarmado.

—A mí! A mí! gritó D. Alfonso, con la fuerza que dá la desesperacion, afianzando al mismo tiempo las muñecas de Juan Lainez, y luchando con él cuerpo á cuerpo.

Isidora, entre tanto, arrodillada á los piés de los dos combatientes, se arrastraba llorando y conteniendo ya al uno, ya al otro, que sin escuchar sus ruegos, la repelian brutalmente.

La puerta retembló ajitada por brazos vigorosos.

—A mí! A mí! repitió D. Alfonso. Ayudad al rey!

Al oir esta palabra, Juan Lainez retrocedió aterrado, y arrojó el puñal léjos de sí; pero no pudo hacerlo antes que, abriéndose violentamente la puerta, presenciáran su accion los que llegaban al socorro del príncipe.

—Asesino! Regicida! gritó Piel-del-Diablo, precipitándose con seis de sus compañeros sobre el desarmado estafero, que sobrecojido de estupor, efecto de la reaccion que fuertemente sucede á las grandes ajitaciones del espíritu, se dejó prender sin resistencia.

Isidora, combatida por la vergüenza y el dolor, se habia retirado á un ángulo de la estancia, donde estaba sentada, cubriéndose el rostro con las manos y sollozando amargamente.

—No llores, Isidora, dijo Juan, mirando á su amada, sin cuidarse del dolor que le causaban las ligaduras con que le sujetaban los brazos.-No llores: aunque me arranquen la vida, yo te protejeré mejor desde la eternidad.

Isidora dió un grito, acabando de comprender la terrible si-

tuacion en que se hallaba su amado, y corriendo á echarse á los piés del príncipe, esclamó, cruzando los brazos:

—Piedad! señor, piedad! Perdonadle, que no sabe lo que ha hecho. Ah! perdonadle! perdonadle!

Don Alfonso, que desde la aparicion de sus salvadores habia quedado sumido en un profundo alelamiento, y como avergonzado de su propia accion, al oir la fervorosa súplica de Isidora, pagó tributo una vez mas á la flaqueza humana, tuvo envidia del estafero, y levantando la cabeza con semblante indignado, contestó:

—Me suplicas por él, y esto no te abochorna?

Levántate, Isidora, repuso Juan con dignidad: levántate y no supliques al hombre: si deseas obtener gracia, pídela al rey.

—Blasfemo! gritó uno de los satélites de Piel-del-Diablo, tapando la boca de Juan Lainez con su callosa mano.-¿Desconoces la majestad de D. Alfonso doce?

Juan Lainez se sonrió amargamente y no volvió contestacion.

—Si, tienes razon, Juan, dijo Isidora, levantándose. Yo iré á pedir justicia al rey cuando esté sobre su trono, cuando la pasion no le ciegue.

Y se retiró á un estremo, quedando en pié inmóvil y enmudecida por el dolor.

Esta transicion pudo ser fatal para la jóven, pues agotado repentinamente el manantial de las lágrimas, cuando vió llegar el momento en que le arrebataban su amante, permaneció algunos segundos mirando á la puerta por donde aquel acababa de salir, dió algunos pasos y cayó al suelo sin sentido.

A una larga distancia de la casa rústica estaban reunidos los mas de los cazadores alrededor del javalí, que habia sido muerto por el jóven marqués de Villena D. Diego Lopez Pacheco, y aun se oian á lo léjos los gritos de la partida que capitaneaba la infanta doña Isabel y que acababa de rendir al venado, en cuya persecucion habia ido.

El maestre de Santiago estaba desasosegado, mirando á todas partes con el ansia de saber el resultado de su negra intriga.

—Señores, dijo por último á los que tenia mas cerca de sí, estoy con zozobra por la ausencia del príncipe, pues, á la verdad, no sé á punto fijo si habrá ó no seguido en compañia de la infanta.

—Pronto hemos de salir de dudas, contestó don Juan Arias; pues, á lo que oigo, el venado debe de tener ya la lágrima en el ojo.

—Si os parece salgamos al encuentro de la otra partida, y así le acortaremos el camino. La noche se ha vuelto tempestuosa, y si el príncipe se hubiese estraviado tendríamos que pasar tal vez un mal rato antes de encontrarle.

Todos fueron del parecer de D. Juan Pacheco; y precedidos de las luminarias, se pusieron en marcha.

Unos mil pasos habrian andado, cuando se oyó el galope de un caballo, y acto contínuo apareció D. Alfonso á la vista del maestre, que reprimió un movimiento de ira y sorpresa.

—Ya está aquí! Ya está aquí! gritó el solapado magnate, volviéndose hácia sus compañeros. Gracias á Dios no le ha pasado nada.

—Si, gracias á Dios, decís bien, D. Juan, repuso el príncipe: solo á él debo haber escapado de una buena.....

—Pues cómo? preguntó D. Juan Arias.

—He estado á punto de ser asesinado, señores.

Un rumor de indignacion se alzó entre los cazadores.

—Asesinado! Ira de Dios! esclamó el maestre. Asesinado en mi casa! Y quién ha sido el alevoso?.... Dónde está? Os juro que he de hacer en él un castigo ejemplar.

—No se ha escapado, no, respondió el príncipe: ahí le traen bien seguro.

—Qué muera! Qué muera! gritaron á una voz todos los circunstantes.

—Qué muera comido de perros!

—No, colgado de los piés y abrasada la cabeza!

—No hay castigo bastante para el asesino!

—Calma, señores, dijo D. Juan Pacheco alzando su voz so-

bre estos diferentes gritos. El crímen se ha cometido en dominio de mi jurisdiccion, y á mí me cumple hacer justicia, si el señor príncipe me lo permite.

—Haced lo que gusteis, contestó D. Alfonso. Yo no puedo negaros nada, porque, despues de Dios, á vuestros servidores debo la vida.

El maestre rechinó los dientes, pero sin descomponer su fisonomía.

En esto llegó Briando, muy ufano, trayendo al desdichado Juan Lainez, que al penetrar en el círculo luminoso, en que se contenia aquella especie de consejo de guerra contra él, bajó la cabeza, preparándose á oir, sin replicar, las mas violentas recriminaciones, pues convencido de que iba morir, queria concentrar su pensamiento en su amada y en Dios. Sin embargo, no pudo menos de conmoverse, sintiendo penetrar en su corazon un rayo de esperanza, al oir la voz de D. Juan Pacheco, que decia:

—¿Cómo? Es posible? Juan Lainez, mi bravo estafero es el delicuente! Acércate, desdichado. Qué motivo ha podido conducirte á poner la mano sobre tu rey.

—Señor, contestó el jóven con sencilléz. Yo no he atentado contra la vida del rey.

—Se atreve á negarlo! gritaron á un tiempo el príncipe y Briando.

—He dicho que no he atentado contra la vida del rey. Mi ataque se ha dirijido contra un hombre cualquiera, porque yo no conocia á su Alteza.

—Mientes, traidor! esclamó el maestre. Hace pocos dias le viste en mi propia casa.

—Es cierto que le ví; pero mi clase no me permitia estar cerca de su Alteza, y no pude distinguir su rostro.

—Eh! Basta! esas son vanas disculpas.-Oid, Briando, ¿qué jente os acompaña?

—Señor, contestó Briando: aquí están Ferrando, Julian, Or-

tega y otros arqueros de vueseñoría..... están Poca-risa y Fernandito Alturas con algunos de sus oficiales.....

—No digas mas. Encárgate de hacer colgar á ese bandido de cualquier árbol..... y atiende, añadió en voz baja: despáchale pronto.

Piel-del-Diablo tiró de la cuerda con que tenia atado á Juan Lainez, y entregó á éste en manos de Poca-risa y Fernandito Alturas, que eran los ejecutores de la alta y baja justicia de la casa de Villena.

—Señor, dijo el maestre á D. Alfonso: si lo teneis á bien, retirémonos de este sitio, donde pronto será reparado vuestro ultraje y satisfecha mi justicia.

El príncipe accedió á retirarse, y al hacerlo D. Juan Pacheco dijo, á Briando:

—Haced que se cumplan inmediatamente mis órdenes, y dadme cuenta luego.

Briando se quedó con Juan Lainez, á quien rodeaban los dos verdugos y sus ayudantes, varios arqueros y hasta ocho criados que alumbraban con teas.

—Vamos, camarada, dijo Piel-del-Diablo en tono de burla: tu perdicion se cumple, y tambien la mia: «Cuando el diablo rie, aguarda amigos,» me dijiste, y yo te anuncié que esas hachas servirian para tu entierro. Prepárate á morir como hombre de buen humor, y no te aflijas; que estos buenos amigos te despacharán en un santiamen al otro barrio, y yo te prometo cantarte un responso.

—Mala ocasion habeis escojido para chanzas, señor Briando. Yo os perdono; y puesto que ha de ser, solo ruego á estos amigos que ejecuten cuanto antes la justicia de su señor.

—Por nosotros no ha de quedar, dijo Fernandito Alturas, haciendo un lazo con una cuerda que habia desliado de su cintura.-Esto es negocio mio, y nadie habrá que me pueda tachar de perezoso. Pero nos hace falta una escala.

—No hay que apurarse por tan poco, repuso Briando. Nuestro amigo Peruche nos surtirá de ese utensilio.

Y volviéndose á un lado divisó á Pedro el guarda-bosque detrás de los arqueros.

—Hola! Estás atrás, holgazan, y no has traido ya la escala que hace falta? Corre pronto por ella, sino quieres acompañar á tú camarada.

Pedro se alejó rápidamente, y entre tanto el verdugo puso el lazo que habia hecho, alrededor del cuello de Juan Lainez, que viendo prócsimo su fin, comenzó á contristarse. Hasta estos momentos habia alimentado la esperanza de que D. Juan Pacheco no le dejaria morir, creyendo que le habia entregado á Briando para que le salvase la vida.

—Con que es cierto, dijo, que vuestro señor me condena?

Una brutal carjada fué la contestacion de Briando y de Fernandito Alturas. Poca-risa no desmintió en esta ocasion su sobre nombre, Juan Lainez se volvió á él y le dijo:

—Vos que me pareceis hombre, me haréis el favor de llevar á D. Juan Pacheco mi última voluntad.

—Lo haré.

—Decidle que le emplazo ante el tribunal de Dios!

Piel-del-Diablo soltó otra carcajada; pero tuvo que reportarse al oir que todos los presentes reprobaban su sacrílega risa con vehementes murmullos.

En esto llegó Pedro con la escala. Uno de los ayudantes del verdugo la arrimaron á un árbol, y Fernandito Alturas, empujando hácia él á Juan Lainez, le dijo.

—Ea! Vamos, compañero: resignacion y á salir del paso: Esto es cosa de pocos momentos.

—Dios mio! murmuró el pobre jóven; y ella! Quién la amparará en este mundo!

—Qué aguardais? preguntó Piel-del-Diablo. Ved que viene tronando, y si nos entretenemos, vamos á llegar á Segovia hechos una sopa. Despachad!

—Un poco de paciencia, señor Briando: dejad al reo que rece sus oraciones: para eso es cristiano.

—Tiene razon! Tiene razon, murmuraron todos, y se quitaron los gorros.

El huracan que se iba desencadenando por momentos, silbó con horribles alaridos en las ramas de los árboles, y ofuscó casi completamente las llamas de las antorchas, que durante algunos segundos dejaron de alumbrar con claridad esta temerosa escena. El vivo y trémulo resplandor de un relámpago coloreó al mismo tiempo de lívidos matices los rostros de los circunstantes.

A no mucha distancia se veia parada la cabalgata en que iban el príncipe y D. Juan Pacheco, y por el estremo opuesto sentíase un ruido sordo como el que producen las pisadas de muchos caballos, mientras alternativamente aparecian y se ocultaban reflejos de luz en los troncos de los árboles.

Juan Lainez, resignado por último, miró al cielo, y conducido por sus verdugos, comenzó á subir la fatal escala, todavia volvió la cabeza hácia aquellas luces vacilantes á manera de fuegos fátuos, que se acercaban con rapidéz.

—Si yo encontrase un alma compasiva á quien confiarla, moriria tranquilo, dijo.

Y al pronunciar estas palabras oyó la risa de una mujer, y la voz de otra que hablaba.

—Oh! por piedad! esclamó entonces Juan Lainez, deteniéndose. Si habeis amado alguna vez, por vuestro amor os ruego me concedais algunos instantes.

—¿Quereis comer algo?.... Un vaso de vino? preguntó el verdugo. Si es eso, decidlo: yo no privo de nada de esto á mis parroquianos.

—Aguardad! Aguardad! replicó el jóven con ansia, concentrando toda su atencion en el ruido cada vez mas cercano de la gente que hácia alli venia.

—Ese quiere entretenernos toda la noche, dijo Briando. Despachadle pronto con mil diablos.

El rujido de un trueno ahogó lá última frase del satélite de D. Juan Pacheco.

El bosque se iluminó de pronto con mayor intensidad, y apareció la cabalgata en que venia la infanta doña Isabel.–Al verla Juan Lainez, aunque no la conocia, sintió inundarse de gozo su corazon.

—Ah! por fin! esclamó. Una mujer! Será compasiva y me comprenderá.

Doña Isabel refrenó su caballo, sorprendida al reparar en los lúgubres preparativos.

—Qué es esto? preguntó: una justicia! Qué ha hecho ese infeliz?

Noble señora! esclamó Juan Lainez desde la mitad de la escala. Vos que os compadeceis de mi afliccion, dignaos recibir los votos de un moribundo.

—Qué deseas? Habla.

—Señora, si os dignáseis oir dos palabras en secreto.....

—No le haga caso V. A., interrumpió Briando. Es un malvado que ha intentado asesinar al rey.

—Qué escucho!

Ah! señora! prorumpió Juan Lainez: yo he implorado vuestra bondad sin conoceros. Ahora que sé quien sois tengo mas confianza en V. A. Oidme! oidme por piedad!

—Ese jóven..... Yo conozco á ese jóven, dijo D. Gutierre de Cárdenas. Es Juan Lainez.

—Juan Lainez..... repitió la infanta: ese nombre no me es desconocido.

—El amante de Isidora..... ¿No recordais?

—Ah! si. Acercadme ese hombre, repuso la infanta.

—Señora, Señora, replicó Briando interponiéndose; yo no debo consentir.

—Quién eres tú para oponerte á mis órdenes? Apártate! prorumpió la infanta.

Y lanzó su caballo con tales brios, que faltó poco para que atropellase á Briando.

—Bajad á ese hombre; continuó señalando al reo. Y esten-

diendo al mismo tiempo la mano en ademan imperioso, dijo á las personas de su séquito:

—Dejedme sola con él.

Juan Lainez fué conducido al lado de la infanta, que ocupaba el centro del círculo formado por toda aquella eterogénea reunion de personas.

—Habla, dí lo que quieres, murmuró doña Isabel inclinando el cuerpo hácia Juan.

—Señora, una sola gracia, que puede valerme mi salvacion; porque sin ella, moriria desesperado.

—Pide sin temor.

—Señora, en una cabaña situada en el centro de este parque hay una infeliz jóven, una huérfana abandonada.

—Isidora?

—Oh! La conoce V. A?

—No; pero sé sus desventuras. Prosigue.

—Muerto yo, Isidora queda sola, sin amparo, y espuesta su inocencia á los mas graves peligros. Mi único deseo, señora, es que la cubrais con el manto de vuestra proteccion: os lo ruego por el que murió en la cruz, y por las angustias de la santísima Vírgen María. Isidora tiene su madre en Medina del Campo; si me prometeis hacerla conducir allá con seguridad, abandonaré sin pesar esta amarga vida, pensando solo en Dios que me ha de salvar. Si no os dignais otorgarme esta gracia, señora, moriré atormentado con los mas crueles dolores, y acaso con la maldicion en mis lábios!

—Te doy mi palabra de amparar á esta jóven. Pero, dime: amándola tanto como demuestras, ¿es posible que hayas cometido el bárbaro delito que te imputan, y que ha de separarte de ella para siempre? Es posible que un jóven de tus sentimientos haya osado atentar contra la vida sagrada de mi hermano?

—Señora, contestó Juan, llorando: no puedo engañaros cuando voy á comparecer ante el tribunal de Dios que me perdonará. El amor de Isidora me ha conducido al lugar en que me veis: por defender su honor atropellado, he acometido á un hombre á

quien no conocia, y á quien ahora perdono de todo corazon, porque es mi rey, y porque no le creo tan culpable como víctima del que á mí me condena.

—Esplícate con claridad. No sé lo que quieres decir.

—Señora. Yo no debo acusar á nadie, pero tampoco me reconozco delincuente. Yo he recibido la órden de velar por la seguridad de Isidora, y defenderla de todo el que intentase algo contra ella: esta órden era además un deber que mi corazon me imponia. He vijilado, y he sorprendido á un jóven que pretendia manchar su inocencia: ese jóven era el príncipe, mas yo no lo sabia: he armado mi brazo contra él,–¡Dios me lo perdone!– y este delito me cuesta la vida.

Doña Isabel quedó unos momentos profundamente pensativa, y de pronto dijo:

—A quién servias? Ese escudo que llevas al pecho no es el de Villena?

—El mismo, señora. Soy criado de D. Juan Pacheco.

—Y cómo es que Isidora está en la cabaña que me has dicho?

Juan Lainez contó en pocas palabras lo que sabia.

La infanta le escuchó con el mayor interés, y luego que el jóven hubo concluido su relacion, se volvió á sus caballeros y dijo:

—A ver? uno de vosotros, vos Cabrera, buscad al príncipe y decidle de mi parte que deseo hablarle en este momento. Que me haga la merced de venir aqui.

Andrés de Cabrera partió á escape, y la infanta continuó hablando en voz baja con Juan Lainez.

El príncipe aguardaba á su hermana, no léjos de allí, como hemos dicho. A poco se oyó el ruido de los caballos de D. Alfonso y de toda su comitiva que se acercaban. La infanta, salió á su encuentro, previniendo antes que nadie tocase al reo.

—Qué pretendes, hermana? dijo el príncipe, adelantándose á fin de hablar á solas con ella, si me habeis llamado para obner de mí la gracia para este malhechor, os advierto que nada puedo hacer por él.

—Os he llamado, señor, dijo la infanta, para pediros justicia, no gracia..... Pero retíremonos algo mas. No quiero que nos oigan.

Y habiéndose apartado una distancia conveniente, la infanta tomó la mano á D. Alfonso, y continuó:

—Hablemos como hermanos. Dime, Alfonso, ¿qué has hecho esta noche?

La mano del príncipe tembló.

—Por qué me preguntas eso, Isabel?

—Respóndeme, Alfonso: ¿qué has hecho? ¿dónde has estado?

—Tú lo has visto: cazando.

—No: cazando no te habrias espuesto á una muerte oscura, que si Dios lo hubiese permitido, habrias cubierto tu nombre con una mancha eterna, y acaso con un lauro el de tu asesino.

—Hermana! Ved lo que decís!

—No os alteréis, señor. Sois príncipe, sois mi hermano, pero sobre el respeto que os debo y sobre el amor que os profeso, hay una cosa mas sagrada, y sin la cual no puedo amaros; la justicia!–Sé todo lo que ha pasado esta noche, Alfonso, hermano mio: sé que has atropellado el honor y la inocencia de una jóven desventurada, que solo merece tu amparo, de una huérfana infeliz, víctima del desenfreno de estos tiempos. Sé que sorprendido con ella por el hombre que la ama, te has espuesto á morir como un oscuro villano; has rebajado tu alta dignidad, te has colocado al nivel del último de sus vasallos, que al atentar contra tu vida, sin conocerte, no hacia mas que defender su derecho, amparar la virtud y la honra de una débil criatura. Esto es lo que ha pasado, hermano mio: solos estamos los dos, nadie nos oye. Despójate, si puedes, de tus pasiones, entra en el severo tribunal de tu conciencia, y dime: aunque la misericordia de Dios no te hubiese salvado de ese peligro, cuya sola idea me horroriza, ¿quién seria el verdadero culpable, Alfonso? Quién? Tú, ó él?

Don Alfonso temblaba de piés á cabeza, y su mano estaba fria como la de un cadáver.

—Tanta severidad conmigo, Isabel, dijo, me parece infundada.

—No, querido de mi corazon: no soy bastante severa. Tú eres un niño y no puedes comprender toda la enormidad de tu falta. Eres rey, Alfonso; al menos como tal te miran. Y eres cristiano: ¿concibes ahora los deberes que te imponen estos dos títulos para con el mundo y para con Dios? Como rey cristiano ocupas por deber el primer lugar entre los bienhechores de los hombres, tienes la prerogativa de protejer al débil contra el fuerte, y-piénsalo bien, Alfonso,-la mayor culpa de ese infeliz condenado á muerte, es la de haber usado de esa prerogativa contra tí, que hollabas los sagrados fueros del pudor. Tu falta, en otro hombre, sería una lijereza digna de castigo: en tí es la inversion completa del órden moral.-El vicio y la virtud tienen un poder superior á todas las potestades humanas: no hay grandeza que el primero no degrade y abata; no hay condicion humilde que la segunda no eleve á un grado menos que la divinidad.

—Isabel, no te niego que he obrado mal; pero..... el atentado cometido contra mí.....

—Ese atentado es obra tuya, porque todo crímen es obra de quien lo provoca, y el mal se vuelve siempre contra su autor, como la víbora contra el nécio que la abriga en su seno. Eso es lo que mas me aflije, Alfonso mio: si Dios no hubiese tenido misericordia de tí en esta ocasion, serias á un tiempo víctima y sacrificador de tí mismo. No habrias merecido de los hombres mas que una mirada de desprecio, y lo que es mas terrible la condenacion del supremo Juez.-Yo te hablo como hermana, con la tierna efusion del amor mas profundo, y por eso te digo la verdad; porque te amo, porque quiero verte grande y digno de tu clase.

—Si, tienes razon, te creo. Pero qué puedo hacer ya? Esto no tiene remedio.

—Debes evitar que caiga sobre tu cabeza la sangre de un hombre, á quien solo tu aturdimiento hace culpable, porque

Dios te pediria estrecha cuenta de ella. ¿No ves su justa cólera en el rayo que centellea bramando sobre nosotros?

—Y habré de echar la culpa sobre mí?

—No, Alfonso: no es eso lo que deseo. Pero acaso, ¿no puedes perdonar?

—No, Isabel: ese hombre es vasallo de D. Juan Pacheco.

—Y D. Juan Pacheco, ¿de quién es vasallo?-De nadie, me dirás: esta es la verdad. Pero ya que él te aclama rey, muéstrale que lo eres. No empieces tu reinado sometiéndote á ese capricho, porque acabarás como tu hermano.

—Crees que D. Juan pretenda subyugarme?

—Cándido jóven, repuso amargamente la infanta. Guárdate del que se llama tu amigo, y te conduce al vicio. Ese quiere tu perdicion.

El príncipe bajó la cabeza aterrado ante la penetracion de su hermana.

—Isabel, dijo por último, quiero guiarme por tus consejos.

—Esta bien: sígueme.

Y dirijiéndose la infanta á los caballeros, dijo en voz alta:

—Señores, el rey perdona al delincuente.

—Cómo! esclamó D. Juan Pacheco. Dispensadme, señor, añadió hablando al príncipe. Yo solo tengo aquí derecho de vida y muerte sobre ese hombre. Yo lo he condenado, y nadie mas puede hacerle gracia de la vida.

Y bien, D. Juan, repuso la infanta; el rey quiere que ese hombre viva. El rey ofendido le perdona; ¿os opondreis á su soberana voluntad, vos, su mas adicto vasallo?

D. Juan Pacheco temió que se hiciese notable su empeño en llevar á cabo la ejecucion de la condena fulminada contra Juan Lainez, y recobrando su aire meloso, contestó:

—No quiera Dios que yo me rebele contra mi señor: su voluntad es sagrada; pero tambien lo son mis prerogativas. Sin embargo, para conciliarlo todo, cedo al rey mi derecho de justicia, y la persona de mi vasallo.

Y llamando aparte á D. Alfonso, le habló rápidamente al oido, de esta suerte:

—Ved bien lo que resolveis: yo he condenado á ese malhechor, para evitar que divulgue vuestra aventura, y para castigar como es justo su enorme atentado.—Y añadió en voz mas alta, para que le oyesen todos:—Si un crímen tan horrendo quedase impune, vuestra persona seria el blanco de los ataques de cualquier hombre osado: la magestad real perderia todo su prestijio; ningun noble viviria seguro, no estándolo el monarca, y ese mismo criminal, alentado con la falta de castigo, pondrá mañana asechanzas á vuestra vida. Decidid, pues, lo que os plazca.

—Debe morir..... debe morir, murmuraron varias personas....

Todas las miradas se fijaron en el príncipe, que adelantándose hácia el reo, dijo con voz imponente:

—*No permita Dios que yo cometa una injusticia.* Ese hombre no merece el rigor de la muerte, y yo le tomo bajo mi real amparo.

—Soltadle! esclamó la infanta.—Juan Lainez, seguidme.

Don Juan Pacheco se mordió la lengua, sonriéndose alegremente.

—Que me place, dijo: la voluntad del príncipe es la mia.

En este momento se oyó la campana del alcázar de Segovia, que tocaba á rebato.

—Maldicion de Dios! pensó el viejo maestre, al oir aquel toque alarmante. Tambien eso ha venido demasiado pronto!—Y esclamó en seguida:—Alarma! señores, alarma en la ciudad!

—Corramos!—Qué puede ser esto? A Segovia! A Segovia! gritaron todos, disponiéndose á partir.

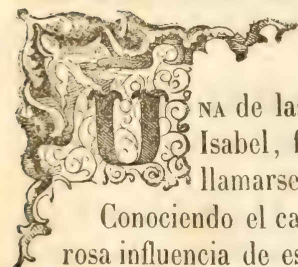
Pocos momentos despues la gran cabalgata galopeaba hácia la ciudad, donde multitud de campanas llenaban el aire de sonidos pavorosos.—Era media noche: la tempestad huia impelida por el viento del Norte, y la luna, que entraba en su cuarto menguante, aparecia entre celajes en el oriente.



CAPÍTULO XIV.



De como D. Juan Pacheco tiraba la piedra y escondia la mano.



UNA de las virtudes en que mas sobresalió doña Isabel, fué la prudencia, si solo virtud merece llamarse el lazo que las une á todas.

Conociendo el carácter de D. Juan Pacheco, y la poderosa influencia de este magnate, la infanta, despues de haberle obligado á rendir un homenaje tácito á la superior autoridad de D. Alfonso, cumpliendo á la vez con un sentimiento de justicia, procuró aplacarle, distrayendo su atencion del motivo mas poderoso que habia tenido para salvar la vida de Juan Lainez. Mostrósele agradecida, como si de él solo hubiese recibido el favor que debia únicamente á su entereza y talento, y evitó darse por entendida de todos los antecedentes que precediéran al encuentro de aquel jóven con el príncipe.

A la verdad, la infanta solo habia llegado á comprender que su hermano habia sido precipitado á cometer un acto impuro por la condescendencia ó la intencion dañada del antiguo cortesano, pero no que éste hubiese querido conducirle á la muerte.

La aventura de la casa rústica, era en su concepto resultado de la casualidad y del amor secreto de Juan Lainez. Asi que al dar las gracias al maestre por haber accedido á sus deseos, únicamente le dijo, que su interés por aquel, procedia de haberle pedido la merced de velar por su Isidora, á quien ella conocia y deseaba protejer. Díjole asi mismo, que esperaba de su mucha caridad le ayudaría en este generoso propósito, dotando á la doncella, y casándola bajo sus auspicios con su amante, para desde luego alejarles de la córte, y evitar los inconvenientes de la fogosidad del príncipe, fogosidad, añadió la prudentísima señora en voz baja, que pudiera haberle costado la vida.

Con esto quedó burlada la astucia suma del maestre, pues aunque conocia y apreciaba el gran talento de la infanta, no pudo sospechar siquiera que le creyese culpable de connivencia en la aventura galante del príncipe. No de otro modo podia interpretarse aquella candidéz de niña con que le hacia en cierto modo confidente de sus sentimientos y temores, y como por otra parte le ofrecia la ocasion de proseguir su comedia, si bien dándole un desenlace diferente del que él le habia preparado, aceptó al momento la proposicion de ayudar á protejer á Isidora.

Sin embargo, la ira y el despecho hervian entre tanto en el corazon del maestre, pues veia malogrado su plan, y aun recelaba que D. Alfonso hubiese conocido sus intenciones. Si antes habia podido meditar friamente una intriga tortuosa, ahora no pensaba ya en escojer los medios que pudieran conducirle á su fin siniestro. La muerte del jóven príncipe estaba decretada, y era preciso no demorarla, con tanta mas razon, cuanto que el golpe habia faltado, precisamente en el momento crítico de llegar á Segovia la nueva de haberse entregado Toledo al rey Enrique.

No era otro el motivo de la alarma dada por la campana del alcázar, y repetida por las cien bocas de bronce de las iglesias de la ciudad. Un aviso llegado á las doce de la noche, y mientras el príncipe y sus nobles se divertian fuera de los muros de aquella, habia hecho concebir el temor de una sorpresa, y pues

lo en conmocion á los guerreros y soldados que guarnecian la plaza.

Esta conmocion tenia un doble fundamento. A la vez que se recibia la noticia de la entrega de Toledo, circulaba el rumor de que el rey D. Alfonso habia sido asesinado, rumor cuyo orígen era un misterio para todos. Asi es que, al entrar en Segovia el príncipe sano y salvo, los habitantes en masa le recibieron con vítores y aclamaciones de júbilo.

Como era natural, casi toda la noche se pasó en consejos y preparativos de guerra, y mientras los nobles discutian lo que era necesario hacer, el pueblo bullia impaciente en las calles y plazas. De comun acuerdo se resolvió salir á campaña, siguiendo el parecer de D. Juan Pacheco, el cual despues de haber influido de este modo en el consejo, se retiró á su casa pretestando una indisposicion, y decidido interiormente á dejar obrar á los demas. Pero luego que estuvo á solas en su gabinete reservado, léjos de entregarse al descanso, tomó papel, y escribió:

«Número uno.–La red estaba bien tendida; pero los cazadores tiraron demasiado pronto de los cabos, y el halcon se escapó. Dentro de dos dias pasará por ahí: disponedle un cebo que le asegure de una vez. Yo, entre tanto, no descuido la caza, porque urge mucho hacer que caiga el pájaro, sea como quiera. Os saludo.–Número mil.»

A pesar de ser tan insignificante esta carta, y de estar escrita en unos términos tan oscuros, que nada podian revelar, D. Juan Pacheco habia dejado claros entre palabra y palabra, y los llenó luego con sílabas inconecsas, que hacian del todo una mescolanza indescifrable. Al mismo tiempo habia disfrazado la letra de tal modo, que ninguna persona acostumbrada á ver sus escritos, la habria reconocido por suya.

Hecho esto, cerró la carta, sellándola con un anillo particular, en que habia grabada una estrella, y vacilando algunos momentos antes de resolver lo que debia hacer con ella, concluyó por guardarla en su escarcela, murmurando:

—Despacio.... despacio.

En seguida dió un golpe en el timbre de acero, á cuyo sonido apareció Briando en el dintel de la puerta.

El rostro grotescamente jovial del ayuda de cámara, espresaba en este momento un sombrío recelo.

—Acércate, mala pieza, le dijo el maestre sonriéndose como siempre. Te debo cien palos y un collar, y he de pagártelos en la primera ocasion que desobedezcas mis órdenes.

—Señor, contestó Briando; perdono el collar por los cien palos, pero si he faltado á vueseñoría, estoy pronto á recibir lo que se digne darme.

—Creo que te daré ambas cosas, pero por mano de mi administrador Fernandito Alturas; porque estoy muy contento de tí.

—Señor, lo que ha pasado esta noche, no es culpa mia: yo os juro por Dios y Santa María, que he procurado serviros bien. Solo que á veces las cosas se tuercen y....

—No te hablo de eso, repuso el maestre para distraer la atencion de Briando. Esta noche no has cometido mas falta que la de no hacer cumplir mi justicia, pero al cabo me alegro de eso, porque Juan Lainez es un buen muchacho. Demasiado sabes que tienes merecida la cuerda mucho tiempo ha, y yo no te hablo de lo de ahora.-Pero, á propósito: ¿qué diablos ha sido lo que ha pasado?

Briando contó á su señor, como habiéndose apostado cerca de la cabaña del parque, para guardar al príncipe, oyó ruido de lucha dentro de ella, y las voces de Úrsula que pedia socorro, con cuyo motivo no pudo menos de acudir y sorprender á Juan Lainez.

—Bien hecho, muy bien hecho, dijo el maestre: tu obligacion era esa; pero debiste haber muerto en el acto al pícaro asesino; pues aunque yo le aprecio amo mas al príncipe, y te habria agradecido mejor un esceso de celo que no la lentitud con que despues has cumplido mis órdenes. En fin, Briando, te perdono por esta vez; pero abre el ojo. Ea! desnúdame, que me quiero acostar.... Estoy enfermo: ¿lo entiendes? muy enfermo. Luego

que amanezca haz que venga á verme nuestro astrólogo: no me fio de ningun médico tanto como de él.

—Sereis servido, señor, y si quereis que le busque ahora mismo....

—No: déjalo para mañana temprano, replicó el maestre.

Y mientras Briando le desnuba, le preguntó:

—Qué motivo tuvo la infanta para interceder por Juan Lainez....?

—Yo, señor, no pude oir todo lo que hablaron; pero me pareció que la infanta le conocia de antes.

—Ah! Con que hablaron mucho? Y eres tan torpe que ni siquiera pudiste traducir sus jestos? Veo, maese Piel-del-Diablo, que te vas inutilizando para mi servicio.

—Señor, solo pude observar que Juan nombraba muchas veces á una tal Isidora, que vos sabreis quien es, y que contaba una larga historia, en que se hablaba de vos, del príncipe y no sé de quien mas.

—Con que se hablaba de mí? Ya comprendo: esa Isidora es una chica á quien yo protejo, y á quien pienso dotar decentemente. Tambien tú la conoces; no es otra que tu bella prisionera.

—Ya!

—Qué quiere decir ese ya?

—Que ya caigo en la cuenta.

—Está bien; puedes retirarte.

Apenas quedó solo D. Juan Pacheco, sacó de su escarcela la carta que habia escrito y la metió debajo de la almohada, murmurando:

—Esto es. Consultemos con la almohada, que diz que es muy buena consejera.-Maldito lance! A estas horas contaba yo con un trastorno espantoso. Si mis cálculos no hubiesen salido fallidos por la inoportuna ecsactitud de Piel-del-Diablo, Segovia presentaria en estos momentos un soberbio espectáculo. El cadáver de Alfonsito seria paseado por las calles de la ciudad: no ha-

brian faltado medios á mi fecunda invectiva para hacer que recayese la culpa de su muerte sobre mi querido Enrique y sobre su desenvuelta mujer: los lamentos, imprecaciones y gritos de venganza poblarian el aire; y entre tanto los magnates, reunidos en consejo, adjudicarian la corona á Isabelita, y al rayar el alba se veria un soberbio cadalso levantado en la plaza del alcázar ó en el campo, y esa hermosa niña seria proclamada reina de Castilla. Oh! Pícara suerte! Me arrebatas la jugada mas bonita en que yo tenia puestas todas mis ilusiones. Pero qué se ha de hacer? paciencia y barajar....-Isabelita, Isabelita.... Esa muchacha es muy sagaz. ¿Qué le habrá dicho á su hermano para que éste se haya resistido á mi voluntad? Ello es que con su maña me ha vencido. No, pues yo le juro que no le han de valer mañas. Yo la haré reina.... reina de motin: yo asociaré á mis planes contra ella todo el ódio de los enriquistas. Esto no puede faltar; porque asi acudirán mas fácilmente las moscas á la miel. Oh! cuando la hagamos princesa, los pretendientes se disputarán su mano con mas calor que hasta hoy.

Dicho esto, el maestre fué cerrando los párpados, y aun despues de dormido, se sonreia con una espresion diabólica, y sus lábios se movian, produciendo un débil murmullo.

Al abrir los ojos por la mañana, vió delante de sí al astrólogo, que acababa de entrar.

Abacuc era un hombre de cuarenta años, mediano de cuerpo, pero de arrogante presencia: tenia la barba poblada y negra, el color del rostro moreno pálido, y los ojos grandes y fogosos. Su traje denunciaba su espíritu rebelde, pues léjos de ser humilde como prevenian las ordenanzas reales, consistia en un magnífico ropon casi talar de tela de seda gruesa y floreada, ceñido con un cinturon de terciopelo bordado de oro, cuyas labores representaban los signos del zodíaco: usaba botas de piel anteada fina, y su toca ó turbante se componia de los mas vistosos y delicados tejidos de Oriente.

—Me habeis llamado, dijo Abacuc. ¿Para qué me quereis?

—Ah! Sois vos, mi buen amigo? esclamó el maestre frotándose los ojos.-Bien venido seais. Tomad asiento.

Abacuc acercó un sitial, y se sentó, apoyando el codo en la cabecera del maestre.

—Mal estamos, amigo, dijo este último: nuestra siembra no ha producido mas que la mitad del fruto. Yo no he tenido en cuenta vuestra ciencia en esta ocasion, y sin duda alguna la constelacion reinante no me era favorable.

—A pesar de eso, yo no he dejado de consultar los astros, y he visto por su aspecto séstuple y por la preponderancia de Venus sobre Mercurio, juntamente con la ausencia de la luna en la conjuncion de los ángulos del problema, que los amores debian sobreponerse á todo, y ser afortunados, sin peligro de muertes ni desastres; de lo cual inferí que saldria fallido vuestro proyecto, si bien no corríais el menor riesgo.

—Y esto es lo que ha sucedido cabalmente. Voy creyendo en vuestra ciencia, por mas que á ello se resista mi rebelde entendimiento. Y decidme: ¿Dominará mucho tiempo ese aspecto de los astros?

—No puede durar lo que constantemente varía; pero no os aconsejo que continueis empleando por ahora los medios consabidos. Además, el sol entrará muy pronto en la casa octava, y es necesario aprovechar su influencia.

—Esa casa octava es.....

—La del espanto y de la muerte.

—Ya estaba yo,-y eso que no soy astrologo,- en que es menester no dormirse en las pajas; porque de lo contrario, habremos hecho el caldo gordo á mi amigo Enrique, sin sacar provecho ninguno. Pero, veamos: ¿sabeis lo que se prepara en estos momentos? Alfonso debe salir á campaña contra su hermano, mañana ó pasado á mas tardar.

—Lo supongo.

—Y bien, si viniesen á las manos durante esa influencia planetaria....

—Podria ser funesta lo mismo al uno que al otro indistintamente.

—Es decir que no se puede prever el resultado? En ese caso no debemos confiar en los astros: lo mejor será que vos cuideis del asunto.

—Yo!

—Por qué no? Nuestra hermandad nos impone la obligacion de ayudarnos unos á otros.

—Convengo en ello; pero debiérais haberme avisado con tiempo. Despues del novilunio habrá grandes mortandades: la peste negra hará estragos: y en ese período no seria difícil salir del paso. Pero esto durará pocos dias y necesito prepararme.

—Bien está: componeos como podais. A otra cosa. ¿Qué noticias os dió anoche nuestra amiga Azhuma?

—¿Pues qué ignorais lo que puede haberme dicho?

—Claro es que lo ignoro, cuando os lo pregunto.

Abacuc meneó la cabeza con aire de incredulidad, y repuso:

—Yo creia que vuestro hijo estaria bien informado, y no tendria secretos para vos.

—El marqués la ha visto y hablado?

—Seguramente.

—Pues bien, informadme de todo, porque no desconoceis que conviene. Don Diego nada me ha dicho, y por el santo bautismo que recibí, que esto no me agrada. Esplicaos pronto.

Hablando asi el maestre se habia incorporado, apoyando los codos en la cama, y dejando traslucir un lijero destello de cólera. El astrólogo contestó:

—Azhuma tambien me ha callado su entrevista con el marqués, vuestro hijo, y esto me hace dudar de la fidelidad de entrambos.

—Id despacio, Abacuc: id despacio en vuestras dudas. El marqués ha dado pruebas de fortaleza y de fidelidad que no todos resistirian. Lo que haya en eso yo lo averiguaré; descuidad: mas para ello necesito estar enterado de los secretos de Azhuma.

—Esos secretos son muy importantes. No pasa dia en que la infanta no hable de D. Fernando, complaciéndose en oir relatar sus hazañas y proezas. El viejo contador D. Gonzalo Chacon y su amigo Alonso de Coca, son quienes mas la alucinan, refiriéndola tales aventuras del doncel, que no hicieran mas los famosos caballeros de la Tabla Redonda, ni el mismo Cid Campeador, si volviesen al mundo. Con estas cosas la chica pierde el seso, deja volar su imajinacion juvenil por rejiones incomprensibles, y llega hasta soñar que algun dia será ella el lazo poderoso que una las voluntades de los soberanos de Castilla y Aragon, y el freno que reprima las ambiciones miserables y los desmanes de la nobleza dejenerada.

—Hola! hola! Eso pica en historia. Con que la niña tiene ya aspiraciones á dominarnos? Eso no es del todo malo. La nobleza dejenerada! Me ha gustado la espresion. ¿A ver la picaruela? Siempre he dicho que esa muchacha penetra mas de lo que conviene. Sin embargo, amigo Albacuc, dejadla que sueñe: ó lo que es mejor, procurad que alguien escite su fantasia por ese lado. Qué diablo! Asi no será difícil hacerla entrar en deseos de reinar, si es que ya no los tiene. Oh! me divertiria mucho verla luchar con esos titanes, mil veces mas temibles que los de la fábula, que se llaman nobles.

—Pues tened por seguro que, si se viese en posicion de luchar, lucharia.

—Bien, bien: nosotros la pondremos en esa posicion. Continuad.

—Sus consejeros habituales no se limitan ya á despertar su entusiasmo y á inclinar sus simpatías hácia el príncipe de Aragon, sino que comienzan á ponerla en correspondencia frecuente con el almirante D. Fadrique y con vuestro tio Carrillo, los cuales, como sabeis, están confabulados para realizar el enlace de los dos jóvenes. El almirante se limita á dar noticias de su nieto: el arzobispo, valiéndose de la influencia que le dá su carácter sagrado, hace cuanto puede para presentar al príncipe como el único ser digno por sus virtudes de unirse á una infan-

ta de las prendas de doña Isabel. Por último, para que la fascinacion sea completa, D. Fernando acaba de ser proclamado rey de Sicilia, y esta circunstancia imprevista ha hecho que la infanta considere su enlace con él como una predestinacion; porque Azhuma, queriendo infundirla ideas de ambicion antes de conocer nuestros proyectos, la predijo que seria reina, y señaló una isla como el lugar de su reino.

—Cuando pasó eso?

—El dia que Azhuma se presentó por primera vez á la infanta, conducida por Pedro de Peralta.

—Me parece que la proclamacion de D. Fernando para rey de Sicilia estaba ya prevista. Si no necesitásemos del auxilio de Azhuma, fácil cosa sería desvanecer las ilusiones de la infanta. Pero esto no es posible.–Sin embargo, hay otros medios para derribar al ídolo de su pedestal. Nuestro amigo Abiabar debe de tener parientes en Aragon, si no estoy trascordado.

—Si, tiene allí á su primo Abiabar el astrólogo, médico del rey D. Juan.

—Pues bien: ¿faltará una jóven hermosa y complaciente que cautive la atencion de D. Fernando? ¿No tendrá el astrólogo algun filtro para hacer que el príncipe se enamore y pierda el prestijio de la virtud á los ojos de la infanta?

—No es difícil encontrar un específico para inflamar el corazon de un jóven de diez y seis años, y para hacer amable á un príncipe á los ojos de cualquiera mujer.

—Es muy cierto. Haced, pues, que nuestro amigo Abiabar se ocupe de eso, y no dudeis que habremos triunfado, porque doña Isabel no es mujer que por celos se apasione, mucho menos de un hombre á quien solo conoce de fama. Pero, entre tanto, no descuidemos los demas negocios.

—Cuando decís que parte el príncipe?

—Mañana ó pasado á mas tardar.

—Qué ruta lleva?

—De aquí saldrá para reunirse al grueso de la gente que hay en Arévalo: de Arévalo marchará en seguida en direccion

de Ávila. En el camino de esta ciudad hará muchas paradas, con el objeto de aguardar á los amigos y auxiliares que deben agregarse al ejército. De Ávila pasará á Toledo sin detencion.

—Está bien, D. Juan. Me retiro, y os prometo que sereis servido.

—Esperad: no os he dicho que estoy enfermo: necesito vuestros auxilios y un reposo imperturbable. Hasta que vos me aviseis, no debo moverme del lecho.

—A ver? Y qué mal padeceis?

—Dad vos á mi dolencia el nombre que se os antoje, con tal que esto me prive de salir de casa por espacio de unos cuantos dias.

—Ah! ya. En ese caso padeceis una fiebre catarral, que á vuestra edad puede convertirse en una enfermedad aguda, si no se os cuida con esmero. Esto no os impedirá tomar alguna parte en los negocios, no siendo muy activa, y con tal que guardeis cama.

—Estamos entendidos. Pero no dejeis de asistirme, al menos hasta que parta D. Alfonso. Dad aviso de todo á nuestro amigo Abiabar, y asi no se perderá el tiempo.

Abacuc dejó preparada una droga inocente á D. Juan Pacheco, dió algunas instrucciones sobre el régimen que debia observar el supuesto enfermo, y previno muy particularmente que se le dejase descansar. Despues de esto salió del palacio de Villena y se encaminó hácia el alcázar. El maestre sacó la carta que tenia debajo de la almohada y la hizo menudos pedazos.

Las calles de la ciudad presentaban ese espectáculo de animacion que acompaña á las grandes conmociones políticas. En todas partes se veian grupos de gente ávida de saber noticias, tanto acerca de la entrega de Toledo á D. Enrique, como de la tentativa de asesinato contra D. Alfonso. Algunos murmuraban en voz baja, culpando de este hecho al marqués de Villena, nombre con el cual seguian llamando vulgarmente á D. Juan Pacheco, pero estas acusaciones que la voz del pueblo lanzaba instintivamente al antiguo favorito de Enrique IV, no podian ser

justificadas por nadie, aunque hallaban eco en todas las conciencias. Sin embargo, los mismos que asi pensaban, tenian que rebelarse contra sus propios sentimientos, al considerar la adhesion que aquel magnate ostentaba á la persona del príncipe, y la entereza con que, segun era ya público, habia querido castigar el atentado.

Esta circunstancia hacía que el pueblo se perdiese en conjeturas, pues nadie acertaba á comprender como la infanta pudo interceder en favor del asesino de su hermano; pero tal era la idea que ya se tenia de la virtud de doña Isabel, que léjos de sospechar una maldad en ella, todos inferian de su estraña conducta que el culpable reconocido era inocente, ó cuando mas un instrumento ciego de otra persona. Y de este modo, girando las sospechas, volvian á recaer sobre D. Juan Pacheco.

Abacuc se enteró de todo, y en vez de contradecir los juicios de la multitud, los confirmó con su silencio y sus sonrisas. Como era hombre que gozaba reputacion de influyente en el ánimo de muchos personajes de la primera nobleza, y se le suponia enterado en las intrigas de la córte, varios curiosos se le acercaron, esperando obtener de él revelaciones de alguna especie. Ninguno le descubria claramente lo que pensaba, pero repitiendo las noticias que circulaban de boca en boca, se emitian dudas que provocaban una contestacion. Abacuc decia á todo:–Es muy estraño.–Con efecto, no se sabe que pensar de esa misteriosa ocurrencia.–Es muy probable que la infanta doña Isabel haya sido enterada de alguna secreta intriga, cuando ha obrado de este modo; pues la infanta es virtuosa y justa.

Y acompañando estas contestaciones con risitas maliciosas que en ciertas ocasiones equivalen á una corroboracion de una sospecha, llegó á infundir en los ánimos el convencimiento de que D. Juan Pacheco era quien habia puesto asechanzas á la vida de D. Alfonso.–El lector sabe ya la siniestra intencion con que los gefes de la Perpétua Noche obraban respecto al maestre de Santiago, á quien odiaban tanto como á cualquier otro magnate cristiano, y cuya índole perversa y ambiciosa esplotaban sin mira-

miento alguno á su persona. Por esto no se estrañará que Abacuc hiciese recaer el ódio público sobre aquel que pocos momentos antes le llamaba su buen amigo, y que contribuia mas que nadie á mantener su fausto y vida opulenta.

Al llegar á las puertas del régio alcázar, Abacuc se encontró con un eclesiástico de noble aspecto y nimiamente pulcro, cuya frente despejada y cabellos canos, denunciaban al hombre de sérios estudios: su edad aparecia ser de unos cuarenta y cinco años poco mas ó menos, y su traje negro tenia mas semejanza con el de un cortesano que con el de su respectiva clase. Al verle el astrólogo, le hizo un profundo saludo, al cual correspondió el clérigo con otro muy afable y cortés.

—Celebro infinito ver al elegante cronista de nuestro señor rey D. Alfonso, dijo el astrólogo.

—Tambien yo me alegro de encontrar al sábio astrólogo del marqués de Villena, contestó el cronista.

—¿En qué puede servir mi humilde persona al señor Alonso de Palencia?

—Tal vez podais serme muy útil para el esclarecimiento de un hecho que deseo apuntar en mis *Décadas.*

—Si se trata de lo que ya presumo, me parece que sacaréis poco en claro de mis noticias; porque precisamente confiaba yo en vos para que desvaneciéseis mis dudas. ¿Queréis hablarme del suceso de anoche?

—No: ese acontecimiento es insignificante, y en cierto modo atañe á la vida privada del rey. Tal vez mas adelante convendrá mencionarlo, mas por ahora creo prudente relegarlo al olvido. Seguidme, pues, si no lo llevais á mal, y hablarémos despacio.

Alonso de Palencia condujo al astrólogo á una habitacion del alcázar, donde tenia su estudio. Hízole tomar asiento cerca de sí, y le dijo:

—Ya os he manifestado mi opinion, respecto al acontecimiento de anoche: lo considero de ningun valor político. Sin embargo, los que profesan vuestra ciencia, no desdeñan nada de cuanto se refiere al dominio de los hechos: vosotros creeis que

todo, hasta lo mas trivial, tiene trabazon y enlace en este mundo, y en esto fundais vuestra teoría de la adivinacion. Lo que yo deseo saber, pertenece mas bien al porvenir que al pasado, y por eso recurro á vos, ya que una feliz casualidad ha hecho que nos encontremos.

Abacuc no podia palidecer, pero un lijero tinte lívido matizó sus mejillas: temió que se le hubiese tendido un lazo, y preparándose á eludir toda pregunta que pudiese comprometerle, contestó:

—Sabeis que estoy siempre dispuesto á serviros con mi escasa ciencia. Mas para formar un cálculo sobre un hecho, es necesario antes conocer este á fondo.

—No, en el caso presente no será necesario: escuchad el problema que deseo ver resuelto:-Un criado de un grande de Castilla, ha intentado matar al rey: ese criado es inocente, porque ignoraba contra quien armaba su mano, y solo creia defender á su amada de los insultos de un particular. ¿Qué influencia puede ejercer el grande de Castilla en el porvenir del rey? O en otros términos: ¿Será de bueno ó mal agüero ese acontecimiento en las futuras relaciones del rey con el grande?

Abacuc conoció la suspicacia de Alonso de Palencia al hacerle esta pregunta, y repuso:

—Difícil es resolver ese problema, señor cronista, si bien la circunstancia de intervenir cuatro personas en el hecho prévio, induce á presagiar funestas consecuencias. Pero, como conoceréis muy bien, sin consultar los astros, no es posible determinar el curso fatal de los acontecimientos.

—Sin embargo, vuestro oficio es el de consultar continuamente las estrellas, y no podeis ignorar su aspecto actual.

—Es cierto; pero no es dado á nadie hacer aplicaciones generales, cuando el problema se concreta á personas determinadas.

—Permitidme una observacion, replicó el cronista, con ánimo de estrechar al astrólogo en sus trincheras. Yo me contentaria con que resolviéseis mis dudas bajo el aspecto general,

porque no se os oculta que se puede prescindir de las personas, cuando se trata de un asunto que tiene relacion con la suerte del reino. En este concepto bien pudiérais decirme si vuestra ciencia presajia fortuna ó adversidad al rey en sus relaciones con el gefe de la liga.

—Mi dictámen seria que el rey se abstuviese por algun tiempo del trato íntimo con su leal amigo, hasta tanto que varie la combinacion actual de las constelaciones.

—Segun eso, os parece que el maestre de Santiago ha ejercido alguna influencia en el acontecimiento de anoche? No es verdad?

—Si hablais de influencia voluntaria, no lo sé; pero si os referís á la que origina el contacto de dos séres dependientes de constelaciones adversas, bien puede ser.

—Hace ya mucho rato que os estais burlando de mí, señor astrólogo, y os advierto que no me dejo burlar, ni creo en ninguna de las patrañas de vuestra supuesta ciencia: guardad eso para los príncipes y grandes, que son gente de anchas tragaderas, y habladme como á hombre científico, que tambien soy. Vuestro amo D. Juan Pacheco, está vendido á los intereses del rey Enrique.

—Mi amo, como vos decís, no tiene confianza en nadie, y mucho menos en mí, para revelar secretos de esa naturaleza, señor cronista. Por lo demás, asi como vos negais mi ciencia, puedo yo dejar de creer en la que os inspira esa sospecha.

—Luego no creeis que sea verdad lo que he dicho?

—No lo creo.

—Sin embargo, yo os prometo que el rey seguirá vuestro consejo: se abstendrá por algun tiempo de tratar con su buen amigo.

—Eso será obrar con prudencia. Mas decidme: si á pesar de tanta cautela sucediese al rey alguna desgracia casual, ¿qué escribiríais en vuestras Décadas?

—Escribiré que D. Juan Pacheco ha sido el autor de la tal desgracia, como lo es de otras muchas; y acaso, si las circuns-

tancias lo permiten, pondré una nota haciendo mencion honorífica de vos.

—Oh? No querrá el Dios de Israel que mi nombre sea inmortalizado por vuestra pluma.

—Eso dependerá de vuestras acciones. Como sabeis, yo soy el juez imparcial de la edad presente, y doy á cada cual su merecido, para que le sirva de galardon ó castigo en los tiempos venideros.

—Haceis muy bien, si juzgais imparcialmente las acciones. Mas me parece que en esta ocasion no teneis motivo....

—Esta mañana muy temprano habeis visitado al maestre, y despues de lo que pasó anoche es sospechosa esa visita.

—No tiene nada de particular. D. Juan está enfermo, y yo soy su médico.

—Ah! Siendo así, no haré mencion de vos en mis Décadas, pues yo no me ocupo de la vida privada.

Esta conversacion produjo un efecto contrario al que se habia propuesto el buen Alonso de Palencia. Las sospechas que éste abrigaba de que se intentaba asesinar al príncipe, le habian aconsejado la idea de intimidar á D. Juan Pacheco por medio de su confidente Abacuc; pero el astrólogo, léjos de comunicar al maestre los recelos que contra él se tenian, lo cual seguramente le habria hecho retroceder en sus proyectos, aprovechó esta revelacion para obrar por sí mismo resueltamente y con mejor reserva. Su ida al alcázar tenia por objeto buscar á un judío converso, que servia en la cocina del príncipe, á fin de sobornarle, para que le ayudase á llevar á cabo su criminal intento: pero enterado de las sospechas del cronista, renunció á este medio, que podia comprometerle, y salió del palacio, caviloso, aunque decidido á realizar el atentado que meditaba.

Mientras esto sucedia, la infanta doña Isabel conspiraba tambien por su parte, pero en sentido muy diverso. Desde muy temprano habia hecho que el príncipe pasase á su estancia, donde sostenia con él una disputa que, desgraciadamente, no debia ser coronada por el buen écsito como la de la noche anterior.

—Alfonso, decia doña Isabel, terminando ya su conversacion. ¿Estás resuelto á partir contra tu hermano?

—Estoy resuelto á castigar la rebeldía de Toledo, hermana; esa ciudad me habia jurado fidelidad, y si yo dejase sin castigo su falta de fé, mañana me veria solo, abandonado de todos mis amigos, y sin esperanzas ningunas de mandar en el reino de nuestros padres. Mi resolucion está de acuerdo esta vez con la voluntad de mis nobles: yo he sido proclamado rey de Castilla, y debo hacerme acatar al menos de los que me han prestado homenaje.

—Tienes razon. Pero qué necesidad habia de nada de esto?

—Y es mia la culpa de lo que sucede? Lo hecho, hecho está, y es forzoso seguir sus consecuencias, si no queremos que ellas nos arrastren en su curso natural.

—Has dicho bien, Alfonso; y por Dios te ruego que no olvides esa terrible verdad. Antes de hacer una cosa, medítala bien, porque no es ella en sí lo que se debe temer, sino sus consecuencias fatales. Ahora mismo, la fuerza incontrastable de los hechos te supone el deber de reprimir la rebeldía de Toledo; pero esa misma fuerza te conduce á luchar frente á frente con tu hermano y mio. Solo Dios sabe cual será el écsito de esta guerra fratricida, que de ningun modo puede acabar en bien.—Si una fatalidad provocada por los enemigos de nuestro reposo te arrojase á morir á las manos de Enrique ó á ser su matador, ¿cuál de los dos no mereceria mis lágrimas? ¿Cuál de los dos podria vivir sin llevar consigo la maldicion del Altísimo, y el tormento de la conciencia? ¿Qué triunfo alcanzaria el que se levantase sobre el cadáver de su hermano, abrumado como Cain bajo el peso de la reprobacion eterna? Piénsalo bien, Alfonso: no vas á castigar á Toledo, sino á pelear contra tu hermano.

—Y cómo quieres que me oponga á las decisiones de mis grandes? No conoces que desertarian de mis banderas, y el trono de nuestros mayores seria ocupado por la Beltraneja? Léjos de aconsejarme que retroceda, deberias unirte francamente á mi causa, pues no ignoras el derecho que me asiste.

—No, Alfonso; mientras viva nuestro hermano, nadie tiene

derecho á llamarse rey. Cuando él muera, entonces podrás llamar justa tu causa.

Este modo ríjido de entender la justicia no agradó á D. Alfonso, cuyo principal ó único defecto era una ambicion prematuramente desarrollada por las instigaciones de sus inmediatos consejeros.

—Asi será, Isabel, dijo: pero ya no es posible retroceder. Lo mismo hizo Enrique con nuestro padre, y no por eso ha dejado de reinar.

—Es verdad. Tambien él fué rebelde, tambien hizo verter sangre, peleando por ceñirse la corona antes de tiempo, pero en Olmedo se encontraron sus huestes y las de su padre; en Olmedo ha sido derrotado despues por las armas de su hermano, y héle ahí como anda perseguido por la maldicion de Dios. ¿No te aterra su ejemplo? No temes el castigo de esa mano invisible que no amaga cuando ha herido? ¡Ay, Alfonso, Dios tenga misericordia de tí!

Oyóse fuera de la estancia el ruido de las armaduras de varios caballeros que venian en busca del príncipe.

—Adios, Isabel! Adios! dijo D. Alfonso. Ya vienen á buscarme. No es posible retroceder sin mengua.

—Adios! hermano mio, contestó la infanta. Sigue el rumbo que te marca tu estraña suerte; pero no olvides que Dios te mira.

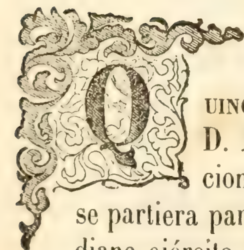




CAPÍTULO XV.



De una trucha que dieron á comer al príncipe D. Alfonso.



QUINCE dias eran pasados desde que el príncipe D. Alfonso tuvo con su hermana la conversacion que acabamos de referir, y hacia doce que se partiera para Toledo, llevando en su compañía un mediano ejército, que debia ser reforzado en Arévalo, y durante su marcha hasta la ciudad de Ávila.

En estos dias la infanta doña Isabel no habia cesado de elevar al cielo sus fervientes plegarias, rogando á Dios que sus dos hermanos no llegasen á encontrarse.

Don Juan Pacheco habia permanecido en Segovia, con pretesto de su enfermedad; pero pronto se restableció, y aunque no accedió á reunirse con el príncipe, procuraba compensar esta falta, obteniendo contínuas noticias de su salud. Para estar mejor informado, hizo salir en seguimiento del ejército á su médico favorito, el astrólogo Abacuc, de cuya asistencia se privó, para tener en él un corresponsal activo y celoso. Casi todos los dias llegaba un correo á Segovia, trayendo nuevas del ejército y en

particular de su jóven jefe, lo cual era un esceso estraordinario de actividad para aquellos tiempos, y demostraba el grande interés que se tomaba el maestre por las empresas de D. Alfonso y de los confederados.

Segun estas noticias, todo marchaba perfectamente. La entrega de Toledo habia sublevado los ánimos de los parciales del príncipe, que acudian de todas partes con armas, pertrechos y dinero en ayuda de su soberano. Ávila le esperaba puesta en masa sobre las armas, y hasta se sabia que en la misma ciudad imperial habia multitud de jente adicta á su causa, que solo esperaba su aparicion en las orillas del Tajo, para amotinarse contra el rey Enrique y espulsarle, abriendo las puertas á su rival.–Jamás habia sido tanta la ajitacion y efervescencia de los rebeldes: acusábase públicamente á D. Enrique de haber quebrantado su palabra y de atraer sobre el pais las calamidades de la guerra civil con su inconsiderada conducta: se le calificaba con los epítetos mas denigrantes, y se decia que era necesario apoderarse de su persona, destronarle, y convocar inmediatamente las córtes del reino para que aprobasen la aclamacion de Ávila, y reconociesen á D. Alfonso como único rey.

La llegada de cada correo á Segovia era un motivo de alboroto y de fiestas: D. Juan Pacheco hacia cundir las noticias por medio de sus amigos, y las campanas se convertian en intérpretes del general entusiasmo, atronando los oidos con frecuentes repiques.

En medio de esta ajitacion, doña Isabel, á quien no podia contajiar el feroz regocijo de los rebeldes, no habia dejado de pensar en sus amigos. Isidora y Juan Lainez se honraban con este título, que la benevolencia de la infanta otorgaba á todos los desgraciados.

La jóven huérfana sabia ya la desastrosa muerte de su madre, por su hermano Rodrigo, que sacado del monasterio de jerónimos por unos dias, habitaba con ella en el alcázar, y el cual le habia contado como él encontró la infanta en el camino de Madrid, y como le socorrió en el apurado trance en que se hallaba.

Para poner el colmo á los caritativos beneficios que doña Isabel habia derramado sobre estos infelices huérfanos, acababa de unir á Isidora y Juan por manos de su capellan Alonso de Coca, y haciendo que los apadrinasen sus leales amigos Andrés de Cabrera y Beatriz de Bobadilla, los cuales añadieron de su bolsillo un decente donativo al dote de tres mil ducados con que contribuyó jenerosamente don Juan Pacheco, cumpliendo su palabra empeñada.

La gratitud de estos jóvenes debia ser inmensa, pues tanto mayor era su fortuna presente, cuanto grandes habian sido sus anteriores desdichas, de las cuales veian desvanecidas unas y compensadas otras por el influjo benéfico de un ánjel en forma de mujer. Ellos habian perdido su reposo, y lo encontraban restablecido en un momento; habian quedado pobres sin hogar ni asilo, sin mas bienes ni recursos para vivir que el trabajo de sus manos, y de pronto se les restituia un caudal bastante para volver á sus hábitos laboriosos y de jente acomodada; carecian de familia, pero iban á crearla, y si lloraban á sus padres muertos en la flor de sus años, miraban en doña Isabel á una madre tierna, madre del corazon, á quien podian amar con el mismo respeto que inspiran los autores de la vida, administradores de la Providencia en la tierra: por ella esperaban ser felices despues de haber corrido espantosas borrascas, y teniendo todavía el corazon henchido de lágrimas, soñaban en un porvenir próspero y venturoso, como el labrador que divisa los colores májicos del iris en el oriente, cuando aun el trueno ruje y la tempestad que amenaza robarle sus esperanzas.

Doña Isabel daba treguas por un momento á sus penas é inquietudes, para entregarse á la dulce espansion del alma, que goza en el espectáculo sublime de los efectos de la caridad. Todo lo habia olvidado, porque las virtudes nos asoman á las puertas del cielo, y en el cielo no se conservan recuerdos de dolor. Sola en su cámara con su inseparable amiga Beatriz, dilataba su corazon, saboreando el placer de haber hecho bien, con una alegría de niña.

—Ya estais aquí, señora madrina, decia: os he visto cumplir vuestros deberes al pié del altar con la formalidad de una verdadera dama, y luego alejaros con los novios, á quienes supongo habreis dado un banquete de bodas.

—Pobrecillos! esclamó doña Beatriz: que felices serian si no les faltasen sus padres!

—Vamos que no se pueden quejar de la providencia de Dios. Pero, dime, Beatriz, ¿están muy contentos....? Yo lo ostoy tambien. A tí puedo decírtelo, mi querida amiga: he pasado toda la mañana en la mayor impaciencia, y al mismo tiempo llena de un celestial regocijo. No sé como he podido resistir al deseo de ir á verlos, deseo que en algunos momentos se ha hecho casi superior á mi voluntad y á las consideraciones que debo á mi clase. Yo he reido como una loca, he llorado acordándome de esos infelices, y pareciéndome que los ánjeles del cielo, portadores de sus bendiciones, venian unos en pos de otros á darme sus parabienes, en el momento de remontarse hasta el trono del Altísimo. ¿Comprendes tú, Beatriz, estos dulces deliquios del alma?

—Seria menester ser vos misma para comprenderlos, señora. Oh! bendígaos Dios, que os ha dado tan buen corazon!

—No hablemos de mí, Beatriz. Tú que sabes cuanto han padecido esos tristes huérfanos por la injusticia de los hombres, ¿crees que haya hecho yo por ellos mas de lo que debo? Ya ves, en mi pobreza ni siquiera he podido asegurar su fortuna; esta suerte estaba reservada á tí y á D. Juan Pacheco.

—Sin embargo, señora: ellos, en su agradecimiento, son mas justos que vos con vos misma. No hace mucho me decian con los ojos llenos de lágrimas, que su felicidad seria completa, si se les permitiese besar la mano á su bienhechora.

—Pues bien, oye, Beatriz: puesto que estamos solas, que vengan: esto no degrada mi dignidad.–Si, si, condúcelos aquí. Tal vez no los volveré á ver, y quiero recrearme en los destellos de felicidad que brotan de dos tiernos corazones, como el aroma que se exhala de las flores. Corre, no te detengas: quiero despedirme de ellos para que tengan un recuerdo de mi.

Doña Beatriz salió, y volvió á poco seguida de Isidora y Juan Lainez, que temblando de respeto y ternura, no se atrevian á pasar la puerta. Detrás de ellos venia el pequeño Rodrigo, mas tímido y á la vez mas ansioso de ver á la infanta, que sus hermanos.

La jóven desposada vestia luto, pero en su rostro fresco y hermoso asomaba el tinte indefinible de la felicidad naciente: la modestia realzaba sus gracias virjinales, y el anhelo de la gratitud en lucha con el temor y la veneracion, coloreaba sus mejillas, y hacia bajar humildemente sus párpados.

Juan Lainez, aunque mas resuelto y animoso, participaba de las emociones de su amada. Sin embargo, ambos sintieron entrar en sus corazones el suave calor de la confianza, cuando oyeron la dulce voz de la infanta, que con tono amistoso les decia:

—Venid, acercaos. ¿Estais contentos con vuestra suerte?

Juan Lainez se adelantó, llevando de la mano á su esposa, y arrodillándose contestó:

—Señora, nunca seremos bastante felices, porque jamás creeremos haber pagado como debemos, los inmensos beneficios que ha derramado sobre nosotros la mano próvida de V. A. Nunca estaremos satisfechos, porque es imposible corresponder dignamente á tantas bondades. Pero si os dignais aceptar el sacrificio de nuestros corazones sencillos, esto satisfará en parte nuestros deseos.

—Si, yo los acepto, repuso la infanta, pero con la condicion de que han de ser siempre virtuosos y buenos.–Y tendiéndoles la mano, añadió:

Alzaos.

Los dos jóvenes se apresuraron uno en pos del otro á tomar aquella mano que cubrieron de besos y lágrimas, y que doña Isabel enternecida no pensaba en retirar.

—Ah! señora! esclamó la jóven con voz entrecortada por los sollozos: nosotros nos complacemos á nuestras solas en llamaros con el dulce nombre de madre. Concedednos la gracia de que jamás nos apartemos de vuestro lado.

—Isidora, dijo la infanta revistiéndose de una dulce dignidad: si es cierto que me amais como á madre, hareis seguramente lo que yo os mande.

—Aunque sea necesario morir por vos....

—No, escuchadme: ningun servicio me podeis prestar mas grato á mi corazon, que el de ser honrados y útiles á vuestra patria. Seria para mí un gran placer,-creedlo,-el de teneros á mi lado; pero esto no redundaria mas que en provecho mio.-Debeis seguir el ejemplo de vuestros padres: puesto que la munificencia del señor maestre de Santiago os ha proporcionado los medios de vivir con una honrosa independencia, volved al lugar de vuestro nacimiento, recobrad la fábrica de Mendo Alerce vuestro padre, y restableced su industria. De este modo, si algo valen mis beneficios, fructificarán como buena semilla y alcanzarán á muchos, sin disminuirse para vosotros.

—Haremos lo que sea de vuestro agrado, señora, replicó Juan Lainez. Pero ¿no nos será dado mostraros de algun modo directo nuestro amor?

La infanta meditó un momento y luego dijo:

—Sí, podeis prestarme otro servicio. La casa de Mendo Alerce debe de tener para vosotros muy tristes recuerdos: id á estableceros en Madrigal. Allí está mi madre: ofrecedla en mi nombre vuestros homenages de gratitud, y estad dispuestos á servirla con el amor que yo lo haria.

—Gracias, señora! gracias! Ese encargo es una nueva merced: lo cumpliremos.

—Ahora, repuso la infanta, id á mostrar vuestro agradecimiento al señor maestre de Santiago, y no olvideis nunca lo mucho que os ha favorecido.

Durante esta escena Rodrigo se habia ido acercando paso entre paso, hasta colocarse detrás de su hermana.

—Qué haces aquí? Para qué has venido? le dijo ella en voz muy baja.

—Déjale, Isidora, no le riñas, interpuso doña Isabel, para

quien nada pasaba desapercibido. Yo quiero mucho á Rodrigo, porque es un buen niño y no abandonó á su madre.

Rodrigo se adelantó sin apartarse del abrigo de su hermana, y escuchó atentamente á la infanta mirándola con sus hermosos ojos negros desmesuradamente abiertos.

Los de Isidora se llenaron de lágrimas al recuerdo de su infeliz madre.

—Llévale contigo Isidora, prosiguió doña Isabel, y cúidale como á un hijo: él será tu apoyo cuando sea hombre.

Aquí llegaba este tierno diálogo, cuando se oyó una fuerte gritería en la ciudad, y el tañido de unas trompetas que á lo léjos daban al viento lúgubres sonidos. Las voces del pueblo se acercaban rápidamente hácia el alcázar. Doña Isabel se levantó y marchó presurosa á una ventana, murmurando con sobresalto:

—Qué novedad es esta?

Juan Lainez, Isidora y Rodrigo se retiraron como por instinto hácia la puerta de la estancia. En el rostro y la actitud de su augusta protectora acababan de ver una transicion estraordinaria que les imponia un respeto invencible: no era ya la mujer de tiernos sentimientos entregada á las delicias de la caridad particular, sino la infanta de sangre real, que entraba en los dominios de su elevada clase.

No tardaron mucho en oirse los gritos del pueblo al pié del alcázar, mezclados con mil murmullos que anunciaban algun desastre. Entre estos gritos solo se podia distinguir una frecuente aclamacion que decia:

—Viva la reina!.... Viva doña Isabel, reina de Castilla!

—Qué dice esa turba loca! esclamó la infanta, volviéndose hácia doña Beatriz que estaba á su lado.–Corre amiga mia, y llama á Chacon y á Cabrera.

Doña Beatriz se apresuró á obedecer á su señora, pero en el momento de pisar el umbral de la puerta, retrocedió diciendo:

—Aquí están!

Con efecto, alarmados con el alboroto los caballeros que

componian la servidumbre de la infanta, venian á recibir sus órdenes ó ayudarla en lo que necesario fuese.

—Pronto, Chacon, amigo mio! esclamó doña Isabel, estendiendo el brazo en ademan imperioso. Bajad á ver lo que intenta esa gente mal aconsejada, y mandadle en mi nombre retirarse y callar. Id vosotros con él, Cabrera, Cárdenas y llevad los hombres de armas que haya en el alcázar. Si acaso vieseis que se resisten á obedecer, antes que os falten al respeto, avisadme. Yo sabré imponerles silencio.

—Señora, dijo don Gonzalo Chacon, disimulando mal su alegria. Si no me engaño, los leales segovianos levantan pendones por vos, y os proclaman reina de Castilla.

—Haced lo que os he mandado, si sois caballero y leal, repuso la infanta; os lo ruega una dama.

Don Gonzalo Chacon bajó la cabeza y salió seguido de los demás caballeros.

En este momento se oyeron mas cerca los lúgubres tañidos de las trompetas, y el trote de muchos caballos que entraban en la plaza del alcázar. Al mismo tiempo, las puertas de este se abrian, dando paso á una hueste enlutada, delante de la cual iban en sus trages habituales, el obispo D. Juan Arias y el maestre de Santiago. La gritería cesó durante un largo rato, para dar lugar á mil acaloradas conversaciones sobre un mismo objeto. en que se ocupaba la multitud, entre la cual andaba Piel del Diablo, corriendo de grupo en grupo con estraordinaria actividad.

Entre tanto doña Isabel fijó los ojos en el claro de la ventana, prestaba atento oido al menor murmullo, y revelaba en su actitud la mas indomable impaciencia; pero nada escuchaba que pudiera despejar la situacion en que se hallaba.

Guiado por el interés que le inspiraba la infanta, uno de nuestros personages, Juan Lainez habia hecho salir á Isidora y Rodrigo de la estancia régia, y siguiendo los pasos de D. Gonzalo Chacon, acababa de ver entrar en el alcázar la hueste enlutada, entre cuyos soldados pudo reconocer algunos de los

vasallos del marqués de Villena. Esta fuerza venia sudosa y cubierta de polvo, conociéndose que llegaba en aquel momento de hacer una rápida jornada.

Mientras el obispo, el maestre, su hijo, que capitaneaba la hueste y otros grandes y caballeros se reunian con los de la servidumbre de doña Isabel y pedian su vénia para presentarse á ésta, Juan Lainez se acercó á uno de sus conocidos y entabló con él una conversacion en voz baja.

—¿Qué significa esto, Ferrandez? le preguntó. Ha sido derrotado el príncipe?

—Algo peor que eso, amigo Lainez, contestó Ferrandez con acento compungido.

—Peor decís? No sé que cosa peor nos pueda suceder.

—No veis las bandas de luto que traen todos los caballeros?

—Efectivamente. Pero ¿quién ha muerto?

—Quien ha de ser? Nuestro rey D. Alfonso.

—En alguna batalla?

—No, peor que eso: ha muerto de repente.

—Pero es eso posible? Si hace quince dias estaba tan sano y robusto que podia vivir cien años.

—Tres dias hace que podia levantar un castillo en peso, cenó en Cardeñosa con muy buen apetito, se acostó á dormir, y por la mañana se le halló muerto en la cama.

—Envenenado! murmuró Juan Lainez.

—Psit!.... callad, repuso Ferrandez, llevando aparte á su camarada. Yo eso creo, por mas que digan otra cosa. Quieren suponer que ha fallecido de peste, pero á mí no me engañan. La peste no mata así, de pronto, sin que se sienta antes un mal dolor de cabeza. El príncipe se durmió y no dispertó, ni durante la noche turbó siquiera el reposo de sus camareros, que descansaban á pocos pasos de S. A.

—Me llena de consternacion lo que acabais de decir. Lástima de D. Alfonso! Yo le queria, pues no ignoraríais la bondad con que me perdonó la vida.

—Si, por cierto: y ya que me habeis recordado ese lance, ¿no me direis como fué que os espusisteis á aquel peligro?

—Eso está ya olvidado, amigo Ferrandez; y no sé como me preguntais lo que sabe todo el mundo.

—Sin embargo, yo solo he oido decir que padecísteis una equivocacion.

—Si: nuestro señor el maestre me habia mandado guardar su parque. El rey se habia estraviado, y creyendo yo que fuese algun mesodeador de caza, le acometí. No tuvo á bien S. A. decirme su nombre y ahí teneis la causa de mi equivocacion. Pero dejemos esto; ¿cómo ha pasado esa terrible desgracia de Cardeñosa?

—Escuchad: es toda una historia. Subíamos por la villa del Adaja, muy ufanos, y el rey delante de nosotros contentísimo, pues llevaba un brillante ejército, que á cada paso engordaba con nuevos pendones y mesnadas.

—Bien, bien, al caso.

—Pues precisamente este es el caso. Ibamos á entrar en Cardeñosa ya casi anochecido, cuando el rey se detuvo al ver en la orilla del rio á un pescador que tenia una cesta media de truchas. Como sabeis, S. A. era un poco gloton. (¡Dios le tenga en su gloria!)-Juan Lainez se quitó la gorra, y el soldado hizo la señal de la cruz y se santiguó.

—Pues como digo, S. A. reparó en una de las truchas,-un pez magnífico, eso sí: la trucha mas magnífica que espero ver en mi vida,-y aficionóse á ella. El pescador, ó el diablo en su figura que tal debia de ser, al momento se la ofreció con todas las demás, y S. A. dijo muy contento volviéndose á su senescal:-Que me place! Dad un ducado á ese buen hombre, y guardadme esa trucha que quiero comerla esta noche.

—Pero qué tiene que ver eso con lo que os pregunto?

—Mucho. Como que S. A. no cenó otra cosa mas que aquella maldita trucha, y yo no sé lo que tendria, pero le ha costado la vida.

—Y no se sabe quien era el pescador?

—Ni se sabe quien es, ni se ha podido dar con él: ha desaparecido como una gota de agua en un rio. El capellan Alonso de Palencia, que ha ido acompañando á Arévalo el cadáver de S. A., no ha omitido diligencia ninguna para descubrir al malvado, pero inútilmente.

—Segun eso el señor Alonso de Palencia cree que han envenenado á S. A.

—Lo cree y lo dice en alta voz, añadiendo que no descansará hasta denunciar al culpable.

Durante esta conversacion, que era repetida y comentada de mil maneras por el pueblo de Segovia, D. Juan Pacheco, el obispo y los demás personajes de que antes hemos hecho mencion, habian obtenido permiso, para ver á la infanta, la cual les aguardaba sentada en el mismo sitial en que poco antes recibiéra á sus jóvenes protejidos.

—El maestre se adelantó hasta ella, mientras los demás se colocaban á una respetuosa distancia, y la dijo.

—Señora: los que aqui venimos leales servidores de nuestros reyes, traemos en este momento la triste mision de participaros una infausta nueva; pero fieles siempre, lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, tenemos al menos el consuelo de compartir con vos vuestro dolor.

—Oh! Hablad! hablad pronto! esclamó doña Isabel: ¿qué me anunciais? qué ha sido de mi hermano?

—Señora, resignaos, repuso hipócritamente el maestre. Dios en sus altos juicios dispone de la vida como de todas las cosas. Una dolencia repentina nos ha arrebatado aquel en quien todos teníamos puestas nuestras esperanzas.

En esta ocasion mostró doña Isabel por primera vez aquella resignacion heróica, superior á las fuerzas humanas con que supo siempre soportar los mayores infortunios. Alzó los ojos al cielo, exhaló un profundo suspiro, mas sin verter una sola lágrima, inclinó la cabeza y concentró su espíritu, cual si la fuerza del sentimiento lo hubiese transportado á la eternidad.

Don Juan Pacheco, interpretando mal este silencio, que en

su juicio egoista y frio era la espresion de un contento interior, prosiguió despues de una breve pausa:

—Pero señora: si el Todopoderoso ha tenido á bien llevar á su seno al ilustre príncipe á quien tanto amábamos, no por esto quedará Castilla huérfana de un brazo digno de regir sus destinos. Oid esos clamores que se alzan al pié de los rumores de este alcázar: el noble pueblo castellano aclama por su propio instinto á la escelsa hija de D. Juan II, y pronto esa voz será la de todo el reino.

—¡Viva la reina! Viva doña Isabel! gritaba el jentío, como si quisiese ayudar al maestre.

La infanta se levantó de su asiento, y con voz llena de melancólica dignidad, que impuso respeto hasta al mismo D. Juan Pacheco, respondió:

—Nobles y leales señores: aprecio vuestras jenerosas intenciones, y no dudo que serán las mas rectas y buenas;-pero permitidme os diga que un esceso de celo ha estraviado vuestro claro entendimiento. La ocasion presente no es la mas oportuna para halagar á mi corazon con el estraño mensaje que acabo de oir.

—Señora, repuso el maestre de Santiago: los nobles de Castilla se hacen cargo de vuestra dolorosa situacion; pero no pueden prescindir de los deberes que les impone la suerte del reino, de quien son tutores, y no dudan que la heredera del trono de Recaredo comprenderá estos ríjidos sentimientos.

—La hija de D. Juan II, replicó la infanta con mayor entereza, conoce sus deberes, y os jura que no faltará en lo mas mínimo á ellos. Espera, sin embargo, de vuestra hidalguía y lealtad nunca desmentidas las consideraciones que se deben á su clase y secso, no menos que un justo respeto á su voluntad.

—No es nuestro ánimo violentarla! balbuceó el maestre.

—No, no! repitieron todos los grandes.

—Asi lo creo, dijo la infanta. Dejadme, pues, el tiempo necesario para pagar á mi desgraciado hermano el tributo de amor que le debe mi corazon, y cuidad de que nadie turbe mi reco-

jimiento y reposo, alejando esas turbas que insultan mi dolor con sus clamores.

El obispo se acercó á D. Juan Pacheco y le dijo algunas pabras en voz baja.

—Señora, repuso el maestre: se hará lo que mandais. Además, si en ello teneis placer, quedaremos en vuestro lado los que os digneis nombrar de nosotros.

—No, gracias, Pacheco. No necesito que nadie se moleste por mí. Me basta estar sola.

El maestre saludó á la infanta: todos los demás nobles le imitaron, y salieron de la estancia.

Doña Isabel quedó sola con sus amigas doña Beatriz y la Latina, que habia acudido á su lado, y con los caballeros de su séquito. Cuando dejó de oir los pasos de los nobles rebeldes, se volvió á D. Gonzalo Chacon y le dijo:

—Mandad que dispongan inmediatamente mis caballos y equipajes, y preparaos todos para partir esta misma noche.

—Pero, señora, balbuceó D. Gonzalo: no correis ningun peligro.....

—Ya dos veces os habeis opuesto á mi voluntad esta noche, D. Gonzalo. Si no quereis acompañarme, decidlo. Yo no ecsijo la sumision de nadie: la necsito cordial y voluntaria.

—Oh! Señora! Yo no me resisto á vuestras órdenes. Mi hacienda y mi vida son vuestras de todo corazon.

—Lo sabia, D. Gonzalo. Por consiguiente no me repliqueis.

Era cerca de media noche, y Segovia estaba tranquila y entregada al sueño.

La infanta doña Isabel salia de la ciudad camino de Ávila, en compañia de todos sus amigos y guardada por una peqneña escolta. Quince pasos delante iba Juan Lainez montado en un caballo con un arcabuz al hombro y la mecha encendida en una mano. Isidora, Rodrigo y Azhuma eran de la comitiva.

Entretanto don Juan Pacheco estaba en su gabinete reservado hablando misteriosamente con un judío. Terminaban su conversacion y decian:

—La hermandad sabe hacer las cosas bien, y con poco ruido.

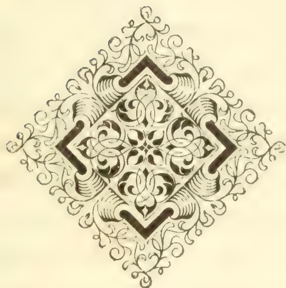
—Todo sirve en este mundo, amigo Abacuc. Vos ó Abiabar os habeis servido de una trucha, que es animal silencioso, y yo me sirvo del pueblo que grita y alborota: cada cosa en su tiempo. Mas decidme ¿no podrá ser descubierto el pescador?

—Descuidad: es un hermano de la perpétua noche, y ya sabeis cómo reciben y ejecutan nuestros cofrades las órdenes que les dá su jefe. Hasta yo mismo ignoro el nombre del ejecutor.

—Mas vale así. Ahora solo falta coronar á la infanta, y no temo que sea difícil hacerlo mañana.

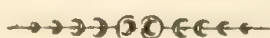
Los dos amigos interrumpieron su plática para escuchar el ruido de una cabalgata que pasaba por el campo inmediato.

Era el que producian los caballos de doña Isabel y de su escolta.





CAPÍTULO XVI.





Muerto don Alfonso los confederados no podian llevar adelante su rebelion. Necesitaban una cabeza, ó por mejor decir, una sombra de magestad, que les sirviese de pretesto para cohonestar sus acciones. Por esto apenas ocurrió aquella inesperada desgracia, todas las miradas se fijaron en doña Isabel, y al momento se acudió á los recursos del maestre de Santiago para obtener un resultado que, como sabemos, tenia él previsto y preparado.

Pero ya hemos visto como la infanta rechazó desde luego el honor con que se la brindaba, y como sin la menor demora se ausentó del teatro de las revueltas, para evitar hasta las sospechas, de que autorizaba con su presencia los desórdenes que reprobaba, y que sin duda alguna debian estallar en su nombre.

Cuando D. Juan Pacheco se vió burlado de esta manera, cuenta la crónica de donde tomamos estos apuntes, que miró al cielo, mencó la cabeza con suma gracia, hizo un ademan significativo

poniéndose el pulgar debajo de la barba, y esforzó su habitua sonrisa, mostrándose el hombre mas satisfecho del mundo.

No sucedió lo mismo á los demás grandes, prelados y caballeros, que de todas partes iban acudiendo á Segovia, confiados en hallar á doña Isabel en el alcázar, dispuesta á ser proclamada solemnemente reina de Castilla. Unos espresaban su sorpresa con violentas imprecaciones y arrebatos de ira: otros quedaban confundidos y aterrados; pero todos convenian en que era indispensable buscar á la ilustre fujitiva, y emplear con ella cuantos ardides fuesen imajinables y todo jénero de influencias, para inclinar su ánimo á la aceptacion de la corona.

El gran maestre de Santiago, entre tanto, parecia gozar en la consternacion de sus compañeros, como si quisiese compensar de algun modo el descalabro que acababa de sufrir en sus planes; y olvidado al parecer de sus intrigas, se entretenia tranquilamente en recibir y obsequiar á todos los grandes rebeldes. A la verdad no tenia él tan poderosos motivos como los demás para inquietarse, pues no dudaba que alcanzaria la realizacion de sus fines, contando para ello con el mismo desasosiego de los otros.

Reunidos se hallaban en la gran cámara de su palacio seis de los mas influyentes y poderosos magnates de la época, de aquellos que tres años antes habian acometido y ejecutado la temeraria empresa de deponer en estátua al rey don Enrique, levantando sobre sus hombros al infortunado príncipe Alfonso y aclamándole soberano de Castilla. Eran estos los condes de Palencia y de Paredes, don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, los maestres de Calatrava y Alcántara y el arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo. Este último, á pesar de que su carácter imperioso y esclusivo le tenia un tanto discorde con los confederados, llevándole á obrar separadamente y por su cuenta, en estos momentos de comun peligro habia creido conveniente acudir al lugar á donde, sin ser citados, concurrian todos, guiados por el instinto de conservacion.

—Yo, amigos mios, decia don Juan Pacheco, no puedo lan-

zarme abiertamente á la lucha que necesitamos acometer, ni espero gran cosa de mi influencia en el ánimo de la infanta; porque ya he visto un desengaño por mis ojos, y temo mucho á la maledicencia. No falta quien me atribuya miras ambiciosas, y os aseguro que nada me afecta tanto como ser objeto de murmuraciones injustas. A vosotros puedo decíroslo con franqueza; mi mas ardiente deseo es el de vivir y morir tranquilo, y nada me apartaria de este firme propósito, á no ser que la patria ecsigiese de mí el sacrificio de mi persona en la guerra contra infieles, á que todos estamos obligados como caballeros. Sin embargo, conozco que esa misma patria me impone otros deberes no menos sagrados en esta ocasion, y ya que un sentimiento de delicadeza me impide obrar, estoy dispuesto á daros los consejos que me sugiere mi decidido amor á la causa que defendemos, confiando en que vosotros hareis justicia á mi prudente proceder, y reconocereis la necesidad que tengo de no aparecer á la faz del mundo como autor de unas negociaciones, que os valdrán gloria y prez. Si mis indicaciones valen algo, aprovechadlas: yo nada quiero para mí, ni aun el mérito del pensamiento.

—Conocemos vuestro ilimitado desinterés, señor maestre, y acabaremos los motivos de prudencia y delicadeza que teneis para ser tan modesto, dijo el conde de Palencia. Decidnos pues lo que os parece conveniente hacer, que nosotros nos encargamos de obrar, siguiendo los consejos de vuestra sabiduría, y los de vuestro ilustre tio, que sin duda nos ayudará en este trance.

—Nunca he dejado de estar pronto á sostener á mis amigos con mis consejos, con mis guerreros y mi brazo, contestó el arzobispo, cuya bronca voz y duro aspecto parecian ser en este instante mas ásperos que de ordinario, y formaban un estraño contraste con sus palabras.

—No os altereis, mi señor don Alonso, repuso el conde de Palencia. Bien sabido es que vuestra decision no tiene límites, y esto es precisamente lo que he querido decir.

El arzobispo pronunció entre dientes un «está bien,» y don Juan Pacheco, sonriéndose como siempre, continuó:

—Mi parecer es que, ante todo, se deje por ahora tranquilo á don Enrique, mientras se goza en su bella conquista de Toledo, á fin de tenerle adormecido hasta dar el golpe, y trabajar mucho secretamente para conseguir nuestro objeto. Para mayor seguridad yo me encargaré de hacerle una visita, y procuraré tenerle entretenido, cosa poco difícil, pues con la deplorable muerte de su hermano, tendrá una grande confianza en que todos, unos en pos de otros, nos habremos de rendir á su capricho. Esto es precisamente lo que yo le haré creer.

—Muy bien pensado, dijo D. Pedro de Velasco. Pero lo esencial es que la infanta se adhiera á nuestros planes.

—Oh! eso no será difícil, señores, contestó don Juan Pacheco. Es decir, con tal que mi señor tio nos preste su poderosa cooperacion, lo cual no dudo.

—Ah! Depende eso de mí? preguntó el arzobispo.

—Querido tio, me parece que conozco algun tanto el carácter de la infanta, y casi estoy seguro de que nadie conseguirá de ella, lo que no alcance el primer prelado de España.

—Es muy cierto! Es muy cierto! esclamaron á una voz los demas grandes.

El arzobispo que, mejor que nadie conocia la doblez de su sobrino, quedó poco satisfecho de su esplicacion, porque como ya sabemos, mediaban secretas intelijencias entre él y los amigos de doña Isabel, y sospechó que el maestre se hallase enterado de estas relaciones y aludiese á ellas. Miróle por lo tanto con atencion, pero no pudiendo descubrir nada en aquella fisonomía de hielo, contestó:

—Aunque valga poco mi influencia personal con la infanta, y sobre todo con sus amigos, estoy dispuesto á dar cuantos pasos sean necesarios. Pero bueno seria que nos procurásemos el apoyo profano de algunas personas; como por ejemplo el del almirante.

—No está de mas, repuso D. Juan Pacheco; y si no he pro-

puesto antes una alianza entre el jefe de la Iglesia española y los grandes, ha sido por temor de que lo atribuyeseis á desconfianza en vuestro poderoso ascendiente, mi querido tio. Pero ya que vos lo aceptais de buen grado, añadiré que seria bueno ganar la confianza, no solo de D. Fadrique Henriquez, sino tambien de aquellas personas que andan cerca de la infanta, las cuales halagadas con la perspectiva de un dorado porvenir, no cabe duda que aconsejarán bien á su señora.

—Todo eso está muy bien, señores, dijo el conde de Paredes; pero echamos la cuenta sin la huéspeda; pues hasta hoy no sabemos el paradero de doña Isabel.

—Descuidad, ilustre amigo, contestó el maestre de Santiago, con una sonrisa mas amable de lo ordinario. La infanta no está en Madrigal con su madre: á Ocaña no ha ido; es imposible que se haya refujiado en la córte de su hermano: si hubiese parado en el castillo de alguno de sus amigos ó de los nuestros lo sabríamos. Por consiguiente se pueden apostar diez contra uno á que se halla en un convento de monjas, y esto puede averiguarlo tambien nuestro venerable prelado, á quien deberemos un nuevo servicio.

En este momento apareció un persevante á la puerta de la cámara, trayendo un pliego para el maestre.

—Acercaos, le dijo éste, haciéndole una seña con la mano. -Y cuando el oficial estuvo cerca de él, añadió en voz baja, tomando el pliego, y mirándolo con particular insistencia:

—Qién os ha dado esto?

—Un mensagero que acaba de llegar de Arévalo me lo ha entregado, recomendándome la urgencia, y ha vuelto á partir sin detenerse.

—Bien está: retiraos.

En seguida el maestre pidió su vénia á los demás magnates para abrir el pliego, hízolo así, lo leyó rápidamente, y esclamó:

—Tengo buen olfato, señores: ved aquí lo que me dice no sé quien; un individuo que se firma «Un amigo de los confederados.»

Y sin mostrar á nadie la carta, la vólvió á leer en alta voz, pausadamente, para suprimir muchas palabras, y aparentando entender mal los caractéres:

«Una amiga de la infanta, que tambien lo es mia, me acaba «de escribir desde el convento de monjas de Santo Tomás de «Ávila. Esto debe bastaros para deducir cual es la residencia ac«tual de la ilustre fujitiva; y como sé que os interesa averi«guarlo os lo aviso.....

—Ya sabeis: un amigo de los confederados, concluyó el maestre, doblando con calma el papel y guardándolo en su escarcela.

Un murmullo de satisfaccion acojió esta inesperada noticia, que solo el arzobispo escuchó con un secreto despecho, pues por su parte no ignoraba el asilo que habia escojido la infanta, y solo queria que se debiese á él su descubrimiento. Sin embargo, dijo:

—Eso nos evita el tener que darnos de calabazadas: celebro infinito que doña Isabel se encuentre en mis dominios, pues así la convenceremos á menos costa.

—Yo no dudo, repuso D. Juan Pacheco, que la voz autorizada del señor arzobispo alcanzará lo que deseamos; sobre todo ayudándole los primeros grandes del reino y los amigos íntimos de la infanta. Sin embargo, soy de opinion que todos vosotros en union con los demás compañeros, y por la mediacion del prelado de Sevilla, dirijais un mensaje secreto á los grandes andaluces, para que se adhieran á nuestra causa, y en un dia señalado levanten pendones por doña Isabel en todos los pueblos de Andalucía. Yo sé que las casas de Aguilar y las de Guzman y Ponce de Leon, aunque enemigas entre sí, depondrán todos sus ódios y resentimientos para confederarse con nosotros. Esto, como conocereis, es sumamente importante.

—Si, si, teneis razon: será un gran golpe, que conviene asegurar, dijo el maestre de Calatrava; y yo me encargo de hacer que los duques de Arcos y Medinasidonia se avengan entre sí con este motivo, lo cual no podrá menos de serles prove-

choso. Además que sus pueblos bendecirán el lazo que los una, pues no es calculable lo que sufren diariamente por las sangrientas luchas de sus señores.

El arzobispo contraia sus ásperas y pobladas cejas, oyendo todo esto sin chistar: este prelado, que á pesar de su dura condicion y jénio belicoso é intratable, era por demás aficionado á servir á sus amigos, tenia el defecto de querer ser considerado siempre como el mas necesario de los hombres, y no admitia compañeros, cuanto menos superiores, aunque se tratase de sacrificar su persona y haberes en obsequio del partido que abrazaba. De modo que, al ver como su sobrino D. Juan Pacheco hacia prevalecer sus opiniones, y se colocaba en la esfera de director de estas tramas, sentíase humillado y ofendido en su amor propio, móvil de todas sus acciones. El maestre, que necesitaba el apoyo de su tio en esta ocasion, no dejó de observar sus sentimientos, adivinándolos por su actitud y por los antecedentes que mediaban entre ambos, y á fin de apaciguar la irritada envidia del prelado, dijo:

—Celebro infinito que os parezca bien mi opinion, señores; pero debo advertiros que, al emitirla, he contado principalmente con la aprobacion del sábio y venerable príncipe de la Iglesia que nos honra con su presencia; y por esto me he limitado á indicar lo que solo su mucha prudencia y sabiduría puede mejorar y hacer provechoso. No dudo que os anima á todos la misma confianza que á mí, sobre este particular, pues ninguno de nosotros desconoce, que asi como sin su poderosa mediacion será nulo cuanto intentemos, del mismo modo nos esponemos á errar, si no aprueba nuestro plan en todas sus partes, corrijiendo lo que merezca enmienda.

—Mi ilustre sobrino me hace demasiado favor, repuso el arzobispo: su plan me parece escelente y se debe ejecutar en todas sus partes. Por lo demás, no necesitaba encarecer la importancia de mi mediacion, para que yo me considerase obligado á interponerla, y desde luego me atrevo á ofreceros que será todo lo eficaz que podemos prometérnosla.

—Sí, lo será, replicó D. Juan Pacheco. Yo sé,-es decir,-tengo el convencimiento de que nadie, ni aun las personas consagradas al servicio íntimo de doña Isabel, lograrian en un año de insinuaciones lo que mi eminente tio puede conseguir en una hora

—Me parece que ecsajerais, dijo el arzobispo.

—Bien podrá ser; pero el respeto, la veneracion que vuestras canas y vuestro sagrado carácter inspiran á la infanta, no se pueden suplir con ninguna otra influencia. Yo por mi parte confio tanto en vos que os nombro jefe de esta empresa..... Y creo que todos adherirán sus votos al mio, añadió volviéndose á los demás grandes.

—Soy del mismo parecer, dijo D. Pedro de Velasco el futuro conde de Haro.

—Y yo.... y yo! repitieron sus compañeros.

En esta unanimidad de opiniones entraba por mucho el espíritu de rivalidad, pues aunque todos reconocian el mérito superior de D. Juan Pacheco para la intriga, preferian tener por jefe al arzobispo, que al cabo no pertenecia á la misma clase que ellos, y merecia mayor respeto como príncipe de la Iglesia.

En cuanto al maestro de Santiago, colocándose en un grado inferior, despues de haber hecho triunfar sus opiniones, obtenia dobles ventajas: ganaba la benevolencia de su tio halagando su vanidad, y quedaba libre de todo compromiso ulterior, que era lo que mas apetecia.

—Os doy gracias, señores, dijo el arzobispo, cuyo borrascoso entrecejo se habia despejado algun tanto: acepto la direccion que os servís encomendarme, y procuraré corresponder á esta prueba de confianza. Desde luego creo poder anunciaros que antes de un mes nuestra confederacion se habrá engrosado no solo con el ayuda de los poderosos señores de Andalucía, cuya adhesion tengo por cosa segura, sino tambien con la de todos aquellos que en Castilla han permanecido neutrales. Mi amigo el Almirante, las familias de Chacon y Cárdenas, muchas otras personas de la primera nobleza y del alto clero nos ausiliarán, y si

todos los antiguos aliados permanecen fieles, compondremos un cuerpo formidable, al que no podrán resistir los favoritos del afeminado Enrique.

—No son esos los enemigos mas temibles, repuso el maestre de Santiago; sino los caprichos de Isabelita, que tiene una voluntad de hierro.

—No hay caprichos de mujer que no cedan á la perspectiva de una corona, y á los votos unidos de casi todos los grandes del reino, contestó el arzobispo. Yo espero que al presentarme á Isabel, seguido de todos vosotros y de los demás amigos, cuyos nombres representan los dos tercios de las rentas de Castilla, y una fuerza por lo menos de cuarenta mil guerreros, no habrá resistencia posible: además me congratulo de tener algun ascendiente sobre esa niña, como ha dicho muy bien mi ilustre sobrino, y..... tal vez me equivoque;-pero me parece que hará mi voluntad.

—Eso es lo que es menester, observó el maestre de Alcántara; pues de lo contrario estamos perdidos: si la infanta no es proclamada reina, aunque sea contra su gusto, nos veremos en la dura necesidad de rendirnos á discrecion.

—No haya miedo, dijo D. Juan Pacheco. Isabel desea mandar, pero quiere que se lo ruegen, y estando de por medio mi buen tio, no será difícil desvanecer sus escrúpulos. Pero entre tanto no descuidemos lo demás. Lo primero es tener las cosas preparadas á fin de que toda la tierra se levante en su nombre. Un argumento de esta especie pesa mucho, señores: puede servirnos hasta para cohonestar una abdicacion voluntaria de parte de Enrique en favor de su hermana.

—Estoy conforme con vos en eso, replicó el arzobispo; y ya he pensado que hoy antes de separarnos, debemos dirigir nuestra invitacion á los andaluces y á todos los castellanos coligados, señalándoles dia para un movimiento general: soy tambien de parecer que vos, sobrino, conservéis una posicion independiente, á fin de poder influir en las revoluciones de Enrique.

—Ciertamente: nada es mas cuerdo, repuso D. Juan Pacheco.

Así pues, señores, olvidad por ahora que hemos estado reunidos. Yo nada he dicho, nada he aconsejado. Mañana, cuando el impotente rey haya soltado las riendas del gobierno en las manos de su hermana, tendremos ocasion de reunirnos. Bien decia yo que el señor arzobispo es la suma sabiduría. Él con vosotros debe trabajar cerca de Isabel. Mi puesto está marcado en los consejos de Enrique.

Despues de esta conferencia, el arzobispo y los otros grandes se despidieron del maestre de Santiago, para ocuparse sin descanso en la ejecucion de sus planes. En aquel mismo dia se espidieron correos á todas partes, llevando instrucciones acordes enteramente en el proyecto concertado.

Entre tanto D. Juan Pacheco se frotaba las manos de contento. Apenas quedó solo, comenzó á pasearse á largos trances por su vasta cámara, murmurando:

—Soy feliz: *beati humildes corde*..... que dice el Evangelio: la humildad es una virtud que nunca queda sin prémio, y cuyos frutos cojo por haberla ejercido en obsequio de mi señor tio, que de todo tiene menos de humilde. Sea él en hora buena el jefe de la liga: no por eso dejo de ser el director de sus actos. Que trabajen..... que trabajen: yo soy libre, para hacer lo que me acomode. Isabel será reina, porque así lo quiere su buen amigo Carrillo, el confidente de sus amores. Enrique luchará hasta el postrer momento de su vida, porque esto me acomoda, y porque él es el único rey lejítimo. Yo no puedo adherirme á otra causa que á la suya, pues Dios castiga á los rebeldes.

Al formular esta última frase soltó una carjacada, despues de la cual se quedó profundamente pensativo.

—Pobre diablo de Enrique! dijo luego con semblante sereno. Es menester avisarle lo que sucede, para que no le coja de susto la nueva tormenta que le amenaza.

Y tomando papel y pluma, escribió lo siguiente:

«Señor:—¡Cuando bendecíamos los altos juicios de Dios que, «privándoos de vuestro muy amado hermano, ha querido con- «fundir á vuestros enemigos, estos que no descansan, se dis-

«ponen á combatiros con mas formidables armas. El arzobispo «de Toledo, que, como ya sabeis, está concertado con el Almi- «rante y con el rey de Aragon, para enlazar á la infanta vuestra «hermana con el jóven rey de Sicilia, piensa aprovechar la oca- «sion que se le presenta de triunfar de todos los obstáculos, co- «locando á doña Isabel en el lugar del difunto D. Alfonso (que «Dios haya). Bien conoceréis que si logra salir con su empeño, co- «sa no muy difícil, atentido el estado de apuro en que se encuen- «tran hoy los rebeldes, y la grande influencia del prelado, le será «fácil realizar aquel matrimonio, prescindiendo de vuestra real «vénia; lo que una vez hecho, puede ocasionar un cambio de «dinastía, y tal vez la sumision de Castilla á una corona estran- «gera. No conozco la predisposicion de la infanta; pero tengo «entendido que no la desagrada la idea de reinar; pues se ha «dejado decir que, si en su mano estuviera, pronto domeñaría «los desmanes y la ambicion de la nobleza degenerada. Sin em- «bargo, cuando se supo aquí la infausta nueva del fallecimiento «repentino de vuestro hermano muy querido, hubo un alboroto, «promovido sin duda por los rebeldes, en que se alzó el grito «de «¡Viva la reina Isabel!» Yo acudí al momento al real al- «cázar, y á fin de esplorar el ánimo de vuestra hermana, pro- «curé llevar la palabra en nombre de los grandes, confiando «en que no aceptaría nada que por mi mano viniese; y ya sea «que le pareciese inconveniente ceder á las ecsigencias de un «motin, ya que mi presencia la inspirase desconfianza, ó bien «por ambas cosas, mostróse muy prudente, y se limitó á pre- «venirnos en tono de verdadera reina, que acallásemos el tu- «multo. Despues de esto partió para Avila, donde hoy se halla «probablemente bajo la proteccion de D. Alonso Carrillo.–Este «revoltoso prelado se ocupa en reunir á los confederados, y me «consta que dentro de poco será invitada solemnemente do- «ña Isabel á ceñir la corona de Castilla, por una diputacion de «la grandeza.–Tengo recelos de que además se prepara un alza- «miento general en su favor. Os lo aviso todo para que esteis «prevenido y dispongais lo conveniente á fin de sostener vues-

«tros derechos y los de vuestra hija contra la nueva usurpacion « que se prepara.-Sabeis que en todo y para todo podeis dispo- «ner de vuestro amigo y fiel vasallo, el que nunca os olvida.»

Escrita esta carta, la cerró el maestre, y llamando á Piel del Diablo, le dijo:

—A Toledo vas.

—Cuándo, señor?

—Esta noche debes partir.-Pero.... escucha: saldrás por el camino secreto de la torre de los Encantos: Pedro el guarda-bosque te proveerá de un buen caballo: á nadie debes decir cual es el término de tu viaje; porque peligraria tu vida. Lleva di-nero: en Toledo disfrázate de fraile dominico, espia la ocasion de ver al rey nuestro señor, y entrégale esta carta en su mano. De nadie te fies, y sobre todo guarda esta misiva como tu propio pellejo; bien entendido que perderla y perderlo será todo una misma cosa.

—Nada temais, señor.

—Nada temo.-Ah! Espérame en Toledo, y si dentro de ocho dias no he ido, puedes volverte: me hallarás en Ávila.

Despues de dar algunas otras instrucciones á su criado, el gran maestre le despidió afablemente, y se dejó caer en un si-llon, quedando en la actitud en que nos pintan á Hércules en reposo.

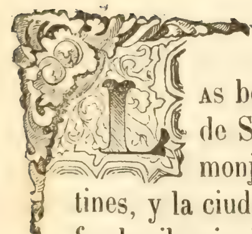




CAPÍTULO XVII.



La fuerza de voluntad.



as bóvedas góticas de la iglesia del convento de Santo Tomás repetian aun las voces de las monjas que acababan de cantar el oficio de maitines, y la ciudad de Ávila yacía sumida en el mas profundo silencio, interrumpido á largos trechos por el acompasado sonido de dos ó tres campanas que anunciaban las horas de la madrugada.

En aquel tiempo despues de media noche nadie osaba turbar la tranquilidad de la via pública, que, solitaria y lóbrega, se convertia en dominio y mansion de las almas del otro mundo, segun está consignado en un medroso adajio popular, que dice:

«Desde las doce á las tres,
deja la calle para quien es.»

Las dos de la mañana era la última hora que habia sonado en los escasos relojes de la ciudad, y los ladridos de los perros, dando la voz de alerta, denunciaban el tránsito de algun ser hu-

mano por las desiertas calles inmediatas al convento de Santo Tomás.

Con efecto, á permitirlo la densa oscuridad de la noche, habríase podido ver la figura de un embozado, que se deslizaba á lo largo de la tapia del convento, hasta parar delante de una puerta pequeña y húmeda, que parecia condenada á rarísimo uso.

El embozado, con la precaucion de quien teme hacer el menor ruido, empujó aquella puerta, la cual cedió á su esfuerzo, rechinando lijeramente. Volvió á entornarla, y dió algunos pasos vacilando en la oscuridad, hasta que una mano de mujer vino á posarse en otra de las suyas.

—Sois vos, D. Diego? preguntó la mujer en voz baja.

—El mismo soy, contestó el embozado. ¿Acaso pudiera ser otro que yo?

—Callad, repuso la mujer con un acento imperioso, aunque apenas perceptible.-Tiempo tendreis de abrumarme con vuestros imprudentes celos, para los cuales no os he dado fundamento ni derecho. Seguidme.

Los dos interlocutores cruzaron como dos sombras por entre los árboles de un jardin, y entraron en una espaciosa galería abovedada, donde á pesar de toda su cautela resonaban sus palos con un ruido seco y metálico.

Ningun otro rumor turbaba la paz del claustro: las vírjenes del Señor descansaban todas en sus solitarios lechos, y si acaso alguna se defendia dispierta contra el asedio de las pasiones de este mundo, era su lucha silenciosa como la resignacion y la muerte. Don Diego Lopez Pacheco se estremeció involuntariamente al oir el eco de sus pasos que parecian acusarle de profanacion. Pero su guia, inecsorable como el destino, apercibiéndose de aquella momentánea turbacion religiosa, le apretó dulcemente la mano, y le condujo hasta el otro estremo de la galería, sin que el otro se atreviese á oponer la mas mínima resistencia.

Una puerta de arco rebajado se abria en aquel punto, y era tan pequeña, que para pasarla el caballero, tuvo que inclinar el

cuerpo, hasta tocar con su frente en la espalda de la mujer. Detrás de esta puerta habia una escalera de piedra, que descendia en espiral suave al seno de la tierra.

—Dónde me conducís? preguntó D. Diego, deteniéndose.

—Si no quereis seguirme, contestó la mujer, podeis volveros.

—No, Azhuma, repuso el caballero. Yo he solicitado esta entrevista, no dudando de vuestra amistad.

—Y bien, yo os la he concedido, y os conduzco á donde podamos hablar sin recelo. ¿Qué hay en esto de particular? ¿Habeis olvidado que estamos en un convento de monjas, donde no se puede escojer los lugares ni las ocasiones?

—Teneis razon, seguid.

Azhuma condujo á D. Diego á una cripla, ó santuario subterráneo, que tenia ecsactamente las dimensiones de la iglesia del convento, y estaba construida debajo de ella. Era imponente y lúgubre el aspecto de este lugar, destinado á servir de cementerio á las monjas: todo el pavimento estaba formado en losas mortuorias, en las cuales se veian esculpidos sencillamente los nombres de las esposas del Señor, que habian dejado de ser, y el dia de su fallecimiento: hácia un ángulo de esta mansion del eterno descanso habia una losa levantada, y á su lado un hoyo abierto, esperando la primera presa de la muerte, como un recuerdo permanente de la brevedad de la vida. Una sola luz, nadando en el centro de una lámpara suspendida del techo, alumbraba débilmente un retablo situado en el fondo de la cripta, y en el cual se alzaba severa la imájen del Crucificado: los toscos y gruesos pilares que sostenian la bóveda, bastante baja, daban mayor autoridad al sitio, estendiendo á lo léjos sus sombras divergentes é indecisas.

Don Diego tembló como un criminal en presencia de su juez, al pisar aquel sagrado recinto, y se quitó la gorra maquinalmente. Azhuma le llevó al lado del sepulcro abierto, y le invitó á tomar asiento en la losa que habia junto á él.

—Aquí?.... preguntó el jóven marqués de Villena, espre-

sando con esta palabra el profundo respeto que le imponia el sagrado lugar donde se hallaba.

—Si, aquí: ¿qué os arredra? La idea de la muerte? Acaso, no es la muerte, segun vuestra religion, la gran puerta de la eternidad? No es el primer escalon para llegar hasta el trono de Dios?

—Si, Azhuma; pero por eso mismo tiemblo, yo que sé arrastrar esa muerte tan temida de todos los hombres: en este lugar moran los restos de séres, que viven la eterna vida en presencia de Dios, y no es aquí donde yo quisiera traer mis pensamientos profanos.

Azhuma se sonrió desdeñosamente y repuso.

—Creí que al venir á verme, habíais dejado esos pensamientos fuera de este sagrado recinto. Escuchadme, (añadió, reparando que D. Diego pretendia interrumpirla); no ignorais el orígen misterioso de nuestras relaciones: sabeis muy bien que se me ha impuesto el deber de corresponderme con vos, y que no puedo negaros las entrevistas que soliciteis de mí. Ese deber marca distintamente la línea de nuestra respectiva conducta: no la traspaseis, porque ya os dije que no os he dado derecho para mas.

—Azhuma, yo tampoco os he dado motivo para hablarme con tanta dureza, replicó el caballero con acento apasionado, y en verdad que no creo vuestras palabras; porque mas alta que ella, me grita la voz de mi corazon.....

—Imprudente!.... callad! murmuró la jóven con energía, moviendo apenas los lábios, y apretando fuertemente la mano del caballero.

Este miró á uno y otro lado, sorprendido de la violenta interrupcion de su amiga, que parecia revelarle algun peligro. Azhuma apartó la vista de uno de los toscos pilares, en cuya sombra acababa de distinguir la figura de un hombre.

—Mi amistad, continuó Jarifa ó Azhuma con voz natural, no puede negaros ninguna prueba de confianza que tenga relacion con el voto que á entrambos nos liga. Supongo que venís á

informaros del estado de los negocios que interesan á vuestro padre, y en tal concepto me hallais dispuesta, como siempre, á satisfacer vuestra curiosidad.

—Teneis razon: ese es el objeto de mi venida, repuso don Diego con amargura; vuestras cartas no han satisfecho, al parecer, á los jefes de nuestra hermandad, que desean obtener esplicaciones verbales mas esplícitas, y me han elejido para que les transmita vuestras palabras. Podeis creer que en la eleccion que de mí se ha hecho para este cometido, ha entrado por algo mi deseo de desempeñarlo.

—Yo creia, replicó Jarifa bajando la voz, que érais simplemente enviado, tal vez para poner á prueba vuestra lealtad. Pero sea como quiera, os diré lo que sé: la infanta está rodeada de amigos torpes, que no conseguirán vencer su noble entereza, porque, ambiciosos, la hablan el lenguaje de sus pasiones que ella ó no comprende, ó desprecia.

—Siempre lo he dicho. No son los halagos del poder los que han de ganar la voluntad de la infanta; y se necesita una cabeza mas grande que la de esos consejeros ordinarios que la rodean, para despertar su ambicion. Esa cabeza yo la conozco, y la he designado á nuestros amigos.

—No digais mas; os comprendo, y os agradezco la buena opinion en que me teneis, D. Diego. Pero yo sola no puedo hacer mas que labrar el terreno: es menester que otros siembren.

—Y habeis trabajado algo ya?

—Yo trabajo siempre: no descanso jamás; porque..... porque mi alma necesita actividad, para no consumirse de fastidio.

Al pronunciar estas palabras el rostro de Jarifa se cubrió de un vivo carmin.

—Si, he trabajado, continuó, moviendo su linda cabeza, como para desechar un pensamiento. El espíritu inmenso de doña Isabel es como un vasto campo cubierto de plantas en flor, que necesitan el pólen generador de los frutos: el mio es el céfiro que conduce con suavidad ese pólen. Pero ¿de qué servirá esto, si detrás de mí llegan los huracanes que estremecen

las plantas y tronchan las flores? Si al menos las dejasen cuajar, tal vez entonces llegaria la época de la madurez. Pero vuestros amigos son impacientes y no saben disimular su rudeza.

—Impacientes, decis? Acaso pueden esperar? Por lo demás ya sabreis que D. Alonso Carrillo.....

—Si, ese es el único que puede hacer algo; porque ese trabaja para el porvenir, y sabe hablar el lenguaje de las grandes empresas. Sin embargo: es egoista, y piensa demasiado en sí. -Pero escuchadme: si doña Isabel fuese vencida, ¿preven nuestros amigos íntimos todo lo que puede suceder? Saben que una vez puesta en sus sienes la corona, será quizás imposible arrancarla de ellas? Decid esto á vuestro padre, porque, á pesar de su mucha sagacidad, acaso ignore que no se liga tan fácilmente al torpe avestruz el águila real que se remonta al cielo decidida á desafiar la cólera de las tempestades.

—Tan fuerte os parece doña Isabel?

—Oh! Si no fuese yo quien soy, diria que es el único génio capaz de subyugarme, por lo mismo que reconozco su grandeza superior á todo lo creado. Yo, tal vez, lograré decidirla; pero que nadie me culpe si despues de rotos los diques no es posible detener al rio en su magestuosa carrera.

—No importa, amiga mia; repuso D. Diego. Sabeis que el fruto está tierno, y los huracanes vendrán temprano: vos misma me habeis dicho que son demasiado impacientes.

—Pues bien: fiad en mí.-Ahora dejadme.

—No teneis mas que decirme, Azhuma? preguntó el jóven, tomando afectuosamente la mano de su amiga.

—Si: escuchad. Yo os aprecio, como á un noble y leal amigo.

—Nada mas?

—Habeis olvidado ya que estamos en la mansion de los muertos? repuso Jarifa, dando á su voz un forzado tinte de ironía.-Os concedo mi amistad, D. Diego, lo cual es demasiado conceder en mí.

—Ya lo sé, Azhuma: sois una reina demasiado tirana.

—Basta, D. Diego, replicó la incomprensible jóven estreme-

ciéndose á su pesar, y andando hácia la escalera de la cripta.

D. Diego la siguió, y cuando ambos estuvieron en el jardin, volvió Azhuma la cabeza con recelo, y dijo al caballero en voz muy baja:

—Soy vestra amiga, título que yo no prodigo, pues solo hay dos séres en el mundo que puedan decir que lo han oido de mis labios. Básteos eso, D. Diego para saber que Azhuma os ayudará siempre como la cabeza al brazo. Sin embargo, no alimenteis esperanzas quiméricas: de vos á mí hay una distancia que jamás acortará el afecto.

—Es decir, que nunca me amareis?

—Es decir, que el fuego del Etna quema; pero no sirve de dulce abrigo en el hogar.

—Cada vez me confunden mas vuestras misteriosas palabras. Por qué no me franqueais vuestro corazon?

—Porque fuera inútil y acaso peligroso para vos, amigo mio. No querais saber nada mas, sino que luchais con una roca, en la cual podeis estrellaros.

—Lo comprendo. Hay quien os visita en este asilo: yo he visto una sombra precederme, y perderse en los muros de esta casa de Dios.....

—Pues bien, si algo parecido habeis visto, calladlo: porque peligra vuestra vida.

—Mi vida! Si D. Pedro de Fonseca se cree capaz de disputarme mi amor.....

—Os chanceais? D. Pedro está en Alaejos divertido con el amor de la reina. Podeis ignorarlo?

—Es cierto?

—Si; pero callad..... salid.—

En este momento se vió moverse un embozado entre los árboles. D. Diego reparó en él, y desnudando la espada se precipitó sobre el que creia su rival. Pero Jarifa se interpuso y deteniendo el brazo del jóven marqués con un vigor varonil, le dijo:

—Que vais á hacer? Olvidais donde estamos.

El embozado se acercó y murmuró casi en el oido de don Diego:

—Basta de imprudencias. Salgamos.

—Si, salgamos. Pero ¿quién sois?

—El desconocido apartó de su rostro una máscara que le cubria y contestó:

—Quien siempre vela, D. Diego.-La Perpétua noche!-Salid.

El jóven obedeció sin replicar. Habia reconocido la voz de Abacuc.

Este se acercó á Jarifa, y la dijo:

—Ese hombre os ama, y vos le amais.

—Y aunque digas verdad, contestó la jóven con energía, ¿qué te importa? Vijila mis acciones si así te place. Mi conciencia solo pertenece á Dios.

Abacuc guardó silencio. Volvió á cubrirse el rostro y salió del convento, siguiendo los pasos de D. Diego.

Al otro dia la ciudad de Ávila se ajitaba movida por un pensamiento, de esos que parece traer el aire en sus alas invisibles, y que, sin poder nadie darse cuenta de su orígen, penetran en todos los espíritus, y los impelen hácia un objeto, á la manera que el viento arrastra las olas del océano. Diríase que todos los abulenses habian recibido durante la noche un aviso por medio de algun silfo de esos que visitan al hombre en sueños para poblar su imajinacion de quimeras estravagantes, y que se habian dado cita para contarse recíprocamente sus impresiones.

Como en tales casos acaece, cada cual revestía la idea comun con diferentes galas. Era esta idea la de la prócsima aclamacion de doña Isabel como reina de Castilla; pero aunque la generalidad de las gentes se felicitaban de este proyectado suceso, unos suponian que se trataba de repetir la escena escandalosa representada delante de aquella ciudad tres años antes, cuando fué conferido el vano título de rey al malogrado Alfonso; otros mejor informados esperaban la aparicion repentina de toda la grandeza castellana en las calles de Ávila, dirigiéndose en corpora

cion y con banderas desplegadas al convento de Santo Tomás, y aun añadian que muchos de los mas principales habian llegado ya la noche anterior; quien hablaba de un alzamiento prócsimo á estallar, y de un convenio concertado para que D. Enrique conservase el título y los honores de rey; quien, por último, imajinaba una pacificacion general entre los nobles de los dos partidos belijerantes, en que solo fuesen sacrificados los intereses de la reina doña Juana y de su hija.

Con este motivo traíase á cuento la conducta observada en Alaejos por aquella desventurada señora, y la maledicencia, formando juicios y contrastes entre la esposa de Enrique IV y doña Isabel, clavaba sin piedad su viperino diente en la reputacion de la que apellidaban osadamente con los epitetos mas denigrantes. Por desgracia, las murmuraciones del vulgo podian tener algun fundamento, pues las distracciones que atribuyó Jarifa al jóven D. Pedro de Fonseca, eran una verdad, agravada por el motivo de la reclusion de la reina.

Mientras el pueblo se entregaba á sus aventuradas cabilaciones, la infanta, despues de haber oido misa, estaba tomando un parco desayuno en la celda de la abadesa del convento, estancia que se le habia cedido por consideracion á su persona. Vestia una falda de lana blanca en señal de luto: rodeábanla sus amigas la Latina y doña Beatriz, y Azhuma, reclinada en un almohadon á sus piés, recorria suavemente las cuerdas de su armonioso bandolin. Aquella música ténue, y pudiera decirse silenciosa, era una reminiscencia de otras armonías, y al mismo tiempo que embargaba los sentidos, encendia el entusiasmo, inspirando al ánimo adormecido por ella deseos de gloria y de grandeza.

Doña Isabel conversaba con sus amigas, pero poco á poco fué concentrando su espíritu en el silencio, á medida que Azhuma modulaba con mas vigor sus arroboradoras melodías.

De pronto cesó la música. La infanta se estremeció como si acabára de pasar de un sueño delicioso á la realidad de la vida, y esclamó:

—Por qué no sigues?

—Temia molestaros, señora, contestó Azhuma; pero si os place, continuaré.

—Si, me place: mi espíritu está triste, y la música me arranca lágrimas que no son de amargura ni de dolor. No sé lo que es; pero esas armonías que tú sola sabes sacar de ese frágil instrumento, tienen un hechizo que deleita y engrandece al ánimo. Son como los acordes del órgano en un dia de gran fiesta.

—Señora, es que mi espíritu huye de la tierra en algunos momentos, para bañarse en el éter puro de su eterno ser, y cuando esto me sucede, mi mano pulsa las cuerdas, sin que yo tenga conciencia cierta de mi propia accion. Por eso recibis impresiones misteriosas, que yo misma no puedo esplicar, pero que tienen un tinte místico y elevado como emanaciones del alma.

—Comprendo lo que quieres decirme, porque lo siento; pero no concibo como se comunica esa vibracion del espíritu á la materia.

—Quisiera poder esplicaróslo, señora; pero es uno de esos fenómenos, cuya causa debe de ocultarse en el cielo. Nadie vé el manantial donde nacen, pero los ojos del entendimiento los perciben donde quiera que el alma se ha comunicado á las obras del hombre. Cuando leeis los salmos de David ó las sublimes concepciones de los profetas, aunque mi condicion de mora me aleja de comprenderlos, siento en sus palabras un celestial embeleso: en los delicados conceptos de la poesía distingo una aureola de luz que no es el verso ni el pensamiento: cuando entro en un templo de magestuosas formas, cuando miro un castillo asentado sobre una roca y cortando las nubes y el cielo sus atrevidas torres, percibo algo mas que las moles de piedra elocuentemente ordenadas por el artífice, y es su idea que flota dentro del santuario y en torno de la fortaleza, y que él les comunicó, tal vez sin saberlo, en un soplo de su espíritu.

—Es verdad! es verdad!

—Del mismo modo, señora, pero con mayor embeleso y má-

jia, se descubre la predestinacion de los séres, á quienes el Supremo artista ha comunicado su divino aliento. ¿Quién puede veros sin amaros? ¿Quién no lee en vuestros ojos la órden del Eterno, que manda á los hombres postrarse ante vos? ¿Quién no presiente á vuestro lado la procsimidad de una nueva era, la aurora de su nuevo dia, en que brille para todos el sol de la justicia, y en que la gloria cubra con su manto de luz y de laureles la intriga y la iniquidad?

—Oh! si, eso es indudable, esclamó doña Beatriz: lo sentimos todos cuantos rodeamos á nuestra amada infanta: lo sienten los nobles que la tratan; lo siente hasta el pueblo, que no pronuncia su nombre sino para bendecirlo, y suspirando por su porvenir de mejor suerte, y en el cual cree como en una revelacion.

—Será cierto que yo esté destinada á producir esa regeneracion saludable? murmuró doña Isabel, mas bien con el acento de la comunicacion, que con el de la duda.

—Si, es cierto, señora, repuso Azhuma; y el dia de esa regeneracion no está lejano. ¿Me preguntábais hace poco de donde nacen las armonías que mis dedos hacen brotar de este instrumento, sin tener yo conciencia de ello! Pues bien, ya lo comprendo: la atmósfera que os rodea entra en mi alma por la via de los sentidos, y difundiéndose por todo mi sér, se exhala y refleja como en el espejo la imájen. Los sentimientos que os inspira mi música, están dentro de vos: yo no soy mas que el eco, y por eso lo reconoceis tan fácilmente.

La ingeniosa mora decia verdad: todo su artificio tenia por objeto escitar en el ánimo de doña Isabel la germinacion y desarrollo de los sentimientos que la conocia. Y con efecto, tal era la finura de su talento, que lograba robustecer la única ambicion, que era capaz de abrigar el alma generosa y noble de la infanta: la de rejenerar su desfallecida patria.

—Me parece un sueño lo que me dices, Azhuma, replicó doña Isabel, despues de reflecsionar un momento. Es evidente que no solo las armonías de tu bandolin sino tus palabras me deleitan é inflaman, pero no me parecen nuevas: creo escucharlas como un

eco de mi pensamiento. Sin embargo, una cosa me has dicho que no me satisface. ¿Cómo puede estar prócsimo el dia de una regeneracion por mi causa?

—Señora, el porvenir es vuestro, y el sentimiento de vuestra predestinacion se difunde con la rapidéz de la luz en todos los corazones. Castilla es un desierto de virtudes por donde el pueblo viaja, sumido en la desolacion y abrumado por el dolor: vuelve sus ojos ya secos de llorar á todas partes, y solo vé en vos la columna milagrosa, plantada por Dios en medio de él, para guiar sus pasos y salvarle. Tal es vuestro destino, y no puede tardar el dia, en que agotado el sufrimiento, acuda ese pueblo á pediros un ausilo que no debereis negarle; porque sois su esperanza.

—Dices bien: no debo negárselo, no; porque antes se desgarraria mi corazon.-No creeis lo mismo, amigos mios? añadió la infanta, volviéndose á sus damas, que presenciaban con secreto placer esta conversacion.-No os parece que mi destino es el de marchar á la conquista del bien al frente de ese pueblo generoso? Porque os lo digo en verdad: yo siento en mí una fuerza superior á mi voluntad, un don de Dios, que me impele sin usar hácia un porvenir de gloria: me creo capaz de enjugar con mi aliento un mar de lágrimas, y mi espíritu que alguna vez se contrista en presencia de los dolores de mi patria, no se abate jamás, ni concibe·poder humano suficiente á contrastar su decision. Oh! Si Dios me reservase la heróica empresa de reconstruir la monarquía de Pelayo! Si mi débil brazo de mujer fuese bastante fuerte para levantar del polvo un edificio que sobrepujase en grandeza y virtud a todas las naciones?-Y porqué no habrá de ser? Si, será: lo espero, pues no en vano ha puesto Dios en mi alma esta fé poderosa que me anima.

—Si, será; repitió Azhuma; pero es menester que sea pronto. ¿No habeis oido hablar de funestos presajios, que aparecen sucesivamente en el cielo y en la tierra?

—Cómo? Nada me han dicho de eso.

—Sí: un astro de estraordinaria magnitud aparece todas las noches en occidente, arrastrando en pos de sí una estensa cabellera de fuego: en Tordesillas se ha visto cruzar los aires un globo luminoso, estando el cielo sereno, y dividiéndose en dos con horrible fragor, desvanecerse el uno y descender el otro á la cima de una montaña. En Toledo, unas mieses han brotado sangre al tiempo de segarlas. Todos estos presajios anuncian la cólera celeste, y el pueblo los interpreta como señales infalibles de la prócsima ruina del reino: llegan los temores hasta el estremo de suponer las gentes que Dios prepara á Castilla una calamidad espantosa igual á la del tiempo del rey Rodrigo, y aun dicen que hay entre los prelados un D. Oppas.

—No, eso no puede ser en nuestros tiempos, repuso la infanta, dado que no faltan condes como D. Julian, capaces de hundir á su patria en la desolacion y la esclavitud.

—Cuando el cielo anuncia calamidades ó la tierra, señora, no es cuerdo desatender sus avisos, porque es prueba de que aun no se ha llenado la medida de la cólera divina: es menester mirar esas señales como indicios de misericordia, pues dan tiempo para que el hombre se corrija y ponga remedio á los escesos que arman con el rayo la mano del Eterno. En tales casos, quien se siente con fuerzas para combatir á la iniquidad, y no lo hace; quien oye el grito de socorro de los buenos que vuelven los ojos suplicantes hácia su áncora de salvacion, y lo desdeña, se convierte en cómplice de los que delinquen.—Oid: un peregrino llegó ayer á las puertas de este monasterio, pidió agua á las madres, y les refirió un suceso prodijioso, un nuevo presajio, que anuncia el triunfo posible de la mansedumbre sobre la astucia y la fiereza. En cierto bosque cerca de Astudillo, un buitre intentó devorar los hijuelos de una paloma que les cubria con sus blancas alas. Era el ave rapante una fiera de los aires, brava y corpulenta, y tenia en la cabeza un erizado penacho muy parecido á una corona real. La paloma justamente indignada contra el enemigo de sus hijos, se afirmó en el nido, luchó con valor, y

favorecida por la Providencia, hirió de muerte al buitre, que recojido por su pastor, testigo del desigual combate, ha llenado de asombro á cuantos le han visto.

—Cierto que es admirable el suceso, y ofrece digno ejemplo á los que, fiados en su fuerza tiranizan á los débiles.

—Y á los que tienen fé en el poder de la justicia para vencer la tiranía de los malos, señora. Si ese presajio no se cumple, si esa leccion providencial no se escucha, los hijos de la paloma perecerán.

—No perecerán! esclamó la infanta enardecida por su fé y por el amor que profesaba al pueblo castellano. Si yo soy la paloma designada por esa singular alegoría, lucharé con valor cuando llegue la hora del combate.

Sonó en este momento con precipitado tañido el esquilon destinado á llamar á las monjas, y en seguida un rumor estraordinario vino á indicar que algun acontecimiento importante turbaba la tranquilidad del claustro. La infanta sorprendida, mandó á sus amigas salir á informarse de lo que pasaba; pero pronto conoció que no habia motivo de inquietud, al oir un repique de campanas, como señal de alegría.

—Será mi hermano, que vendrá á visitarme? dijo entre sí doña Isabel.–Pero no puede ser él, añadió en seguida. Se habria recibido antes el aviso de su viaje á la ciudad, y mis amigos me lo hubieran dicho.

La priora, presentándose en la puerta de la celda, sacó á la infanta de su perplejidad.

—Señora, dijo: tengo la dicha de anunciaros que nuestro santo prelado el señor arzobispo de Toledo, acaba de llegar á esta nuestra casa.

—El arzobispo! esclamó la infanta levantándose. Decidle que no se vaya sin verme.

—No se irá sin veros, señora; pues no es otro el objeto de su venida.

—Pues bien, no le hagais esperar: que pase; pero que deseo verle á solas.

—No sé si eso podrá ser: sin embargo, le haré presente vuestro deseo.

—Quien le acompaña?

—Difícilmente podré acordarme de todos; pero entre unos treinta personajes de la primera nobleza, he reconocido al conde de Plasencia y á D. Pedro de Velasco, á los maestres de Alcántara y Calatrava, y á vuestros amigos Chacon, Cárdenas y Bobadilla: vienen tambien la municipalidad de Ávila en corporacion y otros sugetos desconocidos, que me parecen diputados de varias sociedades.

—Qué significa esto?-Esperad. Mandadme alguien que despeje esta habitacion, y..... Ya os lo he dicho: quiero ver solo á don Alonso Carrillo.

La priora hizo una reverencia y salió. A poco entraron dos jóvenes de la servidumbre de la infanta, los cuales retiraron la mesa del desayuno y colocaron los sitiales en sus puestos. Al cabo de un rato se presentó el arzobispo solo, conforme habia dicho doña Isabel. Esta salió á su encuentro y le besó respetuosamente el anillo, pidiéndole su bendicion; despues de lo cual, se sentó, invitando afectuosamente al prelado á seguir su ejemplo.

Don Alonso dejó su sombrero sobre una mesa, y permaneciendo en pié delante de la infanta, la dijo:

—Señora, no podeis desconocer mi adhesion á vuestra persona, ni el tierno afecto que os profeso: asi que no tomaréis á desaire el que deje de aceptar en este momento la silla que me ofreceis. Los altos intereses del reino, en que vá envuelta su salvacion ó su ruina, me traen á vuestra presencia: no vengo solo; pues me acompañan los primeros grandes de Castilla, muchos dignatarios de nuestra santa madre la Iglesia, y personas de representacion en las ciudades y villas de realengo, que pendientes de una palabra vuestra me aguardan impacientes ahí bajo. Al rehusar el asiento que vuestra bondad me ha ofrecido, os doy una prueba del respeto que me inspirais, y de la premura con que creo deber acudir á tranquilizar los ánimos inquietos de los nobles, del clero y del pueblo castellano.

—Haced como gusteis, señor arzobispo, repuso la infanta con dulzura. No ignorais que os aprecio y venero. Mas decidme, os ruego, cual es el objeto de vuestra venida, pues me tiene impaciente, y aunque temo cual puede ser, no me resuelvo á creer lo que sospecho.

—Seré breve, señora: Castilla camina á su perdicion: el príncipe que debiera rejir sus destinos, es un esclavo de sus bajas pasiones, un rey de escarnio, cuya conducta pública y privada le hace incapaz de ser respetado. Consecuencias de su ineptitud y estravíos son los desórdenes que deplora esta desventurada nacion; el desenfreno de los poderosos, las tropelías y violencias que en poblado y en los campos se cometen, el menosprecio y la venalidad de la justicia, y hasta el atropello de los santos fueros de la religion y de la moral. Juguete de sus favoritos, ludibrio de su esposa, deshonrador de sí mismo, D. Enrique no ha podido menos de parar en ser odiado y combatido por sus mejores vasallos, y por todos los hombres de bien.

—Acortad esa triste relacion, interrumpió la infanta, que se ajitaba en su silla con muestras de disgusto.-Recordad que me estais hablando de mi hermano.

—Pues bien, señora: respetaré vuestra delicadeza; pero me ha sido forzoso traer á vuestra memoria el catálogo inmenso de males que están cayendo sobre el reino, para que conozcais que un deber de conciencia me trae á vuestras plantas, como eco de los sentimientos leales de toda la parte sana de Castilla. No desoigais los ruegos que ese pueblo noble os dirije por boca de un ministro del Altísimo, que se complace al mismo tiempo en ser vuestro mas cariñoso amigo y fiel vasallo. Aceptad la corona que os ofrece, y ayudada, como lo sereis, por todos los hombres de honor y de valía, tendreis la gloria de hollar con vuestras plantas la serpiente infernal que amenaza ahogar á la patria, y el dulce placer de secar los manantiales de lágrimas que la inundan.

Doña Isabel escuchaba esta última parte de la arenga del arzobispo, apoyando una mano en el brazo de su sillon, y adelantando el cuerpo en ademan de querer interrumpirle. Sin em-

bargo, le dejó concluir, y revistiéndose entonces de toda la majestad y moderacion que ecsijian las circunstancias, contestó:

—Sois ministro del Dios de paz, os llamais mi amigo, y no vacilais en proponerme mi perdicion y la del reino?

Don Alonso que no esperaba esta repulsa enérjica y concisa, se irguió de repente, como si el aguijon que acababa de herir su orgullo, hubiese dado rijidéz á sus nervios. Pero en seguida volvió á inclinarse, y repuso:

—Es posible que tal penseis?

—No creo que sea tal vuestra intencion: os tengo por amigo y por eso os declaro sin rodeos lo que en mi juicio significa el honor con que me brindais. Vuestro afecto y lealtad á mi persona, os ciegan, D. Alonso; pero yo estoy mas serena que vos, y puedo ver un grave daño, donde os parece encontrar el remedio de otros. No espereis que yo acepte esa corona: no reconozco en nadie, y menos en mí, derecho á ella, mientras viva mi hermano Enrique: harto tiempo ha estado dividida la nacion bajo el gobierno de dos monarcas rivales.

—Y es eso lo que debo contestar á los grandes de Castilla, que ansiosos fijan en vos sus miradas? Es eso lo que pueden esperar de su amada infanta los pueblos sedientos de justicia?

—Los pueblos! repitió doña Isabel. Y he de apagar su sed de justicia, rebelándome contra mi lejítimo señor! He de asegurar sus esperanzas profanando en mí el último asilo de la lealtad al trono? Pensadlo bien, D. Alonso. Los pueblos bien aconsejados no pueden querer que la heredera de sus reyes una su suerte á la de los grandes que despedazan las entrañas de la patria: hoy, tal vez embriagados por ilusiones engañosas, me aclamáran reina y salvadora suya, mañana, cuando por mi causa encienda la discordia su asoladora tea, me maldecirán! No quiera Dios que yo atraiga sobre Castilla una desolacion irreparable.

—Vuestro espíritu jeneroso, que intimidan peligros imajinarios, es quien os hace pensar así.

—No insistais, D. Alonso. Sabed que tengo ambicion de reinar, y que ningun peligro me arredra, cuando, puesto el cora-



Isabel I.–lám. 3.a

zon en Dios, me dejo guiar por sus santas inspiraciones. Solo temo una cosa en este mundo, que es obrar mal. Yo seré reina el dia que pueda serlo: dejadme conservar la frente pura de toda mancha, y digna de ceñir la corona. Que en su desgracia tenga Castilla al menos alguien á quien volver los ojos.

—Qué confianza puede tener en vos, si la abandonais, la primera vez que os demanda vuestro ausilio?

—La de que yo no falto jamás á mis deberes; la de que no me rindo á los halagos de la ambicion, ni provoco la cólera del Altísimo contra ella. Oh! señor arzobispo!-añadió la infanta, enjugándose una lágrima.-Ved este luto que llevo por mi hermano Alfonso. ¿No considerais su temprana muerte como un castigo de Dios, como una señal de que el cielo desaprueba la conducta de los que á mí os envian!

El arzobispo no podia replicar á este argumento, sin dar muestras de impiedad. Viendo la inalterable firmeza de doña Isabel, apretó los dientes, arrugó el ceño, y dijo con mal disimulado despecho:

—Está visto que me hareis quedar mal con todos los nobles, con cuya cooperacion he contado para realizar vuestro enlace con el ilustre príncipe de Aragon. No hay que esperar nada de ellos, y ahora que vuestro hermano triunfa, os impondrá su voluntad: ireis á ser reina de Portugal.

—No: mientras me viva D. Alonso Carrillo, confio en Dios que no sucederá eso, contestó la infanta con acento cariñoso. Además: ¿no me habeis dicho que Castilla implora mi ayuda? La tendrá: que nada teman esos grandes que me ofrecen el trono: únanse conmigo, y yo los volveré á la gracia de Enrique. Mandadles entrar.

El arzobispo titubeó algunos momentos antes de resolverse á presentarse vencido á sus amigos. Sin embargo, conociendo que era inútil toda resistencia, se encaminó á la puerta con pasos desiguales, y llamó á uno de sus servidores, á quien comunicó la órden de la infanta. Los coligados que aguardaban alli cerca, se precipitaron dentro de la estancia.

Doña Isabel les recibió en pié y saludándoles con afectuosas sonrisas conforme iban entrando.

—Señores, les dijo, señalando al arzobispo: nuestro ilustre prelado me acaba de manifestar vuestros sentimientos hácia mi persona, por los cuales os estaré agradecida mientras viva. Desde hoy no puedo dudar de vuestra lealtad y afecto. ¿Podré contar con ellos para todo?

—Si! si! gritaron los rebeldes.

—Pues bien: yo necesitaré algun dia de vuestro auxilio: cuando esto sea recurriré á vosotros, segura de que sois mis buenos amigos y de que no habreis olvidado la palabra que acabais de empeñar. Hoy solo deseo que os retireis tranquilamente á vuestros hogares, y puesto que os anima el celo de trabajar por el bien del reino, pues no de otro modo os habríais levantado contra nuestro único rey lejítimo don Enrique, yo os prometo trabajar con ahinco para obtener de mi hermano la reforma de los abusos que todos deploramos, y á fin de que os considere como buenos vasallos y dignos de su real gracia y favor.-Nada me repliqueis; añadió la prudente jóven, observando que algunos magnates murmuraban: el ofrecimíento que me habeis hecho por boca del señor arzobispo de Toledo acarrearia vuestra ruina, si fuese aceptado por mí; pues haria derramar inútilmente sangre preciosa, y me enajenaria la voluntad de las gentes. Toda vez que me amais, como lo demuestra el paso que habeis dado, no podreis querer mi descrédito, y acatareis mi resolucion, que es inalterable. Por lo demas, formulad vuestras quejas y agravios, entregad vuestras peticiones á nuestro prelado, y siendo justas, yo me encargaré de hacer que satisfaccion les sea dada.

Esta delicada repulsa en que tan bien habia sabido hermanar doña Isabel la dulzura y la enerjía, dotes sobresalientes de su carácter, desconcertó los planes de los nobles, sin dejarles recurso para insistir en su determinacion, ni para considerarse ofendidos. Los representantes de las ciudades, menos interesados que los magnates en la rebelion, y mas adictos á la paz, oyeron

con muestras de júbilo la contestacion, y esclamaron con entusiasmo:

—Viva Doña Isabel.-Viva la infanta!

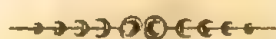
La diputacion besó la mano á nuestra heroina, la cual con una benevolencia estremada, dirijia la palabra á cada uno de los confederados, preguntándoles á veces por parientes, con lo cual acabó de cautivarlos. Asi es que todos se retiraron, si no contentos, confundidos y casi avergonzados de su proceder.

En la calle aguardaba todo el pueblo de Ávila, impaciente por saber el resultado de la conferencia. La noticia de lo que habia pasado cundió en seguida con rapidéz, y durante aquel dia no cesaron de oirse los vivas y las aclamaciones de admiracion.

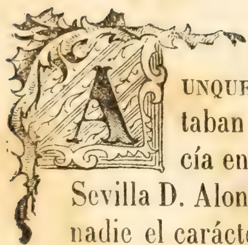




CAPÍTULO XVIII.



Perro viejo todo es tretas.



Aunque D. Juan Pacheco y los confederados contaban para promover un alzamiento en Andalucía en favor de doña Isabel con el arzobispo de Sevilla D. Alonso de Fonseca, éste, apreciando mejor que nadie el carácter de la infanta, y tal vez atraido al bando de la Beltraneja por la reina doña Juana, que, como ya sabemos, habia sido puesta bajo su custodia, y confinada en su castillo de Alaejos, se abstuvo de tomar parte alguna en aquella sublevacion, hasta tanto que se supiese el consentimiento definitivo de la ilustre interesada, y se retiró á Madrid, como á punto en cierto modo neutral, desde donde podia negociar, segun le conviniese, con D. Enrique ó con su hermana.

Mas no por esto habian dejado de llevar á cabo su plan los jefes de la rebelion: prescindiendo del arzobispo Fonseca, habian puesto en juego sus propias influencias con el conde de Cabra,

cabeza de la casa de Córdoba y con el duque de Medinasidonia, que lo era de los Guzmanes, y usando del nombre de D. Juan Pacheco, para con los dos yernos de este D. Alonso de Aguilar, señor de Montilla, y el duque de Arcos, mas conocido con el título de marqués de Cádiz, lograron que toda la Andalucía se levantára en masa por doña Isabel.

Una diputacion de aquel reino acudió á prestar homenaje á la presunta reina; pero era demasiado grande el triunfo moral obtenido por la modestia y la virtuosa abnegacion de nuestra heroina, para que ésta, cuyo buen juicio sabia reconocer todo el valor de su obra, dejase de rehusar los nuevos ofrecimientos de un trono, como habia desechado los anteriores.

Con efecto, podia decirse que la corona de Castilla quedaba indefectiblemente asegurada en las sienes de doña Isabel, no tanto por el derecho que á ella le daba la falta de sucesion de su hermano, cuanto por la voluntad nacional, que la reconocia como mas digna de reinar, desde que se negó á ello. En pocos dias circuló por todas partes la noticia de este primer paso dado por la virtuosa infanta en la senda de su vida pública, y á la manera de un rocío benéfico vertido por la mano de Dios en un árido campo, hizo germinar las semillas de honor y de hidalguía dispersas y casi destruidas en los pechos del pueblo castellano. Los grandes rebeldes, cuyos motivos de discordia eran justos, pero que se servian de ellos para encubrir intereses y miras particulares, no se atrevian ya á resistir el torrente de la opinion pública, y se agrupaban en torno de Isabel, mas bien como rebaños que buscan un asilo contra la tempestad, que como soldados del desórden alrededor de una bandera. Sin embargo, su propia conveniencia les obligaba á fortalecer á la que, de juguete de su ambicion, que quisieron hacerla, se habia constituido en protectora suya. La ciudad de Ávila llegó á ser en breve tiempo la córte de una reina, que tenia su trono en los corazones, y donde, si bien muchos hacian de la necesidad virtud, otros aceptaban con síncero entusiasmo el cambio pacífico de las circunstancias, y todos por interés ó por amor se adunaban para

salir airosos de sus anteriores compromisos.-Desde aquel punto que se negociaba con el rey, como desde una fortaleza inespugnable: los nobles y prelados reprodujeron sus quejas, no ya con la altanería de otro tiempo, sino con la mansedumbre propia de leales vasallos. En su representacion se lamentaban del favor que obtenian en el palacio real infieles enemigos de la fé católica, «é gentes incrédulas é blasfemas que afirmaban que otro mundo no hay, sino nascer é morir como bestia;» de que estaban al servicio de S. A. muchos moros, á los que se facian muchas mercedes, pagándoles el sueldo doblado que á los cristianos, mientras se dejaban morir en la esclavitud los castellanos cautivos en Granada. Recordaban la mala administracion de justicia, que puesta en manos de hombres venales é injustos, tenia perdido todo el reino; la fabricacion de moneda de baja ley consentida á particulares por algunos provechos, y por cuya causa preferian los tratantes cambiar cosas por cosas á tomar dinero por ellas; el quebrantamiento y revocacion de las leyes comprados con dádivas, el aumento de empleos y cargos públicos obtenidos por favor y cohecho «para robar los pueblos é súbditos,» y últimamente insistian con algun mayor ahinco en la necesidad de separar del lado de S. A. al duque de Alburquerque, de quien decian que deshonraba la persona y casa real, ocupando las cosas solamente al rey debidas, y concluian suplicando que, pues eran notorias la reincidencia de la reina en sus infidelidades, y la ilejitimidad de la niña doña Juana, «por ser bien manifiesto al rey non ser ella fija de S. A.,» se enviase á Portugal á la reina con su hija, solicitando de su Santidad el divorcio de aquella con el rey, y se declarase á doña Isabel princesa de Asturias y heredera del reino: con cuyas condiciones todos prestarian de nuevo el homenaje debido en manos de S. A. y se restableceria la paz tan deseada.

Difícilmente habria consentido la infanta en que se impusiesen al rey las últimas condiciones; pero á tal punto habian llegado las cosas, y era tan pública la infidelidad de la reina, que no habia ya medio de restituir á don Enrique una sombra al me-

nos de dignidad, sino provocando él mismo su diverticio. Disentíase, sin embargo, todavía esta parte del mensaje, que doña Isabel queria se dulcificára en los términos, dejando á su hermano la iniciativa de la determinacion propuesta, cuando se presentó en Ávila una embajada del rey, el cual ofrecia perdonar á los rebeldes, con tal que so redujesen á su servicio. Lamentable muestra de flaqueza, que dió nuevos bríos á los casi abatidos magnates, alentándoles para no ceder gratuitamente ante un monarca que aun vencidos les temia.

Doña Isabel despachó en seguida uno de sus servidores, Andrés de Cabrera, á Madrid con cartas para su hermano, proponiéndole una avenencia entre las partes, y pidiéndole una entrevista con ella, en un paraje de Castilla, donde sin riesgo de su persona ni temor de nuevos alborotos, pudiera conferenciar con los nobles confederados. El emisario llevó encargo de asegurar de palabra al rey, que las intenciones de la infanta eran benévolas y amistosas, que por su amor y el bien del reino, habia rehusado el trono que acababan de ofrecerla, y que todo su anhelo era estrechar con él los vínculos de cariño que debian unirlos, y trabajar por su felicidad en cuanto de ella dependiese.

Habia pasado tiempo durante estas negociaciones, y todos los interesados en el revuelto drama que se representaba en Castilla no cesaban de moverse, cada cual en el sentido que mejor le cuadraba. El maestre de Santiago, D. Juan Pacheco, estaba al lado del rey, en cuyas resoluciones influia, tal vez mas de lo que á este y á la tranquilidad del reino conviniera: veia todas sus intrigas convertidas en aureola de gloria para doña Isabel, y pugnaba por deshacer la obra involuntaria de sus manos. La familia de Mendoza se ocupaba en agregar secuaces al partido de doña Juana: la reina, conociendo que se levantaba contra su causa una rival mas poderosa y temible que ninguno de cuantos enemigos habia tenido hasta entonces, favorecida por don Luis de Mendoza, alcaide de Alaejos, de esta fortaleza se fué una noche á Buitrago, donde estaba su hija, trabajando en secreto

para derribar, siquiera fuese por medios violentos, al ídolo que acababa de erijir en su corazon el pueblo castellano. La Perpétua noche tambien se ajitaba mas que nunca en sus tramas tenebrosas, pues, como el infierno el dia de la redencion del jénero humano, se retorcia en los brazos de la desesperacion, al ver sus maquinaciones y las de su ajente D. Juan Pacheco, servir de escabel á una niña, que á todos vencia y humillaba con un sencillo rasgo de virtud. Fuera de Castilla, los pretendientes á la mano de la infanta, invitados por el marqués de Villena, se preparaban cada cual por su lado á solicitar con toda solemnidad un enlace que les ofrecia por dote un reino. Solamente doña Isabel permanecia tranquila en medio de esta jeneral efervescencia, y atenta á lo que mas pudiera convenir al bien comun; y únicamente respecto á un asunto que interesaba á su persona, se habia mostrado solícita. Sabedora de que el duque de Guiena la pretendia para esposa, no obstante su inclinacion á D. Fernando, aconsejada por su madre, y para no partir de lijero, habia enviado á Francia y Aragon á su capellan Alonso de Coca, para que *mirase* á los dos príncipes y se informase con gran solicitud de sus caractéres y costumbres.

Se acercaba la estacion en que la tierra, cargada de frutos, hace esfuerzos para engalanarse con las últimas flores del año, como una madre que desea parecer bien á sus hijos: los campos de Ávila ostentaban una vejetacion vigorosa, no matizada todavía por los poéticos tintes amarillo y rojo, que son presajios del otoño y del árido invierno. Era una de esas tardes deliciosas de setiembre, tan gratas en España, en que el sol no quema, y sin embargo, es agradable la sombra; y en que las auras juguetean torpes y vacilantes, como embriagadas por el aroma de la vid y el manzano. El astro del dia se ocultaba tras los montes, envuelto en un manto flotante de púrpura y oro, y la luna llena mostraba su faz pálida sobre la cordillera de Guadarrama.

En esta deliciosa tarde, que parecia convidar al reposo y á la dicha, dos hombres se paseaban debajo de unos árboles á orillas del Adaja: eran jóvenes ambos y vestian traje de caballeros.

—Deponed vuestro resentimiento, decia el mas bajo de ellos, cuyas cejas negras y juntas daban á sus facciones delicadas y bastante regulares, una espresion algo siniestra.–Nuestra amistad no debe ser alterada por el interés de una miserable criatura, de una infiel, á quien solamente nos une el secreto lazo que ámbos sabemos. Es verdad que en algun tiempo he suspirado por ella como un nécio;–todos tenemos nuestra época de inocencia,–pero en el dia os juro por la fé de caballero, que estoy completamente cansado de sus desdenes.

—No lo estraño, contestaba el otro, en cuyo rostro habria sido fácil reconocer el aire de la familia de Pacheco:-no lo estraño, si es cierto, como dicen, que habeis hallado mas amabilidad en otras rejiones.

El primer interlocutor arrugó duramente sus pobladas cejas; pero encojiéndose luego de hombros, repuso:

—Bien puede ser: mas esto es cosa que á nadie le importa.

—Le importa mucho á doña Juana, pues de resultas de eso, temo que sea muy difícil una avenencia, en que no salga ella sacrificada.

—Para hablaros de esto os he citado, señor marqués, no para pediros cuentas del amor de Jurifa ó Azhuma, como vos la llamais. La reina tendrá sus defectos, que no me cumple disculpar en este momento; pero ni su corazon está tan pervertido como se supone, ni es tan responsable de sus faltas que no merezca compasion.

—Decidlo á vuestro tio D. Alonso de Fonseca, que es el negociador nombrado por D. Enrique y que á estas horas está ya reunido con el arzobispo de Toledo y los demas confederados, para tratar del concierto. Él podrá tal vez influir con su elocuencia en la deliberacion, y salvar el honor de la reina.

—Me hareis creer que sois contrario á nuestra causa comun, D. Diego, ó que me guardais rencor. Pues bien, sabed que no es D. Pedro de Fonseca quien os habla, sino el número trescientos doce.

El jóven marqués de Villena se inclinó respetuosamente y repuso:

—Sea bajo el uno ó el otro carácter estoy dispuesto á escucharos y serviros.

—Escuchadme, pues: no ignoro que mi tio está resentido conmigo por mis devaneos de Alaejos; pero esto no es motivo para que el rey sacrifique á su hija.

—Su hija.... Eh?

—Su hija es menester que sea; y vive Dios, que si D. Beltran de la Cueva fuese tan valiente como ha querido aparecer en varias ocasiones, habria cumplido como hombre de honor, retando á singular combate á cuanto lo contrario sostienen, para dejar en el lugar que le corresponde la honra de la mujer á quien impusieron su amor, y borrar la mancha que ha caido sobre su hija.

—Eso habria sido muy caballeresco; pero, amigo D. Pedro, Beltranico no es como aquel famoso sueco de Quiñones, el de la puente de Orbigo que peleó con trescientos caballeros y de ninguno fué vencido, ni su conciencia está bastante tranquila, para fiar al esfuerzo de su brazo la justificacion de doña Juana.

—Estamos conformes; pero no se trata de semejante justificacion paladina. La reina se somete resignada al divorcio que se la quiere imponer, con tal que se reconozca por lejítima á su hija. Esto es lo único que desea, y no cree que vuestro padre se oponga.....

—Mi padre no se opone á nada; bien lo sabeis: acepta todas las circunstancias y se amolda á todas las combinaciones. Pero en estos momentos no puede hacer cosa de provecho: se le espera, es verdad, para oir su parecer en la conferencia, y esta noche debe llegar de Cadalio, á donde ha ido acompañando al rey, que aguarda allí á su hermana para reconciliarse con ella; pero, por una parte, es muy difícil y arriesgado en la actualidad el menor paso que se dé contra doña Isabel, y por otra, el rey está en estremo irritado y decidido á castigar á su esposa.

—El rey! ¿Tiene acaso voluntad el rey? Lo que disponga don Juan Pacheco, eso se hará.

—Pues bien: estad seguro de que D. Juan Pacheco dispondrá lo mas conveniente.

Los dos jóvenes continuaron hablando con mucho secreto, y al cabo de un rato se despidieron, quedando acordes en verse al otro dia en aquel sitio y á la misma hora. D. Diego Pacheco se dirigió á la ciudad, mientras su compañero se alejaba en direccion á un sotillo inmediato, donde halló á su escudero con dos caballos. D. Pedro montó en el uno, y amo y criado marcharon rio abajo hácia Cardeñosa.

El dia siguiente era el designado para terminar las capitulaciones que habia entabladas entre el arzobispo de Sevilla, por parte de D. Enrique, y los grandes confederados. Andrés de Cabrera, que disfrutaba el cargo de mayordomo de la casa real, habia sabido darse maña en su último mensaje al rey de parte de la infanta, para ganar la voluntad de aquel, y hacia las veces de mediador en estas negociaciones, ayudando en ellas á don Alonso de Fonseca. Pero la mediacion de un caballero tan adicto á doña Isabel no podia inspirar confianza al maestre de Santiago, el cual temia que acabáran de frustrarse sus planes y que en un todo redundáran en favor de su tio Carrillo. Por esto se habia apresurado á venir al lugar donde se celebraban los conciertos, á pesar de que su hijo tenia instrucciones suyas para contrariar ciertas resoluciones, y de que estas no habrian de ser valederas hasta tanto que el rey las ratificase.

Las conferencias tenian efecto en el palacio episcopal de Ávila, y ya estaban estendidos los artículos del acuerdo, en virtud del cual se habia de firmar la paz entre el rey y los grandes disidentes. Llevaban la voz como principales contratantes el ya mencionado arzobispo de Sevilla, y D. Alvaro de Estuñiga, conde de Plasencia. D. Juan Pacheco se presentó reclamando tomar parte como tercero en el tratado, y no fué posible negarle esta participacion, que uno y otro bando consideraba favorable

á sus intereses, atendido el doble carácter que habia sabido conservar el astuto magnate.

Sin embargo, pronto se conoció que el maestre era hostil á doña Isabel ó por lo menos enemigo de la paz. Leyéronse los primeros artículos en que se trataba de la reforma de los abusos introducidos en la administracion de la casa real y del gobierno, y fueron aprobados sin oposicion; el que disponia que la infanta fuese declarada princesa de Asturias y única heredera de Castilla, con esclusion de la niña doña Juana, no solo mereció la aceptacion, sino tambien los aplausos del maestre; pero al darse cuenta del que disponia que el rey solicitase su divorcio con la reina y que la hiciese salir de sus reinos, aquel se levantó y dijo:

—Estoy enteramente conforme con ese artículo; pero, en mi sentir, debe añadírsele una cláusula del mayor interés, tanto para la seguridad de su cumplimiento, cuanto para evitar una guerra.

—Decid cuál es esa cláusula, contestó el conde de Plasencia.

—Debe añadirse, que la reina no llevará consigo á su hija, y que esta quedará en poder del rey, para disponer de ella con nuestro acuerdo y consentimiento.

—No hallo inconveniente en que asi se diga, repuso D. Alonso de Fonseca.

—Yo si le hallo, replicó el arzobispo de Toledo con su habitual voz impetuosa; lo mas llano seria disponer que la hija de doña Juana fuese entregada á su padre, que estados tiene suficientes, para criarla con decencia.

—No creo, contestó el maestre, que pueda estar la niña en poder del duque de Alburquerque mas segura que en manos del rey. Además que para disponer de ella, seria necesario nuestro acuerdo y consentimiento.

—Es decir, repuso bruscamente el arzobispo: que vos, mi compañero Fonseca, y el rey, sereis los árbitros en cualquiera complicacion que sebrevenga, pues de nuestra parte queda solo el conde.

Estas palabras movieron un tumulto en la asamblea. D. Pedro de Fonseca se levantó para protestar contra ellas; ahogaban su voz los gritos de los rebeldes que componian el mayor número y apoyaban al Carrillo. El maestre permanecia en pié mirando á unos y otros, y sonriéndose con aire de compasion. Andrés de Cabrera gritó mas fuerte que todos y consiguió hacerse oir.

—Señores, dijo: permitidme una observacion.-No atribuyamos al señor maestre de Santiago intenciones que sin duda no ha manifestado. Yo creo que se puede admitir sus cláusulas, con solo añadir que nada disponga el rey sin acuerdo y consentimiento de doña Isabel. ¿Os parece bien, señor maestre?

Don Juan Pacheco, hácia quien se volvieron todas las miradas en este momento, se mordió los lábios, y sin dejar de sonreirse, contestó:

—¿Cómo ha de parecerme mal? Preguntadlo al señor arzobispo de Toledo.

—Estoy conforme: póngase asi, repuso el arzobispo.

Mientras el secretario añadia esta cláusula, D. Juan Pacheco se acercó el oido de D. Alonso de Fonseca y le habló con ahinco.

—Ya hemos tratado de eso, le contestó el arzobispo de Sevilla; pero nos ha parecido estraño á estas capitulaciones, y además cosa que debe hablarse antes con el rey.

—Yo sé la voluntad del rey sobre ese particular, y es que la infanta se haya de casar con quien el dicho señor rey acordare y determinare, y con nuestro acuerdo y consejo, repuso en voz alta el maestre: y es condicion sin la cual no aceptará S. A. el tratado.

—Pues bien, dijo el arzobispo Carrillo echando fuego por los ojos. Si tanta confianza mereceis del señor rey, podreis ir y decirle de nuestra parte que las capitulaciones quedan rotas.

Y esto diciendo, se abalanzó hácia la mesa donde estaba el contrato, y se apoderó de él.

Don Juan Pacheco, léjos de mostrarse indignado, como era natural, en vista de una oposicion tan violenta al asunto en que

él cifraba todos sus cálculos y sus esperanzas de triunfo, se cruzó de brazos con una serenidad estoica, y replicó:

—¡Válgame Dios! Es imposible hacer nada en paz con mi querido tio el señor arzobispo. No parece sino que somos enemigos mortales, y que nunca hemos tratado juntos de lo que mas conviene al bien comun.

La conducta violenta del arzobispo y la calma de su sobrino, influyeron de diferente manera en el ánimo de los nobles y prelados que habia presentes, los cuales se dividieron en dos grupos, hablando entre sí de modo que era imposible entenderse. Dudaban muchos acerca del partido que les convenia seguir: habiendo tenido por jefe durante mucho tiempo á D. Juan Pacheco, no podian creer que en esta ocasion se rebelase contra sus intereses y en favor de los del rey. Los que por esta causa vacilaban eran todos aquellos que no simpatizaban interiormente con la conducta noble y desprendida de doña Isabel, y á quienes por lo tanto, les importaba poco que se la sacrificase ó no á las miras políticas de su hermano.

Los que, por el contrario, habian sabido apreciar el rasgo heróico de la infanta, y los que estaban en el secreto de las negociaciones del arzobispo Carrillo para casarla con el rey de Sicilia, conocieron desde luego que el maestre queria imponerla una condicion tiránica, y deshacer al mismo tiempo el vínculo que los unia.

Con efecto, si don Juan Pacheco lograba introducir en el tratado el artículo que acababa de anunciar, doña Isabel quedaba enteramente á la merced del rey, ó mejor dicho era su propia cautiva, porque D. Enrique haria con ella lo que él dispusiese. Por este solo pacto la infanta perdia toda la libertad de obrar en el asunto de su matrimonio, y hasta renunciaba en favor de su hermano el apoyo que pudieran prestarle los grandes: el maestre, el arzobispo de Sevilla y el conde de Plascencia, eran los únicos árbitros de su destino, y aunque este último fuese adicto á ella, siendo uno solo y ambicioso, no seria difícil con dádivas:

si despues de firmarlo, seguia la inspiraciones de D. Alonso Carrillo ó se oponia á la voluntad real, quedaba sin fuerza el contrato en todas sus partes, ó por lo menos se autorizaba al rey para derogar los artículos que trataban de la sucesion del reino. Esto último era lo mas probable, y por consiguiente la lucha que no se habia podido empeñar entre los dos hermanos por el interés de la corona, llegaría á ser inevitable por causa del matrimonio. Cuando esto sucediese, hallándose la Beltraneja en poder de D. Enrique, no era difícil renovar sus pretensiones, que teniendo entonces mas probabilidades de écsito, serian tambien mas fuertemente combatidas por sus contrarios. Asi la guerra se hacia interminable, y los partidos, cansados de verter sangre, despertarian el ódio jeneral contra las personas que respectivamente defendiesen.

Tal era el blanco á que iban dirijidos los tiros D. Juan Pacheco, á parte de que aun obligando á la infanta á casarse contra su gusto, siempre le quedaban recursos para tener al reino en conmocion: casando á doña Isabel con D. Alfonso de Portugal, podia hacerse que éste renunciase el derecho á la corona de Castilla en su hijo, enlazándolo con su sobrina doña Juana. De uno ú otro modo el maestre aseguraba en sus manos el hilo de sus intrigas prócsimo á escapársele de ellas: y viendo por un lado la actitud del arzobispo Carrillo, y por otro la indecision de una parte de los grandes, se aventuró á decir:

—Lo que el rey solicita es justo, y solo puede negárselo quien tenga algun particular interés en el matrimonio de la infanta: puesto que se la declara heredera del reino, es consiguiente que se someta á la voluntad del que es su señor natural, y puede decirse su padre, en lo que atañe á la eleccion de esposo; pues de lo contrario, el reino iria á parar tal vez á manos que reprobase el monarca. Señores, si nuestra sumision á S. A. es síncera y leal, no podemos menos de concederle ese lejítimo derecho de su soberanía.

—Es muy justo! murmuraron algunos grandes.

—No es sino un ardíd, que yo y todos los mios combatiré-

mos con todas nuestras fuerzas, dijo á esta sazon un nuevo personaje, que habiendo entrado en la cámara del consejo al comenzar este incidente, habian permanecido escuchando junto á la puerta, sin llamar la atencion de los grande congregados, que estaban distraidos en sus debates.

Todos volvieron el rostro hácia el recien llegado, que era un guerrero anciano y respetable, de magnífica presencia y talle esbelto y no doblegado por el peso de los años: llevaba la mano izquierda vigorosamente apoyada en la guarnicion de su espada, y en la derecha un baston de mando: su orgulloso continente y lucidas arneses revelaban en él á uno de los mas poderosos grandes del reino.

—El Almirante! esclamaron á una vez con respetuoso acento varios de los nobles.

—Venís á tiempo, señor D. Fadrique, dijo el arzobispo Carrillo, mostrando al almirante un asiento á su lado.

Don Juan Pacheco temió que palideciéra su estrella. D. Fadrique Henriquez, almirante de Castilla y padre de la reina de Aragon, era uno de los jefes de mas prestijio sobre los confederados, por lo mismo que se dejaba ver pocas veces entre ellos, y porque á su inmenso poder y grandeza reunia un carácter noble y recto. Él y *el buen conde* de Haro, padre de D. Pedro Velasco, de quien se ha hecho mencion en esta historia, eran de los personajes mas acatados por sus virtudes y entereza–Ya sabe el lector que este D. Fadrique estaba de acuerdo con el arzobispo de Toledo, para casar á doña Isabel con D. Fernando.

Luego que el almirante hubo tomado asiento, le dijo el maestre.

—¿Tendréis á bien esplicarnos, señor D. Fadrique, como es que el rey se vale de ardides para disponer, como es justo, de la mano de su hermana?

—Yo no he dicho que el ardid sea del rey. Todos sabemos lo que S. A. dispone. Lo que sostengo es que la cláusula que acabais de anunciar no se incluirá en el tratado de paz, tal como ha sido espresada, ni los grandes que están presentes lo consentirán, sin ser ingratos y traidores á la noble infanta que les presta

su generoso apoyo. Si, señores, añadió con enerjía el almirante, faltaríais á la ley de caballeros y abjuraríais de los derechos que os conceden las leyes del reino si tal consintiéseis. Las princesas de Castilla no se casan sin el acuerdo de sus grandes; y ese artículo que se pretende introducir en las capitulaciones, os priva de ese prerogativa, y deja á doña Isabel sin amparo. ¿Es asi como debeis tratar á la mas digna heredera del trono de don Juan segundo?

Un rumor de aprobacion se alzó en la asamblea, que casi unánime se adheria al parecer del almirante.–Don Juan Pacheco no se dejó intimidar; y deseando sacar algun partido de su causa desesperada, repuso:

—Entendámonos, señores: no se trata de oprimir á la infanta, ni de imponerle la voluntad del rey: S. A. quiere únicamente que su hermana no escoja marido, que no sea de su agrado, y en esto usa de un derecho que cualquiera de nosotros tiene en su propia casa y familia. Para decirlo de una vez: algunos magnates pretenden darla esposa sin el beneplácito del rey; lo cual, si se verificase, podria muy bien privar á doña Isabel de su derecho á la corona. Ved aquí como nadie ha pensado en dejar á la infanta sin amparo, antes se quiere que no llegue á faltarle.

El almirante y el arzobispo de Toledo se consultaron en voz baja, y el segundo dijo, poniendo el tratado sobre la mesa.

—Veo que estamos todos acordes en el fondo de la cuestion, y que solo diferimos en la forma. Por consiguiente, siempre que se salve la libertad de eleccion de la señora infanta, no habrá disidencia entre nosotros.

—La libertad de eleccion..... murmuró D. Juan Pacheco: si, si, eso se sobre entiende.–Y acercándose al secretario, añadió:–¿A ver? Escribid.

Y dictó lo siguiente:

«Se concierta, otro si, de comun consentimiento, que la se-
«ñora infanta doña Isabel habrá de casar con quien el dicho se-
«ñor Rey acordare et determinare de voluntad de la dicha señora

«infanta, et acuerdo et consejo de los dichos arzobispo de Sevi-«lla, et maestre de Santiago, et conde de Plasencia.»

—Y de los demas grandes del reino, esclamó D. Fadrique.

—No hay necesidad de espresarlo, repuso el maestre, deteniendo la mano del secretario. Mediando la voluntad de la señora infanta, claro es que esta pueda elejir en su apoyo aquellos en quienes tenga confianza, para que acuerden con nosotros lo mas conveniente á su plena libertad. Incluirlos á todos; seria poner las cosas de modo que nunca llegásemos á entendernos.

—Yo creo, señores, que asi queda bien; dijo D. Alonso de Fonseca.

—Soy de la misma opinion, añadió el conde de Plasencia.

—Pues bien, repuso D. Juan Pacheco: una vez que todos estamos conformes, firmemos, y negocio concluido.–Ahora tengo que anunciaros que el señor Rey aguarda su querida hermana en el monasterio de Guisando: pasado mañana, lúnes; si os parece bien, podeis concurrir allí, donde todos prestarémos el homenaje debido á la ilustre princesa de Asturias: se ratificará el tratado, y no habrá mas discordia, que ¡por Dios! ya es tiempo de que vivamos en paz.

Luego que firmaron los tres magnates, se disolvió la asamblea. El maestre salió con su hijo el marqués de Villena, el cual le dijo:

—Mal negocio hemos hecho, pues habeis accedido á todo, y doña Juana queda escluida completamente.....

—Doña Juana! interrumpió el maestre. ¿Y qué me importa la Beltraneja.

—Ya; pero me habeis dado palabra.....

—De arreglar las cosas del mejor modo posible; y te aseguro que han quedado perfectamente.

—Si doña Isabel cumple el tratado, será reina á vuestro pesar.

—Si doña Isabel lo cumple, lo quebrantará D. Enrique, y si yo me empeño, ni él ni ella lo cumplirán. Déjame á mí, hombre; y no olvides que perro viejo todo es tretas.

Al anochecer de aquel dia se hallaban reunidos á orillas del

Adaja, D. Diego Pacheco y D. Pedro de Fonseca. Despues de haber conversado largo trecho, el segundo dijo rechinando los dientes.

—No se saldrán con la suya, vive Dios! ¿Pasado mañana, me habeis dicho, es la jura de la princesa?

—Justo, el lúnes.

—Sabeis donde parará doña Isabel?

—Si: Azhuma me ha dicho que ha resuelto hospedarse en la venta de Tablada.

—Está bien. Adios, D. Diego!

—Mas..... ¿Qué pensais hacer?

—El tiempo os lo dirá. No me pregunteis nada, porque me está vedado hablar.

Los dos caballeros se separaron. D. Pedro se encaminó hácia un paraje solitario debajo de los muros de Ávila. Un bulto salió de entre la sombras y se dirijió hácia él.

—Guardeos Dios, Abacuc! dijo D. Pedro. Traeis lo que os he pedido?

—Aquí lo teneis, contestó el judío, presentándole dos frascos de vidrio, cuidadosamente tapados.

—Dadme el uno, y ya sabeis para quien es el otro.

Dichas estas palabras, D. Pedro se alejó, buscó su caballo que estaba en un soto del rio, y partió hácia Cadalso. Abacuc se internó silenciosamente en la ciudad.

A la una de aquella misma noche, D. Diego Pacheco, cuyos celos no habian bastado á calmar las protestas de D. Pedro Fonseca, se paseaba pegado á los muros del monasterio de Santo Tomás. Al llegar á la puerta escusada que conducia al jardin, la vió entornada, y se deslizó suavemente por ella sin producir el menor ruido.

La luna estaba velada por algunas nubes, pero su escasa claridad permitió al jóven marqués percibir dos bultos que se movian entre los árboles: favorecido por la penumbra del callejon que mediaba entre el jardin y la puerta, pudo ocultarse y observar sin que le viesen. Pronto reconoció á Jarifa y Abacuc, que

hablaban con mucho misterio. La jóven parecia resistirse á ejecutar una órden que el astrólogo la imponia, y D. Diego la oyó decir:

—No: la infanta no es mi enemiga, ni á ella se estiende mi rencor.

El marqués se acordó de las palabras oscuras con que le despidiera D. Pedro Fonseca, y su corazon de jóven se sublevó contra la idea de un horrible crímen.

A poco la disputa entre Jarifa y Abacuc habia cesado: los dos se acercaron á la puerta, y D. Diego tuvo que contener la respiracion para que el judío no la sintiese en su rostro.

—Adios, Jarifa, le oyó decir: cumple tu deber: seis gotas en un vaso de agua..... Eso basta.

El astrólogo salió y Jarifa guardó en su seno un objeto brillante.

Al ir á cerrar la puerta, D. Diego la detuvo. La jóven reprimió un grito de sorpresa, y dando un salto se armó con un puñal, que llevaba oculto entre sus vestidos.

—Nada temais, Azhuma, dijo D. Diego.

—Ah! ¿Sois vos? repuso la mora completamente tranquila. Venid.

—Azhuma, todo lo he visto. Lo que ese hombre quiere de vos es infame, y vos no lo hareis.

—Lo que ese hombre quiere de mí lo manda la Perpétua noche. Pero vos tambien lo reprobais; ¿no es verdad?

—Si, lo repruebo Azhuma, y estoy dispuesto á impedirlo.

—No es menester, replicó Jarifa.

Y sacando de su seno un pequeño frasco de vidrio, lo arrojó léjos de sí. El frasco dió contra el tronco de un árbol y se rompió, salpicando varias plantas con el licor que contenia.

—Oh! noble criatura! esclamó D. Diego, tomando con efusion de amor una mano de la jóven. Por mí no temeis arrostrar las iras de la Perpétua noche.

—No arrostro nada, D. Diego, contestó Jarifa esforzándose por aparecer tranquila. Salid, salid!

Y sin soltar la mano del caballero le condujo hasta fuera de la puerta, y cerró precipitadamente.

Al otro dia, todas las plantas que salpicó el licor del frasco arrojado por Jarifa, estaban marchitas.



CAPÍTULO XIX.



De como puede ser nociva la gratitud.



La víspera del 19 de setiembre, dia de fausta memoria, porque en él se echaron los cimientos de la gran monarquía española y de la civilizacion moderna, llegaba un hombre, al parecer aldeano, á las inmediaciones del monasterio de gerónimos de Guisando, situado en las faldas de la áspera sierra del mismo nombre, en los confines de las dos Castillas. El sol caminaba á su ocaso, y las sombras de la empinada montaña, que se alza á espaldas del convento, se estendia ya sobre el ameno valle, cubriendo las viñas plantadas por los monges en torno al parage, donde aun ecsisten restos de los famosos monumentos romanos de toscas formas, designados por tradicion con el nombre de toros: veíanse estas enormes moles de piedra envueltas en la media luz de la tarde, y semejantes á fantasmas de animales titánicos raros, mientras mas lejos, hácia el mediodia y el oriente, se divisaban

perfectamente iluminados por los rayos del sol las verdes colinas de Cadalso, las frondosas riberas del Alberche, y en lontananza entre la húmeda neblina del rio y las copas de los árboles, la torre de la villa de San Martin de Valdeiglesias; por último, limitaban el horizonte hácia el norte las sierras de Avila.

El aldeano evitó el encuentro de varios pages de lanza y escuderos que se paseaban delante de la puerta principal del monasterio, y se dirigió hácia las huertas, que eran en aquel tiempo una mansion de delicias, donde los reverendos padres encontraban toda clase de frutas para su regalo y el de los viajeros que los visitaban. Dando la vuelta á la cerca que defendia dichas huertas por la parte baja, y entrando en los pinares, que cubrian la falda de la montaña, era posible entrar en ellas, aunque no sin despertar la vigilancia del hortelano.

Este, en efecto, al ver acercarse al desconocido rústico, lo gritó desde lejos preguntándole qué buscaba.

—Perdonad, buen amigo, contestó el aldeano; pero si no me engaño, sois el hermano Buendía, de quien se dice que no hay pobre á quien no ayude.

—Hem! gruñó el viejo hortelano, cuyo mal humor era proverbial en toda la comarca: os advierto hermano que, si venis á pedir, yo no tengo facultades para dar nada. Eso á la porteria.

—No es limosna lo que deseo, hermano, repuso el desconocido acercándose: hánme dicho que teneis mucho trabajo; vos contais ya algunos años de mas; yo soy jóven y robusto y pudierais emplearme en el cultivo de la huerta.

—Bueno seria eso, mozo; pero es menester proponerlo á los padres... A ver? Venid acá. ¿Qué sabeis hacer?

El aldeano se aproximó mas al hermano Buendía, y entabló con él una conversacion amistosa, de la cual resultó que ambos quedaron acordes en ser compañeros de oficio. Cuando el jóven desconocido hubo ganado la confianza del hortelano, le dijo:

—Mientras hablais á los padres, bien pudiérais hacer conmigo una obra de caridad.

—Cómo es eso? Ya os he dicho que yo no dispongo aqui de nada.

—Sin embargo, hermano; si quisiéseis, podríais dejarme cojer una cesta de fruta para hacer un regalo.

—Eh?.. Me gusta la idea. No señor: no se puede tocar á una azufaifa, ni cojer una uva; mucho menos ahora que está S. A. el rey en el monasterio, y es menester obsequiarle con lo mejor.

—Cabalmente por eso deseo que me hagais este favor. Mañana á mas tardar llegará aqui su hermana la señora princesa, y ya comprendereis que haciéndola un presente, ó bien á alguno de los señores que la acompañan, sacaré una buena propina, que me obligo á partir con vos.

—Malo, malo! Me quereis tentar por el interés: no señor; yo no me dejo sobornar: yo soy muy íntegro y muy fiel.

—No ha sido ese mi ánimo, repuso el aldeano sonriéndose: he querido mostraros que se agradecer los favores, que se me hacen, y que no pienso en mí solo, sino tambien en mis amigos. Con que me permitiréis?....

—No puedo..... Si los padres lo llegan á saber..... Nada, nada.

—Lo siento; porque no es fácil encontrar frutas como las vuestras en muchas leguas á la redonda.

—Eso si: la huerta de los PP. gerónimos tiene la bendicion de Dios: en ninguna parte se crian melocotones mas gordos, ni peras mas esquisitas; ni en todos esos contornos se hallará una granada, pero aqui las tenemos hermosas y dignas de la mesa del rey. Mirad, mirad.

Y asi diciendo, mostraba un magnífico granado, cuyas ramas se doblaban al peso de su fruta.

—No cabe duda que sois el mejor hortelano de España, hermano Buendia. Pues bien, oid: por media docena de esas granadas os doy un *enrique* de oro (*).

—Bien lo valen, contestó el hortelano, abriendo tantos ojos: pero no puedo venderlas.

(*) Moneda equivalente á unos treinta y ocho reales vellon.

—Os daré dos.

—¡Dos enriques! Me habeis engañado: no sois un pobre aldeano que busca trabajo.

—Eso no importa. ¿Me vendeis las granadas? Si, ó no.

—Esperad.... Dos enriques....! No las vendo: seria un cargo de conciencia.

—Tomad tres, y si no quereis, me marcho, replicó el supuesto aldeano echando á andar.

—¡Diantre! no seais tan vivo de jénio. Tres enriques......! Dadme cuatro, y cojed la fruta que os agrade.

—Ah! ya! En ese caso, no hablemos mas: cuatro enriques, son mucho dinero para un pobre múchacho que desea obsequiar á su novia. Quedad con Dios.

—Esperad! esclamó el hortelano, deteniendo al jóven. Ya me habia figurado que queríais la fruta para regalar á alguna moza; y por eso he dicho que me parece cargo de conciencia.

—Pues bien, hemos concluido......

—No: tomad, tomad lo que gusteis; pero no digais á nadie que la fruta es de aqui.

—Descuidad.

El fingido aldeano cojió lo que encontró mejor en la huerta, poniéndolo en una cesta que le dió el hortelano, entregó á este los tres enriques de oro y salió. Luego que estuvo en un paraje solitario y oculto de la selva, que se alzaba detrás del monasterio, sacó de sus bolsíllos un pequeño frasco de vidrio y un puñal, y escojiendo las frutas mas hermosas, les hizo en la corteza incisiones sutiles, é infiltró por ellas algunas partículas de un licor amarillo contenido en el frasco. Las granadas que llevaba eran un verdadero regalo régio, y en ellas se detuvo con mas cuidado, introduciéndoles el líquido por la flor.

Hecho esto, cargó con su cesta, y bajó al llano, dirigiéndose á la venta de Tablada, que se veia cerca de los famosos toros, al lado del camino de ambas Castillas. Era un edificio vasto y sólido, construido á la manera de las antiguas casas de solar, cuya fundacion debia remontarse al siglo XII ó XIII, y que pudo ser en

su orígen pertenencia de la noble familia que cedió á los monjes el territorio de Guisanda. Todavia conservaba saetias y troneras en los gruesos muros, encalados á trechos por manos profanas, algunas almenas rotas, y á los lados de su puerta gruesas jambas de piedra toscamente labradas. Sobre el dintel habia una pequeña imágen de S. Gerónimo, que indicaba ser el edificio propiedad del monasterio vecino, pero debajo de ella, y como objeto de la particular devocion del ventero, figuraba un S. Anton muy mal pintado en piel, con un mugriento farolillo delante. Penetrando en la venta, se encontraba un espacioso vestíbulo, cuyos techos, de viejo artesonado de encina, conservaban restos muy deteriorados de pinturas, figurando ciervos con fabulosas cornamentas, jabalíes azules, caballos y caballeros de todos los colores del arco iris y muchos mas. El ancho patio y las inmensas habitaciones de esta casa confirmaban la idea de haber sido en otros tiempos mansion señorial, la que ahora servia de posada. No lejos de ella habia algunas mezquinas viviendas, restos de un villorrio.

El aldeano llegó á la puerta, y se detuvo fijando sus miradas en un punto lejano del camino hácia el norte, como si esperase la llegada de alguna persona; pero no viendo á nadie, pasó adelante llamando al ventero. Este se presentó en seguida, y á su aspecto quedó sorprendido el rústico, y procuró disimular su turbacion.

—¿Qué se os ofrece? preguntó el ventero.

—Mirad, contestó el aldeano, ahuecando la voz: os traigo las mejores frutas que se crian en Castilla. Podreis comprármelas, y hacer un buen negocio, vendiéndolas caras á vuestros huéspedes.

—A ver? á ver? Son buenas y frescas, repuso el ventero, ecsaminando las frutas. Cuanto pedis por ellas?

—Os las daré baratas.-Mirad: hay aqui algunas que pueden presentarse á la princesa de Asturias.

—No digo que no: si nos arreglamos, probablemente las co-

merá esta noche, porque la estamos esperando. Con que decidme cuanto valen, que estoy de prisa.

—Dadme un enrique de oro y quedaos con ellas.

—Un enrique de oro! Si estuviese todavía en la venta del *Puerco cebado*, os lo daría; porque allí no se encontraba una guinda por un ojo de la cara; pero aquí, que tenemos las huertas del monasterio que son la gloria de Dios..... No, no: diez reales de plata os doy, que ya es bastante.

—Dadme lo que querais, y acabemos, replicó el fiingido aldeano.

—Leandra! gritó el ventero, llamando á su mujer.

Nuestra conocida, la ventera del Puerco-cebado acudió á la voz de su marido.

—Que se os ocurre, maese Bonifacio? dijo la desenvuelta moza.-Y fijando la atencion en el aldeano, añadió:

—Yo he visto esa cara en otra parte.

—Qué has de haber visto? replicó Bonifacio.

—Te digo que sí: pero no puede ser: aquel otro era un hidalgo..... ¿No te acuerdas? El que te dió los diez ducados por ir á Segovia.

—Tienes razon, que se le parece.

El villano permanecia entre tanto con los ojos bajos, dominando la turbacion que le causaba el ecsámen impertinente del ventero y su mujer.

—Ea! dijo con áspera voz. Despachadme pronto, pues la noche se nos viene encima, y tengo que ir á Cebreros todavía.

—Oye, Leandra, dale á este hombre diez reales de plata, y guarda esas frutas. Mira que hermosas son, añadió Bonifacio, pesando con la mano las mas gruesas. Estas para obsequiar á la princesa, (¡Dios la bendiga!) Pónlas aparte, y no te las comas, golosa. Quiero que vea doña Isabel que somos agradecidos, pues ya sabes que desde que estuvo en nuestra casa, todo nos florece, y gracias á ella hemos podido cambiar aquella perrera del Guadarrama por este palacio.



Isabel I.-Lám. 10.

—Tienes razon, marido, contestó Leandra.

Y pagando al supuesto villano, que se alejó sin aguardar á ser objeto de mas pesquisas, tomó la cesta y se internó en la casa, murmurando:

—Buena es la princesa; pero no tiene mejor boca que yo.

Bonifacio salió á la puerta, para mirar con ahinco hácia el camino de Ávila, por donde esperaba ver llegar á doña Isabel: habia recibido aviso, á fin de que tuviese dispuesta una habitacion para la infanta, y el buen hombre se impacientaba, temeroso de que no se realizase su fortuna.

Era ya cuasi noche, cuando observó que salia mucha gente del monasterio, y aunque la distancia y la poca luz no le permitian distinguir bien las personas, le pareció que el rey estaba entre ellos.

Con efecto, D. Enrique acababa de saber que se habia divisado á lo lejos la comitiva de su hermana, y salia á verla llegar, tal vez con ánimo de recibirla cordialmente en sus brazos. Estaban con él todos sus amigos habituales, entre ellos los señores de la casa de Mendoza, que no aprobaban la reconciliacion del rey con los rebeldes, y eran adictos al partido de la guerra: reprobaban, además el concierto que iba á celebrarse con doña Isabel, pues aunque no conocian aun sus bases, sabian lo bastante para presumir que seria desfavorable á la causa de doña Juana, que apoyaban abiertamente.

—No se puede negar que mi hermana se ha portado muy bien, Santillana, decia el rey al marqués de este título, y te confieso que tengo deseos de verla.

—Ciertamente que su conducta es apreciable, señor, contestó friamente el marqués; pero no ha hecho mas que cumplir con su deber.

—Y te parece poco? Yo me contentaria con que todos hiciesen otro tanto.

—Si nuestro consejo saliera, no habria quien os faltáre al respeto. Pero dejando esto aparte, lo que yo veo es que la infanta está rodeada de vuestros enemigos, los cuales os imponen

la ley. Lo que ha hecho vuestra hermana, ¿no puede considerarse mas como un rasgo de política, que como un acto de sumision?

—Hombre, hombre, no ecsajeres las cosas. Si mi hermana no se hubiese sometido á mí, en lugar de venir los rebeldes á reconocer mi autoridad, tendríamos otra como la de Ávila y Olmedo.

El marqués se encogió de hombres y repuso:

—Enhorabuena sea! No os fieis sin embargo de esos grandes que vienen á rendiros acatamiento.

—Cómo?..... sabes algo?

—Es un consejo que os dá mi prevision.

En esto se vió bajar á los llanos la numerosa cabalgata que acompañaba á doña Isabel.

—Héla allí! esclamó el rey: cabalga bien mi hermana. Pero, que diablos! No parece sino que viene á sitiarme. No ves, Mendoza? Trae un verdadero ejército. Calla! ¿Y quiénes son aquellos que se apartan de su comitiva y se dirigen hácia nosotros?– Si no me engaño son el maestre de Santiago y el arzobispo de Sevilla..... Si, ellos son: tambien creo reconocer á mi mayordomo Cabrera. Vamos, respiro. Don Juan Pacheco nos traerá noticias de esa buena gente, y nos dirá si es de paz ó de guerra. Digas lo que quieras, Mendoza, tengo horror á la guerra.

Don Juan Pacheco y las demas personas nombradas por el rey se acercaban á todo correr de sus caballos hácia el monasterio, seguidos de otros caballeros, mientras doña Isabel con su comitiva continuaba descendiendo á la llanura. No tardó en llegar el maestre á donde estaba D. Enrique, el cual le dijo:

—Veamos, D. Juan, veamos: ¿qué tenemos? Supongo que haremos las paces.

—Todo depende ahora de V. A., contestó el maestre echando pié á tierra.

—Si de mí depende, no habrá discordia. ¿Qué es menester hacer?

—Señor, tendremos que hablar despacio: aqui os traigo una

copia del tratado, que habreis de ratificar. Entre tanto los confederados han resuelto quedarse por esta noche en la Tablada y Navahondilla, y esperan que mañana les daréis vuestro perdon, y declararéis á la señora infanta heredera del reino.

—Insisten en esa condicion! esclamó con ímpetu el marqués de Santillana.

—Paz! paz! marqués, dijo el rey: eso era cosa convenida.- Y volviéndose á D. Juan Pacheco, añadió:-En ese caso, nada hacemos aquí: vamos adentro y hablaremos.

Doña Isabel pasaba en este momento por delante del monasterio: saludó con el pañuelo á su hermano, y éste le contestó afablemente; despues de lo cual se retiró con sus amigos.

La presencia de Andrés de Cabrera impedia al maestre y al rey entenderse con entera franqueza. Entraron ambos en un aposento, y hablaron largo rato sin testigos.

—El asunto es grave, D. Juan, dijo el rey, despues de leer el tratado. Héme aqui otra vez en una situacion como en la pasada de Segovia.

—Pues bien, acordaos de lo que entonces os dije. Nadie sabe lo que pasará mañana. Sufrid ahora las ecsigencias de esos señores, que ocasiones no faltarán de sujetarlos. Por de pronto se os declaran vasallos, lo cual seria imposible si no accediéseis á sus pretensiones. Prometedles todo lo que pidan, y despues tiempo habrá de ir rebajando poco á poco, hasta que no quede nada.

—Si, ya estoy en eso: pero si declaro á mi hermana princesa.....

—Y como no hacerlo?

—Es claro. Pero, hombre, tú no te acuerdas nunca de lo otro... La Beltraneja.....

—Descuidad. Vuestra hermana os desobedecerá muy pronto, si yo no me engaño, y entonces.....

—Ah! lo del matrimonio. Y en que estado está eso? Aquí no se habla de otra cosa: no parece sino que ya está todo hecho.

—Ahí teneis la confirmacion de mis pronósticos. Oponeos al matrimonio que concierta mi buen tio, sin contar con vos para

nada, y estad seguro de que pronto será nulo cuanto aqui se haga.

—Tienes razon, y asi lo haremos.

—Además, añadió el maestre, sacando una carta y presentándola al rey.-Ved aquí lo que me escribe el arzobispo de Lisboa.

—Qué dice? á ver?

—Me participa que vuestro cuñado el rey D. Alonso, está decidido á pediros solemnemente la mano de la infanta doña Isabel, y á prestar su ayuda á su sobrina doña Juana, con tal que esta se enlace con el príncipe su hijo.

—Qué coincidencia! esclamó el rey apartando indolentemente la vista de la carta. Lo mismo que nosotros habíamos pensado.

—Es decir, lo que vos pensásteis; no cabe duda que sois un gran político.

—Pues bien, hombre, bien. Y cuando envia su embajada nuestro cuñado?

—Ved el final de la carta. El arzobispo se pondrá en camino muy pronto, si no lo ha hecho ya, lo cual es muy posible.

—Perfectamente. Pero, dime, Pacheco: ¿Todo esto no será orígen de nuevos enredos y trastornos? Podré acostarme á dormir tranquilo, y no soñar con ejércitos de rebeldes y otros embelecos que me quitan la salud?

—Podeis vivir confiado en mí. Ahora no es como antes: venga lo que viniere, me teneis á vuestro lado, y ya sabeis que á mí no me arredran los peligros. Gracias á vos, soy doblemente fuerte, y puedo desafiar al mundo entero que contra vos se levantase.

—Gracias, D. Juan, eso me tranquiliza.

El resto de la velada se pasó en concertar los medios para llevar á cabo al dia siguiente la ejecucion de los principales artículos del tratado que no admitian demora, y la reconciliacion de los grandes con el rey.

Entre tanto doña Isabel reposaba de las fatigas de su viage,

conversando con sus amigas y servidores mas adictos. Contábanse entre las primeras, además de nuestras conocidas, algunas nobles dueñas de avanzada edad y carácter respetable, que se le habian unido en Ávila, y Mencia de la Torre; modesta y linda jóven rubia, educada desde niña al lado de la infanta.–Jarifa estaba tambien á su lado, gozando del tierno afecto de su señora, que la consideraba con la solicitud del artista, que tiene entre sus manos un magnífico trozo de mármol de Paros, prócsimo á ser convertido por su habilidad en una brillante estátua. Doña Isabel no habia renunciado un momento á la idea, que concibiéra desde un principio, de hacer á Jarifa cristiana, y estaba segura de conseguirlo con los dulces atractivos de su ejemplo y trato. Para presentarse á su hermano, á quien se afeaba el favor que dispensaba á los infieles, habia dispuesto que la mora vistiese el bello y honesto traje de los castellanos, con el cual se realzaba notablemente su natural hermosura.

En toda la venta se notaba un movimiento solícito que acompaña siempre á la presencia de las personas de alto rango, á quienes se sirve con amor y alegria. Bonifacio estaba fuera de sí de puro gozo, y andaba de una parte á otra dando disposiciones para la cena, y deseando que le mandasen, pero sin hacer nada de provecho. Su mujer, mas activa y juiciosa, se movia menos, pero atendia infatigable á todos los quehaceres.

Ya se hallaba dispuesta la mesa de la infanta, en cuyo centro cuidó Bonifacio de colocar las mejores frutas compradas aquella tarde, que él mismo habia cuidado de escojer por su mano, haciendo notar estas circunstancias á las personas de la servidumbre de doña Isabel. Esta se sentó á cenar, y al punto recompensó los afanes del sándio ventero, que arrimado á la puerta de la estancia, escuchó de sus lábios los elogios que ambicionaba. Pero en aquel momento la turbacion y el espanto se sucedieron súbitamente á su regocijo: unos gritos agudos, en los cuales reconoció la voz de Leandra, le anunciaron que era víctima de alguna desgracia.



CAPÍTULO XX.

Los toros de Guisando.

El amor conyugal no fué mas activo que la caridad para acudir al socorro de Leandra. Doña Isabel, que en los momentos de peligro ageno, se olvidaba completamente de su persona y rango, al oir los gritos angustiosos de la ventera, se levantó de la mesa, y estaba al lado de aquella antes que Bonifacio: todas las personas que la acompañaban y servian, corrieron en pos de ella imitando su ejemplo.

Leandra se hallaba sentada, con el rostro desencajado, y presa de horribles convulsiones.

—¡Dios mio! Dios mio! mi pobre mujercita! Qué le ha pasado á mi Leandra! esclamaba el ventero dando vueltas alrededor, desatentado y aturdido.

—¡Serenidad! serenidad! dijo la infanta. Esto será un dolor que se pasará pronto. A ver? Ayudad á esta pobre mujer para que repose en su lecho.

Jarifa estaba junto á la enferma, y la miraba con fija atencion.

—¿Qué ha comido esta mujer? preguntó.

—Qué ha de haber comido la pobrecita? contestó Bonifacio. En todo el dia no ha hecho mas comida que el desayuno, y á mi me ha sentado perfectamente.

—No, repuso Jarifa, haciendo un jesto de repugnancia al sentir el aliento de Leandra. Esta mujer ha tomado un tósigo....

—¡Un tósigo! esclamaron aterrados los circunstantes.

—La fruta..., la fruta..., balbuceó Leandra.

—¡San Anton bendito! Ha comido la fruta, y Dios la castiga por golosa! prorumpió llorando Bonifacio.

—¿Pero no habrá remedio? dijo doña Isabel.

—Si, todavia puede ser tiempo, contestó Jarifa.-A ver? Traed huevos y una escudilla.

Bonifacio echó á correr, lijero como un gamo, y volvió á poco, trayendo lo que se le habia pedido. Jarifa rompió tres huevos, y dió á beber la clara á la enferma, que no tardó en sentir los maravillosos efectos de la albúmina, como antídoto el mas eficaz para neutralizar la accion de los venenos. Leandra se tranquilizó lo bastante para poder ir á acostarse sin ausilio de nadie, y con gran satisfaccion de todos los que presenciaban esta escena. La infanta se volvió á Jarifa, y quitándose un collar de perlas, le dijo:

—Toma, y guarda esta prenda de mi cariño, en premio de tu buena accion.

Jarifa se arrodilló conmovida, y tomó el collar, besando la mano de la infanta.

Leandra espresó sus temores de que todas las frutas que habia en la mesa de doña Isabel estuviesen envenenadas, manifestando que ella solo habia comido una manzana, y á poco habia sentido un trastorno espantoso en su naturaleza. Pidiéronse esplicaciones, tanto á ella como á Bonifacio, acerca de la procedencia de aquellas frutas; pero no fué posible saber con certeza quien era el villano que las vendió, y se dispuso enterrarlas para que nadie las aprovechase.

La noche se pasó sin otro incidente que merezca referirse. Jarifa estuvo al lado de la ventera, procurándole los ausilios que su estado requeria, y por las esplicaciones de esta, comprendió la mora, que el autor de aquella tentativa criminal habia sido su antiguo amante D. Pedro Fonseca, el cual obraria instigado, bien por la Perpétua noche, bien por su imprudente celo en favor de doña Juana y su hija.

El dia siguiente amaneció claro y sereno, como si Dios se complaciese en hermosear la aurora del mas glorioso reinado que ha ecsistido en España. El campo intermedio entre el monasterio de Guisanda y la Tablada ofrecia el espectáculo mas animado. Multitud de operarios se ocupaban en levantar un tablado y cubrirlo de ricos tapices, en presencia del numeroso acompañamiento de caballeros y soldados que habian venido siguiendo á doña Isabel y á los grandes, y de muchas gentes que acudian de todos los pueblos del valle. Sobre el cadalso se colocaron dos sillas y una mesa cubierta con un tapete de brocado, y encima de ella el libro de los Evangelios abierto, delante de un crucifijo.

Ya el sol radiaba esplendente casi en la mitad de su carrera, cuando el sonido de las trompas y clarines llenó con su armonía vigorosa el dilatado llano, levantando mil murmullos, que se confundieron en uno solo para convertirse despues en un religioso silencio..Por la colina del monasterio bajaba el rey á pié, vestido con su trage largo de córte, acompañado de sus grandes y precedido por dos maceros y dos heraldos: iban con él además algunos monges y uno de sus secretarios llevando en la mano el tratado de paz. De la venta salia al mismo tiempo la infanta con su numerosa comitiva de nobles, con sus damas y el arzobispo de Toledo, que no la abandonaba.

Los dos bandos avanzaron magestuosamente hasta encontrarse en la mitad de la llanura, y cerca del tablado; pero en aquel momento, doña Isabel, despreciando toda fórmula ceremoniosa, marchó hácia su hermano, que al verla se apresuró á tenderle los brazos. La infanta le dió los suyos, y esclamó:



Isabel I.-Lám. 7.ª

—Feliz puedo llamarme hoy que os veo reposar sobre mi corazon, hermano mio!

—Bien venida seais, hermana, contestó el rey con aquella sequedad invencible que era la espresion necesaria de su espíritu gastado y frio.

El maestre de Santiago, el secretario de D. Enrique y algunos otros grandes se agruparon detrás de su señor, mientras al lado de doña Isabel se colocaban sus damas, el arzobispo de Toledo, el conde de Plasencia y el almirante Henriquez.

—Vamos, señores, vamos arriba, dijo el rey señalando el cadalso. Despachemos pronto.

No cansaremos al lector con largos detalles de las ceremonias que en aquel campo memorable se celebraron. El rey y la infanta tomaron asiento en las sillas que para ellos habian sido preparadas. Las damas de doña Isabel ocuparon su puesto detrás de ella, el arzobispo Carrillo, el conde de Plasencia y el almirante se pusieron á su izquierda: D. Juan Pacheco, el arzobispo de Sevilla, el secretario y otros caballeros, á la derecha del rey. Los demas grandes formaban círculo al pié del tablado, y los hombres de armas separaban de aquellos á la multitud del pueblo. Los ministriles á caballo impusieron silencio con el toque agudo de sus trompetas, y los heraldos mandaron escuchar.

El secretario se adelantó y leyó en alta voz el artículo del tratado, segun el cual se obligaba D. Enrique á declarar á su hermana princesa de Asturias y única heredera legítima de los reinos de Castilla y Leon. El rey se levantó, y acercándose á la mesa, puso la mano sobre el Evangelio: doña Isabel se colocó á su lado, y el arzobispo de Toledo le tomó el juramento en estos términos:

—Jurais por Dios nuestro señor, uno y trino y por su gloriosa madre Santa María, reconocer y sostener á vuestra hermana la señora doña Isabel, que está presente, como princesa de Asturias y heredera de estos reinos?

—Si juro, contestó el rey.

—Jurais por la salvacion de vuestra alma que doña Juana, hija de la reina vuestra esposa, no es hija vuestra; ni como tal tiene derecho á heredar de vos la corona de Castilla y Leon?

—Si juro, dijo el rey con voz débil.

En seguida tomó el prelado la mano de la princesa, y poniéndola sobre el libro sagrado, la hizo jurar á su vez que acataría las leyes del reino como heredera de él, y sostendria sus legítimos derechos, debiendo respetar y obedecer al rey su señor, en lo que no contrariase á la voluntad segun los tratados y en cuanto no fuese opuesto á las leyes mismas que debia cumplir. Hecho esto se volvió al rey, á quien pidió la vénia para la aclamacion, y obtenida que fué mandó á los heraldos gritar:

—Viva el señor rey!-Viva la señora princesa!-Viva la legítima heredera de los reinos de Castilla y Leon!

Los grandes y el pueblo contestaron con entusiasmo á esta triple aclamacion, y en seguida los primeros fueron llegando de dos en dos á prestar juramento de fidelidad y á besar la mano al rey y á la princesa, que habian recobrado sus respectivos asientos.

Concluida esta larga ceremonia, se leyeron los demás artículos del tratado, y habiendo mostrado su conformidad, el rey, que no pensaba en disimular su cansancio, se levantó diciendo:

—Si os parece, señores, iremos á reposar, y esta noche examinaremos todo eso detenidamente.

—Os ofrezco, si gustais, señor mi palacio de Cadalso, repuso el maestre de Santiago. Allí estareis con mas comodidad.

—Bien pensado es eso, dijo D. Alonso Carrillo, marcando con intencion sus palabras. Asi, tal vez, sabremos el parecer del señor marqués de Santillana, sus hermanos y deudos, que presumo no dejarán de estar allí al lado de S. A.

—Estraño es en verdad, añadió D. Fadrique Henriquez, que no hayan concurrido á esta jura los señores de la casa de Mendoza, siendo los depositarios de la niña doña Juana.

—Señores, respondió el rey: me inclino á creer que Santillana y sus parientes acatarán lo que yo determine. Tranquili-

zaos, pues, y que la ausencia de esos buenos amigos no altere nuestra concordia.

Dicho esto, D. Enrique tomó de la mano á la princesa y bajó con ella del cadalso. Ya les aguardaban sus caballos ricamente enjaezados, como tambien los suyos á todos los grandes y demas personas de ambas comitivas, que acto contínuo emprendieron su marcha hácia el inmediato lugar de Cadalso entre las aclamaciones de la multitud.

El rey, la princesa y sus mas inmediatos amigos se hospedaron en el palació de D. Juan Pacheco, edificio gótico, construido al poniente de la poblacion donde hoy está el de los duques de Frias, y guarnecido como una fortaleza. Despues de haber comido, volvióse á tratar de los asuntos pendientes, entre D. Enrique y su hermana, los arzobispos de Toledo y Sevilla, el maestre de Santiago y los condes de Plasencia, de Benavente y de Miranda.

No obstante la predisposicion pacífica de D. Enrique, D. Juan Pacheco hizo que se acalorasen los ánimos en tales términos, que doña Isabel creyó prudente retirarse con sus amigos á pasar la noche en la Tablada. Sin embargo, el rey firmó el tratado, sin enmendar nada, y su hermana espresó su intencion, de no quedarse en el palacio del maestre, en términos corteses y de suerte que á nadie pudiera ofender. —Son muchas, dijo, las personas que me acompañan, y aunque conozco los buenos deseos del señor maestre, no puedo consentir en serle molesta, quedándome esta noche en su casa.

—Oh! señora! esclamó D. Juan Pacheco: la casa es grande, y á Dios gracias, no faltan medios para albergar á todos.

—Quedo agradecida á vuestras bondades señor maestre, y aunque no dudo que podeis hospedarnos á todos, estando solo mi señor hermano, será mejor atendido. Lo hago por él.

—Sea como gusteis, replicó don Juan. En ese caso permitid que os acompañen algunos de los mios.

El maestre llamó en seguida á su hijo D. Diego, y hablándole en secreto, le dijo:

—Toma diez ó doce hombres de armas y acompaña á la princesa. Si se queda en la Tablada despídete de ella, y no te apartes mucho de aquel lugar. Si durante la noche hiciesen algun movimiento sus gentes, obsérvalo; y si ella misma se marchase, avísame y síguela.

Doña Isabel se despidió de su hermauo hasta el otro dia y se retiró con su gente y la del marqués de Villena.

El maestre llamó en seguida á D. Enrique y le dijo:

—Vuestra hermana es el lazo con que podeis tener atados á los rebeldes. ¿Qué pensais hacer de ella?

—Hombre, haremos lo que te parezca.

—Me parece que lo mejor es tenerla guardada.

—No te entiendo. Prenderla seria un disparate.

—No se trata de eso: como heredera del reino, debe estar á vuestra disposicion. Mandadle que os siga.

—Y á donde la llevaremos?

—A donde esté segura. Por ejemplo, á mi villa de Ocaña.

—Bien, eso haremos.

—Además conviene pensar en repartir algunas mercedes: al conde de Plasencia podeis hacerlo duque de algo, y al mayordomo Cabrera se le puede nombrar alcaide de Segovia.

—Que me place! Así me vengaré de esos Arias, que tan mal se han portado en la tenencia de aquella ciudad.

Durante este tiempo, el marqués de Santillana, sus hermanos el obispo de Sigüenza, y los condes de Tendilla y de Coruña, con otros caballeros, entre los cuales nombraremos al jóven don Pedro de Fonseca, estaban reunidos á puerta cerrada en una celda del monasterio de Guisando.

—El rey ha puesto el sello á su deshonra, decia D. Diego Hurtado de Mendoza; pero nosotros seremos leales á su pesar, y no consentiremos que prevalezca nada de cuanto hoy se ha hecho. La princesa doña Juana está en nuestro poder, y no habrá fuerza ni autoridad que nos la arrebaten. Formaremos un muro con nuestros pechos en torno de la princesa, y la pondremos en el trono sobre nuestros hombros.

—Yo, hermano, dijo el obispo D. Pedro Gonzalez, seguiré vuestra bandera, pero dudo que sean muchos los que nos ayuden: tanto escándalo se ha dado ya, que la causa de la infeliz princesa doña Juana, no es nada popular.

—Nos ayudarán todos los hombres que tengan en algo la dignidad del trono, y esto nos basta. Por otra parte, yo cuento con el maestre de Santiago y su hijo el marqués de Villena; cuento con todos esos nobles que se arriman al sol que mas calienta, y cuento, en fin, con las armas de Portugal, que no sufrirá se deshonre á la hermana y á la sobrina de su rey. Las cosas han llegado á un punto en que es forzoso quitarse la máscara del disimulo, y luchar abiertamente contra la usurpacion. La causa de doña Juana no es popular, porque no tiene campeones que la defiendan. Salgamos al palenque, arrojemos el guante, y el mas valiente es el mejor.

—Es cierto, repuso D. Pedro de Fonseca. No podemos quejarnos de la fortuna, mientras no la tentemos. La reina tiene toda su confianza puesta en nosotros, y no seríamos nobles y caballeros si la abandonásemos sin pelear. Retemos á esa caterva de esclavos, que se arrastran cobardes á los piés de doña Isabel.

—Señores, dijo el marqués de Santillana. Ya que estamos reunidos, empecemos haciendo algo. No basta para mostrar nuestra reprobacion á los actos ejecutados hoy el que hayamos dejado de asistir á ellos. Es necesario protestar solemnemente.

—Si, si! es preciso! esclamaron los demás.

—Pues bien, esperad, dijo el marqués.

Y tomando un pergamino y pluma, escribió:

«La siempre leal la casa de Mendoza, y con ella todos sus deudos, allegados y amigos, protestan delante de Dios y de los hombres, contra los actos solemnes celebrados por el rey D. Enrique y sus parciales, y la infanta doña Isabel y los suyos, en el campo de los Toros de Guisando, hoy 19 de setiembre del año 1468. Declaran indigno de la magestad real el otorgamiento hecho por el dicho señor rey de sus derechos hereditarios á la corona de Castilla y Leon en favor de la dicha infanta su

«hermana, y en perjuicio de su legítima hija la princesa doña «Juana. E por ende juramos que no reconocemos la sucesion «otorgada á doña Isabel, á quien haremos guerra como usurpa-«dora. E sostendremos todo lo susodicho, é desde hoy para siem-«pre retamos y desafiamos á quien lo contrario dijere, como á «felon y traidor á su rey é á su patria.»

El marqués leyó á sus parientes y amigos este presuntuoso cartel, que fué muy aplaudido, y luego dijo:

—Esto es menester clavarlo esta noche en la puerta de la habitacion de doña Isabel. ¿Quién se encarga de ello?

—Yo! exclamo D. Pedro de Fonseca tomando el cartel.

—Iremos todos, dijo D. Iñigo Lopez.

En seguida salieron atropelladamente del convento, y se encaminaron hácia Cadalso. Era una noche de luna bastante clara, pero nebulosa. Cerca de la venta de Tablada los nuevos rebeldes encontraron á D. Diego Lopez Pacheco, el cual les dijo donde se aposentaba la princesa.

—Tanto mejor, contestó D. Pedro de Fonseca: nos ahorra mas de la mitad del camino.

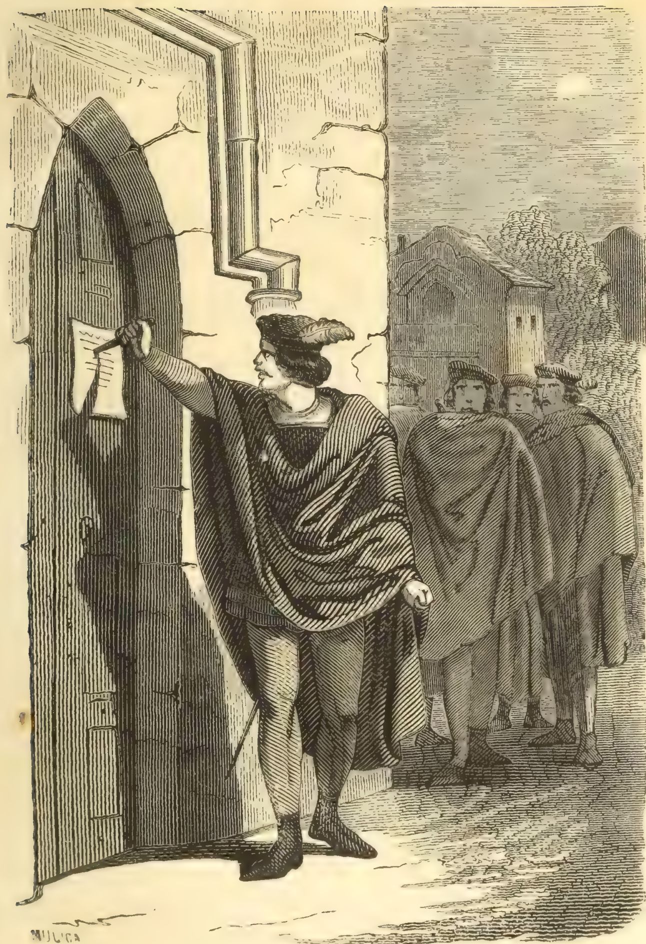
Y saltando del caballo, se embozó en su capellar, y seguido de otros seis, se dirigió á la venta.

Luego que estuvo cerca, suplicó á sus compañeros se detuviesen, y adelantándose solo hasta la puerta, pasó el cartel con su puñal y lo clavó en ella.

Por la mañana entregaron á doña Isabel aquel pergamino. La princesa lo leyó sonriéndose, y mandando á Beatriz de Bobadilla guardarlo en su equipage, dijo:

—Los Mendozas rebeldes!..... Qué ocurrencia! Cuando yo sea reina, he de sacar de su familia alguno de mis consejeros.

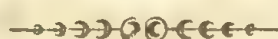




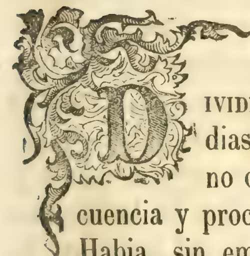
Isabel I.–Lám. 9.ª



CAPÍTULO XXI.



De un regalo que recibió la princesa, y otras cosas que verá el lector.



IVIDIDOS en dos cuerpos permanecieron algunos dias los amigos de D. Enrique y doña Isabel, no obstante que estos se comunicasen con frecuencia y procurasen acelerar la fusion de las voluntades. Habia, sin embargo, elementos de discordia suficientes para impedir que se estableciese la paz en sólidas bases, y no faltaba quien cuidase de mantener vivo el fuego de las pasiones, aprovechando al mismo tiempo los nuevos gérmenes de division y descontento.

El rey habia obtenido de su hermana el consentimiento de seguirla á Ocaña, villa del maestrazgo de Santiago, y por lo tanto perteneciente á D. Juan Pacheco, y este que, como ya sabemos, fué el que aconsejó esta medida, habia hecho cundir la voz, por medio de sus gentes, de que D. Enrique trataba de sujetar á la princesa, para imponerla su voluntad. Hablábase sin

la menor reserva de su proyectado enlace con el rey de Portugal, enlace que se sabia la repugnaba, pues ya lo habia rechazado terminantemente una vez, y sin embargo se guardaba con ella el mas profundo silencio sobre este particular, como si se quisiese dar á entender que no se hacia ningun aprecio de su repugnancia ó beneplácito.-Llamaba la atencion, por otra parte, la circunstancia de haberse unido á la córte la familia de Mendoza, cuya protesta contra los actos realizados en los Toros de Guisando era un hecho público, á la vez que permanecia en su poder y guarda doña Juana la Beltraneja, sin que el rey, á pesar de haber sido amonestado por el conde de Paredes y otros grandes, pensase en recojerla, segun lo tratado, ni menos en solicitar su divorcio con la reina.-Inferíase de aqui que D. Enrique no estaba dispuesto á cumplir su palabra empeñada, y que solo se habia comprometido para contemporizar con los rebeldes y privarles del mas poderoso medio de accion, apoderándose de la princesa.

Y asi era la verdad: pero D. Juan Pacheco, no contento con haber infundido estas sospechas, dió un paso mas para producir el convencimiento, haciendo que el rey quebrantase espresamente el pacto. Era una de sus estipulaciones que, olvidando todo lo pasado, se conservase á cada cual de los grandes y nobles en el puesto que antes de la rebelion le correspondiese, y en los que durante ella hubiesen ocupado. Una de las familias de quien mas resentido estaba el rey, era la del arzobispo de Segovia D. Juan Arias, cuyo hermano D. Pedro disfrutaba la tenencia de aquella ciudad: procedia su resentimiento de antiguas desavenencias, por las cuales los hermanos Arias entregaron la plaza el príncipe D. Alfonso, como se dijo en su lugar. Ensañarse contra esta familia, que habia prestado el último servicio á los rebelados, y que estaba estrechamente relacionada con el el arzobispo de Toledo, era dar el paso mas impolítico, descubriendo un rencor mezquino en el pecho del rey, que habiendo jurado perdonar, faltaba precisamente á su palabra y trato contra sus mas inmediatos ofensores. Pero asi se daba con mas rui-

do la voz de alarma, y se atacaba á los amigos del principal caudillo de la rebelion, y esto era lo que mas convenia al maestre de Santiago. Faltábale introducir la discordia entre los partidarios de doña Isabel, y al paso que persuadia al rey que quitase á Pedro Arias Dávila y á sus deudos la tenencia de Segovia, le aconsejaba la diese con la alcaidía del alcázar al mayordomo Andrés de Cabrera: por medio de esta hábil combinacion, se prometia D. Juan Pacheco ganar la voluntad del fiel amigo de la princesa, de cuyo lado le apartaba desde luego para favorerecerle.

Conforme lo propuso el astuto valido, asi se hizo. Pedro Arias fué llamado al palacio del maestre, y detenido en él, se le obligó á firmar la entrega de la ciudad y fortaleza á su sucesor, á quien se dió la órden de ir á tomar posesion de su destino. Andrés de Cabrera no podia negarse á obedecer al rey, pero á pesar de su deber y del honor y ventajas que le resultaban de este adelanto, pasó á consultar la voluntad de la princesa.

Esta se hallaba en aquel momento en secreta conferencia con su capellan Alonso de Coca, el cual acababa de llegar de su largo viage. Sentada junto á una mesa, con la barba apoyada en la palma de la mano, escuchaba con la mayor atencion á su amigo, que la decia:

—La eleccion no puede ser dudosa para vuestra señoría, como no lo ha sido para mi señora la reina vuestra madre, ni para mí. El príncipe francés, ni por su persona, ni por su carácter es siquiera comparable al bizarro príncipe D. Fernando: enfermizo y débil, es además contrahecho de las piernas, y blando de ojos, de tal manera que ni resiste el calor ni la fatiga; la agitacion de un torneo basta para quebrantar su salud escasa, y mal podria soportar los duros trabajos de la guerra.

—¡Enfermizo y contrahecho! repitió la princesa. ¿Y su carácter....?

—Cual puede ser el de un hombre doliente, que por su nacimiento es superior á todos, y que, sin embargo, tiene que envidiar al último de sus servidores. Además, señora, el duque de

Guiena se ha criado en la córte suspicaz é hipócrita de su hermano, lo que ha comunicado á sus modales un tinte repugnante de sombrío disimulo que de ningun modo podemos sufrir los que estamos acostumbrados á la leal franqueza castellana. Es el carácter del príncipe una mezcla de flaqueza y orgullo, de concentrado despecho y crueldad cobarde, que aleja de él todas las simpatías y le hace inaccesible hasta á los halagos de la adulacion.

—¡Basta, basta! exclamó doña Isabel, resistiéndose á oir el exagerado retrato que hacia del príncipe francés, Alonso de Coca.—¿Sin duda no se le parecerá mi primo D. Fernando?

—Seguramente no. Es un arrogante jóven, derecho y bien formado, ágil á pié y á caballo, y siempre apto para la actividad y la fatiga. Cuando me presenté en su campo, se disponia para combatir á los enemigos de su padre, que capitaneados por el duque de Anjou venian contra Cervera. ¡Cuánto me acordé de vos en aquellos momentos! Si hubiéseis estado en mi lugar, habríaisle visto en consejo en medio de sus capitanes, que el mas jóven pudiera pasar por su padre: le habríais oido hablar á los ancianos con respeto sin menoscabo de su dignidad, y discurrir con la profundidad y el acierto de un general encanecido en los campos de batalla.

—Oh! esclamó la princesa. Decidme la verdad, amigo mio, y nada mas que la verdad. D. Fernando es el héroe de mis sueños desde que la casualidad nos hizo encontrar en el camino de Segovia aquel soldado que nos habló de sus hazañas. Mi imaginacion me lo finge bello y noble á la manera del Cid campeador: si despues de conocerle apareciese á mis ojos diferente del hombre que imagino, mi corazon padeceria mucho. Asi pues no me oculteis sus defectos, si los tiene, porque he decidido no dar mi mano sino al original verdadero del retrato que hay grabado en mi entendimiento: quiero un esposo fiel, valiente, emprendedor, sediento de gloria, de virtud y de justicia, y que sea capaz de identificar su alma con la mia.

—Todo eso es de esperar de vuestro ilustre primo, contestó

Alonso de Coca con acento de conviccion, á pesar de que no creia fuese tan perfecto el príncipe como doña Isabel lo deseaba.– ¿Quereis que os dé una muestra de su bello carácter? continuó: pues bien, oid. Cuando me presenté á su alteza para saludarle en nombre de su ilustre abuelo el señor almirante, al punto me mandó sentar á su lado, como ahora se digna consentirlo vuestra señoria, y á las pocas palabras me habló de vos.

—¡De mí!

—¡Oh! y con cuanto placer le escuché hacer el mas bello elogio de mi señora!– «En medio del estruendo de las armas- me dijo, ha llegado hasta mí la clara fama de mi amada prima, como si un rayo de sol hubiese penetrado á través de una tempestad. Si volveis á Castilla, decidla que su generoso desprecio de la corona que la han ofrecido, ha llenado de gozo mi corazon, recordándome la noble conducta de Fernando el Grande, mi heróico abuelo, el conquistador de Antequera, el que tambien rehusó la misma corona, para mantenerla en las sienes de su so, brino, y padre de ella.»

—No me digais mas. Fernando piensa como yo, siente como yo, y como yo busca el pasto de su alma en el recuerdo de los héroes. ¡Oh! Ayude Dios nuestra union, y el leon castellano despertará de su letargo.

—Confio en Dios que os ayudará, señora, repuso el capellan, escitando por grados el entusiasmo de la princesa. Vuestra union con el jóven príncipe D. Fernando ha de ser la base del engrandecimiento de Castilla, y la aurora del dia suspirado en que flote triunfante para siempre el sagrado estandarte de la cruz. Dios habla á los corazones generosos, y les inspira nobles ideas, que son los presagios de sus altos designios. Esa prediccion con que mirais á vuestro primo sin conocerle, ¿qué es sino un presentimiento del favor de Dios? Ese lazo misterioso de dos corazones grandes, únicos tal vez en su clase entre todos los que hoy alientan, ¿no es prenda de una predestinacion providencial, de un porvenir venturoso que ya se agita, próximo á nacer en el seno del Altísimo? Porque, señora, tal vez no habeis pensado en una cosa:

la union de Aragon y Castilla debe reproducir en grande escala el feliz suceso que realizó en su tiempo la virtuosa reina doña Berenguela; debe robustecer las fuerzas de la cristiandad, como en el reinado de San Fernando, haciendo de ambos reinos uno solo, grande y temible con el enlace de los poderes y las voluntades.

—¿Y podeis creer que no he pensado en eso, amigo mio? No se me ocultan, no, las ventajas políticas de esa alianza, y ellas son el estímulo mas vehemente para dar vigor á mi decision. Con ellas creo poder inclinar las miras del rey mi hermano hácia mis simpatías; porque aun antes de que el fallezca, espero fortalecer su autoridad deprimida, y asegurar la paz á sus postreros años.

—Noble aspiracion es esa, y Dios la premiará. Pero aun no he concluido de daros cuenta de mi encargo, y no dudo que os será grato lo que me resta deciros.

—Hablad, hablad!

—Mi coversacion con vuestro ilustre primo se prolongó desde el momento en que se trató de vos, y como S. A. no disimulaba la complacencia con que me oia referir vuestros elogios, llegué á contarle hasta el lance aquel que os ocurrió el dia que huísteis de Madrid. Le dije como conquistásteis la Alhambra de Granada en la sierra de Guadarrama....

—Hicísteis mal: se habrá reido de mí, creyéndome una niña informal y casquivana.

—Lo que pensó de vos no lo sabré decir: solo puedo aseguraros que, lejos de reirse, me oyó con grave silencio, no me contestó una sola palabra, y solo al separarnos me previno que antes de partir para Castilla fuese á despedirme de S. A.

—Y entonces, ¿qué os dijo?

—Me entregó una caja para vos, en memoria de vuestra conquista de la Alhambra, y héla aquí.

El capellan sacó una cajita de madera de sándalo chapeada de oro, que era obra de los mejores artistas catalanes, y la presentó á doña Isabel.

—¿Qué es esto preguntó la princesa, tomándola y apresurándose á abrirla con la curiosidad propia de toda mujer.

—Es un regalo que vuestro escelso primo ha hecho labrar para vos á sus propios enemigos.

Una exclamacion de sorpresa se escapó de los lábios de doña Isabel. La caja contenia un collar magnífico de perlas y piedras preciosas, el cual rodeaba á una hermosa granada de filigrana de oro, guarnecida de diamantes y rubíes, y coronada por una cruz.

—¡Oh! ¡Qué delicado presente! dijo: ¡qué deliciosa alegoría....!

—¡Y qué pensamiento tan feliz..! añadió el capellan. ¡Quiera Dios que esa granada traiga otra mas preciosa á vuestras manos!

Doña Isabel tomó la joya, y besando la cruz que habia sobre ella, con transportes de júbilo, esclamó:

—Bendita sea la mano que aqui te puso, signo de redencion! No se cierren mis párpados hasta que yo te vea sobre aquella Granada donde hoy moran los últimos enemigos de mi fé y de mi patria! Si algun dia descansa en mis sienes la corona de Castilla, yo te juro llevarte en triunfo hasta mas allá de los mares.

—¡Ojalá cumplais pronto vuestro juramento! dijo enternecido Alonso de Coca; y sea en union con el mas insigne príncipe que hoy existe en Europa.

En este momento se oyó fuera de la estancia la bronca voz del arzobispo de Toledo, que parecia disputar con Andrés de Cabrera.–De pronto se abrió con ímpetu la puerta, y apareció en ella el primado, seguido de su familiar Alonso de Palencia, del conde de Paredes, y su hermano Gomez Manrique, jóven poeta y caballero al servicio del arzobispo. Venian detrás, con mas mesura y respeto, el jóven alcaide de Segovia y un noble aragonés, rubio y de bella presencia, el cual se detuvo á la entrada, esperando la órden de adelantarse.

—No lo consentiré, no! entró diciendo el arzobispo. Si piensan que lo tratado es un juego de niños, se equivocan: ó han de cumplirlo como se debe, ó volveremos á los campos de Olmedo.

—¿Qué es esto, mi respetable amigo? preguntó la princesa. ¿Qué sucede?

—Qué sucede!-Venid, Cabrera, y decid á la señora princesa lo que sucede.

Andrés se adelantó y hecha una profunda reverencia, dijo:

—Señora, el rey me ha confiado la tenencia de Segovia y su alcázar.

—Privando de ella á mis amigos los Arias! interrumpió don Alonso Carrillo. Pero yo no lo consiento, porque esto es una indigna venganza, una infraccion de lo tratado hace ocho dias. Verdad es que el rey está resuelto á faltar á su palabra en todo, pero yo tambien lo estoy á impedirlo.

—Sosegaos, ¡por Dios! señor arzobispo, dijo la princesa. No demos escándalo, mientras podamos evitarlo. El rey quita un puesto á uno de nuestros amigos, para darlo á otro que no lo es menos. ¿Perdeis algo en el cambio?

Al hablar asi doña Isabel, sabia que usaba el lenguaje debido al carácter interesado del arzobispo, quien convencido con el peso de la razon de utilidad que acababa de darle la princesa, repuso:

—No niego que sea tan amigo nuestro Andrés de Cabrera como Pedro Arias, ni desconozco que nadie podria reemplazar á este con tanta ventaja para nosotros como el sugeto nombrado; pero sabed que lo que se quiere es dar el primer paso para quebrantar lo pactado. Mañana os faltarán á vos misma á la fé jurada, y para que no llegue ese caso, debemos impedir todo mal precedente.

—Yo, señora, dijo Andrés de Cabrera, he venido á recibir vuestras órdenes, decidido á guiarme por vuestro consejo: si me mandais obedecer, obedeceré; si es vuestra voluntad que renuncie, dejaré el puesto á otro.

—No, contestó la princesa: mi voluntad es que acateis las órdenes del rey: sean cuales fueren debeis obedecer.

Y como viese que el arzobispo se disponia á replicar con su acostumbrada energía, se inclinó á su oido, y le dijo:

—Lo que el rey ha hecho, hecho se quedará; y si Andrés de Cabrera renuncia el puesto que le dan, podrá tomarlo un enemigo nuestro.

—Eso es verdad. Pero, señora, ¿debemos sufrir que se viole un tratado reciente? ¿No estais viendo que vuestro hermano se olvida de las estipulaciones juradas, como si á nada se hubiese obligado? ¿No intenta guardaros como prisionera en Ocaña? ?No está concertando vuestro enlace con el rey de Portugal, sin daros cuenta siquiera de lo que tanto os interesa? Oh! no dudeis que, si ahora empieza por vengarse del alcaide de Segovia; pronto concluirá por imponeros su voluntad, quitándoos hasta el título de princesa heredera que tan merecido teneis.

—Descuidad, el rey no dispondrá de mi mano contra mi voluntad, ni de él depende levantar el pleito homenage que me ha prestado la grandeza castellana. De lo primero es suficiente garantía mi palabra, porque yo lo he dicho, y mi espíritu está ya decidido: la lealtad de los nobles me responde de lo segundo. Mas para que esta no me falte, procurad no cansarla: no agoteis su calor natural en sostener derechos de poco momento, porque podríais hallarla fria cuando se tratase de cosas mayores.

El arzobispo quedó admirado de la certera penetracion de la princesa, y no replicó; pero dijo sin embargo:

—Con efecto, conviene guardar nuestra energía para cosas mayores, con tanto mas motivo cuanto no está lejano el momento en que necesitaremos desplegarla toda. Dentro de poco, á pesar de nuestra decision, sereis violentada, no lo dudeis, privándoos de todo derecho en la eleccion de esposo.

—En qué os fundais para creerlo así?

—Señora, dijo á esta sazon el conde de Paredes: no se habla de otra cosa en la córte de vuestro hermano. Además el mio, que está presente, ha recibido cartas de Portugal que anuncian una solemne embajada para solicitar vuestra mano.

—Y yo, añadió Alonso de Palencia, tengo noticias de Francia, que afirman lo mismo respecto al duque de Guiena.

—Ni el duque de Guiena, ni el rey de Portugal obtendrán

mi mano. Pero...., añadió la princesa en voz baja: observo que nos está escuchando un estranjero. ¿Quién es ese sugeto?

—Ah! esclamó el arzobispo: es un embajador del rey de Aragon: el condestable Pedro de Peralta, que os trae un mensage de su señor.

—Acercaos, condestable, dijo la princesa: los amigos del rey de Aragon son mis amigos, y no deben estar tan léjos de mí.

Pedro de Peralta se acercó, y dobló una rodilla ante la princesa, que le dió su mano á besar.

—Nunca mas honrado y feliz que en este momento, he llegado á verme, nobilísima señora mia, dijo el condestable: oir llamarme amigo á V. A., por serlo de mi señor el rey de Aragon y Navarra, es ver colmada la medida de mis mas ardientes deseos.

—Esta voz no me es desconocida, dijo para sí doña Isabel. Y añadió en voz alta.—Si no me engaño, no es esta la primera vez que me hablais. ¿Habeis estado antes de ahora en la córte de mi hermano?

—Si, señora, contestó Peralta sin desconcertarse. Hace tres años vine á Madrid á solicitar vuestra mano para el príncipe de Viana; pero no recuerdo haber tenido la dicha de hablaros. Hoy mas afortunado, me presento á vuestra señoria para ofreceros la corona de Sicilia con la persona del príncipe don Fernando mi señor; y espero que será grato á vuestros ojos un enlace, que debe estrechar los vínculos de dos reinos siempre amigos, católicos ambos, fuertes y llamados á constituir la mas poderosa monarquía.

—No trataré de ocultaros mis sentimientos, condestable, repuso la princesa: el ofrecimiento que, en nombre de mi amado primo, me haceis, es grato á mi corazon. Asi podeis decirlo á vuestro señor, asegurándole que á nadie considero tan digno como él de llamarse mi esposo. Sin embargo, para daros una respuesta definitiva, debo antes consultar la voluntad del rey mi hermano; porque deseo estar de acuerdo con él en todo, y mantener la buena armonia que hoy nos une. Además necesito obte-

ner el consentimiento de los principales grandes del reino, á fin de que en ningun tiempo desconozcan la autoridad de mi marido.

—Es muy prudente vuestra determinacion, señora, replicó el condestable; pero antes de decidirme á hablaros he consultado á esos mismos grandes, y todos los que no están ligados con don Juan Pacheco aprueban este enlace. Tambien he procurado explorar el ánimo del señor rey vuestro hermano, y siento deciros que se opone á daros gusto.

—Sin embargo, dejad eso á mi cuidado: el rey no será indiferente á mis observaciones.

—Os engañais, dijo el arzobispo. El rey está hoy subyugado por los consejos de mi sobrino, y no os atenderá. Digo mal: empleará, si es necesaria, la violencia, para apartaros de ese enlace.

—Pues bien, repuso doña Isabel: dejad que recurran á la violencia no la temo, antes al contrario la desafiaré, seguro de vencerla, cuando se presente. Pero entre tanto, no quiero ser avara de consideraciones, ni miramientos hácia mi hermano. Yo no puedo responder hoy mas que de mis propias inclinaciones. Segun ellas, condestable, ya os he dicho lo que debeis contestar á mi amado primo: podeis añadir, que le doy mi palabra de ser suya, ó no ser de ningun otro, siempre que corresponda su carácter á las noticias que de él tengo, y que jamás he faltado ni faltaré á lo que prometo.

—Gracias, señora! esclamó el condestable. Vuestra palabra me basta para volver contento á los pies de mi príncipe, que estoy seguro escuchará con vivo placer la amable contestacion que os dignais confiarme.

—No ireis solo condestable, aguardad unos dias y os acompañarán algunos de mis amigos.

Pedro de Peralta besó de nuevo la mano de la princesa y salió, despues de haber prometido guardar sus órdenes. El arzobispo preguntó á doña Isabel:

—¿A quién pensais mandar y con qué objeto á la córte de Aragon?

—Lo espero arreglar con vos: es menester que vayan á Zaragoza dos ó tres de nuestros amigos de mas confianza para que esploren bien las pretensiones de D. Juan II, y en caso necesario acuerden lo que convenga tratar, con arreglo á las disposiciones que les daremos.

—Es muy bien pensado.

—Si: aunque mi corazon se inclina á D. Fernando por una secreta simpatía que yo misma no me sé esplicar, aunque puedo deciros que solo á él concederé gustosa mi mano, sin embargo, no olvido que á esta mano vá unida un reino, que es mi primer amor; y si este hubiese de padecer menoscabo, si alguno de los intereses de Castilla debiera salir perjudicado, en ese caso renunciaria yo á la felicidad de mi vida y sacrificaria gustosa mis inclinaciones en las aras del bien comun.

—Admiro vuestra prudencia y obligacion, y procuraré secundar el sentimiento de justicia y patriotismo que os anima. Sin embargo, no creo que haya inconveniente alguno en que designemos desde luego las personas que deben desempeñar el delicado encargo que proponeis. Mi capellan Alonso de Palencia es hombre hábil, es un sábio que además merece toda mi confianza, y puede ser uno de los comisionados.

—Lo acepto desde luego, contestó la princesa.

—El capellan dió las gracias, inclinándose respetuosamente.

—Otro de ellos, añadió doña Isabel apresurándose antes que hablase el arzobispo, será mi amigo Gutierrez de Cárdenas.

—Escelente sugeto, repuso el arzobispo: y si os parece podrá acompañarle mi mayordomo Gomez Manrique.

—No me opongo, que vaya nuestro poeta.

—En este caso, pues, bastan los tres, pudieran partir mañana mismo.

—No, contestó la princesa: primero necesito hablar á mi hermano... Nada temais, añadió, observando el mal gesto que po-

nia el arzobispo, seré prudente, y no le diré nada mas de lo que deba decir.

Doña Isabel mostró á sus amigos, despues de esto, el galante regalo del rey de Sicilia y mandó llamar á sus jóvenes damas, para oir su voto acerca de aquellas joyas. Beatriz de Bobadilla y Mencia de la Torre se presentaron y la primera que ya se habia enterado del nuevo destino conferido á su amante, pasó junto á él para decirle en voz muy baja: «Quiero hablaros.» Pero no pudo tanto su disimulo, que dejase de apercibirse la princesa de esta indicacion.

—No os detengais Andrés, dijo esta última: ya sabeis mi voluntad: cumplidla pues no dudo que obedeciendo al rey podreis continuar prestándome importantes servicios.

Andrés de Cabrera se despidió protestando que su lealtad seria siempre y en todas partes invariable, y mirando á Beatriz con muestras de inteligencia salió.

Era ya casi anochecido. Andrés se encaminó á espaldas de la ventana con ánimo de esperar allí un momento favorable para hablar á Beatriz: parecíale justo demorar pora lgunas horas el cumplimiento de las órdenes que habia recibido, á fin de no partir sin despedirse antes de la que amaba. Pero como es achaque de enamorados rehuir la publicidad de sus actos, nuestro caballero se ocultó entre los arbustos de un sotillo que alli cerca crecian á la orilla de un arroyo. Poco tardó en observar que no estaba solo: á corta distancia de él divisó las sombras de dos personas que hablaban con intimidad. Como el acaso le favorecia, creyó no ser indiscreto escuchando su conversacion; pero era tan íntima y seta, que apenas pudo percibir algunas palabras aisladas. Sin embargo, conoció á los dos interlocutores y se enteró de lo que trataban: eran aquellos Jarifa y Abacuc.

—El maestre, decia este último, sabe mas que nosotros de lo que pasa: tú le revelas noticias, que nos ocultas, y debes responder ante nuestro jefe de la falsedad de tu conducta. Por otra parte, sigues favoreciendo las pretensiones de Pedro de Peralta: hoy mismo te he visto hablar con él en secreto.

—Nécio! exclamó la mora. ¿Puedo, acaso, evitar las confidencias del aragonés? Y no es necesario que las escuche si he de informaros de todo? Por lo demas, estoy pronta á responder á cuanto de mi exija Abiabar; pero, entiéndelo bien, solo á él daré satisfaccion de mi conducta.

La conversacion siguió en voz tan baja, que nada mas pudo entender Andrés de Cabrera. Le bastaba lo dicho, sin embargo, para saber que la princesa tenia una espía temible á su lado, la cual comunicaba sus secretos con el maestre de Santiago y con un jefe de los judíos llamado Abiabar; y resolvió en su interior sacar partido de esta revelacion casual, procurando entretanto no alarmar á los que acababan de hacerla. Con este objeto se retiró á un punto oscuro junto á las paredes de la venta, y aguardó que los dos confidentes misteriosos se separasen.

Pocos momentos despues vió á Jarifa, que, con pasos ligeros y cautelosos, se encaminaba á la venta, y saliéndole al encuentro, le dijo:

—De enamorados es, hermosa Azhuma, espiar las ocasiones y aprovecharlas, y puesto que vos, si no me engaño, sabeis los peligros que arrostra un pecho amante, no estrañareis que os tome por medianera de mis amores.

—Ah! esclamó la mora disimulando su turbacion: ¿con que nos habeis visto? desde cuando estábais aqui?

—He llegado en el momento que os separábais de vuestro amante, y bendigo mi buena suerte, pues no dudo que, compadecida de mí direis á mi amada doña Beatriz que aguardo sus órdenes en este paraje.

—Sereis servido, señor caballero, contestó Jarifa; y en cambio espero de vuestra hidalguía guardareis el secreto de mis amores.

—Mal podré revelarlo, cuando no conozco siquiera al dichoso favorecido.

—Algun dia os diré su nombre. Ahora dispensadme que os lo reserve, repuso Jarifa completamente tranquilizada. Con vuestro permiso voy á complaceros, avisando á doña Beatriz.

Dichas estas palabras, la mora se alejó con la ligereza de una gazela y desapareció á la vista del caballero.

Habria transcurrido un cuarto de hora, cuando Andrés sintió los blandos pasos de una dama, y conociendo en ellos los de doña Beatriz, se apresuró á salirle al encuentro.

—Con que partís, amigo mio! esclamó la jóven. Vamos á separarnos, y no habeis pensado en mí!

—Podeis creerlo, amada de mi corazon? Bien sabe Dios que hubiera desobedecido el rey, á trueque de no apartarme de vuestra compañia. Pero la princesa tambien me manda partir, y es forzoso acatar sus órdenes, pues bien recordareis nuestro juramento de vivir y morir en su servicio.

—Bien lo recuerdo, Andrés; por eso precisamente he querido hablaros antes que nos separemos. Vos vais á Segovia; yo entanto seguiré mi vida errante, sin morada fija, y es preciso que continuen acordes nuestras almas como lo están nuestros corazones. Desde hoy entrais en los favores del rey: ¿os olvidareis de su hermana?

—Podeis temerlo?

—No, Andrés, no lo temo, porque esto seria ofenderos: seria compararos á esos nobles vulgares que tanto abundan y que solo son leales á su interés personal. La princesa está mas cercada de peligros ahora que nunca lo ha estado: necesita nuestros ausilios, y precisamente os alejan de su lado, porque conocen vuestra adhesion á su persona: se aproxima el momento decisivo de su vida, y hé aquí que, en tan críticas circunstancias, no sé quien me parece mas temible, sus enemigos, ó los que se apellidan sus amigos. ¿Qué pensais hacer?

—Oh! si pudiese, sin disgustar á doña Isabel, renunciaria el honroso destino que me han confiado.

—Haríais mal, amigo mio: puesto que la fortuna os brinda sus dones, aceptadllos, y emprended con valor y confianza la brillante carrera que se os presenta,

—Fortuna llamais á lo que llena de amargura mi corazon! Me amais, Beatriz, y os decidís á verme partir, y aun me lo

aconsejais? Oh! No hay para mi fortuna, no hay ambicion fuera de la suprema dicha que siento al veros, al oiros, al percibir el roce de vuestros vestidos, al contar anhelante los horas en que puedo deciros que os amo. Cuando hace poco me indicásteis el deseo de hablarme, toda la sangre de mis venas se agitó con violencia, porque esperaba que me mandaríais desobedecer al rey. Pero cuanto me he engañado!

—Andrés, repuso la jóven con gravedad, abandonando una mano entre las de su amante. Vuestras quejas son injustas: si yo consultase solo á mi corazon, os diria seguramente: «A pesar del rey, á pesar de cuanto debeis á la princesa, quedaos, nada debe haber para nosotros fuera de la felicidad de amarnos. «Pero hay otra cosa, si no mas sagrada, tan respetable como nuestro amor: hemos jurado consagrar nuestras vidas al servicio de doña Isabel, á quien debemos una gratitud eterna. Pues bien, oid lo que os aconsejo, lo que mi amor exige: dedicaos á servir al rey con esa lealtad que solo á vos y á los héroes pertenece: asi como otros ganan su favor con intrigas y bajezas, cautivad vos su voluntad á fuerza de nobles y leales servicios, á fuerza de honradez y virtud. Perseverad sin descanso en esta conducta que tan fácil os debe ser, y no dudeis que al cabo serán vencidos por vos los favoritos encumbrados por la infamia. Entre tanto fácil os será acercaros á D. Enrique: poseeis ya su confianza y sus tesoros: talento no os falta; sed su ángel bueno, y al mismo tiempo que descubráis los consejos de los malos, podreis conducirle suavemente por el buen camino, y asegurar la union con su hermana. Viviendo acordes los dos, podemos hacer que triunfe la causa de esa heróica princesa, y.... hasta labrar nuestra futura dicha.

—Beatriz! Beatriz! esclamó el jóven atrayéndola maquinalmente hácia su corazon, hasta hoy no os he conocido. Si, amada mia: os juro por el Dios que nos escucha, ser desde hoy el don Juan Pacheco del bien. Yo romperé sus tramas, yo lucharé con ese poderoso intrigante cuerpo á cuerpo, y cuando le haya vencido, tendré la dicha de decir: por ella, por mi amada Beatriz he triunfado.

En medio de este rapto de nobles sentimientos, los dos amantes se habian abandonado completamente uno en brazos del otro, sin que sus almas pudieran darse cuenta de su accion temeraria; hasta que atraidos por una fuerza interior incontrastable, sus lábios se encontraron. Entonces doña Beatriz retrocedió como asustada de sí misma, y repuso, dando un suspiro:

—¡Ah! dejadme, Andrés, dejadme: no olvideis vuestro deber. Partid.

—Esperad, esposa mia! exclamó el caballero reteniendo la mano trémula de la hermosa jóven. Necesito daros un aviso antes de partir. Hay entre la servidumbre de la princesa una mujer que vende sus secretos: vigiladla, y si es menester, haced de modo que se la aparte de su lado.

—¡Es posible! Su nombre! Decidme su nombre.

—Azhuma.

—¡Oh! no es posible. Conozco la lealtad de esa jóven: nadie como ella ha trabajado en favor del príncipe D. Fernando; nuestros amigos Chacon y Cárdenas la quieren mucho; últimamente ha compuesto un cantar, que habreis oido, pues todo el pueblo lo repite, ensalzando las virtudes de la princesa y las ventajas de su union con el esposo que prefiere. Además, yo la trato con intimidad, y sé que piensa hacerse cristiana!

—Sin embargo, Beatriz: yo sé que tiene secretas inteligencias con D. Juan Pacheco y con una sociedad de judíos: no os fieis de ella, ni la comuniqueis ninguna noticia de importancia. Mas os diré: procurad que la princesa la trate con cautela.

—¡Me dejais absorta!

—¿Pero hareis lo que os encargo?

—Sí, lo haré, Andrés: yo procuraré probar á esa jóven, y tal vez logre arrancarle sus secretos, ó al menos burlar á sus confidentes. Adios, amigo mio, adios! ¡No me olvideis!

—Tan pronto separarnos! Un momento mas....

—No, Andrés; no me es posible permanecer aquí mas tiempo. Algun dia querrá Dios que vivamos unidos para siempre.

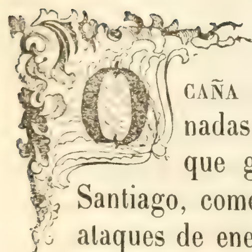
—¡Ah! pronto será. Adios, Beatriz! Adios, alma mia!

Los dos amantes se abrazaron, y haciendo un supremo esfuerzo para separarse, huyó la jóven precipitadamente, cubriéndose los ojos con su pañuelo, mientras él permanecia como petrificado en el mismo sitio, mirándola desaparecer.



CAPÍTULO XXII.

Flores de Aragon.



caña era una villa fuerte con murallas y almenadas torres, honda cava y castillo formidable, que guardaban los caballeros de la órden de Santiago, como una de sus mejores joyas. Libre de los ataques de enemigos esteriores, y de los desórdenes que, en todos puntos ocasionaba la discordia, parecia este pueblo un oásis en el desierto, prosperando su agricultura y sus artes al abrigo de la paz. Sus habitantes, laboriosos y activos, gozaban de cierta bienandanza; pero al mismo tiempo, como conocedores del valor del trabajo, y celosos de su independencia y de sus fueros, miraban con prevencion á sus señores, los jefes de la órden, que absorvian con demasiada frecuencia el fruto de sus afanes.

Los bien cultivados campos de Ocaña, estaban completamente áridos, y apenas comenzaba á mostrarse entre los pardos torreones la esperanza del labrador: los viñedos estendian

sobre la tierra sus desnudos sarmientos, en los cuales silbaba el viento del invierno, agitándolos en direcciones diferentes.

Los artesanos de la villa trabajaban con un ardor inusitado, dando la última mano á sus faenas: en la plaza y en las calles veíanse multitud de vendedores de frutas secas, que apenas podian dar abasto á las mujeres, que acudian á proveerse de comestibles para sus familias, y para dar mas animacion á este cuadro de actividad, oíanse á trechos en muchas casas instrumentos pastoriles y alegres cantares. Todo anunciaba la proximidad del dia en que los pueblos cristianos celebran el nacimiento del hijo de Dios.

No hay época del año que infunda mas alegría en medio de la desolacion general que presenta la naturaleza. Los niños, en particular, se entregan en Nochebuena á un regocijo bullicioso, que brota como un puro manantial de su tierno corazon; todo fé, todo entusiasmo, nada cálculo ni raciocinio.

Los muchachos de Ocaña estaban alegres, y hermanando en su tierna inteligencia dos sentimientos diferentes y aun contrarios, espresaban su júbilo irreflexivo con gritos y carreras, parodiando combates y paradas militares. Los niños, en esta ocasion, como generalmente acontece, no eran mas que el reflejo del espíritu público: sus padres, entre tanto, atareados en su trabajo, y sus madres y hermanas afanadas en los quehaceres domésticos, cantaban villancicos al nacimiento del Redentor del mundo, alternando con ellos una trova, cuyo estrivillo decia:

«Flores de Aragon
dentro en Castilla son.»

A esta copla, que espresaba la adhesion popular al concertado matrimonio de la princesa con D. Fernando, se mezclaban otras satíricas, en que el ingenio mordaz de las gentes del pueblo, ponia de relieve los muchos años del rey viudo de Portugal, cuyas pretensiones á la mano de doña Isabel eran notorias.

Los niños, reflejando los sentimientos del pueblo, lo mismo en Ocaña que en otras partes, formaban cuadrillas, y armados con espadas y caballos de caña, y llevando pañizuelos por estandar-

tes, corrian por calles y campos, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—*Pendon de Aragon! Pendon de Aragon!*

La presencia misma del rey D. Enrique en Ocaña, y lo que es mas del maestre D. Juan Pacheco, señor de la villa, cuya oposicion al partido aragonés era bien conocida, no bastaban á detener estas manifestaciones populares, antes al contrario, como si hubiese un empeño decidido en hacer entender al monarca y á su privado la repugnancia del pueblo á entrar en sus miras, los hombres de noche y los muchachos de dia iban precisamente, á cantar los unos, y á gritar los otros, á las puertas de su palacio.

Dos cuadrillas de chicos se solazaban en las afueras de Ocaña, corriendo por las eras y colinas, inmediatas al camino que salia de la villa en direccion á Poniente. Era la caida de la tarde del dia de Nochebuena, y un sol hermoso de invierno doraba los campos, prestando animacion y vivacidad á los pequeños campeones. Al revolver de un collado se encontraron las dos huestes, y siguiendo ese instinto agresivo que ya desde la niñez engendra en el hombre el espíritu de rivalidad, comenzaron á insultarse de palabra unos á otros, deprimiendo cada bando el poder de su contrario. Un grito se alzó de en medio del partido mas numeroso, que fué la señal de la batalla.-«Son portugueses! dijo. Mueran los finchados!»

Seis ú ocho tambores redoblaron al momento, con desacorde estruendo, y á la voz de «Pendon de Aragon! y mueran los finchados!» una nube de piedras lanzadas con fuerza por medio de hondas, cubrió el aire y encendió el corage en los pechos infantiles.

Largo rato hacia que duraba la refriega, sin que ninguno de los dos bandos se declarase vencido, cuando en lo mas ardiente de ella, y mientras los muchachos parodiaban á los hombres de tal modo que solo una fuerza mayor habria podido separarlos, acertó á pasar por el inmediato camino una brillante cabalgata, á cuya cabeza iba un grave personage vestido con muceta viola-

da, sotana y armadura de acero. Este eclesiástico-militar se detuvo al oir los gritos de guerra de los combatientes, y volviéndose á un caballero que á su lado caminaba, le dijo en lengua portuguesa.

—Con malos auspicios entramos en Ocaña, amigo Souza. ¿Qué os parece de esa lucha?

—No hagais caso de eso, Monseñor, contestó Souza: son cosas de muchachos.

—Asi será: pero los muchachos y los locos dicen lo que oyen; y además, Dios suele revelar sus designios *ex ore infantium.*

—No entiendo el latin.

—Pero entendereis que esos muchachos pelean como rabiosos, unos por Aragon y otros por nosotros, y que el pendon de Aragon lleva la ventaja sobre el portugués.

—Nada debe importaros eso, mientras vuestra señoría lleve la delantera á sus contrarios.

Unas cuantas piedras mal dirigidas vinieron á dar en el grupo de caballeros, que seguian al que Souza llamaba Monseñor, y una de ellas pegó en la frente al caballo de éste, que, espantándose con la fuerza del dolor, faltó poco para que le derribase.

—Ah! his-de-tal! gritó Souza blandeando su lanza. Os atreveis á apedrear al señor arzobispo de Lisboa?

Y espoleando su caballo, puso fin á la refriega, dispersando á los combatientes, que al verle venir hácia ellos, huyeron en distintas direcciones como una bandada de pájaros: pero en seguida los dos partidos enemigos, se reunieron, y depuesta toda rivalidad, ocuparon juntos un alto, desde donde hicieron salva de gritos y silbidos á los apedreados estrangeros.

Una diputacion de caballeros de Santiago y de otros nobles, enviada por D. Juan Pacheco, que desde el castillo habia visto llegar al embajador portugués, salió á recibir á éste hasta las puertas de la villa. El maestre mismo rodeado de sus grandes dignatarios, y acompañado de algunos magnates, entre los cuales figuraba el conde de Plasencia, ganado ya con promesas á

su partido, aguardaba al arzobispo de Lisboa en el puente de la fortaleza.

El pueblo entre tanto, como amigo de novedades, se agrupaba en las calles y seguia la marcha de los recien llegados; pero su actitud silenciosa espresaba un disgusto mal reprimido.

La embajada llegó á los puertas del castillo. El maestre de Santiago se adelantó y tomó las riendas del caballo del arzobispo, en muestra de respeto á su dignidad y de honor hecho á su calidad de huésped. El arzobispo se apresuró á echar pié á tierra, y dió los brazos á D. Juan Pacheco.

—Seais bien venido, dijo éste.

—Dios lo quiera, contestó el arzobispo.

—Qué podeis temer estando en mi compañía y en mi casa?

—Ciertamente mucho me vale teneros por patrono, y esto me tranquiliza; pero no impide que las gentes me pongan mal gesto, ni que los muchachos de Ocaña me reciban á pedradas.

—Por Santiago de Compostela! exclamó el maestre apretando los puños. ¡Pedradas á vos!

—Pedradas, D. Juan, y silbidos, que es algo peor.

—Oh! Yo haré un escarmiento, y juro á Dios.....

—No jureis nada, interrumpió el arzobispo. ¿Qué diablos quereis hacer con esos arrapiesos? Ya vuestro servidor Beltran de Souza les ha dado un susto: no deis motivo á que los padres de los chicos me tomen ódio, ya que me miran con malos ojos.

—Despreciad á esa canalla, señor arzobispo. Yo les enseñaré á respetaros, como deben. Ahora servios aceptar el hospedage que he mandado prepararos: cenareis conmigo, si lo teneis á bien, y mañana os presentaré al rey.

—Donde habita S. A?

—En este mismo castillo con su hermana. Por esta razon no podré hospedaros tan dignamente como deseo y mereceis; pero se os servirá de modo que Castilla aprenda á respetaros cual corresponde. Venid, venid.

El maestre acompañó al arzobispo á las habitaciones que le estaban destinadas, y llamando aparte á Souza, se informó del

desacato cometido por los muchachos contra la embajada.

—Esto no puede quedar impune, dijo. Salid al momento y haced que cojan por lo menos media docena de esos vigardos, y que los encierren en las cárceles de la villa para escarmiento de los demas.

Souza no se detuvo un momento: acostumbrado á obedecer, sin meditar siquiera las órdenes que recibia, bajó á la poblacion, acompañado de algunos mozos de espuela y otras gentes de igual calaña, y encontrándose con los ejércitos combinados de los muchachos, que entraban á tambor batiente en la villa, se echó sobre ellos de improviso, y apresó justamente los que el maestre le habia mandado: los demás huyeron precipitadamente, refugiándose en sus casas, donde contaron lo ocurrido del modo mas favorable á su propio interés.

En otra cualquiera ocasion este incidente habria pasado desapercibido, ó por lo menos se habria considerado como un simple acto de justa represion; pero en aquel dia se juntaban dos circunstancias para agriar el espíritu público y revelar los ánimos contra él. Las madres de los prisioneros acudieron á implorar su perdon del alcalde de la villa, en gracia de ser Nochebuena, y causarles mucho sentimiento el verse separadas de sus hijos; pero se les contestó que no era posible atender á sus ruegos, en atencion al grave desacato que aquellos habian cometido contra el respetable prelado y embajador del rey de Portugal. Las desconsoladas mujeres se retiraron llorando, y maldiciendo la venida de aquella embajada y en tal dia; y en poco tiempo, el pueblo entero, que se preparaba á pasar una noche de regocijo, comenzó á murmurar sin rebozo contra la tiranía del maestre, acusando al rey de Portugal y á sus emisarios del disgusto que se causaba á una parte de los honrados habitantes de Ocaña.

—Si hubiera sido en otro dia y por otra causa mas grave, decian, nada tendria de particular: pero en Nochebuena y por haber silbado á unos estrangeros, que han querido pegarles!...

—Ya, decian otros; pero es que los estrangeros son portugueses.

—Malditos sean los portugueses! prorrumpió una vieja: por ellos nos suceden todos los males.

—Psit!... callad, y no maldigais á los portugueses, repuso el barbero de la villa: pudiera oirnos algun criado del maestre.

—Y qué importa que nos oiga el maestre mismo? gritó un panadero: yo no tengo miedo á nadie, porque sin mí nadie come. No queremos portugueses en Castilla! No los queremos. Y si hay quien me siga, vamos ahora mismo á cantar á las puertas del castillo unas coplitas, que no han de gustar mucho á esos señores finchados.

—Vamos! Vamos! gritaron otros.

—Y tú, Lava-caras, añadió el panadero dirigiéndose al barbero, vas á traer tu guitarra para acompañarnos, ó te moleremos las costillas á cozes.

Un grupo de mas de veinte personas se formó al instante, y atrayendo mas gente, que se les agregaba al ruido de la bihuela del obligado barbero y de los panderos, zambombas y otros instrumentos disonantes que cada cual tocaba á porfía, se dirigió hácia el castillo, cantando coplas como la que damos por muestra, que asi decia:

«Novia pide á lo garzon
un doncel Matusalen,
mejor será que le den
un libro de devocion.
No quiere la niña
novio sesenton,
cuando la encariña
la flor de Aragon.
Flores de Aragon
dentro en Castilla son.»

Y todos repetian con desentonadas voces:

«Flores de Aragon!-Flores de Aragon!»

Al mismo tiempo la bota circulaba de mano en mano, y las cabezas se acaloraban con los vapores del vino. Entre todos el que mas bebia, quizás para espantar el miedo, era el barbero,

que á la hora metia él solo mas ruido que todos los otros juntos.

Entre tanto en el castillo se representaban escenas muy distintas y de diversa índole. Mientras D. Juan Pacheco obsequiaba á sus huéspedes, dándoles un banquete régio, el rey D. Enrique cenaba á solas con su hermana en una pequeña estancia de su aposento particular. Nunca una cena mas triste se vió en mesa de rey: doña Isabel apenas comia, y estaba silenciosa, fijos sus ojos en un punto indescriptible del espacio, y sin mirar objeto alguno: D. Enrique engullia maquinalmente, y estaba tambien distraido por una idea fija; pero luchando con su incapacidad de raciocinar.

La servidumbre traia y se llevaba los platos, adivinando las necesidades de sus señores, que en lo que menos pensaban era en la cena: el profundo silencio que reinaba en la estancia, turbado apenas por el rumor de los cubiertos, permitia oir distintamente los cantares del pueblo, que resonando en las bóvedas del gótico edificio, llegaban hasta allí sombríos como una amenaza.

—Vamos, Isabel, dijo por último el rey, poniendo vino en una copa: aunque sea saliéndote de tu costumbre, bebe un poco, y alégrate, que esta noche lo requiere.

—Dispensadme, señor, contestó la princesa: jamás he bebido vino, y esta noche menos que nunca lo beberia: cuando el corazon está de duelo, no apetece estímulos que lo alegren, sino lágrimas que emboten los filos de su dolor.

—No sé que haya motivo para estar triste: si fueras una niña dócil y obediente á lo que dispone tú hermano, estarias contenta. ¿Qué tienes que pedirle al esposo que te destino? Veamos, qué?...

Una ráfaga de viento trajo clara y distinta la voz del pueblo, que á la sazon cantaba:

«No quiere la niña
novio sesenton.....

—Me haceis cargos que no merezco, señor, contestó la princesa: si fueseis un hermano amante y celoso de mi felicidad no

me propondríais un enlace tan desigual por la diferencia de edades, y que mi corazon de acuerdo con la razon de conveniencia pública rechaza.

—Y qué sabes tú de conveniencia pública á los diez y ocho años? Quién como un príncipe de edad y esperiencia puede convenir á una jóven, que de un dia á otro está llamada á heredar el reino de Castilla?

«Flores de Aragon
dentro en Castilla son.»

Cantó el pueblo como contestando á las preguntas del rey.

—No es el buen juicio patrimonio exclusivo de los muchos años, señor, repuso doña Isabel. Demasiado debeis saberlo, por desgracia. Pero dejando á parte una cuestion que no es de este momento: bien sabeis que en el negocio de mi matrimonio estais obligado á no violentar mi voluntad, como yo lo estoy á daros gusto. ¿Por qué no habremos de poner de acuerdo nuestras respectivas inclinaciones?

—Porque tú no quieres á ninguno de los pretendientes que yo propongo: y ten entendido que aqui no hay mas voluntad que la mia: tú harás lo que yo te mande, y serás gustosa en obedecerme.

—Oh! No lo espereis.

—Qué no lo espere! gritó D. Enrique, con el furor que emplean todos los cobardes cuando creen hablar á un ser mas débil que ellos. Qué no lo espere! Mañana hemos de recibir juntos al embajador de Portugal, y es preciso que oiga de tu boca una contestacion favorable á sus deseos y á los mios: es preciso que dés tu palabra de esposa al rey D. Alfonso.

«Mejor será que le dén
un libro de devocion.»

Cantó el pueblo. Don Enrique arrugó el ceño, y doña Isabel se sonrió de aquella coincidencia tres veces repetida, al mismo tiempo que contestaba sin alterar su serenidad.

Si habeis comprometido vuestra palabra, mal hareis en presentarme al embajador portugués; porque me veré, á mi pesar, en la necesidad de desairaros.

—Niña mas terca! gritó el rey apretando los dientes. Con que es decir que aqui yo no dispongo nada! que soy un rey de palo, de quien se hace burla!... No: pues yo te juro que habrás de obedecerme de grado ó por fuerza: basta ya de blanduras..... Si señor, basta ya! Como he dejado que todos se me suban á las barbas, tambien esta chicuela se figura que puede gobernarme á su capricho. No, de hoy mas, se ha de hacer lo que yo mande.

Hablando así, D. Enrique se habia levantado, y andaba á largos trancos por la estancia, con el rostro descompuesto de rídicula ira, y acompañando á sus palabras los mas grotescos ademanes.

—Oidme con calma, por Dios, señor y hermano mio, dijo la princesa: ni me he burlado nunca de vos, ni he desconocido vuestra autoridad soberana, ni he consentido bajo ningun pretesto que se os falte en mi presencia á la consideracion que se os debe: vuestra cólera, en este momento, es infundada, y, (os lo digo en verdad), pone á prueba el respeto que á todo trance quiero guardaros, pues á no ser vos quien sois, me haríais reir, no siendo para ello la ocasion oportuna. Sabed pues, que como rey y como hermano mayor, sois de mí respetado y querido mas que de ninguna otra persona en Castilla.

—Se conoce...

—Teneis pruebas de ello. Pero ni como rey, ni como hermano podeis obligarme á tomar esposo contra mi voluntad: el que me proponeis no es de mi gusto, ni puede satisfacer las necesidades del reino que debo regir algun dia: no es un hombre cansado de vivir y abatido por los años el que conviene á una nacion agoviada, exhausta, moribunda, como la que me dejarán vuestros favoritos y enemigos cuando venga á mis manos, (que ojalá sea muy tarde); no: necesito un leon robusto y bravo, un doncel que sea capaz de amarme, y de amar lo que yo ame. No os canseis, pues; porque D. Alonso de Portugal no será nunca mi marido.

—Lo será, porque yo lo mando.

—No podeis mandarlo, señor, repuso con dulzura doña Isabel.

—Puedo encerrarte en este castillo, como á rebelde, hasta que humilles tu altiva frente, y me obedezcas.

—No hareis tal, pues provocaríais la guerra.

—Me amenazas!

—No: os prevengo, porque os amo todavía, los males que puede causar una inútil obcecacion.

La mansedumbre con que la princesa procuraba revestir sus contestaciones, enérgicas en el fondo, exasperaba por grados la cólera del rey, cuyo tono era cada vez mas bronco y descompuesto. Aquella alma débil y apática, incapaz de resistir á la energía varonil y á la astucia cortesana, se irritaba violentamente contra la franqueza noble y dulce de una débil mujer: la última respuesta de doña Isabel puso el colmo á su rabia impotente.

—Qué significa esto? exclamó babeando de furia, y acercándose á su hermana. Obcecacion inútil!... Guerra!... Quien es el valiente que me hará la guerra? Decid!... Es vuestro amigo Carrillo?

—Pudiera suceder. Sabed que está en Yepes, muy cerca de aqui, solo para evitar que se violente mi inclinacion.

—Pues bien! Veremos si está bastante cerca para impedir que yo castigue vuestra osadía! prorrumpió el rey alzando la mano con ademan de pegar á doña Isabel.

Ésta evitó la accion, dando un salto, y poniéndose en pié, con una actitud magestuosa é imponente.

—Rey de Castilla! exclamó: respetad á la princesa de Castilla, para merecer su respeto!

Una súbita transformacion se operó en el semblante y los ademanes del rey: hubiérase dicho que tenia miedo.

—Mujer... qué es esto?... balbuceó. Vamos... no te irrites... No he querido decir... que...

—Vuestra accion es indigna de un caballero, repuso la princesa, sin dejarle concluir; pero ya la he olvidado, y os perdono.

—De modo que... al cabo, serás complaciente conmigo. Yo

conozco que me he escedido un poco; pero la ira es ciega, y... Con que, vamos, Isabel, dame palabra de no contar á nadie lo que ha pasado entre nosotros..... Que no se diga que hemos reñido. Es menester que vivamos en buena armonía.

—No seré yo quien turbe esa buena armonía, que tanto he deseado.

—Si, es menester conservarla; y para evitar disturbios, que detesto, confio en que al cabo te unirás á mis planes: tu puedes librarme de enemigos, con solo acceder á la proposicion de Portugal; porque si te opones, no me escaparé de una guerra civil, ya sea por parte del arzobispo Carrillo, ya sea por la de su sobrino D. Juan Pacheco.

—No hablemos mas de esto, señor, repuso la princesa disponiéndose á salir. Ya sabeis mi determinacion: poneos de acuerdo conmigo, segun vuestra promesa formal, y no temais la rebelion; porque será injusta, y como tal, tendreis derecho á castigarla. Mi sumision á vuestras órdenes, no podrá ser considerada jamás como un acto voluntario, porque se sabe terminantemente cuales son mis intenciones. Adios, señor! Os deseo buena noche.

—Aguarda, Isabel, aguarda! exclamó el rey, siguiendo á su hermana hasta la puerta. No es posible que nos separemos así: es menester dar alguna contestacion al arzobispo de Lisboa... Mañana le recibiremos juntos.

—Dispensadme tan desagradable tarea. Recibidle vos, y no le prometais nada: vuestras obligaciones anteriores os ponen á cubierto de todo compromiso.-Adios, señor!

Doña Isabel se retiró sin aguardar á que su hermano le replicase, y fué á encerrarse en su aposento, para poder llorar sin testigos. La accion brutal de D. Enrique habia herido cruelmente su tierna delicadeza, y le hacia presentir cual seria la terquedad de aquel, apenas se aconsejase de nuevo con D. Juan Pacheco.

El rey, entre tanto, se paseaba con los brazos cruzados por la estancia donde se le habia servido la cena, murmurando pa-

labras ininteligibles. A sus oidos llegaban de cuando en cuando los gritos y cantares del pueblo, cada vez mas desentonados y violentos, y el ruido mas cercano de la especie de orgía con que el maestre obsequiaba al arzobispo de Lisboa.

—Siempre he de verme entre voluntades encontradas! dijo por último el débil Enrique, parándose junto á una ventana de la cámara, y apoyando el codo en el alfeizar. En hora menguada vine al mundo!... ¿Cómo puedo contentar á mi hermana sin disgustar á Pacheco? ¿Ni como podré asegurar la herencia de esta pesada corona á la hija de Beltran, sin hacer que Isabel se someta á mis órdenes? Mísero rey! Mejor debiéras llamarte esclavo... Esclavo, no: es título demasiado honroso para tu condicion! Tú no tienes honor, y si has de conservar algun resto de él, es preciso que lo compres á costa de perjurios y falsías: para tí no hay felicidad, ni cuando triunfas, ni cuando te rindes. Oh!... Dios mio!... qué quereis de mí? Estoy reducido por mis pesares casi al estado de bestia, y sin embargo me queda de hombre el sentimiento para sufrir!... Maldita estrella la mia!

Una lágrima se desprendió de los ojos del rey, que permaneció un rato pensativo.

—Isabel no tiene razon: murmuró luego. ¿Por qué se ha de resistir á mi voluntad? ¿Qué le importa casarse con el portugués ó con otro cualquiera, si á ella no le corresponde la eleccion? ¿Es que quiere reinar? Cuando yo muera que solicite el reino, y que su marido se entienda con la Beltraneja. Pero no es esto... no es esto!...–Mi cabeza se pierde! añadió arañándose con ira la frente. No sé que tengo aquí, que no me deja pensar con acierto... La Beltraneja debe ser mi heredera... Si: esto lo comprendo bien; pero yo he jurado que no es mi hija... Y qué importa?... Yo he mentido... No, ahora miento... Miento siempre... Soy un miserable!

Una carcajada ruidosa de los comensales del maestre resonó en las bóvedas de la estancia, interrumpiendo el curso de las reflexiones del rey.

—Quien se rie de mí! exclamó llevando la mano al cinto.

Ah! repuso suspirando. Son ellos!... Si, ellos son dichosos,... y se rien... Pero esa risa desvergonzada me hace daño..... es un insulto á mi amargura.

En seguida, encogiéndose de hombros, añadió:

—Y qué le hago? Yo aquí no soy nadie: ni aun siquiera estoy en mi casa.

Y se sentó abatido, poniendo el rostro entre las manos.

Asi permaneció un largo rato, como abismado en profunda meditacion. Entre tanto seguia el alegre banquete de D. Juan Pacheco, y la bacanal del pueblo, cuyos gritos, mezclados con el repique de las campanas que anunciaban la misa del gallo, hacian que el rey se estremeciese de vez en cuando, como un cadáver galvanizado.

—Cuando yo era niño, murmuró con voz indolente, oia con estraordinario placer los mil alegres rumores de la Nochebuena: era para mí una verdadera noche de fiesta... Pero entonces no me llamaban rey: despues ambicioné este título... estaba impaciente por ser desgraciado! Nunca mas he vuelto á sentir aquellos placeres de la niñez. Y ahora todo ese regocijo público me horroriza!... Esas gentes no cantan como las que yo solia oir en mi infancia, no: hasta esa canalla contraría mis designios..... Aborrezco á los copleros: ellos satirizan mi impotencia... zahieren lo que yo quiero, y ensalzan lo que me repugna: y el pueblo repite sus cantares y se revela contra mí.

En aquel momento crecia la algazara popular, y entre imprecaciones y alaridos resonaba el estribillo de la cancion de moda

«Flores de Aragon
dentro en Castilla son.—
Flores de Aragon!—Flores de Aragon!»

—Flores de Aragon! repitió el rey. Lléveos el diablo con vuestra cantinela! Y no habrá medio de hacer callar á esos villanos?—A ver! Estúñiga!... Pimentel!... Mendoza!... Nadie me acude!—Se estarán divirtiendo, mientras yo rabio!

Don Enrique volvió á caer en su habitual abatimiento, hasta

que vino á sacarle de él D. Juan Pacheco, entrando en la estancia con nada respetuosos modales.

—Ah! Gracias á Dios que te dejas ver, D. Juan, dijo el rey levantando la cabeza. ¿Te has divertido mucho?

—He procurado pasar el rato alegremente con esos paisanos. ¿Y vos, qué tal? Cómo es que os veo solo?

—De mí nadie hace caso. He pasado una noche de perros. Mi hermana.....

—Comprendo; habreis tenido que trabajar mucho para persuadirla...

—Si; pero no la he convencido: si supiérais! Me he incomodado terriblemente, y..... será menester que desistamos de ese empeño, D. Juan.

—Qué es desistir? Para qué la hemos traido á Ocaña? No señor: si no quiere obedecer de buen grado, se la obliga.

—Es que no sabes lo que pasa, D. Juan: tu buen tio el arzobispo está en Yepes para protegerla.

—Ya lo sabia.

—Y no temes...?

—Yo no temo nada.

—Luego, hay otra cosa: escucha á ese pueblo díscolo, que nos está insultando toda la noche. ¿Cómo consientes eso?

—Calle! Teneis razon: no habia oido nada hasta ahora. Con efecto, es mucha insolencia la de venirnos con flores de Aragon, estando aquí nuestro embajador.... Permitidme, señor, que os deje un momento.

—Si, anda, hombre, y mete á esa gente por vereda.

El maestre salió, y volvió á poco.

—Pues, señor, dijo: si vuestra hermana se resiste, será preciso apelar á las medidas estraordinarias.

—Y cuáles son esas medidas estraordinarias?

—La cosa es clara: encierro, incomunicacion con sus amigos, amenazas, firmeza de carácter, en una palabra; pues de otro modo no hay que esperar nada de ella. Nuestro embajador,

que es hombre prevenido, ha mandado ya á Roma quien pida la dispensa de parentesco de los novios. Su Santidad es de nuestro partido, y no opondrá el menor obstáculo. Por otra parte, acaba de ocurrirme una feliz idea para desvanecer lo de Aragon.

—Ah! una idea! exclamó el rey como quien halla una piedra preciosa. Dime, dime esa idea.

—Nuestro amigo Estúñiga....

—Cuál de ellos?

—El conde de Plasencia: ha recibido un mensage de Aragon, que además viene dirigido á otros grandes. Don Juan II se encuentra en el último estremo de sus apuros: ciego, con su mujer enferma, y sin mas apoyo que el brazo de su hijo para combatir á los catalanes, que cada dia ganan terreno y amenazan despojarle del reino, carece además de dinero, y se ha visto en la necesidad de pedir ausilios á los castellanos adictos á el Almirante.

—Con que tan apurado está nuestro primo! Lo siento mucho: pero cuál es tu idea?

—Voy á decírosla: he prevenido á Estúñiga que no deje correr el mensage, y ofrezca él negociar los socorros de los demás grandes: asi entretendremos algun tiempo mas á D. Juan II en sus ahogos, á fin de que se agarre á un hierro ardiendo.

—Pero, hombre, ¡por Dios! Esa es una idea diabólica. ¿Y luego?

—Luego, le socorreré yo mismo.

—Tú!

—Si, con la condicion de que D. Fernando haya de casarse con mi hija Beatriz.

—Efectivamente! La idea es feliz, magnífica! Pero, ¿consentirá D. Juan de Aragon....?

—Peor será para él si no consiente; porque en ese caso daré mis socorros á los catalanes.

—Muy bien pensado. Asi quitamos el mayor inconveniente. Lástima que no hayamos tenido antes esta buena ocasion!

—Nunca es tarde, si la dicha es buena.

Oyóse en esto ruido de tumulto en la calle, y carreras de gente.

—Qué es eso, D. Juan? pregunto el rey.

—Nada temais, señor, contestó el maestre. Son mis sabuesos que han salido á traer caza.

Poco despues apareció en la puerta de la estancia la grotesca figura de Piel del Diablo.

—Qué has cogido? le preguntó D. Juan Pacheco.

—Muy poca cosa, señor, contestó Briando. No he podido atrapar mas que á un músico, que está hecho una uva. Los demás han huido como gamos.

Con efecto, el único que, merced á las muchas libaciones del alegre licor de Baco, no habia podido emprender la fuga, era el mísero barbero, tocador de bihuela, y este habia caido en manos de Briando y otros camaradas suyos, enviados por el maestre para prender á algunos de los alborotadores.

—Mal cazador eres, Briando, dijo D. Juan Pacheco: sin embargo, mas vale algo que nada.–Y volviéndose al rey, añadió:-Señor, con vuestro permiso, voy á preparar un contrapunto á ese perillan.

—Si, Pacheco, id; y disponed que le den de firme.

El maestre salió con Briando, á quien dijo:

—Qué tal mis buenos vasallos de Ocaña? Están muy descontentos?

—Bastante, á lo que parece, señor.

—Será menester amansarlos. Oye: mañana temprano haz que aten á un poste á ese músico que me has traido, y que le den cuarenta azotes: luego lo pondrán en la picota, con un cartel que diga: «Por alborotador.» ¿Entiendes?

—Sereis servido.

—Escucha: ¿qué dicen por ahí de la embajada portuguesa?

—No hablan de otra cosa.

—Pero qué hablan?

—La maldicen, y murmuran contra las pretensiones del rey de Portugal á la mano de la princesa.

—Hola! Pues qué será cuando sepan que D. Enrique está resuelto á casar con él á su hermana, quiera ó no quiera!

—Ya; pero eso no lo sabrá nadie. Al menos de mi boca....

—Qué disparate! Puedes decirlo á todo el mundo: no es ningun secreto. En no metiéndome á mí en colada.... Con que, ya me has entendido. Es probable que el rey ponga presa á su hermana.

—Tanto empeño tiene....

—Si, mucho. Pero dejemos esto, y vámonos á descansar.

El maestre se acostó, y antes de dormirse, pudo aun oir las voces lejanas del pueblo que seguia cantando:

«Flores de Aragon!»





CAPÍTULO XXIII.



De como Díos ayuda y el diablo no duerme.

Fiel del Diablo cumplió al pié de la letra las órdenes directas é indirectas de su señor: el barbero de Ocaña fué azotado y espuesto á la vergüenza pública por alborotador, y como nadie ignoraba la clase de delito que aquel infeliz habia cometido, una sorda indignacion se apoderó del ánimo del pueblo, que ya no maldecia, ni murmuraba, ni hacia ostentacion de sus sentimientos y opiniones cantando; pero afilaba sus armas en secreto, disponiéndose á defender á la princesa contra la violencia de su hermano, que, merced á la oficiosidad del fiel servidor de don Juan Pacheco, se consideraba como un hecho resuelto y próximo á consumarse.

Contenia, sin embargo, la esplosion popular una circunstancia notable. Recibido el embajador de Portugal en la presencia del rey, éste se habia limitado á honrarle sentándole á su mesa, y tratándole como al enviado de un monarca amigo y deudo

suyo; pero sin darle una promesa decisiva acerca del objeto de su mision. Este proceder dudoso no tranquilizaba á nadie; porque entre tanto el arzobispo de Lisboa permanecia en íntimas relaciones con el maestre de Santiago, cuyo ascendiente sobre el ánimo de D. Enrique no era un misterio. Habíase notado ademas la presencia de un caballero aragonés en el castillo, y se sabia que este personage acababa de partir para su tierra, despues de haber tenido frecuentes conferencias con D. Juan Pacheco, lo cual daba motivos para sospechar que se tratase de alguna avenencia entre la princesa y el rey. Pero esta idea conciliadora tenia su sombra que la oscurecia: era un continuado misterio todo lo que pasaba en el castillo; nada se sabia de doña Isabel, ni se la veia, como algun tiempo antes, salir á pasear á caballo por los campos comarcanos, falta que echaban menos en particular los pobres y los niños, por estar acostumbrados los unos á sus diarios socorros, y los otros á su agradable sonrisa y generosos agasajos. Temíase con este motivo que estuviese enferma; pero la opinion mas generalizada era la de que el rey, para obligarla á dar su mano al de Portugal, la tenia privada de libertad.

Esta sospecha se agravaba por momentos á medida que pasaba el tiempo, y vino por último á ser confirmada de un modo auténtico y en circunstancias harto críticas para la princesa.

Era una tarde nebulosa y fria del mes de enero. En una pequeña pieza de forma circular que era parte de una de las torrecillas voladas del castillo, y que por su mucha elevacion podia considerarse como punto inaccesible á todo ser humano, hallábase doña Isabel con sus amigas Beatriz de Bobadilla y Mencía de la Torre, ocupada en una labor de manos, con la misma tranquilidad de ánimo que si ningun peligro la amenazase. Desde la única ventana que tenia la estancia, por donde penetraba la opaca luz del dia, descubríase el campo, y la princesa se habia colocado junto á ella, tanto para ver mas cómodamente su labor, cuanto para oir los alegres gritos de los muchachos que, olvi-

dado el castigo del maestre, se divertian jugando á guerra, y enarbolando el pendon de Aragon.

—Admiro, señora, vuestra apacible serenidad, decia Beatriz, en la situacion gravísima en que os hallais; porque no cabe duda que se os tiene presa y completamente aislada de vuestros mas poderosos amigos: ocho dias hace que no vemos á D. Gonzalo Chacon, y si puede darse crédito á las palabras de Azhuma, ha sido enviado por el rey á Segovia: ninguna noticia recibimos aqui del señor arzobispo, aunque sabemos que se halla tan cerca de nosotras, ni podemos comunicarnos con él. Mi padre reside en el castillo; pero no se me permite verle: aqui está tambien el conde de Plasencia, pero es evidente que os ha abandonado; nada sé de Andrés, que si á nuestro lado se hallára, es seguro que tomaria vuestra defensa, ó por lo menos haria lo necesario para sacaros de este cautiverio: tres meses largos han transcurrido por otra parte, desde que partieron á Aragon vuestros amigos Cárdenas, Palencia y Manrique; ya era tiempo de que supiésemos de ellos, y sin embargo ignoramos absolutamente si han ó no vuelto. Por último se desconfia de nosotras y hasta el sustento que se os dá, lo recibis por medio de Azhuma, única persona que parece merecer la confianza de vuestros carceleros, y que por lo mismo, si otras razones me faltasen, me inspira el mayor recelo. Sin embargo os veo tranquila, y de ello me alegro; pero quisiera poseer el secreto de vuestra alma, para gozar con vos, sin temor, de una felicidad que, por mas que lo deseo, huye tenazmente de mí.

—El secreto de mi tranquilidad, querida Beatriz, no lo conozco yo misma: confieso que me he visto en circunstancias menos graves, y he temido; pero hace algun tiempo que mi espíritu posee una fuerza interior desconocida, que me hace mirar con desden todos los peligros. Creo que es Dios que me sostiene, y es tal la confianza que en él tengo, que segura de su proteccion soberana, me rio de todos los esfuerzos de mis enemigos.

—Ciertamente, repuso Beatriz, vuestra gran fé en Dios pue-

de solo sosteneros; pero ¿teneis algunas pruebas de su santa proteccion que alimenten vuestra esperanza?

—Oh! exclamó la princesa: las tengo infinitas, y no sé como tú, Beatriz, que siempre me acompañas, puedes dudar del favor de Dios para conmigo. Escucha: tres veces me ha tentado el demonio de la ambicion, ofreciéndome la corona de Castilla rodeada de los atractivos mas apreciables para mi corazon, y tres veces he tenido valor para rehusarla: esto es un favor de Dios. Para mostrármelo mas patente, su Divina Magestad ha permitido que recaiga en mí esa misma corona por derecho de herencia y de eleccion, como en premio de haber cumplido mi deber: este es otro favor. Se ha intentado envenenarme, y sin que nadie pensase frustrar la tentativa regicida, una casualidad descubrió el crímen, antes que se consumase: este es otro favor. Pienso en la eleccion de un esposo digno de mi; cifro en ella mi dicha y la del pueblo generoso que debo regir, y un acaso providencial me señala el hombre único capaz de salvar conmigo á ese pueblo de su ruina, y de conducirle á la gloria y la grandeza: este es otro favor. Se declara una oposicion violenta á mi eleccion, y tengo el vigor necesario para resistirme dignamente á la voluntad de mi hermano, y me encuentro legítimamente autorizada por sus mismas violencias y por la infraccion de sus palabras, para obrar libremente sin faltar á las mias: este es otro inmenso favor de Dios. Por último, esos amigos que se aprestan á sostenerme, esa decision con que el pueblo se adhiere á mi causa, como si presintiese mi amor hácia él, esta tranquilidad misma con que dejo correr el torbellino de mi adversa suerte, no son otras tantas pruebas de la bondad de Dios para conmigo? Pero aun hay mas: ¿no has reparado mi prediLeccion en elegir todas las tardes esta ventana para sentarme á trabajar? Pues no carece de objeto: aqui se fortalece diariamente mi espíritu, escuchando los gritos de esos niños, que son mensageros de felicidad: sus almas puras é inocentes bullen agitadas por ideas que no comprenden; y sus bocas proclaman los designios de la Providencia. ¿Cómo quieres que mi espíritu desfallezca, cuando todo me asegura el triunfo?

En las manos de Dios me pongo, y en él confio que me salvará.

Llegaban á este punto de su conversacion la princesa y su dama, cuando un golpecito dado discretamente en la puerta de la estancia vino á interrumpirlas.

—Abre, Mencía, dijo doña Isabel: será mi hermano: si os hago la seña convenida, retiraos.

Mencía de la Torre abrió la puerta, y se retiró dos pasos atrás, haciendo una modesta cortesía. Don Juan Pacheco entró, y saludando á la jóven con su mas afable sonrisa, se adelantó descubierto hasta el centro de la estancia. donde se detuvo en una actitud respetuosa.–Doña Isabel palideció levemente al verle, pero conservando su continente grave y apacible á la vez, le dijo:

—Nada os detenga, señor maestre: acercaos.

El maestre dió algunos pasos mas, y volvió á saludar á la princesa, mirando al mismo tiempo á las damas con aire de desconfianza.

—Seguramente no me esperábais, señora, dijo. Hay quien murmura de mí á todas horas y con todo motivo: nada sucede en Castilla de que yo no tenga la culpa, segun las gentes, y no será estraño que me atribuyan la obstinacion de vuestro hermano para con vos, cuando yo solo puedo someterme á sus órdenes.

—Os conozco y me conoceis, señor maestre, contestó la princesa: por consiguiente son escusadas vuestras disculpas, porque no se os puede ocultar la opinion que me mereceis.

Don Juan Pacheco volvió á echar una ojeada significatica hácia las dos damas, que permanecian en pié, una junto á otra y arrimadas á la pared. La princesa conoció que la presencia de aquellas jóvenes embarazaba al maestre, y levantó la mano con ademan sencillo, al mismo tiempo que decia:

—Pero no tomareis asiento D. Juan!

—Si me lo permitís, lo haré con mucho placer, pues deseo hablaros largamente.

—No puedo negar ese honor al íntimo amigo del rey.

Las dos jóvenes damas, habiendo comprendido la seña de su

señora, se retiraron á un gabinete inmediato. El maestre acercó un sitial al de la princesa, y despues de sentarse cómodamente, dijo:

—Si, señora, me calumnian horriblemente, y esto me aflige lo que no podeis pensar.

—Os compadezco sínceramente.

—No haceis sino corresponder á mis sentimientos hácia vos, contestó el maestre. Acaso dudareis de mi sinceridad; pero os aseguro que nadie como yo se interesa en vuestra desgracia.

—Mi desgracia, decís? Oh! vivid tranquilo por mí, señor maestre: nada temo, nada me inquieta.

—Ah! ¿Es posible que no os moleste vuestra penosa situacion?

—Nada: os repito: soy completamente feliz. Asi se lo he dicho hoy á mi hermano.

—No podeis figuraros cuanto celebro hallaros en tan buena disposicion; porque no dudo que esto me ahorrará el disgusto de afligiros. Yo, á la verdad, temia ser portador de unas nuevas, que ahora veo con gusto recibiréis, si no agradablemente, al menos con indiferencia.

—Unas nuevas! exclamó la princesa, no sin sentir un interior sobresalto. Podeis dármelas con entera confianza.

—Señora, la una se reduce á participaros que el rey ha resuelto imponeros su voluntad. Mas como, al parecer, os veo resignada á obedecerle, no creo necesario llevar mas adelante mi dura comision.

—Al contrario, D. Juan: os conjuro que no me oculteis nada; porque vuestra fina perspicacia os ha engañado por esta vez. Léjos de hallarme resignada á obedecer á mi hermano, he resuelto á mi vez obrar con la mas completa libertad; porque los únicos vínculos que me sugetaban no existen ya: han sido rotos por el rey, y por consiguiente á nada estoy obligada. Esto no impide que yo admita cualquier proposicion conciliadora, pero todo menos dejarme imponer por fuerza ninguna voluntad injusta.

—En ese caso, siento confesar que me he equivocado; y siento sobre todo manifestaros, señora, que vuestra obstinacion puede acarrearos sérios disgustos. Yo he venido aquí con la dulce esperanza de romper vuestras prisiones;-porque consideradlo bien,-estais presa, y de nada sirve la voluntad mas decidida contra el poder y la fuerza. Confio todavía en que vuestra mucha prudencia reconocerá los inconvenientes de una lucha desigual é innecesaria.

—Señor maestre: no espereis de mí una resignacion que se impone. La mansedumbre me humilla; pero la violencia no hace ni hará jamás que se doble mi cabeza.

—Escuchadme, señora: yo os amo como á una hija; porque os he visto nacer: no quiero para vos sino la mayor felicidad que un padre puede desear para sus hijos. Conozco muy á fondo la causa de vuestra resistencia al ventajoso enlace que os propone el rey; sé que habeis sido alucinada, y por doloroso que esto me sea, mi conciencia me impone el deber de arrancaros la venda de los ojos.

—Alucinada! Esplicadme eso, para que lo comprenda.

—Si, alucinada, miserablemente engañada: os han hecho creer que hay en el mundo un perfecto caballero, un príncipe sin tacha, un héroe á lo Alejandro, capaz de llenar las nobles aspiraciones de vuestro corazon; y os han engañado.

—Me estais hablando del jóven rey de Sicilia. ¿No es verdad?...

—Del mismo os hablo.

—Pues bien: respetadlo, al menos en mi presencia; porque os prometo que será mi esposo. Podeis decirlo asi al rey, si os place.-Don Fernando, tal vez no será el caballero perfecto y sin tacha, que yo amo, ó que sueño, si quereis; pero os aseguro,-y en esto no cabe engaño,-que es el príncipe mas apreciable de cuantos tengo noticia.

—No ha sido mi ánimo rebajar el mérito del rey de Sicilia, á quien aprecio, señora. Digo solamente que no es un hombre estraordinario, y que no aventaja en hidalguía, caballerosidad

y grandeza de ánimo á D. Alfonso de Portugal, cuyos bizarros hechos dan pábulo á la fama y son de todos repetidos con aplauso. Lo que hay de cierto,-y esto os lo digo en confianza,-es que algunos hombres hábiles han sabido acalorar vuestra imaginacion júvenil, por medio de supercherías.

—Don Juan! ¿qué estais diciendo?

—Ay! Ojalá no fuese verdad. ¿Os acordais del dia en que por primera vez os hablaron de D. Fernando unos almogávares en cierta venta?

—Si, me acuerdo perfectamente.

—Pues bien: ¿queréis saber quien era uno de ellos?

—Quién?

—Pedro de Peralta, enviado de Aragon para tratar de vuestro matrimonio con los nobles de vuestro partido. Y mientras él os engañaba, vuestros amigos Chacon, Cárdenas, y Alonso de Coca y demas lo consentian. Desde entonces no han cesado de ponderaros las bellas y estraordinarias prendas del príncipe aragonés, porque estando ya predispuesto vuestro ánimo en su favor, sabian que sus cautelosas palabras serian oidas sin desconfianza; y porque esperan señaladas mercedes, en premio de su negociacion. Ahí teneis á lo que se reducen las bases de los palacios encantados que teneis en la cabeza.

—Me dejais absorta, D. Juan; y siendo cierto lo que me acabais de referir, os confieso que me parece digno de aplauso el medio ingenioso de que se han valido mis amigos, para decidir mi inclinacion. Pero; ay! El mal está ya hecho, señor maestre: yo soy tarda para resolverme; pero cuando me decido á dar un paso, es muy difícil hacerme retroceder.

—Sin embargo, cuando os diga todo lo que sé, seguramente retrocederéis. Siento, en verdad, que al hablaros así, podais creerme interesado en torcer vuestra inclinacion. Dos años hace que D. Alfonso IV solicita vuestra mano: ¿teneis la menor idea de que en este período haya variado de pensamiento?

—No, porque siempre he mirado ese asunto con indiferencia.

—Pues bien: no os sucederá lo mismo con el de Aragon. Sa-

bed que (con harto sentimiento os lo digo), D. Juan II acaba de ofrecerme la mano de su hijo para mi hija Beatriz.

El rostro de la princesa se cubrió de rubor, producido por la indignacion.

—Para vuestra hija decís! exclamó con un tono desdeñoso que no se ocultó á la penetracion del maestre.

—Pues! para mi hija: ¿qué os parece?

—Me parece que habeis soñado, contestó doña Isabel recobrando su serenidad.

—Bien pudiera ser, replicó el maestre con aquella frialdad cáustica y maligna, que él solo sabia usar, aparentando indiferencia. Todos soñamos en este mundo. Pero no creais que esta proposicion me envanece: reina de Aragon es la hija de D. Fadrique Henriquez; no es mucho que lo sea tambien mi Beatriz, sobre todo cuando tengo que pagarle la corona; pues necesito asegurarla antes en las sienes de su futuro esposo.

—Pero..... ¿Hablais con formalidad? repuso la princesa sugetando con la mano los violentos latidos de su corazon. Eso que me decís, ¿no es una invencion de vuestra astucia para probar mis fuerzas?

—Con razon temia yo daros esta desagradable noticia. Pero ¿qué hacer? Era preciso desengañaros; porque, á la verdad, es una cosa indigna el haberos hecho concebir ilusiones muy bellas, para luego suplantaros sin miramiento alguno. Afortunadamente, doña Beatriz Pacheco no es un partido tan humilde, que pueda avergonzaros el que se la prefiera á vos.

—Don Juan! exclamó la princesa con dignidad: yo no me avergüenzo sino de mis faltas. Ni doña Beatriz Pacheco, ni otra mas humilde que ella puede oscurecer á la princesa heredera de San Fernando, aunque la fortuna ó la intriga la eleve sobre un trono. Pero... estoy hablando como si realmente fuera posible semejante falsía en pechos nobles... No: eso no puede ser: necesitaria verlo para creerlo.

—Me ofendeis, señora, dudando de mi palabra.

—Qué quereis, D. Juan? Si á vuestros asertos acompañase

alguna prueba capaz de convencerme, tal vez os daria crédito. De otro modo, mi situacion me autoriza para dudar.

—Una prueba... una prueba... No sé si la tengo aquí. Esperad, contestó el maestre haciendo que registraba en su escarcela.–Si, aqui está: tomad, y leed.

Y sacando una carta la presentó abierta á doña Isabel, saboreando de antemano el placer de atormentar á la escelsa jóven: sus ojos, siempre apáticos, brillaban en aquel momento como si la luz que reflejaban procediera directamente de su interior.

La princesa, entre tanto, devoraba con la vista las cláusulas escritas en aquel papel, y una palidéz nerviosa iba cubriendo por grados su hermoso rostro á medida que adelantaba en la lectura.

—No quiero ver mas, murmuró por último, devolviendo con trémula mano la carta al maestre.

—Ya veis que no miento, dijo éste, tomando el papel, y mostrando la firma de D. Juan II con un refinamiento de malicia.–La dura necesidad en que se encuentra el rey de Aragon, le obliga á proponerme una alianza, muy honrosa para mí, á fin de salvar una parte de su corona que se le cae á pedazos. ¿Qué puedo yo hacer, sino aceptar? Ciertamente seria un acto muy generoso de mi parte ayudarle en su apuro, sin exigir en cambio recompensa alguna; pero cuando esta se me ofrece y es de tan alto valor, fuera en mí hasta descortesía el no aceptarla.

—Está bien, señor maestre: podeis hacer lo que mas os acomode: yo no os pido satisfaccion de vuestro proceder. Una cosa sí os he de merecer me digais. ¿Quién ha sido el portador de este mensage?

—Ah! Es un caballero aragonés á quien no conoceis.

—Su nombre...?

—Mosen Pero Nuñez Cabeza de Vaca. ¿Queréis hablarle?

—Para qué?

—La confidencia que acabo de haceros, cuando nadie, ni aun mi misma hija, sabe todavía nada de esto, debe probaros el tierno interés que me inspirais. Y bien: ¿ahora persistireis en

provocar la cólera del rey, por correr tras de una fantasma de hidalguía y magnanimidad imaginaria, que solo vuestro entusiasta corazon ha podido crear?

—Ignoro lo que haré, D. Juan: únicamente puedo aseguraros que este corazon todavía tiene entusiasmo y fé: que no basta un golpe, por certero que sea, para anonadarlo; y que para decidirme, necesito dejar dormir mis emociones. Mañana os daré mi contestacion.

Dicho esto, la princesa se levantó. El maestre conoció que era ya demasiado importuna su presencia, y como por otra parte, habia terminado el objeto de su visita, pidió mil perdones á doña Isabel por la molestia involuntaria que pudiera haberla causado, y se despidió con aspecto compungido, y retozándole de júbilo el corazon.

La princesa se arrojó en su sillon, y apoyando la frente en la palma de la mano, permaneció en esta actitud pensativa, hasta que, llegada la noche, vino á sorprenderla en tal estado Beatriz de Bobadilla trayendo una luz.

—Qué es lo que miro, mi querida señora? exclamó la jóven dama. Estais triste: acaso el maestre os ha afligido?

—Si, Beatriz, me ha afligido: ha torturado mi corazon; pero ha dejado en él un rastro de esperanza.-Oh! Dios mio!... ¿Si fuese verdad que hasta el elegido de mi corazon es infiel á sus palabras? ¿A dónde iria yo á buscar la buena fé entre los hombres? Pero esto no puede ser: D. Fernando no puede haber consentido esa humillacion.

—Qué estais diciendo, señora mia? Es posible que el príncipe haya faltado...

—No, él no: esa es la esperanza que me resta. Solo he visto una carta de su padre ofreciendo su mano á doña Beatriz Pacheco en cambio de algunos miserables socorros para someter á Cataluña.

—Qué villanía!

—Escucha, Beatriz: no es ocasion esta de aspavientos ni esclamaciones. Hay en este castillo un tal mosen Pero Vaca, un

caballero que acaba de llegar de Aragon: necesito verle esta misma noche, sin que D. Juan Pacheco lo sepa. ¿Cómo lo haremos?

—Difícil es eso: tendríamos que valernos de Azhuma, y yo no tengo confianza alguna en esa infiel.

—No importa: llámala, y déjame á solas con ella.

Beatriz salió, y á poco entró Jarifa.–Una estraordinaria transformacion se habia operado en poco tiempo en el semblante de la jóven mora: su mirada vivaz y enérgica otras veces, ahora estaba lánguida y concentrada: habia huido de sus facciones aquel vigor lozano que antes las animaba, revelando un espíritu independiente y un cuerpo lleno de vida.

—Ven, Azhuma, le dijo la princesa con la ternura de una madre. Tú tambien estás triste, hija mia. ¿Crees que mis propios pesares me han impedido notarlo? Si las penas son de las que se pueden comunicar á una buena amiga, dímelas, que acaso yo podré remediarlas.

—Mis penas, generosa señora mia, contestó Jarifa enternecida, son irremediables.

—Tú amas, infeliz, y no eres correspondida como mereces.

Una lágrima asomó á los párpados de Jarifa, que contestó:

—Si me amais señora, permitidme que sepulte el secreto en mi corazon.

—Ya sabia yo que tenias secretos para mí, Azhuma; mas no quiero penetrarlos si no he de poder aliviar el mal que te causan. Ten presente, sin embargo, que yo tambien sufro, y consuélete el pensar que el dolor á nadie respeta: es la herencia de los hijos de Eva.

—Oh! señora, si en mi mano estuviese devolveros la dicha, Dios me es testigo de lo que haria, sin que me detuviese la ruin envidia de veros feliz, mientras yo viviese sin esperanza de serlo.

—Noble corazon, no pierdas nunca la esperanza. El Dios de los cristianos la tiene siempre reservada en su seno para los que sufren y tú serás feliz algun dia. Entre tanto, voy á mostrarte que confio en tí mas que tú en mí: puedes prestarme un

servicio importante á la tranquilidad de mi espíritu, dándome al mismo tiempo una prueba de tu lealtad.

—De mi lealtad! ¿Acaso he faltado á ella nunca para con vos?

—No, Azhuma. Sé que me eres fiel, y si lo dudase, no me valdria de tí para el encargo que voy á darte.

—Mandadme, pues, sin temor: mis hechos responderán de mi fidelidad.

—Óyeme bien: ¿has visto, por acaso, á un caballero aragonés llamado Pero Vaca; que ha venido á Ocaña estos dias?

—Le he visto, y le conozco perfectamente.

—Pudieras traerle aqui esta noche, de modo que el maestre no llegue á saberlo?

—Sereis servida. Cuando todos duerman, velad en esta estancia: yo misma le conduciré.

—Ah! gracias, Azhuma! gracias! No olvidaré nunca este servicio.

Jarifa se retiró, y la princesa fué á postrarse en un reclinatorio que tenia en la misma cámara, delante de un crucifijo de marfil. Oró largo rato, y despues se levantó tranquila y confiada en el que todo lo puede.

Las horas de la noche pasaban lentas; pero su fatal progreso las fué dejando caer en la sima insondable del pasado. Ya no se percibia ningun ruido en el castillo, y solo á trechos turbaba el silencio el canto monótono ó el relevo de los centinelas. Doña Isabel velaba sola en su retirado aposento, y para entretener el tiempo, leia en un libro de pergamino manuscrito y forrado en tafetan azul, con chapas, cantoneras y charnelas para las cerraduras de plata dorada y esmaltada: este libro trataba de las *virtuosas é claras mujeres*, el cual fizo é compuso el condestable D. Alvaro de Luna.

Era ya mas de media noche, y Azhuma no volvia: la princesa separaba de vez en cuando la vista de la lectura, y concentraba toda su atencion en el punto por donde debia llegar su esperado mensagero.

Al cabo, sin que precediese ningun rumor de pasos, abrióse lentamente la puerta de la estancia, y apareció en ella el rey. Doña Isabel se levantó sobresaltada, pero disimulando su emocion, se adelantó á recibir á su hermano.

—Que sucede, señor, le preguntó. Y como es que á esta hora os veo venir á mi aposento con tanto misterio? Temeis acaso que se os escape vuestra prisionera?

—No hablemos de eso, Isabel, contestó el rey dejándose caer en un sillon. Estoy abrumado: hace dos horas que me acosté, y no pudiendo conciliar el sueño, he vuelto á levantarme. No sabia que hacer paseando en mi cámara, ví luz en tu ventana, y vengo á distraerme hablando contigo.

—Dichosa yo, señor, si puedo restituiros la tranquilidad, dijo la princesa echando una ojeada tímida á la puerta, que habia quedado abierta por fortuna.

—Oh! mucho puedes contribuir á tranquilizarme, Isabel. Por tí me veo cercado de mil peligros.

—Por mí! Desechad esa triste idea. Yo confio en Dios que al cabo nos uniremos como deseo. Y esto es preciso que suceda; porque de ello depende la paz de vuestro espíritu.

—¡Ay! Tú no sabes, Isabel, en la que ahora estoy metido: necesito partir inmediatameute á Andalucía, para sosegar aquellos pueblos, que están dados á Barrabás. No quieren pasar por menos que verte reina en mi lugar: con este motivo, los Córdobas y Aguilares, los Ponces y los Guzmanes se están devorando unos á otros, y aquello es un infierno. Y yo tengo que ir á poner paz, ó á que me derroten y me insulten. Esto me quita el sueño: esto me mata. Dime tú, qué debo hacer? Qué harias tú en mi lugar?

—Señor, yo iria sin perder un momento: entraria por aquellas tierras con imponente aparato de guerra: mandaria á los grandes deponer las armas, primero á uno, luego á otro, y si alguno me desobedeciera, le sitiaria en su propio castillo, y arrasaria este hasta los cimientos.

—Eso está muy bien para dicho; pero lo difícil es hacerlo.

Y tú no cuentas con otra cosa: supongamos que voy allá y triunfo de los rebeldes sin obstáculo, que es mucho suponer: pero, entre tanto, tus amigos de por acá aprovechan mi ausencia, se levantan, hacen de las suyas; y tengo que volver á escape á comenzar la tarea: esto es el cuento que nunca se acaba.

—Id sin temor ninguno al Andalucia. Mis amigos, si algunos tengo, hacen lo que yo les mando, y yo no he sido nunca rebelde.

—Menos cuando se trata de.....Pero no hablemos de eso: eres buena hermana, y procurarás no afligirme. Con que, ¿te parece que podré partir sin cuidado?

—Sin duda alguna. Sobre todo, si os acompaña D. Juan Pacheco, nada podeis temer; porque él tiene allá muchos deudos y amigos poderosos, que se someterán á su voz.

—Por supuesto. Y si no fuera por las incomodidades del viaje, y los tropiezos que puede haber, eso me tranquilizaria completamente. ¡Demonios de hombres! siempre peleando, siempre alborotados! No han de dejarle á uno un dia de sosiego! A mí, que, por vivir en paz, me dejaria cortar un brazo!-Isabel, no apetezcas reinar; porque, hija, te confieso que es una cosa insoportable.

—Es un deber, señor, y como tal, pediré á Dios fuerzas para cumplirlo dignamente.

Un ligero rumor de pasos sonó fuera de la habitacion: la princesa alzó la voz, tanto para que el rey no lo oyese, cuanto para prevenir á Jarifa que no estaba sola. Pero á pesar de esta prudente precaucion, miró con inquietud hácia la puerta, por donde temia ver entrar al caballero aragonés, y frustrar sus intentos.

Afortunadamente la mora debió de conocer el peligro, pues el rumor de los pasos cesó al momento, y el rey, no estando prevenido, no se apercibió de esta circunstancia. Pero continuaba hablando de cosas indiferentes, y tan sosegado como si no pensase irse en toda la noche; de modo que la princesa llegó á temer que su hermano, sabedor de su anhelada entrevista con el aragonés, se habia propuesto impedirla.



Isabel I.–Lám. 12.

Don Enrique comenzó á bostezar y esperezarse, estendiéndose á lo largo en su sillon. Doña Isabel aprovechó esta circunstancia para despedirse políticamente.

—Señor, le dijo: si os dá sueño, avisadme, y os traeré una almohada; porque ese sillon es muy incómodo y mañana os dolerán los huesos; aunque lo mejor seria que os entregáseis al descanso en vuestro lecho.

—Tienes razon: ya debe de ser muy tarde, y es menester dormir ¡Adios, pues, Isabel!

La princesa respiró, como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima del corazon. Don Enrique se levantó al fin, y comenzó á andar pausadamente hácia la puerta, pero al llegar á ella, se volvió diciendo:

—Qué oscuridad! La luz de la escalera se ha apagado, y me voy á romper algo.

—Esperad y os alumbraré, contestó la princesa alzando la voz, y entreteniéndose todo lo posible para dar tiempo á los que sin duda aguardaban junto á la puerta.—Por último tomó la lámpara temblando, y volvió á reunirse con el rey, el cual, en el momento de asomar la luz en la antecámara que daba á la escalera, esclamó:

—Quien anda aqui!

La princesa tendió rápidamente su mirada por la pequeña antecámara, y vió á Jarifa, en pié junto á un ángulo de la pared, teniendo con suma naturalidad estendido un estremo de la falda de su tabardo, con la cual ocultaba á Pero Vaca, que estaba encogido detras de ella:

—Es Azhuma, señor, que aguarda para ayudarme á desnudar, dijo doña Isabel.

—Ea, pues, dále esa luz, contestó el rey, y que me alumbre ella. Buenas noches, hermana!

—Buenas noches, señor! Azhuma, alumbra al rey, dijo la princesa, yendo rápidamente á encontrar á la mora, y cubriendo con su sombra al caballero.

Don Enrique siguió su marcha lenta, sin reparar en esta ma-

niobra, y su hermana, viéndole alejarse, se adelantó hasta lo alto de la escalera, y aguardó la vuelta de Jarifa, que no se hizo esperar. Entonces, á la luz de la lámpara pudo ver el semblante noble de Pero Vaca, que era un anciano de sesenta años fornido y de mediana estatura, cuya barba blanca y espesa bajaba en remolinos cubriéndole parte del pecho. Su aspecto prevenia desde luego en su favor, y la respetuosa actitud con que se presentó á la princesa, dió nuevos alientos á esta para dirigirle la palabra.

—Seguidme, mosen Pero, dijo, tomando la luz de manos de Jarifa, y haciendo á esta una seña para que no se alejase de la antecámara.

Pero Vaca siguió á la princesa al interior de su estancia, y aguardó que se le preguntase.

—Sabiendo á lo que habeis venido á Castilla, continuó doña Isabel, comprendereis lo embarazoso de mi posicion. No debeis estrañar, sin embargo, que os haya hecho conducir aqui tan de secreto, pues necesito oir de vuestra boca la confirmacion de un hecho que me han revelado esta tarde, para poder creer que el rey de Aragon falta á los compromisos que contrae por su propia voluntad.

—No estraño nada de cuanto haceis, señora, contestó el caballero: antes al contrario, me alegro en el alma de ser aliviado por vos de un peso enorme. Tres dias hace que deseo veros, sin encontrar de quien fiarme para conseguirlo.

—Ah! Deseabais verme! Luego mi corazon no me ha engañado? Mi primo D. Fernando es fiel á su palabra.

—Y habeis podido dudarlo un momento?

—No, amigo: pero qué significa el mensage que habeis traido á D. Juan Pacheco? Él me ha mostrado una carta del rey de Aragon. ¿Acaso es apócrifa?

—No, señora: es auténtica. Mas ved aquí el objeto verdadero de mi comision: leed, y os tranquilizareis.

Pero Vaca entregó un grueso pliego á la princesa, que lo abrió con ávida curiosidad. Contenia un largo documento, redactado

en forma de contrato y escrito en pergamino, y una carta que decia:

«Mi muy amada fija, que bien puede daros este nombre el «que á toda hora lo desea: vinieron á nuestro reino vuestros «enviados, é fueron de nos bien recibidos, como cumplia y era «de facer con los que vuestra confianza merecen; mas aina tra-«yéndonos tan buenas nuevas de vos, y que tanto placen á nues-«tro corazon. Mostráronnos sus plenos poderes y las instruccio-«nes, por vos é vuestros grandes é perlados convenidas, y en-«contrándolas buenas é justas é cumplideras, y con buen acuerdo «y discrecion por lo que atañe al sosiego y ventura de esos rei-«nos y de sus principales moradores, vinimos en aceptarlas, «primero mi hijo D. Fernando en Cervera, y despues yo en Za-«ragoza, donde, por la gracia de Dios, voy recobrando la salud «y la vista, que deseo para bendeciros y amaros ca no parece «sino que el hablar de vos ha sido luz para mis ojos y melecina «para mi alma y cuerpo. Por la escritura que os envio, signada «de la mano del príncipe y mia, y sellada con el nuestro sello «pendiente, que y vereis, constarvos ha que no hemos omitido «ninguno de vuestros encargos: que tratará mi fijo con toda «filial obediencia al señor rey D. Enrique, terná é manterná en «maternal honra é acatamiento á la señora reyna doña Isabel «vuestra madre, como á madre suya; que observará é guardará «los fueros é privilegios, leyes é loables consuetudines de esos «reinos é señoríos; qué, dándole Dios alguna generacion, así «fijo, como fija, nunca los apartará de vos, nin los sacará de esos «dichos Reinos, loable solicitud de vuestro corazon que mucho «nos ha placido. Trátase asi mismo de lo que atañe á la buena «administracion de la justicia, que vos debereis facer en union «con mi caro fijo; é de las mercedes y empleos que non se daran «á estrangeros de fuera de Castilla y Leon, nin se fiaran sin «vuestro consentimiento; é de lo que tanto encarescceis, de ser «obligado el príncipe de facer con vos la guerra á los moros ene-«migos de vuestra santa fee cathólica; y en fin, de todo lo al «que nos encomendais, para que á cualquier caballero é otras

«cualesquier personas que tuviesen mercedes ó señorias recebi-
«dos hasta hoy de lo que yo tenia y era de Aragon non se les «quite, nin se haya novedad; como assi mesmo que tampoco se «altere la buena concordia por qual injuria que nos é los nues- «tros hubieremos recebido; nin por enojo ú odio que oviésemos «contra cualquier persona de esos reinos, non faremos innova- «cion contra los tales: mas que por servicio de Dios y contempla- «cion á vos los perdonaremos á todos. Esto y lo demas que por «estenso vereis hemos acetado y firmado, é lo tenemos por bien «dispuesto, para que ningun de esos grandes que y os quieren «mal se emperca ni haya porque murmurar.

«Ha venido tambien á nos, amada fija nuestra, un mensage «de ese maestre quien vos conosceis, á quien doy cumplida «contestacion. Desto vos dará cuenta mas cumplida y pormenor «mi contador Mosen Pero, en quien podeis fiar como en mi mes- «ma persona. Dios nuestro Señor os guarde, fija querida é muy «amada, é vos prospere con mi bendicion. De la cibdad de Za- «ragoza á 12 del mes de jenero, año del nacimiento de nuestro «Señor 1469.—*Rex Johann.*»

Al pié de esta afectuosa carta del rey D. Juan de Aragon, seguian algunas galantes líneas de su hijo el rey de Sicilia, que la princesa leyó para sí con la mayor complacencia, y cuyo contenido no nos han transmitido las crónicas. En seguida doña Isabel examinó detenidamente una por una las cláusulas de las capitulaciones matrimoniales, sonriéndose con inefable gozo, cada vez que encontraba en ellas sus pensamientos fielmente reproducidos, y encaminados al mayor bien y engrandecimiento de Castilla.

Concluido este exámen alzó la vista del pergamino, y preguntó á Pero Vaca:

—Y qué cuenta me dais de la estraña comision que habeis traido para el maestre?

—Señora, el que engaña merece ser engañado. El maestre ha pretendido el enlace de su hija con el rey de Sicilia, mi señor, ofreciendo sus socorros para apaciguar á Cataluña. Mi

señor, que no cree en tales socorros ni en tales pretensiones, aunque las despreciaria, si las creyese, ha dispuesto deslumbrar á D. Juan Pacheco, para que, confiado en el buen éxito de sus ridículas negociaciones, os deje en paz por algun tiempo.

—Bien: pero despues, ¿cómo retractará vuestro rey su palabra?

—Mi señor no ha dado palabra ninguna. La firma es contrahecha: el sello sí es el de Aragon; pero, todo se arreglará echando la culpa al gran canciller y desterrándole temporalmente de la córte. Ya veis que no hay peligro ninguno.

La princesa meneó la cabeza, como disgustada de este doble proceder, que sin embargo era tan propio del carácter poco escrupuloso de D. Juan II de Aragon, y consultando un reloj de hierro que tenia en su estancia, dijo:

—Es muy tarde. No perdamos el tiempo.

Y tomando una pluma, escribió al pié del contrato:

«Aceptadas por mí todas las cláusulas en este escrito contenidas.»

Y puso debajo su firma.

—Tomad esto, añadió: en cuanto amanezca partid y llevadlo al señor arzobispo de Toledo, que debe de estar en Yepes: contadle todo lo que sabeis de mí, y decidle que estoy cautiva; pero que no se inquiete, pues antes de ocho dias seré libre. Adios!

Pero Vaca salió y fué conducido hasta su aposento por Jarifa, que le guiaba de la mano en medio de la mas profunda oscuridad.

Al volver la mora, satisfecha del buen éxito de su peligrosa comision, sintió que una mano varonil la detenia, cogiéndola de un brazo con fuerza brutal. La infeliz jóven tuvo que concentrar toda la energía de su carácter, para no lanzar un agudo grito de sorpresa y dolor. Al mismo tiempo oyó una voz familiar suya, que le decia con ténue acento:

—No mueres en este instante, porque eres quien eres; pero tus horas están contadas.

—Abacuc! esclamó la mora. ¿Qué quieres de mí?

—Yo, nada. Tu infidelidad está descubierta: D. Juan Pacheco todo lo sabe ya. Sígueme al tribunal de la Perpétua noche.

—Vamos.

El astrólogo se llevó casi arrastrando á la mísera jóven, que sin voluntad para oponer resistencia ninguna, se dejó conducir por una via subterránea, hasta salir al campo.

Alli habia un caballo atado á un árbol. Abacuc montó en él; despues de colocar á Jarifa en la grupa, y partió con la velocidad de una bala.

Por la mañana contó un pastor de las cercenías de Ocaña, que habia visto aquella madrugada un demonio huir por la llanura, llevando entre sus brazos un alma en pena.





CAPÍTULO XXIV.

De una manifestacion pacífica que hizo el pueblo de Ocaña.



Mosen Pero Nuñez Cabeza de Vaca, madrugó como buen aragonés, para marchar á Yepes, segun le habia mandado la princesa; pero el doble carácter de su comision le obligaba á no partir sin despedirse antes del maestre de Santiago, y pedirle sus órdenes.

Era ya muy entrada la mañana, y el maestre, que sin duda se habia visto, como el rey, privado del sueño, por alguna causa estraordinaria, dormia á pierna suelta, sin cuidarse, al parecer, de Pero Vaca ni de sus asuntos.

Obligado á detenerse, mal de su grado, el aragonés salió á dar una vuelta por la villa, con ánimo de adquirir noticias acerca del paradero del arzobispo de Toledo. Era domingo: las gentes desocupadas formaban corros á las puertas de la Iglesia y en la plaza; y en uno de estos grupos estaba el barbero Lava-caras, cuyas espaldas condolidas todavía por los azotes dados de órden de D. Juan Pacheco, eran objeto de sombríos comentarios.

Débil y pacífica es la hormiga, pero muerde cuando la pisan: así el barbero, que contra su gusto habia tomado parte en la serenata de Nochebuena, despues de azotado, deseaba con ansia una ocasion en que desahogar su resentimiento, mostrándose incorregible y ardiente partidario de las *Flores de Aragon*: el pueblo en masa, teniendo en cuenta la causa porque aquel hombre fué castigado, formaba causa comun con él, y se creia partícipe de su afrenta.

Viendo venir á Pero Vaca, el barbero se apartó de sus amigos, y yendo hácia él, le dijo:

—Si me lo permitis, señor caballero, tendré gusto en hablaros de un asunto que tal vez os interesa.

—Decid lo que gusteis, contestó Pero Vaca.

—Pues bien, sabed que no estais seguro en Ocaña: mis paisanos recelan que el rey trata de hacer fuerza á la señora princesa para enlazarla con el rey de Portugal; con este motivo han enviado emisarios al señor arzobispo de Toledo, al señor almirante, y á otros grandes, avisándoles lo que sucede. El arzobispo ha obtenido permiso para entrar su gente en la villa. Podrá ser que de un momento á otro lleguen socorros á doña Isabel: habrá jarana, y en ese caso el maestre os hará prender, creyéndoos promovedor de la revuelta.

—Podeis estar tranquilo por lo que toca á mi persona. Yo debo partir hoy mismo en busca del señor arzobispo, á quien llevo noticias de mi señora doña Isabel.

—Ah! La habeis visto!

—Si; pero callad. La he visto con mucho secreto, porque habeis de saber que está cautiva, y privada de comunicacion con sus amigos.

—Cautiva, ¡vive Dios! Ya lo decíamos. Pero no importa: pronto se ha de ver que Ocaña no sufre injusticias ni violencias. Si el maestre manda en su convento y tiene sus caballeros, aqui no estamos obligados mas que á pagarle sus diezmos, y tenemos fueros y armas: la villa es de doña Isabel por el tratado de los Toros de Guisando, y hoy mismo hemos de ver la

cara de sol de S. A., ó juro á ños que nos han de oir los sordos!

El barbero tenia razon: la villla era de derecho y en razon del tratado, señorío de doña Isabel, aunque D. Juan Pacheco no habia pensado nunca en cederla.

—Pero estais seguro de que se puede contar con vuestros paisanos? preguntó en voz baja Pero Vaca.

—Qué si se puede contar? A vos lo digo, porque sois de los nuestros. No hay hombre que no esté impaciente por tomar las armas; y si ya no anda la marimorena, es porque dudábamos todavía que fuese cierto lo que acabais de decirme. Pero ahora.... Ya vereis, ya vereis. Los chicos apedrearon á los finchados: nosotros les ajustaremos una cuenta mas estrecha.

—Y hareis bien. Podeis decir á vuestros amigos que la princesa está en grande apuro, y que si por desgracia sucumbe, serán responsables ellos por su cobardía de todo lo que la suceda. Sin embargo, no conviene que os precipiteis: aguardad que yo parta, no sea que se me impida ir á verme con el señor arzobispo, para quien llevo un pliego interesante de la princesa.

No fué menester mas para provocar una esplosion. La mecha estaba ya encendida; y mientras Pero Vaca volvia al castillo-convento de Santiago, el barbero propagaba la llama de la rebelion entre sus paisanos, preparando un motin.

Entre tanto en el castillo se hacian los mas estraños comentarios acerca de la desaparicion repentina de Azhuma, y el jóven D. Diego Pacheco, marqués de Villena, informado de lo que pasaba, se dirigió inquieto á la estancia de su padre, el cual, mas que nunca firme en su popósito de suscitar una lucha declarada entre D. Enrique y su hermana, estaba á la sazon vistiéndose solo, y hablando consigo mismo.

—Quién va? preguntó con sobresalto el maestre al sentir los pasos de su hijo.-Ah! eres tú, D. Diego? Cierra la puerta y ven acá.-Tenemos grandes novedades.

—Asi lo creo, señor: presumo que sabrás ya que Azhuma se ha fugado esta noche pasada.

—Hola! ¿con que se ha fugado? Mas vale que piensen eso que no otra cosa.

—Es decir que no ha sido fuga. Yo estaba en cuidado por vos; pero ya que os veo tranquilo, no dudo que tendreis conocimiento de la desaparicion de nuestra amiga.

—Si: estoy bien informado de todo. Toma y entérate de lo que dice esta carta, contestó el maestre entregándole un papel.

Don Diego lo tomó y leyó lo siguiente:

«A nuestro muy amado primo y venerando pontífice, salud en el Señor.-Acaba de partir de esta nuestra residencia un mensagero del rey D. Juan, portador de cartas de alianza y amistad para el muy poderoso señor maestre de Santiago. Tal es el aparente objeto de su viage; pero sabed que además lleva la comision secreta de entregar á la princesa Isabel ó á sus amigos el contrato matrimonial hecho de acuerdo con varios comisionados de Castilla, y firmado por los reyes de Sicilia y Aragon. El mensagero se llama Pero Nuñez Cabeza de Vaca. Os doy este aviso, cumpliendo con los deberes de parentesco y hermandad que nos ligan, mientras quedo rogando por vos al Dios de nuestros padres. Soy vuestro primo y humildísimo subordinado.-Es traduccion del original hebreo.-*Número uno.*»

—Qué te parece? repuso el maestre. No hay de quien fiarse en estos tiempos. El rey D. Juan juega conmigo á dos hilos.

—De modo que su promesa de casar á D. Fernando con mi hermana Beatriz es una impostura.

—*Tu dixistis*, D. Diego: tú lo has dicho. Pero afortunadamente, no sabe el buen viejo que yo duermo con los ojos abiertos. Ha querido engañarme, y se lleva chasco.

—Pero, señor: esto podrá ó no ser verdad. La firma que autoriza esta traduccion es para nosotros muy fidedigna; mas no sabemos si lo será tambien la del que ha dado el aviso.

—El que ha dado el aviso, si es, como presumo, Abiabar el astrólogo del rey de Aragon, merece nuestro crédito. Además, la noticia es tan exacta, como que, habiéndola yo recibido esta

madrugada por conducto de Abacuc, he tenido tiempo para descubrir que Pero Vaca conferencia en secreto con doña Isabel.

—En ese caso procurareis apoderaros del contrato?

—No: ¿para qué lo quiero? Lo que ya he procurado es quitar de en medio la persona que les servia de medianera, y en quien nosotros habíamos depositado una imprudente confianza.

—Y quién es esa persona? preguntó D. Diego con inquietud.

—Pues no lo sabes? Nuestra confidente Azhuma, que tambien jugaba á dos hilos.

—Azhuma! Es posible? Y qué habeis hecho de ella?

—Yo? Nada, hijo mio. Pero, ¿por qué te alarmas? Esa muchacha nos era infiel: por lo tanto, de nada nos sirve. Abacuc se ha encargado de ella, y el *Número uno* cuidará de hacer completa justicia. Eso no es de nuestra incumbencia...

—No, interrumpió respetuosamente D. Diego. Si á vos no os incumbe, á mí sí. Me interesa la suerte de Azhuma, y viviendo yo, ¡ay de quien ose tocarle á un solo cabello!

—Como es eso? Repetidlo, D. Diego; pues me parece que no estais en vos. Que os interesa, decís, la suerte de una enemiga mia y vuestra.

—Si, señor, lo repito: me interesa, y antes me declararé enemigo vuestro y de toda la tenebrosa liga, que dejar de impedir se ofenda ó maltrate á esa mujer.

—Está bien: haced lo que os plazca. Pero no olvideis que sois miembro de una tenebrosa liga, y como tal, responsable de vuestros actos. Dad un solo paso, y el abismo se abrirá inmediatamente ante vos.

—Sabeis muy bien, señor, que no me intimidan los peligros, ni me detienen las amenazas. ¿Por qué no habré de salvar á esa infeliz mujer, que acaso no será culpable? Pero, en fin, vos podeis impedir que yo me precipite. Vuestra influencia sobre Abiabar es ilimitada: mandad que se respete la vida de Azhuma, y sereis obedecido.

—Yo no puedo mandar nada contra lo que he jurado. Ni la vida de Azhuma, ni la vuestra, ni la mia me pertenecen. Si ella

es inocente, que se defienda: si no lo es, que muera. Pero, sepamos; ¿de dónde nace ese interés tan vivo, que hace os espongais á perder un afecto y proteccion por defender á una infame traidora?

—Señor, contestó D. Diego con voz balbuciente: no podré esplicaros la causa... pero mi corazon me dice que esa muchacha es fiel... y á la verdad... un sentimiento de compasion hácia su juventud me mueve á mi pesar...

—Decidlo de una vez. Azhuma os ha enamorado. Qué ridiculez!

—Enamorado!... Podeis creer...

—Si, lo creo: vuestra turbacion me lo dice. Y juro á Dios, que si por esa miserable mora cometiéseis una imprudencia, no os valdrá ser mi hijo!

—Pues bien, señor: la amo. Si cometo por ella una imprudencia, como decís, veremos de que os sirve despues armar vuestra saña contra mí.

—Está loco! Dios mio, está loco! exclamó el maestre dando pasos desatentadamente por la estancia.–Ven acá, criatura, añadió acercándose á su hijo, y mirándole de hito en hito. ¿No conoces que caminas á tu perdicion? Si fueses tan ingrato que me denunciases, ¿no seria mi ruina la tuya?

—No se trata de eso: yo no quiero vuestra ruina: quiero únicamente que Azhuma viva.

—Es el caso que... puede ser ya tarde.

—Ira de Dios! Qué decís?

—Hombre, cálmate. Esto no es mas que una suposicion. Pero si fuese cierto ¿qué irías á remediar con mover escándalo?

—Ah! Si semejante crímen se llega á cometer, os juro que la venganza será tremenda.

Don Juan Pacheco meditó un momento, y repuso:

—Mira, D. Diego: yo no tengo en este mundo mas interés que el de tu felicidad. Oye, pues, la voz de la razon y de mi cariño. Nada me importa que ames á esa mora, ni á cien moras como

ella: lo que quiero es que no te alucines y hagas un disparate; porque, sábelo, si acaso lo ignoras, á tí y á mí nos costaria la vida.

—Tranquilizaos, señor: no desconozco lo grave de la situacion en que os pondria el mas pequeño desliz de mi lengua. Pero, aunque yo sé callar, no respondo de la impetuosidad de mis actos: en vuestras manos está evitarla. Dadme los medios de salvar á esa mujer, y nada temais: en el concepto de que estoy decidido á partir en su busca de cualquier modo que sea.

—Si, te los daré... Sin embargo... pudiera suceder...

—Qué?... Acabad.

—Que no llegases á tiempo; y en tal caso... Vé lo que haces, porque tu cabeza fluctuará entre tus amigos y tus enemigos.

—Nada me importa mi cabeza...

—A mí si: por consiguiente solo te ayudaré con una condicion.

—Cuál?

—La de que has de saber dominarte y disimular tus pasiones. De otro modo no lograrás resultado ninguno ventajoso para tí. Si por desgracia estuviese ya todo consumado, ten presente que solo el fingimiento de una completa indiferencia puede asegurarte la venganza. Esto te lo dice quien tiene mas esperiencia que tú.

—Bien: haré lo que gusteis; pero no me detengais un momento.

—Voy allá, voy allá.

El maestre tomó un papel, y escribió en él estas palabras.

«Suspended el castigo de la culpable, y enviádmela con el portador de estas líneas. El mayor bien de la sociedad lo exige.-*Número mil.*»

En seguida, D. Juan Pacheco cerró esta carta, y sellándola con la estrella que le servia para estos casos, dijo á su hijo:

—Toma; si te dás prisa, tal vez llegues á tiempo. Abiabar está en Toledo, en casa de Baruch el armero. Dále esta carta, y... cuidado! Si te portas con prudencia, yo te ayudaré en todo: en otro caso, te abandonaré á tu suerte.

Don Diego tomó el papel, y salió precipitadamente de la estancia. Entre tanto su padre murmuraba entre dientes.

—Demonio de huracan! Es preciso seguirle el rumbo para que no haga estragos. Dejémosle ir y que quiebre la fuerza... Por supuesto llegará tarde; pero no le creo tan nécio que vaya á comprometerse inútilmente. Ya sabe lo que le conviene, pase la mala hora, y despues con calma todo se arreglará.

Un criado anunció á Mosen Pero Vaca.

—Que entre, que entre, dijo D. Juan, dando á su rostro el aspecto de la mas cordial benevolencia.

Pero Vaca entró, y participó al maestre su resolucion de partir en aquel mismo dia.

—Siento en el alma, le contestó D. Juan Pacheco, verme privado tan pronto de vuestra amable compañía; pero, con todo, apruebo vuestra resolucion, y os deseo feliz viage. Previendo que de un momento á otro nos dejaríais, tengo ya preparada la respuesta al mensage que me habeis traido. Tomad, pues, y no os detengais, añadió entregándole un pliego. Asegurad de palabra á vuestro señor, que puede contar siempre con un afecto de mi parte igual en todo al suyo, y que estoy decidido á obrar para con él exactamente como él para conmigo. En una palabra, decidle que no puede haber entre nosotros divergencia de ningun género, sino la mas perfecta reciprocidad.

El aragonés tomó el pliego y se despidió del maestre con palabras corteses; despues de lo cual, y teniendo ya hechos sus preparativos de viage, marchó sin detenerse. Don Juan Pacheco se mantuvo en observacion hasta que le oyó partir. Entonces, frotándose las manos muy satisfecho, salió de su aposento, y se encaminó al de D. Enrique, murmurando:

—Vaya con Dios el amigo Pero Vaca. Vino á engañarme y él es el engañado. Irá diciendo á su amo que D. Juan Pacheco es un bonachon que se mama el dedo, y cuando el buen rey de Aragon acuerde, se encontrará comprometido conmigo, y sin la paloma que busca para su hijo... Veremos quien caza á quien, señor mañoso.

Don Enrique se paseaba inquieto en su cámara, deseando ver al maestre, pero sin atreverse á llamarle.

—Hola, D. Juan! ven acá, le dijo al verle: me tiene aturdido esa pícara rebelion de Andalucía. Tú duermes bien, á lo que veo, á pesar de las tristes nuevas que hemos recibido; pero yo no puedo sosegar un momento.

—No os parezca, señor, contestó el maestre, que estoy muy tranquilo por mi parte. Casi toda la noche la he pasado en vela, meditando lo que conviene hacer para calmar ese alboroto.

—Ah!... Con que á tí te parece grave el negocio.

—Sumamente grave, sobre todo mientras no conjuremos el peligro que nos amenaza por la espalda.

—Y bien: ¿qué te parece que debemos hacer?

—En mi concepto, lo primero es atar corto á vuestra hermana, obligándola de una vez á firmar el compromiso que sabeis.

—Y si se resiste?

—No estamos en el caso de andarnos con rodeos. Se la intima espresamente vuestra voluntad, y se le exige la sumision, so pena de pasar encerrada el resto de sus dias. Y si es menester se la encierra en el castillo de Madrid.

—Pero en ese caso no lograremos tranquilizar á nadie, que es lo que ahora nos hace falta.

—Lo que se necesita es que ella firme. Tengamos un documento en que conste su adhesion á vuestros mandatos, y despues, el que sea hombre, que se mueva.

—Es verdad: eso es lo que necesitamos. Pero ¿quién será el que la obligue?

—Quereis dejar en mis manos ese negocio?

—Desde luego: te doy amplias falcutades para todo.

—Pues bien: hoy mismo quedará eso arreglado.

El maestre se retiró á estender el contrato de bodas entre el rey de Portugal y doña Isabel, poniéndose para ello de acuerdo con el arzobispo de Lisboa, y con el de Sevilla y el conde de Plasencia. La mayor parte del dia se pasó en estas negociacio-

nes, y á la caida de la tarde pasó D. Juan Pacheco al aposento de la princesa, decidido á emplear todo género de medios para salirse con su empeño.

Doña Isabel habia visto partir á Pero Vaca, y por el saludo que éste le dirigió desde el campo, habia conocido que no corria ningun peligro el éxito de su comision secreta. Con esto se hallaba tranquila, no obstante la inquietud que naturalmente debia inspirarle la ausencia de Azhuma.

—Señora, le dijo el maestre con su habitual dulzura: tengo la desgracia de ser siempre para vos nuncio de nuevas desagradables.

—Ciertamente que es una desgracia para vos, señor maestre, la de no poder anunciarme felicidades. Vamos, de que se trata?

—El rey mi señor está enojadísimo con vos...

—Nunca menos que ahora lo hubiera creido: anoche tuvo la bondad de visitarme, y por cierto que se mostró muy amable conmigo.

—Ah! No os fieis de su amabilidad, señora: cabalmente anoche tenia recelos de que esperábais á cierto confidente, y es lo mas sensible que no salieron fallidas sus sospechas.

La princesa palideció; pero sin desmentir su serenidad, repuso:

—Estraño es eso: ¿y cómo no me habló nada de lo que recelaba?

—Lo estraño hubiera sido que os hubiese hablado de ello: queria sorprenderos, y ya que esto no pudo ser, porque seguramente habíais tomado bien vuestras medidas, procuró apoderarse de la confidencia.

—Eso es indigno! exclamó doña Isabel, cuyo rostro se inflamó de repente. Si no me tratáseis con una tiranía tan impropia de caballeros, serian escusados esos pasos tenebrosos para celar la conducta de una mujer, que no desea por cierto huir de la luz del sol para mostrar ostensiblemente sus actos. Veamos, ¿y qué ha sabido el rey?

—Lo mismo que vos.

La princesa sospechó que el maestre la engañaba. En aquel momento creia que Azhuma la habia vendido, pero como la mora no estaba enterada de su conversacion secreta con el caballero aragonés, y éste, á su parecer, no habia encontrado obstáculos á su marcha, se figuró que la intencion de D. Juan Pacheco era la de arrancarle una revelacion completa de sus tratos con la córte de Zaragoza. Para confirmar sus sospechas, le preguntó:

—De modo que habeis detenido á Pero Vaca?

—Seguramente lo habria hecho el rey, si mis buenos deseos de evitar discordias no lo hubiesen impedido. Pero Vaca ha marchado de Ocaña esta mañana.

—Protegido por vos?

—Podeis asegurarlo.-Pero no es el emisario aragonés, ni su contrato de boda, lo que ahora nos interesa. El rey está irritadísimo, como ya os he dicho; tanto que para evitar los terribles efectos de su cólera, he consentido en tomar sobre mí el duro cargo de comunicaros sus órdenes terminantes.

—Y cuáles son esas órdenes.

—Vedlas aquí, repuso el maestre, estendiendo sobre la mesa el contrato que habia redactado. Os manda firmar estas capitulaciones; y yo os suplico que lo hagais de buen grado, para impedir que se vierta sangre por vuestra causa. El rey debe partir muy en breve á sofocar la rebelion de Andalucia, que hace estragos en vuestro nombre: para someter aquel reino, necesita tener antes la seguridad de vuestra leal sumision. Sin ella, los nobles de vuestros partido tendrán un pretesto para rebelarse en Castilla, y siento deciros que, fiel ante todo á mi rey, he dado ya mis órdenes para que en todas partes se apresten las armas, á fin de castigar al que conspire contra la paz pública. Vuestro hermano, pues, no teme ser vencido en ningun punto; pero vos debeis desear, como yo, que no se derrame sangre inútilmente.

—Deseo laudable es el vuestro, señor maestre. Si habeis visto el contrato de que ha sido portador Pero Vaca, no podreis dudar que mi mas ardiente anhelo es el de conservar la paz.

Allí habreis notado varias cláusulas que imponen el respeto de los derechos adquiridos por ciertos magnates, y el absoluto perdon de las ofensas. De modo que se os trata como amigo, se os garantiza la posesion de vuestros estados, y por consiguiente se os inutiliza para la discordia; porque ni siquiera se os deja el pretesto de rebelaros contra mí.

—Celebro infinito esas buenas disposiciones, señora, replicó el maestre sin desconcertarse. Pero os juro que no he visto las cláusulas de que me hablais: yo no soy mas que un humilde instrumento de mi señor el rey, quien acaso sabrá lo que acabais de revelarme. Tan ageno estoy de todo eso, como que yo habria jurado que el contrato estaba en vuestro poder.

—Ah! Eso creíais? Pues bien: estais completamente equivocado. Es muy probable que á estas horas se halle ese documento en manos de vuestro tio D. Alonso Carrillo.

Don Juan Pacheco reconoció, aunque tarde, que habia cometido una torpeza, dejando ir á Pero Vaca, mas avezado al disimulo, y dispuesto siempre á sacar partido de todas las circunstancias, formó en el acto el mas decidido propósito de no salir de aquella estancia, sin llevar la firma de la princesa, pues con ella se prometió dejar encendida la guerra civil en Castilla, mientras acompañase al rey al Andalucía, y al mismo tiempo se aseguraba contra la realizacion del enlace aragonés.

—Vos misma, señora, dijo, confirmais mis temores. Poseyendo mi señor tio ese contrato, la rebelion es inevitable, y solo en vuestras manos está ya la tranquilidad del reino. Firmad, pues, al momento este convenio, que, como veis, está consentido por los autores del de los Toros de Guisando, únicas personas que pueden intervenir en vuestro matrimonio; y todo el pueblo os bendecirá, porque asi quitais la ocasion de los horribles disturbios que nos amenazan.

—Señor maestre, repuso la princesa con dignidad. Si tan amante sois de la paz, sostenedla con vuestros consejos y vuestro ejemplo: yo no temo la guerra, ni provoco la rebelion: preguntad á vuestra conciencia si he sido yo quien ha encendido la

tea de la discordia en Andalucia: preguntadle además si soy yo quien pone dificultades á la cordial union del rey conmigo, y si por mi parte se han dado los primeros pasos para quebrantar el tratado de Guisando. Mucho amo á la paz, señor maestre, y doy pruebas de ello sometiéndome á vuestra tiranía; pero sabed de una vez para siempre que prefiero la guerra, si es preciso, á una sumision vergonzosa.

—Pues bien, señora, tendreis la guerra; porque ó firmais este contrato, ó se os encerrará donde no veais la luz en mucho tiempo. Tal es la órden que he recibido, y que, á mi pesar, me veré obligado á cumplir.

—Daos prisa, pues, á ejecutar esa órden temeraria, y preparaos á responder de sus consecuencias.

—Señora, preciso es que conteis con amigos muy poderosos. cuando asi me desafiais.

—Oh! Si: cuento con uno, uno solo, contra quien nunca prevalecerán enemigos como vos. Cuento con el favor de Dios.

Una sonrisa irónica cruzó por los pálidos lábios del maestre, quien acercándose á la princesa, que con el codo apoyado en la mesa, le miraba serena, repuso:

—La autoridad que invocais es muy respetable. Pero, señora, Dios no puede consentir que vuestra caprichosa obstinacion cueste sangre y lágrimas á Castilla, y de seguro no lo consentirá. Yo he jurado haceros obedecer los mandatos de vuestro señor y rey; aprecio en mucho la tranquilidad del reino, y os digo que firmareis.

Y asi diciendo, asió con fuerza el brazo de la princesa, y puso al mismo tiempo una pluma entre sus dedos.

Doña Isabel miró al maestre sonriéndose, á pesar de que la dura mano de este causaba una impresion dolorosa en su delicado brazo, y despidiendo la pluma, contestó:

—No sé escribir asi.

En este momento se oyó un ruidoso clamoreo, entre cuyas voces confusas se distinguian los gritos de «¡viva la princesa! viva doña Isabel!»

Don Juan Pacheco soltó maquinalmente el brazo de la escelsa jóven, y se puso á escuchar.

—Ahora comprendo, señora, la causa de vuestra resistencia, dijo despues de algunos momentos. Esperábais que el pueblo amotinado sostuviese vuestra decision. Pues bien, ya que lo quereis, ya que estais empeñada en que haya sangre, habrá sangre! Don Juan Pacheco, aunque viejo, conserva todavia el suficiente vigor para castigar á los enemigos de su rey. Adios, señora! En vuestro nombre voy á esparcir la muerte por las calles de Ocaña.

—Detenos, D. Juan! exclamó la princesa corriendo á colocarse delante de la puerta.

—Solo un medio teneis de evitar la efusion de sangre. Firmad ese contrato.

La princesa, que conservaba el contrato en la mano, lo hizo pedazos y lo arrojó al suelo con indignacion.

—Para aplacar al pueblo de Ocaña, contestó, bastará que su señora se lo mande. Aunque me tengais presa, no he abjurado mis derechos. Ocaña es mia, señor maestre, no lo olvideis.

Durante este altercado iba entrando la noche, y el motin arreciaba.

—Que salga la princesa!-Queremos ver á la princesa!-Viva doña Isabel! eran los gritos por mil bocas repetidos, y entre los cuales alternaban voces de hombres, niños y mujeres.

—Apartaos, señora, y dejadme salir! exclamó el maestre. No me obligueis á faltaros al respeto.

—¿Acaso haceis falta en esa contienda? No es á vos, sino á mí á quien el pueblo llama.

En esto apareció el rey, que subia la escalera pálido y tembloroso, diciendo:

—Don Juan! D. Juan! Venid, venid pronto. Es preciso aplacar á esa gente.... Toda la villa está levantada, y he visto entre los naturales algunos nobles forasteros.... Esto es una rebelion formal.... Estoy entre dos fuegos, y no sé qué hacer.

—Señor, tranquilizaos: eso no será nada, dijo doña Isabel adelantándose.

—Yo lo creo: para tí no será nada, repuso el rey á tí te aclaman..... pero á mí.....

—No temais, señor, dijo el maestre: pronto mis cerbatanas y mis espingardas darán cuenta de esa canalla.

—No: eso no! esclamó el rey, cuya barba temblaba. De cada rebelde qué muera, nacerán ciento, y no quiero mas luchas estériles.....no quiero mas guerra civil.....Harto tengo en que pensar.

—Señor, replicó el maestre encogiéndose de hombros: acato vuestra voluntad; pero si asi os dejais imponer la ley por esos villanos, nunca tendreis una hora de reposo.

—Vamos, señor, vamos, dijo doña Isabel: confio en Dios que todo se arreglará sin sangre, y sin menoscabo de vuestra dignidad.

—Vamos, pues, Isabel. Vamos hija: creo que si,.... que tú lo arreglarás todo.

Hablando así, D. Enrique se apoyó en el brazo de su hermana, y comenzó á bajar la escalera, seguido de D. Juan Pacheco, que se reia silenciosamente, como el ángel malo al presenciar las tribulaciones del pecador. Asi llegaron hasta la cámara principal del castillo, cuyas ventanas daban á una plaza de la villa. El rey se acercó recelosamente á una de ellas, y vió desde allí el bullicioso hormiguero del pueblo, que se agitaba, blandiendo, por únicas armas, antorchas encendidas.

—A ver? D. Juan, asómate y háblales, dijo: sepamos qué quieren.

El maestre salió á la ventana, pero no pudo hacerse oir de los amotinados, que al verle, prorumpieron todos á un tiempo en desaforados gritos, levantando las manos desarmadas.

—Señor, dijo don Juan Pacheco retrocediendo: lo que quieren ya se entiende; pero repito mi consejo: esa gente, á lo que veo, está sin armas: un par de descargas de arcabucería bastará para dispersarla arrepentida de su locura.

—¿Y sereis vos, quien mande cargar contra un pueblo que, confiado en su lealtad y en el honor de su rey, se presenta indefenso? preguntó doña Isabel.

—Dice bien mi hermana, D. Juan, repuso el rey: no conviene

agriar los ánimos. Pero ¿qué haremos? No habrá medio de entenderse con esa gente?

—Sí, le hay, señor: contestó la princesa: mandad una persona que traiga á vuestra presencia algun gefe de los alborotados. --A ver? añadió volviéndose hácia una multitud de caballeros que, agrupados á la entrada de la cámara, aguardaban las órdenes del rey.-Allí veo á nuestro amigo Francisco de Bobadilla: él irá, si se lo mandais.

Francisco de Bobadilla se acercó al oir su nombre, y habiendo recibido la órden de parlamentar con los amotinados, salió precipitadamente, mientras la princesa se asomaba á la ventana.

Al verla, el pueblo prorrumpió en aclamaciones de júbilo, mezclando con los vivas á ella otros mas sediciosos á Castilla y Aragon.

—Ya lo ois, decia entre tanto el maestre al rey. ¿Os parece que eso se debe consentir?

—Y qué haremos, D. Juan? Es preciso transigir: ¿quieres que me resista, y que las voces se conviertan en tiros?

—Mas valiera venir á las manos, que no soportar la insolencia con que esa vil canalla aclama á vuestra hermana, sin respeto alguno hácia vos.

—Qué remedio tiene, hombre? Déjalos que griten lo que mejor les cuadre. Afortunadamente mi hermana puede hacerles callar. Ahora manda ella: no seamos imprudentes.

La princesa se retiró de la ventana, al mismo tiempo que regresaba al castillo Francisco de Bobadilla, trayendo á un miembro del ayuntamiento de Ocaña, el cual, acompañado de una especie de escolta de mozos robustos, entró á poco en la cámara donde estaba el rey. Este se colocó en una actitud casi magestuosa, y dijo al regidor:

—Acercaos.

El regidor adelantó algunos pasos, y hecha una profunda reverencia se detuvo dando muestras de respeto.

—Decidme, continuó el rey: por qué alborotan esas gentes. y cómo es que vos lo consentís!

—Señor, respondió el regidor: el leal pueblo de Ocaña, no



Isabel I.-Lám. 13.

se rebela contra V. A.: pide, si, del único modo que le es permitido, puesto que las puertas de este edificio le están cerradas, que se le dé satisfaccion del modo como se trata á su señora la princesa. Quiere verla libre, y para no tener que exigirlo con las armas en la mano, eleva su voz, que á nadie ofende.

—Atrevido sois por demás, dijo el maestre.

—Calla, hombre, calla, murmuró el rey al oido de su privado: y contestó al regidor:

—Con que tratan de acudir á las armas? Y vos qué haceis?

—Señor, la municipalidad de Ocaña participa de los sentimientos de sus administrados, repuso el regidor. Si de ofender á V. A. se tratase, armas no faltan, ni valor, ni ausilios poderosos á ese pueblo que se contenta con gritar, pero cuenta con la noble generosidad de V. A. y no duda que le otorgareis lo que desea.

—Y en suma, qué es ello?

—Que se le convenza de que la señora princesa no padece violencia.

Doña Isabel se adelantó y dijo:

—Podeis tranquilizar al honrado pueblo de Ocaña, y asegurarle en nombre de S. A. el rey que ningun acto de violencia se cometerá contra mí. Decidle que el rey me ama y me protege, y que no son de mi agrado esas manifestaciones ruidosas de su afecto y lealtad, que sin embargo aprecio.

—Señora, contestó el regidor: el pueblo de Ocaña oirá con respeto vuestras palabras; pero su cariño á V. A. no quedará satisfecho con esa magnánima esplicacion. Para tranquilizarle será menester que V. A. se digne aceptar el hospedage que se la tiene preparado en la casa de la villa.

Don Juan Pacheco y el rey se miraron con muestras de inquietud. El primero iba á contestar negativamente, pero la princesa se le anticipó, diciendo al regidor:

—Id y decid á vuestros compañeros y al pueblo todo, que agradezco en el alma su atencion, y que aceptaré el hospedage que me ofrecen, siempre que consienta en ello mi señor hermano, que por su parte no es menos gustoso en tenerme á su lado.

—Si eso es, dijo D. Enrique: os podeis ya retirar: mi her-

mana y yo resolveremos lo que mas convenga.

El regidor saludó á las personas reales y salió. A poco se oyeron de nuevo las aclamaciones del pueblo, el cual se fué alejando hácia la plaza de la villa. No parecia sin embargo asegurada la tranquilidad; pues en todas las casas se colocaban antorchas y luminarias, y las fuerzas del ayuntamiento se disponian á pasar la noche sobre las armas, organizándose en guardias y patrullas.

—Veamos por último, que es lo que se resuelve, dijo el rey luego que se quedó solo con la princesa y el maestre.

—A vos toca, señor, contestó doña Isabel, determinar lo que mejor os parezca. Ya hebeis visto que lo he dejado á vuestra discrecion.

—No cabe duda: pero lo cierto es que no puedo negar lo que solicitan, sin que crean que te tiranizo.

—Precisamente, señor he querido desvanecer esa idea, y no sé que hubiese podido hacerlo de otro modo.

—No lo niego: tu intencion ha sido buena, muy buena. ¿Qué dices tú D. Juan?

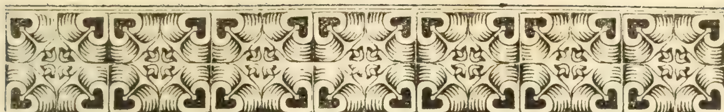
El maestre que, viéndose completameute derrotado por doña Isabel, permanecia silencioso, levantó de pronto la cabeza, y encogiéndose de hombros, contestó:

—Yo digo, señor, que por esta noche no hay mas que hacer: duerma tranquila mi señora la princesa, y mañana puede mudar de aposento.

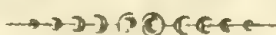
—Con que apruebas la traslacion de mi hermana?

—De seguro la apruebo. No es posible otra cosa.

Despues de estas palabras, doña Isabel se retiró á su estancia, y D. Juan Pacheco se encerró con el rey para tratar mas despacio y á solas del último partido que debia tomarse con arreglo á las unevas circunstancias. De esta conferencia salieron contentos el maestre y D. Enrique. Aquella misma noche se despidió al embajador de Portugal, sin darle ninguna respuesta decisiva, pero sí esperanzas para en adelante, y la seguridad de no olvidar sus proposiciones.



CAPÍTULO XXV.



Que trata de los amores de Azhuma.



Para evitar el encuentro de los partidarios de don Alonso Carrillo, que ocupaban varios pueblos y castillos entre Ocaña y Toledo, el jóven marqués de Villena se vió precisado á dar un largo rodeo al dirigirse á esta última poblacion, de suerte que era ya anochecido cuando divisó sus encumbrados muros.

La agitacion de su espíritu iba en aumento á medida que se acercaba á la imperial ciudad, donde, á pesar de la velocidad de su marcha, temia no llegar á tiempo de impedir una bárbara y clandestina ejecucion.

El amor de D. Diego era tanto mas vehemente cuanto mayores habian sido los obstáculos que á su satisfaccion se oponian. La conducta singular de Jarifa, la entereza con que siempre habia ésta rechazado los halagos de una pasion, que, sin embargo, no dejaba de compartir, ni cuidaba de disimular, ofrecia mayores alicientes al corazon del enamorado jóven que los que para él

habria tenido la mas rendida correspondencia. Sabia que era amado, pues nunca recibió desaires que le probasen lo contrario; pero al mismo tiempo miraba enfrenados sus deseos por una voluntad tenaz, por una fiereza de carácter, muy semejante á la que nace de una castidad invencible, cuya causa se encerraba en el mas impenetrable misterio. Sin estas circunstancias, acaso don Diego se habria cansado pronto de un amor respetuoso, y en cierto modo ni compatible con la humilde condicion de la mujer á quien lo dedicaba, bien para exigir favores que creyéra merecer, bien para relegarlo al olvido. Empero la noble dignidad de Jarifa le habia impuesto una veneracion fanática, y la esperanza de ser correspondido mantenia en su corazon una llama ardiente capaz de hacerle arrostrar todo género de consideraciones.—La mora no era para él un objeto de sensual complacencia, sino una cadena mágica de espirituales deliquios: pensaba en ella, como el tierno adolescente que aun ignora lo que es una mujer, en la primera jóven que despierta su sensibilidad: la veia, no en la forma corporal que constituye el grosero recreo del hombre formado, sino rodeada de un prestigio sobrenatural, que absorbia todas sus facultades físicas, y le arrobaba en una contemplacion ilusoria.

Predispuesto asi el ánimo de D. Diego, no es de estrañar que, sabedor del gran riesgo que corria Jarifa, se arrojase á salvarla, despreciando hasta su vida. Poseido de la mas viva inquietud, pálido, cubierto de sudor y polvo entró en la Judería de Toledo, llamando la atencion de sus habitantes suspicaces, que, al oir las pisadas de su caballo, asomaban las cabezas por las ventanas de sus oscuras viviendas, y cerraban las puertas cautelosamente.

La casa de Baruc el armero estaba situada en el estremo de la Judería, y contigua á los altos peñascos que limitan el cauce del Tajo. Al acercarse á ella D. Diego, no pudo menos de sentir amenguado su arrojo, á la vez que un estremecimiento de terror conmovia todos sus miembros. La austeridad de principios de la tenebrosa hermandad se le representó con los mas negros co-

lores; y á su pesar conoció que debia armarse de valor para seguir fielmente los consejos de su padre: de repente huyó á lo mas recóndito de su corazon la generosa fuerza espansiva de sus pasiones juveniles, para ser reemplazada en el esterior por la apariencia glacial del cálculo y la política.

Viéndole apearse á su puerta, Baruc, que era un viejecillo apocado, aunque estremadamente rico, y por consiguiente medroso é hipócrita, quiso encerrarse como sus demás compañeros. Mas fuéle forzoso desistir de su intento, al oir la voz de don Diego, que le decia:

—Veis que vengo á vuestra casa, y me cerrais las puertas?

—Señor, se apresuró á contestar el judío inclinándose casi hasta tocar con las manos al suelo: vuestra señoría perdone á su humilde siervo, si le ha ofendido. Yo, señor, soy un fiel observador de la ley: observo el sábado y tambien el domingo, (el lector recordará que este dia era domingo). Si mi puerta está abierta, no es por codicia, ni porque yo tenga ocupado á nadie trabajando, sino para que entre la luz de Dios. Ved, mis armeros están cerrados: mis fráguas están apagadas: yo soy fiel observador de todas las leyes.

—No se trata ahora de sábados ni domingos, repuso D. Diego, cuando le dió tiempo la rápida facundia del viejecillo. Solo quiero saber si está aqui el rabí D. Abiabar.

Baruc echó á temblar, y mirando á la calle, como para asegurarse de que D. Diego venia solo, contestó:

—Ilustre señor, nadie puede afirmar, ni negar nada, sin esponerse á mentir, solo Dios es infalible.

—Pero vos no podeis ignorar quien hay dentro de vuestra casa.

—Os diré: mi casa tiene dos puertas. Si os respondo que no está en ella la persona que buscais, puedo mentir, por no haberla visto entrar: si os digo que está, puedo tambien equivocarme por no haberla visto salir. Servios pues tomar asiento y aguardar, mientras me informo bien para daros la contestacion. Oh! Detesto la mentira.

—Veo que sois un hombre precavido; pero yo no tengo tiempo que perder. Abiabar está aqui: tomad y entregadle esta carta.

Baruc tomó la carta del maestre, y mirando la estrella del sello, dijo con mas serenidad:

—Voy á serviros: si está, le entregaré la carta; si no, os la devolveré.

—Lléveos el diablo con vuestras disyuntivas! esclamó el marqués, perdida ya la paciencia. Despachad, y sea como quiera. No olvideis que aguardo la contestacion.

—Voy á serviros, señor, repitió Baruc.

Y cerrando la puerta esterior, despues de haber atado á una argolla el caballo de D. Diego, se internó en la casa, no sin echar de paso una ojeada á los anaqueles de su tienda, para cerciorarse de que estaban seguros.

Durante esta conversacion, una escena muy diferente se representaba en una cuadra oblonga, tallada, debajo de la casa, en el peñasco que se alza sobre el rio.

Era este aposento semejante al gabinete negro del palacio subterráneo inmediato á Segovia, que ya conocen nuestros lectores: como aquel estaba entapizado de velludo negro sembrado de estrellas de oro: faltaban en este los esqueletos humanos y el trono suntuoso; pero en su lugar se veian arrinconados instrumentos de tortura, y un gran sillon de roble tallado al estilo gótico, junto á una mesa cubierta con tapete negro, y guarnecido con una franja dorada, cuyas labores figuraban los signos del zodíaco. Del techo pendia una lámpara de plata, en la cual nadaba una luz, alimentada por aceite aromático: sobre la mesa habia un libro abierto, una espada y un reloj de arena; y sentado en el sillon, con la frente apoyada en el libro, en la actitud de la mas profunda meditacion, estaba un hombre de cincuenta á sesenta años, vestido con un largo ropon y cubierta su cabeza al uso judaíco.

El crugido metálico de un resorte, que sonó detrás de un plegado tapiz, sacó de su abstraccion al anciano, que alzando de

repente la cabeza, fijó sus miradas brillantes en la cortina. Esta fué apartada, dejando descubierta la bella figura de una jóven, detrás de la cual se divisaba en la penumbra el rostro pálido y barbudo del astrólogo Abacuc.

—Amigo mio! Mi querido protector! exclamó la jóven, hácia el anciano con los brazos abiertos.

Pero él se levantó rápidamente, y estendió el brazo teniendo abierta la mano y contestando con voz cavernosa:

—No te acerques á mí, precita! No me toques!

Abacuc permanecia, entre tanto, detrás del tapiz; observando esta escena y teniendo en la mano un puñal desenvainado.

—Abiabar! esclamó la jóven con acento de reconvencion. ¿Por qué me rechazais sin escucharme? Acaso no veis ya en mí la hija de Agar la profetiza y de Osmin el Zenete?

—Agar! Qué nombre has pronunciado? Tú no eres la digna hija de la mujer fuerte, no: yo te desconozco: esos vestidos de cristiana que llevas, ¿no dicen que has abjurado la fé de tus padres? ¿no revelan en tí el vástago degenerado del árbol de Abraham? Jarifa, respóndeme: ¿qué has hecho de tus hermanos?

Jarifa se encogió de hombros y contestó:

—No sé de que me hablais, Abiabar: mis vestidos no forman parte de mi ser: ¿por ventura es esta la primera vez que me veis disfrazada? ¿Cuántas veces no he mudado de trage obedeciendo vuestras órdenes?

—Y acaso te he mandado yo disfrazarte de cristiana? Te he mandado amar á nuestros enemigos?

—Os repito que ignoro de que me hablais. Nombradme un enemigo vuestro á quien yo ame.

—Tu serenidad no me engaña, Jarifa. Tu corazon ha hecho traicion á tus promesas y juramentos. Acércate, y atiende bien á mis palabras, porque has cometido faltas muy graves, y es menester que te convenzas de ellas.

Al hablar asi, Abiabar asió de una muñeca á la jóven, y señalándole el libro abierto, la obligó á fijar en él sus miradas.

—Hé ahí escrito tu destino, continuó el pontífice de los judíos. Yo he meditado mucho sobre él, y no hallo medio de salvacion para tí.

La jóven, léjos de arredrarse al oir esta especie de sentencia de muerte, irguió la cabeza con orgulloso desden y repuso:

—Hablas de mi destino, como si fuese dado á ningun mortal prefijar la suerte de las criaturas. ¿Qué dice contra mí ese libro, en que solo escribes mentiras? ¿De quién has recibido el derecho de condenarme sin convencerme?

—Jarifa, tu mismo desacato te condena, porque desconociendo la autoridad que tengo por la ley de Moisés, pruebas que eres rebelde y pérfida. En ese libro están escritos tus juramentos de vivir y morir formando causa comun con el vengador de tu madre: de ahogar en tu corazon todo sentimiento que no sea encaminado á la venganza: de sacrificar hasta tu vida en el servicio de nuestra religion y raza.

—Y bien: ¿cuando he infringido esos juramentos?

—Eso preguntas? ¿No es verdad que te has separado de mí para unirte á la familia de Pacheco? No es verdad que te has entregado en cuerpo y alma al amor de un hijo de la raza cristiana? No es verdad, en fin, que sirves á la hija de D. Juan II, como si fueses su esclava, y favoreces sus proyectos, ocultándote de mí, y hasta de tus nuevos amigos.-Jarifa: defiéndete, si no eres culpada, porque deseo tu bien y no quiero tu perdicion. Por mucho que te ame, no puedo verte viva y perjura: la vida de todo el pueblo de Israel depende de mí: tú eres la depositaria íntima de mis secretos: si no estás inocente, debes morir para que todo el pueblo se salve.

—Por fin has dicho una verdad. Tienes miedo de que yo revele tus secretos. Pero, dime: ¿son justos los cargos que me haces? Yo he jurado sacrificar mis afecciones y hasta mi vida en tu servicio: pues bien, amo á un hombre á quien profesas un ódio de raza, que puede costarle su honor y su ecsistencia: le amo con el mismo ardor con que aborrezco á los autores de mi orfandad. Pregúntale si correspondo á su pasion, y si de mis



Isabel I.-Lám. 8.ª

lábios ha merecido una sola palabra de confianza. He jurado sacrificarme, y lo cumplo. ¿Qué mas puedo hacer? Tú dices que me he separado de tí para unirme á la familia de Pacheco: ¿quién me ha entregado á tí para que me condenes? Mejor pudiera yo afirmar que D. Juan Pacheco y tú estais coligados para perderme.

—No: si el maestre te condena como yo, es porque tú le has sido infiel lo mismo que á mí.

—En qué os he faltado á ninguno de los dos? Acaso no me habeis puesto al lado de doña Isabel para que la sirva? Obedeciéndola, que hice sino obedeceros? Queríais que me resistiese á sus órdenes, y que mi desobediencia os delatase? ¡Necios! Lo mirais todo con los ojos de vuestro interés propio; y no comprendeis lo que hacen los demás por vuestra conveniencia. Yo hubiera podido revelar al maestre el secreto de mi señora. Y ¿qué habria sucedido? Mis servicios habrían dejado de seros útiles, como pueden seros perjudiciales por vuestra imprudencia. Si mañana, si en este momento, acaso, hay quien crea sospechosa mi conducta cerca de la princesa; si mi desaparicion infunde recelos contra el maestre y contra vosotros, no os quejeis de mí: acusaos á vosotros mismos.

Abiabar reflexionó un momento, y volviéndose hácia la puerta llamó al astrólogo.

—Jarifa tiene razon, Abacuc, le dijo en voz baja: yo no puedo condenarla, porque solo tú has cometido una imprudencia, que puede sernos muy funesta.

—Lo temia, contestó con frialdad el astrólogo: el escesivo amor que tienes á esa jóven te priva de la energía necesaria para hacer justicia. ¡Ojalá no te arrepientas pronto de tu flaqueza!

—Qué estás diciendo, Abacuc? exclamó Abiabar. Juzga tú á esa mujer, y si la hallas culpable, castígala.

—Oh! No me será difícil convencerla. Dime, Jarifa ¿puedes negar tus simpatías á D. Diego Pacheco y á la princesa?

—Díme, Abacuc, interrogó á su vez la jóven: ¿está en mí el

impedir que las personas sean dignas de amor y respeto? Puedo yo mandar á mi corazon que ódie y desprecie lo que es en sí amable y grande? Los afectos que nos inspiran los seres con quienes tratamos, no están en nosotros; se nos comunican por ellos á despecho de nuestra voluntad. Ninguna fuerza humana, escepto una injusticia, puede impedirme que ame á nuestro jefe Abiabar; así como no hay en mí facultades para dejar de despreciarte.

—Sea: eso no quiere decir mas, sino que pretendes halagar á nuestro jefe, porque temes la muerte.

—No; mientes, Abacuc! Tú eres ahora mi juez, el que puede condenarme ó salvarme, y no te lisonjeo: te desprecio, y te lo digo: la muerte no me arredra; porque la vida me inspira el mismo sentimiento que tú.

Abacuc, se sonrió y repuso:

—Sea en hora buena. Pero no es tu deber ahogar todo género de sentimientos? Amando á D. Diego, respetando á la princesa, ¿no faltas á tus juramentos?

—No; porque ese amor y ese respeto son fruto de sus obras; son el resultado inevitable de sus virtudes.

—Y cómo es que á mí no me conmueven esas virtudes?

—Pregúntale al ciego porque no le alegran los colores de la Primavera: pregúntale á una estátua porque no la vivifica el sol.

—Tú debiste ser el ciego y la estátua. Dejando de serlo, has faltado á nuestra confianza.

—No; porque viendo las galas de la naturaleza, no me lancé á gozarlos: y sintiendo el calor del astro rey miré sus rayos con indiferencia. Pruébame que me he rendido á los que amo, que les he confiado el menor secreto, que les he servido contra vosotros, y entonces hiere.

—Jarifa: yo te entregué un licor en Ávila, y aquel licor no produjo su efecto.

—Yo no he prometido ser una miserable asesina.

—Tú has ayudado al partido de Aragon.

—Me lo mandásteis.

—Has favorecido las conferencias secretas de tu señora con sus amigos, sin dar parte á tus gefes.

—Donde estaban mis jefes? Debia yo descubrirme á D. Juan Pacheco?

—Si; porque se trataba de un asunto suyo.

—Tú lo sabias; pero yo lo ignoraba.

—Un golpecito dado discretamente en una puerta invisible interrumpió este debate. Abiabar acudió á la seña, y apartando un tapiz, empujó un resorte y desapareció. A los pocos momentos volvió, trayendo un papel en la mano.

—Toma, Jarifa, dijo: esta carta me envian, para que suspenda tu castigo. ¿Qué interés tiene D. Juan Pacheco en salvarte?

—Lo ignoro.

Abiabar habló en secreto con Abacuc, y mandando á Jarifa esperarle allí, se retiró con el astrólogo por la puerta que sirvió á éste para entrar, quedando los dos ocultos detrás de la cortina. Pero despues apareció en la otra puerta D. Diego Pacheco, el cual no pudo contener un grito de alegria al ver á Jarifa, y se arrojó hácia ella exclamando:

—Ah! soy feliz, pues llego á tiempo de veros!

—Sois vos el portador de este mensage, preguntó Jarifa, temblando de emocion, aunque fingia indiferencia.

—¿Quien, sino yo, habria volado á vuestro socorro?

—Gracias, D. Diego! Sois muy generoso y bueno para esta pobre mujer. Pero, ¿habeis podido pensar que mi gratitud me obligase á seguiros?

—Azhuma, no seais injusta conmigo: yo no he pensado en nada mas que en salvaros. Mi padre ha escrito esa carta, y él ha dispuesto que yo os acompañe.

—Y para qué me necesita vuestro padre?

Don Diego echó una ojeada alrededor, no pudiendo persuadirse que dejase de ser espiado, y contestó en voz baja:

—Si pudiese hablaros con toda confianza; si mis palabras hallasen algun eco en vuestro corazon, Azhuma, no me haríais

esa pregunta; porque ya sabríais que quien necesita de vos no es mi padre.

—Hablad con entera franqueza, como si nadie nos escuchase. Y no hay nada que yo no esté dispuesta á oir de vuestros labios.

—Pues bien, sabedlo: esa carta ha sido arrancada por el temor; porque si la recelosa suspicacia de Abiabar os hubiese sacrificado, mi corazon, como la tempestad embravecida, no habria sufrido vallas; porque estaba dispuesto á romper todos los vínculos que me ligan en el mundo, y á pesar de mis juramentos, hubiera desencadenado mis violentas iras sobre las cabezas de vuestros verdugos. Supe el peligro que os amenazaba, y el mundo todo desapareció á mi vista. Vos sola fuisteis ya mi familia, mis afecciones, mi vida, y todo estuve dispuesto á sacrificarlo por vos.

No hay mujer á quien no halague la decision de un hombre que antepone su amor á toda otra consideracion, y que arrostra el peligro por ella, sin pensar en sí mismo. Jarifa estaba predispuesta, no á envanecerse con el triunfo moral obtenido sobre un caballero del rango de D. Diego, sino á dar á sus pruebas de cariño ese realce fantástico sublime que presta el amor á todas sus acciones. Al oirle hablar con el entusiasmo ingénuo de la pasion, su alma se dilató, como la corola de las flores, cuando el beso ardiente del sol las fecundiza, y aunque sus labios trémulos se negaron á formular las palabras ardientes que rodaban en su pensamiento, sus ojos chispearon con eléctrico fuego, y sus manos asieron involuntariamente las del enamorado mancebo.

—Mi gratitud será tan duradera como mi vida, D. Diego, dijo: es cuanto una mujer de mi condicion puede ofrecer al ilustre heredero de la casa de Villena. Otra vez os lo he dicho: miradme, si de ello me considerais digna, como á una hermana; pero no exijais mas de mí. Vuestra generosidad puede muy bien hacer este nuevo sacrificio.

—No hay ninguno que yo no sea capaz de hacer por vos, Azhuma. Pero, si no he de poder esperar de vos nada mas que

gratitud, os dispenso de ella: sed conmigo ingrata hasta el fin: yo nada exigiré, porque vivo contento con veros. ¡Ay! Nunca merecí de vos una palabra de consuelo; nunca logré conmover ese corazon, que no nació para amar. Si al menos puede tener cabida en él la compasion, aborrecedme, y asi sereis piadosa, acortando esta vida de tormentos.

—Don Diego!.. Ah! callad! esclamó la jóven oprimiendo con fuerza convulsiva las manos de su amante. Callad, porque blasfemais.

—Oh! Qué decís? Repetid vuestras palabras.

Jarifa soltó las manos del jóven, y murmuró apretando los dientes:

—Digo..... que delirais!

—Azhuma!

—Si yo fuese tan loca que diese oidos á vuestra pasion, muy en breve me maldeciríais.

—Oh! Eso jamás!

—Don Diego: hay misterios en la vida que no se pueden sondear. Vos me pedís amor, porque creeis que mi corazon es incapaz de concebirlo, y no veis que me consumo lentamente. Me pedís compasion, y no la teneis de mí. Si os concedo el afecto de una hermana; si no miro con desden vuestro cariño; ¿qué mas quereis? Oh! dejadme huir de una peligrosa confianza..... peligrosa para vos y para mí.

—Pero quien puede impedir que vuestro corazon sea mio?

—Nadie, dijo Abiabar presentándose de repente al jóven marqués de Villena, que pasando súbitamente de la sorpresa á la indignacion, llevó la mano á la espada para castigar al importuno que le interrumpia.

—Calmaos, jóven, continuó Abiabar: estais en un lugar donde no os pertenecen vuestros pensamientos, y debiérais saberlo. No os irriteis contra mí, porque en mis manos está vuestra felicidad y vuestra vida.

—Oh! perdonad, Abiabar, un arrebato de cólera, que no he sido dueño de reprimir.

—Jóven: todo lo he oido; veo que vuestra pasion es síncera y noble: solo el poder de Jehová manda á los afectos del alma, como solo él enfrena las tempestades del mar; y yo seria injusto si reprobase en otro lo que ha sido en mí la sávia de mi existencia. Pero escuchadme: desdichado es el hombre que no puede dominar sus pasiones: la vuestra cederá con el tiempo, y para que asi sea, os permito entregaros á ella; porque, ¡ay del imprudente que intenta parar el caballo desbocado en la mitad de su carrera! Sin embargo, una condicion os impongo: esta jóven es huérfana; yo la tengo por hija, y mas que á tal la amo: conmigo vivirá desde hoy: donde yo vaya me seguirá, y solo allí podreis verla.

—Oh! Gracias, generoso Abiabar! Eso me basta, contestó D. Diego: no en vano puse en vos mi confianza. Viva la dulce hada de mis sueños, y viva para mí: no apetezco ni he pretendido nada mas.

—Pues bien, ahora que teneis el seguro de mi palabra, podeis partir tranquilo.-Jarifa, vé y despídele, hija mia, y no olvides tus deberes ni mi generosidad.

Jarifa se inclinó hácia el anciano, y dando rienda suelta á sus reprimidas lágrimas, le cubrió las manos de besos. En seguida llamó á D. Diego y le condujo fuera de la lóbrega estancia.

El astrólogo acudió al lado de Abiabar y le dijo:

—Qué has hecho? Cuáles son tus intentos?

—He corregido tus yerros, Abacuc, contestó el pontífice, y he ganado un esclavo mas. El amor es un agente fatal de la naturaleza, que como todos los demás se sugeta á la voluntad libre del hombre. Yo aprovecho ese agente, como aprovecharia un manantial de agua pura en el desierto, y no puedo temer que se vuelva contra mí. Tú habias dejado correr el manantial, esponiéndolo á convertirse en torrente: yo detengo sus aguas para fecundizar mi heredad.

—Pero entregas la hija de Agar á un hijo de la raza precita.

—No, Abacuc; yo engañaré á la hija de Agar, y ella engañará á su amante. Desde hoy ha perdido Jarifa nuestra confianza.

y es menester que siga la suerte que el destino reserve á don Diego Pacheco, el cual por amor de ella será un instrumento ciego de mi capricho. La astucia puede mas que la fuerza: de ella quiero valerme, porque con ella es seguro el triunfo. Si ese recurso me faltase algun dia, siempre habrá ocasion de acudir al filo del acero para cortar; pero entre tanto no conviene tocar el último estremo.

—Te comprendo, Abiabar, y respeto tu sabiduría. Pero entendámonos bien, y estemos de acuerdo.

—Ya te daré mis instrucciones: ahora dejemos esto: Jarifa puede volver, y no conviene que penetre nuestros pensamientos, ni desconfie de nosotros.

A poco entró la jóven: traia los ojos enrojecidos de llorar, y la animacion de su semblante indicaba, que su corazon, lleno de amor, habia vertido en breves momentos de espansion un raudal inmenso de ternura.

—Jarifa, le dijo Abiabar, atrayéndola suavemente hácia su pecho: has triunfado de mí. El amor que te tengo me ha vencido, y en vez del castigo que merecias, te doy mi amparo. Júrame por la memoria de tu madre no abusar de mi debilidad, porque si tal hicieses, aunque me costase la vida, no te perdonaria.

—Oh! Podeis desconfiar de mí, querido amigo? Necesitais que jure respetaros y amaros, cuando habeis ligado mi voluntad á la vuestra con lazo indisioluble? No temais, no, que yo os falte: lo que llamais debilidad, es para mí grandeza de ánimo, y si antes os respetaba como á un protector, ahora os venero como á un padre.

—Yo lo seré para tí. Ese hombre que en mi juicio estaba condenado con toda su raza, ocupa ya, porque te ama, el segundo lugar en mi corazon. Desde ahora le considero como una parte de tí misma, y todos mis afanes irán encaminados á engrandecerle. Tú le amas, y yo no puedo aborrecer á los que son objetos de tu cariño.

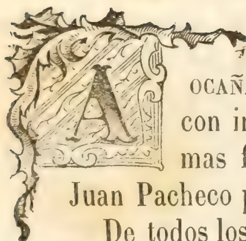
—Ah! Bendito seais! exclamó la jóven.

Y embargándole la voz el torrente de sus emociones, cayó de rodillas abrazando las del judío, que apretaba convulsivamente las fauces, para dominar sus sentimientos.



CAPÍTULO XXVI.

De cómo la princesa hizo lo que queria D. Juan Pacheco, sin dejar de hacer su gusto.



A Ocaña volvamos, donde tranquilo el pueblo veia con indiferencia los preparativos de espedicion mas fastuosa que guerrera, dispuesta por don Juan Pacheco para acudir á la pacificacion de Andalucía.

De todos los estados del señorío de Villena y del maestre de Santiago, de las poblaciones de la corona, y de las demas sugetas á señores particulares, adictos al maestre, habian acudido gentes de armas, que en union con los muchos grandes y caballeros de valía, llamados de órden real, daban á Ocaña el doble aspecto de un campamento y de una córte.

Tranquilo estaba el pueblo, porque tenia ya bajo su custodia y proteccion á la princesa doña Isabel, la cual libremente servida de sus damas y de varios de los nobles mas allegados á su persona, ocupaba en la casa de la villa un departamento, si no digno de su clase, bastante acomodado para satisfacer sus modestas necesidades. Tenia, sin embargo, una guardia compuesta de los hidalgos de la poblacion, que alternaba en este servicio,

dispuestos á dar la vida por su señora, y seguros de que nadie osaría turbar el reposo de ella.

El rey habia recibido una prueba suficientemente enérgica de la decision del pueblo, para que dejase de respetar la tranquilidad de su hermana, por una parte, y de temer por otra que abusase de su ausencia para realizar su enlace proyectado: este temor crecia de punto, considerando que D. Alonso Carrillo, léjos de retirarse de Yepes, seguia concentrando allí mayores fuerzas y se comunicaba frecuentemente con doña Isabel.

Para impedir que se diese el menor paso en el asunto del matrimonio y poder alejarse descuidadamente de la princesa, ganando al mismo tiempo algunos meses de tregua, durante los cuales pudiese llegar la dispensa del papa en el parentesco de aquella con el rey de Portugal, habia imaginado el maestre un medio ingenioso, que comunicado con D. Enrique la noche misma del motin pacífico de Ocaña, mereció la completa aprobacion del monarca.

A fin de realizar este pensamiento se habia hecho ir á dicho pueblo á los nobles mas amigos de doña Isabel; los cuales se unian con otros grandes, partidarios de la Beltraneja, anfíbios políticos, y agentes de su negocio, que ya entonces andaban por el mundo, se hallaban reunidos en la sala del consejo de la villa, aguardando el momento de presenciar una solenme ceremonia.

En otra pieza mas pequeña, que servia de antecámara al aposento de la princesa, estaban hablando acaloradamente y en secreto, junto al hueco de una ventana, nuestros antiguos conocidos el almirante Henriquez y D. Gonzalo Chacon. Aunque se nos trate de indiscretos, oigamos su interesante plática.

—No lo dudeis, señor almirante, decia Chacon: el maestre se ha propuesto desbaratar nuestros planes, y es hombre capaz de salirse con la suya. Debemos impedir á todo trance que la señora princesa preste ese juramento malhadado, que se la quiere exigir para que durante la ausencia del rey no haya novedad alguna en lo de su matrimonio.

—Pero, señor, me dejais absorto. ¿Es posible que la princesa se preste á esa exigencia?

—Qué quereis! Le han dicho que el bien del reino lo reclama; que sin esa condicion no es posible que D. Enrique parta de Castilla; que es preciso asegurar la paz, al menos mientras el rey esté ausente; y ya sabeis cuanto pueden las consideraciones del bien comun en el ánimo de la señora princesa. Pero á la verdad, esto nos corta los vuelos: el arzobispo tendrá que retirarse, ó lo que es peor, se disgustará, y es posible que abandone nuestra causa.

—Oh! teneis mucha razon; como que desaprueba completamente ese paso, penetrando la diabólica intencion del maestre. Porque bien conocereis, que jurando la princesa no hacer novedad, como él quiere, todos nuestros amigos se enfriarán; si cumple el juramento nadie puede moverse: muchos, y yo uno de ellos, se disgustarán; si lo infringe, ¿decidme quién podrá sostenerla, sin incurrir en la fea nota de rebelde? Además que, en este último caso, puede el rey desheredarla. Ya sabe el astuto D. Juan lo que se hace.

—Y entre tanto, él no dejará de activar su negocio: cuando vuelva de Andalucía lo tendrá ya todo corriente, y solo quedaremos algunos al lado de doña Isabel para impedir que lo realice: será entonces imposible luchar, y habrán sido inútiles nuestros afanes.

—Pero, á todo esto, ¿qué dice la princesa?

—La vereis: está conforme y tranquila, como si de nada se tratase.

—Si yo hubiese podido llegar á tiempo para hablarla, no estarian las cosas en este estado. Pero ya es imposible remediar nada, como no sea oponiendo la fuerza, y no sé tampoco que el éxito pudiera ser feliz.... Señor es inconcebible que doña Isabel se haya dejado persuadir que le conviene ligarse con un juramento tan perjudicial á sus intereses. Preciso es que ese diablo de hombre le haya trastornado el seso; porque de otro

modo no se hubiese ocultado á su fina penetracion que se la quiere encadenar para disponer de ella á mansalva ¿No podria yo verla á solas todavía por algunos momentos?

—Ya es tarde: además de que tiene empeñada su palabra, viene ahí ya con su hermano, decidida á cumplirla.

Con efecto, en aquel instante se oyó la voz de un ugier que gritaba desde la puerta de la cámara:

—Paso al señor rey! Paso á la señora princesa!

Los dos régios personages anunciados aparecieron en la antecámara, precedidos de cuatro maceros, y seguidos de D. Juan Pacheco. D, Beltran de la Cueva y el marqués de Santillana, y de las damas de doña Isabel: ésta iba apoyada en el brazo de su hermano, ó por mejor decir, sosteniéndole á él, y en los rostros de ambos se leia la mas íntima cordialidad. El almirante se adelantó para besar la mano al rey, el cual le dijo:

—Me alegro de veros, D. Fadrique: temia ya que no viniéseis.

—Mal podria faltar, señor, contestó el almirante, siendo llamado por vuestra señoría, y para un asunto en que tan interesada está mi señora la princesa.

Y al mismo tiempo miró á ésta, como diciéndola:–¿Qué vais á hacer?

Pero doña Isabel le contestó con otra mirada elocuente, que significaba:–Nada temais.

En seguida el almirante y Chacon se unieron á la régia comitiva, y todos marcharon hácia la sala del consejo. El maestre de Santiago saludó cordialmente á D. Fadrique, á quien dijo en tono de familiaridad:

—¡Ay, amigo mio! No en vano pasan los años por nosotros. La edad calma mucho los bríos.

—Me parece que me echais mas edad de la que tengo, contestó el almirante con un ligero tono de ironía: si supiérais? No me pesa la espada todavía un adarme mas que hace veinte años.

—No lo digo por tanto; sino porque supongo que, como yo,

preferireis ya la concordia y la tranquilidad á las desavenencias y trastornos No asi mi buen tio que cada dia se endurece un tantico. Por mas que he trabajado, no he podido traerle á esta reunion de amigos, tan necesaria para la pacificacion del reino, y que debe conducir á la mejor avenencia posible en los asuntillos que hay pendientes.

—Qué quereis? Vuestro tio creerá probablemente, como yo, que hay avenencias peligrosas para el mantenimiento de la paz. Y sin embargo, ved lo que son las cosas: yo desapruebo su falta de asistencia por la misma razon que él ha tenido para no venir.

—Ah! Con que tambien vos creeis, como esas gentes vulgares, que de todo murmuran, que hay algo oculto detrás de esta prudente determinacion? Vamos, D. Fadrique, no penseis mal de vuestro antiguo amigo: puedo aseguraros que, al aconsejar yo esto al rey, no me he propuesto mas que tener sosegados por algun tiempo á los que piensan como mi tio. Al menos, convendreis conmigo en que no habia otro medio de cortar dificultades.

—Al contrario, opino que de aqui han de nacer otras mayores.

—Vah! No os inquieteis por eso. La princesa no es capaz de faltar á su palabra.

En esto habian llegado á la sala del consejo, donde aguardaban muchos altos personages de la nobleza y clero, entre los cuales se distinguia por sus ornamentos religiosos el arzobispo de Sevilla. Don Enrique y la princesa tomaron asiento en dos sitiales que habia debajo de un dosel, y toda la escogida asamblea guardó silencio, esperando en pié, y con las cabezas descubiertas la ejecucion del acto para que fuera convocada.

El arzobispo D. Alonso de Fonseca, colocado junto á una mesa, sobre la cual habia un crucifijo y el libro de los Evangelios, dirigió una breve alocucion al concurso, manifestando que, no por desconfianza en la suma prudencia de la señora princesa, sino por justo temor de que algunos poderosos tomasen su nombre para alterar la paz del reino, durante la ausencia del rey, ó bien la obligasen á disponer algo contrario á la voluntad de éste

y la suya, se tenia por conveniente hacer que la ilustrísima señora espresase bajo juramento su cuerda resolucion de no precipitar ni consentir, por consiguiente que se precipitase un asunto tan grave como el de su casamiento.

—Sabido es, señores, continuó el prelado, que hay pretensiones encontradas á la mano de S. A. No es menos cierto que los ánimos de algunos se muestran impacientes; la resolucion de este negocio no urge tanto que no pueda aplazarse por tres ó cuatro meses, para meditarla despues con la calma que requiere. Aqui teníamos, hace poco, á un embajador de Portugal, y apenas se supo lo apremiante que es la pacificacion de Andalucia, se le despidió sin darle ninguna respuesta positiva. Esto os prueba que, en los casos árduos, lo mas urgente debe ser antepuesto á lo que no lo es tanto, y justifica la necesidad de que todos imiten la conducta prudente del señor rey.

Una pretension tan razonable, al menos presentada en estos términos conciliatorios, no podia ser disputada, sin descubrir segundas intenciones, ni revelar un obstinado empeño en estorbar la marcha del rey: éste habia cedido por su parte, atendiendo al pro comun: ¿cómo era posible, aunque todo fuese apariencia, ser menos condescendiente que él?

Nadie se opuso, por lo tanto á lo que se pretendia: los amigos de D. Juan Pacheco, los cortesanos y los indiferentes, aprobaron el discurso del arzobispo: los pocos que estaban en el secreto de la princesa, guardaron el mas profundo silencio. El prelado invitó á doña Isabel, para que se acercase á prestar el juramento convenido. Hízolo asi ella, y poniendo la mano sobre el Evangelio, dijo en alta voz, antes que se le impusiese la fórmula.

«En el nombre de Dios que me ha de juzgar, y por ese santo signo de nuestra redencion, juro que, durante la ausencia del señor rey mi hermano, ninguna turbacion habrá en Castilla que sea por mí autorizada ni consentida. Juro tambien, y asi Dios me sea testigo, no hacer novedad ninguna en lo que tengo dispuesto de mi matrimonio.»

Los ojos de D. Juan Pacheco brillaron momentáneamente con aquella claridad diáfana, que era la espresion de su alegría interior. Doña Isabel le miró con afable sonrisa, como diciéndole: «Ya estarás satisfecho.»

Un secretario estendió en seguida el acta de esta ceremonia, y la princesa le dictó palabra por palabra, para que en nada se alterase, el juramento que acababa de prestar; apresurándose, como si temiese no ver concluido á su gusto aquel documento. En cuanto estuvo terminado, tomó una pluma, lo firmó; y mostrándolo á su hermano, dijo:

—Ahí teneis, señor: con esa fiel espresion de mi voluntad podeis partir tan tranquilo, como hubiérais podido hacerlo con sola mi palabra: pero la habeis querido solemne, y yo no debia disgustaros por tan poca cosa.

Y volviéndose al secretario, añadió:

—Sacadme una copia exacta de ese documento, y que la firmen los nobles presentes.

Los amigos de la princesa se miraban unos á otros, sin acabar de comprender lo que pasaba: bien es verdad que el mismo D. Juan Pacheco, vuelto un poco de su alegría repentina á un estado mas meditabundo y reflexivo, tampoco encontraba motivada la indiferente naturalidad de la escelsa jóven.

Concluido el acto, el rey se levantó y acompañó á su hermana hasta dejarla en su aposento, retirándose en seguida al castillo con su amigo el maestre. D. Fadrique y los demas grandes acompañaron tambien al rey por hacerle acatamiento; mas el primero, impaciente para hablar á doña Isabel y manifestarla el mal estado en que debian deponerse sus negocios por causa del juramento; volvió á casa de la villa tan pronto como se lo permitieron sus deberes de vasallo.

—Señora, dijo á doña Isabel que se hallaba contenta como nunca en medio de sus damas: siento deciros que os habeis enagenado, por ser dócil y demasiado buena, de la voluntad de vuestros amigos: les habeis privado de todo medio de accion, y aunque quieran no podrán serviros.

—Amigo mio, contestó la princesa: no puedo temer que vos, ni los demás que me son fieles, me falteis, mayormente cuando nada he hecho que no esté conforme con mis intereses y los vuestros.

Y volviéndose á los demas, añadió:

—Retiraos.

Las damas salieron, y asi que estuvo sola doña Isabel con el almirante, le dijo:

—Seguramente, ni vos, ni ninguno de los que han presenciado la prestacion de mi juramento habeis parado mientes en mis palabras. Aqui teneis el acta: (y se la mostró): examinadla con el juicio que os distingue, y vereis que no he prometido hacer nada que no deba.

El almirante leyó detenidamente las palabras del juramento, y parándose en su primera parte, repuso:

—Esto está bien: prometeis no autorizar ni consentir revueltas. Pero si fuesen necesarias, ¿qué haríais?

—Retiraria el apoyo de mi nombre á los revoltosos, porque no concibo la necesidad del desórden.

—Es claro que no se concibe, habiéndoos obligado además á no dar un paso en el asunto de Aragon; pues todos tenemos precision de permanecer cruzados de brazos hasta el regreso de vuestro hermano, y vos misma, si algo hiciéseis, perderíais todos los derechos que os asisten.

—Es que yo no he jurado eso: leed mejor.

El almirante leyó: «Juró además su señoría, poniendo á Dios por testigo, no hacer novedad ninguna en lo que tiene dispuesto de su matrimonio.»

—¿Comprendeis? dijo doña Isabel: no hago mas que confirmar mi resolucion: por medio de ese juramento, único que yo podia prestar, porque es la espresion fiel de mi conciencia, me obligo á sostener lo que tengo dispuesto; á no separarme absolutamente de la línea de conducta que me he trazado.

—Teneis razon; pero no lo habrán entendido asi vuestro hermano, el maestre ni nadie.

—Sin embargo, eso es lo que dice. Si lo han entendido mal, no es culpa mia: cuando les haga falta, que lo estudien, y verán que mi intencion está muy clara y terminante. ¿Queríais que me obligase á otra cosa? ¿No habria sido necedad romper todos mis pactos y palabras anteriores, por dar gusto al suspicaz y astuto D. Juan Pacheco?

—No cabe duda que habria sido por lo menos una funesta inconsecuencia; pero ya veo que ganais en penetracion á todos. Solo resta saber lo que haremos ahora. Nuestro amigo el arzobispo habia pensado retirarse y abandonaros, si llegábais á prestar ese juramento.

—Hará muy bien retirándose, ya que no es abandonarme, es precisamente lo que os queria decir. Él y todos los demás que se interesan en mi suerte deben aparentar frialdad, á fin de que el maestre crea seguro su triunfo: ningun vano aparato, ninguna ostentacion de fuerza nos conviene. La ocasion se nos presenta favorable para obrar: no perdamos el tiempo, y procedamos con prudencia.

—Ya sabeis que estoy decidido á serviros: mandadme, pues, lo que gusteis.

—Por ahora os aconsejo la mas completa quietud, amigo mio. Hasta que el rey parta no se debe dar ningun paso. Despues, avisareis al arzobispo y á los demas amigos nuestros, participándoles mi resolucion de efectuar mi matrimonio antes que vuelva mi hermano. Al efecto, es menester ponerse de acuerdo con el rey de Aragon, y tratar de obtener la dispensa del parentesco que media entre D. Fernando y yo. Todo esto ha de hacerse con mucho sigilo, y sin que intervenga ninguna persona que no merezca la mas completa confianza.

—Se hará como mandais, aunque temo graves complicaciones, si vuestro hermano, como es de suponer, reprueba un enlace efectuado sin su consentimiento. La intencion de D. Juan Pacheco, al exigiros el juramento que habeis prestado, no es otra que la de haceros pasar por perjura, y dar asi pié al rey para que os prive de todo derecho á la corona.

—Es muy justo vuestro temor, y en verdad os digo que, si la voluntad de mi hermano entrase por algo en la cruda oposicion que se me hace, de ningun modo adoptaria unos medios que repugnan á mi franco carácter; pero, amigo mio, no es él quien manda, bien lo sabeis: no es él quien contraría mis leales aspiraciones; que si él fuese, alguna razon tendria para hacerlo, y yo deberia respetarla y meditarla. Son los intereses bastardos de un valido, y no quiera Dios que yo sacrifique á tan mezquinas consideraciones mi felicidad, y la del reino que será mio. Es cierto que mi Enrique se resentirá conmigo: lo preveo; pero no temo que me crea perjura: cuando vea la lealtad de mis intenciones, cuando se encuentre con un hermano mas, decidido como yo, á sostenerle dignamente en el trono que ocupa, y á defenderle contra las bajas ambiciones de interesados magnates, entonces no podrá menos de abrir los brazos para recibirme en ellos, y conocerá que si obré con cautela, no fué con ánimo de ofenderle, sino para honrarle como á señor y padre, y librarme de los lazos de la serpiente.

Despues de esta conversacion, el almirante se retiró á su posada y, habiendo convocado algunos de los amigos de mas confianza, les dió instrucciones secretas. Varios de ellos partieron la noche misma que siguió á este dia, y D. Fadrique que solo aguardó en Ocaña el tiempo necesario para despedir al rey, y ofrecerle sus servicios.

Pasada una semana, Ocaña volvió á su calma habitual, los menestrales se ocupaban en sus faenas; los labradores en el cultivo del campo: no se veian ya en las calles apuestos guerreros, ni escuderos y soldados de torva faz y modales desenvueltos, ni pages bachilleres; ni se oian carreras de caballos, ni tocatas marciales, ni nada en fin de lo que constituia el aparato militar de aquellos tiempos. El rey habia partido, acompañado de un ejército brillante, y del maestre de Santiago, que para él era de tanto valor él solo como una numerosa hueste. Llevaba tambien la confianza de haber dejado desarmada la parcialidad de su hermana; pues el arzobispo Carrillo acababa de retirarse de Ye-

pes, licenciando su gente, y la princesa quedaba resignada y conforme, habiéndose despedido de él con lágrimas en los ojos, lágrimas de verdadero cariño y conmiseracion; pero el rey no era capaz de apreciarlas.

Advertíanse sin embargo, todavía ciertos síntomas de la cautela de D. Juan Pacheco. El castillo-convento de Santiago en Ocaña estaba ocupado por una guarnicion mucho mas numerosa que la que habia durante la permanencia del rey en él, y el servicio militar se hacia con tanto rigor y cuidado como si se temiese una agresion. Además cada dos dias marchaba un correo por el camino de Andalucía, sin que hubiese motivo alguno ostensible que justificase tan activa vigilancia.

Doña Isabel, entre tanto, libre completamente para comunicarse con sus amigos, aunque rodeada de pocos, pasaba al parecer una vida sosegada. Sin embargo, casi todas las noches recibia mensages, á que contestaba sin aguardar al dia siguiente, recatándose con el mayor cuidado hasta de sus mismos servidores.

Una mañana, al presentarse en su cámara Beatriz de Bobadilla, la encontró vestida, como la habia dejado la noche anterior: un círculo azulado rodeaba sus ojos, indicio de no haber dormido. Todos los muebles del aposento estaban en completo desórden, y la princesa se ocupaba en arreglar sus maletas de viage.

—Señora, que os sucede? dijo Beatriz sobresaltada.

—No te asustes, mi querida amiga, le contestó la princesa: he dispuesto partir de Ocaña, y para no atrasar un momento mi marcha, me entretengo en arreglar mi equipage.

—Esto quiere decir, que no os creeis segura?

—No; sino que deseo ir á donde pueda estar libre de espías. ¿No has observado nada?

—No señora. Si hubiese visto algo, lo sabríais.

—Duermes mucho, Beatriz..... No es esto decirte que descuidas tus deberes; no, amiga mia: tú puedes dormir, porque no eres la heredera de un reino: á mí me toca velar.

—Y podré merecer, señora, me digais quien os espía?

—Lo ignoro; pero es evidente que se me observa de dia, y se me guarda de noche. ¿No has visto unos hombres de mal agüero que vienen á esta casa, ya en trage de mendigos, ya con apariencia de mercaderes judíos, ya disfrazados con el santo hábito de monges y de peregrinos? Ayer mismo estuvo aquí, (bien lo verías), un supuesto anciano, cargado de reliquias, implorando nuestra caridad y murmurando falsas oraciones. Tú te compadeciste de él y le socorriste, pidiéndole en cambio que te encomendase á Dios.

—Es cierto.

—Pero no viste en él mas que á un pobre penitente: yo descubrí bajo sus canas y venerable barba, y bajo las conchas de su esclavina, ¿á quién dirias? A un pérfido hebreo: á un embaucador de oficio, á uno de esos falsos adivinos que hacen á las estrellas cómplices de sus mentiras: al astrólogo Abacuc.

—Es posible? y yo que tomé de sus manos una reliquia y la guardo como cosa santa! esclamó Beatriz consternada.

Si, es posible: pero no es solo esto. Ya varias noches, al irme tarde á la cama, despues de hacer mis oraciones, he visto una sombra negra deslizarse al pié de estos muros, precisamente junto á la poterna que dá al escusado callejon que hay á espaldas de este edificio. Como sabes, por ahí suelen venir los mensageros que me envia el señor arzobispo. Anoche sentí que abrian la poterna. ¿Quien podria ser, puesto que yo sola tengo la llave de ella? Despues oí pasos en la galería que conduce á este aposento: corrí el cerrojo de esa puerta que comunica en la galería, y resolví no acostarme. Poco antes de amanecer he visto la sombra de un hombre pasar por el callejon y alejarse cautelosamente.

—Y por eso tratais de ausentaros? Hay mas que dar aviso á los leales hidalgos que protejen vuestra persona, y hacer de modo que castiguen á quien se atreva á celaros?

—Ciertamente, nada seria mas fácil; pero, amiga mia; yo necesito activar el asunto que sabes ocupa mi pensamiento á

todas horas: una revelacion de ese género solo serviria para entorpecerlo: pondria en alarma á todos los fieles habitantes de Ocaña, y provocaria un conflicto que debo evitar: ademas, no ignoras que las gentes de D. Juan Pacheco están sobre aviso, y que hay en el castillo fuerzas triples de las necesarias, capaces de reducir á la impotencia á mis defensores. No: es preciso ahorrar su sangre preciosa. Prefiero huir, y escoger un punto, desde el cual pueda obrar sin tanto peligro.

—Y no temeis que impidan vuestra marcha los amigos del maestre?

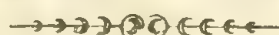
—No: ahora vamos á Arévalo, á fin de dar sepultura digna y conveniente á los restos de mi desgraciado hermano Alfonso. Nadie puede impedirme cumplir este deber piadoso: ya está dispuesto en Ávila el sepulcro que ha de guardar ese precioso depósito. Despues me iré con mi madre: tampoco creo que se me pueda estorbar esta determinacion. Avisa, pues, á Mencia, y arreglad ambas vuestros equipages, para que partamos hoy mismo. Mi guardia de hidalgos nos acompañará.

Pocas horas despues habia cundido la noticia de que la princesa marchaba de Ocaña con el objeto de celebrar las solemnes exequias de su hermano don Alfonso, y trasladar sus restos mortales de Arévalo á la ciudad de Ávila. La villa de Ocaña presentó inmediata y espontáneamente cien hombres armados y mantenidos, con acémilas y caballos, para que acompañasen á la ilustre viajera. La guarnicion del castillo vió con indiferencia estos preparativos y la partida de doña Isabel, á quien acompañó un inmenso gentío hasta media legua fuera de la poblacion. Pero al mismo tiempo salia para Córdoba un correo con carta para D. Juan Pacheco, y entrada ya la noche, otros varios se dirigieron hácia las fortalezas situadas en la frontera de Aragon, y que pertenecian la mayor parte á la familia da Mendoza.

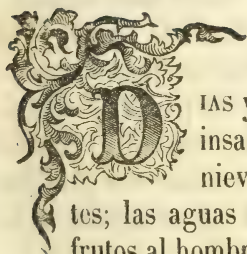




CAPÍTULO XXVII.



No hay amigo pequeño, ni bien que sea perdido.



Dias y meses iban pasando, consumidos por la insaciable voracidad de su padre, el tiempo: las nieves se habian convertido en líquidos corrientes; las aguas habian dado rocío á las flores, y las flores frutos al hombre.

La princesa doña Isabel estaba en Madrigal entregada á los dulces deberes de hija respetuosa y amante, despues de haber honrado, como buena hermana, la triste memoria del malogrado príncipe D. Alfonso. Allí, en aquella modesta villa, y en una casa pobre para su elevada condicion, se albergaba la mas grande de las mujeres que han nacido, y con una mansedumbre que no comprenderíamos los que hemos presenciado la entereza de su carácter, ni que ella misma echaba de ver; atendia diligente á las mas humildes faenas, velando por la salud y la comodidad de su anciana madre, y no permitiendo que nadie la sirviese sino ella. Allí, cuando la ilustre viuda de D. Juan II de Castilla, la

virtuosa matrona, reducida á un estado de estrechez y casi de enagenacion mental por los pesares y por las injusticias de su hijastro D. Enrique, reposaba algunas horas, merced á los solícitos cuidados de su amada hija; ésta, la futura reformadora de todos los desórdenes de la edad media española, y todos los poderes bastardos; la mujer prudente que habia de enfrenar hasta la desmedida ambicion de la Iglesia, mereciendo, sin embargo el dictado de *Católica;* la destinada por Dios para coronar la gran restauracion comenzada en Covadonga y para legar al mundo un nuevo mundo, entretenia sus ócios y olvidaba sus inquietudes, ora leyendo libros religiosos é historias de grandes hombres y mujeres, para fortalecer su espíritu, ora cosiendo paños para el servicio del culto de Dios, ora hilando como la mas sencilla aldeana, para dar de limosna á los pobres su hilaza y el inapreciable ejemplo de su laboriosidad. Allí, esta eminente señora, que en su grandeza de alma no comprendia que hubiese nada pequeño, vil ni despreciable, escepto la maldad, habia sido sorprendida con la rueca en las manos por el cardenal de Arrás, Juan Gofredo, embajador del rey Luis XI de Francia, que, de acuerdo con D. Enrique vino á solicitarla por esposa para el duque de Berri y de Guiena; y la noble hilandera, sin cuidarse de ocultar el instrumento de su trabajo, habia sabido rehusar con palabras corteses la oferta de este enlace, despidiendo al embajador, si no contento, confundido por su dicrecion y mesura.

¿Y cómo era posible que hubiese accedido á semejante solicitud, la que tenia su corazon preso de amores; la que ardía en una vehemente pasion por su patria y por la gloria, y cifraba el triunfo de estos afectos en el nombre querido de Fernando?

Pasaba el tiempo y con el se fortalecia la decision de la princesa, sin que fuesen parte á debilitarla los contratiempos ni las dilaciones. El arzobispo de Toledo y el almirante de Castilla con sus parciales trabajaban para allanar algunas dificultades que impedian llevar á cabo el matrimonio de nuestros príncipes. Era una de ellas la dispensa del parentesco, negocio árduo, y casi de imposible realizacion, por cuanto el papa entonces reinante,

Paulo II, era muy adicto al rey D. Enrique, quien por la mediacion de Gomez de Solís, agente en Roma de D. Juan Pacheco, habia obtenido ya una bula de dispensacion para el matrimonio con D. Alfonso de Portugal. Doña Isabel sabia esto; pero sus amigos la tranquilizaban, dándola seguridades de salir adelante con su empeño, aunque sin revelarle los medios con que contaban para conseguirlo, y entre tanto ponian en juego todas sus influencias, que desgraciadamente no habian de alcanzar el resultado apetecido. Por otra parte los comisionados castellanos que fueron á Aragon, habian vuelto de su viage, trayendo nuevas desagradables. El príncipe D. Fernando estaba ansioso por efectuar su matrimonio, pero la guerra, cada dia mas encendida, dejaba exhausto el tesoro real, y exigia dobles sacrificios y mayor actividad personal para suplir la escasez de recursos: decíase que el maestre de Santiago, lleno de resentimiento contra D. Juan II, auxiliaba de secreto la rebelion de Cataluña, y obtenia el apoyo del rey de Francia, cuya política siempre doble y tortuosa le inclinaba gustoso á todo trato que debilitase el poder de sus vecinos. Con este motivo, el rey de Aragon se veia obligado, muy á pesar suyo, á demorar las negociaciones conducentes al casamiento de su hijo. Estas contrariedades inquietaban á la princesa, que temia con razon encontrarse, á la vuelta de su hermano, sin haber hecho nada, y espuesta de nuevo á las violencias y á las intrigas de D. Juan Pacheco.

Éste, por su parte, aunque léjos de Castilla, trabajaba activamente para desconcertar los planes de Aragon: tenia dos cabezas de valía que se empleaban en su servicio, y una policía activa en los miembros de la Perpétua noche. Eran aquellos el obispo de Sigüenza D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que dirigiendo á su poderosa familia y á todos sus numerosos allegados, hacia guarnecer los pueblos y castillos desde Almazan á Guadalajara, y establecia en toda la frontera de Aragon escuadrones de caballería para cortar las comunicaciones, y D. Luis de Acuña, obispo de Búrgos y sobrino del maestre, que habia venido

á situarse en Madrigal, donde vendiendo proteccion y amistad á la princesa, era un espía vigilante de todos sus pasos.

De aqui una circunstancia que agravaba la ansiedad de doña Isabel: hacía ya muchos dias que le faltaban las noticias de los gefes de su partido; y era que los agentes del maestre las interceptaban, valiéndose para ello de las muchas partidas de bandidos que infestaban el pais, capitaneadas por nobles como el alcaide de Castronuño, célebre salteador de aquella época, y el rico hombre de Hinestrosa que gozaba de la proteccion del mismo D. Juan Pacheco.

La situacion de la princesa era pues, mucho mas grave de lo que ella misma podia figurarse. Las personas que la rodeaban lo conocian mejor que ella; pero disimulaban por no afligirla, ó acaso por consideraciones á sus propios intereses. Todos aquellos amigos fieles, Chacon, Cárdenas, Pedro de Bobadilla, los dos capitanes Palencia y Coca, y algunos otros de menos valer, habian sido asaltados de noche separadamente por personages misteriosos, que poniéndoles puñales al pecho, les habian intimado una órden concebida en estos términos:

«El rey sabe que conspirais contra sus mandatos y en favor de la princesa: si estimais vuestra vida, guardaos de coadyuvar de obra ó de palabra á los designios de doña Isabel. Nosotros estamos aqui, con otros doscientos para vigilar vuestra conducta y ejecutar las órdenes del rey. Una sola palabra que digais bastará para enviaros á la eternidad. Sed prudente, y mirad por vos.»

El resultado de esta intimacion fué, que aquellos hombres, aunque leales y valientes, no contando con fuerzas para resistirse, tomaron el partido de permanecer en la mas completa inaccion, sin atreverse ninguno á comunicar á sus compañeros la misteriosa coaccion de que eran víctimas todos elllos.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando un dia, en que doña Isabel esperaba gozar mas que otro alguno la proteccion del cielo, llegó á temer que se encontraba en el mas completo

abandono, y que nunca habia sido su situacion tan angustiosa.

Por primera vez, desde que estaba en Madrigal, veía levantarse del lecho á su querida madre, que merced á sus amorosos desvelos habia recobrado en parte su quebrantada salud, y se mostraba risueña y animosa. Era una magnífica tarde de verano, y la ilustre enferma espresó el deseo de salir, apoyada en su hija, á disfrutar las brisas del campo. Doña Isabel creia soñar: todos sus afanes estaban compensados, y su corazon, saltando de júbilo, daba gracias á Dios que le dispensaba tamaño favor. Inmediatamente dispuso que sus damas Beatriz y Mencia se ataviasen con sus mejores galas; mandó llamar á sus amigos para que la diesen el parabien: hizo preparar una litera con el fin de conducirla delante para el caso de que su madre se cansase; y por último, su piedad filial llegó al estremo de improvisar una fiesta en celebridad de tan fausto suceso.

Doña Isabel tenia en Madrigal unos amigos en quienes nadie pensaba, merced á su condicion humilde: Juan Lainez y su mujer Isidora se hallaban allí establecidos, y habian fundado en un estremo de la villa una fábrica de paños que, aislada entre jardines, prosperaba y mantenia ya á muchas familias laboriosas. No pasaba dia sin que los agradecidos menestrales visitasen á su escelsa protectora; pero en particular el pequeño Rodrigo estaba casi siempre acechando la ocasion de servirla, y todas las mañanas le traia un ramo de flores. Mientras la princesa hacia sus alegres preparativos de paseo, vió por casualidad al huerfanito, que arrimado tímidamente á una pared, se esforzaba sin embargo por llamar su atencion. Doña Isabel recibió contento de verle, y le habló en voz baja algunos momentos; despues de lo cual el muchacho se alejó presuroso, encaminándose á la fábrica de sus hermanos.

Los amigos de nuestra heroina se presentaron á ella; sus damas se engalaron, y ya estaba todo dispuesto para el paseo, cuando entró en casa de la reina viuda el obispo de Búrgos: la princesa no estrañó esta visita, que solia ser diaria; participó al prelado su regocijo; lo presentó á su madre, y le invitó á

pasear con ella. Don Luis de Acuña aceptó el convite, diciendo:

—Tengo un placer, señora, en acompañaros, y aunque tema seros molesto, de hoy en adelante haré de modo que no necesiteis invitarme á estar á vuestro lado.

La princesa no reparó en la especie de intimacion que se le hacía envuelta en una fórmula galante: su espíritu estaba demasiado absorto en la funcion de su dicha filial, para que pudiese distraerla ningun otro pensamiento.

Mientras se concluian los preparativos, el obispo llamó aparte al capellan Alonso de Palencia, y hablando con él en secreto, le dijo:

—Estais en gran peligro, mi buen amigo, y como os aprecio por lo mucho que valeis, os lo aviso, para que os pongais en salvo.

—¿Qué peligro puede correr un hombre de bien que á nadie ha hecho daño? preguntó el cronista.

—Nadie ha puesto en duda vuestra hombría de bien, señor Palencia, y antes al contrario creo daros una prueba de afecto, al aconsejaros que huyais. A un malhechor no le hablaria yo de esta manera; porque debeis saber que tengo órden de prenderos.

—Señor, permitidme que os pregunte, quien puede haberos dado esa órden. Yo respeto vuestra elevada dignidad, pero dependo del arzobispo de Toledo, y tocar á mi persona es ofender á mi señor.

Asi podrá ser, Palencia: pero, amigo, esa consideracion no me impedirá cumplir lo que se me ha mandado. Tenedlo asi entendido, y haced de mis advertencias amistosas el caso que mejor os parezca. Sobre todo, os prevengo, porque os quiero, que en saliendo de aqui, no vayais á veros con mi compañero el de Toledo, pues lo pasaríais muy mal.

—Si se trata de intimidarme, repuso el cronista, debo manifestaros que no estoy dispuesto á ceder por miedo. La princesa mi señora necesita de mí, y no seré yo quien la abandone cuando acaso está en riesgo su persona.

—Hareis mal si os alucinais, creyendo poder servir de algo á doña Isabel. S. A. está ya detenida en Madrigal, de donde no saldrá sin mi permiso. El rey lo manda, y tengo fuerzas para hacer acatar sus órdenes.

Alonso de Palencia conoció que no hay razon contra la fuerza, y que al hablarle asi el obispo, sin duda tenia la suficiente para imponer su voluntad. Veia por otra parte que, pudiendo prenderle, se limitaba á darle un aviso, aconsejándole ponerse en salvo, é infirió de aquí que no se trataba de ejercer actos violentos contra la princesa, sino de obligarla á permanecer inactiva hasta la vuelta del rey. Sin embargo replicó:

—Apesar de lo que me dice vuestra reverencia, no adivino el motivo que haya para que se os mande prenderme.

—Os lo diré, y asi tendreis una prueba mas de mi aprecio, contestó el obispo: el rey nuestro señor sabe que vos y los demas amigos de la princesa, que hay en Madrigal, conspirais para inducirla á quebrantar el juramento que hizo en Ocaña. Por lo mismo os manda prender, á fin de que vuestra señora no haga lo que no debe, y nos obligue á usar con ella de medios violentos: el rey está decidido á emplearlos; tiene tomadas ya todas sus medidas, y solo de vos y de vuestros compañeros depende el evitar á doña Isabel sérios disgustos ó precipitarla en ellos. ¿Me habeis comprendido? Al hablaros con esta franqueza, yo que debia ejecutar contra vos las órdenes de S. A., sin preveniros, doy una prueba no solo de mi afecto á la princesa, sino de mi deferencia hácia vos. Creedme: seguid mi consejo, si no quereis atraer males terribles sobre la cabeza de doña Isabel, sobre la vuestra, y sobre el reino.

La presencia de la reina viuda y de su hija, que salian acompañadas de sus damas y caballeros, interrumpió esta conversacion. Todos bajaron la escalera, y al llegar al vestíbulo quedó sorprendida doña Isabel de ver allí una guardia de hasta treinta arcabuceros mandados por Pedro de Fonseca, sobrino del arzobispo de Sevilla.

—¿Qué significa esto, señor obispo? preguntó la princesa.

—Señora, contestó D. Luis de Acuña: mirando por el decoro de vuestra persona, me he privado de mi guardia ordinaria, para darla á vuestra señoría.

—Estraña atencion por cierto es la vuestra: ¿y cómo es que hasta hoy no habeis pensado en guardarme?

—Porque hasta hoy no he sabido que necesitábais ser guardada.

La princesa no se atrevió á insistir á sus réplicas, temiendo que su madre, medio alelada por la enfermedad, llegase á comprender lo que pasaba, y acaso sufriese una recaida con el disgusto.

El paseo de las régias personas por la villa fué acompañado de las mas cordiales muestras de amor y respeto por parte del pueblo que se agolpaba por uno y otro lado á saludar á sus señoras. En todos los rostros se veia pintado el apacible sentimiento de la sumision espontánea, que dista tanto del servilismo como la gratitud de la reverencia hipócrita.

Doña Isabel no podia entregarse á las dulces emociones que en otra ocasion habria esperimentado en presencia del amor del pueblo á su madre, pero procuraba aparecer tranquila y risueña en medio de la viva ansiedad que se habia apoderado de su espíritu. No sentia tanto en aquellos momentos sus propios peligros como la posibilidad de que sobresaltasen á su querida enferma y la ocasionasen una recaida. Por esto disimulaba; por esto padecia interiormente, sin dar la menor muestra de flaqueza ni de indignacion. Sus amigos, á quienes no se habia podido ocul- el objeto de la guardia puesta por el obispo, y en particular Alonso de Palencia, marchaban cabizbajos y silenciosos.

De este modo salieron al campo; una fresca brisa mitigaba el calor del estío: el sol se ocultaba en el occidente, y sus rayos horizontales matizaban con bronceados reflejos el verdor de la campiña. La vista y el oido gozaban á la vez en el espectáculo y las armonías de la naturaleza: sin embargo, la reina, segun habia previsto su hija, pronto se sintió fatigada y deseó descansar. Doña Isabel que habia dirigido espresamente su paseo hácia la

fábrica de Juan Lainez, se la mostró á su madre como el lugar mas inmediato y apropiado para detenerse algunos momentos.

Los dependientes de la fábrica, hombres y mujeres, con sus dueños al frente, se presentaron á la puerta del edificio vestidos con sus trages de dia de fiesta, desnudas las cabezas y las de las muchachas mas jóvenes, coronadas de flores. La reina doña Isabel quedó agradablemente sorprendida por este espectáculo que no esperaba. Juan Lainez se adelantó, y doblando respetuosamente una rodilla, le ofreció su casa por si queria descansar en ella.

—Si, dijo la ilustre enferma: entraremos: es para mí muy grato encontrar súbditos tan leales como vosotros, y que sepan acatar á la que fué su soberana y á la que puede serlo, aunque la una esté viuda y desamparada y la otra huérfana y oprimida.

Estas palabras hirieron el corazon de la princesa, pues conoció por ellos que no se ocultaba á su madre su situacion, y que al igual de ella procuraba disimular su sentimiento.

—Señora, dijo la princesa: estas buenas gentes no son estrañas á nosotros, y por lo mismo sus demostraciones tienen el doble sentido de la veneracion y la gratitud.

—Lo sé, hija mia, lo sé, repuso la anciana reina: Juan Lainez y su mujer nos aman sinceramente: por eso acepto gustosa su hospitalidad.

Juan Lainez é Isidora dieron las gracias con palabras entrecortadas y con lágrimas en los ojos, y guiaron á sus ilustres huéspedas hácia el jardin, donde tenian dispuesta una colacion debajo de un emparrado: la mesa estaba cubierta con las mejores y mas tempranas frutas de todo el pais, que alternaban con algunas conservas inócuas y de fácil digestion, confeccionadas por las manos de la linda huérfana de Mendo Alerce, La limpieza era el mejor adorno de aquel festin campestre: los manteles habrian hecho parecer oscura á la nieve puestos á su lado, pero resaltaba mas su blancura bajo el vivo matiz de unas guirnaldas de flores que festoneaban la mesa todo en torno.

Las muchachas mas jóvenes de que antes hemos hecho men-

cion, se aprestaron á servir la frugal merienda, y entre tanto sus compañeras de fábrica y los oficiales formaban parejas en una llanada del jardin debajo de los árboles. Varios jóvenes aparecieron tañendo instrumentos melodiosos, y las parejas comenzaron á bailar al compás de la música.

El niño Rodrigo, tímido como siempre, miraba esta escena desde un punto apartado entre unos arbustos, sin atreverse á tomar parte en la fista que habia hecho preparar, comunicando á sus hermanos las órdenes de doña Isabel. Este retraimiento de nuestro pequeño amigo sirvió de alguna utilidad, como se verá despues.

Mientras la reina viuda distraia sus pesares y resfrescaba su abatido espíritu con el espectáculo campestre y sencillo que se le ofrecia, don Gonzalo Chacon, su sobrino Cárdenas y el cronista Palencia se habian retirado á un estremo del jardin, desde donde, aparentando mirar el baile de los obreros, conversaban misteriosamente. La casualidad hizo que se fuesen á colocar junto al sitio donde estaba Rodrigo oculto entre el ramage, y en quien por esta causa no repararon.

—Estamos perdidos, decia el cronista: nos hemos confiado con la ausencia del rey, no hemos atendido á nuestros medios de defensa, y hénos aqui forzados á mirar cruzados de brazos el triunfo de los enemigos de la princesa.

—Cierto que estamos mal, dijo Chacon: cuando el obispo de Búrgos se ha decidido á poner una guardia en casa de doña Isabel, es prueba de que nos tiene cortada la retirada. Los inmensos preparativos hechos por los de la casa de Mendoza debieran haber dispertado el celo del arzobispo de Toledo, y del almirante para prevenir este caso estremo: pero se han descuidado, y ahora es imposible ganar la partida á nuestros contrarios.

—Se han descuidado, decís: añadió Cárdenas. ¿Sabeis si acaso tienen recursos para oponerse á las tramas y al poder del maestre? Desde que la princesa prestó su juramento de no hacer novedad, nuestro partido ha menguado considerablemente, al paso que ha crecido en iguales proporciones el de don Juan Pacheco

y la Beltraneja. Muchos han visto en doña Isabel un espíritu apocado, y sobre todo la han creido subyugada por su hermano; y bien sabeis que en nuestros dias el que domina es el que tiene razon. Todos se adhieren al bando que mas puede, y abandonan al que creen abatido.

—Asi es la verdad, repuso el cronista: pero eso ha sucedido en todos tiempos, y es preciso reconocer que no es prudente, aunque pueda ser heróico, aventurarse á sostener una causa perdida; sobre todo cuando no hay fuerzas para resistir los ataques.

—Tan perdido conceptuais nuestro asunto? preguntó Chacon.

—Por ahora lo considero irrealizable. ¿Qué podemos hacer nosotros sin ausilio ageno?

Los dos caballeros se encogieron de hombros.

—Pudiéramos dar aviso al arzobispo de lo que pasa, continuó el cronista: pero ¿acaso lo ignorará? No seria temeridad esponerse á dar un paso en este sentido, cuando están tomadas las precauciones para impedirlo? Ni qué adelantaríamos, siendo mas que probable que haya fuerzas para rechazar el mezquino auxilio que puede prestar el arzobispo, sobre todo si no está preparado para el caso? Yo, señores, opino que debemos permanecer á la espectativa: lo demas será comprometernos inútilmente y esponer á la princesa á mas positivos riesgos.

—¿No será posible sacarla de Madrigal? preguntó Cárdenas.

—Quién piensa en eso? repuso, su prudente tio. En primer lugar no podemos reunir arriba de veinte hombres.

—Siendo decididos, ya son bastantes.

—Para qué son bastantes? Treinta lo menos he contado en casa de la reina, y al frente de ellos está, como habreis visto el furibundo partidario de la Beltraneja Pedro de Fonseca: es decir un enviado de los Mendoza, que sin duda no habrá venido sin traer quien le guarde las espaldas. El obispo, sin contar con las gentes de armas de su obispado, que estarán ya en pié de guerra, tiene aqui hasta cien hombres mas: aunque lográsemos sacar á la princesa ocultamente, pronto nos la arrancarian de las manos,

y perderíamos su causa y nuestra vida. Es un delirio pensar en eso.

—Efectivamente, no podemos hacer nada, dijo el cronista: dar un paso cualquiera en estas circunstancias será comprometer á la princesa.

—Pero habremos de abandonarla cobardemente? insistió Cárdenas.

—Mas vale fingir que la abandonamos, que esponerla imprudentemente á nuevos peligros: yo creo que mostrándonos indiferentes, la servimos mejor que de otra manera: es menester que nuestros enemigos se confien, y así todo quedará reducido á una vigilancia estéril, y entre tanto habrá tiempo de preparar nuestras fuerzas.

—Teneis razon, teneis razon, dijeron á la vez los dos caballeros.

Y como temiesen llamar la atencion del obispo, que no les perdia de vista, se acercaron á sus otros compañeros, á tiempo que la reina viuda se disponia á retirarse, por ser ya entrada la noche.

La vuelta al palacio formó un contraste singular con la salida: el pueblo no se agolpaba como antes dando muestras de regocijo: agrupada la gente en varios parages hablaba con aire misterioso y triste, cual si algun acontecimiento grave y siniestro hubiese venido á turbar su ingénua satisfaccion. Algunos grupos se acercaban al paso de las reales personas, pero en los rostros se veia pintado el temor, y muchos se apartaban desalentados y afligidos. Ninguna de estas demostraciones se ocultó á la perspicacia de doña Isabel, quien sin revelar sus emociones en su semblante ni en sus palabras, comprendia que su situacion se agravaba con algun suceso estraordinario.

Apenas llegaron á su casa, la princesa detuvo al obispo, y llevándole á donde no pudiese oirle su madre, le dijo:

—Habladme con verdad, como cumple á un caballero y á un prelado. ¿Qué precauciones son estas que se toman contra mí? ¿Qué sucede para que se me trate como á criminal, y para que

todas las personas que veo anden como aturdidas y desconsoladas?

—Señora, os hablaré con franqueza: estais detenida bajo mi custodia, hasta que el rey disponga de vos.

—Todavía no se ha renunciado á esas imprudentes violencias, que pueden provocar un conflicto.

—No sé lo que habrá dispuesto S. A. el rey, contestó hipócritamente el obispo; mas me parece que si vos no dais lugar á una disposicion violenta no se adoptará. Por lo demas, tengo entendido que el pueblo de Madrigal ha recibido una intimacion formal de S. A. para que no se mueva, so pena de ver arrasadas sus casas hasta los fundamentos. Ahi teneis, señora, lo que sucede; y si os parece poco motivo para que las gentes tímidas se alarmen, os diré además que mi compañero el arzobispo de Sevilla está en marcha para este pueblo, con el fin de hacer acatar las órdenes de vuestro hermano y señor.

—Pero á que conduce todo esto?

—Señora, vos lo sabeis sin duda: yo no puedo hacer mas que aconsejaros que permanezcais tranquila.

—Tranquila! murmuró doña Isabel con profundo resentimiento.–Y añadió en voz natural.–Está bien: cumplid vuestras órdenes. Ahora, dejadme, si es que se me permite estar sola.

El obispo se despidió. Al bajar al vestíbulo, se le acercó Pedro de Fonseca y le pidió instrucciones.

—Nada mas teneis que hacer, le dijo el prelado, sino vigilar con mucho esmero las salidas de la casa, y tener cuenta con las personas que entran en ella. Nuestra gente queda ya intimidada: el pueblo no es probable que se mueva. Si conseguimos mantener el terror los ocho dias, que me habeis dicho tardará en venir vuestro tio, habremos triunfado.

Con efecto, aunque se habian dado órdenes á D. Alonso de Fonseca para marchar sobre Madrigal y prender á doña Isabel, faltaba mucho para que llegase este caso, y el obispo de Búrgos, no se creia bastante fuerte para detenerla, por lo cual habia recurrido á las amenazas á fin de ganar algun tiempo.

Entre tanto, la princesa apelaba á sus amigos, creyendo encontrar en ellos la fortaleza de ánimo que inflamaba el suyo. Pero pronto vió, con dolor, que hay pocos amigos en la desgracia: los mas la habian abandonado, y aunque Chacon, Cárdenas, Bobadilla y los dos capellanes permanecian fieles aun á su lado, sin embargo estaban abatidos y solo podian inspirar desaliento.

—En los casos estremos, les dijo, es cuando se prueba el valor de los hombres: no necesito esplicaros la situacion en que me hallo: vuestros semblantes me revelan que no la ignorais. ¿Estais dispuestos á favorecerme?

—Señora, contestó Pedro de Bobabilla: nosotros estamos prontos á sufrir la suerte que se os destine: si os prenden, partiremos vuestra prision; si os maltratan, estaremos á vuestro lado para defenderos. No podemos hacer mas.

—Y vosotros, qué decís? preguntó á los demás caballeros.

—Señora, respondió Chacon: ¿qué quereis que os diga, sino que es locura luchar contra lo imposible.

—Lo imposible! murmuró doña Isabel. ¿Es decir que no hay en vuestros corazones aliento para librar de la opresion mas injusta á una débil mujer?

—Señora, no tenemos quien nos auxilie, dijo el cronista, y seria una temeridad esponernos á provocar la indignacion del rey....

—No teneis quien os ausilie? Pues y el arzobispo? y el almirante?

—Mi señor el arzobispo está en Maqueda: el almirante en Valladolid: no es posible á ninguno de nosotros salir de Madrigal, porque se nos observa y seríamos detenidos.

—Está bien, señores, repuso doña Isabel con amargura: está bien; dejadme!

—Todos bajaron las cabezas consternados, y sin atreverse á salir, hasta que se les repitió la órden.

La escelsa jóven los miró marchar con el rostro inflamado de vergüenza, y alzando los ojos al cielo, murmuró:

—Tambien ellos...! Dios mio...! Estoy sola!

Y doblando el cuello quedó largo rato en actitud pensativa, con la megilla apoyada en la mano, hasta que oyendo que alguien sollozaba cerca de sí, levantó la cabeza y vió á su amiga Beatriz.

—Qué tienes? Por qué lloras? le preguntó. ¿Háte sucedido alguna desgracia?

—Qué desgracia mayor puede sucederme, que veros siempre perseguida, señora mia? contestó Beatriz.

—Ah! Es por mí? Entonces no llores: no son lágrimas lo que yo necesito; sino corazones denodados, y por desgracia no los encuentro.

—Oh! señora: no faltan corazones valientes y leales, pero cuando las cosas son imposibles....

—Tambien tú...! No repitas jamás esa palabra en mi presencia. Nada es imposible para los que tienen fé en Dios, y Dios no me ha abandonado.

—Quiero decir, señora, que valiera mas desistiéseis de vuestro proyecto de matrimonio.

—Desistir de él...! Tanto valdria desistir de la vida. No, Beatriz, no: tú no eres mi amiga si tal me aconsejas. Dios quiere probar mi paciencia; cúmplase su santa voluntad!

—Y por qué no habremos de creer que Dios reprueba ese enlace, puesto que tantos obstáculos lo impiden?

—Oh! Calla, calla! Si tienes miedo, Beatriz, guárdalo para tí; pero no trates de infundírmelo. Esos obstáculos son obra de la malicia: no los atribuyas á Dios, porque blasfemas.

—Señora: bien sabeis cuanto os amo, y que nunca he tenido otra voluntad que la vuestra; pero temo....

—Bien, Beatriz: tranquilízate y..... déjame sola.-Te lo suplico.

Beatriz se retiró, y doña Isabel, cayendo de rodillas en su reclinatorio comenzó á orar, pronunciando las palabras del Salvador:

—Dios mio! Dios mio! Por qué me habeis desamparado.-Pero á poco añadió:-No; tú estás conmigo, vida y ser del universo:

tú alientas en mi alma, y por tí triunfaré de las fuerzas del Averno.

Doña Isabel pasó la noche desvelada, pero sin verter una lágrima.

Al amanecer entró en su cámara Mencia de la Torre con un ramo de flores, que, segun su costumbre, acababa de traer el niño Rodrigo. La jóven comenzó á deshacerlo para poner las flores en agua, y vió un papel que venia oculto entre ellas.

—Qué podrá ser esto? exclamó con la naturalidad de la sorpresa.

—Un papel? ¿A ver? Dámelo, dijo la princesa que estaba recostada en su lecho y despierta.

Mencia entregó el papel á su señora, que, habiéndolo desdoblado, leyó para sí.

«Señora: no olvideis que teneis un esclavo fiel hasta la muerte, «y siempre dispuesto á sacrificar su vida por vos. Si os hiciese «falta mi ayuda, no vacileis en mandarme. Fidelidad, valor y «sigilo, todo lo hallaréis en mí.»

—Quién ha traido esto? preguntó doña Isabel á Mencia.

—Rodrigo, contestó la jóven.

—Hazle entrar, y déjame sola con él.

La princesa se levantó en seguida, tomó un papel, y escribió una carta dirigida al arzobispo de Toledo y á D. Fadrique Henriquez colectivamente, manifestándoles en pocas palabras su situacion, y quejándose con afabilidad del abandono en que la dejaban. Luego escribió en otro papel:

«Mi buen amigo: acepto tu generosa oferta, y lo tendré pre«sente toda mi vida. Importa á mi libertad que la carta adjunta «sea leida antes de tres dias por las personas para quienes vá. «Confio en tu prudencia, fidelidad y valor.»

Hecho esto, metió la una carta dentro de la otra, y volviendo la cabeza, vió á Rodrigo, que esperaba sus órdenes arrimado á la puerta.

—Toma, Rodrigo, le dijo; guarda esto en tu seno para que nadie lo vea, y entrégalo á tu hermano Juan.

El muchacho tomó las cartas con aire de satisfaccion, como quien sabe á ciencia cierta el asunto que se le confia, y las guardó, diciendo:

—No las verá nadie, no: ya sé yo lo que tengo que hacer.

—Dí á tu hermano que el arzobispo está en Maqueda y el almirante en Valladolid. ¿No lo olvidarás?

—Lo sabe ya mi hermano.

—Quién se lo ha dicho?

—Yo.

—Tú?

—Si, señora; lo decian ayer unos caballeros que iban con vuestra señoría: yo escuché lo que hablaban, lo conté á mi hermano, y por eso os ha escrito.

—Bien, bien, hijo mio; vuela, pues: no te detengas en ninguna parte, y cuidado con decir nada á nadie.

—Voy corriendo: ahora saldré despacio para que no sospechen, y cuando esté en la calle seré un águila.

Rodrigo salió efectivamente de casa de la reina viuda tan sério como un diplomático de nuestros dias, y talareando un canto popular. Cuando la princesa le vió en la calle desde su ventana, se volvió hácia el crucifijo que tenia en su reclinatorio, y besándole los piés con fervor, exclamó:

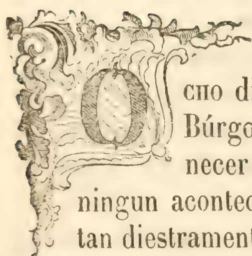
—Gracias, Dios mio! Nada puedo ya temer, pues me enviais la esperanza por medio de un ángel.





CAPÍTULO XXVIII.

La sorpresa.



Ocho dias habian pasado desde que el obispo de Búrgos intimó á doña Isabel la órden de permanecer detenida bajo su custodia. En este tiempo ningun acontecimiento vino á confirmar los temores que tan diestramente habia sabido infundir aquel prelado, para suspender la accion á los amigos de la princesa, pero entre tanto estos se fueron retirando á varios pueblos que les fueron designados, escepto Pedro de Bobadilla, que permaneció en Madrigal, como mayordomo que era de la reina viuda: circularon rumores cada vez mas alarmantes; hízose pública y notoria la venida del arzobispo de Sevilla de órden del rey, con el objeto de conducir presa al castillo de Madrid á doña Isabel: ésta, en vista de la conducta de sus amigos y de las instancias que le hacian sus damas para que abandonase su proyecto de matrimonio, llegó á temer que estaba entregada á sus enemigos: el pueblo aterrorizado conocia la opresion en que se hallaba su señora, pero ni aun tenia valor para esplicar en público sus sentimientos: cada cual

miraba por sí; nadie por la ilustre huérfana que no podia ofrecer el apoyo de auxiliares poderosos.

A medida que pasaba el tiempo se aumentaba la ansiedad de nuestra heroina: todas las noches imploraba la ayuda de Dios, y se entregaba al sueño con la esperanza de mejorar de situacion; pero al otro dia se encontraba en el mismo abandono, sin recibir una noticia de sus anhelados salvadores, sin saber que habia sido de Juan Lainez, ni si su arriesgada comision estaba cumplida ó frustrada: y á este estado de penosa incertidumbre se agregaba á cada momento alguna circunstancia que lo hacia mas insoportable. Ya era la nueva de alguna correría emprendida por las bandas facinerosas del alcaide de Castronuño, conocidamente adictos á D. Juan Pacheco, ya el relato de la detencion y muerte violenta de algun emisario desconocido; ya el rumor de haber sido atacado y destruido el ejército de D. Alonso Carrillo; ya en fin la enumeracion exagerada de las fuerzas con que se acercaba á marchas dobles el arzobispo de Sevilla.

Nunca se habia visto la princesa en tanto apuro: nunca fué mayor su inquietud, ni menor su confianza en las personas que se habian comprometido á sostenerla.

El obispo de Búrgos, entre tanto, adquiria por el contrario mayor audacia en proporcion que se acercaba el término del plazo en que debia ser auxiliado por el tio de Fonseca. Era llegado ya el octavo dia, y durante él habia de quedar resuelta la suerte de su prisionera: no temia el obispo que acudiese á esta un socorro inesperado; porque estaba seguro de haber tomado bien sus precauciones, á fin de que ningun aviso de ella á sus parciales pudiese salir de la villa: en particular tenia interceptadas con gente armada los caminos de Valladolid y Toledo.

El sol tocaba ya al término de su carrera, y el horizonte caldeado durante el dia por sus ardorosos rayos estaba cubierto de una colina espesa, que ningun soplo de viento disipaba: era una de esas tardes calorosas que enervan las fuerzas y entristecen el ánimo.

Doña Isabel estaba en la cámara particular de su madre, des-

de cuyas ventanas, á la sazon abiertas, se descubria el campo y el camino, por donde la escelsa jóven esperaba ver llegar algun socorro. Hacíale compañia el obispo Acuña, que poco ó nada se apartaba de su lado desde que la declaró su prisionera. Beatriz de Bobadilla y Mencia de la Torre hacian labor en un estremo de la pieza, y conversaban en voz baja: las dos damas, á pesar de su probada fidelidad y amor á la princesa, tenian miedo de sufrir las consecuencias de su adhesion á un partido desesperado: ellas, débiles mujeres, no podian salvar del peligro á su señora, y pensaban en los medios de salvarse á sí mismas.

—Qué haremos nosotras en este apurado trance? preguntaba Mencia.

—Qué habremos de hacer, cuando los caballeros huyen acobardados? Yo sé que de hoy á mañana estará aqui la gente del rey: se llevarán á nuestra señora presa. Quedemos nosotras libres, y asi al menos podremos trabajar en su favor.

El miedo, astuto consejero, siempre halla disculpas con que engañar al corazon, y arrastrarle á cometer las acciones mas cobardes. Sin embargo, estas jóvenes merecian perdon: el ejemplo de hombres valerosos, que habian abandonado su puesto de honor, las acobardaba.

—¿Y cómo podré yo favorecerla? pobre de mí! exclamó Mencia. Tú, al menos, cuentas con el apoyo de tu futuro esposo y el de tu padre; pero yo pobre huérfana no tengo mas que hacer que refugiarme en el regazo de mi madre.

Mientras asi hablaban de modo que no pudiesen oirlas, el obispo, sin tener consideracion á la tristeza de la reina viuda que estaba en su sillon cabizbaja y abatida, decia á la princesa:

—Estas son las consecuencias del poco respeto á los mayores. La inobediencia perdió á nuestros primeros padres, y nosotros hemos heredado de ellos la flaqueza en el cumplimiento del deber y las penas que son consiguientes á toda falta.

Rato hacia que estaba hablando el obispo, sin que la princesa, absorta en sus pensamientos le escuchase; pero al oir estas últimas palabras, salió de pronto de su abstraccion y repuso.

—Dispensadme, mi reverendo señor, que interrumpa vuestra homilia. Tengo el convencimiento íntimo de haber cumplido hasta hoy mis deberes, al menos los que me impone una ley superior á la voluntad ó el capricho de los hombres; tengo la seguridad de haber seguido la senda que me señala mi conciencia, sin haber escuchado jamás los consejos del interés ni de la ambicion; y todos los castigos con que me amenazan, y todas las tribulaciones que puedan arrojar mis enemigos sobre mí, no bastarán á separarme de mi resolucion.

—Eso es obcecacion y temeridad, señora: desde aqui estoy viendo el camino por donde hoy mismo, acaso antes de ponerse el sol, han de llegar los encargados de conduciros á Madrid. Yo daria mi mejor caballo, el halcon mas diestro y audaz,... ¿qué digo? Daria la armadura embutida de arabescos que me regaló el walí de Málaga, por oiros decir: «Se acabó todo: me casaré con quien mi hermano disponga.»

—Podeis guardar vuestro caballo, vuestro halcon y vuestra armadura: no saldrán esas palabras de mi boca.

—Pues bien: tendreis que sufrir las consecuencias.

—Nunca mejor que ahora he conocido el deber que Dios me impone de atender por mí misma á mi porvenir: dijo la princesa, como si en vez de contestar al obispo, hablase con su propia conciencia.–Nunca como ahora conozco la necesidad que tiene de fortalecerse quien ha de ocupar un trono, y mucho mas si es una débil mujer. La corona de Castilla reposa hoy en las sienes de un hombre, y este hombre es juguete de ambiciosos y malvados. ¿Qué seria mañana, si esos mismos, que hoy arrastran la púrpura real por el cieno, la vieran sobre mis hombros de mujer, y sobre los de un rey hechura suya? Los que ahora me aprisionan, luego me escarnecerian... Oh! no: Castilla necesita un jefe capaz de recibir mi espíritu, mi espíritu solo, y de sostener mi flaqueza, que de otro modo me haria vacilar á cada paso. No siendo asi, prefiero no reinar.

El sol habia ocultado la mitad de su disco detrás de los montes, y todavía seguia hablando la princesa, cuando, poniéndose

en pié el obispo, fijó sus miradas en un punto lejano del campo, donde se alzaba una especie de niebla mas espesa que la colina. Esta nubecilla tomaba cuerpo por momentos, y parecia irse acercando á medida que crecia. Pronto se delineó mas claramente, conociéndose ser un dilatado torbellino de polvo, de cuyo seno salieron repentina y vivamente reflejados los moribundos rayos del astro del dia. Persuadido entonces el obispo de lo que aquello era, exclamó:

—Ellos son!

La princesa, en cuyos ojos habian dado tambien los reflejos de las armas, se levantó, y permaneció algunos instantes fijando á su vez la vista en la nube de polvo que randa se aprocsimaba. En aquellos momentos habria sido posible contar los latidos de su corazon. La reina viuda se incorporó en su sillon, participando de la ansiedad de su hija.

El obispo se dispuso á salir.

—No os vayais: esperad, le dijo la princesa. Si son vuestros amigos, aqui podreis recibirlos.

—Teneis razon, contestó el obispo volviéndose á sentar tranquilamente.

—Si, es lo que debeis hacer, prosiguió la princesa con un leve tono de ironía, para que vean que cumplis bien vuestro cometido. Además que si yo me fugase en estos críticos momentos, contraeríais una grave responsabilidad.

Un paje entró, y habló algunas palabras en secreto con Beatriz. La jóven se levantó en seguida, y salió fuera con él. A poco volvió; pero sin pasar de la puerta, pudo hacer una seña á la princesa, que habia observado con atencion su salida, y que inmediatamente marchó á su encuentro.

—¿Qué me quieres? le preguntó.

—Ahí está Rodrigo, que pretende hablaros, contestó Beatriz.

Rodrigo, cuyo rostro encendido como una amapola daba muestras de que habia corrido mucho, como tambien su respiracion agitada, sacó del seno una carta sudada, y la entregó á doña Isa-

bel; la cual, habiéndola leido rápidamente, tomó una pluma y escribió en otro papel:

«No entreis: esperadme: si dentro de una hora no estoy con vos, venid entonces.=*Isabel.*»

Y doblando este lacónico billete, lo dió á Rodrigo, diciéndole:

—Toma y vuela, angel mio!

El muchacho salió, y doña Isabel, volviendo á la cámara de su madre, encontró al page que aun estaba en la antecámara, y le dijo, de modo que pudo oirlo el obispo:

—Haz que ensillen mis caballos! Corre, al momento!

El obispo abrió los ojos, y volvió la cabeza lleno de asombro. Dudaba que fuese cierto lo que habia oido.

Doña Isabel entró, y dirigiéndose á su madre, que no menos sorprendida que el prelado, faltaba poco para que abandonase su asiento, se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Adios, madre de mi corazon! Otra vez nos separa nuestro destino: pero no os aflijais. El dolor debe ser para mí sola, que no puedo permanecer aqui para aliviar vuestros padecimientos. Yo parto, pero es para encontrar un apoyo que nunca me falta y un sosten para vuestra ancianidad.

Y volviéndose hácia el obispo, que no acababa de comprender lo que veia, le dijo:

—Padre mio, quedad con Dios y él os proteja, como yo os perdono.

—Pero, señora... contestó el obispo con voz balbuciente: ¿qué significa esto? A dónde vais?

—No lo sé todavía: solo puedo deciros que nos separamos.

—Cuidado con lo que haceis, señora: no os espongais... Ved que están mis amigos ya para entrar en la villa. Miradlos. (Y señalaba á un grueso cuerpo de ejército, que acababa de pasar cerca del pueblo). Son las fuerzas del rey, y no podré impedir que os atropellen, si os obstinais en partir.

—Nada temais, señor de Acuña: esos que veis allí, no son vuestros amigos; son los mios.

—Ah! Vuestros amigos! No puede ser.

—No lo dudeis: ved esta carta, repuso la princesa, entregándole la que habia traido Rodrigo.-Pero os repito que no os cause alarma: ya he mandado que no entren para evitaros un conflicto.

Mientras el obispo leia con avidéz la carta, doña Isabel, mirando á sus damas, que agrupadas cerca de ella, observaban esta escena con vivísimo interés, les dijo:

—Ya podeis estar tranquilas, amigas mias: ¿queréis acompañarme?

—A todas partes, y como quiera que sea, contestó Beatriz, avergonzada de haber sentido flaquear su valor un momento.

Mencia espresó su voluntad abrazando la cintura de su compañera, y dejando correr sus lágrimas.

—Pues bien, no hay tiempo que perder, repuso la princesa: disponeos á partir.

El obispo, concluida la lectura de la carta, dejó caer los brazos en la actitud del abatimiento.

—No cabe duda, murmuró: nos han cogido la delantera.-Y añadió en voz natural.-Tomad, señora, vuestra carta, y haced lo que os parezca mas conveniente. Os advierto que hay abajo un hombre muy decidido á cumplir las órdenes que se le han dado, y que tal vez se opondrá á vuestra salida.

—Eso dependerá de las instrucciones que vos le deis, mi reverendo señor. A mi vez os advierto que si dentro de media hora no estoy fuera de Madrigal, vendrá por mí el señor arzobispo de Toledo; en cuyo caso podeis pasarlo mal vos y vuestro hombre: una hora es el plazo que he dado para mi salida: calculad el tiempo que hace recibí esta carta, y teniendo en cuenta el carácter impaciente del señor arzobispo, resolved lo que os parezca mas conveniente.

—Media hora! Poco tiempo es, pensó el obispo. Señora, dijo, lo que ha de ser ya está resuelto: partid cuando gusteis.

El paje anunció que ya estaban preparados los caballos.-Al mismo tiempo apareció en la puerta de la cámara Pedro de Fonseca.

—Voy allá, voy allá, dijo el obispo, yendo á su encuentro.

—Nos han sorprendido! exclamó Fonseca en voz baja.

—Ya lo sé. ¿Os encontrais con fuerzas para resistiros?

—Eso es imposible.

—Pues bien, haced lo que os plazca: yo declino mi responsabilidad.

—Pero nuestro deber es cumplir las órdenes del rey.

—En ese caso cumplid vuestro deber, y decidios pronto; porque antes de media hora vereis las barbas al viejo Carrillo.

—Qué fuerzas traerá?

—Segun he calculado, pasan de mil hombres.

—En ese caso es inútil toda resistencia.

—Claro está que si. Nosotros hemos hecho cuanto podíamos; si vuestro tio se ha dormido, no es culpa nuestra.

Pedro de Fonseca se tiraba de las barbas y revolvia los ojos con ira. El obispo continuó diciendo:

—Ea! no hay que apurarse. Dejemos ir á la princesa, y pensemos en seguirle la pista. Vaya donde quiera todo es Castilla, como no sea que tome el camino de Aragon, lo cual no la seria muy provechoso, segun los aires que corren por la frontera.

Fonseca tuvo al fin que resignarse, y marchó á levantar la guardia de la princesa. Esta, entre tanto, habia ya hecho todos sus preparativos de marcha, que consistian en mudar de vestido, ponerse un sombrero y cerrar algunas maletas. Dispuesta ya con sus damas Beatriz y Mencia, se acercó nuevamente á su madre, que lloraba de gozo y dolor todo á un tiempo, y volviendo á darle los brazos, le dijo:

—Adios, madre mia: no lloreis por mi ausencia, pues ya estais viendo que la dispone la voluntad de Dios. Nuestra separacion era inevitable: mas vale que sea para bien, que no para mal.....

—Adios, hija de mi alma! exclamó la anciana, besándola con efusion. Adios, y él te proteja, y te bendiga.

Doña Isabel se apartó bruscamente de su madre para ocul-

tarle sus lágrimas, y volviéndose al obispo, le tendió la mano, diciendo:

—Seamos amigos, señor de Acuña: yo nunca os he querido mal.

Y besándole la mano, se inclinó para recibir su bendicion. El obispo se sintió conmovido y la bendijo.

Todas las personas de la servidumbre de la reina habian acudido. La princesa dirigió á cada una en particular palabras de cariño, les recomendó el cuidado de su madre, y dando á esta un postrer beso, salió rápidamente sin volver atrás la cabeza.

En el vestíbulo de la casa habia ya tres caballos enjaezados, tenidos de las bridas por sendos palefreneros, y las correspondientes acémilas. Pedro de Bobadilla, que salia acompañando á su hija, tuvo el estribo á la princesa, mientras las damas montaban en sus respectivas hacaneas, y tomando luego las riendas, rompió la marcha. Nadie pensó en impedirles el paso. Las gentes del pueblo se acercaban y aplaudian á la ilustre fugitiva, á quien amaban como princesa y compatriota suya, pues allí habia nacido.

El arzobispo de Toledo, que ya estaba impaciente con la tardanza, se avanzaba hácia la villa armado de todas armas, y seguido de un centenar de ginetes, todos nobles ó hidalgos y de los mas aguerridos. Al divisar á la princesa, hizo alto, y á una seña suya puestos en alto los clarines, ondearon sus pendoncillos morados, y estremecieron el aire con sus agudas notas.

—¡Viva la princesa! gritó con voz nerviosa y trémula el arzobispo. Y otras ciento en seguida, y otras mil mas lejos repitieron unísonas esta ferviente aclamacion.

Doña Isabel acercó su caballo al del prelado, y tomándole la mano, se la besó, diciendo:

—Bien venido seais, mi querido salvador.

—Me alegro de veros en mi poder, contestó el arzobispo. Si hubiéseis tardado cinco minutos en venir, habia de haber dado á mi compañero Acuña una leccion de galantería, tal que no la olvidase en toda su vida.

—Mas vale que no sea asi. Marchemos cuando gusteis; pues quiero evitar sucesos desagradables. Pero antes desearia ver al mensajero que os he mandado: ¿no está ya con vos?

—No me hableis de él: en mi vida he conocido hombre mas terco.

—Acaso os ha desagradado?

—No quiero deir eso. He llegado á ofrecerle hasta una aldea en premio de su servicio, y ni aun eso, ni siquiera un vaso de agua pagado por mí ha consentido tomar. ¡Diablo de mozo! Le habíais mandado vos que no tomase nada mio?

—Juan Lainez, señor, no es hombre que me sirve por interés. Pero ¿dónde está? vereis que pronto queda pagado.

—Por ahí andaba, dijo el arzobispo. ¿A ver? Llamad á ese muchacho; á ese Juan Lainez.

—Aqui estoy, señor, esclamó el industrial, saliendo á caballo y armado de entre los guerreros del arzobispo.

—Juan, le dijo la princesa: cada dia te haces mas acreedor á mi aprecio.

—Señora.... con nada os pago.

—Ven, acércate: toma mi mano.

Juan Lainez se arrojó del caballo, y acudió á besar la mano de doña Isabel, quien quitándose un medallon que llevaba al cuello, continuó diciendo:

—Ahora vuélvete á tus quehaceres y al cuidado de tu casa, y lleva esta memoria de mi cariño á tu Isidora. No os olvideis de mi. Adios!

El jóven, ahogado por la emocion, no tuvo alientos para responder. Se inclinó respetuosamente, y estrechando contra sus lábios el medallon, permaneció un rato como clavado en aquel sitio, viendo alejarse á la princesa y á su poderosa escolta. Un pequeño bulto se le acercó, sacándole de su contemplacion.

—Vámonos, Juan: ya se ha ido, dijo.

—Ah! Eres tú, Rodrigo? Ven que te abrace, querido mio: á tí debo la dicha de haber besado su mano.

—Juan, contestó el muchacho: yo soy mas afortunado que tú: me ha llamado *angel mio!*

El jóven industrial tiró de las riendas de su caballo, tomó de la mano á Rodrigo: á poco se perdieron ambos en la oscuridad.

Veinte y cuatro horas despues la ciudad de Valladolid ofrecia un aspecto á la vez alegre y marcial: sus muros estaban cubiertos de soldados: sus calles retumbaban al ruido de las carreras de los caballos, que conducia la flor de la nobleza vallesoletana, y al estruendo de las bandas de música guerrera: las campanas de sus iglesias, y numerosos conventos, echadas á vuelo, agitaban el aire con su armonía estrepitosa: todas las casas ostentaban en sus fachadas antorchas encendidas, y vistosas colgaduras. Por la calle de Santiago, y dirigiéndose á la puerta del mismo nombre, bajaban en procesion todas las autoridades y personages influyentes de la ciudad, entre quienes se distinguian el almirante don Fadrique y Juan de Vivero, noble opulento y muy adicto á doña Isabel, con sus esposas. Seguíanles las comunidades religiosas de ambos sexos y multitud de gente del pueblo. Todos los habitantes de Valladolid parecian movidos por un resorte y animados de un comun pensamiento.

Sobre el puente del Esqueva se habia levantado un enorme arco de ramage verde, adornándolo con banderolas y pendoncillos de varios colores; y para hacer ostensible de noche este aparato, se habian colocado en él grandes teas, que á la sazon ardian, dándole desde lejos la apariencia de un incendio.

Bajo este arco se encontraron la procesion ó comitiva que salia de la ciudad y un ejército que llegaba por el camino de Medina del Campo. Dos lombardos, formidables cañones de hierro que apenas habrian podido arrastrar seis bueyes, situados en el baluarte mas inmediato, dieron al momento la señal de una salva, que pronto se hizo general en todos los fuertes de la muralla; y un viva á la ínclita princesa doña Isabel, pronunciado en alta voz por el almirante, acabó de inflamar el entusiasmo de todas las clases de la poblacion, que unánimes lo repitieron.

La princesa, colocada debajo del arco triunfal, dió su mano á los principales magnates, prelados y damas qne habia presentes. El almirante, siguiendo una costumbre de galantería muy comun en aquel tiempo, echó pié á tierra, y tomó las riendas del caballo que montaba doña Isabel; y de este modo, rodeada de nobles, personages de la alta gerarquía eclesiástica, guerreros, soldados y pueblo, y en medio de vivas aclamaciones y estruendosas músicas, repiques de campanas y salvas de artillería, hizo nuestra heroína su entrada en la ciudad, que ansiosa la esperaba, para declararse su protectora á todo trance.

Luego que hubieron entrado las últimas acémilas del ejército de don Alonso Carrillo, se cerró la puerta de la ciudad, entregándose sus habitantes sin recelo al mas ruidoso regocijo.

La comitiva se dirigió primero á la plaza de Santa María, donde el obispo acompañado de su cabildo y revestido con los ornamentos pontificales se presentó á las puertas de la catedral para recibir á la princesa: el templo estaba cuajado de luces, y las armonías del órgano conquistaban los ámbitos del sagrado recinto á los aromas del incienso y la mirra.

Despues de haber orado un rato, dando gracias á Dios por el buen éxito de la espedicion, fué conducida doña Isabel á casa del almirante, donde pasó aquella noche, mientras se le disponia su residencia en la de Juan de Vivero.

Reunidos en un opíparo banquete, de aquellos que solo la nobleza del siglo XV sabia disponer con una prodigalidad monstruosa, se felicitaban recíprocamente don Fadrique Henriquez' el arzobispo de Toledo, sus hijos Froilo y Lope, los obispos de Segovia y Valladolid, y otros muchos magnates y ricos hombres, juntamente con varias damas de esclarecido linage, por el fausto acontecimiento que habia libertado á la princesa de las manos de sus opresores. Doña Isabel ocupaba un asiento de honor entre los dos gefes de su partido, y su aspecto era rozagante y sereno, á pesar de las fátigas de su rápido viage.

Sentados á una mesa particular detrás de los principales personages de esta reunion, habia tres hombres, cuyas fisonomías

y trages formaban el mas estraño contraste. Dos de ellos eran familiares y favoritos del arzobispo: el uno tenia las facciones duras y atezadas: usaba barba y cota de malla bajo sus hábitos clericales: era de complexion nerviosa, flaco de miembros y de atlética estatura: en sus ojos cóncavos y de color negro brillante se descubria un carácter irascible y pronto á irritarse. El otro era pequeño de cuerpo y algo corcovado: vestia trage negro de paño burdo en todo tiempo, y llevaba al cuello un enorme rosario cargado de medallas, á guisa de cadena ó joyel: la fisonomía compungida é hipócritamente humilde de este hombre resaltaba de una manera grotesca al lado de la de su compañero, y justificaba el apodo de *el Beato*, con que se le nombraba generalmente. Llamábase Froilan de Ávila, era judío converso, y gozaba de la mayor intimidad del arzobispo, á quien, de acuerdo con su compañero, derretia cuantiosas rentas, haciéndole creer que podia crear oro y plata por los procedimientos de la alquimia. El tercer comensal de esta segunda mesa era un hombrecillo pálido é imberbe, de mirada inquieta, cuyo vestido de brocado y grana, unido á un gorro de forma de diadema y terminado en una manga puntiaguda con cascabeles, revelaba su profesion de truhan. Conocíasele con el nombre de Dominguillo, y era en efecto bufon del almirante.

Hablaban la princesa y el arzobispo, al terminarse la comida, de las diligencias hechas para activar el matrimonio de aquella.

—Tan adelantado está ya todo, dijo el arzobispo, como que solo falta que venga el príncipe para realizar vuestra union.

—Es posible? repuso doña Isabel. Sin duda habreis pensado en la dispensa de Su Santidad.

—Señora, cuando creíamos encontrar en eso un obstáculo insuperable, nos hemos encontrado que el rey D. Juan lo tenia ya vencido.

—Ah! El rey D. Juan ha obtenido la bula?

—Mi compañero el obispo de Segovia, os dirá, señora, lo que ha hecho en vuestro favor.

—Cuatro años hace, dijo el obispo que está concedida la dis-

pensacion, y seis meses que se me delegó la bula para su reconocimiento y ejecucion.

—Cuatro años, y hasta hoy no he sabido nada! observó doña Isabel.

—Habia sido otorgada por su santidad Pio II, con la condicion de que no se cumpliese la gracia hasta pasado este tiempo, atendida la corta edad del señor príncipe: no se nombraba en ella á vuestra señoría, porque entonces no habia seguridad de que accediéseis á este enlace; pero las circunstancias del parentesco que se espresan, no dejan duda acerca de la intencion del sumo pontífice, y en mi confirmacion he cuidado de colmar este vacío. El rey D. Juan no creyó necesario hablaros de esto, porque era ya negocio concluido.

—¿Y estais cierto de que esa bula no podrá ser anulada por el papa actual?

—Señora, yo la he reconocido segun mi conciencia y oyendo á los jueces de mi tribunal. La tengo por auténtica y valedera; y creo que los fallos de la Iglesia no pueden ser revocados.

—Yo os apuesto mi corona condal contra veinte doblones, dijo á esto Dominguillo, á que mi primo Enrique hallará reparos que oponer á esa bula.

—Silencio, truhan! exclamó D. Fradique, volviéndose hácia su bufon. Si vuelves á entrometerte en estos graves asuntos, he de mandar cortarte la lengua.

—Dejadle hablar, amigo mio, dijo la princesa.

—Oponer reparos á una bula de su santidad! murmuró el Beato, cruzando las manos y alzando los ojos al cielo: es á cuanto pudiera llegar la impiedad de un mal rey!

—Con qué dices, Dominguillo: ¿cuál es tu opinion? insistió doña Isabel.

—Hija mia, contestó el bufon, aunque Fadriquito mande cortarme la lengua, no quiero privarme de ganar los veinte doblones. Si antes de un año no está encausado mi amigo el obispo por el papa Paulo, pierdo mi corona.

—Y por qué?

—Por haber obedecido al papa Pio, que ya está muerto.

—No hagais caso de ese loco, dijo el arzobispo visiblemente agitado. Las decisiones de Roma no mueren aunque muera quien las dicta.

—Es muy cierto, repuso la princesa; pero no se deben despreciar las palabras de un loco. Haced de modo que el nuncio de su santidad dé su consentimiento para mi boda.

—Se hará como deseais, señora.

Este incidente no tuvo por el pronto mas consecuencias. Terminada la comida, y cuando ya todas las personas principales se habian recogido á descansar, los tres individuos que acabamos de dar á conocer salian recatadamente del palacio del almirante por una puerta escusada.

Era ya media noche, y las calles estaban desiertas.

—Ya que nos has facilitado esta salida, dijo el gigantesco favorito del arzobispo al bufon, guárdanosla hasta que volvamos, para que tengamos segura la entrada.

—Eso haré, compadre Alarcon, contestó Dominguillo; que no estoy yo para andar en devaneos.

El Beato y Alarcon se alejaron, y habiendo andado varias calles, se detuvieron en un campo que se estendia delante del monasterio de las Huelgas. Pegado á los muros de este se divisaba un bulto negro.

—Quedaos aqui, amigo Alarcon, para lo que ocurra, dijo el Beato; mientras voy en nombre de la gloriosa santa Eduvigis, á ver si salimos con bien de esta aventura.

—Id con Dios, camarada, y no deis vuestro secreto sino á buen precio.

Alarcon quedó oculto detrás de una esquina, y el Beato se dirigió hácia el bulto negro, que le salió al encuentro.

—Traeis eso? preguntó el desconocido.

—Aquí está, contestó el Beato, sacando un pergamino. ¿Traeis las mil doblas?

—Aquí están, repuso el otro sacando un talego de cuero.

—Pues bien, toma y daca.

—Esperad: ¿decís que la bula que me traeis copiada es un documento falso?

—Si, os lo juro: es una pura invencion del rey D. Juan y de D. Alonso Carrillo.

—Y el reconocimiento del obispo Arias?

—Un mero embrollo para salir del paso y casar á la princesa, sea como quiera.

—Corriente, tomad vuestro dinero, y dadme esa copia. Si me engañais, tened cuenta con vuestra vida.

—Yo no engaño á mis hermanos, amigo Abacuc.

—Me conoceis?

—Y vos á mí?

Estos dos hombres cambiaron sus respectivos objetos y se separaron.

El Beato volvió á donde estaba Alarcon, que desde su escondite atisbaba sus menores movimientos.

—Aqui tienes, camarada, le dijo, presentándole el saco: nosotros sabemos hacer oro, aunque no para nuestro señor.

—A ver? dijo Alarcon, tomando á peso el talego con ansia de avaro: partamos aqui mismo.

—Decís bien, partamos, murmuró con su voz chillona Dominguillo, que habia venido siguiéndoles. ¿Cuánto me toca?

—Esto! exclamó Alarcon rechinando los dientes.

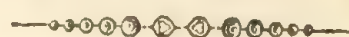
Y sacando un agudo puñal, se arrojó veloz como el tígre sobre el mísero bufon, que cayó al suelo sin poder proferir un «¡Dios me valga!»

El beato se inclinó sobre su cuerpo, y despues de rezar un *Pater noster*, dijo:

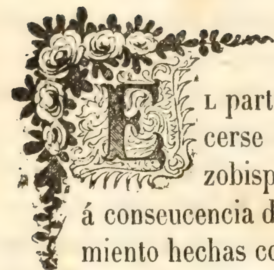
—A la verdad, este hombre no podia vivir porque sabia mucho.



CAPÍTULO XXIX.



El mozo de mulas.



El partido de la princesa comenzaba á fortalecerse merced á las activas diligencias del arzobispo Carrillo y del almirante, como tambien á consecuencia de las públicas demostraciones de acatamiento hechas con este objeto en Valladolid: sin embargo, urgia en gran manera la pronta venida del príncipe D. Fernando y la realizacion de sus bodas, pues la parcialidad de D. Juan Pacheco y de la reina doña Juana se agitaba mas activa que nunca, y era preciso aprovechar la ausencia de D. Enrique, cuya detencion en Andalucía no podia prolongarse ya por mucho tiempo.

Si hemos de conocer á fondo los interesantes acontecimientos que precedieron á la union de las coronas de Castilla y Aragon, y las mil contrariedades y violentas luchas que tuvo que sufrir y sostener doña Isabel antes de sentarse en el trono de sus mayo-

res, forzoso es que sigamos paso á paso esta parte de la historia de nuestra heroina, tan poco desarrollada por los historiadores, como cuidadosamente descrita por los cronistas de su tiempo.

Traslademonos á las márgenes del Duero, hácia aquella parte fecunda en recuerdos y tradiciones heróicas y novelescas que baña los campos de Gormaz.

Vuelta la espalda á este rio, y caminando contra la corriente del Ucero su tributario, subian una cuesta abierta en una áspera colina dos viageros, seguidos de sendos criados. El uno era eclesiástico, pero vestia ropa corta y muy pulcra, y montaba una poderosa mula cubierta de ricos paños, y adornada con jaeces de seda y campanillas: el otro era un caballero rubio, mediano de cuerpo y bien portado: llevaba espada sobre su traje de ciudad, y cabalgaba en un valiente caballo morcillo de raza andaluza: los criados iban en mulas, conservando la correspodiente distancia detrás de sus amos.

Acerquémonos á estos y oigamos su conversacion.

—Es menester que no nos descuidemos, amigo D. Gutierre, decia el eclesiástico. Yo sé que el almirante ha mandado ó piensa mandar á su confidente Tristan de Villarroel con una comision igual á la nuestra, y no me gustaria que nadie se llevase el lauro de esta empresa, despues de tanto como hemos trabajado nosotros.

—Pues no faltaba mas! contestó D. Gutierre de Cárdenas. Hemos prometido traer á Castilla al príncipe, y lo traeremos: está en ello interesado nuestro honor, aunque solo sea para borrar el recuerdo de nuestra conducta en Madrigal. Lo que importa es que á nuestro regreso hallemos prontas las fuerzas que nos han prometido.

—Mucho temo que sea menester recurrir á la astucia para salir del paso con bien.

—Pues qué ¿no os parece bastante la gente que se ha dispuesto reunir? El conde de Medinaceli nos ha ofrecido quinientas lanzas, Rodrigo de Olmos traerá ciento de Valladolid; ciento cin-

cuenta que tendrá ya preparadas el obispo de Osma, y doscientas que vendrán con el rey de Sicilia, son en todas novecientas cincuenta lanzas, unos siete mil hombres: me parece, amigo Palencia, que no se necesita mas para hacer que los zorros del obispo Mendoza se esconden en sus madrigueras.

—Efectivamente; pero quitad de esas novecientas cincuenta lanzas, las quinientas de D. Luis de la Cerda y las ciento cincuenta de D. Pedro Montoya, y vereis lo que os queda; unos dos mil hombres poco mas.

—Pero ¿será posible que el conde falte á su promesa, y que el obispo de Osma, hechura de vuestro señor nos sea infiel?

—Tanto voy aprendiendo en el mundo, contestó Alonso de Palencia, que algunas veces ni aun me fio de mí mismo. Sabeis que los hombres de armas del conde debian protejer disimuladamente nuestra salida de Castilla. ¿Cuántos habeis visto hasta ahora?

—Teneis razon, que no hemos visto ninguno.

Pues bien: eso me hace recelar que nuestros dos poderosos auxiliares han mudado ya de camisa: el conde andaba tras del título de duque, y Montoya pretende una alcaidía para uno de sus bastardos: si les han prometido darles lo que quieren y alguna otra merced que aumente sus rentas, no hay que contar con ellos.

—Terrible seria nuestra posicion, si saliese cierto vuestro pronóstico, señor capellan; porque podríamos vernos reducidos á las cien lanzas de Rodrigo de Olmos, pues no ignorais lo apurado que está de hombres y recursos el rey de Aragon, ahora que los franceses le estrechan en Cataluña.

—Por eso he pensado ir al Búrgo á verme con el obispo Montoya, penetraré sus intenciones, y segun sean estas, asi obraremos.

Nuestros dos viageros siguieron caminando hasta llegar á una alquería, desde donde se alcanzaba á ver el Búrgo de Osma, cuyos fuertes muros y altos torreones parecian construidos para imponer terror á la comarca.

—Quedaos aqui, D. Gutierre, dijo el cronista, mientras voy á engañar al obispo, si es que nos engaña, ó á recomendarle la vigilancia, si es que perservera fiel á la princesa. No conviene que nos vea juntos, pues recelaria la comision secreta que llevamos.

Don Gutierre de Cárdenas se quedó en la alquería, y Alonso de Palencia marchó al Búrgo acompañado de su criado.

Entrada ya la noche, volvió el cronista muy mal humorado.

—¿Qué tenemos, amigo Palencia? preguntó Cárdenas.

—Lo mismo que os habia dicho: el obispo está ya comprado por la familia de Mendoza, y el conde de Medinaceli apresta sus hombres de armas para impedir la entrada del príncipe en Castilla.

—Ira de Dios! exclamó D. Gutierre, descargando una puñada sobre la mesa donde acababan de servirle una pobre cena. ¿Es decir que esos magnates no tienen palabra; que no se puede contar aqui mas que con la traicion?

—Lo sabeis ahora? Vah! No hay que amostazarse por eso, compañero. Ya he tomado yo mis disposiciones para burlar á toda esa caterva de hombres venales.

—Qué pensais hacer?

—Lo primero, es menester escribir inmediatamente á mi señor el arzobispo, para que dentro de diez ó doce dias mande al Búrgo trescientas lanzas con una persona de toda seguridad.

—Muy bien pensado.

—Esa carta la llevará vuestro escudero Fortun, cambiando vos con él de cabalgadura.

—Como! Yo he de abandonarle mi caballo?

—Precisamente; porque vos no sois desde este momento mas que un simple escudero mio: asi lo he dicho al obispo á fin de deslumbrarle.

—Corriente: paso por todo: seré vuestro escudero.

—Además, atended bien: yo voy á Zaragoza en busca de la bula de dispensacion, para llevarla á mi señor, despues que la examine el obispo Montoya.

—Pero ¿no está ya esa bula en Valladolid?

—No me habeis entendido: eso es lo que he dicho al obispo, el cual, embaucado con esta patraña, cree que las cosas no adelantarán un paso sin que antes él se informe de todo, y me ha ofrecido un guia, que estará aqui mañana temprano, dándome además un pasaporte para pasar la frontera.

—Sois el diablo! Ah! perdonad, señor capellan. Pero, ¿cómo habeis conseguido todo eso?

—Mintiendo como un bellaco, amigo mio. Es menester convencerse de que la verdad está hoy reñida con la fortuna y estoy por decir con la honradez. El que no miente no medra. Con que, al avio: no perdamos el tiempo en vana conversacion.

Dicho esto, el cronista mandó á su criado le trajese papel y tintero que siempre llevaba en su equipage, y se puso á escribir al arzobispo. Terminada la carta, la dió á leer á su compañero de viage, quien hallándola buena, llamó á su escudero y le previno ensillase su caballo y se dispusiese para partir.

Una hora despues regresaba Fortun por el camino de Valladolid, y al amanecer, continuaron su marcha hácia Aragon, Alonso de Palencia y su criado, y D. Gutierre de Cárdenas en trage de escudero. Un vasallo del obispo de Osma les enseñaba el camino.

* *

Para no fatigar á nuestros lectores, dejarémos ir á los comisionados de Castilla, que por los anteriores detalles se infiere habian procurado reunirse con doña Isabel y recobrar su confianza despues que la abandonaron en Madrigal, y permaneceremos en las pintorescas comarcas de Osma, esperando su regreso. La campiña es árida; pero lo fragoso del terreno, las quebradas verticales, y los profundos y sinuosos barrancos, tienen tambien su encanto para la imaginacion; y la inmensidad de los horizontes que, semejantes á un vasto océano azulado de empinadas olas, se descubre desde la elevada planicie donde el Duero mulle su hondo lecho, elevan el alma á la contemplacion de lo infinito. La estacion es favorable para gozar del espectáculo de la natu-

raleza: el follage de los árboles, habiendo alcanzado su mayor granazon, comienza á palidecer: la atmósfera refrigerada por las tempestades del equinoccio es clara y diáfana, y evoca sin cesar el vaho de la tierra, que fluctua en los aires, formando grupos de caprichosas nubes.

Diez veces habia dorado el sol las sierras de Soria desde que partieron del Burgo los comisionados castellanos, cuando una mañana se vió asomar por el camino de Monteagudo á Berlanga una brillante comitiva seguida de acémilas, al parecer cargadas de espléndidos regalos. A la cabeza de esta espedicion iba el noble caballero aragonés Mosen Pero Vaca, y formando parte de su acompañamiento el capellan Alonso de Palencia y el confidente de D. Fadrique Henriquez Tritan de Villarroel. Caminaban con grande ostentacion y en tren de embajada: sin embargo, el semblante de Pero Vaca espresaba mucha inquietud y cuidado. Palencia parecia empeñado en tranquilizarle, pero sus palabras no bastaban á serenar la ansiedad del anciano, á quien su mucha esperiencia hacia tímido y cauteloso.

—En mal hora he consentido que se adopte vuestra resolucion, iba diciendo el aragonés: si al príncipe le sucede alguna desgracia, no viviré tranquilo el resto de mis dias.

—Calmaos, por Dios, señor Pero Vaca, contestaba el cronista: ¿Quién sabe que el príncipe viene camino de Castilla? Mi proyecto es el mejor que pudiera ejecutarse en estas circunstancias. Ya vereis como S. A. no corre ningun peligro.

—Hum! profirió Pero Vaca. Mientras yo no le vea, no recobraré mi tranquilidad. Decís que nadie sabe su venida: yo sé deciros por esperiencia propia que otras cosas mas secretas han llegado á noticia de mis contrarios: no hace tanto tiempo que el maestre de Santiago, tuvo aviso de una comision, cuyo secreto solo yo poseia. ¿Quién se lo dijo? Esto no se ha podido averiguar: no podré afirmar si es que tiene hecho pacto con el diablo, lo cual creo, ó si se vale de otros medios; pero lo cierto es que nada se le oculta.

—Vah! si el maestre se sirve de algun diablo, preciso es que

sea un diablo muy torpe; porque yo le he engañado mas de diez veces. Os repito que desecheis vuestros temores. Ya estamos dentro de Castilla, y no puede pasar mucho tiempo sin que nos reunamos con el príncipe, y sin que recibamos socorros.

En esto se vió llegar por el camino un pasagero, á quien Palencia detuvo, para preguntarle si habia visto alguna gente armada, y si corrian por el pais algunas nuevas dignas de particular mencion.

—Señor, contestó el pasagero, mucho se habla de una embajada que diz viene de Aragon á dar treguas para lo del casamiento de la señora princesa doña Isabel; porque parece que el rey D. Juan no quiere indisponerse con nuestro rey D. Enrique.

Alonso de Palencia miró á Pero Vaca con intencion de acabar de tranquilizarle. El pasagero lo observó y añadió:

—Digo, señor, esta es la voz que corre: acaso vuestras mercedes estarán mejor informados.

—No por cierto: eso es lo que todos dicen, repuso Palencia. Pero, con todo, ¿no habeis visto alguna gente armada?...

—Si señor: acabo de encontrarme con unos cien hombres á caballo que cruzaban por un camino de travesia hácia Berlanga.

—Diablos! exclamó Pero Vaca. ¿Y no sabreis decirnos que gente era esa? No habeis conocido á su gefe?

—Menester es que vayais con cuidado, replicó el pasagero, pues á lo que he llegado á entender es gente del arzobispo de Toledo, y el que la manda se llama Gomez Manrique.

Pero Vaca respiró como si acabara de salir de un cepo. El cronista se apresuró á decir al pasagero:

—Gracias, buen amigo, por el aviso: iremos con precaucion.

Y siguiendo su marcha dijo á Pero Vaca:

—Ya lo estais viendo: nuestras gentes nos aguardan en el Burgo, y nada se sospecha.

Una hora despues se apeaban nuestros viageros en una posada de Ortezuela, pueblo situado á media legua de Berlanga y próximo á la orilla izquierda del Duero. Mientras se les prepa-

raba la comida, se oyó en la calle ruido de caballos. Palencia corrió á la puerta y vió con agradable sorpresa al poeta Gomez Manrique acompañado de tres hombres de armas.

—Cuanto me alegro de veros, mi querido amigo! exclamó dándole los brazos. Entrad y hablaremos, que importa mucho; pero ¿cómo venis con tan poca gente?

—Vengo solo á saber noticias de vuestra comision, contestó el poeta: mi gente ha quedado en Berlanga, desde donde saldrá hoy mismo para reunirse en Osma ó el Burgo con doscientas lanzas mas que trae mi hermano D. Pedro.

—Venid, venid, daremos esas buenas nuevas á Mosen Pero Vaca, que tiene mas miedo que un zorzal.

Los dos amigos entraron á donde estaba el aragonés, á quien dijo Palencia.

—Albricias, compañero: aqui teneis al escelente caballero Gomez Manrique, que nos acude con cien lanzas; mientras su hermano el conde de Treviño está ya en camino del Burgo con otras doscientas.

—Gracias á Dios! exclamó el anciano, dando la mano á Manrique. Pero nada sabemos del príncipe?

—Cómo! exclamó el poeta. Yo esperaba que vosotros me daríais noticias suyas.

—Os las daremos, amigo mio: sentaos, y os contaré.–Como sabeis toda la frontera de Aragon está ocupada por las fuerzas del obispo de Sigüenza, á quien se ha entregado el conde de Medinaceli. El único puesto de la línea que permitia algun acceso para entrar en Castilla era este; pero el obispo de Osma tambien se nos ha declarado contrario, y en este caso no habia mas medio que recurrir á la fuerza.

—Eso es positivo, y supongo que el príncipe traerá la suficiente para hacerse respetar con ayuda de la nuestra.

—No tal; viene solo, de incógnito, y acompañado únicamente de cuatro amigos y dos criados.

—Es posible!

—Lo mismo que yo he dicho, observó Pero Vaca: es una temeridad lo que hemos hecho.

—Qué ha de ser! continuó Palencia. El rey D. Juan se encontraba acosado por las armas catalanas y francesas, y con trescientos *enriques* (*) en sus arcas. ¿Qué podiamos hacer con esto? ¿Dónde estaban los hombres y el dinero para formar una escolta respetable? No es cierto lo que digo, señor Pero?

—Teneis razon.

—Pues bien no habia mas recurso que aplazar el negocio, lo cual era perderlo, ó emplear el valor y la astucia para salir del paso. Esto es lo que hemos hecho.

—Continuad.

—El príncipe se decidió en seguida por lo segundo: «no consentiré dijo, que mi amada Isabel sufra mas vejaciones y atropellos. Si hay un hombre arrojado que me acompañe, á Valladolid voy solo, y fio en Dios y en mi valor que he de salirme con mi empresa.»

—Dios lo haga! murmuró Pero Vaca. Yo me opuse á semejante determinacion; pero cuando el príncipe quiere una cosa, no hay razones que le atajen.

—Asi me gusta, dijo Manrique. Proseguid.

—Quiso, sin embargo, S. A. consultar antes su resolucion con el rey su padre, quien, como prudente, la desaprobaba, pero que al cabo dejó el negocio en manos de su hijo. En resúmen, se dispuso que el príncipe saliese de Zaragoza con su mayordomo mayor Mosen Ramon de Espés, Gaspar hermano de éste, Pero Nuñez, y Guillen Sanchez su copero; todos en guisa de mercaderes, y sin que en el mismo Aragon se supiese de su viage. Nosotros, entre tanto, hemos venido por diferente camino, trayendo el equipage del príncipe, y haciendo correr la voz de que son regalos para D. Enrique, y de que las negociaciones del casamiento están interrumpidas. Y este plan que hasta hoy, que sepa-

(*) Moneda igual á unos doce mil reales.

mos, no se nos ha frustrado, es el que tiene tan inquieto á nuestro amigo Pero Vaca.

—Pues á mí me parece bien, repuso Manrique.

—Lo cierto es, replicó el aragonés, que ignoramos absolutamente lo que ha sido de S. A.–Cárdenas se apartó de nosotros en Calatayud, (¡ojalá hubiese yo podido acompañarle!), para juntarse con el príncipe en Verdejo; pero ni sabemos del príncipe, ni de Cárdenas, ni de ninguno de su comitiva.

—Pues bien, ya estamos en el punto de reunion. Salgamos uno de nosotros en busca del príncipe, á fin de avisarle donde se encuentran sus amigos, y pongámonos en las manos de Dios.

—Yo iré á buscarle, esclamó Tristan de Villaroel.

—En verdad no hay nada que temer, dijo Manrique: yo señores, veo el negocio terminado felizmente, y os confieso que estoy contentísimo. Voy á beber un vaso de vino con vosotros á la bien venida del príncipe, y me retiro á Berlanga á tener dispuesta mi gente.

Los cuatro amigos bebieron á la salud de D. Fernando y de doña Isabel, primer acto de espansion y entusiasmo en que se unian aquellos dos nombres, que habian de estar eternamente unidos en la historia. En seguida se volvió Manrique á Berlanga; y luego que hubieron comido los otros, continuaron su marcha, Tristan en busca del príncipe y Pero Vaca con su comitiva hácia el Burgo de Osma, punto para el cual estaban todos citados.

Al anochecer divisaron los muros de la ciudad: la luz del crepúsculo apenas permitia distinguir los objetos á larga distancia; pero el cuidado, aumentando la perspicacia de los sentidos, hizo que Palencia percibiese multitud de gente á caballo, que se movia al pié de la muralla.

—Mosen Pero, dijo: asi Dios me valga como es cierto que hay ya novedad en el Burgo. Mirad.

—Con efecto, alli se distingue una cosa que parece ejército. ¿Quiénes pueden ser esas gentes?

—Es verdad que no es fácil adivinarlo: pueden ser de los

nuestros, y tambien las doscientas lanzas que el obispo Montoya tenia en Vizcaya. Es menester averiguarlo, antes de aventurarnos á pasar de aqui.

Pero Vaca llamó á uno de los caballeros de su comitiva, y le mandó ir á informarse de lo que aquello era. El caballero partió á escape, y á poco regresó acompañado de otros dos.

Palencia reconoció en uno de ellos al conde de Treviño, y corriendo á su encuentro, le saludó, diciendo:

—Ah! ¿Sois vos señor conde? Bien hallado seais. ¿Pero cómo es que os veo detenido en las puertas del Burgo?

—No me hableis de eso, señor Palencia, contestó el conde con muy mal humor. Una hora hace que el teniente del obispo me tiene ahi, sin permitirme entrar, so pretesto de que su señor está ausente en Ucero; y vive Dios que si llega á cansarme, le he de romper las puertas y pegar fuego á la fortaleza.

—No será menester nada de eso: despedid vuestra gente á Osma, y veamos el modo de entrar nosotros en el Burgo. El príncipe debe de llegar de un momento á otro, y bueno es que encuentre amigos en todos los pueblos de la comarca.

—Parecióle bien al conde el consejo del capellan, y preguntándole noticias de su espedicion, se encaminó con la comitiva de Pero Vaca hácia la fortaleza. Luego que llegaron á esta, el conde despidió su gente, y despues de tener nuevas hablas con los de adentro, le fueron abiertas las puertas, como tambien al aragonés con todos los de su séquito, en calidad de embajador.

Mientras esto sucedia en el Burgo, en la posada de una aldehuela poco distante de Gómara estaban cenando cinco individuos que parecian ser ricos mercaderes: dos de ellos se hablaban como hermanos; los otros tres como compañeros de espedicion. Servíales á la mesa un apuesto mancebo de diez y siete á diez y ocho años, cuyo rostro, blanco y sonrosado naturalmente, habia recibido del sol y de la intemperie un tinte oscuro, que le daba cierto aire de virilidad precoz. Tenia los ojos grandes y muy claros, la mirada atrevida, la nariz y la boca pequeña, y castaño claro el cabello, que le caia sobre la espalda formando gracio-

sas ondas; era de mediana estatura, pero sus miembros perfectamente proporcionados, revelaban agilidad y fuerza. Aunque ocupado en su servil ejercicio, que parecia desempeñar con gusto, distraíase á menudo, requebrando á la hija del posadero, moza ojinegra y no mal parecida, que aparentando un pudor algo cerril, contestaba á sus galanteos con empellones y pellizcos, prueba evidente de que el mozuelo le agradaba mas de lo justo. Los mercaderes se reian embromando á la moza, y se dejaban servir mal de su criado, aunque de vez en cnando le recordaban su obligacion.

—Qué tal, Gutierre amigo? decia el mas anciano de los mercaderes á otro jóven y rubio. Sabeis que nuestro Ferrando está esta noche muy desenvuelto? Parece que le ha caido en gracia la morenilla.

—Cierto que está alborotado, seor Ramon, contestó el rubio; lo mejor seria que se fuese á cuidar del ganado, porque aqu maldito si hace nada de provecho.

—Eh! Ferrando, dijo el que parecia hermano de Ramon: acércame el salero.

—Allá va, seor Gaspar, contestó el atolondrado jóven, cogiendo á la moza de la cintura y echándola encima al mercader.

Esta broma, en vez de incomodar á los amos, provocó una carcajada general. Sin embargo no gustó al posadero, el cual encarándose con el criado, le dijo:

—Un poco de mas juicio, mocito, si no quereis que os enseñe á tenerlo.

El jóven se puso encendido como una amapola, y se inclinó maquinalmente, como buscando algun objeto con que castigar al posadero; pero en seguida se encogió de hombros, echándose á reir. La muchacha se interpuso al mismo tiempo, diciendo:

—Eh! no os alboroteis, señor padre, que no me ha hecho daño.

—Mira, Ferrando, dijo el anciano Ramon: llama á Juan para que nos sirva, y vete á cuidar de las caballerías. Basta ya de bromas.

El mozo hizo lo que le mandaban sin replicar, pero no dejó de dirigir sus piropos á la muchacha que, mientras cenaba, le servia con mas esmero que á los amos, á pesar del empellon.

Mientras los mercaderes hablaban de sobremesa, Ferrando se retiró á la cuadra, echó pienso á las bestias, y les limpió el polvo de las crines, cantando alegremente. La vigorosa constitucion de aquel jóven parecia resistir á toda fatiga. Continuamente iba y venia de un lugar á otro, chanceándose con todos y agitándose con una movilidad febril, hasta que, al cabo, cual si no pudiese contener su impaciencia natural, se acercó al viejo Ramon, y le dijo:

—Seor amo, las bestias han comido y descansado: nosotros tambien hemos satisfecho nuestras necesidades. ¿No pudiéramos aprovechar la noche que, aunque oscura, está serena y hermosa, y ganar para mañana temprano una jornada? Ya es tarde, la luna saldrá pronto: con que si os parece aparejaremos para marchar.

Los mercaderes se consultaron con sus miradas y hablando en voz baja.

—Dice bien Ferrando, observó el rubio Gutierre. Podemos todavia esta noche pasar del Burgo, y estar mañana en Gumiel de Mercado.

—Ea, pues no nos detengamos, dijo Ramon: fuera pereza, señor Guillen, añadió dando una palmada en el hombro á uno de sus compañeros, que dormitaba echado de pechos sobre la mesa.

—Qué sucede! exclamó Guillen sobresaltado.

—Nada de particular: que nos marchamos.

—Qué prisa llevan? preguntó con tono displicente la hija del posadero.

—¡Ay Saladilla! le contestó el mozo de mulas, intentando abrazarla: tenemos precision de llegar pronto al mercado de Medina. Pero no te aflijas: te prometo traerte de la feria un collar, la primera vez que por aqui pase.

—Toma! y cuando será eso?

—Descuida, Saladilla, dijo Guillen: Ferrando cumple lo

que ofrece: tendrás el collar, aunque sea la víspera del dia del juicio.

—Asi lo creo, contestó la muchacha. Y dando media vuelta, se alejó disgustada.

Ferrando y Juan aparejaron las caballerías, y á la media hora estaba todo dispuesto para marchar.

Los mercaderes se despidieron del posadero, que les deseó buen viage, y montaron en sus caballos y mulas. En aquel momento reparó Ferrando en el bulto de una mujer, que escondida á la sombra de un poste, parecia enjugarse los ojos con la punta de un mandil. Se acercó y reconoció á Saladilla.

—No llores, niña, le dijo; pues atraerás la desgracia sobre mi viage, Adios, hasta la vista.

—Tomad, Ferrando, le contestó la muchacha con timidez: llevad este escapulario con la imágen de Nuestra Señora del Buen Suceso, para que nada malo os pase en el camino.

—Gracias, hermosa, ¡Adios! repuso el jóven, tomando el escapulario y poniéndoselo al cuello. Adios! Te prometo que antes de ocho dias sabrás de mí.

—Vamos. Ferrando, vamos, hijo! gritó Ramon.

El mozo apretó la mano á la muchacha, y corrió á montar en su mula.

Oscura y fria estaba la noche, y aunque no tardó en aparecer la luna menguante, pesadas nubes interceptaban á trechos sus rayos prestados, amenguando su claridad: al primer canto del gallo, se levantó un airecillo sutíl y helado que penetraba los huesos.

La una de la madrugada sería, cuando llegaron nuestros mercaderes á las inmediaciones del Burgo. Iban rendidos de cansancio y ateridos de frio: al verles caminar, habria llamado la atencion la circunstancia de que el mozo de mulas montaba el mejor caballo y marchaba delante de todos llevando al lado al rubio Gutierre, que le hablaba en tono respetuoso. Ramon y Gaspar le seguian muy de cerca, y detrás los otros dos viageros y dos criados. Ramon no cesaba de recomendarle que fuese con cuida-

do, al mismo tiempo que hacia presente la necesidad de tocar en el Burgo, aunque solo fuese para saber noticias de Pero Vaca y su embajada.

—Señor, iba diciendo Gutierre al mozo de mulas: salvo vuestro parecer, opino que deberíamos hacer un esfuerzo mas, y llegar hasta Osma; pues dudo que aquí nos abran las puertas.

—Y por qué no han de habrirnos ¿repuso el jóven. ¿Pues qué, se usa en Castilla dejar al raso y á la intemperie á los honrados mercaderes que buscan posada de noche? No: es menester que descanseis.

—Si, menester es que V. A. descanse, pues lleva cuarenta y ocho horas caminando sin dormir.

—Yo no voy cansado; pero vosotros..... ¿Aver? Mudemos de tono, dijo el jóven rey de Sicilia interrumpiéndose. Hay gentes en la muralla.

Con efecto, los centinelas de los puestos avanzados de la fortaleza, sabiendo que estaba dentro de ella el conde de Treviño, y que sus fuerzas habian tenido que retirarse por no permitirles entrar, vigilaban las avenidas con mucho cuidado.

Una voz gritó desde el adarve:

Atrás quien quiera que seais!

—Como atrás? prorrumpió don Gutierre de Cárdenas. Llamad buen amigo, para que nos abran.

—Retiraos, digo, contestó el centinela: no es hora esta de abrir á nadie. Aguardad á mañana.

—Y mientras podemos morirnos de frio.

—Eh! Dejaos de contestaciones, amigo Gutierrez, dijo el príncipe lanzando su caballo hácia la puerta, y dando en ella fuertes golpes. D. Gutierre le siguió de cerca, y pudo, tirándole de un brazo, librarle de una enorme piedra que arrojada desde el adarve por el centinela, le pasó muy cerca de la cabeza.

—Oh! Don bellaco! gritó el príncipe apretando los puños con ira y mirando hácia el adarve.

Una voz se oyó dentro que decia:

—No tireis mas! No tireis mas! Que son amigos!



Isabel I.–Lám. 6.ª

El príncipe reconoció esta voz, y gritó.

—Ah! ¿Estais ahi amigo Palencia? disponed que nos habran á mi y á mis compañeros.

—Alonso de Palencia que, con el cuidado, no habia podido dormir; oyó las voces de don Fernando y su amigo Cárdenas y por esto acudió en el momento en que el centinela arrojaba la piedra. Inmediatamente corrió á dar aviso á Pero Vaca y al conde que estaban aposentados allí cerca, y mandando encender antorchas, antes que se alarmase la escasa guarnicion del Burgo, lograron sorprender con los hombres de armas aragoneses la guardia de la puerta y franquear la entrada al príncipe.

—Señor, seais tan bien venido, como habeis sido deseado! esclamó D. Pedro Manrique corriendo el primero á rendirle homenaje, tomándole la mano y besándosela: teneis á vuestras readia plantas al conde de Treviño.

—Alzaos, conde! respondió el político jóven. No es á mis pies, sino en mis brazos, donde yo quiero ver á los nobles castellanos tan leales como vos.

El conde se levantó, y don Fernando le abrazó y dió paz, besándole en el rostro. Todo esto pasaba delante de los hombres de guardia de la puerta, que presenciaban esta escena con asombro. El príncipe llamó aparte al conde y le dijo en voz baja.

—Qué gente os acompaña?

—Aquí, señor, la que veis: mis hombres de armas están en Osma.

—En ese caso mandad que toquen trompetas con mucha algazara, para que crean que tengo un ejército ahí fuera, y disponeos todos para partir conmigo al momento.

—¿Sin descansar.....

—Yo no me canso nunca.

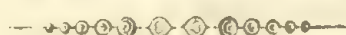
El conde hizo lo que el príncipe le mandaba. En pocos momentos el sonido de las trompetas y el estruendo de las aclamaciones de un centenar de hombres pusieron en consternacion á todos los habitantes del Burgo, que despertaban despavoridos sin comprender lo que sucedia.

Inmediatamente don Fernando y todos sus amigos cruzaron el rio á nado y se dirigieron á Osma, donde acabaron de pasar el resto de la noche. El príncipe no se acostó: se entretuvo hasta el amanecer en escribir á su hermano el arzobispo de Zaragoza el éxito de su viage; y luego que fué de dia, espidió á su *compañero de cuadra* Juan de Aragon con la carta que habia escrito; y acompañado de la fuerte escolta del conde y de Gomez Manrique, continuó su viage para Gumiel. Alonso de Palencia y don Gutierre de Cárdenas, partieron delante por un camino de travesia, con el objeto de llegar antes á Valladolid, y ganar las albricias de doña Isabel.





CAPÍTULO XXX.



La boda.

GRANDE fué la alegría de la princesa cuando, por boca de sus amigos Cárdenas y Palencia, supo la entrada de don Fernando en Castilla, y el éxito feliz de su arriesgada determinacion. Para mejor poder entregarse á la espansion de sus sentimientos, procuró quedarse á solas con don Gutierre, que como criado suyo (era sumaestresala) y persona á quien queria mucho, le inspiraba gran confianza.

La sensible jóven esperimentó, durante esta íntima conferencia, las mas diversas emociones, y mas de una vez vertieron sus ojos dulces lágrimas de ternura. Sus labios no vagaban en preguntar los mas insignificantes detalles, y sus oidos escuchaban con avidéz la relacion del mensagero. Cuando éste le referia la decision con que el príncipe adoptó el partido temerario de venir á Castilla aunque fuese solo, sus miradas brillaban de gratitud y entusiasmo, cuando le describia la impaciencia de aquel durante el viage, contándole como el primer dia anduvo veinte leguas; como permaneció tres dias consecutivos en marcha sin dormir

una hora, y como, en fin, habia consentido en hacer los oficios mas humildes de criado y postillon por no esponerse á ser descubierto; la augusta doncella tenia que contener los apresurados latidos de su corazon, y derramaba lágrimas de amor; cuando oyó el relato de la aventura del Burgo en que faltó tan poco para que la ligereza de un oscuro soldado destruyera la vida del elegido de su alma, una palidéz mortal cubrió su agraciado semblante. Por último, al saber la manera cordial y política al mismo tiempo, que tuvo de recibir el homenaje del conde de Treviño, no pudo menos de esclamar:

—Y es ese el jóven tosco y sin educacion, que don Juan Pacheco y los suyos se han complacido en pintarme algunas veces como grosero y falto de talento? Verdad será que no puede ser muy instruido y sábio un doncel, á quien las desgracias de su padre han arrojado del regazo de su madre á los campos de batalla; pero ese rasgo solo prueba que hay en él una finura natural y una elevacion de miras que no todos comprenderian. Oh! Ese mancebo tiene sagacidad y energía: él y yo somos todavia niños: mucho podemos aprender; mucho haremos con la ayuda de Dios.

D. Gutierre apoyó este juicio de la princesa, recordando el ardid de que se valió D. Fernando para atemorizar á los habitantes del Burgo, haciéndoles creer que traia un ejército formidable.

—¿Y estais seguro, preguntó doña Isabel, de que nada malo le habrá sucedido despues que os separásteis de S. A.?

—Señora; podeis estar tranquila: los pueblos de su tránsito están todos ocupados por amigos leales de vuestra señoria, como son los Manriques, Castros y Rojas, y además en cuantos puntos he tocado he visto á las gentes de algun valer predispuestas en su favor.

—Decidme, Cárdenas; repuso la princesa bajando la voz: ¿tardará mucho en llegar?

—Segun su impaciencia no creo que tarde mucho: es probable que esté ya en Dueñas.

Dos caballos pararon á las puertas de la casa de Juan de Vivero, que era donde habitaba doña Isabel.

Don Gutierre salió á informarse de lo que aquello era, y volvió á poco en compañía de Pero Vaca y Tristan de Villarroel. La princesa les recibió con muestras de afecto:

—Perdonad, señora, dijo Pero Vaca, que nos presentemos á V. A. conforme acabamos de llegar. El buen deseo de participaros cuanto antes una feliz nueva, disculpa nuestro atrevimiento.

—De cualquier modo sois de mí bien recibidos. Hablad: ¿dónde está vuestro señor?

—En Dueñas queda esperando vuestro permiso para venir á veros. Esta carta que me ha dado para V. A. os informará de todo.

Doña Isabel tomó la carta sin disimular su alegría; pero por primera vez en su vida se sintió turbada y sin alientos para responder.

—Id, dijo, y dad cuenta al arzobispo y á D. Fadrique del motivo que os trae á Valladolid, y podeis decirles que necesito deliberar con ellos.

Luego que la princesa quedó sola, su primer cuidado fué leer la carta, en que D. Fernando le participaba el feliz término de su viage, y le espresaba el vehemente deseo que tenia de verla y ponerse á sus órdenes. Añadia el jóven rey de Sicilia que, para gozar de su amable vista sin el inconveniente de importunos testigos, anhelaba venir en secreto una noche á Valladolid, y hablarla solo en presencia de algunos de sus amigos de mas confianza.

—Si, que venga! dijo la princesa hablando consigo misma: yo tambien deseo verle sin estorbos de gente molesta; necesito poder mirarle con serenidad, y sondear su espíritu que ha de ser uno con el mio.

Y se puso á contestar accediendo á lo que el príncipe solicitaba. Pero no habia concluido su carta, cuando le anunciaron la llegada del arzobispo, el almirante, Chacon y otros amigos íntimos.

El arzobispo aprobó la determinacion de D. Fernando, y so-

bre todo el proyecto de venir secretamente, no solo atendiendo á consideraciones puramente personales y de conveniencia para que los futuros conyuges pudieran conocerse antes de consumar su enlace, sino tambien para evitar obstáculos que habria podido crear la publicidad; pues la ciudad de Valladolid estaba llena de agentes públicos y secretos del partido de D. Juan Pacheco, que abrigaban todavía esperanzas de impedir la realizacion del matrimonio. En su consecuencia, doña Isabel mostró al prelado la carta que estaba escribiendo á su llegada, y concluida que fué, se entregó á Pero Vaca, el cual partió en seguida para Dueñas, sin aguardar á ver las cañas y otras fiestas que D. Lope Vazquez de Acuña y Troilos Carrillo, hijos del arzobispo de Toledo y otros caballeros estaban disponiendo á toda prisa para solemnizar aquel mismo dia la llegada del rey de Sicilia.

Una repentina tristeza se apoderó del ánimo de la princesa, no bien hubo partido el enviado aragonés. El almirante, que como abuelo del príncipe, observaba con particular interés todo cuanto á él se referia, no dejó de reparar en ello, y con la influencia que le daban, no tanto su elevada categoría, cuanto sus canas y su lealtad, se acercó á la augusta novia y le preguntó la causa de su malestar.

—Amigo mio, no hay dicha cumplida en esta vida, contestó doña Isabel. Me aflijo acordándome de mi hermano. Si este enlace que se prepara, y que no dudo que me hará feliz, se hiciera con su beneplácito, ó al menos, mereciese su aprobacion, nada faltaria á mi ventura, porque podria celebrarse en familia; estarian conmigo él y mi madre y todo seria júbilo y contento.

—Eso no puede ser, mi querida señora, contestó el almirante: si hubiésemos de esperar el consentimiento del rey, nunca os uniríais con mi augusto nieto.

—Lo sé: pero, ¿no será conveniente que yo dé á mi hermano una prueba mas de mi respeto, participándole mi resolucion irrevocable?

—Y qué adelantaremos con eso? dijo el arzobispo, tomando parte en la conversacion.

—Darle mi testimonio auténtico de mi lealtad, y poder convencerle algun dia de que la conducta ilegal de sus malos consejeros me ha obligado á seguir mis propias inspiraciones en el negocio mas importante de mi vida. Si, quiero escribirle: quiero que sepa que le amo y le venero, y que, á pesar de cuanto ha pasado entre nosotros, tengo á dicha ofrecerle un hermano, un hijo mas, que le ame y defienda.

—No me parece mal pensado, repuso el almirante.

—Pues bien, venid, mis respetables amigos: yo escribiré lo que me dicte mi corazon, y vosotros enmendareis los yerros que cometa mi poca esperiencia y limitado talento.

Dicho esto los tres se retiraron á un cuarto reservado, y la princesa, con ayuda de los dos ancianos, escribió una larga carta á D. Enrique participándole su determinacion. Trájole á la memoria todos los sucesos ocurridos desde que falleció su hermano D. Alfonso; la generosidad con que, en su obsequio, rehusó el título de reina que por tres veces le ofrecieron; le habló del concierto de los Toros de Guisando, donde fué solemnemente reconocida por heredera del reino, y de como se habian infringido sucesivamente todas las estipulaciones de aquel tratado, compeliéndola con amenazas y violencias á tomar esposo contra su voluntad: alegó el parecer y voto de los principales grandes y prelados y de muchos caballeros que la habian persuadido prefiriese el enlace del príncipe D. Fernando á cualquier otro, apoyándose en razones de conveniencia pública que lo hacian ventajoso y útil para bien y acrecentamiento del reino, y por último le suplicó aprobase su matrimonio, asegurándole con sentidas palabras que el rey de Sicilia su esposo seria para él un buen hijo, y le tributaria el homenage del mayor rendimiento y sumision.

Escrita esta carta, se nombraron los emisarios que debian llevarla á Sevilla, donde á la sazon estaba D. Enrique, ignorante absolutamente de lo que pasaba; pues D. Juan Pacheco, que por temor al ódio de los sevillanos residia fuera de aquella ciudad, por una de las contradicciones de su carácter, ponia el

mayor cuidado en que el rey nada supiese, y acababa de espedir órdenes é instrucciones á sus afiliados para que nadie estorbase el casamiento de la princesa. No faltaba en Valladolid quien murmurase muy en secreto, diciendo que la causa de este cambio de conducta en el maestre de Santiago, no era otra que la bula de dispensacion del parentesco que mediaba entre D. Fernando y doña Isabel.

* *

Era la noche del sábado 14 de octubre de 1469, y once horas despues de medio dia, como dicen las crónicas de aquel tiempo. Valladolid, cansada de fiestas y regocijos públicos, pero soñando en otros mayores que se preparaban, dormia profundamente. Velaban su tranquilo sueño los guardadores de la ciudad, y en dos estremos de ella velaban tambien dos reuniones de personas de índole diversa.

En la sinagoga de la judería, ó barrio de los judíos habia unos setenta individuos, los cuales acababan de entrar por una parte subterránea, despues de terminadas las ceremonias religiosas propias del dia. Todos ellos estaban cubiertos con túnicas y antífaces y sentados en bancos enfrente de una mesa, cuyo testero ocupaba un personage que parecia presidir aquella lúgubre asamblea. El templo infundia pavor: una sola luz colocada detrás del ara de los holocaustos disipaba las tinieblas, pues otra que habia sobre la mesa, concentraba todos sus reflejos en un punto de esta, merced á una pantalla casi esférica que les prestaba un color azulado.

El individuo que hacia las veces de presidente, se levantó, y en medio de un silencio solo comparable al de las tumbas, dijo:

—Os he congregado, hermanos, para daros cuenta de una comunicacion importante, que acabo de recibir de nuestro gefe y gran maestro: cada uno de nosotros en particular y todos en general, podremos sacar partido de ella. Escuchad.

Y desdoblando un pergamino que habia puesto sobre la mesa, leyó:

«A todos nuestros amados hermanos en Israel, y muy espe-
«cialmente á los que reciben la luz de la verdad y la fuerza del
«Omnipotente por las vias santas de la Perpétua noche, salud y
«bendicion. Estad preparados porque se acerca la hora señalada
«por el que todo lo ve, para el triunfo del pueblo escogido de
«Dios. Los hijos de nuestros opresores trabajan para nosotros,
«como el torpe büey ara los campos para alimentar al hombre.
«La nieta del bastardo se desposa con el hijo del tirano de Ara-
«gon: en sus desposorios alumbrará la tea que ha de consumir á
«todo el pueblo infiel. Sus leyes les prohiben casarse sin dis-
«pensa de su pontífice, porque son parientes en tercer grado;
«y han falsificado una licencia para efectuarlo. Guardad el se-
«creto, y cuando se haya consumado el incesto y el sacrilegio,
«publicad la impostura. Entonces la guerra y las discordias
«devorarán las entrañas de nuestros enemigos: entonces será
«el crugir de huesos y rechinar de dientes. No les negueis vues-
«tros tesoros, porque con ellos han de fundir sus espadas y ar-
«maduras para convertirlas en cadenas: apoderaos, si, en cam-
«bio, de sus rentas y señoríos, á fin de que les falte la base de su
«poder cuando llegue el momento de la disolucion. No faltarán
«asi grandes de la tierra que nos ayuden, y la religion de nues-
«tros padres brillará deslumbradora como el sol, y reconstitui-
«remos en España el reino de Jehová.»

Un murmullo de frenético entusiasmo se alzó en la asamblea. El presidente concluyó diciendo:

—Ya habeis oido, hermanos mios, lo que se prepara. Que cada uno cumpla con su deber, y aprovechando las ocasiones en su propio beneficio, trabaje al mismo tiempo en la grande obra de salvacion. Humillémonos ahora ante nuestros opresores: lamamos su piel como el escorpion. Pronto vendrá el dia en que podamos decir: «¡No mas humillaciones! No mas cautiverio! Hosanna al pueblo bendito de Israel!»

Mientras se celebraba esta tenebrosa reunion, que á la vez debia de tener otras semejantes en muchas ciudades de España, en el casaron de Juan de Vivero, situado en la parroquia de San

Martin y por consiguiente en la parte oriental de Valladolid, tenian lugar otras escenas.

Doña Isabel estaba en su pequeña cámara privada: rodeábanla sus inseparables amigas Beatriz y Mencia, la esposa de Juan de Vivero, el almirante D. Gonzalo Chacon, Gutierre, de Cárdenas, y un capellan del arzobispo de Toledo, llamado Pero Lopez de Alcalá. En los semblantes de todos reflejeba esa vaguedad de sentimientos, que precede á un suceso previsto y esperado: el de la princesa, en particular, tenia una movilidad inusitada, cual si el deseo, la inquietud y el temor se disputasen su ánimo. El menor ruido la sobresaltaba, mientras que la calma y el silencio la obligaban á moverse involuntariamente. Para disimular sus emociones, dirigia la palabra á unos y á otros, hablando siempre de cosas indiferentes, contra su costumbre. Sin embargo sostenia la conversacion mas á menudo y en voz baja con Gutierre de Cárdenas, que conociendo su situacion, se habia colocado en pié junto á ella.

—Mucho tardan, le dijo: ¿habrán tenido algun contratiempo?

—Todavia no es la media noche, señora. No paseis cuidado.

—Oye, Cárdenas, cuando vengan, dime cual es, sin que nadie lo entienda.

—Sereis servida, señora.

La casa en que pasaba esta escena tenia una puerta que salia al campo, y por ella debian entrar los que esperaba doña Isabel. Acercándonos á esta puerta, habríamos podido ver dos bultos que difícilmente se distinguian en la penumbre del dintel. Eran dos hombres que hablaban poco y en voz baja: de cuando en cuando se adelantaba uno de ellos hácia el campo, miraba con atencion á lo largo de una senda abierta por el uso al pié de los muros de la ciudad hácia el norte, y volvia á dar cuenta á su compañero de sus observaciones.

Las campanas de los innumerables conventos de la ciudad comenzaban á tocar á maitines, cuando el observador de la puerta sintiendo los pasos de un caballo, se volvió á su compañero y le dijo:

—Ya viene!

Pocos momentos despues llegó un ginete, cuyo caballo, sorprendido por la presencia de aquellos hombres, hizo hincapié, al mismo tiempo que los escondidos, marchando hácia él, decian:

—Aqui es! Aqui es!

—Sois vois, señor de Vivero? preguntó el ginete.

—El mismo soy, señor Guillen Sanchez, ¿Viene el rey?

—Pronto le tendreis aqui. Esperad un momento.

Y asi diciendo, Guillen Sanchez volvió grupa y se alejó por donde habia venido.

Al poco rato llegaron por el mismo sendero cinco hombres á pié, y otros dos detrás con mulas cargadas; y se acercaron al postigo de la casa de Juan de Vivero. El compañero de éste se adelantó y dijo:

—Venid señor: ¡cuánto habeis tardado! Entrad, entrad!

El jóven rey de Sicilia se acercó y tomó la mano que le ofrecia el incógnito, que no era otro que el arzobispo de Toledo.

Luego que entraron todos, un criado sacó una luz que habia oculta en un recodo de la escalera, y habiendo alumbrado á los señores, ayudó á descargar las acémilas. El arzobispo y el dueño de la casa guiaron al príncipe y á sus cuatro acompañantes hasta el aposento de doña Isabel, la cual sentada entre sus damas, aguardaba temblando el momento de la presentacion. Gutierre de Cárdenas estaba apoyado en el respaldo de la silla de su señora, con la vista fija en la puerta de la estancia.

De pronto se oyó la voz del principe que preguntaba:

—No llegaremos nunca? Dónde está?

—*Ese es!* murmuró Cárdenas al oido de la princesa.

Juan de Vivero apareció en la puerta: detrás de él el arzobispo, y en seguida D. Fernando.

—*Ese es! Ese es!* repitió Cárdenas.

—Eses te daré (*), le dijo doña Isabel con disimulo, sin apartar la vista de su primo.

(*) Quiso decir que pondria unas *SS* en el escudo de sus armas, y efectivamente de aqui provino esta divisa en el de la casa de Cárdenas.

Este venia vestido con un magnífico trage corto de brocado, que deslumbraba la vista y al mismo tiempo dejaba ver sus airosas formas: traia en la cabeza un bonete ó toquilla de terciopelo leonado guarnecido con una franja en figura de diadema real, y adornado con una magnífica pluma ondulante, y al cinto una espada guarnecida de piedras preciosas. Al entrar se descubrió para saludar á doña Isabel, que al devolverle el saludo, le tendió afectuosamente la mano, sin permitir que se la besase, y obligándole á cubrirse de nuevo, le ofreció una silla á su lado.

Los dos augustos jóvenes no habrian podido esplicar lo que sentian en aquel momento solemne. Ambos se habian formado ilusiones; ambos se habian representado el uno al otro en su imaginacion bajo el aspecto mas bello é ideal; pero al verse por primera vez, conocieron que sobrepujaba mucho la realidad á sus esperanzas. Doña Isabel bajó los ojos modestamente, sin poder apenas dominar su emocion. El príncipe le dijo:

—Señora, cuando dí cima á la empresa que me ha proporcionado la dicha de traerme á vuestras plantas, creí haber hecho algo para mereceros: ahora veo que para ser digno de una mirada vuestra, es menester tener treinta vidas y sacrificarlas en vuestro servicio.

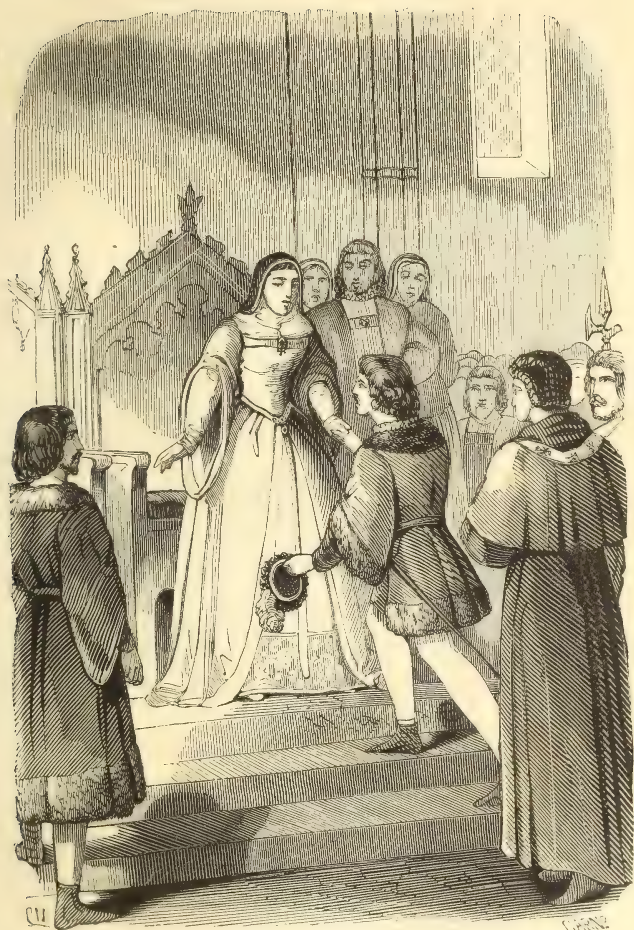
—Me lisonjeais demasiado, primo, contestó doña Isabel con su natural franqueza. Para merecerme habeis hecho mas de lo necesario, pues basta probarme que se me profesa un afecto igual al mio.

—Señora, tanta dicha...!

—Llamadme Isabel! Aprecio en mas esta denominacion de cariño, que la que usais de respeto.

—Ah! Isabel! Sin lisonja os digo que sois, si por el nacimiento princesa de Castilla, por vuestras gracias y amabilidad reina de las mujeres. No me hagais la ofensa de creer que estas palabras son un tributo de galantería: soy un rudo soldado, y os digo lo que siente mi corazon.

Las demostraciones de llaneza y afecto de doña Isabel, que



Le tendió afectuosamente la mano sin permitir que se la besase.

desde luego cautivaron la atencion de su futuro esposo, eran en verdad hijas de su cariño y del carácter espansivo y franco que la distinguia; pero emanaban además de otra causa que no hemos esplicado. Muchos de los grandes que seguian la córte de la princesa, habian pretendido que ésta exigiese de D. Fernando ciertas atenciones de respeto y acatamiento, que desde la primera entrevista la colocasen en un grado superior á él. Pretendian que, siendo ella la presunta reina de Castilla, debia su esposo reconocerla, como tal, digna de ocupar un rango mas elevado: querian que él le besase la mano, que no se cubriese en su presencia sin mandárselo ella, y que se sentase en una silla mas baja. Pero doña Isabel tenia demasiado talento para no despreciar estas pequeñas miserias de la etiqueta palaciega; conocia que semejantes pretensiones nacian de una baja adulacion, y que las inspiraciones de tales consejeros solo podian conducirla á poner el pié en su nuevo estado, creando descontentos y sembrando discordias. Por esto armada de energía, contestó á los que tales cosas le hablaban:

«No espereis que yo humille al que ha de ser mi marido. Aunque don Fernando por su calidad de rey de Sicilia y por su sexo no fuese superior á mí; aunque fuese de condicion mas humilde que la mia, por el solo hecho de unirse conmigo, le trataria de igual á igual. No; jamás envilereceré á quien mas debo amar y respetar: jamás daré el mal ejemplo de abatir al que conmigo ha de formar un solo individuo y una sola potestad. Eso seria degradarme á mí misma.»

Palabras dignas de eterna alabanza, y que por sí solas hacen el retrato moral y el elogio de doña Isabel.

Y hé aquí porque, aun violentando su pudor, trataba al príncipe con la llaneza y cariño mas estremados.

La entrevista duró dos horas, en cuyo tiempo se formalizaron los esponsales, firmando el contrato de bodas los dos contrayentes, y se aplazó dia para la celebracion solemne del matrimonio. Don Fernando presentó á su esposa los regalos que habia traido

para ella, y se despidió, volviéndose aquella misma noche á Dueñas con sus caballeros.

* * *

El miércoles de la semana siguiente, á las cuatro y media de la tarde, no se podia transitar por las calles que caen hácia el norte en Valladolid, tanto era el gentío que á las mismas se agolpaba. El almirante mayor de Castilla con toda su servidumbre casi régia, el arzobispo de Toledo con su cohorte abigarrada de caballeros, hidalgos, familiares, capellanes y hombres de armas, y multitud de nobles, prelados, abades, oidores, letrados y demas personas de algun valer y representacion que habia en la ciudad, se dirigian en corporacion hácia la puerta de Santa Clara. Los balcones y ventanas de las casas, adornados con vistosas colgaduras, gemian bajo el peso de las damas, que atraidas por la curiosidad, aprovechaban la ocasion de ostentar sus gracias y lucidos atavíos. El populacho se codeaba y comprimia por ver la brillante comitiva; y esto daba ocasion á gritos, denuestos y una que otra riña y alboroto. En otra parte una caterva de muchachos, con el privilegio de insolencia que les daban su edad y sus ligeras piernas, silbaban y hacian befa y escarnio de algun mozalbete almibarado que se entretenia en galantear á las monjas puestas en sus miradores. Mas allá era una pandilla de villanos, que con señas y grotescos ademanes, hacian alarde de su malicia, al ver á un reverendo padre saludar con la mano, y á una reverenda madre de veinte abriles contestarle con su pañuelo (*).

Un repique general de campanas y las voces de la muchedumbre anunciaron la aproximacion á la ciudad del personage

(*) Una de las reformas que con mas empeño, aunque no sin grande oposicion, emprendió y llevó á cabo doña Isabel durante su glorioso reinado, fué la de las órdenes religiosas, que por lo desordenado de los tiempos y lo estragado de las costumbres, habian perdido toda la pureza de su instituto. Los escritores contemporáneos deploran la corrupcion de los regulares: el cura de los palacios habla en su historia de los escesos que hizo corregir la reina, y Fernandez de Oviedo, en su *Epílogo real,* dice que, antes de la reforma, «an si tenian hijos los frailes y las monjas como si no fueran religiosos.»

que era objeto de la pública atencion. El jóven rey de Sicilia, tan celebrado en los cantos populares, y cuyas hazañas eran de todos sabidas, no podia menos de escitar la curiosidad, sobre todo cuando venia á casarse con la princesa heredera del reino, precedido de la fama de sus recientes aventuras caballerescas.

Asi es que al aparecer en la carrera designada para su ingreso en la ciudad, al verle tan jóven, armado de lucientes armas, cubierto con su coronado yelmo y su manto real, seguido de treinta caballeros y rodeado de los grandes mas notables que habia en Valladolid, el pueblo se deshacia en aclamaciones, y las damas le saludaban desde sus miradores, pareciéndoles mas hermoso de lo que realmente era.

La brillante comitiva se encaminó á la casa de Juan de Vivero á donde llegó al anochecer. Un gentío inmenso se agolpaba á las puertas, y aun penetraba en los patios y aposentos hasta donde se lo permitian los guardias puestos para contenerlo.

Transcurrido algun tiempo despues que hubo entrado el príncipe con todo su cortejo, se abrió de pronto la gran puerta de la *sala rica*, y se dió permiso para que entrasen cuantos cupiesen.

La sala era una imensa nave, cuyos muros estaban cubiertos con tapices de seda y oro, alternando con otros de labores primorosamente historiadas. En el fondo se habia levantado una espaciosa entrada y sobre ella un altar: á la izquierda habia una mesa con tapete de brocado, encima de la cual se veian varios pergaminos: á la derecha estaban sentados en sendos sillones de dorado respaldo y con escubeles á los pies los augustos novios, teniendo cerca de sí á sus damas y caballeros mas estimados, el arzobispo de Toledo, y los padrinos don Fadrique y doña Maria, mujer de Juan de Vivero: el resto de la sala la ocupaban multitud de personages de la princesa, nobleza, condes, ricos hombres, caballeros, teólogos y letrados y por último individuos de todas clases y condiciones en número de mas de dos mil.

En medio de un silencio religioso se adelantó el arzobispo y dijo:

—Reverendos obispos y prelados, magníficos grandes del reino, ilustres caballeros, hombres buenos, honrados ciudadanos, todos los que presentes estais, sabed y haced saber, que por concesion apóstolica de nuestro santísimo padre y hermano en Cristo Pio II, de piadosa memoria, ha sido dispensado el impedimento de consanguinidad que tenian para contraer matrimonio los muy magníficos, altos é ilustrísimos señores don Fernando rey de Sicilia y doña Isabel princesa y única heredera de los reinos de Castilla y Leon. En su consecuencia los ya nombrados serenísimos señores han contraido esponsales de futuro para ser casados á la faz de la Iglesia; y á fin de que á todos sea público y notorio, se van á leer las capitulaciones matrimoniales concertadas por los augustos conyuges y encaminados al mayor bien y gloria de estos reinos.

Un escribano de cámara del rey llamado Fernando Lopez del Arroyo, se acercó á la mesa, y tomando un pergamino, leyó en alta voz el contrato celebrado en Aragon, de que dimos cuenta en otro lugar de esta historia. Su lectura fué varias veces interrumpida por murmullos unánimes de aprobacion.

Concluida esta ceremonia, el príncipe se retiró á pasar la noche en casa del arzobispo, y á la mañana siguiente, en presencia del mismo concurso y en la misma sala fueron casados don Fernando y doña Isabel, celebrando la misa y dándoles la bendicion el capellan Pero Lopez de Alcalá.

El resto del dia se pasó en regocijos y fiestas. La ciudad de Valladolid rivalizó con los grandes señores en desprendimiento y magnificiencia para solemnizar tan fausto suceso: pero los novios necesitaron tomar prestado el dinero que hubieron de emplear en los gastos de la boda.

FIN DEL PRIMER TOMO.

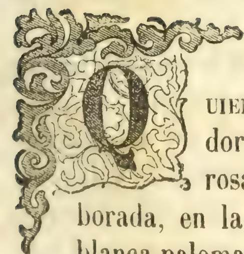


LIBRO SEGUNDO.

LOS BANDOS DE CASTILLA.

CAPITULO PRIMERO.

Quebrantos de amor.



Quien ha descrito la felicidad? Sonrisa del Criador, que asoma entre las tersas hojas de una rosa; que se dibuja en el plácido iris de la alborada, en la nubecilla pasagera que, semejante á una blanca paloma, cruza la bóveda del cielo, en el trémulo balance de las olas del mar cuando, en noche serena, la luna esparce rios de pedrería sobre su dilatada llanura; que suena en el murmullo de las frondas conmovidas por apacible brisa, en el canto nocturno del ruiseñor, en los arrullos de la tórtola confiada que vive escondida entre el follage con su amado y sus hijos·

tal es la felicidad; vaga, silenciosa, inaccesible al pincel y á la pluma del poeta. ¿Quién la describirá? Quién será osado para penetrar en sus dulces arcanos, cuando riza con su soplo el océano del corazon?

Doña Isabel y D. Fernando eran felices, y su vida se deslizaba en la paz del hogar doméstico, á la manera del claro arroyo entre las sombras de un frondoso prado. La felicidad ama el retiro, aborrece el tumulto: los dos tiernos esposos han huido del estruendo de la populosa Valladolid, para gozar su primer amor en Dueñas, en otro asilo mas modesto. Son tan pobres, que necesitan alejarse del fausto espléndido de la ciudad, para que no se marchite la flor de su dicha!

No alteremos la paz de su retiro: no intentemos siquiera penetrar en el santuario de su ventura: dejémosles disfrutarla mientras pasan los primeros meses de su matrimonio; pues dura ya mucho, para que podamos confiar en su consistencia: un soplo, una mirada indiscreta ó envidiosa pueden disiparla.

Porque la sonrisa de Dios solo asoma, solo se indica en este valle de lágrimas, donde todo es pasagero. El sol, con su ardiente mirada, marchita la rosa y destruye los colores del alba; el huracan arrastra la nubecilla, hincha las entrañas del mar y ennegrece su rielante superficie, troncha los árboles de la selva, y lleva el terror y el sobresalto á la tranquila morada de las aves.

Isabel y Fernando son dichosos, pero ya en torno suyo fulgura el rayo de la discordia, y el rencor y la ira preparan á lo léjos las tempestades.–Dos veces habian escrito al rey D. Enrique, suplicándole reverentemente aprobase su casamiento, y les recibiese benévolo como á hijos y servidores, pues solo deseaban vivir con él y para él; pero no merecieron contestacion. Únicamente se dijo á sus mensageros en Segovia que el asunto era grave, y que se habia de tratar en el consejo de los grandes, luego que don Juan Pacheco (que se habia hecho enfermo en Ocaña), estuviese restablecido.

Entre tanto la voz pública declaraba nulo el matrimonio de

nuestros príncipes: en todas partes se hablaba, aunque con reserva, de una bula falsa, de una union ilícita, y de una causa de excomunion pendiente sobre las cabezas de Isabel y Fernando, que ignoraban su culpa, al menos ella, y que nada sabian de las hablillas del vulgo.

Siniestros presagios de desórden y de sangrientas luchas corrian por toda Castilla. El pueblo, que siempre sufre y siempre pierde en los choques de ambicion y discordia de los poderosos, veia con zozobra una embajada francesa, que acababa de llegar á Búrgos, y el movimiento inusitado de muchos grandes, que aprestaban sus lanzas, y acudian á juntarse con el rey en Medina del Campo: en oposicion á estas fuerzas, veia conmovida de nuevo la Andalucia, recientemente pacificada, y todo el pais vasco agitarse protestando contra la intrusion estrangera.

Los nobles medraban á favor de las revueltas; porque cada traicion que hacian á un partido solia ser pagada por su contrario con donativos y mercedes. Asi es que todos los grandes, tanto seglares como eclesiásticos, buscaban el abrigo de una bandera y fomentaban con su apoyo la discordia. Ejemplo de esto, presentaba, entre mil, la conducta del conde de Plasencia que, despues de haber servido á los rebeldes confederados contra D. Enrique, acababa de recibir de éste la villa de Arévalo, con el título de duque de la misma.

En este pueblo estaba el rey con sus magnates y cortesanos de paso para Medina del Campo: apoyado por sus poderosas fuerzas, imponia á los habitantes de la villa el donativo que habia hecho de ella, pues siendo propiedad de la reina viuda doña Isabel de Portugal, nadie desconocia lo arbitrario é injusto de esta merced.

La noche antes de la partida dél rey en una casa fuerte situada fuera de Arevalo en un lugar ameno á orillas del Andaja, se hallaban reunidas dos personas de diferente sexo. El aposento donde estaban era un bellísimo retrete adornado con todo lujo y la voluptuosidad propios de los orientales: blandos tapices cubrian el pavimiento; suntuosos almohadones de seda con franjas

y flocaduras de oro convidaban el reposo y la pereza; el ambiente estaba impregnado de aromas, y la media luz que alumbraba la estancia era modificada por un fanal de color de rosa. Todo parecia dispuesto por una mujer enamorada para cautivar los sentidos y adormecer la vida resumiendo todas las ideas en una sola: el amor.

Indolentemente recostada en una pila de cogines, bajo un dosel de plumas, yacía una jóven, á juzgar por lo esbelto de su talle, la cual debia de ser hermosa, segun se conocia por las bellas formas de sus brazos y manos y por el brillo de sus ojos. Vestia un magnífico brial de raso blanco, y cubria su rostro con un túpido velo que llevaba prendido á la cintura. Cerca de ella estaba sentado un caballero, el cual decia:

—Sin duda, noble señora, me conoceis y os conozco, cuando me habeis hecho venir de secreto á vuestra cámara, y sin duda confiais en mi lealtad al no temer estar sola conmigo, á pesar de los atractivos de vuestra persona. ¿Cómo es que, sin embargo, desmentís esa confianza, permaneciendo encubierta y privándome del placer de admiraros?

—Caballero, contestó la dama con una voz particular que producia una especie de silbido: no estrañeis mi prudencia en ocultarme de vos, que seria inútil, si no me conocíeseis. Necesito hablaros de cosas muy delicadas, y no pudiera hacerlo con la cara descubierta. Si quereis servirme, ha de ser como caballero; es decir, con toda generosidad.

—Aun renunciando á saber á quien sirvo?

—Solo asi podeis ser generoso.

—Hablad pues, señora.

—Dos años hace que amo á un caballero, el cual me habia dado las mas vehementes pruebas de su puro cariño: por mucho tiempo mis circunstancias personales me impidieron corresponderlecon obras ni palabras, aunque mi corazon era suyo desde la primera vez que le ví: ese tiempo duró su pasion desinteresada y ardiente. Nuestro amor era entonces ideal, sublime; libre de toda mezcla espúrea y terrena, y por lo tanto inmortal. Yo asi lo

creia; pero rompí un dia la valla del disimulo, abrí los tesoros de mi alma, para derramarlos sobre el hombre que me parecia digno de mí; le hice depositario de mi honor y de mi inocencia, y desde entonces su amor, antes puro como el de los ángeles, se hizo terrenal y mezquino, y llegó un momento en que la indiferencia y el olvido secaron las fuentes de mi felicidad.

La tapada calló, y el caballero, confundido como si oyese una acusacion de su conciencia, repuso:

—Ciertamente, noble señora, me haceis una confidencia muy delicada, y no sé de qué modo podré serviros en vuestra cuita, como no fuese reemplazando en vuestro corazon al que tan vilmente os ha engañado.

—Ah! contestó la tapada, reprimiendo un suspiro: seria demasiado honor para mí verme obsequiada por el ilustre heredero de la casa de Villena, y además estoy segura, señor D. Diego, de que mudaríais de parecer en cuanto me viéseis el rostro. No: vuestro amor supliria sin duda al que he perdido; pero no pretendo que me sirvais á tanta costa. Solo deseo que me deis un consejo, y me ayudeis á castigar al alevoso.

—Señora, dijo don Diego Pacheco: ya os he dado el consejo, y creo que ningun castigo igualaria al que impusiéseis á vuestro infiel amante siguiendo mi indicacion. Descubrios y vereis como puedo serviros sin hacer ningun sacrificio.

—Quiero suponer, señor marqués, que solo una atencion de galantería os mueve á dirigirme semejantes palabras, replicó la tapada irguiéndose con marcadas muestras de disgusto. Un hombre como vos que tiene compromisos de honor que cumplir, no puede hacer esa proposicion á una dama.

—Compromisos yo?

—Habeis olvidado que os conozco muy á fondo. Voy á probaros que sé vuestros mas íntimos secretos.

—Don Diego Pacheco miró con cuidado á aquella mujer misteriosa que de tal manera le hablaba. Un momento le pasó por la mente la idea de que fuese Jarifa, pues solo ella sabia

usar de frases tan enérgicas y concisas; pero en seguida desechó este pensamiento, porque no era natural que la mora le consultase sobre amores con otro. La encubierta continuó:

—Yo sé que amais á una jóven que si bien de condicion muy diferente de la vuestra, es tan digna como vos de ser respetada, y merece que se la atienda. Esa jóven se llama Jarifa.

—Cómo sabeis eso?

—La tapada se encogió de hombros y repuso:

—Es cierto que la amais?

—No, señora.

—Señor don Diego, replicó la encubierta dejándose caer de nuevo con lánguido abandono: si os hago estas preguntas, es porque deseo veros mas digno de mi aprecio y confianza que el aleve que me ha engañado. No me oculteis, pues, vuestros sentimientos; porque de ellos depende que yo fie ó no mi honra á vuestra lealtad. Decidme ingenuamente, ¿habeis podido olvidar el amor de Jarifa?

—Pensad de mi, señora lo que gusteis: yo no debo engañaros. Hubo un tiempo en que amé perdidamente á esa muchacha, esponiéndome por ella á cometer mas de una imprudencia. Pero, como todo pasa en este mundo.....

—Tambien pasó vuestro amor! dijo la tapada con suma vivacidad.

—Eso es lo cierto.

Un breve rato de silencio siguió á las palabras de don Diego. Al cabo la dama misteriosa murmuró haciendo un esfuerzo:

—Siendo asi, temo que no me comprendais: una mujer abandonada, debe de ser para vos como un vestido que se desecha, como una flor que se marchita, ó un vaso que se rompe.

—Una mujer abandonada, repuso don Diego, es para mí un ser digno de compasion, y si por su calidad ó sus prendas personales merece el apoyo de mi brazo, puede estar segura de obtenerlo.

—En esa confianza os he llamado, contestó la tapada con un

ligero acento sarcástico: veremos si vuestro brazo tiembla cuando sea menester, ó flaquea como vuestro corazon al tratarse de amor.

—Mandadme, señora: mi amor puede flaquear tratándose de una oscura hija de moros, pero no mi valor al defender á una dama noble como vos me pareceis.

—No os engañais del todo: soy tan noble como vos: mis ascendientes han ocupado tronos y conquistado reinos. Creo, por consiguiente, que podremos entendernos. ¿Conoceis á D. Pedro de Fonseca?

—No he de conocerle? Acaso es él quien os ha faltado?

—Es una cosa singular lo que voy á deciros: yo puedo perder á ese hombre y á otros muchos con solo revelar un secreto que él me ha confiado inprudentemente.

—Un secreto? dijo el marqués alarmado. Pero á qué conduce todo esto?

—Escuchadme: vos quereis prestarme un servicio, y yo deseo pagároslo adelantado con una revelacion importante: hay en Castilla una hermandad misteriosa que se propone trastornar todo lo existente: por su mediacion no hay nada que no se averigue; pero yo poseo sus mas recónditos arcanos. El que me ha hecho depositaria de ellos cree poder llegar á ser rey; pero me ha faltado, sin contar con el daño que puedo hacerle, y he pensado en vos para elevaros sobre su ruina.

Don Diego sospechó que aquella mujer era la reina doña Juana, y la ambicion perturbó un momento su juicio.

—¿Don Pedro Fonseca, dijo, pretende hacerse rey?

—Qué tendria de estraño? Él es de familia real, y sabe que otros aspiran á la misma honra. Pero no se trata de eso: siendo amigo de la reina, es natural que conspire contra los que pretenden anonadar la dinastía de Trastamara, y sobre todo contra los enemigos encubiertos de la Beltraneja.

—Y quiénes son esos enemigos?

—Vuestro padre D. Juan Pacheco, y todos los demás que rodean al rey D. Enrique. Ya veis que nada ignoro.

—Señora, si no os dignais decirme vuestro nombre, no podremos continuar. Me hablais de cosas tan inconexas, que no os comprendo, ni acierto á descifrar el objeto que os proponeis.

—Yo sé, continuó la tapada con acento agitado, que teneis obligacion de dar la muerte al que os hable de ciertos misterios, aunque sea vuestro mejor amigo, aunque sea vuestro rey, sopena de morir vos mismo. Pues bien, yo sé todo lo que os he dicho y mucho mas, y estoy dispuesta á revelarlo al rey para vengarme de quien me ultraja.

—Señora! qué osais decirme? exclamó el marqués llevando la mano á su daga.

—Si, os he llamado para revelaros mis intenciones, y desafiaros á que me mateis; porque quiero perderos, y se que sois tan vil que no cumplireis vuestros juramentos contra mí; porque me mereceis igual concepto que el miserable que me ha abandonado.

—Matar á una mujer! Si, decis bien señora. Si es vileza desafiar todos los peligros antes que destruir á un ser débil, como vos, teneis razon: yo falto desde luego á mis juramentos.

—No en vano temia que os flaquease el brazo en el momento de servirme, exclamó la encubierta dejándose caer en la actitud del mas profundo abatimiento.

—Pero, señora, esplicaos: qué quereis de mí?

—Cobarde! prorrumpió la dama levantándose y cayendo en seguida de rodillas á los piés de D. Diego: ¿no lo habeis adivinado? Quiero que me mateis! quiero que me mateis!

—Señora, esa pretension es inaudita.

—Es vuestro deber hacerlo, D. Diego.

—No, señora, no hay tal deber; porque todo eso que me habeis contado es una patraña. Mi padre y yo, y todos los grandes que siguen al rey, defendemos lealmente á la princesa doña Juana, sin que medie segunda intencion.

—Vuestro padre y vos sois traidores al rey. Pronto os lo probaré y habreis de arrepentiros de haberme dejado la vida. Salid.

—Mis hechos probarán lo contrario. Adios, noble señora. Os aconsejo que os consoleis de vuestro contratiempo.

—Ah! Hombre sin corazon! murmuró para sí la tapada. Ni aun la muerte puedo esperar de tu generosidad!

Y dirigiéndose con paso firme hácia una puerta secreta, la abrió mostrando la salida al caballero, á tiempo que se oyó el estridente sonido de unas trompetas.

—Marchad D. Diego, dijo, antes que acabe de clarear el dia y se os eche menos en la comitiva del rey.

Don Diego se inclinó cortesmente y bajó una escalera que conducia al campo, mirando á uno y otro lado por si encontraba al guia que le habia traido, ó alguna otra persona de quien poder adquirir noticias acerca de la misteriosa encubierta. Pero nadie se presentó á su paso, y aunque procuró averiguar á quien pertenecia la casa, solo llegó á saber que era propiedad de un rico judío de Segovia llamado D. Abraham Señor, y que estaba deshabitada la mayor parte del tiempo.

Mientras D. Diego hacía estas averiguaciones, que ninguna luz le daban acerca de su aventurera misteriosa, y se disponia para partir acompañando al rey, la tapada se arrancaba violentamente el velo que la cubria y un pequeño aparato de piel y metal que, puesto delante de su boca, le desfiguraba la voz, y cayendo sobre los almohadones falta de alientos, exclamó:

—Adios, última esperanza! Una sola creencia quedaba en mi corazon y tambien es una mentira! ¿Cómo pude confiar, yo, la oscura hija de un moro y de una judía, en el amor de un magnate cristiano? Le he pedido la muerte, le he contado su propia historia, y no me ha conocido! Cuan cierto es que mi recuerdo está ya borrado de su memoria! Don Diego! Y he podido creer en tu amor? he podido amarte, y te amo aun?... Delirio encantador de mi mente, fantasma brillante y embriagador, huye de mí... Si, huye, para que solo quede en mi seno la ponzoña de la muerte. Jarifa, desdichada Jarifa! Tú debiste seguir el consejo de Abiabar: debiste vivir solo para el ódio y la venganza... Pero viste una estrella brillar en el negro horizonte de tu vida y su luz

te hechizó; sentiste brotar en tu alma la flor del amor, y te embriagó su perfume.–Oh! pero yo puedo destruir al hombre que me desprecia y me roba mi único átomo de fé... ¡Destruirle, cuando le amo!

La desesperada jóven guardó silencio: los sollozos embargaban su voz, y sin embargo no podia llorar. Un recuerdo pasó por su pensamiento, como una ráfaga de luz entre nubes tempestuosas.

—Isabel! murmuró. Qué fatalidad me ha separado de tí? En tu corazon encontré amistad, que vale mas que el amor, en tus lábios sonreia el consuelo. Tú eres la única persona que he conocido digna de ser amada: solo en tu presencia he vertido lágrimas que deleitan, y solo tu memoria puede ablandar en este instante mi endurecido pecho. ¿Por qué me separaron de tí, dejándote acaso de mí un recuerdo de oprobio? Oh! Cuanto daria por recobrar tu estimacion!

Y moviendo á uno y otro lado la cabeza, continuó:

—No: ya hoy de nada me serviria: mi carrera está terminada. No hay consuelo para un corazon desangrado.

Era ya de dia, pero el sol no prestaba sino una claridad opaca y plomiza. El viento gemia de un modo lúgubre en los ángulos y ventanas del edificio: mezclado con sus ayes sonó de nuevo el estruendo de los clarines y trompetas.

—Ya parten, dijo Jarifa: parten, y acaso no le volveré á ver... Oh! cuan feliz habria yo sido recibiendo la muerte de su mano! Al menos habria espirado viéndole arrepentido, y él hubiera cerrado mis ojos... Quiero verle otra vez. ¿Quién puede impedírmelo? Abiabar no está aquí: yo soy señora absoluta en esta casa... Le veré y moriré perdonándole.

Diciendo esto, bajó precipitadamente la escalera y salió al campo. Los árboles impedian ver el camino por donde iba don Enrique seguido de su lucida córte y numeroso acompañamiento de gente armada.

Jarifa siguió la corriente del rio para trepar á un alto, desde el cual se descubria mucho campo. Cuando llegó á él iba ya muy



Isabel I.-Lám. II.

léjos la régia comitiva: el viento fuertemente agitado levantaba una nube de polvo; pero los ojos de la jóven distinguieron entre mil la figura de su infiel caballero: su mano izquierda estendida parecia conjurarle para detenerle, y su cuerpo avanzado hácia el Adaja, que turbio corria mugiendo al pié de la roca en que se hallaba, diríase que era sostenido solo por el impulso del huracan.

Largo rato permaneció la desventurada mora en este estado, insensible á cuanto le rodeaba, y mirando á un punto lejano del horizonte, por donde habia ya desaparecido el jóven marqués de Villena, que acaso en aquel momento se reia con sus compañeros de su estraña aventura, ó tal vez la habia olvidado para pensar en sus sueños de ambicion. Cuando Jarifa volvió en su acuerdo, todo parecia convidarle á la muerte. Los siniestros gemidos del viento, el cielo encapotado y proceloso, la soledad del sitio, el rio arrastrando sus ondas turbias, y atrayendo las miradas con su bullioso torbellino, componian un conjunto de horror, el mas fatal para un espíritu desolado. La jóven miró al cielo y exclamó:

—Si yo viviese, no tendria valor para dejar de vengarme!

Miró en seguida al rio, y lanzando un grito, se precipitó en su seno.





CAPÍTULO II.



El cardenal de Arrás.



La villa de Medina del Campo era en el siglo xv una de las mas pobladas y ricas de Castilla. En su parte oriental, sobre un alto monte que domina toda la comarca, se levantaba el fortísimo castillo de la Mota, hoy casi arruinado, entonces formidable, con sus negros murallones y robustos cubos.

En la esplanada de esta fortaleza se paseaban, una mañana de setiembre, dos personages notables por sus vestidos y circunstancias. El uno era rubio azafranado; su faz tostada revelaba que habia estado espuesto muchos dias á los ardores del sol, y su trage y modales denunciaban su procedencia francesa: el otro vestia de negro, era ya anciano, y llevaba pendiente del cuello una cadena con un sello de bronce. Hablaban en francés, sin duda para no ser entendidos por los muchos caballeros y otros individuos de mas baja estirpe que sin cesar subian al castillo, ó bajaban á la villa, pero nosotros podremos sin dificultad enterarnos de su conversacion.

—El maestre de Santiago, decia el francés, tiene ciertamente mucha habilidad, señor Juan Gonzalez; pero es un hombre con quien no se puede contar. Esto es deciros en confianza lo que siento. Vos, como secretario privado del rey D. Enrique, habreis tenido mas de una vez ocasion de conocer el carácter doble del maestre.

—No negaré que D. Juan Pacheco es hombre algun tanto insidioso, mucho menos á vos, señor Dubois, que le habeis tratado y servido; pero su alianza es de gran valor, y os repito que no puede quejarse de él vuestro rey Luis.

—Qué se yo lo que os diga? Son de tal pasta el rey Luis y el maestre, que no es posible se fien el uno del otro, sobre todo siendo probable que el primero haya sabido, que cuando yo fuí á Francia la vez pasada á proponer á mi señor el duque de Guiena el casamiento con doña Isabel, llevaba otra misiva igual para el duque de Gloncester. Sin embargo, Luis está cumpliendo su palabra: socorre de oculto á los catalanes con poderosos auxilios, y aunque han tenido la desgracia de perder al duque de Anjou, darán mucho que hacer al viejo rey de Aragon. Este, con la muerte de su mujer, que era el alma de sus ejércitos, no puede seguir mucho tiempo privado del apoyo de su hijo D. Fernando, que necesariamente habrá de acudir muy pronto á Cataluña, dejando á su mujer en la situacion crítica que necesitamos. Poro, entre tanto, el maestre, que debia apoyar nuestras gestiones cerca de D. Enrique, sigue en Ocaña, enfermo, segun dicen, y os puedo asegurar que mi señor el cardenal mira con malos ojos su conducta pasiva.

—Podeis tranquilizar al señor cardenal. Don Juan Pacheco á causa de su mucha influencia en el ánimo de nuestro rey, es considerado y acatado por los grandes, pero inspira celos á todos por lo mismo: asi que su retraimiento actual no es mas que un acto negativo de prudénte política. Yo, al menos, asi lo entiendo. Sin duda quiere que se dé el primer paso sin que aparezca su intervencion, á fin de evitar dificultades: ya vereis como se presenta en cuanto esté arreglado el negocio.

—Ya: pero esa es la dificultad: el rey viene de Segovia, donde tiene amigos íntimos doña Isabel. ¿No me habeis dicho que está allí y le ha obsequiado Beatriz de Bobadilla, que acaba de casarse con el tesorero Cabrera?

—Es verdad, y no dudo que doña Beatriz habrá trabajado para reconciliar al rey con su hermana. Pero, aunque S. A., (con perdon sea dicho), es del último que llega, esta vez se mantiene firme en su resolucion: allí mismo en Segovia ha despedido sin respuesta á los enviados de doña Isabel, y á su paso por Arévalo acaba de investir con el título de duque á D. Álvaro de Estúñiga, que es uña y carne con D. Juan Pacheco. Ya veis que no está el ánimo del rey tan mal dispuesto.

—Allá lo veremos: el señor cardenal estará en la Mota muy pronto, dentro de una hora quizás; y os advierto que es hombre de muchos brios y no admite contradicciones.

—Cuidado con eso de los brios, señor Dubois. Advertid á su eminencia que en esta tierra alcanza mas el sombrero que no la espada. Yo os aseguro bajo palabra de honor que el rey está dispuesto á conceder lo que se le pide, porque en ello se interesa su honra: es menester que cese de una vez la imputacion de impotencia que se le hace, y que su hija doña Juana, mi señora, recobre el puesto que la corresponde. ¿Podeis dudar que don Enrique se niegue á una cosa tan laudable, sobre todo ahora que el matrimonio ilegítimo de doña Isabel le ofrece una ocasion tan oportuna?

—Yo no dudo nada. Pero aprovechad los momentos que faltan para la venida del señor cardenal, y haced presente al rey que la Providencia le ha deparado unos auxiliares muy poderosos. Su eminencia está altamente resentido contra doña Isabel, desde que ésta le desairó en Madrigal, negándose á recibir la mano de esposo del duque de Guiena, y este resentimiento le ha movido á descubrir en Roma la impostura de la bula de Pio II: en sus manos tiene las pruebas de todo, en sus manos está el poder inmenso del rey Luis XI, el honor de D. Enrique y la destruccion de sus enemigos. Que medite bien lo que vale el

apoyo y la amistad de monseñor; y tenga muy presente el gran servicio que venimos á prestarle.

—Todo eso lo sabe el rey, señor de Dubois, y me consta que agradece la leal cooperacion de su eminencia, y que acepta con mil amores la mano de vuestro príncipe para su hija doña Juana. Sin embargo, se lo recordaré.

Los dos interlocutores se separaron, dirigiéndose el francés hácia Medina y el secretario de Enrique IV hácia la fortaleza.

Dos horas despues los centinelas avanzados de esta, daban una señal anunciando la aproximacion de un cuerpo de caballeros y gente armada. Toda la fuerte guarnicion del castillo y sus moradores se pusieron en movimiento, y mientras se abrian las inmensas puertas de la gran sala de consejos, una comision de nobles de la primera grandeza, precedida de los heraldos del rey, bajaba á la plaza de armas, y se adelantaba hasta el puente levadizo.

Entre tanto subian la cuesta los caballeros anunciados, que eran unos treinta perfectamente armados y equipados, cuyos brillantes arneses, heridos por los rayos del sol, deslumbraban la vista: delante de ellos, caminaba un personage corpulento, jóven todavia y fastuosamente cubierto con una armadura milanesa, que ostentaba ricas labores embutidas de plata y oro: en su yelmo se veia una corona condal y ondeaban costosas plumas. Junto á este sugeto iba un magnate de la Iglesia, hombre de cincuenta años, rostro flaco y aguileño, larga y poblada barba y ojos hundidos, pero claros y vivaces, el cual vestia la púrpura cardenalicia sobre el hábito de S. Benito: la actitud de este señor era altiva y petulante, su aspecto infundia á primera vista desconfianza y temor, pero cuando hablaba sabia con su elocuencia desvanecer esta impresion del momento, si bien á veces la impetuosidad de su carácter le llevaba mas léjos de donde el ánimo quisiera. Este personage se llamaba monseñor Juan Gofredo, y era cardenal y obispo de Arrás en Francia. El que marchaba á su lado era el conde de Boloña. Multitud de gente curiosa se

agolpaba detrás de los embajadores franceses, á quienes nadie miraba con afecto de amigos.

Los dos miembros principales de esta embajada iban hablando en su lengua y riéndose. Pero al dominar la altura sobre que estaba el castillo, dijo el cardenal:

—Dejemos la conversacion, si os parece, señor conde: aunque bárbaros hay entre estas gentes algunos que pueden entendernos: ya tendreis ocasion de reiros de nuestro rey de bastos.

El cardenal tenia razon: entre aquellos bárbaros que salian á recibirle cortesmente se hallaban el obispo de Sigüenza, que valia seguramente mas que él, y habia de ser célebre en la historia con el título de *Cardenal de España*, su hermano el marqués de Santillana, y en segundo término el sábio cronista Henriquez del Castillo, con otras personas que distaban mucho del estado de rudeza lega en que, por regla general, se hallaba la nobleza estranjera de aquel tiempo.

El conde y el cardenal echaron pié á tierra á la puerta del castillo y entraron en él, dejando fuera parte de su escolta, y llevando consigo una docena de caballeros y pages. El obispo Mendoza y el duque de Arévalo se adelantaron á darles la bienvenida, y acompañándoles los demas nobles, les condujeron á la sala de consejos, donde aguardaba el rey sentado en su silla, y rodeado de los condes de Haro y Benavente, del duque de Alburquerque, del marqués de Villena y otros muchos grandes. Los enviados dejaron en la antesala su comitiva y entraron precedidos de un heraldo, que doblando una rodilla delante del rey, le presentó los credenciales del cardenal, y seguidos de dos pages que llevaban el sombrero de éste y el yelmo del conde.

En consideracion á la dignidad eclesiástica del embajador, se habia puesto una silla para él enfrente de la del rey; pero no asi para su compañero, que debia permanecer en pié como los demas personages que habia presentes. Al entrar el cardenal notó esta circunstancia y arrugó el ceño, hizo un saludo á D. Enrique, y dijo:

—Señor conde, en esa silla no cabemos los dos: ocupadla vos.

El orgullo castellano herido por esta muestra de arrogancia insultante, se rebeló al momento contra el cardenal, y un murmullo de desaprobacion hizo estremer toda la sala. El rey miró á uno y otro lado con aire tímido, y dijo:

—Paz, señores, paz!–Y dirigiéndose al cardenal añadió: No estrañeis que solo para vos se haya puesto silla: vuestro compañero puede tomar asiento entre los condes y grandes de mi consejo.

—El señor conde de Boloña es un príncipe soberano, y como tal conviene que sea tratado.

—Pues bien, no hemos de reñir por eso: que traigan otra silla. Ó si no, nada: que se siente aqui cerca de mí. Venid, conde.

Los grandes de Castilla menearon las cabezas con muestras de desagrado, mientras el conde francés ocupaba el asiento que le señalaba el rey, y el cardenal paseaba una mirada orgullosa en torno de la sala.

—Vamos, sentaos vosotros tambien, continuó el rey dirigiéndose á sus magnates. Sentaos, señor cardenal, y decidme, ¿qué tal queda nuestro amado primo el rey Luis?

—La salud de mi señor, á quien Dios conserve, es buena, cuanto le basta para hacerse útil á sus amigos y temible á sus enemigos.

—Bien, me alegro: decid lo que os trae á mi córte.

—Rey de Castilla! dijo con tono enfático el cardenal: el poderoso rey de Francia, mi señor, me manda recordaros las relaciones de buena amistad que siempre han existido entre vuestra córte y la suya, y que su magestad cristianísima desea conservar y estrechar con vínculos imperecederos.

—Muy bien, muy bien, contestó el rey. ¿Quién se opone á que seamos siempre buenos amigos? Soy del mismo parecer que nuestro amado primo el rey cristianísimo. Continuad.

—El lustre de ambas coronas está interesado en que asi sea.

Pero, señor: su magestad cristianísima que no duda de la sinceridad de afectos de vuestra alteza, desconfia, sin embargo, de la seguridad de las promesas de Castilla, donde, (perdonadme la franqueza), no tiene el trono toda la autoridad y fuerza que se necesita para hacerse respetar.

Una nueva esplosion sorda se dejó oir entre los grandes, que veian en estas palabras una alusion á sus rebeldías. El rey miró á unos y á otros con actitud suplicante, y repuso:

—De qué sirve recordar eso? Vamos: dejad á un lado nuestros asuntos domésticos, y decidnos el objeto esencial de vuestra embajada. Estamos aquí reunidos como buenos amigos, y podemos tratar el negocio con entera paz y concordia. Decid.

—No se ofenda V. M., si necesito exponer ciertas razones que conduzcan á evitar males para el porvenir. He sido engañado una vez, y á la verdad, esos murmullos poco respetuosos que permitís en vuestra presencia, no son para mí una garantía de que esa vez pueda ser la última.

—Los grandes de Castilla, gritó el impetuoso jóven conde de Haro, sin hacer caso de las señas que le hacia D. Enrique, estamos aqui para no consentir que se insulte impunemente á nuestro rey.

—Basta! Basta! gritó el rey. Si hemos de continuar asi, se concluyó. Cuidado, amigos, que no me gusta eso.

El cardenal se sonrió de un modo casi imperceptible, y continuó:

—No ha sido mi ánimo ofender á V. M.; pues de lo contrario faltaria á la confianza de mi señor, el cual me envia, como he dicho, para estrechar los vínculos de amistad que le unen con esta soberana córte. Su magestad cristianísima desea sellar la alianza de ambas coronas por medio de su sangre: y al efecto propone á V. M., el ventajoso enlace de su augusto hermano el príncipe Cárlos, duque de Berri y de Guiena, heredero de Francia, con la ilustrísima princesa vuestra legítima hija doña Juana, heredera de Castila y Leon.

—La proposicion que me hace nuestro amado primo el rey

cristianísimo nos es sumamente grata: no dudo que será aceptada por los principales nobles, prelados y procuradores de mis reinos, y á la verdad, si hubiéseis comenzado por donde habeis concluido, ninguna voz se habria alzado entre nosotros sino para aplaudiros.

—Señor, repuso el cardenal: en nombre del poderoso rey de Francia, á quien represento, acepto vuestra palabra real y os doy las gracias por la buena acogida de mi embajada. Réstame, sin embargo, aunque sea preciso entrometerme algo en vuestros asuntos domésticos, tratar del modo como ha de llevarse á cabo la alianza de las dos reales familias. Es necesario establecer ciertos preliminares, sin los cuales será inútil cuanto se haga.

—Decid.

—Ante todo vuelvo á implorar la benevolencia de V. A., rogándole me permita hablar con toda la claridad que cumple al representante de un aliado leal y poderoso, y á un ministro del Altísimo. La lenidad con que tratais á vuestros vasallos, debilita el poder con que pudiérais hacer acatar vuestra corona. Todos se os atreven, todos levantan su voz donde solo el rey debiera llevarla, y hasta los mas leales, si carecen de virtud para resistir al mal ejemplo, bien os abandonan, ó bien se pervierten para sacar partido de las circunstancias. Habeis recibido de Dios un trono para honrarlo y honraros, para labrar la felicidad de vuestros pueblos; y hace años que ese trono es un mueble carcomido por la polilla, vuestra honra yace pisoteada en las calles, y vuestros pueblos gimen oprimidos por régulos codiciosos de sus tesoros y su sangre.

Los nobles castellanos rechinaban los dientes de ira, oyendo como se les insultaba, sin poder tomar venganza. El cardenal, escudado en su doble calidad de representante de un soberano temible, y de príncipe de la Iglesia, fulminaba á mansalva los rayos de su elocuencia, sin dejar de observar el efecto que producian. El rey, entre tanto, convencido quizás de que era verdad lo que se le decia, escuchaba el sermon con la cabeza incli-

nada, y sin atreverse á mirar cara á cara á sus grandes ni al cardenal.

—Os debo decir la verdad, como ministro de Dios, continuó éste; y os la diré sin rebozo, aunque sepa ser mártir de mi celo. ¿Puede consentirse, sin desdoro de la cristiandad, que un príncipe cristiano sea compelido por sus mismos vasallos á jurar en falso y á jurar contra su honor? Pues esto ha sucedido en la junta de los Toros de Guisando.

La cólera de los grandes que habian sido rebeldes estalló al fin en un violento murmullo. El cardenal se volvió hácia ellos, y les apostrofó de esta manera:

—Lo he dicho y lo repito: ¿por qué os ofendeis? Vuestra presencia misma en este lugar, ¿no prueba que hicisteis jurar en falso á vuestro rey en aquella ocasion? De lo contrario, ¿estaríais aqui sin mengua de vuestra honra? ¿Por qué no vais á poneros al lado de la rebelde doña Isabel, si es cierto que la princesa doña Juana no es hija de vuestro señor? No solo á él le habeis compelido á deshonrarse, sino que todos vosotros habeis sido perjudos.

—Esto es ya demasiado! exclamó con violencia el flamante duque de Arévalo. Nadie compelió á S. A. en los Toros de Guisando, sino que obró por su propia voluntad. Y contened la lengua, señor enviado, porque ni el seguro del rey, ni vuestra condicion; os librarán de nuestra cólera.

El conde de Boloña se levantó y empuñó la espada, mientras el cardenal viendo toda la reunion alborotada, le hacia una seña para que se estuviese quieto, y exclamaba dirigiéndose al rey:

—Ya veis, señor, como es imposible tratar con V. A!

Una llamarada de ira brilló en el pálido rostro del rey, que levantándose gritó con voz de trueno:

—Silencio, nobles vasallos! El que no sepa callar donde yo estoy, que salga inmediatamente de aquí.

El duque de Arévalo, el conde de Haro, y otros diez ó doce

nobles abandonaron la sala en tropel, profiriendo amenazas contra el cardenal. Entre tanto decia éste para sí:

—Por fin se despertó la avutarda: me salgo con la mia:

La actitud del rey contuvo á todos los demás nobles, en particular á los que tenian mas estrechas conexiones con el partido de doña Juana.

—Concluid, dijo D. Enrique al cardenal volviéndose á sentarse, y no os cuideis sino de que soy yo quien os escucha y con quien hablais.

—Os he recordado, señor, el triste negocio de Guisando, porque para llevar á cabo lo que me habeis prometido es menester revocar solemnemente aquel juramento, y declarar legítima á vuestra hija.

—Convengo en ello; y por mi parte no habrá oposicion.

—Eso es decir que la habrá por parte de otros. Pero si estais decidido á hacer que se respete vuestra autoridad, qué obstáculo puede deteneros? Para daros apoyo hemos venido, y de este modo teneis á vuestro lado la fuerza y la razon. ¿Qué consideracion os merece la rebelde Isabel? Comenzad ejerciendo sobre ella vuestra justicia, y asi no habrá quien no la tema. Esa jóven audaz os ha hecho perjuro y ha estado á punto con su desobediencia de concitar contra vos la enemistad del monarca poderoso á quien represento. Pero en su mismo desenfreno y avilantez halla el castigo. Los hombres honrados le volverán la espalda, y vos no podreis menos de anonadar á la impúdica mujer que, despreciando vuestra autoridad, hollando las leyes divinas y humanas y las de su propio decoro, se ha unido á un enemigo vuestro por medio de un enlace criminal, incestuoso, y ha hecho objeto de ludibrio las santas decisiones de la primera autoridad de la Iglesia.

Los nobles castellanos, á pesar del rencor que manifestaban tener á Isabel y Fernando, no pudieron menos de oir con desagrado este indigno modo de tratar á una señora, á una princesa, cuyas virtudes nadie desconocia, y algunos espresaron su descontesto. El cardenal les apostrofó de nuevo, diciendo:

—Si alguno de vosotros puede negar la verdad del hecho que denuncio, que se levante y me desmienta. Yo le contestaré con la excomunion en que han incurrido los falsificadores de bulas, con el anatema de la Santa Sede.

Nadie se atrevió á contradecirle, y el cardenal, envalentonado con el silencio, prosiguió desahogando la cólera y el rencor que abrigaba contra doña Isabel, con palabras tales, dice el cronista de Enrique IV, «*que por su desmesura son mas dignas de silencio que de escriptura* (*).

El obispo de Sigüenza D. Pedro Gonzalez de Mendoza no pudo, al cabo contenerse, y como su intervencion en favor de nuestra princesa no era de ningun modo sospechosa, consiguió cortar este desagradable incidente y devolver la calma á los espíritus. Luego que concluyó de hablar, le dijo el rey:

—Hacedme el favor de reunir á esos botarates que han salido, y sosegadlos. Nunca como ahora necesitamos union.—Y volviéndose al cardenal y al conde de Boloña, añadió:-Estad seguros de que seguiré en todo vuestras indicaciones, y que no tendrá de mí queja el rey cristianísimo. Ahora os convido á mi mesa, donde brindaremos á la alianza de Francia y Castilla.

—Perfectamente, señor: aceptamos la honra que nos dispensa V. M.

Con esto se disolvió aquel escandaloso consejo en que la osadía de un estrangero puso á prueba la paciencia de un rey apocado y la irritabilidad de los magnates castellanos, salvándose milagrosamente de su saña.

El obispo Mendoza triunfó con su elocuencia de la ira de los grandes ofendidos, que meditaban apoderarse de la persona del embajador y colgarle de una almena, y consiguió nada menos que sentarlos á la mesa con él.

La comida fué espléndida y duró hasta la noche. Don Enrique gastó en ella la mitad de su tesoro, que habia hecho traer

---

(*) Enrique del Castillo, *cron.* cap, 145.

de Segovia para atender á las necesidades de su viage. Luego que los franceses se retiraron á su posada de Medina, dijo el conde al cardenal.

—Durillo habeis estado: no creí que escapásemos sin venir á las manos.

—Vah! Yo sé bien con quien trato. Para hacer saltar á un rey marmota como ese, no basta pincharle; es menester labrarle á fuego. Seguro es que ahora, picado como está en su orgullo, hará lo que queramos.

—Por supuesto, la doña Juana se casará con nuestro duque como con el papa.

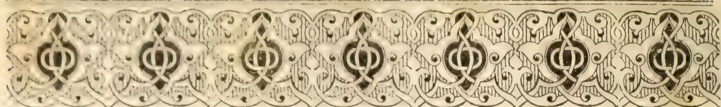
—Es probable, aunque si las cosas se enredan bien, y podemos atrapar la corona de Castilla, no es cosa de perder. Ahora solo se trata de inutilizar á esa Isabelita, que nos ha desairado, y de crear dificultades al rey de Aragon. Ármese la marimorena en Castilla, para lo cual nos ayudará el maestre, y algo pescaremos. Por de pronto los condados de Rosellon y Cerdaña, que tenemos en prendas de nuestros socorros al aragonés, no volverán á manos de este, porque no podrá pagar los gastos de la guerra de Cataluña, que nosotros mismos atizamos.

—Y sobre todo lo que hay de mas agradable para vos, señor cardenal, es que os vengais de Isabelita.

—Oh! no lo niego. Le aseguro á esa perla que se ha de acordar de mí toda su vida.

Era ya muy avanzada la noche, y nuestros dos enviados se acostaron para soñar en sus maquiavélicos planes, de los cuales, como mil veces ha sucedido despues, debian de ser víctimas los españoles, por su sándia credulidad.





CAPÍTULO III.

De como el rey, sin sospecharlo, se vió padre de una hija.



No es culpa nuestra la necesidad en que nos vemos de mudar á cada paso de la escena: la continua movilidad de los personages de nuestra historia nos obliga á seguirles, si hemos de presenciar sus actos mas importantes.

Han pasado algunos dias, y nos hallamos en el ameno valle de Lozoya, entre Buitrago y Sieteiglesias. A nuestros piés desliza sus claras ondas un riachuelo, que corre hácia Oriente para luego girar en varias direcciones cual si se recreára en recorrer todas las sinuosidades del valle. Al otro lado del rio se estiende un campo que denominan de Santiago, y en el cual se han levantado recientemente multitud de tiendas de campaña: en uno de los parages mas frondosos de la ribera se ha puesto un vastísimo toldo de tela de seda con gruesas flocaduras, el cual está suspendido de los árboles, cuyas hojas comienzan á caer: anchos tapices cuelgan de los estremos, formando con el toldo un gran salon campestre, dentro del cual hay mesas adornadas para un banquete, sillas talladas, aparadores llenos de vajilla de plata y

oro, y provistos de manjares, vinos y golosinas. En medio del campo se alza un estenso tablado cubierto de alfombras: sobre él un dosél que cobija tres asientos elevados, delante de los cuales se vé un reclinatorio. A lo léjos se descubre entre bosques y arbolados frutales el monasterio del Paular.

Serian las diez de la mañana cuando la escena que hemos procurado describir ofrecia un espectáculo brillantemente animado: acampaban alli unos ocho mil hombres procedentes de diversas comarcas y señoríos, y se distinguian unos de otros por el blason que ostentaban en sus armas y sobrevestas. Los gefes de estas fuerzas estaban unos retirados en sus tiendas, otros formando grupos en el campo: eran todos ellos grandes y ricos hombres de los que iban reclutando los partidarios de la Beltraneja y el maestre de Santiago para formar el cuerpo de resistencia del rey contra su hermana.

Entre esta gente armada bullian multitud de mercaderes ambulantes, titiriteros y charlatanes que siempre acudian á donde quiera que se formaba una gran reunion, á fin de esplotar los bolsillos con sus industrias y embelecos.

Llamaba la atencion entre los juglares una comparsa de ocho individuos que subidos en una ancha carreta entretenian al público declamando, cantando y bailando. Eran todos de diferentes edades, como buscados á propósito para representar papeles distintos: tres de ellos muy jóvenes hacian las veces de las damas de nuestros teatros modernos. Entre estos jóvenes se distinguia por su figura, su escelente voz de soprano y su estraordinaria habilidad para el canto y la improvisacion poética, uno á quien llamaban Lucilo. Era un mancebo de formas tan graciosas y bellas, que habrian dado envidia á la mas perfecta mujer: tenia el cutis moreno y los ojos negros y brillantes; pero se notaba en su fisonomía un marcado aire de profunda tristeza: su rostro fino y delicado, como el de una doncella, estaba sin embargo, desfigurado por una ancha cicatriz que parecia reciente, y le cruzaba desde el nacimiento del cabello hasta la ceja izquierda. El gefe de esta compañía de farsantes era un hombre de unos cincuenta

años que, usando de una espresion moderna, podia decirse estaba siempre en escena. Con efecto, llevaba la barba dejada y artísticamente partida en dos puntas, dando á su rostro, escesivamente feo, una espresion grotesca: además desfiguraba su cuerpo pequeño y contrahecho una joroba artificial, y una venda negra puesta sobre un ojo completaba su disfraz permanente y su risible catadura. Dábase el nombre de *D. Arrumaco*, y era el bufon, al mismo tiempo que director de la compañía.

En medio de un gran círculo de espectadores que aplaudian á cada momento con gritos y risotadas, se representaba un trozo de cierto *misterio* célebre en aquellos tiempos, cuyo argumento era la muerte y condenacion de Judas. Don Arrumaco hacía el papel del protagonista: otro actor gigantesco y mal carado, que tenia trazas de gitano, desempeñaba el de Satanás, y consultaba con tres ó cuatro de sus cornudos compañeros sobre el modo de apoderarse del alma del traidor, despues de impelerle á cometer el crímen y á morir desesperado. Lucilo, entre tanto, escondido detrás de una manta, estendida y pendiente de dos cuerdas á manera de cortina, cantaba figurando ser el espíritu de Judas que pugnaba para salir de su cuerpo, y no podia verificarlo por la boca que habia tocado el rostro del Salvador. Los diablos danzaban al mismo tiempo alrededor de D. Arrumaco, el cual divertia al público haciendo las mas rídiculas contorsiones, colgado de un palo atravesado sobre la carreta; hasta que por último, con gran júbilo de la multitud, espelia por parte no limpia un perro lanudo y negro, que tenia oculto entre sus vestidos, y sobre el cual se arrojaban los actores infernales, llevándolo en triunfo, juntamente con el cuerpo de Judas, y desapareciendo por un agujero abierto en el tablado á manera de escotillon.

Esta farsa estravagante producia con entusiasmo inconcebible en los espectadores, de suerte que cuando luego salia D. Arrumaco haciendo saludos á la muchedumbre con una montera en la mano, llovian en ella las monedas de cobre á vueltas con alguna de plata, y el espectáculo concluia despues de la colecta con alguna pantomima cómica y las mas veces desvorgonzada.

Tales eran en aquel tiempo las representaciones teatrales, restos de las que en años anteriores se habian ejecutado en los templos, y que, casi desterrados ya de ellos por su mucho escándalo, servian de solaz al pueblo y de oficio á vagos ingeniosos.

Pronto se distrajo la curiosidad pública de este espectáculo, atraida por otro mas sério, aunque no menos cómico, que iba á representarse en mejor teatro y por otros actores de mayor consideracion. Unos trompeteros apostados á larga distancia en el camino del Paular acababan de hacer una seña de antemano convenida, y á la cual respondieron por todo el campo los clarines y trompetas de las diferentes mesnadas y tropas, que al oir esta llamada corrieron á agruparse alrededor de sus banderas respectivas. Los ginetes montaron á caballo, los gefes ordenaron sus haces, y aguardaron la llegada de las personas anunciadas.

Eran estas el rey Enrique IV, su mujer y la infanta doña Juana. Venia el rey con grande ostentacion y aparato, precedido de sus heraldos y ministriles, vestido con las insignias reales y acompañado de sus mas adictos cortesanos: á su derecha marchaba el cardenal de Arrás, y á su izquierda el gran maestre de Santiago, ambos en trage de ceremonia, cada cual segun su clase y montados en sendos caballos cubiertos con mantas de brocado que tocaban al suelo: detrás seguia una dorada litera, tirada por dos yeguas blancas ricamente enjaezadas, dentro de la cual iban la reina y su hija: la acompañaban á los lados el conde de Boloña y D. Beltran de la Cueva. Don Diego Pacheco, el obispo de Sigüenza y sus hermanos, el duque de Arévalo, los condes de Medinaceli y Benavente y otros muchos grandes formaban la comitiva régia en union con la escolta del cardenal francés: seguian además la litera varias damas montadas en hacaneas cubiertas de lujosos arreos, y por último unos cien caballeros de sueldo cristianos y moros.

Al llegar á la llanura el rey con su brillante séquito, varias bandas de música saludaron su venida con ruidosas tocatas. Don Enrique recorrió las filas de sus vasallos, que al verle pasar por

delante de ellos le hacian acatamiento, y fué á parar en el gran pabellon entoldado. Allí, él y sus acompañantes echaron pié á tierra, dejando los caballos en poder de los palafreneros; la reina bajó de la litera apoyándose con su esposo, que no consintió en ceder á nadie este deber de galantería, y la niña doña Juana dió su mano para apearse al arrogante conde francés.

La infanta era una hermosa criatura de ocho años, cuyo aspecto melancólico inspiraba compasion y simpatía: en su tierna edad habia llegado á comprender el odioso borron de ilegitimidad que la maledicencia echaba sobre su orígen: habíase visto casi siempre separada de sus padres, criada entre personas estrañas, á quienes amaba, sin embargo, mas que á ellos: si conservaba algun recuerdo de las caricias naturales, tenia presente que aquellas caricias fueron acompañadas de lágrimas y seguidas de largas ausencias: no sabia que cosa era el amor de un padre, á no ser por la observacion que hubiese hecho en otros séres mas afortunados que ella. Todo esto habia ido formando su carácter precozmente grave y meditabundo, y la hacia suspirar por la limpieza de su nombre, cuya falta sentia tanto mas cuanto mayor consideraba la elevacion de su clase.

En el momento en que la damos á conocer, la niña doña Juana estaba como turbada, sin atreverse á mirar de frente á los que naturalmente la contemplaban con importuna curiosidad: inclinada al lado de su madre, sentia respeto hácia la persona del rey, pero no podia mostrarle cariño, y eso que D. Enrique, por poco político que fuese, procuraba tratarla con afabilidad de padre: sin embargo nadie posee tanta penetracion instintiva como los niños para distinguir entre las muestras de síncero afecto que nacen del corazon y las fingidas atenciones que arranca la conveniencia al egoismo. Don Enrique habia hecho algunos regalos á la niña aquella mañana; pero solo llegó á conseguir en cambio que le diese un beso de mala gana.

La reina hizo dar la última mano á su tocado y al de su hija, mientras las gentes de armas que ocupaban el campo iban tomando posesion enfrente del gran tablado, y los caballeros de la

escolta real formaban cuadro alrededor del mismo y se situaban en las gradas y en la plataforma. La comedia iba á comenzar: el público estaba en espectativa; los comparsas en sus puestos; solo faltaban los primeros actores.

Salieron estos del pabellon entoldado y se encaminaron pausadamente hácia el cadalso, precedidos de los reyes de armas que gritaban:–Plaza! Plaza á Sus Altezas!

El rey subió al tablado llevando de la mano á la reina: don Juan Pacheco acompañaba á la infanta con mucha zalamería y otros caballeros prestaban su galante apoyo á las damas. Las tres personas reales ocuparon las sillas que habia debajo del ancho dosel, D. Juan Pacheco, el obispo de Sigüenza y los demás magnates castellanos se colocaron en pié á la izquierda del rey; el cardenal de Arrás, el conde de Boloña y otros principales caballeros franceses á la derecha: dos heraldos impusieron silencio desde los dos ángulos anteriores del tablado, anunciando el principio de la solemne ceremonia que se preparaba; despues de lo cual se adelantó el secretario privado de D. Enrique, Juan Gonzalez de Oviedo, y leyó en alta voz una declaracion del monarca revocando todo lo hecho y tratado en la Junta de los Toros de Guisando. Se decia en ella, que, compelido Su Alteza por la necesidad de dar la paz al reino, se habia visto forzado á ceder á las circunstancias del momento; pero que habiendo estos variado, y siendo ya fieles vasallos los que entonces eran hombres estraviados por el furor de los partidos, debia anular aquel tratado en todas sus partes, y muy especialmente en cuanto favoreciese á su hermana doña Isabel, la cual no solo habia infringido dicho pacto, sino tambien se habia rebelado contra su autoridad soberana, desobedeciéndole y contrayendo un enlace indigno, reprobado y criminal. Por último declaraba que reconocia como única heredera legítima del reino á *su muy amada hija* doña Juana que estaba presente.

Leido este documento en que tan escandalosamente se anulaba un trato solemne, con aprobacion y consentimiento de los mismos

que antes juraron sostenerlo, se dieron tres vivas al rey, la reina y la princesa heredera doña Juana.

En seguida los clarines volvieron á imponer silencio, y adelántandose el cardenal de Arrás tendió la cruz de su báculo sobre el libro de los Evangelios que estaba abierto encima del reclinatorio. La reina se levantó, y arrodillándose en un cogin de damasco que alli al efecto habia, puso la mano derecha en la cruz.

—Reina de Castilla! dijo el cardenal: ¿jurais por Dios nuestro señor, que es rey de reyes, y por ese santo signo de nuestra redencion decir verdad en lo que os voy á preguntar?

—Lo juro, contestó la reina.

—Declarad, de quien es hija la princesa doña Juana, que está presente.

—Declaro y juro que la princesa doña Juana, mi hija, es tambien hija legítima del rey D. Enrique IV de Castilla, mi marido, en cuya casa nació.

—Levantaos, reina de Castilla: si habeis dicho verdad, prémieos Dios nuestro señor. Si habeis mentido, sea vuestra pena eterna con los réprobos y perjuros.

La reina se levantó serena, si bien la palidéz de su rostro indicaba que hacía esfuerzos para reprimir su agitacion interior. Notable contraste formaba su semblante con el de su hija, que en aquel momento estaba encendido de vergüenza.

El rey se levantó á su vez y fué á postrarse ante el mismo reclinatorio. El cardenal le repitió la fórmula del juramento á la cual contestó afirmativamente D. Enrique, y luego dijo:

—¿Reconoceis como á hija legítima vuestra á la princesa doña Juana, hija de vuestra mujer?

—Reconozco por hija mia á la princesa doña Juana, contestó el rey; la reconozco, porque creo que es efectivamente mi hija, *y lo he creido siempre*; y juro que esta es la verdad, asi Dios me salve.

Un rayo de orgullo brilló en los claros ójos de la Beltrane-

ja, cuyo verdadero padre apartó los suyos del trono porque no se encontrasen con los de la reina, y se mordió los labios.

Repitiéronse las aclamaciones, y al son de la música guerrera fueron llegando los grandes á besar la mano á la princesa en reconocimiento de homenaje. Luego que se hubo terminado este segundo acto del drama, dijo el cardenal.

—Altos y poderosos reyes, ilustres grandes de Castilla; en nombre de mi soberano el rey de Francia he solicitado y me ha sido concedida la mano de la serenísima princesa heredera de estos reinos, para el príncipe Cárlos duque de Berri y de Guiena, mi señor. El ilustrísimo conde de Boloña es portador de poderes suficientes, que mostrará, para que en su persona y por representacion del mencionado príncipe, puedan efectuarse los desposorios. En consecuencia pido que antes de separarnos se efectue tan feliz enlace.

El conde se acercó y puso los poderes en manos del rey, el cual los entregó á su secretario, que los leyó en alta voz, vertiéndolo, al castellano. El rey se conformó, y tomando de la mano á la princesa, la presentó al cardenal. En seguida hizo seña para que se acercasen á don Beltran de la Cueva y á una dama de la reina, y les mandó que hicieran de padrinos de los novios.

El cardenal pidió consentimiento á la niña, que aleccionada ya por su madre, contestó dando el *si*, unió su mano con la del conde, y les bendijo en la forma establecida para tales casos.

Quedaba terminado el espectáculo; el público aplaudió con enérgicos vivas, y los actores se retiraron al salon campestre, donde ya les aguardaba una espléndida comida.

Todo el campo se convirtió en vasto refractorio, donde se consumian las provisiones, que durante la ceremonia régia habian sido dispuestas para saciar el apetito de las tropas y de sus gefes. En la gran tienda del rey, la reina y la princesa comian en mesa separada con los embajadores franceses, el maestre de Santiago y el obispo Mendoza. Los demás grandes, y ricos hombres y las damas ocupaban el vasto banquete comun, sin que hubiese mas diferencia en el servicio que esta separacion de mesa.

Mientras se celebraba el régio festin, la compañia de farsantes, que hemos dado á conocer al principio de este capítulo, hacia sus preparativos de marcha para ir á pasar la noche en alguno de los pueblos inmediatos, y entre tanto el director don Arrumaco y el jóven Lucilo, algo separados de sus compañeros, disputaban acaloradamente.

—Lo que pretendes no me conviene, decia don Arrumaco: ni un momento mas hemos de parar aqui.

—No sé por qué os empeñais en partir tan de prisa.

—Yo me entiendo y no admito mas voluntad que la mia.

—Enhorabuena; pero cuando podeis ganar en media hora mas que habeis ganado en todo el dia.....

—Seguramente, puedo ganar un collar de cáñamo.

—Ah! teneis miedo al rey?

—Al rey, á otro mas que el rey. En fin: he dicho que marchamos, y espero que no serás tú quien me detenga.

—No aspiro á tanto: partid vos; yo me quedo.

—Es que tampoco eso me conviene: te necesito, y me parece que tengo algun derecho sobre tí.

—Sobre mí! ¿Acaso he consentido en seguirte sino para ser libre?

—Me debes la vida.

—No te la agradezco, mucho menos ahora que quieres te la sacrifique. Ningun apego tengo á esta vida que me has conservado contra mi voluntad.

—Ah! y por eso quieres meterte entre las garras del tígre, y lo que es peor, meterme á mí tambien? Vamos: eso es una locura.

—Si tienes miedo, vete. Yo necesito lucir mis habilidades en presencia del rey: acaso labraré así mi fortuna y no quiero renunciar á ella por tí.

—Ni yo renuncio la utilidad que me resulta de tenerte en mi compañia. Sigueme ó vive Dios que te haré sentir el peso de mi látigo.

—Amenazas á mi! esclamó el muchacho con una altivéz que

desdecia de su condicion humilde. Tócame á un pelo de la ropa, y verás cuan pronto te entrego á ese señor que es mas que el rey, y á quien tanto tienes por qué temer. Por mucho que te disfraces te conozco.

—Qué quiere decir eso? Yo no tengo nada que temer. Lo que te he dicho es mentira.

—No: tú servias á un señor muy poderoso que te creia bastante fiel ó demasiado comprometido para confiarte comisiones de alguna importancia: eras su secretario íntimo, su camarero, su esclavo. Un dia te mandó llevar una órden secreta al arzobispo de Sevilla, que estaba en Arévalo con un ejército, esperándola para marchar sobre Madrigal: pero encontraste en el camino al arzobispo de Toledo, y te pareció que, siendo éste tan arzobispo como el otro, podias comunicarle la órden á trueque de algunos *castellanos* de oro. No faltó quien supiese tu buena fortuna, y de aqui resultó que una noche te asaltaron ladrones, te robaron el premio de tu traicion, y te dejaron por muerto. Unos judíos te hallaron en el camino, tuvieron compasion de tí, y te socorrieron. Despues, como ya no era tiempo de cumplir tu comision y salvar tu responsabilidad, temiste la cólera de tu señor, y entonces fué cuando te dedicaste á farsante. Ya ves que sé tu historia: maltrátame si gustas, y D. Juan Pacheco sabrá que tiene cerca de sí á su leal servidor Briando Piel del Diablo, empleado en representar el papel de Judas Iscariote.

—Ira de Dios! prorrumpió Piel del Diablo, rechinando los dientes: qué demonio me indujo á librarte de la muerte.

—No te pese: yo sé guardar un secreto y no lo vendo por ningun dinero: déjame libre, y no temas que revele tu incógnito.

—¡Ay de tí, si lo haces! contestó Briando. Yo podré morir, pero no faltará quien me vengue.

Y se apartó de su compañero, apretando los puños, y apresuró la marcha de la compañía.

Lucilo, entre tanto, se puso á recorrer tranquilamente las cuerdas de su bandolin, que habia tenido en la mano durante su

disputa, y luego que hubo templado dicho instrumento, se fué acercando paso entre paso al pabellon real.

El banquete estaba casi terminado: las copas en contínua actividad llevaban la exaltacion de la embriaguez á los cerebros. Ninguno de los comensales varones, sin escluir al rey, dejaba de pagar tributo á Baco, y de este modo una alegría frenética se mezclaba al ardor de las pasiones políticas.

En estos momentos de efervescencia crítica, en que todos los personages cobijados bajo el pabellon régio se olvidaban de su rango, Lucilo se arrimó á un ángulo de aquel por la parte esterior, y comenzó á tocar su armonioso instrumento, como si quisiese atraer las miradas de la gente que andaba por el campo, y soltando al viento su hermosa voz cantó de esta manera:

Yo sé historias peregrinas
de reyes y altos señores:
yo de damas y meninas
sé los secretos y amores,
y otras cosas tambien sé.
Quien quisiere historias bellas
venga á sabellas,
que de balde las diré.

Un círculo de gente se formó en seguida alrededor del juglar, el cual poco satisfecho con haber atraido la atencion del vulgo, fijaba la suya en lo que pasaba dentro del pabellon, como si alli estuviese el objeto de sus miras. Los curiosos, entre tanto, comenzaban á impacientarse, y algunos le exigieron que cantase las historias que habia prometido.

Lucilo, viendo que el ruido del banquete ahogaba su voz, se resignó á cantar para el pueblo, y entonó este romance:

Enamorado está el conde
¿Quién le desamorará?
La doncella que el pretende,
Amor no le quiere dar.
Enfermo el conde ha caido:
¿Quién le curará su mal?
Que es mal de amores el suyo,
Y no se puede curar.

La niña no le hace caso:
¡Malhaya su terquedad!
Si no dá su amor al conde,
El conde se morirá.
«Doncella de negros ojos,
Que atraen como el iman,
Dáme un soplo de la vida
Con tus lábios de coral.

Dí que me quieres, tirana;
Dímelo, por caridad!
Si me niegas tu cariño,
Mañana me enterrarán.»
La doncella se enternece:
¿Por qué se enternecerá?
Que si al conde no se diera,
Quisiérala el conde mas.
El conde la deja y huye;
Curado está de su mal.–
De amores muere la niña:
¿Quién la compadecerá?

Los aplausos de los soldados y gente del pueblo llamaron al fin la atencion de los altos personages que habia dentro del pabellon, y el rey mandó llamar al jóven cantor para que le divertiese.

Lucilo entró, y haciendo una profunda reverencia, se retiró á un estremo con modestia, esperando que le mandasen cantar. El rey le dijo:

—Vamos, repite lo que cantabas hace poco, y dínos, si sabes, alguna otra cosa despues.

El jóven repitió con voz trémula su romance. Al oirle, don Diego Pacheco, que estaba vuelto de espaldas á él, no pudo menos de mirarle, quedando sorprendido de la semejanza del juglar con su olvidada Jarifa. Si le hubiese visto en trage de mujer, á pesar de la enorme cicatriz que le cruzaba la frente, habria creido que era ella. Sin embargo, despues de contemplarle algunos momentos, desechó esta idea que le parecia inadmisible.

Con grande aplauso fué acogido el romance amoroso de Lucilo. El rey le instó para que cantase otra troba, y entonces el jóven variando de música, entonó con acento magestuoso el romance siguiente:

Mohammed el bondadoso,
Mohammed, rey de Granada,
Pasa el tiempo divertido
Entre banquetes y zambras.
El ahgib Abul-Hassan
Gobierna su reino y casa,
Y Othman el valiente, rige
Sus ejércitos y escuadras.
Mohammed es justo y bueno,
Mas su condicion es blanda;
Rey de nombre, rey sin reino,
Tranquilo su vida pasa.
El ministro que lo sabe
Todo lo atropella y manda,
Y á los pueblos tiraniza,
Y á los grandes avasalla.
Abul-Hassan es el rey,
Aunque ministro se llama;
Palacios tiene de pórfido
Y cien esclavas cristianas.
A dos hermanos menores
Del indolente monarca
De alta traicion los acusa,
Y los persigue y maltrata

Destierra del reino al uno,
En prision al otro guarda,
Y sediento de riquezas,
Con sus tesoros se alza.
De que Othman el aguerrido,
Vió tan alevosas tramas,
Y que el rey las autoriza,
Y que remedio no alcanza;
Cubrióse con la visera,
Embrazó la fuerte adarga,
Y seguido de sus tropas
Al rey le volvió la espalda.
«¿Qué es aquesto, Abul-Hassan?
El rey confuso demanda.
Mi pueblo gime y murmura,
Mis valientes se me marchan.»
—Señor, le dice el ministro:
Vuestros hermanos son causa
De que conspiren los nobles
Contra la paz de la patria.
Destronaros quieren ellos,
Y hundiros bajo sus plantas:
Dadme los bienes de Othman,
Para trocarlos en lanzas.»
El reino, en tanto, se arde,
Rey á Ben-Firag proclama,
Y un ejército cristiano
Entra en el reino y lo tala.
«¿Qué es aquesto, Abul-Hassan?
Otra vez el rey demanda.
—Señor, que el pueblo no quiere
Rey de condicion tan mansa:
Si cortárais cien cabezas,
Menos traidores se alzáran.»
El rey conoce, aunque tarde,
Que su ministro le engaña.
—«Cortemos, pues, la raiz
Y no haya miedo que nazcan.»
Dice, y lo entrega al verdugo,
Que la cabeza le taja.
Mohammed no cobró el reino,
Que su justicia fué tarda;
Si la hiciera mas temprano,
Menos pesares llorára.
Mucho tiempo anduvo errante,
A merced de gente estraña,
Y al fin murió asesinado
En un bosque, andando á caza.

—Es invencion tuya esa historia, jóven? preguntó el maestre de Santiago, cuyos ojos tenian á la sazon aquella trasparencia luminosa que era indicio de su ira, mientras el rey habia quedado pensativo.

—Noble señor, contestó el jóven; los versos son mios: la historia pasó hace ya mucho tiempo. Esto le sucedió al rey Mohammed cuarto, hijo del rey Ismail. ¿Quereis que os cuente lo que pasó á su padre con una doncella cristiana, que fué cautivada en Martos?

El maestre miró al rey, que se encogió de hombros.

—Sí, que lo cante, dijo la reina.

El juglar cantó asi por tercera vez:

Ya el guerreador Ismail
Vuelve de su correría:
No mas brotará la yerba
Donde su caballo pisa.
Martos, el fuerte castillo,
El de la encumbrada cima,
Rotos contempla sus muros,
Sus plazas en sangre tintas.

Mil cabezas han rodado,
De sus troncos divididas;
Mil mujeres quedan viudas,
Y apartadas de sus hijas.
Cien doncellas castellanas
Los moros llevan cautivas:
La mas hermosa entre todas
Es la sin par Petronila.
Cuatro alarbes se disputan
Su belleza nunca vista;
Cuatro desnudos aceros
La cólera en torno vibra.
Todos para sí la quieren,
Ella es una y afligida;
Por no cederla ninguno,
Han resuelto dividirla.
Llorando está la doncella,
Llorando á lágrima viva,
Y exclama en su desamparo:
«¡Madre mia! Madre mia!»
Mohammed por alli pasa,
(Dios á tiempo le traia),
Príncipe de sangre real,
Que en medio se lanza y grita:
«El que toque á esa doncella,
Me pagará con la vida.»
Y no bien osa mirarla,
Su pecho en amor ardía.
En las ancas del caballo
La sienta el moro, y la mima:
«No llores, luz de mis ojos,
No llores, hermosa niña;
Que habrás de ser mi señora,
Mi sultana favorita,
Y aunque el mismo rey te hubiese,
Del rey te rescataria.»
Ismaíl, que tal oyéra,
Juró por Meca y Medina
De hacer suya la cristiana
Que á su pariente cautiva.
Quitósela con violencia,
Y á su palacio la envia,
Dejando al noble caudillo
Ardiendo en celos y en ira.
En las puertas de la Alhambra
Mohammed le aguardadó un dia,
Y el alma le arrancó fiero
Por tres mortales heridas.

Este romance desvaneció la impresion desagradable que habia producido el segundo en el ánimo del maestre y del rey, el cual volviéndose hácia su privado, le dijo:

—Qué tal, D. Juan? Veo que no tenia mal gusto del todo mi señor padre que era tan aficionado á poetas. ¿Qué habria hecho con ese muchacho, si le hubiese conocido como yo?

—Probablemente le habria colocado en su córte, señor, contestó el maestre: pero no os aconsejo que hagais otro tanto: ese jóven parece ser un aventurero vulgar, que tiene bastante con su ingenio para no morirse de hambre.

—Sin embargo, es menester premiarle de alguna manera: ¿qué le daremos?

—Con media docena de ducados irá mas contento que si le hicieran abad.

—Préstamelos, D. Juan, repuso el rey en voz baja: con estas

fiestas y jaleos me he quedado sin una blanca. Es menester que arbitremos algun medio de hacer dinero.

—Ya he pensado en eso, señor; y creo que no os faltará nada.

El maestre llamó á uno de sus mayordomos que estaba en pié detrás de él, y le mandó dar seis ducados al cantor. Pero éste que oyó la órden, se adelantó y dijo:

—Dispensadme de tomar nada por mi trabajo, noble señor: tengo hecho voto al glorioso apóstol Santiago de cantar de valde por espacio de un mes.

—Esa voz! murmuró D. Diego Pacheco, volviendo á mirar con mas atencion al juglar.–Y añadió para sí:–No puede darse una semejanza mayor; pero es imposible. Habré bebido mas de lo regular.

—Sin embargo, decia entre tanto el rey: es menester que tomes algo. ¿De qué vives?

—Señor, me mantengo de la caridad pública, mientras cumplo mi voto, contestó el jóven.

—No os inquieteis, señor, dijo el obispo Mendoza, que como hombre de talento habia simpatizado con el cantor, y sospechaba que bajo su humilde apariencia se encubria una persona de algun valer.–No os inquieteis: yo me encargo de recompensar á ese jóven.–Y volviéndose á Lucilo, le preguntó.–¿Quiéres entrar de page á mi servicio?

El jóven, antes de contestar miró al marqués de Villena, como si esperase alguna oposicion de su parte, y viéndole indiferente, hizo una mueca de desprecio, y dijo:

—Con la mayor gratitud acepto la honra que me dispensais.

El obispo hizo una seña á su mayordomo para que se encargase del nuevo page.

La noche se acercaba: el rey dió por terminado el banquete, y mandó disponer la marcha para el monasterio del Paular, donde habia que completar los actos del dia con algunos otros accesorios de importancia.

Faltaba dar un manifiesto al reino esponiendo los motivos en que se fundaba la desheredacion de la princesa doña Isabel y publicando las resoluciones adoptadas por el rey en union con sus principales grandes, como tambien determinar la residencia ulterior de la niña doña Juana. El documento fué redactado aquella misma noche por D. Juan Pacheco y el cardenal de Arrás, con auxilio del secretario Juan de Oviedo, y al dia siguiente se sacaron de él muchas copias para comunicarlos á todas las personas influyentes, ciudades y villas del reino. El segundo punto se arregló entre el maestre y el rey. El primero queria acrecentar su influjo, para lo cual necesitaba tener en su poder á la Beltraneja, que hasta entonces habia estado bajo la custodia de la familia de Mendoza. Fácil le fué persuadir al rey que nadie como él, era á propósito para cuidar de la princesa, estando siempre cerca de su persona, y teniendo á su cargo el alcázar de Madrid, donde aquella podia estar segura; lo cual servia al mismo tiempo de pretesto para cohonestar este cambio, que sin duda debia desagradar al marqués de Santillana y á sus hermanos y amigos. Sin embargo, como el obispo Mendoza era, por decirlo así, el alma de toda su familia, D. Juan Pacheco se vió con él, y suponiendo que aceptaba el cargo de guardador de doña Juana solo por no disgustar al rey, que lo exigia, le dijo que este suceso era un nuevo vínculo de amistad y aprecio entre las dos casas de Mendoza y Pacheco, y que en prueba de ello tenia intencion de gestionar en Roma para que le diesen el capelo de cardenal. Además hallándose viudo, le indicó el deseo de contraer matrimonio con su sobrina doña María de Velasco y Mendoza, hija del conde de Haro.

Don Pedro Gonzalez de Mendoza no era hombre que se dejase engañar por los ofrecimientos del maestre, pero guardándose de manifestar su resentimiento, que á nada podia conducirle, aceptó las nuevas protestas de amistad que aquel le hacia, esperando sacar al menos algun partido en el adelantamiento de su carrera; y encargando á sus hermanos el mas absoluto disimulo, pidió permiso al rey para retirarse á su obispado, por ser allí, segun dijo, necesaria su presencia. Y en efecto, marchó á poco acompañando en su viage al cardenal de Arrás, que á Francia se volvia.



CAPÍTULO IV.

Buena esposa y buena amiga.



CERCÁBASE el invierno de 1470.

La villa de Dueñas habia celebrado el nacimiento de una infanta, primer fruto del matrimonio de D. Fernando y doña Isabel, la cual habia nacido mientras ocurrian en Castilla la Nueva los acontecimientos estraordinarios que acabamos de referir.

Todavía estaba convaleciente de su alumbramiento la jóven reina de Sicilia: en su rostro pálido se transparentaban las nuevas emociones que su corazon de madre sentia. El amor de familia es como el árbol tierno que se ramifica: léjos de disminuirse, adquiere lozanía y vigor á medida que se divide. Doña Isabel no habia sabido cuanto amaba á su jóven esposo, hasta que se vió con un renuevo de su amor en el regazo. Entonces pasaba las horas abismada, contemplando aquella tierna niña, á quien llamaba *su suegra*, por ser muy parecida á la madre de su marido; pensaba en este, al mirarla y estrecharla contra su seno, cuando él no estaba presente, y cuando le tenia á su lado, pa-

recia querer infundirle todo el fuego de su cariño, para amar doble á su hija.

¡Oh! Cuán feliz se habria reputado la augusta señora si, libre de toda afeccion de política y de grandeza, hubiese podido consagrar su existencia al goce de sus puros y santos amores en el seno de una modesta medianía! Por desgracia no podia prescindir de los deberes que la imponia su nacimiento. Es verdad que su esposo y su Isabel le hacian olvidarlo todo; pero en medio de la embriaguez de su dicha, mil inquietudes la asaltaban. La calma fatídica con que el rey Enrique habia desdeñado sus repetidos mensages, era sin duda precursora de violentas borrescas.

Una mañana, mientras doña Isabel se hallaba mas entregada al goce de sus amores, en una pequeña sala de su residencia de Dueñas, mientras daba el pecho á su hija, y teniendo asido de la mano á D. Fernando le convidaba á contemplarla, éste se agitaba en su silla, cual si un grave disgusto interior ó un remordimiento de conciencia le impidiese tomar parte en aquellos inocentes placeres. No era esta la primera vez que su esposa le veia desasosegado y caviloso, pero nunca como en esta ocasion:

—Mirad, esposo mio, amado mio, la decia doña Isabel, procurando distraerle sin dar á conocer su propia inquietud: mirad como se sonrie nuestro ángel querido. ¿No parece que nos convida á ser dichosos?

Don Fernando se estremeció levemente, y apartó su mano de la de su esposa.

—Qué tal os sentis hoy, esposa mia? preguntó ahogando un suspiro.

—Bien, estoy muy bien. ¿Acaso siento yo las enfermedades? Me habeis oido quejarme alguna vez?

—En verdad que no, amada mia: pero eso consiste en que sufrís los dolores callando, por no darme pesar.

—Oh! No lo creais: es que soy fuerte. Hoy me siento ya

completamente buena. ¿Teníais que darme alguna mala noticia?

—Oh!...

—Si es eso, hablad: no temais que me falte valor para soportar los mayores infortunios, mientras no sea separarme de vos ó de nuestra hija.

—Si supiéseis Isabel, lo que nos sucede!... Oh! es una desgracia horrible... y... espero que me perdonaréis en parte, yo tengo la culpa.

—Vos culpado!... Yo perdonaros! Fernando no me oculteis nada..... Señor, yo os ruego que me hableis con franqueza.

—Si, forzoso es hablar claro, Isabel; porque han llegado las cosas á tal punto, que es menester lo sepais todo, y me ayudéis con vuestro consejo. Si no fuese por vos y por nuestra hija, esta mañana habria yo partido en busca de vuestro hermano para matarle.

—Dios mio! Pues qué ha hecho?

—Os ha desheredado, Isabel: ha jurado solemnemente que la Beltraneja es su hija y única heredera; la ha hecho proclamar princesa de Asturias y la ha desposado con el duque de Guiena. El cardenal de Arrás ha sido el motor de toda esta farsa innoble.

—Ah! Lo comprendo!... Una venganza del estrangero! Mas mi hermano, ¿cómo no conoce que le precipitan á la guerra civil? Cómo no ha previsto que le hacen minar la tranquilidad de su reino, para perderle y perdernos á todos?

—Vuestro hermano es un hombre sin corazon ni talento. Ha hecho mas, Isabel,-y esto es lo que devora mi alma:-Os ha difamado vilmente.

Doña Isabel, sin contestar ni inmutarse, apartó á su hija del pecho, llevó á sus lábios un silbato de plata que le pendia de la cintura, y tocó. Mencia de la Torre apareció en el umbral de la puerta.

—Toma, querida Mencia, le dijo: llévate la niña, y cierra

esa puerta. Que no entre nadie aquí sin avisarme.–Fernando, añadió luego que quedó sola con él: ya podeis revelarme la verdad desnuda. Tengo derecho á no ignorar nada, y estoy pronta á soportarlo todo. ¿Qué ha dicho mi hermano de mí?

Don Fernando sacó de su limosnero un pergamino, que contenia el manifiesto redactado por D. Juan Pacheco y el cardenal de Arrás, y lo presentó á su esposa, diciendo:

—No sé si debo comunicaros este inícuo documento; pero cuando es probable que ya lo conozca todo el reino, la tardanza en revelaros su existencia pudiera ser aun mas peligrosa que el veneno mismo que contiene.

—Dadme, dadme! exclamó doña Isabel tomando el pergamino y desarrollándolo.

En seguida comenzó á leer para sí aquel escrito, y segun recorria con la vista las líneas, ora se le inflamaba el rostro, ora palidecia mortalmente, apretando el puño con fuerza convulsiva. En algunos pasages se detenia, leyéndolos luego en voz alta.

—Escuchad esto, Fernando, escuchad:

«E por cuanto ella ha tomado marido sin mi consejo, menos-
«preciando las leyes destos reinos, las cuales disponen que hija
«de Rei non se pueda casar sin consentimiento de los grandes y
«de las ciudades y provincias dellos: y no solamente esto fizo,
«mas con disoluta voluntad... (la voz de doña Isabel temblaba):
«con disoluta voluntad, perdida la vergüenza, se ayuntó con don
«Fernando príncipe de Aragon, con el cual tan grande deudo
«tenia, que no podian ser casados sin dispensacion del Papa,
«la cual menospreciada, con gran solicitud buscó marido ene-
«migo..... buscó marido enemigo..... para perdimiento de Cas-
«tilla.....»

—¿Qué es esto, Fernando? exclamó con vehemencia doña Isabel, interrumpiendo la lectura del manifiesto. ¿Cómo un rey se degrada hasta el punto de firmar tales calumnias? Por ventura he soñado, ó no es cierto que tenemos la dispensacion de

Su Santidad? Pueden mentir las letras apostólicas que yo misma he visto?

Don Fernando no contestaba: permanecia con la cabeza baja sin atreverse á mirar á su esposa, la cual continuó la lectura, cortando á cada momento las frases.

«E despues de desechar el matrimonio con el rey de Portugal «y con el duque de Guiena...»-Si, los deseché, y los desecharia mil veces que me los propusieran, porque no quiero el perdimiento de Castilla.-«Con rebelde y osada resolucion, ocupó, «ayudada del arzobispo de Toledo, á Valladolid, donde el prín-«cipe D. Fernando sus bodas con ella celebró...»-Es cierto: y de ello me felicito.-«E contra su honestidad se casó sin haber «dispensacion del Papa... contentándose solamente... con nom-«bre de mujer... como mas verdaderamente hablando, manceba «decirse pudiera...»

—Oh! Dios mio! Dios mio!... Dadme fuerzas!... Esto es horrible! horrible!... prorumpió doña Isabel sollozando y cubriéndose el rostro con las manos.-Es menester mucha vileza para ultrajar asi á una mujer, hiriéndola en lo mas puro de su alma! No puedo creer que mi hermano haya mandado escribir este cartel de infamia, no.

—Si él no lo ha mandado, lo autoriza al menos con su firma. Pero, ¿qué mucho que deshonre á los demas, quien se deshonra á sí mismo?

—¡Dios mio! Es imposible leer esas palabras sin que el rostro se encienda de vergüenza! ¡Manceba...! Yo ¡la manceba del que es padre de mi hija! Oh! Pero nadie dará crédito á una calumnia tan infame. ¿No es verdad, Fernando? Nosotros podemos levantar la cabeza con el noble orgullo de la virtud.... ¿No me respondeis?

—Isabel, vos sois inocente; pero yo....

—Qué decís? No; eso no es cierto: he oido mal. Estamos legítimamente casados.

—Esposa mia; perdonadme el haber sido reservado con vos.

La necesidad nos ha obligado á usar de artificio para libraros de la opresion de vuestro hermano y acelerar nuestra union. Yo nada os habia dicho, porque mi padre confiaba en poder alcanzar la dispensa de Su Santidad. Por desgracia el maestre de Santiago ha podido mas que nosotros en la córte de Roma.

—No comprendo esto! exclamó la princesa temblando. ¡Dios mio! ¿Me habré vuelto loca? Y aquella bula que presentó el arzobispo de Toledo en Valladolid?

—Era falsa.

Un rayo, que hubiese caido á los piés de doña Isabel, no habria causado en su ánimo tanto trastorno como el que le produjo esta inesperada revelacion. Habia en ella elementos para afectar dolorosamente á su sensibilidad de mujer, á su delicadeza y su virtud intachable. No le bastaba tener el pleno convencimiento de su inocencia para tranquilizarse, porque consideraba á su marido como á su misma persona, y éste se confesaba cómplice en la falsedad. Verle á él culpado era sufrir una triste decepcion, un amargo desengaño en sus ilusiones de esposa; pero no podia dejar de aceptar las consecuencias de la culpa. Sabia que la sinceridad de su conducta la salvaba á los ojos de Dios; pero al mismo tiempo no la servia para rechazar el borron que un hermano inconsiderado y cruel acababa de arrojar sobre su nombre.

—Fernando, dijo al cabo de un breve rato: *hemos* sido imprudentes y Dios nos castiga. Mas, decidme: ¿No es verdad que ignorábais esa falsificacion en el momento de desposarnos? Al menos, vos no tuvísteis parte en ello: esto es indudable.

Don Fernando carecia de aquella tierna delicadeza, que tanto realzaba el carácter de su esposa: no pudo por consiguiente apreciar toda la abnegacion, todo el afectuoso interés que contenian estas preguntas, y contestó:

—Es cierto que en nada de eso intervine: fué cosa concertada entre mi padre y D. Alonso Carrillo; pero yo lo sospechaba. Os debo esta ingénua confesion.

—Lo sospechábais, y nada me dijísteis....! repuso Isabel con amargura. Bien: ya está hecho. *Somos culpables*. Pensemos en la reparacion. El arzobispo está en Medina de Rioseco, si no ha partido desde que me escribió su última carta: marchemos allá sin demora. Es preciso contestar inmediatamente al manifiesto de mi hermano.

—A Segovia es á donde yo iria á retar á Enrique, al maestre, á D. Beltran de la Cueva, y á cuantos con ellos son, para enseñarles como se debe tratar á una princesa de vuestras prendas......

—No, amado mio: es cierto que debemos tomar una actitud fuerte, imponente, para que mi hermano conozca al fin, que no es debilidad, como ha creido, lo que nos ha hecho acudir á él con humildad y sumision: es menester que sepa que nuestra obediencia no llega hasta el punto de sufrir callando los desmanes que sus falsos amigos le hacen cometer contra su decoro y nuestra honra; pero al mismo tiempo es preciso que le venzais en generosidad é hidalguía. Si nos obligan á romper la guerra, la romperémos, Fernando; pero se hará con dignidad, y esa despues de apurar todos los medios de conciliacion.

—¿Y hemos de partir al momento? No seria mejor avisar al arzobispo y á mi abuelo para que vengan á reunirse con nosotros?

—Asuntos de la importancia del que nos ocupa, no los dejo al cuidado ageno. Partamos al momento á Medina, y si allí no estuviese el arzobispo, continuaré caminando hasta encontrarle.

Don Fernando abrió la puerta y llamó á un oficial aragonés que alli esperaba siempre sus órdenes.

—Guillen, le dijo: mis caballos y los de la reina. Decid á Pero Vaca que se apreste con todos sus hombres de armas para acompañarnos. Se trata de un viage.

Guillen se inclinó respetuosamente y salió á cumplir los mandatos de su señor.

En la tarde misma de aquel dia, Isabel y Fernando con sus respectivas servidumbres y cien hombres de escolta emprendieron precipitadamente su marcha á Medina de Rioseco.

Al anochecer del dia siguiente llegaban á la Puerta de la Esperanza de dicha villa, y habiendo preguntado si estaba alli el arzobispo de Toledo, y obtenida contestacion afirmativa, entraron y se hospedaron en el castillo, que como el pueblo era propiedad del almirante.

Inmediatamente se pasó aviso al arzobispo: mientras éste llegaba, doña Isabel se encerró á solas con su esposo, dejando su hija al cuidado de una aya, y sacando de una caja la corona que habia llevado consigo, la colocó sobre sus sienes, y aguardó al prelado sentada.

No tardó en presentarse D. Alonso Carrillo, apenas tuvo noticia de la llegada de los príncipes. Doña Isabel, contra su costumbre, no se apresuró á besarle el anillo, ni le ofreció asiento á su lado. Le dejó acercarse sin moverse ni hablarle, con gran sorpresa del orgulloso prelado, que esperaba otro recibimiento mas familiar y mas afectuoso.

—Aqui me teneis, dijo, pronto á serviros, como siempre.

—¿Ya sabreis lo que ha pasado en Valdelozoya?

—Lo sé, y ha sido mucha casualidad que me encontreis en este pueblo, pues me estaba disponiendo para marchar á veros, y solo aguardaba la venida del señor almirante, á quien he mandado llamar, para ir juntos á Dueñas.

—Sabreis tambien lo que el rey ha publicado contra mí?

—He visto el manifiiesto: hace ocho dias se publicó aqui á son de trompetas.

—¿Y lo decis con esa serenidad?-Sin duda no lo habeis leido bien: vedlo mejor, repuso doña Isabel, señalando el documento que tenia en la mano su esposo.

—Señora, es inútil: lo sé casi de memoria. Pero, segun os veo, no parece sino que me imputais la culpa de que se haya publicado ese execrable documento.

—Señor arzobispo, no soy tan injusta que os atribuya culpas

agenas. Pero, ¿no habeis hallado en ese escrito nada que vos hubiérais podido precaver y evitar?

—Señora, no creo que mi conducta merezca reconvenciones ni cargos, sobre todo de vos, por quien no ha habido sacrificio que yo no haga.

Don Fernando escuchaba esta reyerta, sentado junto á su esposa, con la cabeza inclinada y profundamente pensativo. Indudablemente le desagradaba el sesgo irritante que iba tomando la conversacion, porque conocia que necesitaba al arzobispo, y no habria querido que se disgustase.

—No he olvidado, ni olvidaré los servicios que me habeis prestado, dijo doña Isabel: sin embargo, hay alguno entre ellos,-acaso el que vos creis mas importante,-que me obliga á bajar la cabeza; y esto, señor arzobispo, pudiérais muy bien habérmelo evitado.

—Bien se conoce que sois una niña sin esperiencia de mundo. ¿Qué os importa lo que diga de vos un rey esclavo y sin palabra?

—Importa mucho á mi honra y á mi decoro, que sin duda teneis en poco, cuando asi hablais, replicó la jóven reina levantándose. Soy una niña, como decís; y sin embargo, sé apreciar mejor que los hombres encanecidos lo que vale una vida sin tacha. Los insultos que mi hermano me prodiga, por mas indignos que sean, son merecidos; y nadie que sínceramente quisiera mi felicidad, habria dado lugar á ellos.

—¿Y á quien acusais de eso? preguntó con arrogancia don Alonso Carrillo.

—¡Me lo preguntais! exclamó doña Isabel llena de indignacion. Pues bien, ¿á quién sino á vos puedo acusar?

Al hablar asi, doña Isabel tenia el brazo estendido en actitud magestuosa. El arzobispo contestó con tono descompuesto:

—¿Y por qué no acusais á vuestro marido y á su padre? Esto es lo que se saca de sacrificarse por ingratos.

—Señor arzobispo, no estrañeis que os recuerde con quien hablais, ni que una niña se crea capaz de reconveniros. Dema-



Isabel reconviene al arzobispo de Toledo.

siado sabeis que un sacrificio como el que me echais en cara, no lo habria yo aceptado jamás, porque yo no acepto la deshonra, y tambien se os alcanza que léjos de contribuir á sostener una falsedad sacrílega, debísteis haberla rechazado con todas veestras fuerzas.

—Señora, no ignorais cuan apremiantes eran las circunstancias en que se verificó vuestro matrimonio, y que no habia mas remedio que renunciar á él ó salvar todos los obstáculos.

—Si, todos, menos los que no pudieran salvarse sino con mengua de mi honor y gravámen de mi conciencia. ¿Cómo podré ahora levantar la cabeza, si llevo en la frente el sello de la reprobacion con que se me ha marcado? Ah! señor arzobispo, á este precio jamás habria querido yo comprar la felicidad que tantos desvelos me cuesta.

—Concluyamos, dijo el arzobispo, cuyo mal humor rayaba en despecho. Quiere decir que me habeis llamado para abrumarme con quejas inoportunas, y que no merezco ya vuestra confianza. Pues bien, señora, no os molestaré.

Don Fernando rompió el silencio en que habia permanecido hasta este momento, diciendo:

—Buen rato pasaria D. Juan Pacheco si os oyera. En verdad que ningun triunfo mayor pudieran alcanzar sus intrigas, que el de malquistar á D. Alonso Carrillo con nosotros.

—Teneis razon, señor, dijo el arzobispo variando de tono. Esto no debe ser motivo de discordia entre nosotros. ¿Qué mas quisieran nuestros enemigos? Pero sin duda vuestra esposa puede prescindir de mis servicios, cuando tan duramente me trata.

—No hablemos mas de eso, repuso el rey de Sicilia. Sentaos, y tratemos de remediar lo hecho. Al cabo Isabel no tiene culpa de nada, y su buena fé es un título que la libra de todo compromiso. ¿No es verdad?

A pesar de estas satisfacciones, el rencoroso prelado no se hallaba dispuesto á ceder tan fácilmente. Sabia que era necesario, y queria que le rogasen. A este tiempo se oyó ruido de ca-

ballos, que paraban en el patio del castillo, y pocos momentos despues D. Gutierre de Cárdenas anunció á D. Fadrique Henriquez.

El almirante se presentó en la puerta de la cámara, y haciendo un ademan á su comitiva para que se quedase fuera, entró. Despues de saludar afectuosamente á sus nietos y al arzobispo, dijo:

—Al fin tendremos que romper en abierta rebelion con el rey. El lo quiere, y fuerza será darle gusto.

—No, contestó doña Isabel: mi hermano no quiere la rebelion: otros le obligan á provocarla, y nosotros debemos desconcertar sus planes diabólicos. Es menester que mi matrimonio no cueste sangre al rey.

—Es que no podreis evitarlo. Vizcaya está alzada en vuestro favor: en Sevilla, Jeréz, Úbeda y Baeza no se ha querido dar cumplimiento á las órdenes del rey, ni se ha permitido la publicacion de su manifiesto, y se ha renovado por el contrario el juramento de fidelidad á lo tratado en los Toros de Guisando. En Jaen han apedreado á los emisarios de vuestro hermano, y han hecho pedazos públicamente su mandato. En ninguna parte es bien recibido ese padron de infamia, cuyos términos soeces solo inspiran indignacion, ó por lo menos una sonrisa de incredulidad y desprecio. Castilla entera sabe quien es la princesa Isabel, y no es posible que la calumnia haga mella en su reputacion inmaculada. Si hay nobles á quienes la vil codicia impele á faltar á su fé jurada, tambien los hay fieles á su palabra, y con ellos está todo el pueblo que rechaza las imposturas de los malsines que os ultrajan.

—Sin embargo, repuso doña Isabel, por mas satisfactorio que sea para mi corazon ese juicio público, tarde ó temprano habré de verlo trocado, porque las acusaciones de mi hermano tienen algun fundamento. Mi matrimonio es nulo.

—¿Nulo, decís? contestó el arzobispo, que celoso de la intervencion del almirante, habia olvidado ya su resentimiento.-Se-

ñora, vuestro matrimonio será ratificado, yo os lo prometo; y mientras no llegue ese caso, es menester que lo sostengais como válido.

—Yo puedo sostenerlo, pero ¿á qué costa? Necesito para ello vindicar mi inocencia, y culpar á otros. ¿Creeis que lo haré? replicó doña Isabel dirigiendo á su esposo una tierna mirada.

—Señora, mientras la Santa Sede no os condene, no teneis que dar satisfaccion á nadie. Yo espero que no se os condenará; primero, porque habeis obtenido la vénia del nuncio de Su Santidad antes de casaros; segundo, porque vuestra conciencia está limpia; y tercero, porque la Iglesia española vale algo á Roma, y esa Iglesia es mia.

—¡Y provocaríais, tal vez, un cisma por mí! No lo permitirá Dios, porque yo no quiero. Señor arzobispo, esa desgraciada bula que á tan triste situacion me ha conducido, no existe, no ha existido nunca: la quemaré yo. Mi matrimonio se ha efectuado solamente con licencia del nuncio. Si el Santo Padre nos condena, mi esposo y yo imploraremos juntos el perdon de nuestra culpa; juntos sufriremos las penas que nos imponga, y juntos soportaremos los ultrages de la opinion: nuestro mútuo amor nos ha unido, y él nos dará fuerzas y valentía para sobrellevar este revés de la suerte.

—Bien hablais, Isabel, dijo D. Fernando movido por la generosidad de su esposa; pero yo no debo consentir que recaiga sobre vos una culpa que no habeis cometido. Vuestro honor......

—Mi honor, interrumpió la princesa, es el vuestro, señor. ¿Quereis que os abandone, como tambien á vuestro padre y á nuestros buenos amigos? No: es menester que la falsa bula se considere como no existente: de lo contrario al incesto añadiríamos el sacrilegio. Nuestro amor y el grave interés de la paz y felicidad del reino son bastantes títulos para que se nos dispense una falta que se dispensa á todos.

—Si, teneis razon, dijo el almirante. Es preciso transigir con las circunstancias. Yo sé que Gomez de Solis, el procurador del maestre de Santiago en Roma, se ha dado tan buena maña, que

ha hecho se os declare incursos en excomunion, y prepara un juicio contra el señor arzobispo y el obispo de Segovia.

—Contra mí! exclamó D. Alonso Carrillo. Trabajo les mando si han de acarrearme á juicio.

—Si el Santo Padre lo dispone.

—Cuando el Santo Padre sea menos amigo de Enrique IV, es decir, mas imparcial, podrá mandarme, y le obedeceré.

—En esa parte hareis lo que os aconseje vuestra conciencia, repuso el almirante. Pero no me negareis que, si se consigue descartar del negocio la falsificacion de la bula, tenemos la mitad del camino andado.

—Yo temo, por el contrario, que de ningun modo daremos un paso, mientras sea papa el señor Paulo II. Por consiguiente no pensemos en eso por ahora. El matrimonio está hecho y consumado. Si es ó no legítimo, en su tiempo quedará probado como conviene. Lo que ahora importa es rechazar la agresion del rey, con las armas ó de otra manera.

—Ya he pensado lo que conviene hacer, dijo la princesa. Es preciso contestar al manifiesto de mi hermano con otro, que revele al reino nuestras sanas intenciones, nuestra buena fé, lo que yo he hecho para evitar discordias; las violencias que se me han inferido, y la injusticia con que, sin oirme, se me condena, despreciando las leyes divinas y humanas. Esto es necesario; porque asi se pondrá en claro la verdad, en cuanto es posible, añadió suspirando,–y todos los hombres de honor se retraerán de tomar parte en una lucha que deseo impedir á todo trance.

—Convenido, dijo el arzobispo: pero es menester que ese contra-manifiesto sea enérgico.

—No me opongo á ello: enérgico debe ser, pero digno. Vos me hareis el obsequio de redactarlo en union con el señor almirante.

Aqui llegaban de su conferencia nuestros cuatro personages, cuando entreabriendo la puerta de la estancia D. Gutierre de Cárdenas, llamó la atencion de doña Isabel.

—Entrad, le dijo ésta: ¿qué ocurre?

Don Gutierre se acercó, y presentándole una carta, contestó:

—Un desconocido, un peregrino que viene de Sigüenza y pasa hácia Santiago, acaba de entregarme esta carta para vuestra alteza, que dice le ha confiado un page de D. Pedro Gonzalez de Mendoza.

—¿De Mendoza? ¡Oh! esto debe ser importante: dadme.

La princesa tomó la carta con muestras de impaciencia, y leyéndola, vió que decia:

«Señora: Recuerdo que, cuando el dia siguiente al de la jura «de Guisando os entregaron cierto cartel en la venta de Tablada, «mostrásteis tener en mucho aprecio á la familia de Mendoza. «La casualidad ha puesto al lado del gefe de esta noble casa «á un amigo vuestro, de quien tal vez no os acordais; pero que «sin embargo, conserva una grata memoria de vos y os consa«gra su corazon leal. Este amigo soy yo. En el poco tiempo que «hace sirvo al señor obispo de Sigüenza, he podido convencer«me de que efectivamente vale tanto como vos pensais. La oca«sion se os presenta, mi amada señora, de adquirir para vuestro «partido el apoyo de este hombre estraordinario, y el de su nu«merosa parantela. Sus relaciones con vuestro hermano el rey «se han enfriado, á consecuencia de haberle privado de la tu«tela de la Beltraneja, para confiarla á D. Juan Pacheco: un «grano de mostaza, puesto en la balanza de sus afecciones, pue«de hacer que esa frialdad se convierta en enemiga. Si no des«deñais mi humilde consejo, aprovechad la ocasion. Para ayu«daros, aunque poco vale, está aqui á vuestro mandato el paje «—Lucilo.»

—No conozco este nombre, dijo la princesa. ¿Quién puede ser este amigo, de quien no tengo noticias?

—Sea quien quiera, repuso el almirante, su aviso vale mucho, y mas siendo efectivamente cierto que la Beltraneja ha pasado á manos del maestre. Lo que no creo es que sea tan fácil atraerse la casa de Mendoza. Si lo consiguiéramos, esto solo seria equivalente á una victoria.

—Qué valen los Mendozas! exclamó con muy mal humor el

arzobispo, que no podia sufrir rivales á su lado. El hombre extraordinario! añadió con énfasis, repitiendo las palabras de la carta. Sin él hemos pasado y pasaremos, Dios mediante.

Sin embargo, dijo D. Fernando: no estamos tan sobrados de auxiliares, que podamos mirar con desdén á una cara tan poderosa; y si fuese posible atraerla...

—Tendríais un aliado mas y otro menos. Los Mendozas no harán nunca buena liga conmigo.

—Poco á poco, dijo el almirante: sin duda olvidais que soy Mendoza.

—No disputemos sobre eso, señores, dijo doña Isabel con amable sonrisa. Ya veis que una carta como esta, de persona desconocida no debe inquietarnos. Pensemos en nuestro asunto, y Dios dirá lo que ha de venir despues.

Don Fernando, el arzobispo y el almirante se retiraron á escribir el manifiesto que debia servir de contestacion al del rey. Entre tanto doña Isabel llamó á Cárdenas y le dijo:

—Dónde está el peregrino que ha traido la carta?

—Se ha marchado sin querer esperar.

—Y nada os ha dicho?

—Nada.

—Es muy singular! repuso doña Isabel. ¿Os conoce personalmente D. Pedro de Mendoza?

—Si señora.

—No importa. Vais á ir á Sigüenza: llevareis una carta mia y procurareis ver al señor obispo y esplorar su ánimo. No necesito encargaros lo que conviene decirle de mí: por demas sabeis el alto concepto que me merecen ese prelado y su noble familia, cuya adhesion á la causa de doña Juana no ha sido mas que un esceso de lealtad al rey. Buscad al mismo tiempo entre su servidumbre á un paje que se llama Lucilo; ved quien es, y hasta qué punto puede merecer nuestra confianza. Mi objeto es anudar relaciones de amistad con el obispo: el asunto es delicado; pero no dudo que sabreis conducirlo con prudencia.

—Fiad en mí, señora. ¿Cuando debo partir?

—Para no despertar la envidia de D. Alonso Carrillo, convendrá que marcheis como portador de una de las copias del manifiesto que se está redactando. Asi que mañana mismo podreis partir.

Doña Isabel quedó sola y escribió una larga carta en que decia:

»Al reverendo señor obispo de Sigüenza, D. Pedro Gonza-«lez de Mendoza:-Tengo de vos y de vuestros parientes y deu-«dos una prenda de enemistad, que solo he conservado como un «documento curioso y muestra de los estremos á que conducen «las rivalidades políticas aun á los espíritus mas rectos y lle-«nos de lealtad y honradez. No quiero sin embargo, guardarlo «por mas tiempo, porque hace peso á mi conciencia, la cual me «inclina á querer bien á cuantos me hacen mal. Dios que nos «enseñó á perdonar, me manda devolveros un objeto, que en mis «manos pudiera parecer indicio de rencor. Aguardaba una oca-«sion de presentaróslo, y deciros de palabra que no ha hecho «varié la buena opinion con que siempre tuve de vos y de los «vuestros. Esta ocasion tarda mucho para mi impaciencia: he «resuelto, pues, dirigirme á vos, segura de que no rechazaréis la «síncera prueba que os doy de confianza. Otra mayor quiero da-«ros, no dudando que sabreis corresponder á ella. Bien sabeis «que apresuré mi matrimonio huyendo de persecuciones y vio-«lencias: el nuncio de Su Santidad prestó su anuencia á mi en-«lace, que consentido y aprobado por otros reverendos prelados, «se verificó de buena fé por mi parte y la de mi esposo. Ahora «se nos acusa de faltas graves y se declara nula y criminal nues-«tra union: ¿veréis vos con indiferencia una acusacion tan ver-«gonzosa que me arranca lágrimas de sangre? No es posible «que un noble miembro de la casa de Mendoza sea sordo á los «sentidos clamores del honor ultrajado. Por eso acudo á vos, «aunque os veo militar en el campo de los que tan cruelmente «me combaten, y espero que me ofrecereis vuestra intercesion «en Roma, para obtener la católica aprobacion de mi matrimo-«nio. A vos, que sois mi contrario, me confieso cual si estuviese

«en el santo tribunal de la penitencia: mi alma está exenta del «pecado que me imputan. Á vos que sois un alto ministro de «Dios en la tierra, os declaro que, siendo fuerte para hacer la «guerra á mis detractores, suspiro por la paz. Ayudadme á per-«severar en este buen propósito, que solo pueden combatir los «enemigos de la patria. No pretendo que falteis á vuestras pro-«mesas: os pido solamente el amparo que al honor de una prin-«cesa debe todo noble y caballero. Quedo rogando á Dios por «vuestra salud y prosperidad.–Isabel.»

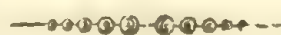
Escrita esta carta, la princesa buscó el cartel que la familia de Mendoza hizo clavar en la puerta de la venta de Tablada, y lo unió á ella, y llamando á su maestresala Cárdenas, se la dió á leer, y le encargó que la guardase.

Don Fernando, el arzobispo y el almirante concluyeron el manifisto, que era una reproduccion bastante enérgica de las representaciones hechas anteriormente al rey D. Enrique, y una protesta contra la injusticia con que trataba éste á su hermana; la cual apoyándose en la buena fé con que llevó á cabo su enlace y en el consentimiento de muchos prelados y grandes del reino, sostenia su legítimidad ofreciendo probarla en tiempo oportuno.

Doña Isabel hizo por su mano algunas correcciones en este documento: sacáronse de él multitud de copias, y dos dias despues salieron emisarios por todas partes, llevando cada cual la suya. Gutierre de Cárdenas se encargó de varias de ellas para dejarlas en diferentes ciudades. Pero Vaca y Alonso de Palencia con una escolta respetable, en tren de embajada, salieron á llevar el mensage á D. Enrique.



CAPÍTULO V.



De como el maestro de Santiago encontró la piedra filosofál.

Cuando llegaron á Segovia los embajadores de doña Isabel, habian partido para Francia los de duque de Berri y de Guiena, conociendo seguramente que no era ya necesaria su presencia en la córte del rey de Castilla. Con efecto, dejaban bien cargada la mina y encendida la mecha que, en su sentir, debia producir una esplosion ruidosa. Multitud de señores y ricos hombres acudian á Medina del Campo, centro de reunion designado por D. Enrique, á quien habia bastado dar una muestra de energía para encontrar numerosos partidarios, de aquellos que siempre se arrimaban al lado que les parecia mas pudiente. Desde luego era muy natural que se adhiriesen al rey, toda vez que éste se presentaba decidido y pujante, pues la égida de su autoridad soberana y de su poder legítimo les aseguraba por lo menos la impunidad de las tropelías que pudiesen cometer durante las revueltas: al cabo eran considerados como sostenedores del trono, y este

título les prometia medros, que en todo tiempo debian reputarse como lealmente adquiridos.

El rey estaba en Segovia como de tránsito: habia ya gastado en festejos y banquetes todas sus rentas del año y algunas cantidades tomadas á préstamo. Sentíase, por consiguiente, desaminado, y á no ser por las vivas escitaciones de la reina doña Juana y la firmeza que desplegaba en aquellos momentos don Juan Pacheco, habria desistido de su propósito, aunque tuviese que repetir de nuevo la escena de sus perdurables inconsecuencias.

Conociendo esto Andrés de Cabrera, que, como alcaide de Segovia y tesorero del rey, habitaba en el mismo alcázar, incitado por su mujer, no perdia ocasion de representar á su señor el deplorable estado de su hacienda, y aunque las circunstancias no eran nada favorables para abogar por doña Isabel, no dejaba de apuntarle de cuando en cuando la idea de una reconciliacion, como el único medio de evitar gastos y reponer el tesoro real.

Pero esta reconciliacion no era posible, sino descontentando al maestre de Santiago y á todos los grandes y señores que se habian movido para apoyar al rey, y creándose éste nuevas dificultades, cuyo fin no alcanzaba á prever su menguado entendimiento. Por otra parte, D. Enrique tenia la conviccion de que su hermana carecia de recursos y defensores, y no dudaba que la arrollaria en el momento mismo en que quisiese, quedando desembarazado de ella y de todo peligro: así es que, siendo su entereza proporcional siempre á la debilidad que consideraba en los demas, no se creia en el caso de transigir con doña Isabel, que en su concepto era el enemigo menos fuerte que habia tenido en su vida.

Ocupaba en el alcázar el mismo aposento donde algun tiempo antes su hermana rehusó la corona que le ofreciéra el marqués de Villena. La reina y su hija estaban en un ala opuesta del edificio.

Era una mañana fria y nebulosa, y el estado de la atmósfera

influia desfavorablemente en el carácter hipocondríaco del rey. Hallábase éste sentado junto á una gran chimenea, encorvado el cuerpo hácia el fuego, y meneando de tiempo en tiempo los tizones con la punta del pié. Media docena de sabuesos le rodeaban; unos tendidos en el suelo sobre curtidas pieles de oso, otros sentados, con las manos tiesas y el cuello torcido, miraban soñolientamente á su dueño, y alguno mas entremetido se le colocaba entre las piernas meneando el rabo, y hasta le echaba las zarpas sobre los muslos y le lamia rápidamente la barba.

En pié, al otro lado de la chimenea estaba Andrés de Cabrera, el cual decia:

—En mal tiempo, señor, se ha promovido esta querella. No es decir que yo desapruebe las disposiciones y acuerdos de V. A.; pero, si al menos el duque de Guiena os hubiese mandado algunas arrobas de oro para ayuda de gastos, ó el maestre y sus amigos franqueasen sus pingües rentas, ya el asunto variaría de aspecto.

—Efectivamente, contestó el rey, malhaya si esos aliados y señores saben dar mas que consejos. No sé donde mete el dinero el maestre: ayer, como tú no tienes dinero, le pedí cien doblas para pagar el último vestido que me han hecho.–Ya ves, una miseria! cien doblas, que yo se las devolveria duplicadas si fuese menester. ¿Pues sabes lo que me contestó? ¡Ay señor! Todas las rentas del maestrazgo no me bastan para pagar encomiendas y cargas, de modo que estoy alcanzado.–No sé si será verdad: tuve que recurrir á Beltranico, y ese me las dió. Apúntalas para pagárselas cuando podamos.

—Bien, señor; las apuntaré con las otras trescientas que os ha dado Abraham Señor.

—Dicen que es muy rico ese judío. Mira, no le apuntes nada: demasiado habrá robado á mis buenos vasallos.

—Señor, Abraham es efectivamente bastante rico, mil doblas son, segun mi cuenta, las que ya le debeis. Pero, advertid que siempre os presta á un interés moderado, y nunca os niega su caja.

—Hem! Se conoce que eres amigo de D. Abraham.

—No lo digo por ser amigo de él, sino porque tiene vuestra firma y podeis necesitarle acaso muy pronto. Ya veis, señor, que no en todas partes acatan ni cumplen el último manifiesto de V. A., y está avocada una guerra civil.

—Eso me han dicho, que los andaluces y los vizcainos y no sé quien mas se me rebelan. Diablo de gentes! Pero siempre me darán tiempo hasta la primavera y para entonces habrá dinero. El maestre me lo ha prometido, y aunque él no lo tenga, es hombre de recursos.-A ver si te estás quieto, Leal, dijo el rey á su perro favorito; ya dos veces me has metido la lengua en la boca.-Pues, como digo, es hombre de recursos, y nos sacará adelante.

—Cuanto mejor sería, repuso Cabrera, si para ese tiempo pudiéseis estar en buena paz y concordia con vuestra hermana!

—Eso no puede ser, Andrés: mi hermana se ha portado muy mal conmigo: y luego que ya es hora de que yo sostenga mi palabra y me haga respetar. Tú, como has servido á Isabel, le tienes cariño: eso es muy natural.

—No negaré, señor, el respetuoso afecto que profeso á doña Isabel; pero este afecto es hijo del que me inspira V. A. Por mas motivos de queja que os haya dado, yo no puedo menos de recordar con placer que aqui, en esta misma sala rechazó con dignidad propia de su estirpe régia una oferta que, en momentos solemnes, le hacia cierto amigo vuestro, evitándoos de este modo una guerra civil desastrosa.

—Ya: pero eso nada tiene que ver con la cuestion presente. Si entonces me evitó la guerra civil, ahora la provoca con su desobediencia, y necesito inutilizarla para hacerme dueño. A propósito: dicen que han venido unos emisarios suyos. ¿Qué embajada traerán? ¿No sabes nada?

—Tengo entendido que es una contestacion al manifiesto de V. A.

—Eh! Vayan al infierno: siempre estamos de contestaciones. Ya tres veces han venido y les he dicho que no quiero escucharles.

—Respetando el parecer de V. A., opino que no haríais mal en recibirles: acaso de esta audiencia resultará la paz, que,-no lo dudeis, señor,-es el mejor recurso que podeis encontrar para llenar las arcas de vuestro tesoro. De otro modo temo que empeñareis vuestra corona, y os espondreis á mil desastres. Doña Isabel cuenta con la opinion favorable de casi todo el pais.

—Cómo?... Vah!... No puede ser. Pero, en fin, por si acaso, bueno es vivir prevenidos. Manda recado á esos emisarios, y diles que estoy dispuesto á recibirlos.

—Ah! exclamó el tesorero disimulando mal su alegría. Y cuando han de venir? Queréis que se les reciba con alguna solemnidad.

—No, nada de eso: que vengan ahora mismo. Pero avisad antes á D. Juan Pacheco. Entiendes? Antes.

—Bien está, señor, sereis obedecido, contestó Cabrera. Y salió del régio aposento disgustado.

No necesitó, sin embargo, llamar al maestre, pues en aquel instante mismo entraba en el alcázar. Andrés de Cabrera y don Juan Pacheco se llevaban muy mal: sus carácteres eran diametralmente opuestos: el uno todo lealtad y honor caballeroso; el otro doblez y egoismo, mal podian congeniar, siendo ambos astutos, y penetrándose mútuamente las intenciones. El maestre habia intentado muchas veces destituir á su rival, quitándole la alcaidía que él mismo le dió con la esperanza de hacerle instrumento ciego de su partido; pero el tesorero habia sabido parar siempre con maña los golpes de su contrario, mereciendo cada dia mas la confianza del rey. Cabrera por su parte no dejaba de conspirar contra el valido de D. Enrique, pero templando sus armas de buena ley al suave calor de la sutileza cortesana. Los dos se trataban en público de la manera mas afectuosa, pero en secreto se odiaban.

Don Juan Pacheco y Andrés de Cabrera se encontraron en la antecámara del rey: el maestre tenia el privilegio de entrar á cualquier hora sin hacerse anunciar.

—Bien venido seais, señor maestre, dijo Andrés saludando cortesmente. Ahora iba á enviaros un recado.

—Ah! Me llama S. A.?

—Si: ha dispuesto recibir á los mensageros de su hermana, y es natural que quiera teneros á su lado. El asunto es grave.....

—Ya!... Demasiado grave, amigo mio. El rey se vá á irritar terriblemente cuando sepa lo que traen esos pobres embajadores. Yo les aconsejaria que se volviesen por donde han venido, pues les puede suceder algo malo.

—No creo que S. A. deje de tener las consideraciones debidas con esos señores, repuso con intencion el tesorero. Ellos son enviados, y no tienen culpa de nada.

—Es verdad. Llamadles; allá veremos.

—Vuestra prudencia cuidará de atemperar el mal humor de S. A. Voy á llamarles, y allá veremos.

Don Juan Pacheco saludó con una tierna sonrisa al tesorero y pasó adelante.

El rey estaba entretenido en acariciar á sus perros.

—Vosotros sois mis mejores amigos, les decia, como si pudiesen entenderle: me dais hermosos ratos de distraccion, y nunca me pedís nada mas que caricias y pan, ni me alborotais mas que la caza, cuando yo quiero. Vamos, Roldan: estáte quieto. Échate, échate! Asi.

El maestre oyendo hablar al rey, creyó que no estaba solo, y se detuvo en la puerta, echando una ojeada al aposento. Cerciorado de que no habia ninguna otra persona, siguió adelante. Los perros comenzaron á gruñir.

—Qué es eso? Quién anda ahí? preguntó el rey volviendo la cabeza.-Hola! eres tú, D. Juan? Pronto has venido.

—No ha sido menester que me llamen, señor. Desde que me levanté esta mañana, estaba impaciente por venir á veros.

—Tenemos algo de nuevo?

—Si; esta noche pasada he resuelto el problema.

Don Enrique abrió desmesuradamente sus lánguidos ojos.

—Hola! esclamó. Tendrémos dinero?

—Cuanto querais.

—Hombre! hombre! Deja que te abrace, prorumpió el rey con entusiasmo, levantándose y dando los brazos á su privado.—Bien decia yo hace poco que eres el hombre de los recursos. Con que, veamos: siéntate y dime tu plan. ¿Has encontrado?...

—Si, señor: he encontrado para vos la piedra filosofal, repuso el maestre, sentándose.

—Y cómo es eso?

—Es muy sencillo: vais á convertir el pergamino en oro..... Pero, no asi como quiera, sino en grande. Con cuatro ó cinco arrobas de pergamino podeis hacer en pocos dias cuarenta ó cincuenta millones de reales.

—Diablo! Pues manos á la obra! Manda detener todo el pergamino que haya en todas las tenerías de mis reinos, y que fabriquen solamente pergamino. Pero, esplícate: no entiendo como puede ser eso.

—El modo de hacerlo no es muy delicado; pero sí se consigue el objeto...

—Si, el objeto es hacer dinero. Sea como quiera. Veamos.

—Señor, el procedimiento es como sigue: Se toman hojas de pergamino en blanco, en los cuales cien ó doscientos escribientes van estendiendo una minuta de albalá que yo les daré, sin variar mas que la cantidad que quereis recibir: habrá cantidades mayores y menores, desde cien maravedís hasta cien mil: esto es muy esencial para que puedan contribuir con su metálico toda clase de bolsillos.

—Ah! ya! se trata de un empréstito?

—Precisamente: pero escuchad. Por cada suma puesta en el albalá ofreceis un interés pérpetuo para el acreedor y sus descendientes, cobrable sobre las rentas de la corona, y el importe de este interés se deja en blanco para que cada interesado lo llene á medida de su conciencia.

—Hombre! Por Dios! Tratas de arruinarme? Una renta perpétua y al gusto del prestamista! Eso es enorme!

—Y tanto como lo es. Pero bien comprendereis que esa misma enormidad puede libraros del compromiso de mañana ó el otro. Suponed que espedimos ahi cien mil albalaes, que en junto os proporcionan trescientos millones de maravedís: esto es lo positivo del negocio. Quedando al arbitrio de los acreedores el señalamiento de los intereses perpétuos y hereditarios, cada uno procurará que suba mas la renta que el principal. Las leyes castigan la usura, lo cual no impedirá que los usureros quieran despacharse á su gusto: por otra parte, la corona tiene privilegios que en ocasiones de gran penuria la eximen de sus obligaciones con los particulares en pro del comun. Cuando llegue el caso, la misma codicia de los prestamistas, servirá de pretesto, y entonces los albaleas serán verdaderos pergaminos en blanco.

—Calla....! Es verdad. Pero con todo; eso tiene dos inconvenientes.

—Veamos si hay alguno que yo no haya previsto.

—En primer lugar, no es posible hacer dinero mucho tiempo por ese sistema; pues tan pronto como se sepa que no pago, no habrá quien me dé; y en segundo lugar, esto tendrá que suceder muy pronto, porque no bastarán mis rentas anuales para saciar la codicia de mis primeros acreedores.

—Todo eso se remedia con solo añadir una cláusula, en la cual se estipule no pagar en los seis, ocho ó diez primeros años sino por un órden preferente á los que menos prémio devenguen. Resultará de aqui que, como todo parece poco á la avaricia, será muy escaso el número de acreedores á quienes tendreis que pagar por ahora su renta, y luego, que todo puede pareceros mucho para no pagar á nadie lo menos en seis años. Teneis tiempo largo para ir contentando á los que os convenga tranquilizar, y entre tanto no os faltarán recursos. Con solo poner vuestra firma y sello, á cada momento estareis provisto de lo que necesiteis.

—Me parece bien ese plan. De modo que ya podremos hacer frente á Isabel.

—Podreis espulsarla del reino, que es lo que os conviene, y con las rentas de su señorío, y si es menester vendiendo sus villas, tendreis para pagar á los acreedores mas impacientes, ó para cubrir otras atenciones.

—No habia pensado yo en eso, D. Juan. Pues mira, lo haremos.

Asi quedó concertada una de las mas escandalosas medidas rentísticas, adoptadas por Enrique IV, y la que mayores angustias habia de causar en los últimos dias de su aciago reinado, alcanzando á los primeros años del siguiente. Y no se debe estrañar la facilidad con que se prestaba á tan inmoral é impolítica negociacion un rey, que para salir momentáneamente de otros apuros no habia tenido empacho en vender licencias para fábricas de moneda.

Don Enrique se frotaba las manos con alegría; pues en su concepto acababa efectivamente de encontrar la piedra filosofal. Es verdad que acaso iba á empeñar hasta el último diamante de su corona, y á dejar entrampados á sus sucesores, pero, pudiese él triunfar y gastar mientras le durase la vida, y ¿qué le importaba el porvenir de una descendencia que sabia muy bien no era suya? En cuanto á la suerte de sus pueblos era cosa que nunca le habia quitado el sueño.

En medio de sus alegres cálculos vino á interrumpirle el anuncio de que aguardaban su licencia para entrar los embajadores doña Isabel.

—Que pasen, dijo. Veremos que quieren esas pobres gentes.

Alonso de Palencia y Pero Vaca entraron en la cámara real, dejando fuera su comitiva. No pudieron menos de espresar con un gesto su estrañeza al ver el poco decoro con que se les recibia, estando el rey solo con su favorito y rodeado de perros. Andrés de Cabrera entró con ellos, y se colocó detrás del sillon de D. Enrique, dispuesto á prevenir cualquiera escena desagradadable.

—¡Hola! Sois vos señor Alonso de Palencia? dijo el rey. ¿Qué me traeis de bueno?

—Señor, contestó el cronista, la augusta señora que me envia, doña Isabel, reina de Sicilia, princesa de Asturias, heredera jurada de Castilla y Leon y hermana de V. A., en union con su esposo el rey D. Fernando, me mandan poner en vuestras reales manos este documento, que es un testimonio de su lealtad, y una protesta contra los malos tratamientos de que, sin merecerlos ha sido objeto recientemente.

Dichas estas palabras, se acercó al rey, y le entregó el manifiesto de la princesa. Don Enrique, le echó una ligera ojeada y repuso:

—Está muy bien: esto no tendrá contestacion probablemente.

—Señor, para llevarla, buena ó mala, hemos venido; y aunque la indiferencia con que V. A. parece mirar este gravísimo asunto, debiera dispensarme de proseguir representando aqui á las augustas personas que nos envian, reconozco que soy fiel eco de su espíritu conciliador y amante de la paz, prescindiendo de toda ceremonia, y diciendo lisamente á lo que vengo. La princesa de Castilla, señor, tiene grandes quejas de V. A.; pero dispuesta siempre á olvidar las ofensas personales, quiere dar el último paso en las vias de conciliacion, á fin de que podais decidiros á elegir entre quien os ama y desea serviros y los que os aconsejan mal y os conducen á la perdicion.

—¿Habeis concluido? preguntó D. Enrique con muestras de impaciencia.

—Si V. A. me lo permite, diré mas. La muy alta señora reina de Sicilia y princesa de Asturias no puede creer que su hermano sea quien mancille su reputacion con palabras indignas y calumniosas, para motivar el rompimiento de un tratado solemne, y conferir la sucesion del reino á quien no tiene derecho á ella por la naturaleza ni por las leyes, y prefiere atribuirlo á sugestiones de malos consejeros.

—Muy atrevido sois, señor embajador! exclamó el rey con acento sarcástico.

—Señor, hablo en nombre de los señores reyes de Sicilia.

—Pues bien, decid á los reyes de Sicilia que se ocupen en gobernar su reino, si lo tienen; que les doy de plazo dos meses para arreglar sus negocios y pasar allá á su isla ó á donde mejor les parezca, siempre que en ese tiempo no hagan en mi tierra cosa que me desagrade; y que si transcurrido el plazo no se marchan, iré yo en persona á enseñarles el camino de la frontera.

—¿Es esa vuestra última resolucion?

—La última.

—Rey de Castilla, dijo Pero Vaca: como vasallo y representante de S. A. el rey de Sicilia, me cumple decir á vuestra señoría que mi señor es el marido de la ilustre princesa de Asturias, y como tal ha prometido sostener sus legítimos derechos. No estrañe, pues, V. A. que, aun yendo en persona le sea difícil enseñarle el camino de la frontera. Los altos y poderosos señores, en cuyo nombre hablo, os brindan con la paz, pero no temen la guerra, ni la rehusan. Si esta se declara, caiga la sangre que se derrame sobre la cabeza de quien se obstina en provocarla.

Dicho esto los dos embajadores hicieron un cortés saludo, y salieron de la cámara sin arrogancia ni humillacion.-El rey hizo una seña á sus perros, que se lanzaron ahullando en pos de ellos. El aragonés se volvió, é imponiendo respeto á los animales, dijo al rey:

—Señor: mandad á los miembros de vuestro consejo que se retiren. No necesitamos el honor de su compañía.

—¿Qué os ha parecido la osadía de esos hombres? preguntó el rey, mirando alternativamente al maestre y al tesorero. Intenciones me han dado de mandar ponerles una mordaza á cada uno, y enviarlos asi á su reino de Sicilia.

—Señor, dijo el maestre: preciso es conceder algun desahogo al despecho.

—Si, pero no tanto como la insolencia y el desacato. Veamos lo que dice mi señora hermana.

El rey se puso á leer el manifiesto de doña Isabel: al princi-

pio se sonreia, pero luego se fué nublando su frente, y concluyó por último estrujando el pergamino y dando una puñada en uno de los brazos del sillon.

—¡Vive Dios! ¡Qué arrogancia! exclamó. No parece sino que piensan infundirme miedo! A ver, D. Juan: toma esto y haz de ello el uso que te parezca. En seguida dispon lo que hemos convenido: es menester que al terminar el plazo de los dos meses tengamos en pié de guerra un ejército de treinta mil hombres.

—¿Vais á emprender la conquista de Granada? preguntó con afectada candidéz Andrés de Cabrera.

—Voy á limpiar el reino de rebeldes, señor tesorero, contestó el rey de muy mal talante.

—Hareis bien, señor.

Don Juan Pacheco se despidió del rey, saludó con amabilidad á Cabrera y salió.

En el palacio de Villena que ya conocen nuestros lectores y en una de las cámaras destinadas á D. Diego Pacheco, estaba éste á la sazon encerrado, hablando con el astrólogo Abacuc.

—Estraño mucho, decia el jóven marqués de Villena, que Abiabar me pida cuentas de su protegida. Medio año hace lo menos que no la he visto, ni me acuerdo de ella.

—Sin embargo, señor marqués, y sin que esto sea dudar de vuestra palabra, se asegura que hace menos tiempo la visitásteis una noche en Arévalo.

—¡Yo, en Arévalo! Recuerdo haber pasado allí una singular aventura; pero no sabré decir quien fué la mujer que alli ví, porque estaba encubierta, aunque puedo jurar que su voz no era la de Jarifa.

—Si he de hablaros con ingenuidad, á mí nada me interesa la suerte de esa muchacha. Bien sabeis que si por mí hubiera sido, estaria sepultada mucho tiempo ha. Por consiguiente, sed franco, y decidme lo que habeis hecho de ella.

—¡Pardiez! señor astrólogo! Os atreveis á dudar de mi palabra? Os ha revelado vuestra ciencia que Jarifa está en mi po-

der? Si asi es, podeis buscar otro oficio, porque mentís como un bellaco.

—Calmaos, señor: he dicho que no me interesa nada Jarifa; poco me importa que se la haya llevado el diablo. Pero es necesario tranquilizar de algun modo á nuestro amigo Abiabar, y convencernos todos de que esa jóven no está donde pueda hacernos daño. Si vos no sabeis nada de ella, con mucha mas razon importa averiguar si es viva ó muerta. Se ha creido que vos podríais darnos noticias suyas, porque las últimas que tenemos son las que ya os he dicho de Arévalo. El criado único que allí la servia durante la ausencia de Abiabar, ha dicho que pasásteis una noche en la casa donde ella estaba, y que á la mañana siguiente desapareció, sin que se haya podido averiguar su paradero.

—Ahora me haceis pensar que pudo efectivamente ser ella cierta dama dolorida, que me llamó para hacerme una súplica muy singular. ¿Se hallaba Jarifa en una casa de campo á orillas del Adaja?

—Justamente. Abiabar tuvo que hacer un largo viage, con motivo de varios asuntos propios y de la hermandad y la dejó en la casa que Abraham Señor posee cerca de Arévalo.

—¡Diablos! Pues era ella! ¿Cómo no la reconocí?

—Pues qué, ¿no se descubrió á vos?

—Nada de eso, y por cierto que me dió mucho en que pensar. Me habló cubierta con un espeso velo, y con una voz chillona que seguramente no era la suya; y despues de una larga plática en que me reveló ciertos amores, acabó por pedirme que le diese la muerte; cosa que no me pareció muy galante ejecutar.

—Y despues?

—Viendo que no queria descubrirse, me despedí de ella, y no supe mas.

—Tambien se sospecha que se haya dado ella misma la muerte, pues se ha encontrado una prenda de sus vestidos enganchada en la rama de un árbol abatido por la corriente del rio.

—¡Será posible! murmuró D. Diego, conmovido, á pesar de su ingratitud al recuerdo de Jarifa.

—Esta sospecha tiene visos de verdad con lo que me acabais de decir. Abiabar está desolado: la amaba como á una hija, y es menester evitar que su dolor se trueque en ódio contra vos; porque en verdad, si ha muerto Jarifa, vuestra es la culpa.

—¿Cómo puede ser eso?

—Si os amó y la olvidásteis, ahi teneis la causa de su desesperacion.

—Es que yo no creo que una mujer ame tan de veras, ni menos que se desespere por tan poca cosa.

—Sin embargo, en el carácter orgulloso de Jarifa, si el amor no, el despecho ha podido producir esos efectos.

—Y si esa mujer estuviese hoy buena y sana como vos y yo?

—¡Ah! ¿Qué me decís?

—Esto no es mas que una sospecha; pero podeis averiguar lo que haya de cierto. Se me figura que Jarifa sirve hoy al obispo de Sigüenza.

—¡Es posible!

—Os parecerá estraño, es verdad; pero he visto cierto page tan parecido á ella, que á no ser porque tiene una cicatriz grande en la frente y el cabello corto, habria yo jurado que era ella misma.

—Eso no puede ser. Sin embargo, averiguadlo vos. A nosotros los judíos, y sobre todo si somos astrólogos, nos está vedado entrar en casa del obispo Mendoza. Nos odía de muerte, y no quiero esponerme á que me mande dar de palos, como lo ha hecho poco tiempo ha con uno de mi prrofesion que pretendió sacarle el horóscopo.

—¿Y acaso no sabeis disfrazaros?

—Ya: pero es inútil. Jarifa está tan muerta como mi abuelo; y si en alguna parte se hallase viva, no seria por cierto sirviendo de page al obispo Mendoza. Estaria con Abiabar. ¡Oh! no lo dudeis: Jarifa ha muerto.

Sonó ruido en la puerta de la estancia. Don Diego abrió y entró su padre.

—¡Hola, compadre Abacuc! dijo el viejo maestre. ¿Cuando habeis llegado?

—Hace una hora, contestó el astrólogo.

—¿Cómo anda eso por Medina?

—Demasiado bien. Salvo error de cálculo, hay ya reunidos allí sobre doce mil hombres.

—Muchos son: treinta mil quiere el rey, y á ese paso no dudo que los reuna. ¡Diablo de gentes! Nunca hubiera yo creido que tuviese tanto partido la Beltraneja. Y de doña Isabel, ¿qué sabeis?

—Hasta hoy no cuenta mas que con el arzobispo, el almirante y unas cuantas familias de Castilla la Vieja.

—Con algo mas cuenta.

—Si: Andalucia y Vizcaya se han declarado en su favor.

—Pero todavía no tiene formado su cuerpo de ataque y defensa. Es menester portarse con ella como caballeros, y dejarle tiempo bastante para hacerse fuerte. Lo demás sería una falta de atencion imperdonable.

—Seguramente.

—Diablo de Beltraneja! Quién habia de pensar....? Pero en fin, ya entretendremos el negocio; porque hay negocio largo.

—¿Si?

—Si. Hemos encontrado la piedra filosofal. Esta buena noticia debeis llevarla inmediatamente á nuestros amigos, para que se apresuren á convertir en oro los pergaminos del rey.

—¿Ha accedido?

—Completamente. Mas, decidme: yo necesito colocar unos tres cuentos de maravedís al interés mas módico posible, y no puedo prestarlos al rey en mi nombre. ¿No conoceis algun sugeto de confianza que dé el suyo?

—Por esa cantidad, como no os valgais de D. Abraham Señor, no conozco á ninguno que pueda dar la cara.

—Don Abraham.... Si, es hombre de bien y goza reputacion de rico.

—Es poderoso.

—Pero tiene amistad con Andrés de Cabrera.

—Cuando se trata de intereses, D. Abraham no conoce amigos. Cumple sus palabras, y á nadie dá cuenta de lo que hace.

—Pues bien: llamadle, y que venga á verme esta noche. Despues avisad al número *Uno*, para que circule sus órdenes. Se trata de prestar al rey sobre las rentas de la corona.

El astrólogo salió á cumplir los encargos del maestre, y éste se retiró á su aposento particular murmurando:

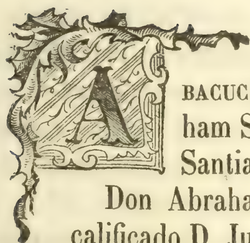
—Por fin se presentan bien las cosas. Isabel y Enrique me sirven como deseo. Pero es menester moderar la impaciencia estemporánea de mi pupilo, porque si entrase de pronto en lucha con su hermanita, la arrollaría de repente y esto no me acomoda. Que luchen, bueno es, pero cuando tengan armas iguales.





CAPÍTULO IV.

De cómo D. Juan Pacheco siguió aficionándose á las infieles.



BACUC habló con el rico judío de Segovia don Abraham Señor, y éste pasó á verse con el maestre de Santiago.

Don Abraham era un hombre de bien, como lo habia calificado D. Juan Pacheco: solamente podia tachársele de avaro, pero este vicio era nacido de una pasion noble, que absorbia todas las facultades de su alma. Casado á los cuarenta años, despues de haber adquirido una fortuna respetable, con una hermana de Abiabar, que fué su primero y último amor, habia tenido la desgracia de perder á su esposa, quedándole de ella un hijo y una hija en quienes adoraba, y á los cuales queria dejar opulentos. Esaú, que era el mayor, contaba ya veinte años, y diez y ocho su hermana Lia, jóven de apacible carácter, criada con estrema delicadeza, candorosa y pura como un rayo de sol de primavera.

El anciano Abraham era rígido en la observancia de su reli-

gion é intachable en sus costumbres: cumplia fielmente la ley de Moisés, haciendo bien á los demas, y sin mezclarse en nada que tuviese relacion con la política ni con las creencias agenas. Solo era intolerante respecto á la conservacion de la pureza de su amada Lia, de quien se hablaba generalmente con elogio, como de la jóven mas bella de Segovia, sin que nadie pudiese jactarse de haberle visto el rostro. Su padre la guardaba como su mas preciada joya, nunca le permitia salir á la calle sino en su compañía, llevada en litera cubierta con un velo de gasa de plata, y en su casa la servian mujeres ancianas.

Conociendo el carácter de su cuñado, Abiabar no habia querido comprometerle á entrar en la sociedad de la Perpétua noche, pues sabia que su escesiva honradez era capaz de perderle, si por acaso se tratase de algun asunto que repugnase á su conciencia. Precíabase Abraham de vasallo fiel y sumiso, y creia que el primer deber de un buen israelita, despues de cumplida su ley, era acatar y reverenciar la autoridad suprema del rey á quien estaba sometido. «Si el rey no es justo conmigo y no puedo sufrirle, decia con frecuencia, debo sustraerme de su dominio huyendo de él, pero nunca faltarle al respeto, ni conspirar contra la potestad que Dios le ha dado. Lo mas que un buen vasallo puede hacer cuando le manda un tirano, es arrostrar impávido su cólera, y decirle cara á cara sus defectos para que se enmiende.»

Con estos antecedentes puede decirse que Abraham era una escepcion entre los miembros de su proscrita raza, siempre dispuestos á minar el poder de los reyes cristianos, bajo el cual se consideraban cautivos. Asi es que nunca se contaba con él, porque no inspiraba confianza á los espíritus rebeldes, y sin embargo se le tenia en el concepto de hombre religioso y amante del pueblo de Israel, por quien hacia cuantos sacrificios se le exigian, con tal que no fuese contra su severidad de principios.

Las proposiciones de D. Juan Pacheco podian ser aceptadas por Abraham sin el menor inconveniente; pues solo se trataba de negociar un dinero dando el nombre, y recogiendo alguna ganancia, cosa muy propia de un mercader y sobre todo grata

á nuestro hebreo. Sin embargo, luego que éste hubo escuchado atentamente las bases del negocio, preguntó al maestre:

—Y qué necesidad teneis de perder un dos ó tres por ciento que á mí puede tocarme en el asunto? Acaso no será mas provechoso para vos prestar el dinero directamente al rey, acrecentando asi además el favor que os dispensa?

—Tengo tres razones para no querer que el rey sepa que yo le presto, respondió el maestre. La primera es que, mereciendo sus favores, no podria llevarle interés ninguno: la segunda, que no me acomoda abrirle mis arcas, porque me pediria todos los dias; y la tercera que mi condicion y clase no me permiten ocuparme en esa especie de negocios.

—Esa última razon no me hace fuerza, pues teneis mayordomos que negocien por vos.

—Y bien: quiere decir que os hago mi mayordomo especial para esto. ¿Qué reparo teneis en aceptar un cargo, que os dará al año sobre sesenta mil maravedís líquidos?

—No tal: quereis imponer un interés de seis por ciento, y me dais un dos solamente: de ahi he de deducir los gastos de administracion y cobranza; los quebrantos que se originen..... No, no: habeis de darme la mitad, ó de lo contrario no acepto.

—Eso es demasiado.

—Pues bien: dejadme el tres por ciento, y aumentad el interés que ha de quedar para vos.

—Eso de ningun modo: no quiero que nadie preste al rey tan barato como yo. En eso consiste mi negocio.

—Vuestro negocio... Eh? Pues señor, no lo entiendo. Yo creo que el mejor negocio es el que deja mas ganancia.

—Esa es vuestra opinion; yo sigo la contraria. Podeis prestar de vuestro dinero, y tomar aunque sea el mil por ciento.

—Tan apurado está el rey?

—Necesita recursos para espulsar del reino á su hermana, y le urge sobremanera concluir pronto. Asi es que dá cartas en blanco á cuantos le faciliten dinero. Vos, que lo teneis abundante, podeis hacer mucho negocio.

—No lo haré.

—Y por qué no?

—En primer lugar, porque no soy tan rico como se me supone; y en segundo, porque doña Isabel triunfará tarde ó temprano, y entonces podria yo perder lo que ahora diese.

—Tambien puede suceder lo contrario de lo que pronosticais, y entonces perdereis tal vez lo que ahora no quereis dar.

Esta objecion del maestre, presentando á la mente del judío las dobles eventualidades que podian resultar, le decidió por último á tomar á su cargo el negocio que se le proponia, y á no esponer por su cuenta sino una cantidad insignificante. De este modo, si doña Isabel triunfaba, no corria peligro su fortuna, y si era vencida, quedaba á cubierto de la animosidad política, con el servicio aparente que prestaba.

—Señor maestre, dijo: estamos conformes. Acepto la proposicion que me haceis, y cuando querais me entregareis el dinero y os daré un resguardo.

—Con las condiciones propuestas?

—Como mejor os parezca.

—Pues bien: no necesitais recibir el dinero. Yo os enviaré los albalaes, y vos me firmareis una obligacion por el capital y mi parte de réditos. Pero hay otra condicion que debemos estipular en contrato aparte. Yo podré reclamaros en pago los mismos albalaes siempre que me acomode, para hacer de ellos el uso que me convenga.

—Ciertamente: son vuestros, y desde luego me acomoda mas eso que no pagaros nunca en dinero. Esto no podria hacerlo de ninguna manera.

—Estamos conformes, amigo Abraham. ¿Y pensais ayudar al rey con mucha cantidad?

—Oh! señor: muy poco podré darle. Ando escaso de recursos, y además que ahora pienso en casar á mi Lia, y necesito arreglarle su dote.

—Hola! Con que estais de boda! Cuentan que teneis una hija preciosa. Y quién es el afortunado que se la lleva?

—Es un matrimonio de familia, señor. Mi Lia está prometida desde muy niña á Benjamin el hijo de mi pariente José el de Valladolid. Son los dos jóvenes de una edad, se han criado juntos y se aman. ¿Qué puedo hacer sino ayudar á su felicidad?

—Es bien pensado, es bien pensado, amigo Abraham. Ea, pues: dentro de algunos dias os enviaré los albalaes, y sin poner nada de vuestro bolsillo, sereis bien querido del rey. Ya veis que tiene dos ventajas el tratar conmigo... Adios, Abraham!

Y asi diciendo, se levantó D. Juan Pacheco y dió la mano al judío para despedirle. Apenas quedó solo, se frotó las manos murmurando:

—Esto vá perfectamente: con tres cuentos de maravedís puedo comprarle al rey lo menos tres villas y otras tantas fortalezas y quedarme con mi dinero. Tengo á Madrid: si pudiese apoderarme del alcázar de Segovia, el negocio era redondo: Trujillo tambien me agrada bastante... Luego, con un par de matrimonios es fácil vincular en mi casa el mayor poder de Castilla: Mi Diego... No, ese no puede casarse todavía: lo único que le conviene es una hija que le queda al almirante; pero la ocasion es mala. Que espere. Casaré á Beatriz con el conde de Arcos... Es un bastardo, pero es el rey de Andalucía por sus estados y por su arrogancia y bravura. Si, el tal Diego Ponce de Leon es un leoncillo capaz de revolver el mundo, y me conviene.–Yo tambien puedo casarme...

Al formular esta palabra, el maestre que andaba paseando por su estancia, se paró de pronto delante de un espejo, y mirándose en él, soltó una ruidosa carcajada.

—Muy viejo estás, Juan, dijo hablando consigo mismo. Pero, qué importa! No se trata de hacer el amor: me caso con doña Maria de Velasco, y afianzo asi la alianza del de Haro y de los Mendozas..... Los Mendozas..... es menester acallarlos; porque despues de la última jugada, preparo otra peor al obispo, y hay que manejarlos con maña: el capelo no es para él: es para mi

sobrino Acuña. Si, esto ha de ser; pero cállate, Juan: no lo digas á nadie.

Pasados algunos dias, vino el rey á visitar al maestre en su propia casa. Estaba muy satisfecho de la actividad y celo con que le servia, necesitaba esplayar el torrente de sus sentimientos benévolos, y queria hacerlo sin que pudiese oirle el alcaide del alcázar, ni persona alguna de las que estaban á su servicio. Don Juan Pacheco le esperaba, y le tenia preparada la mas agradable sorpresa. En su gabinete reservado habia puesto sobre una mesa el dinero que prestaba al rey, el cual en el momento de entrar, quedó deslumbrado.

—Calla! exclamó. Y eres tú el que dices que estás pobre?

—¡Ay, señor! contestó el privado: ese dinero no es mio.

—Pues de quién es?

—Vuestro.

—Mio! Quién me lo presta?

—El primero á quien he comunicado nuestro negocio, Abraham Señor. Bien os dije que haríamos oro.

—Diantre!... Con que Abraham!... Yo le debia ya no sé cuanto. Debe de ser muy rico ese judío... Y me lleva muy caro?

—Temo que os llevará muy barato. Ved ahi los albalaes, que firmareis cuando lo tengais á bien: el interés queda en blanco, pero segun he llegado á entender, Abraham no quiere exigiros mas de un seis por ciento.

—Qué felicidad!

—Qué desgracia! digo yo: á este habrá que pagarle su renta sin que le falte un blanca. Oh! se conoce que es muy pájaro el tal Abraham.

—Calla, hombre, por Dios! Estoy contentísimo. Si no fueras quien eres te nombraba ahora mismo mi tesorero.

—Con tal que me diéseis la tenencia del alcázar...

—No; eso no: quiero darte otra cosa mejor. Diantre! Bien lo mereces: ¿Alcázar quieres? Pues bien: cambiemos dos letras y toma en propiedad Alcaraz. ¿Te parece bien?

—Señor, yo no merezco... respondió con hipócrita modestia el maestre.

—Yo te la doy, tómala, y calla.

—En verdad os digo, señor, que siento en el alma os hayais adelantado á hacerme esa merced; porque deseaba pediros otra, no para mí, sino para cierto sugeto que conviene mucho atraer á vuestro servicio.

—Quién? tu tio Carrillo?

—Mi tio Carrillo es incorregible: á ese vale mas quitarle lo que tiene que no darle: es el único modo de atraerle, y sino á él á sus cosas. Como no duermo, pensando en los medios de fortaleceros, hace dias que, bregando en la cama, me ocurrió la idea de casar á mi hija Beatriz.

—Ah? Ya: dijo el rey fingiendo que comprendia.

—Pues, señor: ¿con quién casaré á esta muchacha, me dije, para que resulte de su matrimonio algun provecho á S A.? Entonces me acordé del leoncillo de Andalucía, Diego Ponce, y calculé que, dándole yo mi hija, y aumentándole vos su estado, tendríamos en él un escelente apoyo para resguardar aquella hermosa parte del reino. Seguro es que con esta sencilla combinacion estaria casi muerto el partido de vuestra hermana en Andalucía.

—Tienes razon. Al menos quedaria muy quebrantado.

—Pues bien: á ese objeto se dirigia la merced que yo deseaba pediros. Pero ya no es posible..... como no revoqueis la otra.

—Vah! Vah! Qué tontería! Veamos lo que te parece que debo hacer.

—Yo, señor, habia pensado que, dando al jóven conde de Arcos la isla de Cádiz con el título de marqués, habríamos conseguido nuestro objeto.

—Bien, hombre: dispon desde luego el casamiento. Yo mismo escribiré al conde, y le ofreceré, como dote de su mujer, ó como regalo de bodas, el marquesado de Cádiz. Hemos concluido.

—Señor, me abrumais con vuestras bondades, repuso D. Juan Pacheco inclinándose profundamente. Al cabo, esa merced refluye en beneficio de mi familia, y sentiria mucho que me creyéseis interesado.

—Será cosa de que te salgan los colores al rostro á los cincuenta años? No hablemos mas de eso, y vamos á otra cosa. Cabrera no aprueba vuestro negocio de los albalaes: dice que eso me perjudicará mañana, echando sobre mi corona una carga que no podré soportar.

—No quereis creerme. Cabrera nos ha dado chasco á todos: no sirve para el puesto en que le habeis colocado. Si tanta es su prevision, ¿por qué no os propone algun otro medio mas espedito y menos arriesgado para salir de apuros?

—Te diré, D. Juan: Cabrera es honrado y leal. Ya sabes que yo mismo pensé al principio como él. No todos tienen los alcances que tú, y por eso se oponen á tus proyectos.

—Señor, vuestra oposicion no me ofende, porque si alguna vez discutís conmigo, es solo por el deseo de acierto que os anima. Pero cuando otros combaten mis ideas, permitidme dudar de la rectitud de sus miras.

—Sin embargo, D. Juan: por esta vez te prohibo pensar mal...

—Haré lo posible para pensar bien. Pero conozco á Cabrera mejor que vos, y temo que sea demasiado adicto á vuestra hermana.

—Tanto como eso, no: se inclina mucho á la paz, y no dejo de conocer que me convendria transigir con Isabel. Eso de pensar que vamos á encender una guerra desastrosa, cuando yo esperaba vivir tranquilo, no es cosa que me satisface.

—Ya comenzais á vacilar? Pues bien: declaraos por la paz, y tendreis que hacer frente á vuestra hermana, al rey de Aragon y al de Francia, sin contar con el abandono de todos vuestros grandes señores. Yo creia, señor, que habíais abandonado ya para siempre vuestra política de indecision, que tan cara os cuesta.

—No, D. Juan, no: me arrepiento de lo dicho. Isabel es perjura, es rebelde, ha cometido faltas imperdonables...

—Y sobre todo la de atentar á los derechos de vuestra hija.

—Dime, ¿y se cree ya que la Beltraneja es mi hija? preguntó D. Enrique bajando mucho la voz.

—La decision con que acuden los grandes á defenderla os contesta por mí, repuso el maestre.

—Es verdad.

—A propósito, señor: bien sabeis que soy depositario de la sagrada persona de vuestra hija: pronto saldremos de aquí, y no puedo dejarla en el alcázar de Segovia. Si este se hallase bajo mi custodia, seria otra cosa. Es menester trasladarla á Madrid.

—Bien: haz lo que quieras. Yo en eso no me meto.

El maestre apretó los puños y rechinó los dientes con disimulo, al ver que el rey no comprendia lo que él deseaba, que era poseer el alcázar de Segovia.

Don Enrique, antes de separarse de su privado, firmó los albalaes que debian entregarse á D. Abraham Señor, en cambio de su supuesto préstamo, y el maestre quedó en sellarlos y en cuidar de que el tesorero del rey los vivase y sentase en sus cuentas.

Andrés de Cabrera desempeñó su cometido, y se hizo cargo del dinero, aunque no sin repugnancia; si bien disimulándola, porque no desconocia que una oposicion declarada podia malquistarle con el rey y asegurar contra él el triunfo de su enemigo. Sin embargo, resolvió en su interior ver al judío Abraham, á fin de prevenir el uso inmoderado que podia éste hacer, en su concepto, de unos documentos tales como los albalaes imaginados por D. Juan Pacheco.

Este, por su parte, apenas tuvo en su poder los albalaes, dispuso enviarlos al hebreo, y como habia de recibir de él un resguardo que en cierto modo declarase la procedencia del dinero, no queriendo ir él mismo, ni llamar á Abraham á su casa, para no despertar sospechas, dió la comision á su hijo, diciéndole:

—Vas á ir esta noche á casa de Abraham Señor: le entregarás estos pergaminos, y harás que copie de su letra y firme este pacto que aqui ves. Puede acompañarte Manoférrea, á quien darás á entender que se trata de una aventura galante. Abraham tiene una hija casadera que, segun dicen, es preciosa, y nada es mas verosímil como el que un mozo de tus años la requiera de amores. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente.

Llegada ya la noche, D. Diego cargó con los pergaminos y llamó á Manoférrea para que le acompañase.

La casa de D. Abraham era un semi-palacio antiquísimo de construccion sólida y sombría, situado en uno de los barrios menos céntricos de la poblacion. Tenia puertas á dos calles, la una principal y la otra estrecha y tortuosa, que era formada por el costado derecho de la casa y por unos edificios mezquinos de planta baja, que aislada de aquella parecian pobres cabañas al pié de un castillo feudal. Don Diego bajó por este callejon estrecho, y al doblar la esquina, oyó rechinar los quicios de la puerta principal, y retrocedió:

—Alguien sale, amigo Souza, dijo á Manoférrea. Adelántate y mira quien es.

Monoférrea dió algunos pasos, cubriéndose el rostro con su capellar, á tiempo que salia de la casa un caballero igualmente embozado y precedido de un criado que llevaba una linterna en la mano. El hidalgo portugués apretó el paso hasta ponerse al lado del caballero.

—Haceos allá! dijo éste, cuadrándose con arrogancia; ó vive Dios que me veré obligado á despejar mi camino.

—Id con Dios, señor de Cabrera, contestó Manoférrea saludando al tesorero del rey. No es á vos á quien busco.

—Ah! Es decir que buscais á alguno? Será por cuenta de vuestro señor?

—No, que es por la mia propia.

—Ea, pues! Buena fortuna, Souza.

—Buenas noches, señor alcaide.

Manoférrea volvió á donde estaba su señor, al cual dió cuenta de lo ocurrido.

—Está bien, le dijo D. Diego: quédate en esta esquina, y está al cuidado, por si acaso te necesito.

—Qué, os vais solo?

—No te inquietes por mí: me esperan.

Sin mas se dirigió D. Diego á la puerta de la casa, y levantando la gruesa aldaba, dió con ella un fuerte golpe. Un criado abrió un postigo para informarse de quien era el que llamaba, y aunque reconoció al jóven marqués de Villena, no le franqueó la puerta sino despues de haber cerrado por precaucion otras interiores, de las cuales una produjo un ruido estrepitoso de campanillas.

Don Diego entró en un espacioso vestíbulo, en cuyos costados habia puertas que conducian seguramente á los almacenes del rico judío. Allí, con palabras corteses, se le hizo aguardar un rato, hasta que por último se presentó un viejecillo, el cual, haciendo una profunda reverencia, le suplicó le siguiese. Precedido de este guia pasó el marqués por varios corredores angostos, débilmente alumbrados, al cabo de los cuales se detuvo el viejo, y abriendo una puerta forrada de cuero y tachonada de clavos dorados, se perfiló invitándole con la mano para que pasase.

Detrás de aquella puerta estaba el gabinete reservado de don Abraham: era una estancia cuadrilonga irregular, amueblada con severidad mercantil: armarios de roble sin pintar ocupaban los testeros: en medio habia una mesa colosal sin tapete ni otro adorno alguno, y sobre ella se veian cinco ó seis enormes libros de cuentas forrados de baqueta con cantoneras de bronce, y un gran tintero del mismo metal. Una trípode con asiento de piel y un sillon de talla gótica, semejante á los que vemos en los coros de las catedrales, completaban el mueblage de esta pieza, cuyo ambiente era templado con esceso por una fogata de leña de encina, que ardía en una chimenea.

Don Abraham se adelantó á recibir cordialmente al jóven marqués.

—Venid, ilustre señor, le dijo: dignaos tomar asiento en mi humilde morada.

Y le condujo al vasto sillon, donde quedó embutido de modo que solo mirando de frente se descubria su persona. El judío se colocó en la trípode al otro lado de la mesa, y apoyándose de codos en esta, esperó con aspecto benévolo que le hablase don Diego.

—Ya sabreis, dijo éste, cual es el objeto de mi venida. Mi señor padre me ha mandado entregaros unos documentos, y arreglar con vos un contrato, del cual traigo la minuta.

—Si, ya sé de lo que me hablais. Me permitis ver?...

—Tomad, repuso el marqués, sacando de bajo su tabardo un paquete de pergaminos y poniéndolos sobre la mesa.

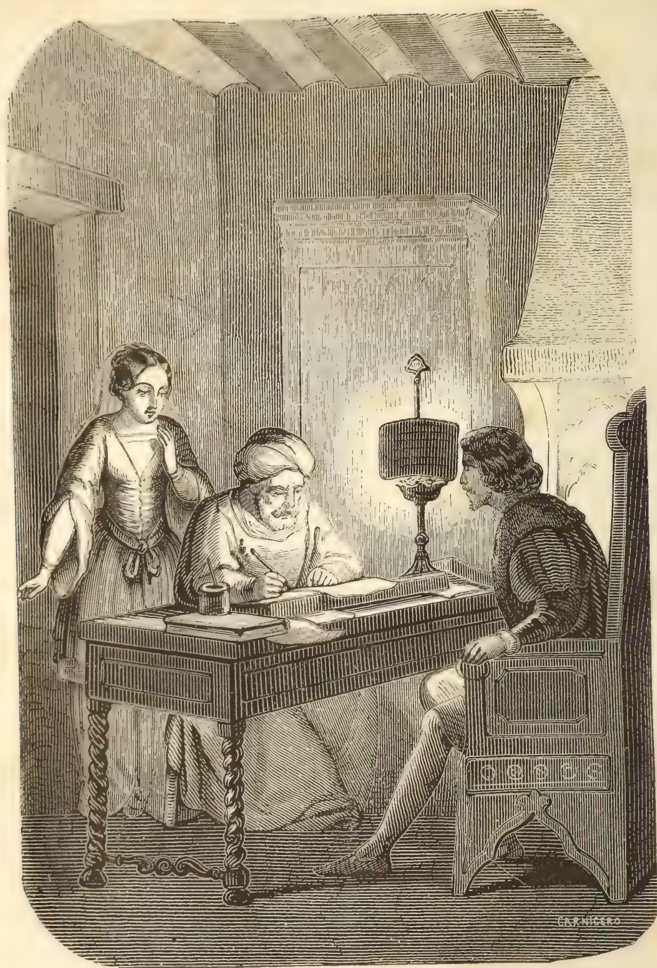
Don Abraham los examinó uno por uno, anotando de paso en un pedazo de papel las partidas que contenian, y despues que las hubo sumado, dijo:

—Están corrientes. Ahora falta el resguardo: traeis la minuta?

—Aqui está. Ved si os parece bien.

El judío tomó el papel que le presentaba D. Diego, y leyéndolo, vió que decia:

«Yo, D. Abraham Señor, mercader y vecino de esta ciudad de Segovia, declaro que soy en deber al muy ilustre D. Juan Pacheco, gran maestre de Santiago, señor de Escalona, etc., la suma de tres cuentos de maravedís, los cuales me obligo á satisfacerle cuando dicho señor me los reclame, sea en su totalidad ó por partes, con mas los réditos que á dicha cantidad corresponden, á razon de cuatro por ciento al año, y siendo conforme en ello el mencionado señor maestre de Santiago, me reservo la facultad de abonarle los tres cuentos de maravedís en documentos de crédito contra el tesoro real; pero no asi los interéses, que habrán de ser pagados por mí en metálico, segun hemos convenido, etc.»



D. Diego la miraba fascinado.

—Está en regla, dijo D. Abraham. Lo escribiré de mi letra para que haga mas fé. ¿No es así como lo quiere vuestro señor padre?

—Justamente.

Don Abraham abrió un cajon de la mesa, tomó de él un pergamino en blanco, y se puso á copiar el contrato. Mientras escribia pausadamente, formando las letras con mucho primor, don Diego se arrellanó en su sillon y guardó silencio. No se oia en la estancia mas rumor que el zumbido de la llama de la chimenea y el pausado chirrear de la pluma del judío.

De pronto, y sin que se percibiese el menor ruido de pasos, apareció ante los asombrados ojos de D. Diego una figura de mujer, que destacándose lentamente de la sombra, hubiérase creido que era uno de esos séres fantásticos é ideales que evoca el sueño. Era una jóven de tez alabastina, cuya blancura resaltaba mas á causa de ser sus cejas, ojos y cabellos negros como el azabache: su cuerpo de sílfide estaba cubierto por una túnica de finísima tela de lana de corderos, sobre la cual llevaba una tunícela de seda de color azul claro. Tenia la mirada de la inocencia, limpia y risueña, y sus lábios entreabiertos parecian una rosa cuando aspira los primeros besos del céfiro.

Don Diego la miraba fascinado, sin atreverse á dar fé al testimonio de sus ojos, y reprimia el aliento. Ella se adelantó hasta colocarse junto al judío, á quien seguramente creia solo, y conteniendo sus movimientos como para no turbarle en su tarea, inclinó graciosamente la cabeza para mirarle, y quedó por espacio de algunos segundos en esta actitud. Don Abraham alzó casualmente los ojos del pergamino para mojar la pluma, y reparando en la bella aparicion, fijó rápidamente sus miradas, primero en ella, luego en el jóven marqués, y cual si le hubiese tocado una víbora, un estremecimiento nervioso agitó todos sus miembros.

—Lia! ¿Qué haces aquí? murmuró el anciano con voz cavernosa.

La jóven miró entonces al sillon, donde el marqués estaba,

por decirlo así, sepultado, y un grito de sorpresa se escapó de sus lábios.

—Ah! Señor, dijo: creí que estábais solo.

—Véte!... Véte!... desdichada! barbotó el judío.

—No la despidais asi, D. Abraham, dijo D. Diego levantándose; pues tanta hermosura digna es de ser admirada.

—Oh! perdonad, señor marqués, repuso el judío con trémulo acento: es mi hija predilecta... y sé lo que debo hacer.

La jóven se habia cubierto ya el rostro con un velo que le pendia de la cintura. Hizo, aunque turbada, un gracioso saludo, y se retiró.

—Hermosa hija teneis, D. Abraham. Pardiez que no lo sería mas una princesa!

—Os equivocais: no es tan hermosa como decis.

—Oh!... No disputemos. Yo os aseguro que podeis envaneceros de tenerla, y que con razon sois avaro de su hermosura.

El judío volvió á tomar la pluma, sin responder y acabó de copiar con mano temblorosa el documento, que entregó en seguida al marqués, apresurándose á despedirle con frases corteses. En seguida tomó la minuta y la guardó con los albalaes.

Don Diego salió á la calle, donde encontró á su fiel Manoférrea dando paseos para desechar el frio.

—Amigo Souza, le dijo: vengo loco de amor. Es la criatura mas bella que ha nacido.

—Lo celebro infinito, señor; aunque sentiré que otra vez no haya para mí algun rincon dentro de la casa; pues he creido helarme.

—Vah! Qué tal diga un hombre de tus brios.

—No digo mas que la verdad.

—Pues, amigo, no creo que sea esta noche la última. Diablos! No es una lástima que esa muchacha se case?

—Si se casa, tanto mejor para vos.

—No me entiendes. Yo necesito robar esa chica á su padre. Es un asombro!

—Bien, señor: se la robaremos.

Así continuaron hablando mientras se encaminaban hácia el palacio de Villena.

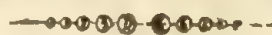
Luego que D. Juan Pacheco recibió el documento escrito por don Abraham, diz que lo guardó con el mayor cuidado, murmurando:

—No he perdido el dia: con el valor que representa este pergamino he comprado una ciudad, para mí, y un marquesado para mi hija, y aun me queda íntegro el capital, y además los réditos. A este paso puedo adquirir todavía media Castilla con el mismo dinero. Dichoso el que encuentra la semilla de los nécios, y sabe sembrarla en tierra fértil.





CAPÍTULO VII.



Una venganza frustrada.

Don Diego Lopez Pacheco era ciertamente un señor muy poderoso. Aunque jóven debia tener el orgullo y la dignidad de su clase. ¿Cómo es que se inclinaba tan fácilmente á intrigas amatorias nada delicadas, poniendo los ojos en mujeres, cuya condicion social no podia igualar á la suya, y á quienes no se acercaba sin empañar su pureza.

En el período histórico que venimos bosquejando, la nobleza castellana, salvas muy pocas escepciones, no tenia ideas fijas acerca de lo que constituye la verdadera hidalguía. En vano la naturaleza, siempre propensa á convertir en frutos las semillas que en su fecundo seno germinan, despertaba en los ánimos de aquellos descendientes de héroes, ciertos sentimientos generosos nobles y elevados: como flores nacidas entre zarzales, apenas brotaban estos bellos atributos del hombre de honor, eran ahogados ó se desfiguraban y perecian. El antojo y la violencia de pasiones nunca domadas, constituian la ley moral de aquellos magnates: la

fuerza brutal, la astucia y la perfidia, sus medios de accion. Solo se creia pequeño y menguado aquel que no osaba atropellarlo todo hasta lograr sus fines. El orgullo, esa pasion noble, que bien conducida, es la fuente del pundonor y hasta del heroismo, era entonces un turbio manantial de osadía y desenfreno: el que habia nacido grande, se conceptuaba autorizado para hacer gala de todos los vicios.

Hemos visto al jóven don Diego pagar generoso tributo á los impulsos espontáneos del corazon: á medida que el jóven se hacía hombre, la savia de las virtudes se desecaba en él, consumida por el estío de la vida en el árido arenal de una sociedad disoluta. Pasarán años: una mano laboriosa plantará las semillas del honor en el campo desierto, arrancando con energía la mala yerba, y el noble caballero se alzará como el cedro, adornándose con las galas propias de su calidad.

Entre tanto don Diego era lo que la fatalidad de su época queria que fuese.

Vió á Jarifa, y la deseó: el recato de la jóven mora enjendró en él sentimientos, aunque vehementes, delicados y puros. La encontró accesible á sus ruegos, y la despreció como á una flor deshojada.

Vió á la interesante Lia, y necesitó profanar la pureza de su alma. Pero no era fácil penetrar en la fortaleza que un padre celoso habia levantado para defender la inocencia de su hija. Don Diego repitió con frívolos pretestos sus visitas á don Abraham, sin que volviese á ver la bella aparicion que tanto le habia fascinado. Y como quiera que un señor poderoso sea en todos tiempos semejante á un niño mal criado; es decir, obstinado y terco siempre que encuentra alguna oposicion á sus caprichos; y como Lia fuese además un juguete demasiado lindo para que un jóven noble pudiese renunciar á ella, nuestro marqués redobló sus esfuerzos en la misma proporcion que sentia contrariada su voluntad, y mil veces juró en el fondo de su corazon trabajar sin descanso hasta poseer aquella codiciada perla.

Pero pasaban dias. El maestre de Santiago, habiendo reuni-

do gran cantidad de dinero, con que de todas partes contribuian los ricos y en particular los judíos en cambio de los albalaes en blanco librados por el rey, habia marchado con éste á Madrid, acompañando á la reina doña Juana y á su hija, que debian quedar bien guardadas en el alcázar de aquella villa, para poder abrir luego con mas desembarazo la campaña que se preparaba contra doña Isabel y su esposo. Don Diego quedó en Segovia con una fuerza respetable, á fin de apoyar al alcaide en caso necesario, segun se dijo; pero en realidad para vigilar su conducta y mantener, si fuese necesario, la ciudad en la obediencia del rey.

El jóven marqués, sin embargo, no tanto se cuidaba de su importante cometido, cuanto de visitar á don Abraham de dia y rondarle la calle de noche: ningun suceso venia en ayuda de su liviana esperanza, mas por lo mismo que nada alcanzaba, ofendíase su orgullo y cobraba mas dureza su obstinacion. Con esto crecian los recelos del judío, el cual comenzaba á mirar con ódio al perseguidor de su hija.

Una tarde, por este tiempo, llegó á Segovia el rabí don Abiabar, y fué á hospedarse, como solía, en casa de su cuñado Abraham. El rico mercader no tenia secretos para el hermano de la que fué su esposa, ni á sus miradas se ocultaba el tesoro de hermosura en quien ponia su amor y su dicha.

—Bien venido seas, Abiabar, le dijo, saliendo á recibirle, y dándole los brazos.

—Salud, hermano! le contestó el gran sacerdote con acento grave.

—Que tienes, Abiabar? La pena que aflige á tu corazon, ¿no ha sentido alivio?

—Mis penas, Abraham, son irremediables: el averno se complace desencadenando sus iras contra mí, y solo me dá para consuelo sus armas de esterminio, que mi corazon aborrece. ¿Dónde está tu hija.

—Por qué me lo preguntas? Mi hija vive en la vida de los ángeles. ¿Quieres verla?

—No: déjala en paz hoy; porque mi vista la causaria alguna desgracia. Retirémonos á tu aposento reservado.

Los dos judíos se retiraron á la habitacion que antes hemos descrito, y habiendo cerrado la puerta, dijo Abiabar.

—Hermano: te he preguntado por tu hija. ¿Es cierto que se han fijado en su hermosura los ojos impuros de un magnate enemigo de nuestra ley?

—Es cierto.

—Y sabes que ese hombre pertenece á una raza que marchita con su aliento envenenado todo lo que toca.

—No ignoro que tienes de él justas quejas. Sin embargo, la flor que yo guardo no estará jamás al alcance de su aliento. Lia no seguirá el camino de Jarifa.

—No lo seguirá, prorumpió Abiabar, contrayendo sus duras cejas, porque yo pondré acechanzas al lobo para que no entre en el redíl de la oveja: no lo seguirá, porque el seductor, el asesino de Jarifa está condenado por el tribunal de Israel.

—¿Cómo condenado? Y qué tribunal puede condenar á un señor tan poderoso?

—Ah!... Me olvidaba de que hablo con un ser tímido que ninguna participacion tiene en los destinos del pueblo escojido de Dios. Abraham, tú entiendes de comprar y vender, y eres ducho en préstamos y cobranzas: déjame á mí velar por tu honra del modo que me cuadre.

—No hables de mi honra, cuando piensas en tu venganza. Yo basto para guardar mi honra.

—Lo crees asi?... Abraham: no hay nada seguro para esa raza, que á todo atenta y todo lo atropella. Óyeme, y guarda mis palabras con siete sellos en tu pecho. ¿Te acuerdas de Mendo Alerce? Aquel honrado menestral tenia una hija: un bandido, amigo de esa familia, el rico-hombre de Hinestrosa se la robó, y la entregó luego al poderoso marqués. El marqués quiso entregarla al príncipe don Alonso para precipitar la muerte de éste. ¿No recuerdas una partida de caza en que estuvo á punto de perecer.

—Si, la recuerdo. ¿Y fué el marqués?
—El marqués. Sabes que luego el príncipe murió: pero ignoras quien le envenenó.
—Quién?
—El marqués. Has presenciado los vergonzosos juramentos del rey, sus mas vergonzosos perjurios, su indecision constante, su impotencia y su descrédito. ¿Sabes de quien son obra?
—De quién?
—Del marqués: del mismo que prepara la ruina del reino; del que pretende arrojar al cieno una corona, para luego recogerla y ceñirla á las sienes de su hijo; del que atenta contra el honor de la mujer mas pura, de la intachable Isabel, y del que, por último, acaso conspira en este momento contra nuestras haciendas y vidas.
—Es terrible lo que me dices, Abiabar. Pero ese hombre ha depositado en mí su confianza. Los capitales que en mi nombre se han prestado al rey, son suyos.
Una sonrisa infernal movió los labios de Abiabar.
—Ya lo sabia, dijo: el maestre quiere hacerse mas poderoso, tal vez á costa tuya. Tú eres responsable de ese dinero, que probablemente no cobrarás jamás.
—Oh! Eso no; porque le devolveré sus cédulas: con ellas le pago.
—Allá veremos. Pero ya te he hablado del padre: déjame que te hable del hijo. El viborezno ahora empieza á morder: entró en mi casa; emponzoñó el honor de la que era mi único bálsamo de felicidad, é infiltró en su seno la muerte.
—Oh! Pobre Jarifa! Nada has sabido de su destino?
—Nada sé que no me revele su fin desastroso. Pero aun conservo alguna esperanza de que vive. Abacuc me traerá esta noche noticias, y por cierto que ya tarda.
—No esperes imposibles, hermano. Si Jarifa viviese, estaria contigo ó conmigo.
Abiabar meneó la cabeza como quien reflexiona, y ocultando una lágrima, repuso:

—Es verdad.

A este tiempo sonó el ruido de campanillas, que anunciaba la llegada de alguna persona.

—Será Abacuc? dijo Abiabar. Si acaso es él, déjanos solos hermano.

El astrólogo apareció en la puerta de la estancia. El mercader saludó y se retiró á otro aposento.

—Qué noticias traes? preguntó el anciano levita.

—Ningunas que puedan serte gratas. Jarifa no existe, y ojalá que nunca hubiera existido.

—Esplícate.

—No he necesitado ir á Sigüenza, como me mandaste. Los informes que me han dado del paje Lucilo, varios criados del obispo Mendoza, que he encontrado cerca de Guadalajara, bastan pura convencer á cualquiera de que ese jóven nada tiene de comun con Jarifa.

—Y te has fiado de informes?

—Si: Escúchame. Lucilo es un mozo pendenciero y bullicioso, que en quince dias ha roto la cabeza á tres halconeros del obispo, ha dado veinte bofetadas á otros tantos escuderos y palafreneros, y ha desafiado á todo un hombre como D. Gutierre de Cárdenas, que acertó á pasar un dia en el palacio episcopal de Sigüenza, solo porque le dijo que tenia cara de niña. Si estas señas concuerdan con las de Jarifa, iré á buscarle todavia.

—Pero no le has visto?

—No, porque merced á sus hazañas, está castigado de órden del obispo en el castillo de Almazan, donde hace el servicio de armas, para el cual, es á lo que parece, mas adecuado que para llevar sotana. Si estas noticias no te convencen, oye otras que te aclararán mas el misterio.

—Habla.

—Volviendo ayer de mi correría, pasaba por la márgen izquierda del Adaja, cuando ví sentado junto al camino un mendigo que me pidió limosna. Tenia en la mano un pergamino escrito y muy ajado, cuyos caractéres hebreos fijaron al punto mi

atencion.–¿Sabes leer eso? le pregunté. Y me contestó:–Ay, señor: si yo fuese tan sabio que supiera leer, no pediria limosna. Tomadlo, si lo quereis y os hace al caso, pues yo no entiendo nada de esos garbatos.–Tomé el pergamino y le dí un real de plata, con lo que se fué muy contento, y yo seguí mi camino descifrando lo escrito que estaba muy borrado por las lluvias. A las pocas palabras que leí conocí con asombro que era una carta de Jarifa.

—Es posible!

—Volví atrás, alcancé al mendigo, que como él iba á pié y yo á caballo, no me fué difícil, y le pregunté por la procedencia del pergamino.–Buen señor, me dijo, señalándome un ribazo á á orillas del rio: buscando unas yerbas para alimentarme, hallélo en aquel recuesto.

—Pero esa carta... ¿Dónde está?

—Vedla aqui!

Abacuc sacó un pergamino muy arrugado y manchado de lodo, en el cual habia trazados, en efecto, letras hebreas, descoloridas y borrosas, como si el agua las hubiese azotado mucho tiempo. Abiabar lo tomó, y reconociendo la mano de Jarifa en aquellos caractéres, se estremeció de emocion.

Lo escrito decia asi:

« Al rabí don Abiabar, principe de los sacerdotes.–Si llegan « á vuestras manos estas letras, que confio á la Providencia de «Dios, no me maldigais, mi respetable amigo. He sido débil tres « veces: primero dí mi amor á quien no lo merecia: despues le « confié vuestro secreto: ahora, por último, no tengo valor para « sobrevivir á la perfidia del que me juró eterna fé. Muero, y os « lego mi venganza, que es al mismo tiempo la salvaguardia de « vuestro pueblo escogido. Adios, Abiabar, hasta la eternidad. »

Las megillas de Abiabar se habian tornado mas blancas que su plateada barba. Sus ojos despedian fuego.

—Ah! La desdichada! exclamó: se ha perdido y nos ha perdido á todos! Le confió nuestro secreto! Es decir, que D. Juan Pacheco sabrá ya que le engañamos, y estará preparando nues–

tra ruina! Abacuc, estoy decidido á jugar la vida. El asesino de Jarifa debe morir. ¿Están avisados todos nuestros amigos?

—Para eso acabo de recorrer la comarca: bien lo sabes.

—Marchemos, pues: no les hagamos esperar.

Los dos jefes de la Perpétua noche se despidieron de don Abraham, que acostumbrado de mucho tiempo á las salidas nocturnas de Abiabar, no estrañó nada, si bien sospechaba que su cuñado tenia parte en algun conciliábulo secreto.

Una hora despues la tenebrosa sociedad celebraba una de sus asambleas parciales en el magnífico subterráneo próximo á Segovia, que ya concen nuestros lectores. Los miembros alli reunidos eran los mas notables por su fanatismo y arrojo. Abiabar les arengó, recordándoles sus tremendos deberes y haciéndoles saber que un traidor se habia introducido en la hermandad, y era necesario estirparlo. Todos los congregados espresaron su indignacion, ofreciéndose á sacrificarse por la causa comun. Entonces el gran maestro mandó á su ayudante Abacuc echar suertes para el nombramiento de cinco esterminadores.

Abacuc sacó de una bolsa de brocado cinco bolas, en que habia escritos otros tantos números y los fué publicando en alta voz. Los sócios á quienes correspondian aquellos números se iban levantando, segun los oian pronunciar, y se acercaban á la mesa.

Terminado el sorteo, Abiabar declaró disuelta la asamblea, citándola para otra noche, y llevando consigo los cinco individuos nombrados al gabinete negro, les dijo:

—La hermandad pudiera castigar en su recinto al culpable, pero esto comprometeria seguramente á nuestros hermanos: debeis buscarle fuera de aqui, espiarle, y aprovechar el momento para herirle.

—Su nombre? preguntó uno de los conjurados.

—El marqués de Villena.

Todos retrocedieron espantados al oir este nombre,

—Acaso le temeis? Pues bien, dejadle vivir, y él os esterminará á vosotros y á vestros hijos.

—No le tememos, no, dijo otro de los sócios. Yo sé donde puedo encontrarle, y esta noche quedarán cumplidas tus órdenes.-Y volviéndose á sus compañeros añadió:-Seguidme.

Abiabar los miró salir, diciendo para sí:

—Oh! Por ella hubiera yo podido ahogar mi ódio, y darle el imperio sobre mi pueblo. Pero él ha sido perjuro y me ha robado mi dicha. Perezca, y comience con él el esterminio de su raza.

—Qué piensas, Abiabar? le dijo Abacuc acercándose. Vas á satisfacer tu venganza; pero no evitarás nuestra ruina.

—La ira de D. Juan Pacheco solo puede caer sobre mí; pero su cabeza guarda la mia. Quiero aterrar al coloso que á todos hace temblar, y lo aterraré porque él no conoce á sus enemigos.

—Luchará contra todos los hijos de Israel.

—Y qué importa, si no podrá con toda su grandeza, anonadar á la hormiga que haya de clavarle el aguijon? ¡Ay de él, si se moviese contra nuestro pueblo!

Los dos gefes se retiraron lentamente hácia Segovia.

En aquellos momentos D. Diego Pacheco estaba disponiéndose para salir de su casa con gran sigilo, y solo acompañado de su fiel amigo Souza. Era ya cerca de media noche, y la oscuridad intensa y el frio glacial dejaban desiertas las calles. En aquella época no se conocian el alumbrado público ni la vigilancia nocturna permanente, que solo era suplida por alguna ronda, y asi es que todo el mundo se retiraba á sus casas al anochecer para evitar malos encuentros de matones y rateros. Solamente los enamorados galanes arrostraban la osadía de los malhechores, y muchas veces contribuian con ellos á turbar el reposo de los pacíficos habitantes.

Don Diego, á tales horas en la calle, debia ser clasificado necesariamente en una de estas dos especies de ciudadanos intranquilos. Hablando en voz baja con Manoférrea, y siendo ambos invisibles en medio de las tinieblas, se encaminaron hácia la casa de D. Abraham, y entraron en el callejon donde estaba la puerta lateral de la misma.

—Veo la seña convenida, dijo el jóven marqués mirando á una ventana que habia sobre aquella puerta, y en la cual se veia luz. Raquel me cumple su palabra.

—Pues bien, señor: ya que para vos hay hospitalidad, bueno será que esa vieja hebrea me permita estar á cubierto. Aqui corre un cierzo que no puede sufrirlo el mismo diablo.

—Ya veremos el modo de arreglar eso, camarada.

—No hay mas arreglo sino que cuando os habra la puerta, me cuelo yo bonitamente, y si quiere echarme, la ahogo.

—Es un medio muy espedito para que los dos quedemos en la calle. Pero ¿no has oido? Suena la cerradura. Acerquémonos.

—Aguardad, señor. Vos no atendeis mas que á vuestro negocio. Yo veo algo mas.

—Qué pasa?

—Mirad aquellos bultos: me parece que nos observan.

Con efecto, acababan de aparecer en un estremo de la calle dos embozados, los cuales avanzaban lentamente hácia nuestros conocidos.

—Sigamos pausadamente la calle arriba, dijo D. Diego, y dejémosles pasar: no conviene que nos vean entrar.

Y uniendo la accion á la palabra, comenzó á seguir la direccion indicada.

—Por ahi vienen otros, observó Manoférrea. ¿Nos habrá tendido algun lazo la vieja Raquel?

—Empuña, y sea lo que quiera, repuso el marqués medio desenvainando su espada.

Pocos momentos despues nuestros dos aventureros se encontraron con los que bajaban: eran tres: dos de ellos tomaron los aceros, mientras el otro se plantaba en frente de D. Diego, y vibrando un largo puñal, le acertaba rápidamente un golpe al pecho, sin hablar palabra. El arma mortífera se embotó en la cota de malla que llevaba el caballero, el cual, dando un salto atrás, sacó su espada y se puso en defensa. Manoférrea quiso acudir á socorrer á su señor, pero en el mismo acto se sintió aco-

metido por la espalda: eran los dos primeros embozados que llegaban en ayuda de los segundos.

—Unámonos, amigo Souza, y demos fin de esta canalla, dijo el marqués formando semicírculos con su tajente espada.

—Unámonos por las espaldas, señor, que por ambos lados nos acometen, repuso Manoférrea.

Y corrió á ejecutar su pensamiento, á fin de hacer frente por una y otra parte á los enemigos: pero antes que pudiese colocarse en su puesto, saltó en medio de los dos uno de los que habian tomado las aceras, descargando á Souza una puñalada que le penetró en las carnes.

—Seguidme, señor, gritó Souza, ocupando de un brinco el lugar que acababa de abandonar su contrario. Ganemos la pared...

Al mismo tiempo descargó tan tremendo tajo sobre la cabeza de otro que le disputaba el puesto, que se la abrió, haciéndole caer al suelo casi sin vida.

—Uno! exclamó con feroz alegría el hidalgo portugués.

Don Diego retrocedió, oblicuando para buscar el apoyo de su compañero. En este movimiento se descubrió un poco por la izquierda, y dos puñales le hirieron á pesar de la cota, uno en el omoplato y otro en el costado.

—Ira de Dios! gritó el jóven acabando de apoyarse en la casa de Abraham. Ahora vereis, miserables asesinos, que no os vale ser muchos.

Los cuatro agresores, guardando siempre el mas profundo silencio, concentraron tambien sus fuerzas, inclinándose al lado de don Diego, tanto para acabar con él, cuanto para esquivar los certeros golpes del tremendo Souza, que los mantenia sin tregua á la distancia que alcanzaba su espada. El jóven magnate, á pesar de sus muchos brios, se veia cerrado á cada momento por sus contrarios, cuyo arrojo parecia desesperacion.

—Vé cediendo, Souza, vé cediendo..... Salgamos á lo ancho, dijo sin dejar de defenderse.

Manoférrea conoció la intencion de su señor, que era ganar campo ancho donde poderse manejar, y comenzó á protejer su retirada, deslizándose á lo largo de la pared. Este movimiento les condujo hasta la puerta, cuya cerradura oyeron sonar en el momento de su llegada. Los asesinos redoblaron sus esfuerzos para acorralarlos en aquel estrecho hueco, donde les era mas difícil manejar las espadas con desembarazo.

—Pero qué quieren de mí estos demonios? dijo con rabia el marqués.

—Tu vida, murmuró uno de los asesinos, asestándole una puñalada que le rasgó la cota, y le hirió aunque no de gravedad.

Don Diego sintió que le faltaba el apoyo de la espalda: buscó la puerta con la mano izquierda, y conoció que estaba abierta. Cediendo entonces al natural deseo de salvarse, describió un semicírculo con su espada, y tirando al mismo tiempo de Manoférrea, entró con él rápidamente en la casa y cerró la puerta con violencia.

Una ronda apareció en aquel momento en la esquina de la casa. Los asesinos corrieron hácia donde habia quedado tendido su compañero. Uno de ellos intentó llevársele, pero siendo esto imposible por la premura del tiempo, le puso la mano sobre el corazon, y advirtiendo que aun latia, le hundió su puñal por el mismo sitio y escapó. Cuando llegaron los de la ronda, solo encontraron un cadáver en el lugar de la refriega.

Entre tanto D. Diego buscaba á tientas en la oscuridad alguna entrada que le condujese á lo interior de la casa, cuando oyó la voz de una mujer que desde un rincon le decia:

—Oh! señor, por piedad! estaos quedo y no hagais ruido: no me perdais.

—Ah! maldita vieja! Dónde estás? Tú nos has vendido.

—Señor, os juro por lo mas santo que no he pensado mas que en serviros. Pero ese maldito lance ha debido alarmar á mi dueño, y es menester que salgais, no sea que os encuentre aqui.

Don Diego, guiado por la voz de la vieja Raquel, llegó hasta ella, y la cogió de un brazo.

—Salir de aquí? dijo. No puede ser. Estoy herido y necesito que me cure tu señora.

—Santo Dios de Abraham! Eso es imposible.

—Guia sin demora, ó te ahogo, vieja harpía. Si haces lo que te mando, tendrás veinte ducados mas sobre los que te he prometido.

—Pues bien, señor: seguidme, pero si mi dueño os descubre, no le reveleis mi culpa.

—Nada temas.

Raquel condujo á D. Diego hasta una cámara inmediata al aposento especial de Lia, y dejándole descansar en un sillon, se retiró por una puerta interior.

Lia estaba levantada, y habia presenciado parte de la lucha entre D. Diego y sus agresores.

—Qué ha sido eso, mi querida Raquel? preguntó saliendo al encuentro de la vieja.

—Qué ha de haber sido, mi querida señora? la contestó Raquel. Han intentado asesinar á un magnífico señor, y no sé como ha conseguido introducirse en casa, merced á lo cual se ha salvado.

—Es posible? Le habrás abierto tú la puerta.

—Yo abrirle! No por cierto. Pero habiendo entrado, y hallándose herido, era forzoso prestarle algun auxilio.

—Y dónde está?

—Oh! No os alarmeis, mi querida señora. Contando con vuestro buen corazon, le he conducido á ese aposento inmediato. ¿Queréis verle? Vamos, venid. Es un jóven tan interesante...

—Qué imprudencia! Si mi padre le viese... Oh! Es menester que se vaya pronto...

—Eso es: y que acaso se muera por vuestra causa.

—Ay! no: en ese caso, lo mejor es avisar á mi padre.

—Venid. Si él quiere, le avisaremos. Además, vos le persuadiréis mejor para que se vaya, si puede.

Lia, en parte movida de compasion y curiosidad, en parte impulsada por Raquel, salió á la estancia donde aguardaba don Diego.

—Caballero, dijo la jóven, turbada al reconocerle; no puedo permitir que estéis en mi aposento. Si, como presumo sois amigo de mi padre, le pasaré recado...

—Hermosísima Lia, contestó D. Diego; lo que vos dispongais, eso será de mi agrado. Pero si quereis complacer á um hombre, que por vuestra causa está herido, me permitiréis hablaros á solas un momento: despues haré lo que me mandeis.

—Herido por mi causa! exclamó la jóven, abriendo desmesuradamente sus magníficos ojos negros. ¿Cómo puede ser eso?

—Si os dignais escucharme...

—Oh! Si; pero antes debeis pensar en curaros.

—No son graves mis heridas: apenas sale sangre de ellas. Otra mas honda me aflige, que solo vos podeis curar.

Diciendo esto, D. Diego hizo seña á Raquel para que se retirase. La vieja hebrea obedecíó al momento.

—Otra herida! exclamó Lia. No os comprendo.

—Acercaos, bellísimo ángel, y me comprenderéis, dijo don Diego levantándose. Y tomando una mano á la jóven, la aplicó sobre su corazon, y añadió:-La herida mas profunda que me mata, la han abierto vuestros divinos ojos, Lia, y está aqui dentro. ¿No sentis brotar la sangre á borbotones? ¿No percibís el ardor de la fiebre que me devora?

—Oh! dejadme! dejadme, caballero! murmuró la jóven temblando. Yo no sé de que me hablais... No debo saberlo... Dejadme y salid, ó llamaré á gritos, para que venga mi padre.

—Llamadle, pues, ingrata, y me matará, ó tendré que matarle.

—Dios mio! Qué decis!

—Lia! dulce amor mio! Tranquilizaos, y tened compasion de mí. Yo os adoro desde que aparecísteis á mis ojos como una sílfide aérea que desciende de las nubes para consolar á los morta-

les. Yo no vivo sino para vos: por respirar el aire que os rodea, por gozar del ambiente de vuestra morada, he venido esta noche, como otras muchas, á colocarme al pié de vuestras ventanas. Ahi me han acometido unos asesinos, con tanta fortuna mia, que á su agresion debo la dicha de contemplaros un momento. Ah! hermosa Lia, ¿me habré refugiado aqui para encontrar segura y mas amarga la muerte en vuestra crueldad?

—Pero de qué me acusais? repuso la inocente jóven. Qué puedo hacer por vos? Estais herido? Llamaré á mis mujeres para que os curen. Temeis que mi padre os vea? Yo tambien lo temo: idos, pues: los asesinos han huido, ya no correis peligro ninguno.

—Es posible, Lia, que siendo tan hermosa, seais tan insensible? Os amo, y me despedís con desprecio!

—No, yo no os desprecio, no dejo de sentir vuestra desgracia.

—Si, mi desgracia, decis bien: porque lo es muy grande amar como yo amo á una mujer incapaz de corresponderme.

—Oh! Caballero. No debo corresponder á ese amor, sino con una buena amistad. Soy la desposada de Benjamin.

—Acaso del que ha intentado asesinarme!...

—No, no: Benjamin no está en Segovia, os lo juro; y es incapaz de cometer un asesinato.

En este momento sonó ruido de pasos como de persona que se acercaba hácia el aposento de Lia. Raquel se presentó azorada, diciendo:

—Mi señor viene, huid.

—Mi padre! Oh! Salid, retiraos por piedad! exclamó Lia.

—Raquel condujo á D. Diego hácia la puerta de salida, pero retrocedió espantada:

—Ya no es tiempo, dijo: están ahi.

—Ocúltale, Raquel, ocúltale, murmuró Lia: que mi padre no le vea.

—Venid, venid pronto! dijo Raquel, haciendo entrar al caballero en el cuarto donde antes se habia ella retirado.—Un ins-



No culpeis á vuestra hija....

tante despues entró don Abraham con una linterna en la mano. El viejo hebreo echó una ojeada investigadora á la estancia, y luego miró á su hija, cuya turbacion no pudo ocultarse á su perspicacia.

—Qué es esto, Lia, mi amada hija? dijo. ¿Cómo es que te hallo levantada siendo tan tarde?

—Señor, contestó la jóven con voz balbuciente: el ruido de esa quimera, que acaso habreis oido, me desveló.

—Si, eso es muy posible; pero despues has podido tranquilizarte. ¿Quien estaba contigo hace un momento?

—Raquel.....

—Y nadie mas?

—Nadie mas, señor, repuso la jóven poniéndose encendida.

—Bien está, hija mia. Me permitirás registrar tus aposentos.

—Para qué, padre?

—Acabo de encontrar un hombre allá abajo, querida mia, y temo que se hayan introducido ladrones en casa.

—Oh! No, por aqui no ha entrado nadie: podeis estar tranquilo.

—Déjame verlo! prorumpió el anciano con energía. Si no ha entrado nadie, ¿por qué te opones á que yo me convenza por mis propios ojos?

Y se dirigió sin vacilar hácia el cuarto donde estaba oculto don Diego. Lia corrió á colocarse entre su padre y la puerta.

—No entreis, padre mio! no entreis! exclamó la jóven cayendo de rodillas.

—Apártate, desventurada! gritó el anciano fuera de sí. Quiero ver quien está ahi dentro! quiero verlo.

—No culpeis á vuestra hija, D. Abraham! dijo D. Diego saliendo. Yo soy el que buscais.

Lia y su padre dieron cada uno un grito; ella de terror, él de rabia.

—Señor marqués, dijo D. Abraham con voz trémula. ¿Qué haceis aqui escondido? No temeis que se os confunda con un malhechor?

—No, D. Abraham; porque quien de tal me calificase, responderia de su acusacion con la vida. Yo he llegado hasta aqui conducido por la casualidad: me acosaban unos asesinos, hallé una puerta mal cerrada, entré por ella, y andando á oscuras he llegado hasta este aposento. El hombre que habreis encontrado es un caballero de mi servidumbre, que no habrá acertado á seguirme. Si estrañais el haberme hallado escondido, os diré, que al sentirse vuestros pasos, vuestra hija, que me mandaba salir, temió que me viéseis en su compañia, y una criada que estaba con ella, me hizo entrar en esa estancia contra mi voluntad. Esto es lo que ha pasado, y puesto que me presento á vos, debeis conocer que no tengo porque ocultarme de un amigo, cuyos auxilios pensaba reclamar, pues vengo herido.

—No necesito que me deis tantas satisfacciones, dijo el anciano con afectada calma. Ya sé que mi Lia es incapaz de cometer una mala accion, y que vos sois un caballero. Venid, pues, conmigo, y os prestaré los auxilios que necesiteis.–Y volviéndose á su hija, añadió:–Tranquilízate, amada mia: no conviene ocultar nada á tu padre. Adios! Véte á descansar.

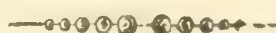
Dicho esto, indicó á D. Diego la puerta, y salió detrás de él alumbrándole.

La noche siguiente partia de Segovia por el camino de Valladolid una litera cerrada y cubierta con cortinillas. A su lado marchaba á caballo un arrogante jóven hebreo de veinte años, y delante y detrás formaban escolta doce hombres armados. Dentro de aquella litera iba Lia: el jóven que la acompañaba era su hermano Esaú.

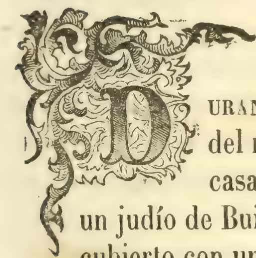




CAPÍTULO VIII.



Donde se confirma el refran que dice: «Hijo de gato caza ratones.»



DURANTE algunos dias se habló mucho en Segovia del muerto encontrado por una ronda junto á la casa de D. Abraham. Aquel cadáver era el de un judío de Buitrago muy bien acomodado: tenia el rostro cubierto con una careta de metal, y en sus bolsillos se habia encontrado una chapa de bronce con un número grabado en ella. Estas circunstancias estrañas dieron pié naturalmente á mil conjeturas. Si el asesinado hubiese podido hablar antes de morir, tal vez habria dado algun indicio para saber lo que todo aquello significaba, pero como tenia el corazon atravesado y la cabeza hendida, bajó al sepulcro con sus secretos, y los segovianos hubieron de resignarse, aguardando del tiempo la aclaracion de tan raro acontecimiento.

Pero no cupo la misma resignacion en el ánimo del jóven marqués de Villena, quien apenas oyó hablar de las circunstancias especiales del muerto, creyó comprender de qué parte venia

el ataque dirigido contra su persona, y resolvió en su interior, no solo castigar la osadía de sus agresores, sino ejecutar otros actos que hiciesen patente su poderío, y el riesgo á que se esponia quien contrariase sus antojos.

Inmediatamente salió para Madrid, sin aguardar á estar curado de sus heridas: caminó de noche á fin de no ser visto, y aunque llevó consigo una fuerte escolta de caballería, dejó esta gente oculta en uno de los densos bosques, que poblaban en aquel tiempo los hoy pelados campos inmediatos á la villa heróica, y se adelantó hasta el pié de los muros del alcázar, deteniéndose en el parage donde solian celebrarse las justas y torneos, y que por esta causa se conocia con el nombre de la Tela, que aun conserva. Desde alli envió á Beltran de Souza con encargo de dar aviso al maestre de su llegada, y de pedirle una entrevista secreta.

Una hora despues volvió Souza, y habiendo hablado algunas palabras al oido de su señor, dejó éste su caballo en poder de un escudero que le acompañaba, y se encaminó con el portugués hácia una de las poternas ferradas del viejo alcázar, que daba al campo del Moro. No habia en aquel momento ningun centinela en toda el ala del edificio que miraba al poniente; pues los que, por lo comun velaban en aquellos parages, acababan de ser relevados.

Manoférrea sacó una gruesa llave y la introdujo en la cerradura de la poterna, la cual cedió á los violentos esfuerzos del rudo hidalgo, y giró al fin con agudo chirrido sobre sus mohosos quícios de hierro. Tampoco este ruido atrajo la atencion de ningun vigilante: solo las lechuzas y cárabos, que anidaban en los torreones del régio edificio, revolotearon alarmados, dando lúgubres alaridos.

Don Diego se estremeció involuntariamente al sentir el frio húmedo de los subterráneos en que penetraba, y no habria podido dar un paso sin riesgo de perderse y perecer en aquel dédalo de profundas galerías, á no haber acudido en su ayuda una luz macilenta, que á lo léjos se divisaba, y parecia luchar

con las tinieblas. Guiado por aquella luz y por un criado de su padre que la tenia en la mano, anduvo largo rato, atravesando multitud de piezas avobedadas y subiendo escaleras tortuosas, que le inclinaban siempre hácia la izquierda, hasta que por último, comenzó á respirar un aire menos denso, y á pisar aposentos amueblados, aunque desiertos. Diríase que, léjos de hallarse en un palacio real, morada en aquel tiempo de torpes y ruidosos placeres, recorria un inmenso sepulcro abandonado hasta de sus cadáveres.

El guia continuaba subiendo escaleras: D. Diego y su compañero le seguian. Al fin se detuvieron en una pequeña antecámara, en la cual habia una puerta ojival entornada.

—Dónde estamos? Qué aposentos son estos? preguntó el jóven marqués á su guia.

—Señor, contestó éste: os hallais en la antigua torre del Norte, donde vuestro célebre antecesor D. Enrique de Villena tenia su estudio: esta es la parte mas solitaria y apartada del alcázar.

—Y la mas medrosa tambien, si es verdad, como cuentan, que mi ilustre antecesor tenia pacto con el diablo. ¿Y para qué me conducís á este sitio?

—Señor, vuestro padre está ahi dentro, y me ha mandado traeros á su presencia.

—Ya: mi padre está aquí! Bien.-Oid, Souza: quedaos en esta pieza por si os necesito.

Dichas estas palabras, D. Diego empujó la puerta y entró en un aposento cuadrado, que mas parecia el laboratorio desmantelado de un alquimista, que la estancia de un magnate. Don Juan Pacheco estaba sentado en un antiguo sillon de roble, junto á una mesa enorme, cuyo tablero negro por el tiempo y el uso presentaba en varias partes manchas rojizas, que parecian producidas por el contacto de líquidos corrosivos vertidos en él. A su lado se hallaba en pié y en actitud respetuosa el astrólogo Abacuc, cuya presencia en aquel sitio sorprendió al jóven de una manera poco agradable.

—Acércate, D. Diego, dijo el maestre, viendo que su hijó se detenia. Nuestro amigo Abacuc sabe ya, segun presumo, el objeto de tu venida, y merece nuestra confianza.

—Señor, contestó D. Diego; á nadie he revelado el objeto de mi venida, pues para que sea mas reservado, no he querido confiarlo á una carta. De modo que, si Abacuc lo supiese, desde ahora le proclamaria el hombre mas sábio del universo; y he de hacer una prueba para ver hasta donde alcanza su penetracion en el arte de adivinar.

—Estoy pronto á serviros en lo que dependa de mí, dijo Abacuc.

—Pues bien, hacedme el obsequio de retiraros á donde no podais oirme, y no os alejeis mucho, porque luego os consultaré.

Abacuc hizo una reverencia y salió de la estancia. Don Diego le acompañó hasta la puerta, y llamando á Manoférrea, le dijo:

—Guardad esta entrada, Souza, y cuidad que nadie se acerque á diez pasos de distancia.

En seguida cerró la puerta por dentro, y fué á sentarse en otro sillon cerca de su padre.

—Cosa grave es la que te trae, D. Diego, dijo el maestre; pues tantas precauciones tomas. ¿Habrá llegado el dia de que seas prudente y cauteloso, como tu padre te aconseja que seas?

—Ha llegado el caso de que mi cabeza ayude á la vuestra para seguridad de entrambos.

—Gracias á Dios que empiezas á tener juicio! Veamos: ¿de qué se trata?

—Señor, se ha intentado asesinarme.

—Lo sé, y voy viendo que la ciencia de Abacuc saldrá triunfante de tus pruebas.

—Os lo ha contado él?

—Si; me ha dicho que, mientras andabas en nuevos devaneos, te han acometido cinco asesinos. Esos son tropiezos de una juventud loca como la tuya.

—Me parece, señor, que veo fracasar la ciencia de vuestro astrólogo. ¿Sabeis á qué categoría pertenecen mis asesinos?

—Siempre serán hombres pagados por algun amante celoso, ó amigos suyos.

—Son agentes de la Perpétua noche.

—Qué?... Cómo es eso?

—Uno de ellos quedó tendido en el lugar de la refriega, sus cómplices le remataron de una puñalada en el corazon, seguramente para evitar que hablase: su rostro estaba cubierto con una máscara que vos y yo conocemos; era judío de los que no se compran con dinero para cometer un asesinato, y en sus bolsillos se encontró la contraseña de metal que solo usan nuestros consocios.

—Hola! Eso es grave. Pero bien pudo ser casualidad que entre tus agresores se hallase algun miembro de nuestra sociedad. Abacuc nada me ha dicho acerca de esas notables circunstancias.

—Ya veremos si alcanza su ciencia á descifrar ese misterio. Entre tanto, yo creo que el golpe viene de la Perpétua noche, pues seria demasiada casualidad que todos mis asesinos llevasen máscaras, y guardasen el mas profundo silencio. Señor, ese atentado debe servirnos de aviso: tratamos con gente falaz y pérfida, que puede querer nuestra perdicion.

—No creas que me fio mucho de ellos, D. Diego. Sin embargo, advierte que tu conducta con esa gente es algun tanto provocativa, sin conocer que su índole rencorosa puede precipitarlos á la venganza. No hace mucho tiempo cometiste la torpeza de enamorarte de aquella Azhuma ó Jarifa, ó como se llamase, á quien, segun he llegado á entender, abandonaste despues... No te culpo de esto: pues tenia que suceder asi necesariamente. Pero aquella muchacha era el ojo derecho de Abiabar, el cual debe de estar quejoso de tí. Ahora vuelves á tus devaneos, y pones tu aficion en otra muchacha de esa maldita raza, que es el ídolo de su padre, y sobrina del mismo Abiabar. Estas cosas nada valen, consideradas en sí mismas; pero son imprudencias, que

esplican fácilmente tu aventura como resultado de un ódio personal.

—Convengo con vos en que puede haber sido poco prudente cobrar aficion á esas jóvenes de vil ralea: os hablo como hijo, y reconozco mi culpa. Pero ¿os parece que debemos dejar pasar sin correctivo esos atentados contra mi persona, que seguramente son amagos de mayores y quizás mas certeros ataques?

—Oh! No, de ninguna manera: si el leon consiente que le pisen los ojos, mañana le acoccarán los asnos. Pues no faltaba mas, sino que nos dejásemos intimidar por esa gentecilla ruin. Lo que tú has hecho no merece mi aprobacion; pero bien mirado, es demasiado honroso para esa canalla, y debieran agradecértelo, en vez de atentar contra tu vida. Cuidado con eso! yo les ayudo por la cuenta que me tiene; pero si se me declaran contrarios, ya sé como se les debe tratar: palo de ciego en ellos hasta que se amansen y besen la mano que les castiga.

—Soy de vuestro mismo parecer.

—Pues bien: ¿has concebido algun plan? Veamos.

—A proponéroslo he venido. En mi sentir, es preciso mostrarles á un tiempo que tenemos poder para destruirlos y para protegerlos: asi conocerán que no son nada sin nuestro apoyo.

—Bien pensado: pero, esplícate, á ver si estamos acordes en lo que conviene hacer.

—Yo, señor, promoveria una sublevacion contra los judíos y los que vienen de su raza en cuatro ó cinco puntos capitales del reino. Esto no es difícil, mucho menos ahora que en todas partes hierve un sordo descontento contra esa gente, con motivo de la escandalosa usura con que han prestado su dinero al rey. A la vez daria órdenes á los gobernadores de las ciudades donde esto hubiese de suceder, para que estuviesen prevenidos, á fin de reprimir el tumulto y proteger á las víctimas. Esto serviria de saludable advertencia á nuestros hombres para hacerlos menos agresivos.

—Me parece muy bien la idea, D. Diego, y te felicito sinceramente por ella. Con mas, que eso puede servirme de mucho

para continuar mi obra de demolicion, y reponerme algo en el concepto de las gentes. Yo sublevaré al pueblo contra los judíos, y el rey los defenderá. Es negocio hecho.

—Me alegro de que os agrade mi pensamiento. Ahora voy á esponeros mi plan mas por menor: bastará, en mi concepto, que esa manifestacion se haga en en cuatro puntos. Por ejemplo: en Sevilla, Jaen, Toledo y Valladolid.

—Los tres primeros me parecen bien: pero en el cuarto no tenemos bastante influencia.

—No importa: permitidme concluir. En Sevilla contamos con el marqués de Cádiz y con el asistente Diego de Merlo; en Jaen teneis á vuestra devocion al condestable Iranzu; en Toledo hará lo que se le ordene el conde de Fuen-Salida, y en Valladolid estaré yo para promover y reprimir el tumulto, sujetando luego la ciudad con este motivo á la obediencia del rey.

—Y te atreverás....?

—¡Oh! Esto es necesario para el complemento de mi plan. En primer lugar, conviene así para que se me tema y respete. En segundo lugar, estando yo alli, daré un golpe de mano que os interesa mucho.

—Veamos: ¿cómo es eso?

—Es indudable que la agresion ha sido promovida por don Abraham Señor: como cuñado que es de Abiabar, tendrá grande influencia en las resoluciones de la Perpétua noche. Abraham es despositario de vuestra confianza, y de vuestros tesoros: si no le atamos corto, un resentimiento puede hacernos mucho daño.

—Todo eso es evidente.

—Pues bien: al dirigir el motin de Valladolid, yo procuraré hacerme de rehenes, para que Abraham no se mueva. La cabeza de uno de sus hijos, que es lo que mas ama, nos servirá de fianza. Esaú ó Lia caerán en mi poder, y nuestro amigo Perafan de Hinestrosa se encargará de guardarlos en su castillo de la Calavera.

—Me quitas un gran peso del corazon. Venga esa mano, don

Diego! Mi cabeza vá ya muy cansada, pero veo que pronto no me hará falta. Sin embargo, dime: ¿no entra en esa última parte de tu proyecto algo de interés apasionado? Hay que tener mucha cuenta con eso, hijo mio; porque para llevar á cabo empresas como la que has concebido, se necesita primero meter el corazon en una nevera, ó encerrarle con cien llaves. ¿Me comprendes?

—Señor, os he hablado de apoderarme de uno de los hijos de Abraham: no me importa cual sea de los dos. Pero si la pasion me dominase, no se os esconde que esto seria una garantía de buen éxito.

El maestre se quedó un momento pensativo, meneando la cabeza, y repuso:

—Si; todo puede ser..... Ea, pues: manos á la obra desde ahora. Cabalmente estoy de vacaciones y puedo ocuparme en eso....

—No está el rey en Madrid?

—Si, hombre: ¿no percibes un rumor de fiesta? El rey se divierte: como tiene dinero, no sabe qué hacer para gastarlo pronto, y entre tanto yo no hago nada. Vete, pues, confiado, y espera mi aviso en Segovia.

—Antes de partir, ya que Abacuc me ha visto, necesito enseñarle las uñas.

—Cuidado con eso: mucho tiento, D. Diego, mucho tiento.

—Descuidad. Es menester que esa gente vea venir el golpe para que reconozca la mano que debe lamer.

—Don Diego se dirigió á la puerta, la abrió, y dijo al criado de su padre, que dormitaba en un escaño:

—Llamad al astrólogo.

A poco se presentó Abacuc, dirigiendo á uno y otro lado miradas recelosas, como la hiena cuando entra en la jaula bajo el látigo del domador.

—Vamos á ver, señor adivino, le dijo el jóven, despues de cerrar la puerta: ¿sabreis decirme de qué hemos hablado aquí durante vuestra ausencia?

—Señor, contestó Abacuc: aunque lo sepa, mi deber es ignorarlo.

—Sois demasiado fiel, señor astrólogo: vuestra discrecion no debe ser tan escesiva, que os obligue á callar hasta conmigo mismo.

—Pues bien, señor: ya que lo exigis, os diré que habeis hablado de riesgos y venganzas.

—Poco sabeis, señor adivino. He hablado efectivamente de riesgos, y del modo de conjurarlos. ¿Sabreis, por ventura, á quien amenazan esos riesgos?

—A vos, señor.

—Y á quién mas?

Abacuc volvió á mirar alrededor, como si temiese por su seguridad.

—A quien luche contra vos: esto es evidente, dijo.

—Eso es: habeis acertado. Sería conveniente que levantáseis mi horóscopo, para saber si saldré triunfante de esos riesgos que me amenazan.

—Señor: tengo la dicha de haberme anticipado á vuestros deseos, y puedo deciros que el peligro se ha desvanecido.

—Ah! El mio. Pero hay otros que atañen á vuestros hermanos. El pueblo israelita pisa sobre un volcan.

—Si...?

—Os sorprende la noticia....! Es muy natural. Sin embargo, nada temais; porque yo tambien tengo mis puntas de astrólogo, y habiendo adivinado que vuestra cabeza no está segura, he consultado los astros acerca de vos.

—¿Y qué os han dicho los astros?

—Me han dicho que vos y vuestro pueblo debereis la salvacion á un señor poderoso, cuyas señas concuerdan exactamente con las mias. Cosa estraña: no es verdad?

—Al contrario, señor, repuso Abacuc recobrando su calma. Vos sois el protector natural de nuestro pueblo.

—Pues bien, allá veremos si soy buen adivino, amigo Abacuc: pronto ha de aclarar el tiempo mi pronóstico. Entre tanto os

aconsejo que mediteis mucho sobre el horóscopo de vuestro pueblo. ¡Adios!

Abacuc hizo una profunda reverencia, y se retiró convencido de que D. Diego y el maestre meditaban algun golpe terrible contra él y sus compañeros. Luego que hubo salido, D. Juan Pacheco se levantó, y abrazando á su hijo, exclamó:

—Eres un hombre, D. Diego! Tienes ingenio y energía: serás lo que quieras ser.

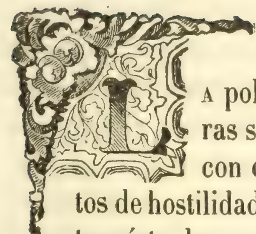
Poco despues se separaron: el jóven marqués salió del alcázar con la misma cautela que habia entrado, y seguido de Manoférrea bajó al campo del Moro, y montando á caballo partió á reunirse con su gente. Faltaban tres horas para amanecer: en medio del silencio de la madrugada se oian los alaridos de las aves nocturnas y los acordes de la música con que el rey solazaba á su córte disoluta.





CAPÍTULO IX.

El sábado de gloria.



LA política doble de D. Juan Pacheco, cuyas miras se dirigian á no dejar al rey sin dificultades con que luchar, tenian en suspenso los proyectos de hostilidad concebidos contra doña Isabel. Pero, mientras ésta desconcertaba los planes del astuto magnate, permaneciendo en una actitud pasiva, que imposibilitaba la lucha, y atrayendo los pueblos á su partido con la dulce magnanimidad de su conducta, la mayor y mas pudiente parte del reino estaba en combustion.

Los grandes señores que habian reunido sus fuerzas, comenzaban á mirar con desagrado una quietud violenta que debia disgustar á sus gentes armadas, y algunos entretenian su ócio haciendo correrías y entradas en los dominios de sus vecinos, é inquietando y robando á los vasallos de abadengo y á los pacíficos habitantes de los territorios de franco alodio, que como mas débiles no podian oponer una fuerte resistencia á sus depredaciones y bárbaros ataques.

Semejante estado de cosas no podia menos de producir un hondo malestar en el pueblo, cuyos trabajos eran interrumpidos continuamente, cuando no se destruia en pocos momentos el fruto de sus afanes. Los hombres mas vigorosos abandonaban los labores del campo, para tomar una ballesta ó un arcabuz, y bien se agregaban al bando del señor mas inmediato, bien á una partida de bandoleros, ó bien se dedicaban á robar por su cuenta y riesgo, considerando este género de vida mas lucrativo que los ejercicios honrados. Quien mas se resentia de este desórden eran los pobladores de las ciudades, gente pacífica de suyo y poco osada para arrostrar la muerte, los cuales veian paralizadas sus industrias y deprimido su comercio: la miseria corroia lentamente las entrañas de aquel pueblo, y la desesperacion se apoderaba de los ánimos contristados, que al contemplar el horizonte político, no podian percibir sino presagios de largas y funestas tempestades. Para colmo de irritacion en varias poblaciones se habian recibido órdenes del rey para cobrar los impuestos de aquel año, que apenas empezaba, con el objeto de pagar el primer plazo de la deuda recientemente contraida, y á nadie se ocultaba que esta exactitud inusitada en el pago era un pronóstico de nuevos compromisos y exacciones.

En Valladolid se ejecutaba la cobranza con escesivo rigor. El pueblo, como suele suceder, no pudiendo revolverse contra el primitivo autor de sus desgracias, se irritaba contra sus causantes inmediatos.

Era la semana santa, y multitud de aldeanos y gente rústica habian acudido de los pueblos cercanos á presenciar las solemnes ceremonias de la iglesia que se celebraban en la ciudad. Veíanse entre ellos individuos de feo aspecto y feroz catadura; hombres de mirar atravesado, y barba inculta y revuelta, que siempre andaban en grupos y pandillas de seis ú ocho, y mas parecian facinerosos que labriegos.

Durante la procesion del Viernes Santo, cada vez que aparecia uno de los *pasos*, que en aquel tiempo se representaban por personas, ejecutando á lo vivo los crueles padecimientos del

Salvador, aquellos mismos hombres de torva faz prorumpian en gritos y maldiciones contra los judíos, y el pueblo conmovido por las patéticas escenas que á su vista pasaban, unia su indignacion á los denuestos de aquella gente. La efervescencia de los ánimos crecia por momentos, y es seguro que si algun miembro de la mísera raza hebrea hubiese aparecido en las calles, habria sido despedazado para honra y gloria de Dios. Pero, como todos los años, por igual tiempo, se cometian atropellos y asesinatos con los judíos, tenian estos buen cuidado de permanecer encerrados en sus casas, á fin de no escitar la cólera religiosa del pueblo, y este dia pasó sin que hubiese que lamentar ninguna desgracia.

Llegada la noche, y cuando ya todos los habitantes de Valladolid se habian recogido devotamente en sus moradas, andaba paseando en el puente mayor sobre el Pisuerga un embozado, el cual de tiempo en tiempo se paraba, ya en uno ya en otro estremo de su limitado paseo, y permanecia mirando con muestras de impaciencia las riberas del rio. La noche estaba clara y serena y la luna comenzaba á blanquear el diáfano azul del cielo, en cuyo fondo plateado se dibujaban con duras tintas las torres y cúpulas de los innumerables conventos de la ciudad.

De pronto y confundiéndose con el murmullo de las aguas del Pisuerga , sonaron las pisadas de un caballo: el embozado se inclinó sobre el pretil del puente, y dirigiendo sus miradas el rio arriba, murmuró:

—Por fin!

En seguida dió un rodeo para bajar á la ribera, y aguardó en la sombra que se acercase el ginete; el cual, echando pié á tierra, y entregando su caballo á un peon que con él venia, se encaminó hácia el puente. El embozado entonces, seguro de que era la persona que esperaba, le salió al encuentro, y le dió las buenas noches.

Era el recien llegado un jóven de unos veinticuatro años, alto y delgado, en cuyo rostro moreno se pintaba una espresion habitual de indomable fiereza, que tenia tanto del orgullo del no-

ble, como de la rusticidad del salvage: vestia trage de guerra cubierto con un tabardo de paño burdo guarnecido de pieles, y le pendian del cinto espada y puñal.

—Hola! Sois vos, señor Manoférrea? dijo el nuevo personage al embozado.

—El mismo, señor de Hinestrosa. Ya comenzaba á temer que no vinieseis.

—Me pareceis demasiado impaciente, repuso el hidalgo bandido. Prometí estar aqui al salir la luna, y creo que he cumplido mi palabra.

—Seguramente: pero dejemos eso y vamos á nuestro negocio. ¿Teneis ya reunida vuestra gente?

—Cuarenta hombres, que son cuarenta leones acabo de dejar ahi arriba, en el soto de Medianilla: para lo que se ha de hacer ya sobran la mitad. ¿Y el marqués, dónde queda?

—En Zaratan espera desde ayer el momento de intervenir. ¿Os parece que los vallesoletanos moverán mucha jarana?

—Calentillos están como demonios. Pero eso es lo de menos: yo no cuento mas que con mi gente, y es menester que el marqués no falte á tiempo; pues si el almirante le gana por la mano, puede cortarnos la retirada, y no doy un ardite por mi pellejo.

—Descuidad: D. Diego acudirá en el momento necesario: le vá mucho en ello, pues bien sabeis que lo que mas le interesa es que saqueis á la judía sana y salva de Valladolid.

—Y á mi lo que me interesa es encontrar tela con que forrar bien los bolsillos de mis muchachos, y un agujero por donde escapar, luego que esté armada la zarracina. Con que asi, á ver si me enseñais la casa del judío José, para que el marqués sea servido y yo tenga desde luego donde hacer presa.

—Venid, y os daré las indicaciones posibles.

Los dos interlocutores echaron á andar, marchando siempre con cautela alrededor de los muros de la ciudad, hasta llegar á las inmediaciones del barrio judío.

—Entrando por ese postigo que está enfrente, dijo Manoférrea, debeis pasar las dos primeras calles que encontrareis: en la

tercera, torciendo á mano izquierda, encontrareis una puerta de arco señalada con una cruz blanca que yo he pintado con yeso esta tarde al anochecer. Esa es la casa de José el platero.

—No lo olvidaré.

—¿Y á qué hora se dará el golpe?

—Ya hubiera querido que fuese esta noche, pero ya no es posible. Mañana, en el momento de tocar á gloria, se dará el primer grito, y á la voz de ¡viva Dios y mueran los judíos! comenzaremos la santa obra de esterminar á esos perros infieles. Que no falte D. Diego á la cita, pues como el pueblo se unirá indudablemente á nosotros, mientras él haga replegarse el tumulto hácia el centro de la ciudad, podré yo retirarme con mi presa casi sin testigos.

—Estamos conformes: al toque de gloria vendremos á este mismo sitio.

—Por supuesto, que tenga buen cuidado el marqués de no atropellar á los mios: todos llevarán una pluma blanca en la gorra. Lástima es que D. Diego se meta á proteger á esos cerdos, enemigos de Dios: porque si no fuese por él, habíamos de ganar mañana la remision de todos nuestros pecados.

—Eso no quita que hagais lo que podais en servicio de Dios, repuso Manoférrea con una profunda conviccion. Mas debo yo sentirlo, que no tendré ocasion de hacer algo por mi alma.

Siguiendo en conversacion sobre este tema, se alejaron los dos hidalgos hácia el puente, donde se despidieron, tomando Souza el camino de Zaratan, mientras Hinestrosa, recobrado su caballo marchaba rio arriba por la ribera izquierda, hoy llamada de Sta. Teresa, en direccion al Soto de Medinilla.

Cerca ya de este forma el rio un largo recodo que le aproxima al camino de Dueñas. En el momento de pasar por este sitio, el rico-hombre de Hinestrosa y su palafrenero sintieron ruido de caballos, y deteniéndose á observar, vieron hácia Valladolid unas treinta personas montadas, entre las cuales, merced á la claridad de la luna y al silencio de la noche, advirtieron que iban algunas señoras: la luz reflejando en los paramentos de los

caballos, y en los trages de los caballeros, les hizo conocer que aquella gente pertenecia á la alta nobleza, y llevaba escolta de hombres de armas.

—Hé ahí una soberbia presa que se nos escapa, dijo el hidalgo. Pardiez, que si tuviese aqui toda mi banda, no se me habian de ir esos brillantes señores, sin dar cada uno mil doblas por su rescate.

—Sabeis quiénes son?

—No; pero bien se conoce que son personas de buena casa.

—Quereis que avise á mis compañeros? Deben estar á seis tiros de ballesta de aqui.

—No, déjalo: ya es tarde y somos pocos. Además que no conviene darnos á conocer, pues acaso perderíamos la gran fiesta de mañana.

La brillante cabalgada siguió su camino hácia la ciudad, y Perafan se internó en el bosque, donde dormian sus bandidos, escepto algunos que hacian de centinelas á la entrada del soto.

El sábado de gloria amaneció apacible y sereno. Desde muy temprano comenzaron á entrar en Valladolid hombres de feroz aspecto, unos con apariencia de leñadores, llevando al hombro el hacha propia de su oficio, otros como simples aldeanos, provistos de armas cortas, ocultas bajo sus capotes de monte, otros con arcabuces como para hacer salvas á la resurreccion del Señor, y todos dispersos, pero distinguiéndose por una pluma de ánade blanca colocada en sus gorras y caperuzas. Estos hombres, aunque llegaban por diferentes puertas, se iban concentrando hácia el barrio judío, cuyas estrechas calles aparecian desiertas de sus habituales moradores: algunos se dirigian á las iglesias, y aprovechando el recogimiento de los devotos que asistian á los divinos oficios, se introducian sin ser vistos en los campanarios.

Entre tanto en la casa de José, el platero judío, cuya puerta permanecia cerrada, como las demas, se celebraba una fiesta de familia. Durante la noche se habia efectuado la ceremonia del desposorio de Lia con su primo Benjamin: los parientes y amigos de los novios, en número de veinte personas de ambos sexos

asistian á la boda, cuyos festejos, segun las costumbres hebreas, debian durar siete dias. Seis doncellas vestidas de blanco rodeaban y servian á la jóven esposa, y otros tantos mancebos adornados con grande ostentacion de lujosos atavíos formaban el cortejo del esposo. Los padres de éste, otros ancianos y con ellos Esaú, hermano de Lia, que representaba á su padre, presidian la fiesta.

La novia salió del aposento que le habian destinado, vestida con un magnífico trage de seda y brocado blanco y oro, adornada con perlas que oscurecian la blancura de su fino cútis, y coronada de flores: las doncellas la precedian tocando arpas y salterios y cantando un himno alusivo á la pureza y felicidad de la esposa. Benjamin se presentó por una puerta opuesta, precedido igualmente de los jóvenes de su acompañamiento que respondian al canto de las doncellas con cantares análogos. La sala donde entraban estas dos encontradas comitivas ofrecia á la vista todo el aparato de la magnificencia oriental. En un estremo estaban sentados los ancianos en soberbios taburetes forrados de púrpura con flocaduras de oro: en otro habia dispuesto un banquete frugal: multitud de esclavos de ambos sexos aguardaban las órdenes de sus señores alineados en dos filas á uno y otro lado de la mesa: en los ángulos se quemaban gomas aromáticas y ámbar en sendos pebeteros.

Al aparecer la esposa se levantaron los ancianos: José marchó hácia ella y tomándola de la mano, la presentó al concurso diciendo:

—Ved aqui la vírgen escogida por mí para perpetuar mi raza. Dios la bendiga, y la haga fecunda en el tálamo de Benjamin, mi amado hijo.

Esaú se acercó á su vez, y dijo:

—Esta es mi hermana, la casta Lia, hija de Abraham, en cuyo nombre os la entrego, Benjamin, hijo de José. Hacedla feliz, para que la bendicion del cielo caiga sobre ambos y sobre vuestros descendientes.

Benjamin tomó entonces la mano de Lia y pronunció esta fórmula del matrimonio hebreo.

—Esta es mi desposada, mi esposa, mi bien: yo la acepto para mí, como mia que es, porque la he comprado con mi amor y mi moneda. Ven amada mia, esposa mia, bien mio, reposarás en mi tálamo y bajo mi techo; me darás hijos benditos de Dios, los criarás á tus pechos y serán la esperanza de Israel.

Los dos esposos se besaron, y á su vez fueron besados por José y su mujer y por Esaú.

En seguida se sentaron á la mesa con los ancianos, y empezó el desayuno nupcial, mientras los jóvenes de ambos sexos cantaban en dos coros armoniosas alabanzas.

Lia estaba turbada y llena de casto pudor en esta ceremoniosa fiesta, pero su corazon latía dulcemente penetrado de alegria, pues el esposo que le daba su padre era el escogido de su alma.

Benjamin la miraba á hurtadillas trémulo de amor y de contento; solo amargaba su dicha la impaciencia, pareciéndole que debia ser eterna la semana de bodas que comenzaba aquel dia.

Ni uno ni otro comian: la felicidad embotaba sus sentidos, que solo percibian las emociones de su gozo interior.

Era ya cerca de medio dia: las campanas de la ciudad, que hasta entonces habian permanecido mudas, prorumpieron de pronto en alegres repiques. Lia se estremeció involuntariamente volviendo de súbito al mundo real del mundo fantástico, donde la tenia transportada su imaginacion.

—Qué tienes, Lia, mi amada esposa? le preguntó Benjamin, notando su repentina turbacion.

—No es nada, Benjamin, respondió la jóven sonriéndose. Me ha sorprendido el clamoreo de esas campanas, como si estuviese dormida, y al despertar hubiese oido voces de alarma: pero ya veo que no debo asustarme. Tú estás conmigo.

Cuando el alma se concentra en sí misma, desprendiéndose, por decirlo así, de sus lazos materiales, suele recibir impresiones inmotivadas que llamamos presentimientos y que son ver-

daderas instinciones de lo futuro. Así aconteció á Lia en este momento: el alegre repique de las campanas le anunciaba un desastre, que ella misma no comprendia; y que, sin embargo, agitaba violentamente su espíritu.

Mientras Benjamin recompensaba con amorosas frases la tierna confianza de su esposa, un infernal estruendo de gritos desaforados llegó hasta la sala del festin, dominando las armonías de la música y las voces de los cantores. José hizo señal á todos para que callasen: hubo un momento de silencio, y en seguida retembló la casa como si un ariete hubiese comenzado á batir sus muros, y á la vez que el ruido de los tremendos golpes, se oyeron voces innumerables que decian:

—Viva Dios! Mueran los judíos!

—Qué oigo! esclamó José. ¡Un motin contra nosotros! ¡Ah! Hijos mios. Si Dios no nos ampara, estamos perdidos!

—No os asusteis, señor, dijo Benjamin, levantándose: contra nosotros no será eso, porque no hacemos mal á nadie. Voy á ver lo que es.

—Oh! no, no vayas, Benjamin! exclamó Lia, cogiendo al jóven por la cintura. No vayas, te matarán.

—Yo iré, yo iré: no tengais miedo, dijo Esaú.–Y se lanzó fuera de la habitacion, antes que pudiesen detenerle.

Seguian, entre tanto, los violentos golpes, que hacian temblar todo el edificio, y eran dados con hachas y otros instrumentos en la puerta de la calle. Un tiro de arcabuz y una espantosa gritería vinieron á aumentar el terror de los míseros hebreos. Benjamin se desprendió de los brazos de su esposa, y corrió hácia donde habia ido Esaú. Lia le siguió, pero retrocedió de pronto dando un grito desgarrador.

—Mi hermano! exclamó. Han asesinado á mi hermano!

—Estamos perdidos! volvió diciendo Benjamin. Pongamos en salvo á las mujeres, y tratemos de defendernos.

Los ancianos rasgaban sus vestidos en muestra de dolor, y los jóvenes corrieron á unas y otras partes en busca de armas.

—Madre! Padre! dijo Benjamin: llevaos á Lia: guardadla, que yo sabré defenderla y defenderos.

Lia, perdido casi el conocimiento, se dejó conducir á una estancia retirada con las demás mujeres. El jóven esposo era un mozo robusto y valiente que no se dejaba arredrar por el peligro. Rápido como una exalacion corrió al taller de su padre, y armó á sus compañeros con martillos y otros instrumentos de trabajo, además de algunos puñales y otras armas que habia en la casa. Entre los ancianos, los jóvenes y los esclavos, llegaron á reunirse hasta quince combatientes.

Benjamin, dispuesto á vender cara su vida, reforzó las puertas de los almacenes donde se hallaban depositadas las riquezas de su padre, y colocándose al frente de sus compañeros y esclavos al pié de una escalera, por la cual era menester subir, para entrar en las habitaciones interiores, aguardó á sus enemigos armado con un enorme martillo.

La puerta principal comenzó á ceder á los reiterados golpes de los agresores, y no tardó mucho en estallar con formidable estrépito. La masa de los amotinados entró por ella como una inundacion: se componia de toda clase de gente, aldeanos, menestrales de la ciudad, estudiantes y hasta mujeres, pero sobresalian entre ellos los rústicos de la pluma blanca, á quienes parecia capitanear uno mas esbelto que los demas, que llevaba pluma roja, loriga y espada. Las armas de esta multitud desenfrenada eran tan eterogéneas como ella misma: viejos espadones, hachas, hoces, alabardas, puñales, arcabuces y palos. El gefe de la pluma roja no esperaba sin duda encontrar una resistencia organizada, y quedó un momento sorprendido al ver á los judíos que obstruian el paso de la escalera: sin embargo, se volvió á sus hordas gritando:

—Ahí están! Mueran esos enemigos de Dios! Mueran los judíos!

—Mueran! vociferó la multitud con estruendo infernal.

Y todos se precipitaron en tropel hácia la escalera. Inme-

diatamente se trabó una lucha espantosa. Benjamin, el primero, derribó á dos de sus enemigos partiéndoles el cráneo con su martillo. La sangre salpicó los rostros de los individuos mas inmediatos y encendió su furor.

—A mí! A mí! los valientes de Hinestrosa! gritó el gefe, que no era otro sino el mismo rico-hombre.

Y acometió con rabia al denodado Benjamin, hiriéndole en la cabeza con el filo de su espada: pero el martillo del hebreo cayó á su vez sobre el hombro izquierdo del hidalgo bandido, que retrocedió abrumado por el dolor.

Sus feroces compañeros se arrojaron como tígres hambrientos sobre los hebreos, obligándoles á ceder con la violenta presion de sus cuerpos. Algunos tiros de arcabuz partieron al mismo tiempo, é hiriendo á dos de los esclavos, pusieron en consternacion á los demas. Benjamin tuvo necesidad de defenderse en retirada: la muchedumbre celebró con horribles gritos este pequeño triunfo, y avanzó. Asi fué conquistando tramo á tramo y grada á grada la escalera, que iba quedando sembrada de cadáveres y moribundos.

El anciano José conoció que no habia medio de salvacion si los amotinados se apoderaban de la sala principal, y corrió á donde estaban las mujeres, á fin de protejer su fuga. Si lograba encerrarlas en la Sinagoga, ó ponerlas bajo el amparo de algun grande, habia esperanza de que fuesen respetadas. Afortunadamente la casa tenia una puerta de escape, y una breve impresion bastó al anciano para conocer que la calle á donde aquella daba no habia sido invadida por los insurrectos.

Pronto inundaron estos la sala del festin, cuyos opulentos muebles rodaron en el mayor desórden, siendo muchos de ellos despedazos en el acto para arrancarles el oro. Alli la lucha se hizo en estremo desigual: los míseros hebreos caian á los golpes de sus fanatizados enemigos como las espigas bajo la hoz del segador. Benjamin se halló acompañado de solos cuatro vigorosos jóvenes, y en aquel momento supremo acudió á defender la puerta que conducia al retiro de su esposa y su madre.

—A ellos! á ellos! exclamó Hinestrosa. Allí tienen sus tesoros!

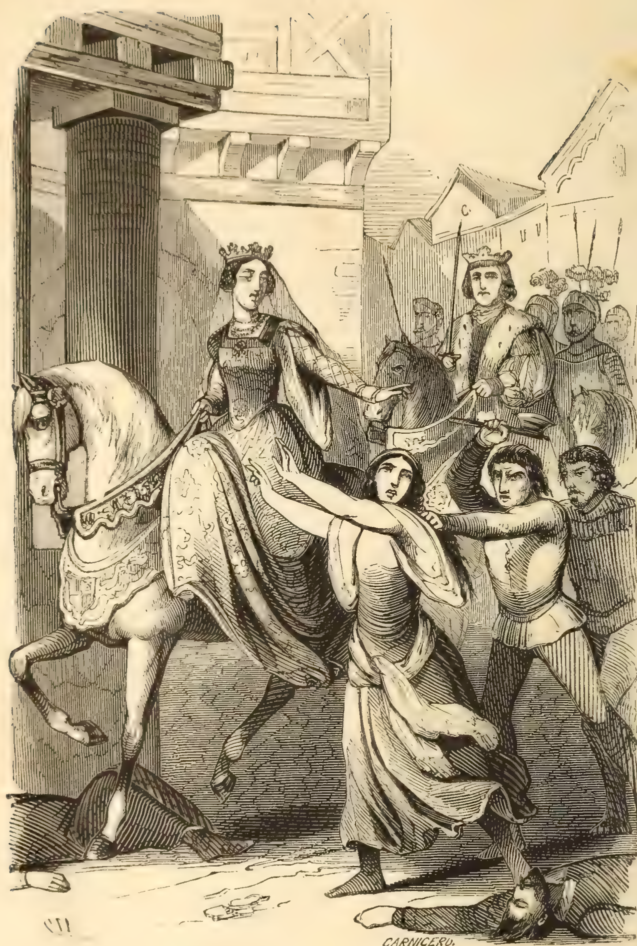
—Aquí están, sí, venid por ellos! gritó Benjamin con la rabia de la desesperacion.

El arma del hidalgo y el martillo del hebreo se alzaron á un tiempo y se encontraron en el aire: la espada saltó hecha pedazos, y la cabeza del rico-hombre de Hinestrosa quedó abierta en dos mitades. ¡Caro triunfo! Los bandidos, sedientos de venganza, cayeron sobre Benjamin, y un momento despues, Lia era viuda. Los amotinados, unos rompieron la puerta, y otros se entregaron al saqueo.

Entre tanto las turbas habian asaltado otras casas espulsando de ellas á sus moradores, y en las calles era general la matanza: las campanas, que poco antes celebraban la resurreccion del Señor, ahora conmovia los ánimos con el fatídico toque de rebato. Un socorro inesperado llegó á los judíos en estos momentos de fuera de la ciudad: D. Diego Pacheco entraba con una hueste numerosa, sofocando el tumulto en nombre del rey.

Las turbas se replegaron hácia el centro de la ciudad. En este mismo instante José acababa de decidir á las mujeres á seguirle y abandonaba su casa. La calle estaba desierta, y el desventurado anciano se prometia salvar los restos de su familia: pero al doblar una esquina se vió atropellado por la multitud que tenia delante de los ginetes del marqués de Villena: en medio de aquel espantoso desórden, las mujeres se desbandaron, y José huyó desatentado y perdida la esperanza de conservar su vida.

Lia, entre tanto, habia adquirido ese valor facticio que acompaña al ser mas débil en las grandes tribulaciones... En el momento de ser atropellada estuvo á punto de caer en manos de algunos de los fugitivos que le arrancaron el velo nupcial y algunos pedazos de sus vestidos. La pudorosa jóven temia mas verse profanada que muerta: huyendo del peligro, y sin saber á donde le conducian sus pasos, desembocó en una plazuela irregular: allí se encontró perpleja, como la paloma cogida entre redes, que lucha por escapar, y mas se maltrata cuanto mas se agita.



Válgale mi real seguro! ¡ Ay de quien la toque!

Corrió á una boca calle, y vió venir una numerosa turba: volvió á la misma por donde habia entrado, y tambien estaba ya obstruida por el tumulto: corrió al centro, y girando en torno sus ojos estraviados, observó que la plazuela era invadida por judíos fugitivos y por centenares de sus perseguidores. Dos de estos, armados con una hacha y una pica, se lanzaron hácia ella. Lia dió un salvage grito de terror, y oyendo á este tiempo un toque de trompetas por el lado opuesto, creyó encontrar allí su salvacion ó al menos una muerte instantánea, y se precipitó al encuentro de aquel nuevo y desconocido peligro.

Una hermosa amazona dobló en el acto la esquina hácia donde la jóven se dirigia: guiaba con destreza un poderoso caballo engualdrapado: en su bellísimo semblante se pintaban la intrepidéz y la compasion: una corona de oro adornaba sus sienes. Era doña Isabel. Detrás de ella venian D. Fernando y muchos caballeros.

Lia, rendida de cansancio, estaba próxima á sucumbir, y como la cierva acosada por los sabuesos, sentia ya, por decirlo asi, el aliento de sus enemigos. Un instante mas, y era perdida.

—Dejadla! Oh! Dejadla! exclamó con imponente voz la reina de Sicilia, guiando su caballo, y conteniéndole á la vez para que no atropellase á la desalentada hebrea, la cual, estendiendo sus brazos hácia ella, y volviendo la cabeza decia con acento angustiado:

—Socorro!... Misericordia!...

Doña Isabel estendió su mano sobre la desdichada, gritando:

—Válgale mi real seguro! ¡Ay de quien la toque!

Los amotinados retrocedieron: Lia cayó al suelo privada de sentido.

—A mí, Cárdenas, á mí! exclamó la princesa.–Y habiendo acudido su maestre sala, le dijo señalándole á Lia.–Recoged esa pobre niña, y llevadla al doctor de Toledo: una cadena de oro para él, si le salva la vida, para vos mi gratitud.

Cárdenas bajó del caballo, y tomando en sus brazos á la desmayada jóven, la sacó del peligro: en seguida, auxiliado por

dos escuderos, se retiró con ella hácia las casas de Juan de Vivero.

Don Fernando estendió en ala sus caballeros, hizo tomar todas las boca calles; y como los amotinados venian perseguidos por don Diego Pacheco, pronto se encontraron cercados, y comenzaron á arrojar las armas. En una hora quedó todo apaciguado, y escepto la inocente sangre vertida en este dia, no hubo mayores desgracias que deplorar.

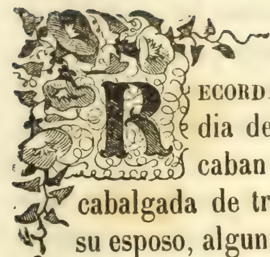




CAPÍTULO X.



Todo por la paz.



RECORDARÁ el lector que la noche precedente al dia del motin que acabamos de referir, se acercaban á Valladolid por el camino de Dueñas una cabalgada de treinta personas. Eran estas doña Isabel y su esposo, algunas damas y los nobles de su reducida córte; lo cual esplica como pudo hallarse nuestra heroina en situacion oportuna de sofocar con su presencia el sanguinario tumulto contra los judíos y salvar la vida á la interesante Lia.

La venida de doña Isabel tenia por objeto contener los ímpetus belicosos del arzobispo de Toledo, el cual, habiendo recibido una intimacion para presentarse á responder de su conducta en el casamiento de la princesa, ante un concurso de jueces eclesiásticos nombrados por el papa, y conociendo que este era un golpe de D. Juan Pacheco, habia resuelto acudir á las armas, separándose al efecto del lado de su protegida, cuya política conciliadora le impedia vengar su resentimiento.

Para comprender mejor los motivos en que se fundaba doña Isabel para observar una conducta pasiva, despues de los graví-

simos ultrages que habia recibido de su hermano, y penetrar en algunos otros misterios de esta historia, nos permitirá el lector le conduzcamos á la habitacion reservada que los dos reales esposos ocupaban en la casa de Juan de Vivero, algunos dias despues del sábado de gloria en que pasaron las sangrientas escenas de que ya tiene noticia. Estaban solos don Fernando y doña Isabel, y trataban de los asuntos relativos á su situacion.

—Confíesoos, Isabel, que no es sufrible la especie de tiranía que el arzobispo pretende ejercer sobre nosotros, decia el rey de Sicilia. Desde que ha sospechado que tenemos inteligencias con D. Pedro Mendoza, su despotismo no reconoce límites, y como si él solo bastase á sacarnos de todos los apuros, quiere absolutamente alejar de nuestro lado cualquiera otra influencia, y hasta parece que aspira á tratarnos como á esclavos de su capricho. Mas no por esto dejo de reconocer que mi padre tiene razon en aconsejarme que procure conllevar las genialidades del arzobispo, y que tampoco á éste le falta para obstinarse en luchar de frente con Enrique y su privado; pues á la verdad, es bochornoso lo que está pasando: nos han insultado impunemente; hacen ostentacion de sus fuerzas en Medina, como si quisiesen dirigirnos una insolente amenaza; persiguen á nuestros defensores con viles intrigas, y mientras nosotros aguardamos cruzados de brazos, puede llegar el momento en que nos espulsen de Castilla con ignominia.

—Fernando, nuestro estado actual exige mas prudencia que otra cosa, tanto para resistir á nuestros enemigos, como para vivir bien con nuestros amigos. Es menester llevar con paciencia los ímpetus invasores del arzobispo, pero sin ceder tanto que nos arrastre á cometer actos de que podamos arrepentirnos algun dia: es menester que venzamos, no por la fuerza de las armas, sino por la persuasion y la cordura.

—Bien sé, Isabel, que teneis talento necesario para vencer con dulzura; pero temo que sea demasiada nuestra confianza, y creo que convendria oponer la intriga á la intriga y la fuerza á la fuerza.

—No, Fernando, no: jamás emplearé los medios tenebrosos y ruines de que se valen nuestros adversarios, ni suscitaré conflictos á mi hermano. Mis intrigas serán francas y leales: quiero arrastrar en pos de mí la opinion de todas las gentes: hacer que me amen, pero no que me teman ni me aborrezcan. Siempre he pensado que las miras de D. Juan Pacheco se dirigen á provocar entre nosotros y mi hermano una lucha fratricida, y los hechos van confirmando mi parecer. Si yo pudiese averiguar cierto misterio, pronto quitaria la máscara á nuestro enemigo, y el rey nos recibiria en sus brazos.

—Hablais de esa conspiracion secreta que os ha revelado nuestra adivina? Si como parece, es cierto que esa jóven tiene el don de descubrir las cosas ocultas, pudiéramos exigirle que nos lo dijese todo.

—Esa jóven sabe mucho seguramente, repuso doña Isabel encogiéndose de hombros: pero ella me ha enseñado á no creer en adivinos.

—Oh! No digais eso, Isabel: mi padre no es ningun hombre lerdo, y muchas veces se ha valido de la ciencia de su astrólogo Abiabar, que, como sabeis, le volvió la vista: otros muchos personages de grande instruccion recurren diariamente á los mágicos y adivinos, que, aunque revelan las cosas ocultas por arte del diablo, ello es que aciertan; y esa misma jóven ha solido pronosticar sucesos graves, que nadie podia prever, y han salido ciertos. Ahi teneis, sino, el motin contra los judíos: ella no dijo precisamente que hubiese de ocurrir un motin; pero sí que les amenazaba un desastre. ¿Podréis negar que se ha realizado su prediccion.

Doña Isabel se sonrió y dijo.

—No disputemos sobre creencias, Fernando. Fuera de la revelacion de Dios, no hay para mí mas medio de conocer lo futuro, que una clara inteligencia, y algun conocimiento de hechos precedentes. Si la prediccion de los adivinos es obra del diablo, no puede traer nada bueno á quien la escucha y aprovecha: si no hay nada de sobrenatural en ella, puede ser hija

de la supercheria y de la intriga: en uno y otro caso debemos rechazar á todos esos embaucadores que trafican con nuestra credulidad, y solo buscan dinero, turbando el reposo de las familias.

—Pero, si tal es vuestra creencia acerca de los adivinos, ¿cómo creeis las palabras de Azhuma?

—Porque esa mujer posee secretos importantes, que son la clave de sus pronósticos, y porque estoy convencida de que me sirve por afecto á mí, ó por ódio á otra persona. Lo que ella me revela no es por arte del diablo, sino por arte de induccion. Sabe una cosa, y deduce otra: esto es obra del talento, y no de la astrología ni de la mágia. Mas á pesar de todo, yo no la creo ciegamente: aprovecho sus indicaciones, y obro segun mi juicio.

Don Fernando se encogió de hombros á su vez, como quien no comprende lo que le dicen.

—Además, continuó la esclarecida princesa, nuestra mora, si alguna vez nos ha engañado, no ha sido para mal, sino para bien; y ahora mismo su intervencion sagaz y oficiosa nos ha valido la casi alianza de una de las familias mas pudientes, y sus consejos han de conducirnos á una reconciliacion con mi hermano.

—Lo ha pronosticado?

—No: pero me lo ha prometido, y solo espera la venida de Abraham Señor para cumplir su promesa. Yo confio en ella, porque sus presunciones, no diré profecías, se han cumplido hasta hoy. Cuando estuvo Cárdenas en Sigüenza, como sabeis, se descubrió á él y al obispo, bajo el mas rigoroso secreto: para encubrir mas el incógnito que ha querido guardar, hizo mil travesuras: pegó á los criados de D. Pedro, insultó á otros y hasta desafió al mismo Cárdenas. Entonces fué cuando reveló que don Diego Pacheco y su padre conspiraban contra el trono de Castilla, y para probar la verdad de su aserto solo pidió que pusiesen á sus órdenes un hombre de la mayor confianza, á quien dió un pergamino escrito de su mano en caractéres hebreos ininteligi-

bles, y ciertas instrucciones para que lo hiciese llegar á manos del astrólogo del maestre de Santiago: afirmó que de este paso resultaria un atentado contra la familia de Villena, y con efecto, á los pocos dias se intentó asesinar al jóven marqués. No ignorais las circunstancias de uno de sus agresores. Preguntada acerca de este hecho, me dijo: «El marqués conspira en union con una sociedad poderosa: siendo mi amante, me reveló secretos que debia guardar, y ha bastado que yo indique alguno de ellos á sus consocios para que peligre su vida.

—Pero quiénes son esos consocios del marqués?

—Eso es lo que yo quisiera saber; pero Azhuma me ha hecho una reflexion que me detiene en mis averiguaciones.-Señora me ha dicho; si os revelase una palabra mas, me perderia irremisiblemente, privándoos de mis servicios, y arastrando en mi ruina á media Castilla, y á personas que amo: no exijais de mí un sacrificio inútil, cuando puede bastaros conocer al gefe de esa intriga y el plan que se ha propuesto seguir, para frustrar sus criminales intentos. ¿Qué haremos en este caso?

—No sé: pero yo la obligaria á declarar, aunque fuese menester darle tormento. ¿Quién sabe si nos engaña? Por qué guarda tanto misterio, que ni aun quiere que la vean?

—No nos engaña, no: estoy segura de ello. El misterio en que procura envolverse está justificado por sus antecedentes. Cuando en Ocaña me sirvió en el asunto de nuestro matrimonio, fué arrebatada por un ajente de D. Juan Pacheco, y estuvo á punto de perecer: se salvó milagrosamente, segun me ha contado, y teme caer en manos de los mismos á quienes debió la vida y que solo se la concedieron para someterla á una dura reclusion.

—Pero los nombres de esas personas...

—En vano es preguntárselos: consentirá que la maten, primero que decirlos.

—Es mucha obstinacion!

—Yo creo que es lealtad y agradecimiento lo que sella sus lábios en tocando á ese punto: asi me lo ha dado á entender.

Fernando, y es forzoso que respetemos esos sentimientos nobles, porque de lo contrario viciaríamos un corazon vehemente y ya demasiado propenso á las malas pasiones, que la desgracia y el ódio engendran. Esa pobre mujer ha sido engañada, herida en sus mas tiernos afectos, y de aqui nace seguramente su adhesion á nosotros contraria á Villena. No exijamos de ella mas, porque la precipitaríamos en el crímen.

Don Fernando volvió á encogerse de hombros, pero de modo que no lo advirtiese su esposa.

En esto se presentó en la cámara D. Gonzalo Chacon.

—Qué me traeis, mi buen amigo? le preguntó la reina.

—Buenas nuevas, seguramente, señora, contestó el anciano: ved aqui; cartas de D. Pedro Mendoza.

—Dádmelas.

Don Gonzalo entregó á la reina dos cartas, una dirigida á ella y otra al arzobispo de Toledo. Abierta la primera, decia asi:

«Cada dia bendigo mas á la providencia divina, mi amada «señora, por haber puesto entre nosotros un ser oscuro para «ilustrar nuestros pasos. Estoy en la córte de vuestro hermano, «y veo palpablemente que nuestro Lucilo tenia razon: la fami- «lia de Mendoza estaba sirviendo de ciego instrumento á un «ambicioso, que conspira á destruir todos los miembros de la «real prosapia. No quiera Dios que yo siga mas las huellas del «que pretendia encadenarme á su carro de triunfo: mi conducta «seguirá siendo neutral, ó mejor dicho adicta al bando de la «paz y concordia, que no dudo es el vuestro, si seguis mis lea- «les consejos. Manteneos firme, señora, y de seguro vencereis «sin pelear: otros pelean por vuestra causa. Ya sabeis que el «rey empeñó sus rentas, á trueque de dinero para combatiros. «Ese dinero se emplea en desordenados festines: aqui llega el «escándalo á su colmo: ya no basta lo empeñado: se espiden nue- «vas cédulas, se enagenan oficios, dejando á cada cual la liber- «tad de escoger. Cuidad que estas ventas del patrimonio real no «sirvan para luchar contra vos, porque os haríais cómplice en «la ruina del reino.

«Corren voces de que el maestre, como si el desórden fuera «poco, ha promovido los últimos disturbios contra los judíos, «para satisfacer cierta venganza personal. El rey ha procurado «reprimirlos, con lo cual se aumenta su descrédito. En Jaen no «se ha podido contener el tumulto, y el condestable Iranza ha «pagado con la vida. En Sevilla, durante la sublevacion, han «entrado los hombres del de Medinasidonia, y han incendiado «mil casas del nuevo marqués de Cádiz. En Toledo ha sido es- «pantosa la matanza, y ahora con esta ocasion, vienen á las «manos el conde de Fuensalida, (hechura del maestre) y el de «Cifuentes. Ved, señora, á donde conducen esos desacertados «levantamientos. Valiera mas mil veces, purgar á Castilla de «una vez de la raza judía, para que al menos no se repitiesen «tan inhumanas escenas, ni hubiese ocasiones de luchas desas- «trosas.»

«Acaba de llegar aqui nuestro amigo D. Rodrigo de Borgia, «legado de Su Santidad. Me ha dado buenas nuevas de la inter- «vencion de vuestro suegro en lo del capelo, que no se me ha «conferido ya, merced á la influencia del maestre. Y sin embar- «go, éste continúa ofreciéndome su mediacion.... No las trae «tan buenas respecto á la dispensacion de vuestro matrimonio; «y mucho temo que solo un milagro pueda aplacar la cólera de «Su Santidad. No obstante el cardenal Borgia nos favorece en «secreto, y yo sé que está trabajando mucho para reconciliaros «con el rey: haced vos lo demas, con vuestra mansedumbre y «resignacion. En la carta que os envio para el arzobispo de To- «ledo le hablo de esto: contribuid por vuestra parte á sosegarle, «porque todo alarde de fuerza en la actualidad empeoraria «vuestra situacion. La paz á todo trance: no hay otro medio de «desarmar al maestre y sus satélites.»

—Qué os parece, Fernando? Ved como nuestro amigo Mendoza insiste en lo de la paz.

—Si, ya lo veo: pero vos, Isabel, creeis de buena fé á todo el mundo. ¿Qué sabemos si Mendoza no os engaña? ¿No puede ser que trate de adormeceros, para darnos luego el golpe mas

seguro? Al cabo es un ambicioso como los demás, que solo nos sirve por el interés del capelo.

—No digais eso, amado mio: D. Pedro pudiera prescindir de nuestra influencia, y al contrario, nosotros necesitamos la suya. Yo no negaré que tenga ambicion, pero de ningun modo creeré que nos engaña.

—¿Quién os lo asegura?

—Mi corazon, que rara vez se equivoca. Pero, Fernando, aunque D. Pedro fuese capaz de engañarnos, en la ocasion presente deberíamos seguir su consejo, porque es bueno. Cuanto mayores hayan sido las ofensas que nos ha hecho el rey, tanto mayor mérito contraeremos perdonándolas; tanto mas resaltará la lealtad de nuestra conducta pasiva, y mejores títulos adquiriremos al amor del pueblo castellano.

Don Gonzalo Chacon, que se habia retirado por discrecion á la puerta de la cámara, se adelantó un poco y anunció en voz baja al arzobispo.

—Dejadnos solos con él, dijo la reina.

Chacon se retiró y á poco entró D. Alonso Carrillo.

—Venid, nuestro querido amigo, venid, le dijo la reina, ofreciéndole asiento cerca de sí. Tengo que daros una carta de cierta persona que seguramente desea vuestra amistad, aunque vos la mirais con prevencion.

—Ya sé que habeis recibido noticias de vuestro amigo el obispo de Sigüenza, contestó el arzobispo.

—Ved lo que os dice: acaso os convencerá de que es tan amigo vuestro como mio. Leed esta carta.

El arzobispo tomó la carta y leyó para sí contrayendo las cejas unas veces, y otras haciendo muecas desdeñosas.

—Perfectamente, dijo luego que acabó la lectura. El señor obispo de Sigüenza me proteje: ya no tengo nada que temer. El señor Mendoza se toma la libertad de darme consejos. Pardiez que esto es curioso y divertido.

—El obispo no pretende arrogarse superioridad ninguna sobre vos, amigo mio, repuso doña Isabel. Me consta que desea

serviros en obsequio á mí: sus consejos no indican que él crea su capacidad mayor que la vuestra; solamente revelan su buen deseo de concurrir con vos á mi servicio. Si rechazáseis su cooperacion, me haríais dudar del afecto noble y sincero, de que tantas pruebas me habeis dado.

—Señora, yo empiezo por negar que el obispo Mendoza quiera serviros. Él es sin duda, quien os ha infundido la idea de permanecer impasible, mientras os insultan y desafian. Magnífica idea que dá el triunfo á vuestros enemigos, que nos hace aparecer mas débiles de lo que somos, y que acabará con nuestro partido.

—Ved lo que son las opiniones: yo pienso todo lo contrario.

—Pensais muy mal, señora: teneis el defecto de creeros superior á todos en inteligencia, sin conocer que sois una niña y que no podeis saber tanto como los hombres encanecidos por los años y la esperiencia.

—No, amigo mio; estais en un error. Yo escucho los consejos de todo el mundo, y mucho mas los de una persona tan respetable como vos; pero algunas veces, casi siempre, pienso en mis propios asuntos, y cuando me parecen acertados mis juicios, deseo que prevalezcan, como á vos mismo os sucede. Si podemos arreglar nuestras desavenencias de familia por medios pacíficos, qué necesidad tenemos de hacer que se vierta sangre? Bien sé que teneis vuestros resentimientos personales, y Dios sabe que me duelen mas que los mios. Pero, ¿quién hay mas ofendida que yo? Cuando cedo, ¿podré carecer de razones poderosas para hacerlo?

—No os niego vuestras razones, señora: lo que sí os digo es que, á medida que cedeis, crece la audacia de vuestros contrarios. Ahora mismo, despues que habeis apaciaguado el motin de Valladolid, como no han podido hacerlo los parciales del maestre en Toledo, Jaen y Sevilla; don Diego Pacheco se atribuye toda la gloria, y pretende someter al rey esta ciudad.

—En hora buena. Eso me hará bien; mi hermano no puede ignorar la parte que me ha cabido en esta pacificacion. Que to-

me su ciudad, y sepa que su hermana le sirve con desinterés. Oh! Me han dado una buena noticia. Ojalá pudiese yo darle todos los dias pruebas análogas de mi lealtad.

El arzobispo meneó la cabeza con muestras de desagrado.

—Está visto, dijo, que para serviros, se necesita la paciencia de Job. No podemos quejarnos aunque nos desuellen.

—Válgame Dios! No exijo de vos tanta abnegecion, mi respetable amigo. Lo único que deseo es que mi nombre no autorice ninguna rebelion. Quizá llegue un tiempo en que sin ser rebelde, tenga yo misma que ceñir una espada, para defender mis derechos, y ojalá entonces encuentre servidores tan denodados como vos! Mas ahora, no; estais viendo como gime el pueblo bajo el peso de onerosos impuestos: veis como le chupan la sangre, y como se empeña la corona so pretesto de combatir mi rebeldía; veis en fin que la patria está desgarrada por luchas intestinas, y ¿quereis que yo aumente el desórden y justifique con mi conducta ese despilfarro, que todo lo consume y aniquila? No, por Dios! Harto haré, cuando llegue la hora, si logro desempeñar esa corona que hoy es vil juguete de usureros y ambiciosos: no quiero que se diga jamás que fuí la causa de las estrecheces del reino.

—Isabel tiene razon, señor arzobispo, dijo don Fernando. Conocemos vuestro celo y buena voluntad; pero no podria sernos provechoso ahora ningun movimiento armado; esto seria chocar con nuestros antecedentes y desmentir nuestras protestas de fidelidad.

—Señores, me resigno á lo que dispongais, pero no respondo de las consecuencias. Con que no haremos nada?

—Si haremos, repuso doña Isabel. Acaba de ocurrirme una idea: Vamos á conquistar todos los pueblos que podamos, y á formar un bando irresistible.

—Cómo?

—Vos, señor arzobispo, sereis el gefe de esta campaña. Convocad un concilio: no os faltarán abusos que corregir en el clero de España. Yo estaré con vos y entre ambos atraeremos á

nuestra bandera de paz á todos los obispos y prelados que acudan al concilio. ¿Que os parece la idea?

—La apruebo. Pero es menester elegir un pueblo á propósito para la convocatoria.

—Si, uno que esté léjos de toda lucha, y que no haya seguido ningun partido. ¿Qué os parece Aranda?

—Me parece bien, allá iremos.

El pensamiento de doña Isabel no podia menos de agradar al arzobispo y distraerle de sus proyectos de resistencia, porque halagaba sobre manera á su pasion dominante, á su sed de influencia. La reunion de un concilio le colocaba en el primer lugar sobre cuantas personas abrazasen la causa de sus protegidos. Por esto aceptó sin vacilar la proposicion y desde aquel momento comenzó á ocuparse del asunto con grande actividad.

Doña Isabel vió con suma satisfaccion este cambio de ideas en su molesto amigo, pues podia decir que alcanzaba la mayor victoria venciendo su obstinada resolucion belicosa, y conduciéndole á otras vias mas conciliadoras: prometíase ademas por este medio unirle al obispo de Sigüenza. Coligados en su favor estos dos poderosos rivales, solo le faltaba convencer á su hermano de la injusticia con que la perseguia, dejándose llevar de los consejos de don Juan Pacheco, y probarle que éste era su mayor enemigo. Para esto le habia ofrecido su cooperacion Jarifa, que segun ya hemos visto, se hallaba en su compañia, despues de haber servido á don Pedro Mendoza en calidad de page, y solo se aguardaba la llegada á Valladolid de don Abraham Señor, única persona de quien la mora queria fiarse para que le ayudase á ejecutar su proyecto. Don Abraham habia recibido en Segovia la terrible noticia de los desastres ocurridos en su familia, y fué tal el trastorno que ocasionó en su salud, que faltó poco para que le costase la vida: solo la idea de que vivia su amada hija, pudo salvarle de la muerte. Por esta causa tardó tanto en acudir á dar gracias á nuestra princesa por el eminente auxilio que prestó á Lia; pero apenas se halló restablecido lo bastante para ponerse en marcha, vino á Valladolid, ansioso de

abrazar á aquella, que por su parte acababa de pasar una enfermedad que la tuvo muchos dias al borde del sepulcro.

El celo incansable del doctor de Toledo, médico de cámara de doña Isabel, y los cuidados de Jarifa, devolvieron por fin la salud á la jóven hebrea.

Don Abraham no esperaba encontrar en Valladolid á la protegida de su cuñado, á quien, como éste y los demás que la conocian, creia muerta. El anciano mercader de Segovia se presentó en la casa de Juan de Vivero llevando cuantiosos regalos para la salvadora de su hija: doña Isabel mandó que le dejasen entrar en su cámara, y le recibió á solas. Imposible seria describir la viva conmocion de respeto y gratitud que sintió el honrado judío, al verse delante de la generosa reina. Luego que ésta le permitió hablar, dijo con voz trémula y doblando una rodilla.

—Gran señora: perdonad á un padre agradecido el atrevimiento de llegar hasta vuestra soberana presencia. He perdido en un dia á mi amado hijo, el apoyo de mi ancianidad, y el esposo que destiné á mi amada Lia pereció tambien, dejando á su esposa viuda y doncella. Solo un golpe faltaba para dar muerte á mi corazon, y á vuestra mano debo la salvacion y el consuelo. Ah! señora: vos que sois madre, comprenderéis mi dolor y mi gratitud. No tengo elocuencia para espresar una ni otra; pero mis lágrimas dicen lo que siento.

Levantaos, anciano, le contestó doña Isabel: comprendo vuestras emociones, y en presencia de ellas deploro no haber podido salvar mas víctimas inocentes del furor popular.

—Oh! señora! Cuán buena sois! Es posible que no os amen todos! Cómo no inspirais á cuantos os conocen el acendrado afecto que os profesan el alcaide de Segovia y su ilustre consorte, afecto que yo quisiera poder igualar.

—Ah! Conoceis á mis buenos amigos Andrés y Beatriz? Qué noticias me traeis de ellos?

—Esos nobles señores me honran con su amistad: ellos me han consolado en mi afliccion: por vos y por ellos sacrificaria

yo gustoso mi escasa existencia. Me han dado cartas para vuestra Alteza, encargándome de palabra que os repitiese sus protestas de fidelidad y amor.

—Ah! Dadme esas cartas, y esperad aqui á vuestra hija. Tendreis vivos deseos de verla?

—Oh! Señora...

—Tambien vereis á una amiga suya, que necesita hablaros á solas, y cuya entrevista me interesa.

—En ese caso, primero sois vos: que venga esa amiga; despues veré á mi hija.

—Dios dá tiempo para todo, Abraham, repuso la princesa, tomando las cartas que le entregaba el judío, y saliendo de la estancia.

El mercader quedó solo algunos momentos luchando con su impaciencia. De pronto aparecieron en la puerta por donde habia salido doña Isabel, Lia y Jarifa. En los primeros instantes Abraham no vió mas que á su adorada hija: la estrechó entre sus brazos, la besó con transportes de júbilo, lloró, y vencido al cabo por la emocion, se dejó caer sin fuerzas en un sitial. Las dos jóvenes se colocaron á los lados: la una conmovida y anegada en llanto, la otra dominando sus sentimientos y erguida como la estátua de Némesis. Cuando Abraham se volvió á la mora para darle gracias por la asistencia que habia prestado á su hija, quedó sorprendido, se frotó los ojos y exclamó:

—Jarifa!

Lia la miró tambien con asombro: ignoraba quien era, pues hasta este tiempo jamás la habia visto, aunque sí oido hablar de ella.

—Os equivocais, Abraham, contestó la jóven friamente, pero apretando de un modo espresivo la mano del mercader que tenia asida: no me llamo Jarifa. No veis mi trage cristiano? Me llamo Estrella.

—Oh! perdonad, señora, repuso Abraham, á quien la entereza de la jóven hizo dudar. Me habré equivocado. Li..., pero una estraordinaria semejanza me ha hecho creer...

—Es verdad, muchos me han dicho lo mismo.

Abraham sintió de nuevo la presion significativa de la mano de Jarifa, y volviendo á mirarla, comprendió que debia callar. Entonces, acordándose de lo que le habia dicho la reina, apresuró el momento de quedarse á solas con la jóven, para lo cual despues de un breve rato, dijo á Lia:

—Ya te he visto, ya te he abrazado, amor mio, hija mia: ya estoy enteramente tranquilo. Retírate para que yo pueda cumplir algunas órdenes de tu ilustre salvadora. Pronto estaré otra vez contigo.

Lia se retiró: Jarifa hizo ademan de seguirla, pero se detuvo á la voz de Abraham que le decia:

—Quedaos vos.–Y tomándole la mano, añadió mirándola de hito en hito.

—Si, tú eres. Pero es posible? Acaso salen los muertos de sus sepulcros?

—Yo no he muerto, Abraham, sino para vengarme. Debí morir, pero la fatalidad de mi destino me salvó la vida.

—No te comprendo, Jarifa. De quién quieres vengarte? Por qué si no has muerto te has ocultado á las miradas de tu protector Abiabar? Cómo no has venido á mí?

—Escucha: quizás tienes razon en creer que yo he muerto. Un dia el hastío de la vida me arrojó en las aguas turbias y tormentosas de un rio: durante algun tiempo (no sé cuanto) dejé de pensar: el olvido aprisionó mi inteligencia con sus cadenas de tinieblas. Despues oí que hablaban cerca de mí: abrí los ojos y me ví en una choza junto á la lumbre, y rodeada de rostros estraños: tenia la frente vendada, porque me habia abierto una profunda herida con una roca, y estaba en medio de una compañia de farsantes, de los cuales era gefe un antiguo servidor del marqués de Villena. Me horroricé de verme junto á aquel hombre, figurándome que era un demonio tutelar del de Villena, y que tomaba la forma de su criado para conducirme otra vez y acaso por la eternidad, al poder del que me habia impelido á morir. Pronto me tranquilicé: supe que aquella gente me

habia sacado del agua casi muerta; pero á medida que recobraba la salud, iba entrando en mi seno un ódio inestinguible contra el hombre que amé.

—Mas, por qué no volvisteis á buscar á Abiabar.

—Porque necesitaba ser libre para vengarme, y Abiabar no lo habria consentido: porque juntamente con mi ódio á don Diego Pacheco crecia mi amor á la princesa de Castilla, único ser que he hallado digno de ser amado, necesitaba servirla, y Abiabar me lo habria impedido. ¿Acaso lo ignoras? No piensas tú como él?

—No sé si Abiabar piensa como yo; pero de mí sé decir que jamás pondria obstáculos al mejor servicio de la princesa.

—Eso puede ser ahora; pero ¿no has jurado nunca ser su enemigo y el de su hermano?

—Jamás.

Jarifa miró atentamente al anciano: era imposible dudar de su sinceridad. Le tomó de la mano y le dijo:

—Aqui no estamos bien seguros. Ven conmigo.

Y le condujo á su habitacion particular, y cerró la puerta. Lo que alli hablaron nadie lo oyó. Solo al cabo de una hora se vió á Jarifa salir con Abraham, diciéndole en voz baja.

—Lo que acabas de oir no debe saberlo nadie, ni tu hija, ni aun la princesa, como no sea de boca de su hermano.

—Ni el rey tampoco sabrá de mi boca ese horrible secreto. Yo no debo vender á mis hermanos en religion.

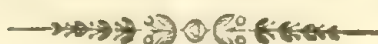
—No se trata de eso, Abraham, se trata de vengar á tu hijo, sacrificado, no lo dudes, por la lujuria de un magnate: se trata de poner coto á la desmedida ambicion del de Villena, que se vende á los hombres de tu raza y luego los asesina: se trata de salvar á un tiempo al rey, á la princesa y aun al mismo Abiabar, que tarde ó temprano será víctima de su imprudente celo. Acuérdate del sábado de gloria: no olvides nunca ese dia, y sigue los impulsos de tu corazon. En cuanto á mí, si quieres descubrir mi nombre con mis revelaciones, hazlo en hora buena; pero que sea despues que yo haya visto sus efectos. Entonces no temeré morir.

Abraham permaneció tres dias en Valladolid: tuvo otra conferencia con la princesa, en la cual le prometió trabajar sin descanso hasta conseguir su reconciliacion con el rey, pero sin revelarle todos los resortes que pensaba poner en juego, y despues de esto se volvió con su hija á Segovia, no sin haber consolado antes á su pariente José, que habia quedado muy pobre á consecuencia del motin en que pereció su hijo.





CAPÍTULO XI.



De como el rey, al volver de caza, fué cazado por su tesorero.

Nuestros lectores habrán adivinado de que género serian las revelaciones que hizo Jarifa á Abraham, y conocerán que éste no se hallaria dispuesto á consultar acerca de ellas á su cuñado Abiabar, no obstante la íntima confianza que en él tenia. Presumirán tambien que doña Isabel estaba impuesta en todo lo mas esencial de los secretos de la mora, pues de otro modo no habria admitido su intervencion en el asunto que mas la interesaba. Le habia prometido, sin embargo, guardar sigilo, para no comprometerla, y dejar á su discrecion el manejo de su intriga, que debia descubrir á D. Enrique la perfidia de su privado.

El instrumento de que se valió Jarifa, no podia ser mejor elegido. Abraham, animado de la mas profunda gratitud á nuestra princesa, resentido y casi enemistado con D. Diego Pacheco, á quien atribuia con razon sus desventuras; amigo de Andrés de Cabrera, que deseaba derribar al maestre de su privanza, é in

capaz al mismo tiempo de hacer daño al gran sacerdote de los judíos, era, sin duda, el hombre mas adecuado para una negociacion que requeria mucha sagacidad y no poca prudencia. Una circunstancia, que no hemos referido vino á fortalecer el ánimo del mercader segoviano en esta empresa. Cuando visitó á su pariente José el platero, éste le contó como al volver á su casa despues de la dispersion del motin, la encontró saqueada y llena de cadáveres: estos mismos habian sido despojados por los bandidos del señor de Hinestrosa, sobre cuyo cuerpo estaba atravesado el de Benjamin: levantando á éste para hacerle los honores de la sepultura, y arrastrando el cadáver del rico-hombre para echarlo á la calle, se escapó de entre sus vestidos una cartera de cuero, en la cual se encontraron un salvo conducto del maestre de Santiago, y una carta de su hijo, citándole para la semana santa en Valladolid, y prometiéndole estar alli á punto para proteger su retirada. Esto acabó de persuadir á D. Abraham, que el motin estaba preparado de antemano, y tal vez con ánimo de robar á su hija. Guardó estos instrumentos de su venganza, y marchó á Segovia, no sin fundados recelos de ser acometido en el camino por alguna banda de salteadores ó de caballeros aventureros.

Su buena estrella quiso que á través de mil peligros, llegase ileso al término de su viage. Su primera diligencia fué visitar á su amigo Andrés de Cabrera, dióle cuenta de todo, y le pidió consejo.

—Difícil es coordinar esos estremos, dijo el tesorero, despues de haberle oido atentamente; y mas aun persuadir al rey de que su ministro le vende. ¿Creéis que no lo he intentado ya mil veces? Pero, amigo, hay quien dice que el viejo raposo tiene hechizado á S. A, y casi, casi me voy convenciendo de que es verdad. Por lo que hace á esa conjuracion secreta, no diré que no ecsista. ¿Pero cómo diablos es entonces que el maestre levanta motines contra sus propios amigos?

—¡Ay, santo Dios de Abraham! ¿No puede ser con ánimo de encubrir mas sus intrigas? Además, el que es traidor á su

rey, bien puede serlo á unos míseros aliados que tienen fama de ricos, y á quienes tal vez ha enredado en sus lazos para devorarlos á su sabor. Oh! no lo dudeis. Pobre pueblo mio! El no es culpable sino de su imprudente fé en el tirano, que les habrá prometido la libertad. ¿Y qué no emprende el mísero cautivo por romper las cadenas que le aprisionan?

—No disculpes á tus compañeros: si, tú eres bueno, y la prueba es que mereces mi amistad, los demas solo saben desollar al género humano, y sembrar la cizaña. ¡Malditos de Dios!

—Oh! Señor, Señor! tened de ellos misericordia. ¡Qué no sea yo la piedra de escándalo la causa de su perdicion!

—Descansa en mí, buen hebreo, y vamos á pensar en lo que interesa.

—Si, eso es: que caiga ese tirano, y que el ángel de Castilla recobre sus derechos.

—Los recobrará, Dios mediante. Las circunstancias se van presentando favorables. D. Juan Pacheco vá perdiendo sus mejores aliados, y acaso se quedará pronto solo.

—Cómo?

—Si: el obispo Mendoza pretende hace tiempo el capelo de cardenal de España, y sabe por su amigo don Rodrigo de Borgia, que el maestre es quien pone obstáculos á su ambicion: por consiguiente, le abandona con toda su poderosa familia, no obstante que el viejo raposo se ha casado ahora con una de sus parientas. La alianza del rey Luis de Francia se ha resfriado: el duque de Guiena, esposo en ciernes de la Beltraneja acaba de morir de repente. Hay quien dice, aunque yo no lo afirmo, que ha sido envenenado por su amigo el cardenal de Arrás, de órden del rey su hermano.-El duque de Alburquerque,-ya sabes, D. Beltranico, que en medio de todo es muy caballero, se ha retirado de la córte, por no ver los escesos que allí se cometen. Los nobles acampados en Medina se van cansando de esperar una guerra, de que se prometian grandes despojos, y ya habrás visto como desertan, para no volver á sus castillos con las manos vacías....

—¡Ay! Demasiado lo sé: tres mil enriques he tenido que pa

gar por el rescate de varios amigos que han caido en sus garras: váleme que esos pobres amigos son muy honrados, y trabajarán para restituirme lo que he dado por ellos.

—Pues bien: todo eso unido á los nuevos desórdenes interiores que han obligado al maestre á separar la reina del lado de su hijo, á los bandos que por dó quiera se levantan para vengar y sostener resentimientos personales, y á la escasaz de recursos, todo esto, digo, vá cansando al rey cuyo espíritu con poco se desalienta.

—Escasez de recursos, decís?

—No te asustes por eso, Abraham: nunca faltará dinero para pagarte á tí, al menos mientras yo guarde los tesoros del rey.

—Oh! Eso no me inquieta: es muy poco el dinero que el rey tiene mio.

—Poco! Segun eso, eres mucho mas rico de lo que yo pensaba.

—Pobre de mí! Os equivocais: ese dinero no es mio; es del maestre de Santiago.

—Del maestre!

—Si, la mayor parte es del maestre: yo no he podido dar sino una pequeña cantidad.

—Tambien usurero! Pardiez! Vamos á jugarle una mala pasada: entrégame las cédulas que has recibido por él, y ya verás...

—Oh! No: eso no lo consiente mi conciencia. Yo he tratado con él, y no faltaré á mis compromisos.

—Tienes miedo de perder el dinero? Yo te respondo de todo.

—No importa: mis tratos son formales, y aunque el maestre no tuviese mi firma, yo le responderia de lo que me tiene dado. Lo justo es justo: no le perdonaré una blanca del interés que me corresponde, pero tampoco me quedaré con nada de lo suyo, ni consentiré que lo pierda.

—Eres demasiado escrupuloso: quédate con la mitad del dinero, y déjame la otra mitad para convencer al rey de la doblez de su favorito.

—La mitad!... exclamó Abraham trémulo de codicia. No, no: callad... no hablemos una palabra mas de este asunto. Yo no quiero lo que no es mio. Pero decidme: ¿cómo es posible que el rey carezca de recursos con tanto como le han prestado? Deberia estar nadando en oro.

—Pregúntalo á los amigos del maestre y á toda esa caterva de cortesanos que le rodean. Pronto vendrá el rey á Segovia, y verás lo que pasa: los tesoros de Creso no bastarian á satisfacer sus prodigalidades.

—No comprendo como pueda ser tan pródigo S. A. siendo la codicia en persona.

—Bien se comprende: no sabiendo retener ni economizar un maravedí, siempre se vé necesitado de adquirir mas de lo que derrocha. Esto es muy lógico: ahora mismo está empeñada la corona por mucho mas de lo que el rey podrá satisfacer en toda su vida: sus apuros han de ser grandes, y por consiguiente no tendrá límites su codicia.

—Es verdad. Pero, dejando esto: ¿qué determinamos?

—Habia que aguardar á la venida del rey: yo os procuraré una entrevista con él, y le hablareis. De mí desconfia, porque me cree, y con razon, enemigo del maestre. Tenemos tiempo para meditar lo que mas convenga.

Como habia previsto Andres de Cabrera, pocos dias despues de su entrevista con el hebreo, llegó el rey á Segovia. Sabíase ya en todo el reino de Castilla la retirada de la reina Isabel y del arzobispo de Toledo á la villa de Aranda, y el contraste que formaba este retraimiento pacífico y resignado, al parecer, con los preparativos belicosos hechos por la parte del rey, sublevaba los ánimos en general contra toda exaccion de hombres y recursos destinados á combatir á quien daba una prueba tan relevante de humildad y sumision. No faltaba quien, interpretando la conducta de nuestros príncipes conforme al interés de sus miras particulares, la creyese un acto de cobardía ó debilidad: los que asi pensaban eran todos aquellos indómitos señores, que sin

mas ocupacion que la guerra, esperaban hacer á todo el reino presa de sus rapiñas.

Don Juan Pacheco creyó tambien, como los demas, que la falta de ausiliares impedia á Isabel y Fernando lanzarse á la venganza de sus ultrages, y temiendo que esta calma, en momentos favorables para aquellos, ablandase el corazon de don Enrique, determinó tomar un partido estremo, seguro de suscitar con él mayores dificultades. Habló al rey de esta manera:

—Ya veis, señor, que triunfamos sin combatir: los príncipes rebeldes, abandonados de todo el mundo, se declaran derrotados. Nuestros armamentos contra ellos nos ocasionan gastos inútiles, y léjos de servirnos de algo, la gente comienza á mirarlos como un peso odioso y como un acto de poca generosidad. Salvo vuestro parecer, yo disolveria el campamento de Medina.

—Hombre, haz lo que mejor te parezca, dijo el rey; pero, ¿no temes que los rebeldes se rehagan y nos den un chasco?

Eso no os inquiete: yo solo puedo poner en campaña veinte mil hombres en ocho dias. Si se rebelan, tanto mejor: asi tendríamos un pretesto legítimo para espulsarlos del reino. Mientras duren las cosas en este estado no podemos dar un paso contra ellos sin hacerles aparecer como víctimas. Dejémosles tranquilos, y negociemos entre tanto un nuevo enlace para vuestra hija que ha quedado viuda y doncella.

—Y no se disgustarán nuestros partidarios, viendo esta falta de energía?

—Bien podrá ser que algunos se disgusten: pero el mayor motivo de temor que os pudiera inquietar por ese lado, ya no ecsiste: con la muerte del hermano del rey Luis, han cesado vuestros compromisos con Francia: ningun peligro os amenaza, ni ausilio alguno podeis esperar por aquella parte. Lo demás es *pecata minuta*: los hombres de por acá son como las olas del mar, y ya sabeis que yo tengo en la mano los vientos para llevarlos á donde sea menester. Sobre todo, señor, la razon mas poderosa es que los recursos van escaseando, y no estamos para gastar la pólvora en salvas.

Esta era, con efecto, la razon mas convincente para el rey, que temia verse sin dinero para sostener sus desórdenes. No solo le persuadió el maestre de la conveniencia de levantar el campo, sino que, previendo que, á consecuencia de esta medida, pronto seria necesaria su persona, pidió permiso para retirarse por algun tiempo á su señorío de Escalona, con pretesto de arreglar asuntos de familia y restablecer su quebrantada salud. Obtenida esta licencia dejó al lado del rey á su hijo D. Diego, para ir acostumbrándole á la intriga y al favor, y marchó á levantar el campamento de Medina.

Los efectos de esta disposicion de gentes armadas fueron funestos. No hubo un gefe que la aprobase, y mientras Isabel y Fernando permanecian tranquilos en Aranda, ganando las voluntades de los prelados y obispos que habian concurrido al concilio, muchos de los nobles se pronunciaron por ellos, otros sostuvieron la causa que habian abrazado, y sin que hubiese por ninguna de ambas partes una cabeza, toda Castilla se convirtió en un verdadero campo de batalla. El grito de guerra de cada bando no era en realidad mas que un pretesto: el robo y el saqueo, las venganzas personales eran el móvil de ambas facciones, y no faltaban pandillas de bandidos que peleaban por la mañana gritando ¡viva el rey Enrique!, y por la tarde asaltasen un castillo ó pillasen un pueblo en nombre de doña Isabel.

Entre tanto don Enrique no podia oir el ruido de las armas, ni los gemidos de su pueblo: el estruendo de las copas y de los brindis en los festines que preparaba su gula, el estrépito de las danzas y la distraccion de las partidas de caza á que se entregaba con una especie de frenesí, estaban demasiado cerca de su persona para que llegasen á sus oidos aquellos fracasos de esterminio y desolacion, mas que como los ayes del mendigo que apaga el rumor de una fiesta. Enrique IV en los últimos dias de su vida, se asemejaba al jugador, que habiendo perdido toda la noche, se embriaga al amanecer, para ofuscar su inteligencia, y seguir devorando el patrimonio de sus hijos, y gozando en el retintin de un oro que ya no le pertenece.

Sin embargo, por mas que el rey cerrase los ojos y los oidos á la realidad, no podia esta permanecer oculta mucho tiempo. Un dia que estaba D. Enrique en la ciudad de vuelta de una partida de caza, le salió al encuentro Andrés de Cabrera y le dijo:

—Os divertis mucho, señor?

—Mucho, Andrés, mucho; le contestó el rey: vuestro amigo Pacheco tiene un monte soberbio: cada pieza que allí se encuentra vale tanto como mi cronista Enriquez del Castillo, que es hombre de empaque. ¿Veníais en mi busca?

—Señor, como no os habeis dignado pasar en mi casa, ni en el alcázar, no tengo ocasion de hablaros despacio; y eso que convendria mucho.

—No importa: ven conmigo, participarás del banquete que hoy me dá el jóven de Villena y luego que comido, hablaremos todo lo que quieras. Ahora no puede ser: llevo un hambre voraz.

—Os agradezco el convite, señor; mas para hablaros necesito hacerlo sin testigos.

Andrés se inclinó hácia el rey, apoyándose en el estribo derecho de su caballo, y le dijo en voz baja:

—Señor, vuestro reino se pierde.

—Qué! qué decis? qué sucede?

El tesorero miró con recelo á la caterva de cortesanos que seguian al rey, y en particular á D. Diego Pacheco que marchaba casi á su lado y escuchaba la conversacion con aire distraido.

—No es ahora ocasion de deciros todo lo que pasa, contestó. Teneis hambre, señor, y no quisiera entreteneros. Comed tranquilo, y disponed de mí cuando gusteis: en el alcázar aguardo las órdenes de vuestra Señoría...

Dicho esto, hizo una reverencia, saludó con la mano á los demas caballeros y se retiró. El rey murmuró viéndole alejarse.

—Qué diablos será eso?-Pero repuso en seguida:-Vamos, señores, vamos aprisa, que no puedo aguantar el apetito.

Don Diego Pacheco volvió á ocupar al lado del rey el puesto que habia cedido por cortesía, cuando se acercó Andrés de Cabrera, y guardó silencio, esperando que D. Enrique se le franquease. Asi fué, con efecto: el débil monarca, que durante un largo trecho permaneció pensativo, al cabo dijo:

—Sabes tú algo de eso, Villena?

—Señor, si no os dignais esplicarme lo que es eso, no puedo deciros lo que sepa.

—Pues qué no has oido á mi alcaide de Segovia? Me ha dicho con tono lúgubre: «señor, vuestro reino se pierde:» Sabes si por acaso ha invadido el moro nuestros dominios?

—No tengo noticia de semejante calamidad, señor: lo único que yo he llegado á saber es, que el bando de vuestra hermana está en campaña; pero á fé que nuestros amigos no se duermen.

—Es decir que estamos ya en guerra! Bien se lo dije á tu padre. Pero, ¿es muy grave lo que sucede?

—No carece de gravedad, señor: sin embargo, será fácil ahogar esa rebelion.

—Mi hermanita!... mi hermanita! Ya me figuraba que aprovecharia la ocasion. Por supuesto el maestre habrá tomado ya su partido.

—Mi padre se halla enfermo; pero podeis contar conmigo y con mi gente.

—Malditas revueltas, amen!... Vamos, vamos: no quiero pensar ahora en eso. Comamos, y despues Dios dirá.

Estas noticias vagas, aunque inquietaron bastante el ánimo del rey, no le impidieron entregarse con voracidad á los placeres de la mesa. Sin embargo, cuando ya entrada la noche, se hubo aplacado su apetito, comenzó á cabilar y á sentir alguna impaciencia. No quiso aguardar al dia siguiente: se levantó de la mesa, y haciéndose acompañar de su secretario privado Juan de Oviedo y de media docena de estaferos, que le precedian á alguna distancia, se encaminó al alcázar.

Andrés de Cabrera le aguardaba, ó por lo menos esperaba

alguna órden de su parte. Cuando le vió llegar, se apresuró á recibirle con muestras de placer y de acatamiento.

—Vamos á ver, Andrés, dijo el rey: ¿qué significa ese fatídico anuncio que me has dado esta tarde?

—Señor, contestó el tesorero: aunque tema incurrir en vuestro desagrado, mi deber es deciros la verdad desnuda, y os la diré toda.

—Si, hombre, si: es muy justo. Dime todo lo que sepas. ¿Es verdad que mi hermana tiene ya sus gentes en campaña?

—Señor, vuestra hermana no puede ser la causa de la perdicion del reino; en su nombre se han levantado facciosos que todo lo atropellan; pero su lealtad no se ha desmentido un momento en estas aciagas circunstancias. Yo os juro, por la fé de caballero, que podeis contar con su amor y su fidelidad.

—Que disparate, hombre! Cómo puedes creer que sea fiel mi hermana, cuando sus parciales combaten por ella?

—No son sus parciales los que han tomado las armas: son los mismos que poco hace aguardaban vuestras órdenes en Medina del Campo: son los amigos de D. Juan Pacheco.

—Seguramente quereis volverme loco entre todos. ¿Qué tiene que ver en eso el maestre? No puede ser: yo sé que sus parciales combaten á esos facciosos de mi hermana, y sé tambien que D. Diego Pacheco solo aguarda mis órdenes para salir á campaña contra ellos.

—Pues bien: dadle el mando supremo de vuestros ejércitos, y si consigue pacificar una sola provincia del reino con las armas, me dejo cortar un brazo.

—Segun eso, crees que Pacheco me es infiel?

Andrés de Cabrera se sonrió, encogiéndose de hombros.

—Qué quieres decir? Esplícate.

—Señor, conozco que es inútil tratar de convenceros acerca de los dudosos servicios de ciertas personas.

—No, ¡vive Dios! Yo sé que pueden engañarme los que se me venden por mas amigos. Pero, ¿cómo quieres que dude de la lealtad del maestre, cuando tantos sacrificios ha hecho por mí?

—Los ha hecho de valde?

—Oh! Eso no: pero consiste en que no me está bien dejar sin recompensa á mis buenos servidores.

—Y son buenos servidores los que promueven constantemente la discordia para contraer el mérito de reprimirla? Cuál de los disturbios ocurridos durante vuestro reinado no ha sido obra de vuestros favoritos?

—Eso nada prueba. Señálame algun hecho: nómbrame personas.

—No un hecho, mil os citaré, puesto que lo quereis. ¿Dónde estaba D. Juan Pacheco, cuando se os depuso en estátua en los campos de Ávila? Estaba allí, si mal no recuerdo, para arrancaros el cetro de la mano.

—Esas son cuentas ya pasadas y que D. Juan y yo entendemos.

—Sí, D. Juan las entiende y yo tambien, repuso el tesorero. Despues os hizo jurar dos veces que careceis de legítima sucesion directa:... os condujo á tratar con vuestra hermana, y á faltar á vuestros pactos: fué el primero que ofreció la corona de Castilla á doña Isabel; quien os ha tenido en continua enemistad con ella; quien ha provocado una lucha fratricida, que no se ha realizado, merced á la heróica paciencia de la que llamais princesa rebelde; quien ha empeñado vuestras rentas quizás para siempre, y despues de haceros gastar cuanto teneis, acaba de arrojar de Medina millares de descontentos, que ahora mismo despedazan el reino.

—Nada de eso me prueba la culpabilidad del maestre: ningun paso ha dado sin mi anuencia, y culparle de las desgracias que nos abruman, es culparme á mí. Si la infanta Isabel hubiera sido obediente á mis mandatos, nada de eso pasaria: ella sola tiene la culpa de todo.

—Es posible, señor, que ofuscado vuestro entendimiento por el engaño, no podais percibir la luz de la verdad? Bien sé que os desagrado al hablaros asi; pero mi deber me lo manda. No trato de acusar á nadie: solo deseo salvaros de los males que

os amenazan. Desde Galicia hasta Cartagena, desde Vizcaya hasta Cádiz, todo el pais arde en guerra civil. No teneis recursos para sofocar tan espantoso desórden, y aunque los tuviérais, serian inútiles. La discordia renaceria de sus mismos despojos, porque los vencedores tomarian la bandera de los vencidos para continuar la lucha.

—Oh! Eso no será. Yo no tengo recursos, es verdad; pero Pacheco tiene los necesarios para espulsar del reino á los príncipes rebeldes; y hecho esto, la insurreccion quedará muerta.

—Hecho eso, si es que lo consiguiéreis, no os quedaria un solo pueblo sobre que reinar; ¿con qué pagaríais al maestre sus servicios? Habríais de darle villas y fortalezas sobre las muchas que ya posee, despojándoos asi de los pocos dominios que os permaneciesen fieles. ¿Quién seria entonces el rey de Castilla? Vos ó él? Creedme, señor: ¿queréis hacer una prueba para quitar todo pretesto á la rebelion? Nada podeis perder en ello: ni un hombre, ni un maravedí necesitaréis emplear.

—Si eso fuese posible...

—Si es. Yo pondré en vuestras manos á doña Isabel; pero con una condicion.

—Cuál?

—Sé que arrostro la terrible venganza del maestre: la promesa que acabo de haceros, será un secreto inviolable entre vos y yo, hasta que esté cumplida.

—Pero me entregarás mi hermana?

—Dentro de quince dias, á mas tardar, estará en Segovia, sin otro acompañamiento que el de su inmediata servidumbre. Si entonces continuais creyendo que es rebelde, podreis disponer de ella á vuestro arbitrio. ¿Qué mas necesitaréis para ahogar la rebelion que usurpa su nombre?

—En verdad que si me prestas ese servicio, diré que eres el mas leal de mis vasallos.

—Para prestároslo, es indispensable que nadie lo sepa. Si una sola palabra se trasluce, no respondo de mi compromiso

—Descuida: nadie lo sabrá. Me interesa mucho guardar silencio.

—Pues bien, señor: dentro de quince dias estareis reunido con vuestra hermana, y vereis disiparse como el humo esos bandos que ahora os amenazan. Mas tened por cosa segura que si el maestre se entera, procurará impedirlo.

—Dale! No lo sabrá, hombre, no lo sabrá. Pero, aunque lo supiese, ¿tendrias algo que temer?

—Si, señor; temeria que estorbase la venida de la princesa.

—Vah! Tan interesado está él como yo en que nos apoderemos de ella sin costarnos sangre ni sacrificio.

—Señor, repuso Andrés mirando al rey cara á cara: no me habeis entendido bien. Si mi intencion fuese la de entregaros vuestra hermana como prisionera, tal vez mereceria esto la aprobacion del maestre, y tal vez no; porque conforme podia irritar mas los ánimos esta alevosía, pudiera tambien templar la discordia; pero como mi ánimo es corresponder á los deseos de la princesa, que quiere probaros su lealtad poniéndose á vuestra discrecion; para demostrar asi á los que pelean en su nombre que es imposible una lucha entre vos y ella, el maestre no aprobará de ningun modo el paso que os propongo.

—Ah! Con que solo tratas de reconciliarnos? Ya sabes que eso no puede ser.

—Pues bien, señor; en ese caso, dejad que se encienda mas la guerra y aguardad á que la apaguen D. Juan Pacheco ó su hijo: tarde será, ¡por vida mia!

—Te obstinas en creer que Pacheco me vende, y por Dios, que te engañas.

—No me tengo por infalible. Pero creo que podeis ser vos el engañado, y nada os cuesta hacer una prueba. Guardadme el secreto, y cuando venga la princesa, recibidla con la solicitud afectuosa que merece. La conducta que observe el marqués de Villena en aquellos momentos, será el mejor testimonio de su lealtad y de la de su padre.

—Me parece bien eso. ¿Qué opinas tú que harán?

—Opino, señor, que D. Diego huirá precipitadamente, por temor á vuestra cólera; y bien conocereis que el que huye, no

tiene la conciencia muy limpia: en cuanto al maestre, mostrará mucho enojo, porque no le habreis comunicado vuestros intentos; pero procurará recobrar vuestra confianza.

—Pues bien; allá lo veremos. Que venga mi hermana. Yo te prometo que, como eso suceda, creeré que vivo engañado, y que solo ella me ama.

El rey se despidió de Andrés, el cual salió acompañándole hasta la puerta del alcázar. Cuando volvió al aposento donde tuvo lugar la anterior conversacion, encontró en él á su esposa Beatriz, la cual le abrazó con vivas muestras de amor y agradecimiento.

—Estás contenta de mí? dijo el tesorero.

—Ah! si, exclamó la hermosa dama, estrechándole contra su pecho. Todo lo he oido, y te juro, amado mio, que jamás se borrará de mi memoria el valor con que has arrostrado la animosidad del maestre, por acceder á mis ruegos.

—Pues bien, ahora es preciso obrar con rapidéz y sigilo: no tenemos ganada mas que la mitad de la partida, y conviene ganarla por completo.

—Si, amado mio, si: yo misma voy en busca de la princesa. Entre tanto, procura no separarte del lado del rey, para sostenerle en su buen propósito. No quiero confiar á nadie esta agradable comision, porque pudiera traslucirse, y entonces no faltaria quien trabajase para inclinar en contra nuestra la volubilidad de S. A., ni pusiese obstáculos á la venida de mi querida señora. Son muchos, aparte del maestre de Santiago, los que esperan engrandecerse por medio de la guerra civil, y harán cuanto puedan para fomentarla.

—Me parece muy conveniente que vayas tú misma, querida Beatriz, pues nadie desempeñaria mejor este delicado encargo. Puedes asegurar á la princesa que será bien recibida de su hermano, que es lo que mas importa, y para lo cual no cesaré de trabajar durante tu ausencia. Dila tambien que pongo el alcázar á su disposicion, de modo que, aun cuando sobreviniese algun contratiempo, nada tendria que temer, estando bajo mi custodia.



Beatriz le abrazó con vivas muestras de amor y agradecimiento

El resto de la noche se pasó en hacer los preparativos para el viage de doña Beatriz, y antes de amanecer salió ésta por un postigo del alcázar, en trage de aldeana, montada en un asno, y acompañada de un servidor de mucha confianza, disfrazado igualmente de campesino. El objeto de estos disfraces era, segun nos dicen las historias, asegurar mas el secreto de los tratos que Andrés de Cabrera tenia con la princesa y con el rey. En el alcázar mismo se procuró ocultar á todos ó la mayor parte de sus moradores la partida de la noble dama.





CAPÍTULO XII.



De como faltó poco para que cazase al rey el marqués de Villena, y menos para que el marquès fuese cazado por el rey.

GRACIAS á la contínua vigilancia de Andrés de Cabrera, D. Enrique cumplió esta vez su palabra de guardar silencio. D. Diego Pacheco, entre tanto miraba perdido su valimiento y aunque el rey se le mostraba complaciente, no dejó de comunicar á su padre las sospechas que tenia de que se tramaba alguna cosa contra él.

Lo que mas le inquietaba eran las frecuentes y largas visitas que hacía el rey á su tesorero, acompañándose casi siempre del cardenal legado D. Rodrigo de Borgia y del obispo de Sigüenza D. Pedro Gonzalez de Mendoza. Veia tambien con algun recelo la intimidad cada dia mayor del judío D. Abraham con Andrés de Cabrera, pues naturalmente debia estar prevenido contra un hombre á quien habia causado tanto daño, y cuya adhesion á la princesa doña Isabel no podia ocultarse, despues que ésta salvó la vida de su hija. Sin embargo, los tratos de estos personages

eran tan secretos, que en vano pretendia el marqués adivinar lo que se meditaba. Estos cuidados y la agitacion que producian otros acontecimientos ruidosos, le tenian algo distraido de sus pensamientos amorosos, respecto á Lia, cuyo paradero ademas era ignorado, pues el viejo mercader habia procurado ocultarla á todo el mundo.

Los grandes acontecimientos de que acabamos de hablar eran por una parte la guerra de pandilla, que iba tomando cuerpo, hasta llegar á verse frente á frente ejércitos formales de diez y doce mil hombres, y por otra la rendicion de Barcelona ante las armas de D. Juan de Aragon y el fallecimiento del santo Padre Paulo II.

Barcelona se habia sometido á su rey, despues de abandonada de su aliado el francés, por una de las capitulaciones mas honrosas de que hay noticia en la historia. Reducida á los últimos estremos, cercada por un ejército aguerrido y formidable, y habiendo perdido cuatro mil hombres de la milicia cívica en una salida, no consintió en deponer las armas, sino despues que el rey prometió conservar todos sus privilegios jurisdiccionales, olvidar lo pasado, permitir que saliesen con seguridad los soldados mercenarios estranjeros, y lo que es mas singular, que mandaria pregonar por todos sus dominios, que los barceloneses eran buenos, fieles y leales súbditos.

El papa habia muerto, cuando menos se esperaba, sucediéndole en el trono pontificio Sixto IV, cuyo afecto á D. Fernando y doña Isabel se mostró desde luego tan marcado, como firme habia sido contra ellos la aversion de su antecesor. Juntamente con la noticia de su elevacion al pontificado se recibió en Castilla el capelo de cardenal de España conferido al obispo de Sigüenza, y la bula de dispensacion en el parentesco de nuestros príncipes, delegada al arzobispo de Toledo.

Don Juan Pacheco, aunque vió contrariados sus deseos en lo del capelo, que pretendia para su sobrino el obispo de Búrgos, al saber lo ocurrido no dejó de felicitar al nuevo cardenal por su elevacion; y en cuanto á lo demás mostró la mayor indiferencia.

contestando á su hijo, que le habia comunicado sus inquietudes.

«Nada debe importarnos todo eso: ahora, menos que nunca, se avendrian Isabel y Enrique, porque ella recobrará lo único que le hacía falta, que son fuerzas, no teniendo su suegro enemigos que combatir en su propio reino. La declaracion de legitimidad de su matrimonio, es un mal y es un bien: si antes la detenia la falsa posicion en que se hallaba, hoy podrá lanzarse á la defensa de sus derechos con la audacia que le presta la autorizacion del Santo Padre, y asi encontrará defensores, ademas de los nuevos que ya la aclaman. ¿Qué mas podíamos apetecer? Nuestros ausilios serán ahora mas necesarios que nunca. Dí al rey todo lo que pasa, y ofrécele el apoyo ilimitado de nuestro poder para combatir la rebelion. Con esto y con procurarle cuantas diversiones apetezca, puedes echar por tierra las intrigas del tesorero y de sus amigos.»

Mientras D. Diego leía esta carta, D. Enrique se ocupaba en los preparativos de una partida de caza al bosque de Balsain. Esperaba el marqués una invitacion para presentarse en esta diversion, que habia sido dispuesta algunos dias antes; pero miraba pasar el tiempo con zozobra, y determinó hacerse visible, para llamar la atencion del rey.

El palacio en que éste residia, estaba á la sazon lleno de cazadores: en los patios y hasta en la calle piafaban los caballos impacientes: los monteros y los ojeadores preparaban sus arreos y ataban en traillas los perros que se sometian gustosos á la argolla y la cadena, presintiendo la libertad de los campos que les aguardaba.

Don Diego atravesó todo el bullicio de criados, cazadores y caballeros que ocupaban las antesalas, vestido en trage de corte, y llegó hasta la puerta de la cámara del rey. Quiso pasar; pero un ugier le detuvo, y el orgulloso magnate hubo de resignarse, mal de su grado, á esperar, mezclándose con los demas cortesanos que aguardaban al rey, ataviados para la caza; y que al verle comenzaron á murmurar del decaimiento de su privanza, y á molestarle con preguntas ofensivas á su amor propio.

—Muy galan venis, señor marqués, decia uno: ¿acaso desdeñais alternar con nosotros en la caza?

—Oh! señor marqués, decia otro: sois demasiado, y confiado además en vuestra destreza. Si por ventura os tocase luchar á pié con un jabalí, y resbaláseis, podríais perder un dineral, que sin duda vale vuestro vestido, y sin que este os resguardase nada de las presas del animal. ¿A no ser que traigais debajo cota de malla?.....

—No es nada de eso, señores; dijo un tercero. El señor marqués tiene ocupaciones que le impiden asistir á la partida, y viene seguramente á suplicar á S. A. le dispense acompañarle.

—Cabalmente: habeis acertado, contestó con tono seco el marqués.

Entre tanto el rey, dispuesto ya para partir, conferenciaba á solas con Andrés de Cabrera y el judío D. Abraham, en un gabinete reservado. En su cámara estaban el marqués de Santillana, su hermano el nuevo cardenal y el legado del Papa, que tambien eran de la partida.

—Esplícame bien eso, Abraham, decia el rey. No puedo persuadirme que sea verdad tamaña traicion.

—Señor, yo apenas tengo noticias ciertas de lo que maquina vuestro privado; pero es notorio que por sus consejos vais perdiendo el amor y el respeto de toda clase de gentes: de mi pueblo sé deciros, que consentirá en morir quemado, primero que ayudaros con una blanca, mientras tengais cerca de V. A. al maestre ó á su hijo.

—Pero, ¿por qué... por qué es eso?

—Porque temen perder lo que ya os han dado, y que la codicia del maestre se apodere de todo y luego nos persiga como ya lo ha hecho.

—La prueba, la prueba de eso.

—La prueba es, señor, que mi único hijo y mi yerno han perecido á manos del bandido de Hinestrosa, y que éste era protegido por D. Diego y por su padre: ved aqui, señor, lo que se encontró en poder del hidalgo asesino.

Y diciendo esto, D. Abraham puso en manos del rey el salvo conducto del maestre y la carta del jóven marqués de Villena, de que hicimos mencion en otro lugar.

—Oh! que perfidia! exclamó D. Enrique pasando la vista por aquellos papeles. Y el traidor me ofrecia su mediacion para amparar á los judíos, que segun él, sabia estaban en peligro. Y vaya si lo sabia! Oh! déjame, déjame esto, y ya veremos como lo esplica el ludino de D. Juan.

—Si quereis esplicaciones, señor, dijo Cabrera, os dará tantas que quedareis satisfecho. Lo mismo en cuanto á eso, que si le preguntáseis cuyo es el dinero que os ha prestado D. Abraham.

El judío apretó la mano con disimulo al tesorero, pero éste repuso:

—No me hagas señas, D. Abraham: tu fidelidad á lo pactado te hace usar de reserva con nuestro señor el rey, pero S. A. debe saberlo todo.

—Si, veamos: ¿cómo es eso?

—Es muy sencillo, señor, continuó el tesorero. D. Juan Pacheco os ha prestado tres millones de maravedís á usura, por medio de D. Abraham; y gracias á la honradez de este buen israelita, el interés que os cobra es el mas módico posible.

—Bueno está eso, dijo el rey, mordiéndose el lábio superior. Bueno está eso; y no quiso darme para pagar un vestido! Pues bien, quiere decir, que no debo ese dinero. Abraham, no te debo nada: tráeme los albalaes.

—Señor! Señor! exclamó aterrado el judío: pedidme una cantidad igual, pedidme mas: yo la buscaré, sino la tengo: pero no me arruineis. Yo debo dar cuenta de ese dinero al maestre, y me lo cobrará, tal vez juntamente con el pellejo.

—Qué te lo cobrará! Vah...! D. Alvaro de Luna era tan poderoso como el maestre, y mi padre puso freno de una vez á sus demasías. Deja que te cobre; yo me haré el pagado á mi turno.

Sin duda no agradó al judío este traspaso de cuentas, pues repuso:

¡Ay, señor! Despues que el maestre se haya cobrado en mí, ¿cómo resarcireis la pérdida de un vasallo leal, como yo, siempre dispuesto á sacaros de vuestros apuros?

—Temes que te mate?

—Lo temo, porque mi muerte no seria en este caso de ningun provecho á V. A., señor; de otro modo, haria gustoso el sacrificio de mi vida.

—Mas vale, en todo caso, señor, dijo Cabrera, que asegureis antes al maestre y á su hijo, de modo que no puedan hacer daño á quien os sirve. Para esto, puedo poner á vuestra disposicion alguna torre del alcázar, y no hayais miedo que se mate la gente por acudir á romper sus puertas.

—Veremos lo que conviene: hay que andar con piés de plomo, Andrés. Sin embargo, quisiera tener alguna prueba con que convencer á ese pérfido amigo. ¡Ah! Yo le creia el mas fiel de mis servidores.

Diciendo esto el rey, sacó de su seno un medallon de oro, y lo abrió, presentando al tesorero un fragmento de piedra iman, que habia engastado dentro.

—Mira, Andrés, continuó: mira si deberia yo tener fé en ese hombre: este iman, que aqui ves, lo partió él con sus manos veinte años ha, para hacer invariable nuestra amistad, y él debe conservar el otro pedazo, como yo guardo el mio. ¿Es posible que no haya bastado la fuerza misteriosa de este talisman para conservar invariable su afecto?

—Cuidad, señor, no se encierre algun maleficio en eso que llamais talisman.

Un movimiento instintivo hizo que el rey soltase con supersticioso terror el medallon; pero recobrándolo luego, repuso:

—No puede ser. Pero como quiera que sea, no debo conservar esta prenda de la perfidia.

Y quitándose el medallon del cuello, se acercó á una ventana para arrojarlo por ella.

En seguida retrocedió indeciso, diciendo:

—No: mejor es conservarlo, aunque no sobre mi persona.

¿Quién sabe si el arrojarlo me acarrearia males? Además, todavía puede ser que el maestre se enmiende.

Andrés se encogió de hombros. El rey salió á la cámara y mandó entrar á sus cortesanos, despues de despedir al tesorero y al judío que salieron juntos.

Don Diego les vió alejarse con ojos recelosos, y entró con los demás á saludar al rey, el cual le dijo:

—Como es eso, Villena? Todavía no estás dispuesto para la caza?

—Señor, ignoraba si seríais gustoso en que os acompañase.

—Calla! es verdad que no te he avisado. Pero eso no importa: tú no podrás dejar de ser de la partida.

Un maestresala ó senescal del rey entró en este momento con dos cartas en la mano: D. Enrique las tomó diciendo:

—¿Aver? Dadme acá. ¿Qué es eso?

Y mirando los sobrescritos, añadió:

—Esta no es para mí: es para Villena. Tómala, D. Diego: puedes leerla.

El marqués abrió su carta, no sin un ligero temblor, pues acababa de reconocer en el sello el signo distintivo de la Perpétua noche, y pasó la vista por su breve contenido, que asi decia:

«El rey lo sabe todo: si en algo apreciais vuestra libertad ó vuestra vida, huid. Guardad el... *Número uno.*»

Mientras D. Enrique repasaba los primeros párrafos de la otra carta que era de su hermana, D. Diego recapacitaba lo que debia hacer en aquel crítico momento: si guardaba su lacónico billete sin decir nada de él, se hacía sospechosa su reserva, cuando parecia que alguna mano infiel le habia dirigido de intento á manos del rey para que se enterase de su contenido: si lo manifestaba podia tal vez recobrar la confianza del monarca. Se decidió por esto último.

Luego que D. Enrique guardó su carta sin acabar de leerla, le dijo el marqués, presentándole abierta la suya:

—Esto es alguna burla, que no se me alcanza con que ob-

jeto sea hecha. Ved, señor, que tonterias me escriben. ¿Puedo temer algo de vos?

El rey miró á D. Diego, asombrado de su serenidad, y le contestó :

—Tú lo sabrás, Villena.

Y volviéndose á los demas personages que habia presentes, dijo:

—Vamos, señores: vamos pronto. Tengo impaciencia de ver como se porta mi amigo Villena en el bosque, con su trage de Navidad.

Don Diego se mordió los lábios, y repuso:

—Para acompañar á V. A. ningun trage es bastante rico, y nada importa la clase del vestido, cuando se sabe manejar con destreza lo mismo una espada y una lanza, que un caballo y una javalina.

El rey se dirigió á los dos cardenales Borgia y Mendoza y colocándose en medio de ellos marchó hácia la puerta. Toda la corte se puso en movimiento. D. Diego se apresuró á buscar á uno de sus servidores que aguardaban fuera, y le mandó traerle inmediatamente su mejor caballo, que para el caso habia dispuesto enjaezar, previniendo á la vez que le siguiesen al bosque de Balsain seis de sus mas aventajados monteros.

Aun no se habia puesto en marcha la partida, cuando ya estaba el jóven marqués á caballo al lado del rey: su riquísimo brocado de oro, guarnecido de inestimables pieles, las joyas de trage de brillante pedrería que ostentaba en su gorra y en su cuello y manos, los arreos lujosos del soberbio corcel que montaba, todo contribuia á dar á su persona un aire de distincion y de opulencia, que formaba notable contraste con la sencillez casi miserable de D. Enrique.

Los cardenales tomaron la delantera, para hablar libremente de sus asuntos de política y ambicion, los demas caballeros, formaron grupos detrás, buscando cada cual á sus iguales, y don Diego, entre tanto, aprovechando la ocasion, reanudó su plática, con el ánimo de esplorar las intenciones del rey.

—Hoy me ha escrito mi padre, señor, dijo: y tengo el placer de participaros que ha entrado ya en la convalecencia y muy pronto podrá volver á serviros con su actividad acostumbrada.

—Me alegro, contestó el rey. Mira que bien monta el señor cardenal de España. No así el señor vicecanciller de su Santidad; diríase que vá atado á los estribos. ¿Qué te parece?

—Con efecto, señor: no parece muy diestro su eminencia.

—Sin embargo, D. Diego: ese mal ginete nos ha enfrenado á todos, incluso tu padre.

—Mi padre no tenia por sí gran empeño en privar del capelo á D. Pedro Mendoza, lo que sí le ha inquietado mucho es la disposicion del matrimonio de vuestra hermana: y esto le incomoda, porque ahora el partido aragonés se envalentonará, como es consiguiente, y será preciso tomar pronto las armas para abatir su orgullo.

—Vah! ¿Sabes, Villena, que quien no nos conozca y nos vea juntos, pensará que tú eres el rey?

—Porque, señor, preguntó el jóven, devorando interiormente el despecho que le causaba la indiferencia con que el rey le oia.

—Porque no he visto nunca cerca de mí un mancebo tan brillante, desde los buenos tiempos de D. Beltranico. Mírate, y mírame: compara mi pelage con tu boato. Pardiez, que me dá vergüenza de ir contigo.

Diciendo esto, el rey contuvo su caballo, como para dejar á D. Diego que se adelantase; pero el jóven refrenó tambien el suyo, decidido á no soltar la presa.

—No repareis en eso, señor, repuso: la magestad resalta mas en medio de la sencilléz.

—Como la opulencia al lado de la pobreza: ¿no es verdad?

—Veo, señor, que estoy en desgracia hoy con V. A.

—No tal, Villena: es que tu conversacion es hoy poco divertida.

Don Diego guardó silencio: al cabo de un rato le dijo el rey.

—¿Es verdad que la hija de Abraham Señor es tan hermosa como se dice?

—Verdad es, señor; jamás he visto una mujer tan hermosa. ¿Será posible, sin embargo, que V. A. piense en una miserable israelita?

—Porque no, si es hermosa? Bien sabes que soy ciego admirador de la belleza.

—En ese caso, puedo aseguraros, señor, que nunca habreis empleado mejor vuestros pensamientos.

—Me han dicho que tienes relaciones íntimas con D. Abraham.

—Os han engañado, porque, al contrario, ese judío me aborrece de muerte y todo porque he tenido la desgracia de que me guste su hija.

—Cómo es eso?

—No hace mucho tiempo, apostó asesinos pagados para que me matasen mientras yo rondaba en la calle.

—Ah! Con que tu grandeza ha podido humillarse hasta pensar en una miserable israelita?

—Porque no, señor, si es hermosa?

—Bien dicho, Villena! Bien dicho! esclamó el rey, prorumpiendo en una estólida carcajada. Y tú, buen cazador, no has podido atrapar esa paloma?

—Al mejor cazador se le vá la liebre, dijo el marqués en tono sentencioso. Mucho he trabajado: hasta quise aprovechar la circunstancia de hallarse la muchacha en Valladolid, cuando el motin, para interesarla, sacándola del peligro; pero el diablo enredó las cosas de otra manera.

—Ya! Con que hay algo de lo que dicen?....

—Hay lo que os acabo de manifestar: y de ahí proviene que D. Abraham, hecho amigo de vuestra hermana, porque casualmente hizo lo que yo no pude, trabaja de consuno con Andrés de Cabrera para arrancar de vuestro lado á mi padre y á mí. Ya saben lo que quieren: la pérdida de vuestro apoyo leal, sería vuestra derrota y el triunfo de doña Isabel. Por fortuna, ningun poder humano separará á los Pachecos de la defensa de su rey,

Don Enrique se quedó pensativo, cabilando que podia tener razon el marqués, y llegó á dudar por un momento de la lealtad

de Cabrera, de las sanas intenciones de la princesa y de cuanto en su favor le habian dicho los dos cardenales: D. Diego, alentado por el silencio del rey, continuó:

Ved, señor, en que circunstancias conspiran contra nosotros: cuando ha terminado la guerra de Aragon; cuando los príncipes D. Fernando y doña Isabel pueden presentarse al mundo á cara descubierta, como legítimos esposos; cuando nadie que quiera se avergonzará de abrazar su partido; cuando en fin, les basta salir á campaña, para tener un ejército de cincuenta mil combatientes, que hoy llevan dispersos su bandera. En estas circunstancias quieren arrebataros vuestro apoyo mas fuerte y leal; pero no será, ¡vive Dios!

—Oye, Pacheco, dijo el rey: ¿qué dia del año es hoy?

Don Diego quedó un momento desconcertado por esta fria pregunta.

—Señor, contestó: es el dia de los Inocentes.

—Justo. Pues mira, continuó D. Enrique hablando con la mayor sinceridad: te voy á comunicar un secreto, en el concepto de que no lo dirás á nadie.

—Podeis confiar en mi discrecion.

—Si mi hermana piensa engañarme, podrá llevarse un solemne chasco; porque de nada la serviria esas grandes ventajas que tiene sobre mí. Hoy, dia de los Inocentes (aquí bajó la voz), ha de llegar á Segovia Isabel, para ponerse en mis manos. ¿Verdad que, si lo hace, cometerá una inocentada?

El tono irónico que habia empleado el rey durante toda esta conversacion, hizo que D. Diego, al escuchar su sandia confianza, la interpretase dándole un doble sentido, y la creyese una amenaza. En aquel momento se acordó del aviso misterioso que pocas horas antes recibiéra. Su rostro se demudó al oir tan inesperada noticia, se representó al rey como una de esas fieras que se divierten jugando con su presa, antes de devorarla: el terror y la cólera unidos contrayeron sus músculos, y por un movimiento involuntario metió las espuelas á su fogoso corcel, que, no esperando este brusco castigo, se espantó y salió á escape. La turba-

cion ó el aturdimiento venció en D. Diego á su destreza; por mas que hizo el caballero, no pudo contener el ímpetu violento del caballo, que siguió desbocado á campo través, con asombro de cuantos le miraban.

Este incidente cambió de súbito las ideas del rey, como veleta que gira al mas leve viento.

—Que le ha dado á Villena? esclamó. Diantres! Peor maneja el caballo que el señor canciller!-Pronto! Monteros: volad al socorro de D. Diego, no quiero que se me desgracie, ahora que teníamos una conversacion tan interesante. ¡Vivo, monteros! A traérmele.

Los monteros y otras varias personas del séquito del rey, pusieron sus caballos á escape en seguimiento del marqués, pero éste que oyó las voces y vió el movimiento de aquellos, comprendió que se le perseguia para prenderle, por lo cual, léjos de pensar en reprimir la carrera de su corcel, cuyo brio y ligereza escedian en mucho á los de los otros, soltó las riendas, y se dejó llevar con una velocidad espantosa. D. Enrique se habia parado, y observaba desde un alto aquella lid de equitacion.

—No le alcanzan, decía: vá como alma que lleva el diablo!

—Y hablando consigo mismo, murmuró:

—La noticia no le ha hecho gracia. Oh! Ya nos veremos algun dia. Pero ¿por qué le inquieta la idea de que venga Isabel á ofrecerme la paz, cuando puede imponerme la guerra? ¿No decia, hace un momento que ningun poder humano le apartaria de mí? Asi son todos: mucha lealtad en los lábios; mucha perfidia en el corazon!-Se escapa, continuó en voz natural. Vaya con Dios! Aquel maldito caballo debe ser hijo primogénito de Satanás. Sentiré que le estrelle ó le arroje por algun despeñadero.-Ya no se le vé..... vamos señores;al bosque: á la caza. Que esto no turbe nuestra diversion...... Demonio de marqués..... digo, de caballo mas espantadizo!.... Vamos, señores, vamos!

La cabalgata entró en el bosque de Balsain, formando los caballeros mil comentarios sobre el estraño incidente que acaba-

ban de presenciar. Los mas adictos á la casa de Villena fueron los que primero comenzaron á murmurar de su conducta pasada; como que eran los mas interesados en no participar de su inopinada desgracia. Como en tales casos acontece, cada cual miraba por sí, nadie abogaba en defensa del caido.

La señal del ojeo puso término á las murmuraciones: los cazadores ocuparon sus respectivos puestos: los monteros que habian ido en persecucion del marqués, volvieron rendidos de cansancio, manifestando que el fugitivo se les habia perdido en las revueltas de una selva; la caza comenzó, y esta ocupacion noble hubo entretenido á la corte hasta la caida de la tarde.

Durante las varias batidas que se dieron, D. Enrique no pudo tomar la parte activa que solia, ni entregarse en cuerpo y alma á su diversion favorita: tenia el ánimo preocupado por otros objetos, y esperaba con ansia el momento de volver á Segovia, y sobre todo el de ver llegar á su hermana, en quien habia adquirido una ilimitada confianza desde la precipitada fuga del marqués de Villena.

La voz de la próxima reconciliacion del rey con doña Isabel y su esposo habia corrido ya entre los cortesanos, merced á algunas insinuaciones hechas por el cardenal Mendoza y su hermano, que estaban en el secreto. De pronto se vió venir á todo escape un caballero por el camino de la ciudad. El cardenal fué el primero que reparó en él, y avisó en seguida al rey.

—Alto! alto! esclamó éste: veamos que nuevas nos traen de Segovia.

Pronto llegó el caballero á donde estaba el rey rodeado de sus magnates, echó pié á tierra, y se acercó indeciso.

—Bien venido seas, Bobadilla, le dijo D. Enrique: puedes hablar. ¿Está ya en Segovia mi hermana?

—No, señor, contestó el padre de Beatriz. Yo acabo de llegar de Aranda, acompañando á mi hija.

—Cómo es eso? prorumpió el rey con impaciencia. ¿No quiere acaso venir la princesa?

—Esta noche la vereis en vuestros brazos, pues solo dos leguas nos separaban de S. A. esta mañana. ¿Podeis dudar que viniese, cuando tanto lo ha deseado?

—No: ya no puedo desconfiar de ella: es fiel á su palabra, y y no dudo que me quiere bien.–Á Segovia, señores, á Segovia! Vamos á recibir á mi hermana, con quien he resuelto hacer las paces.

Aunque las buenas noticias no corren con tanta rapidéz como las malas, el vivo deseo que todo el mundo tenia de ver terminadas amigablemente las desavenencias del rey con su hermana, hizo que cundiese con suma prontitud por Segovia la nueva de la prócsima llegada de la princesa. Cuando entró en la ciudad don Enrique halló iluminadas espontáneamente todas las ventanas y balcones de las casas, y las calles pobladas de gente, que le victoreaban, y casi en triunfo le llevaron hasta el alcázar.

Allí estaba ya doña Isabel con muy pocas personas de su séquito y en compañia de su fiel amiga Beatriz, que, por un alarde de lealtad, conservaba puesto el trage de aldeana que le habia servido para el viage. D. Fernando, mas cauto, ó menos confiado que su esposa, no habia pasado de Turuegano donde se hallaba al frente de todas sus fuerzas disponibles, y á la espectativa de lo que pudiera ocurrir.

En el momento de verse, los dos hermanos se abrazaron con verdadera efusion de su cariño, y habiendo quedado solos con algunos de sus íntimos amigos, pasaron dos horas en conversacion afectuosa y en recíprocas satisfacciones de su conducta respectiva durante su larga ausencia.



CAPÍTULO XIII.

De como una mujer engañó á tres hombres, haciéndose amiga de otro.

Era para las personas enemigas de trastornos, y en general para todo el pueblo, un espectáculo consolador, el que ofrecian D. Enrique y doña Isabel durante los primeros dias de su reconciliacion: veíaseles cordialmente unidos, cabalmente cuando se temia un rompimiento desastroso entre ambos, rompimiento que nunca fuera tan inminente como en aquella sazon. Hasta los enemigos de nuestra princesa no podian menos de admirar su abnegacion, pues nadie desconocia que, si buscaba la paz, no era por falta de influencia para imponer la ley á su hermano, sino por una superabundancia de lealtad. D. Enrique, cuya aversion á la guerra estaba en el fondo de su carácter, comprendia y apreciaba mas que todos este generoso proceder, y procuraba corresponder á él, olvidando lo pasado y dando á su hermana públicas demostraciones de cariño. Al efecto comió con ella en el alcázar, el dia

siguiente al de su llegada, y pocos despues la sacó á paseo por la ciudad, llevando él mismo las riendas de su caballo. Los segovianos manifestaban su aprobacion y regocijo, con vivas aclamaciones, al ver aquel ejemplo, que les prometia una paz deseada para el presente, y una sucesion legítima en el trono para el porvenir. Aunque se conocia la índole voluble del rey, ¿quién podia creer que se alterase una union tan ostensiblemente manifestada?

Para complemento de esta feliz concordia, D. Fernando, tranquilizado por las noticias que le comunicó su esposa, que habia venido de Turuegano á Segovia, donde encontró la mas cordial acojida de parte de D. Enrique.

Con tan buenos auspicios comenzaba el año 1474.

Era la antevíspera de la Epifanía, y la hora en que el buho comienza á dar al viento sus lastimeros gemidos. Una espesa capa de nieve cubria la tierra, y sus reflejos prestaban á la noche una claridad pálida y confusa. Solo velaban el crímen y el dolor: los honrados habitantes de Segovia restauraban sus cansadas fuerzas, entregados al sueño. Algunos habian visto al anochecer unas figuras fantásticas, envueltas en negros ropones, encaminarse hácia el cementerio judáico, y teniéndolas por espíritus infernales ó apariciones mágicas, les habian cedido el paso, santiguándose llenos de terror.

Ya tarde, cuando ningun ser humano podia turbar el reposo de la campiña, llegaron por el camino de Medina del Campo dos personas montadas en caballos negros, las cuales se internaron en una basta y medrosa selva, en que el pié del pastor no habia jamás impreso sus huellas. Al poco tiempo, y por diferente sendero, llegaron otros tres ginetes y se ocultaron en el mismo bosque: todos vestian túnicas largas y llevaban caretas, de modo que era imposible reconocerles.

Puesto que ya inferirá el lector, á donde se dirigia esta gente, nos dispensará penetremos con ella sin rodeos en el seno de la Perpétua noche. Un guia apostado en el bosque, condujo á las dos primeras personas al gabinete reservado del gran maes-

tre, sin pasar por la sala de las asambleas. Abiabar las aguardaba sentado en su trono y vestido con el severo trage de su alta dignidad: cuatro negros atletas, armados de hachas y puñales componian su guardia de honor.

Al aparecer en su presencia las dos personas desconocidas, se levantó, y dirigiéndose á la mas baja, le tomó la mano con respetuosa cortesía, y le ofreció su asiento. En seguida hizo una seña á los guardias, que se retirasen por la puerta que habia detrás del trono.

La persona con quien Abiabar tenia estas inusitadas atenciones, se dejaba conducir maquinalmente, y como un sentimiento de terror embargase el uso de su voluntad. Observándolo asi el judío le dijo:

—Nada temais, señora: estais entre amigos, que siempre se han ocupado en vuestro servicio. Comprendo que debe imponeros pavor el lúgubre aparato que aqui os rodea; pero esto solo es terrible para los traidores que abusan de nuestra confianza, y para los verdugos del pueblo de Israel.

—No negaré, dijo entonces la dama encubierta, que es imponente el misterio de esta mansion subterránea; pero me han dicho que podeis asegurar la corona en las sienes de mi hija, y no hay peligro que yo no arrostre cuando de esto se trata. Si lo haceis; contad con mi proteccion y silencio.

—Vuestra proteccion, señora, es inútil para una sociedad, cuyos miembros todo lo poseen: vuestro silencio á nadie interesa tanto como á vos; porque, entre nosotros, las palabras cuestan muy caras, nada menos que la vida. Sin embargo, no rehuso vuestra amistad y benevolencia para el pueblo que rijo: este será el precio de la corona que espero dar á vuestra hija, ó al menos, de la guerra que haré á su poderosa rival. Pero advertid, señora, que sois la primera persona estraña en mi hermandad que pisa este oscuro recinto: lo que aqui presenciéis, ha de quedar sepultado en vuestro pecho, como en una tumba.

—Descuidad, noble Abiabar, dijo el otro personage encubierto: mientras ayudeis á mi señora, segun me lo habeis pro-

metido, tendreis en ella y en mí los dos mas firmes y prudentes aliados: pero si llegáseis á faltarla, no respondo de nuestra palabra.

En este momento sonó el resorte de la puerta de mármol que conducia al brillante salon de los gigantes, donde fué sometido D. Diego á la prueba del amor. Abiabar se acercó á ella, y habló en secreto con el hermano que acababa de abrirla, el cual se hizo á un lado, y dejó pasar á otros dos que le seguian, quedándose él como en guardia.

—Venid, ilustres huéspedes, les dijo el gran sacerdote: os aguardaba con impaciencia, porque temia no acudiéseis á mi llamamiento. Venid y vereis el banquete que os tengo preparado.

Y les condujo al ángulo de la estancia, donde, levantando un tapiz, apareció á su vista un pequeño aposento iluminado, en el cual habia un tajo con su hacha, una horca, y sobre una mesa una copa llena de cierto licor estraño. Los dos personages retrocedieron con muestras de indignacion y espanto.

—¿Qué significa esto? preguntó el mas pequeño de ellos.

—Pronto lo sabreis, ilustre número mil, contestó Abiabar: ya habeis visto el banquete: venid y os mostraré la numerosa servidumbre que ha de asistiros.

Y asi diciendo, los condujo á un estrecho corredor desde el cual se veia la sala de las asambleas ocupada por una numerosa concurrencia de gente armada.

—Este es un lazo que se me ha tendido, dijo D. Juan Pacheco. Abacuc me aseguró que estábais solo.

—Abacuc ha cumplido mis órdenes.

—Y qué pretendeis de mí?

—Pretendo pediros estrecha cuenta de vuestra conducta: no quiero ecsigiros la responsabilidad de los asesinatos cometidos por vuestro mandado en las personas de mis hermanos: me consta que vos dispusísteis los motines de Toledo, Sevilla, Jaen y Valladolid; pero esto fué una venganza personal que yo desprecio. Sin embargo, esa sangre derramada os condena y os

acusa de connivencia con el tirano Enrique y con su hermana: los secretos de la Perpétua noche se han divulgado, y nadie puede haber cometido semejante traicion sino un enemigo nuestro.

—¿Delirais, Abiabar? Qué interés me trae aqui, sino el recelo de que nuestra sociedad se halla en grave peligro? Me acusais de traicion á la Perpétua noche? Pues bien, presentadme ante la asamblea, si te atreves: yo descubriré al traidor. Tiempo hace que dudo de tu sinceridad: tiempo hace que el rey Enrique me niega su completa confianza; y no ha mucho que mi hijo tuvo que huir para librarse de su saña: si tu pueblo sufre persecuciones, tambien yo las sufro: busca el traidor, que entre los tuyos está, y si no sabes encontrarlo, yo lo señalaré.

—Decidme su nombre.

—Si no es Abraham Señor, eres tú mismo.

—Abraham no pertenece á la sociedad: yo estoy demasiado alto, para que me alcancen vuestros tiros.

—Uno solo me basta para volver contra tí la acusacion.

—Me haceis reir: habeis creido que os he llamado para ofreceros mi apoyo en las circunstancias actuales: digo mal; porque no podíais creerme necesario, cuando nada teneis que temer de vuestro cómplice Enrique; os ha parecido conveniente seguir engañándome, para estar á salvo del puñal y el veneno. Pero os equivocais: habeis venido á escuchar la mas formal acusacion: venid y descubrios ante aquella dama, que ocupa mi trono.

—Una dama? Quién puede ser? No me descubriré, ni tampoco lo hará mi hijo.

—Como gusteis, repuso Abiabar.

Y añadió dirigiéndose á la dama:

—Qué quejas teneis, señora, de D. Juan Pacheco?

—Una sola, contestó la encubierta. Me ha separado de mi marido, para servir á la causa de la princesa rebelde: ha hecho que su hijo finja huir de la córte, para facilitar la entrada en ella de doña Isabel.

—Señora, injustamente me acusais, dijo el maestre de San-

tiago descubriéndose. Si os separé de la córte, fué para que no me impidiéseis serviros: si mi hijo, que está presente ha tenido que huir, culpad de ello á mis enemigos, entre quienes podeis contar al judío que os amparó.

—Don Juan, prorumpió Abiabar: no repitais esa acusacion, si no teneis pruebas para sostenerla.

—Queréis una prueba? Vedla aqui, contestó el maestre, sacando un papel. Esta carta vuestra fué entregada al rey para que la diese á mi hijo: leedla en alta voz:

Abiabar tomó la carta y leyó:

«El rey lo sabe todo: si en algo apreciais vuestra libertad ó vuestra vida, huid. Guardad el... *Número uno.*»

—Esto no es mio! exclamó Abiabar con vehemencia.

—Esa es, sin embargo vuestra fórmula, dijo el jóven marqués de Villena: vuestro sello, vuestra letra y firma están visibles. ¿Cómo, pues, nos acusais de traicion, cuando somos el blanco de ella? Si no es vuestra la carta, decidnos de quien puede ser: yo no la he inventado: el rey me la dió en presencia de toda su córte.

—Repito que no es mia: dijo Abiabar.

—No es tuya! repuso D. Juan Pacheco. Luego hay otra persona, que posee nuestros secretos, y con ellos nos vende, y mete la discordia entre nosotros. Tú que tienes la pretension de verlo y oirlo todo; tú que dispones de una red sigilosa tendida sobre todo el reino, ¿cómo ignoras el nombre del verdadero culpable, y persigues á tus mejores amigos? No dudes, Abiabar, que el que nos acusa, ese nos vende. Nuestra causa es comun ahora, como siempre lo ha sido: nuestra desunion es la muerte de entrambos. Si yo hubiese abrigado el pensamiento de faltarte, ¿me verias en este sitio indefenso y confiado? Si hubiese querido destruirte, ¿carezco de medios? Dices que estoy de acuerdo con Enrique para perderte: yo te probaré cuando quieras que vives en un error.

—Al momento.

—No: cuando estemos solos. La escelsa señora que nos oye merece mi confianza, y yo no tendria inconveniente en hacerla partícipe de mis secretos; pero poseo algunos que no me pertenecen, y que solo á tí puedo revelar. Unicamente diré, que nadie como yo, desea derrocar de su altura á la princesa Isabel, destruyendo la amistad repentina que la ha unido con su hermano, y que no puedo conseguirlo, siempre que la hermandad no me ayude.

—No es otro mi pensamiento, D. Juan; mas, para llevarlo á cabo, creia necesario lo primero destruir los obstáculos que pueden oponerse á mi libre accion, ó usando de vuestro lenguage, necesitaba suprimiros á vos y á vuestro hijo. Por mas que digais, ilustre magnate, no podeis negar que la sangrienta matanza del Sábado de gloria fué obra vuestra: me habíais amenazado con ella: tampoco negareis que, teniendo en la mano la fuerza suficiente para inutilizar á los reyes de Sicilia, la entretuvísteis inactiva mucho tiempo, y luego la dispersásteis, fomentando así el vigor del partido rebelde. No convenceréis á nadie de que habeis perdido el favor de Enrique, ni por consiguiente os librareis de la sospecha que sobre vos recae de haberle comunicado el secreto de la sociedad, como tambien de haber dispuesto la reconciliacion con su hermana.

—Qué delirios! Mis mejores amigos, mi hijo mismo reprimieron los motines contra los hebreos: si os avisé lo que debia suceder, fué porque sabia que Enrique lo preparaba. El entretenimiento y la dispersion del campo de Medina, fueron obra del rey por cuya causa me retiré á Escalona disgustado. En cuanto á las revelaciones que se hayan hecho, acaso sabrá algo de ellas doña Isabel cuya intimidad con Andrés de Cabrera, mi capital enemigo, de nadie es desconocida; ó tal vez tu cuñado Abraham, que hace de mediador entre ambos y Enrique.

—Noto, señores, dijo la dama encubierta, que hablais con embarazo en mi presencia; me retiraré, si gustais. Solo deseo me participeis vuestra última resolucion.

—Es muy justo lo que quereis, señora, repuso Abiabar: venid, pues, y dignaos esperar en este aposento inmediato: don Pedro Fonseca, vuestro amigo, os hará compañia.

—Y así diciendo, la condujo á la opulenta sala de los gigantes. Al entrar en ella, la dama se inclinó á su oido y le dijo:

—No os dejeis seducir por las melosas palabras de D. Juan: él y su hijo son traidores, y vuestra vida durará lo que tarden ellos en verse libres y seguros.

—Así lo creo, ilustre reina: dejadme obrar segun mi prudencia.

El judío volvió en seguida al gabinete negro, recomendando de paso la vigilancia al hermano que ocupaba la puerta.

—Gracias á Dios que estamos solos, y podremos hablar con franqueza, dijo D. Juan Pacheco. Supongo, amigo Abiabar, que todo lo que aquí ha pasado esta noche entre nosotros es una farsa.

—Suponeis mal.

—Ah! Os formalizais?

—Seguramente.

—Lo mismo dá, repuso el viejo maestre encogiéndose de hombros. Pues bien, con toda seriedad deseo saber para que habeis traido aqui á la reina doña Juana.

—Con entera franqueza os diré que la he traido para oponer su influjo al vuestro. Doña Juana os aborrece.

—Y qué podeis esperar de esa mujer desacreditada?

—Viviendo vos, nada puedo esperar: faltando vos, todo lo espero de ella.

—Sea en hora buena: pero dejemos eso, Abiabar, y pensemos en lo que á entrambos interesa. Estamos vendidos, y es necesario que yo vuelva á la gracia de Enrique, para desvanecer sus sospechas. Ni el triunfo de Isabel ni el de la Beltraneja nos acomoda: mis dilaciones para combatir á la primera y la disolucion del campamento de Medina, no han tenido otro objeto que el de provocar una lucha que era imposible: si no se ha realizado y en su lugar vemos hoy restablecida la paz, esto se debe

á la traicion de un enemigo oculto, que nos importa mucho descubrir.

—Y bien: ¿qué pretendeis hacer?

—Os lo diré: ¿no teneis entre los hermanos algun inmediato servidor de Isabel, de Andrés de Cabrera ó de mi tio el arzobispo?

—Si tengo.

—Es hombre fiel y diestro?

—Por qué lo preguntais?

—Porque habrá que encargarle una comision delicada, y no sería prudente que nos confiásemos á quien tal vez sea el que nos ha entregado.

—No: el número cuarenta y cinco está esento de toda culpa.

—Pues bien: poned ese hombre á las órdenes de Abacuc, y dejadme obrar.

—Necesito conocer antes vuestros planes.

—Mi plan se reduce á dar al rey un filtro que le indisponga con su hermana, y de cuyas resultas quede ella presa en el alcázar de Segovia.

—Un filtro.....

—Sí: en estos dias se presentan mil ocasiones favorables: todos los amigos de Isabel dán al rey convites á porfía. En uno de ellos, puede enfermar repentinamente S. A.

—Pero de mucha gravedad?

—No: si el rey muriese ahora de repente, todo se habria perdido: los partidarios de su hermana le habrian arrancado promesas solemnes que serian cumplidas con su fallecimiento. ¿Me comprendeis?

—Estais comprendido.

—Y ahora, dudais todavia de mi fidelidad?

—No: pero, ¿cuánto tiempo necesitaréis para ejecutar vuestro plan?

—Ocho dias, ó tal vez menos: eso depende de las circunstancias.

—Pues bien: ya estais libre: Abacuc y el número cuarenta

y cinco ejecutarán vuestras órdenes; pero en garantía del cumplimiento de vuestra palabra, me quedo con este jóven.

—Quién? Mi hijo ha de quedar aquí?

—Por qué no? Yo os prometo que será tan bien asistido como en su palacio. Pero si faltais á vuestro compromiso, si dais un paso en falso, os mandaré su cabeza, y la vuestra no estará segura.

—Me conformo: pero no era esto lo que yo esperaba de la Perpétua noche.

—No estrañeis nada, D. Juan: necesitais recobrar la confianza que habeis perdido: entre tanto la necesidad me obliga á trataros como á enemigo.

—Sea: en tu poder queda mi hijo. Solo te advierto que su cabeza vale bien las de todos los hijos de Israel, y que en caso necesario sabré reunirlas para cortarlas de un solo golpe.-Adios, Abiabar!-Adios, D. Diego!

El maestre apretó la mano á su hijo, y dirigiéndose al hermano que estaba en la puerta de la sala de los gigantes, le dijo:

—Venid, Abacuc: estais á mis órdenes.

Abacuc miró al gran sacerdote, el cual hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

El maestre, seguido del astrólogo, salió atravesando con arrogancia por medio de la asamblea; y luego que estuvo en el campo, se encaminó hácia el parque, cuya comunicacion subterránea con su casa de Segovia es conocida del lector. Abiabar, entre tanto, ponia á D. Diego bajo la custodia de los cuatro guardias negros, y presentándose luego á la asamblea le habló de esta manera:

—Hermanos: sabeis que la traicion se alberga entre nosotros: esta noche debíais presenciar una ejecucion solemne, pero mi prudencia me aconseja no obrar con precipitacion en estos casos. Uno de los presuntos culpables queda en mi poder, el otro, que es su padre, ha prometido conjurar los peligros que nos amenazan. Retiraos tranquilos, y descansad en la vigilancia de vuestro gefe. Quédese solo aquí el número cuarenta y cinco

Uno de los hermanos, gordiflon y corcobado, se acercó á la mesa, mientras todos los demas desfilaban. Abiabar se retiró con él á su gabinete reservado.

—Froilan de Avila, le dijo: la hermandad ecsige tus servicios:-sobre tí pesa la sospecha de haber vendido nuestros secretos al rey ó á la princesa, y no puedes librarte de la muerte, sino ejecutando lo que te se mande.

—Oh! Señor! Es posible que se sospeche de mí? De mí, que para mas disfrazar mis pensamientos, he abjurado públicamente de la fé de nuestros padres, como el pan del arzobispo de Toledo, llevo siempre al cuello un rosario cargado de medallas, y he merecido que me designen con el nombre de *Beato*?

—Si, Froilan: á pesar de todo eso, y quizás por eso mismo, se sospecha de tí.

—¿Qué debo hacer; señor, para desvanecer esa sospecha?

—Lo que te mande Abacuc el astrólogo: si lo haces, tendrás una recompensa: sino, morirás de muerte violenta. Vete, pues; Abacuc estará mañana en el parque de Villena.

El Beato salió, y Abiabar se dirigió á la sala de los gigantes. Poco faltó para que sorprendiese á D. Pedro Fonseca y á la dama encubierta con las manos enlazadas y en la actitud del amor mas rendido.

—Qué habeis resuelto? preguntó la dama.

—Don Juan queda libre; pero me ha prometido hacer que antes de ocho dias pierda doña Isabel la amistad de su hermano, y sea presa en el alcázar de Segovia.

—No lo cumplirá, repuso la dama con acento de firme conviccion.

—Si no lo cumple, morirá su hijo, replicó Abiabar.

—Ah! Su hijo! Pero ese no está libre tambien?

—No: le guardo en rehenes.

—Eso me basta: guardadlo bien, y si el maestre falta á su palabra, descargad sin temor el golpe fatal, y venid á mí: yo os ampararé. Aunque no pudiéseis encontrar un asilo á mi lado, lo tendríais seguro en Portugal, en el palacio mismo de mi hermano.

—Asilos no os faltarán, Abiabar, dijo D. Pedro de Fonseca. Yo poseo la Mota de Medina: en aquella fortaleza tendreis siempre una cámara preparada.

—Gracias, D. Pedro: aprovecharé vuestra generosa oferta, si fuere necesario. Y vos, señora, contad con mi adhesion, y no olvideis la promesa que me habeis hecho de proteger á mi abatido pueblo.

Diciendo esto, Abiabar se inclinó repentinamente, tomó la mano de la dama, y se la besó. En seguida la condujo hasta una de las dos salidas del hipogéo, y se despidió de ella y de su acompañante.

—Si, murmuró, viéndoles partir: contad con mi adhesion para derribar á vuestra enemiga; mas no para elevaros. El imperio cristiano caerá de una vez en Castilla para no levantarse jamás. La tea de la discordia está en vuestras manos: yo la atizaré sin descanso hasta que os reduzca á pavesas.

Mientras Abiabar se entregaba de este modo á sus lúgubres meditaciones, creyendo haber ganado el apoyo de la reina doña Juana, los dos personages que acababan de partir caminaban conversando juntos, y depuesta ya la máscara del disimulo.

—Me habeis prestado un eminente servicio, D. Pedro, iba diciendo la dama: nunca lo olvidaré, y mi corazon agradecido será para vos lo que siempre debió ser.

—Poco vale lo que hago por mereceros, amada Jarifa, le contestó D. Pedro. Solo me pesa en el alma que hayais necesitado sufrir amargos desengaños de otro, para acordaros del que siempre os amó y habria hecho por vos todo género de sacrificios.

—Ah! No me recordeis mi estravío, que demasiado me cuesta. Si en algun tiempo pude desconocer vuestros méritos, baste para borrar mi culpa el amor profundo que os profeso. ¿Cómo apreciaríamos el bello esplendor del dia, si no esperimentásemos alguna vez los horrores de la noche? Yo he necesitado vivir en las tinieblas de una noche borrascosa, para saber cuanto valeis vos, que sois mi sol, el astro vivificador de mi ecsistencia.

—Esas dulces palabras me recompensan mas de lo que me-

rezco, amada Jarifa; pero serian mucho mas gratas á mi corazon, si no supiese que un arrebato de celos es lo único á que debo mi dicha.

—Os engañais, amigo mio: quien tiene celos, ama: quien ama, no busca el daño del ser amado. Yo aborrezco á D. Diego, pues quiero su muerte: me vengo de él, y al preparar su ruina, labro la prosperidad del que me fué siempre fiel. Si, D. Pedro; vuestro rival morirá, porque yo lo deseo: su casa se hundirá con él, y ese título de marqués, y esos honores y esas riquezas que indignamente posee, serán para vos. ¿Por qué creeis que os he inducido con tanto ahinco á preparar la farsa que hemos representado esta noche, sino por coger á los Pachecos en una trampa, y seguir el hilo de sus maquinaciones? Oh! El viejo maestre no realizará su plan, porque yo estoy aqui para impedirla: perderá su hijo, y su traicion se hará notoria. Entonces sabrán el rey Enrique y su hermana quien es el que vela por ellos, y la misma mano que derrumbe al traidor, os colocará en el lugar de su dignidad.

—No creais, Jarifa, que me halagan esos dorados sueños de ambicion: por alcanzar tanta grandeza no abandonaria yo el partido de doña Juana para abrazar el de doña Isabel; pues conozco cuan difícil es que se realicen vuestras promesas. Si me lanzo en esta nueva y peligrosa carrera y arrostro las tenebrosas iras de Abiabar, es únicamente por vos; por demostraros que mis amoríos con la reina fueron solo un delirio, un desahogo del despecho. Posea yo vuestro corazon, y nada me importa lo demás.

A pesar de esta desinteresada protesta, el pensamiento del noble D. Pedro estaba muy distante de seguir el curso de sus palabras. Desdeñado por la reina doña Juana, despues de haber tenido con ella dos hijos, el jóven hidalgo abrigaba en su alma un profundo resentimiento contra aquella señora, á quien habia servido con miras ambiciosas. Como satélite de la familia de Mendoza, seguia desde algun tiempo el rumbo de ésta, y los recientes acontecimientos que acercaban á doña Isabel al trono, habian

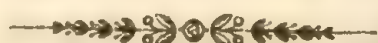
acabado de decidirle. Conociendo Jarifa su carácter y sus aspiraciones, habia emprendido la tarea de seducirle, valiéndose del amor y de la ambicion: no le fué difícil reanimar en su pecho la mal apagada hoguera de su antiguo objeto, ni mucho menos hacerle codiciar la opulenta herencia del marqués de Villena. La mora solo se proponia servirse de él, como de un instrumento de su venganza; D. Pedro aceptaba el destino que se le ofrecia, considerándolo como un escalon para su engrandecimiento. Con el mismo ardor que antes acometiera las mas atrevidas empresas en favor de la Beltraneja, se dedicaba ahora á decidir el triunfo de los reyes de Sicilia y la ruina completa de los Pachecos, no tanto por amor de Jarifa, cuanto por humillar á doña Juana y remontarse á un puesto envidiable.

Movidos por estos secretos impulsos, los dos reconciliados amantes habian concertado formular una acusacion contra don Juan Pacheco y su hijo, concitando contra ellos la rencorosa suspicacia del gefe de la Perpétua noche, y queriendo la mora presenciar el écsito de su empresa, ó penetrarse del curso que seguia; para obrar en su consecuencia, inventó la ficcion que le hizo pasar á los ojos de Abiabar por la reina doña Juana, con quien D. Pedro, por no declarar humillado su orgullo, aparentaba estar en buenas relaciones. Osada era esta determinacion, pero, como por medio de la máscara de doble efecto, se disfrazaba completamente la voz, el riesgo de reconocimiento se disminuia; y ya hemos visto como Jarifa logró engañar al judío y á los demás, para lo cual contribuyó no poco el prestigio que siempre lleva en sí el nombre de una persona real. Ya hemos visto tambien que la venganza de la resentida jóven se frustró por tercera ó cuarta vez, debiéndose este resultado principalmente á la carta que presentó D. Juan, la cual hizo que Abiabar vacilase en su resolucion.

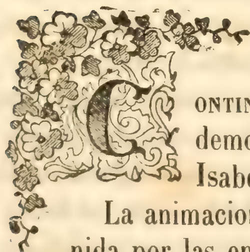
Los dos jóvenes, despues de seguir por algun tiempo el camino de Medina del Campo, torcieron por una vereda de travesía; y fueron á parar en el alcázar de Segovia, entrando por una poterna, donde les aguardaba un criado del tesorero Cabrera



CAPÍTULO XIV.



De como el rey se sintió enfermo y estuvo á punto de morirse de miedo.



CONTINUABAN en Segovia los festejos y las alegres demostraciones por la reconciliacion de doña Isabel con el rey.

La animacion de la ciudad era constantemente sostenida por las entradas que de tiempo en tiempo hacian los nobles cabecillas de ambos bandos, los cuales, faltando el pretesto de la guerra, se presentaban á rendir párias á los príncipes. Sucedia con esto á la poblacion de Segovia lo que á las aguas de un estanque, cuando un muchacho se entretiene en arrojar en ellas piedras de trecho en trecho: la conmocion, apenas amortiguaba, volvia á tomar incremento repentino, reproduciéndose tantas veces cuantas eran las llegadas de nuevos campeones.

Todo era júbilo, por consiguiente, hasta en las clases ínfimas de la sociedad, y en particular los amigos íntimos de nuestra princesa veian con estraordinario placer el feliz écsito de sus tareas conciliadoras, pues no solo aseguraban la paz, y acrecen

taban su crédito, sino que tambien adquirian influencia y favor.

Andrés de Cabrera entre todos era el que mas privaba, y el que mas empeño tenia en sostener la nueva situacion creada con su ingenio y lealtad. Ya sabia por Jarifa que D. Juan Pacheco se proponia destruir su obra, y sin descansar en su triunfo vigilaba con el mayor esmero á todos cuantos pudieran conservar, en su concepto, simpatías hácia el destronado maestre: además tenia personas pagadas y fieles que observasen el menor indicio sospechoso y averiguasen si aquel magnate se hallaba oculto en Segovia. Pero nada se descubria que pudiese turbar, al parecer, la marcha ordenada de los acontecimientos: los antiguos aliados del de Villena hacian la corte al tesorero, y al cardenal Mendoza: los segovianos todos estaban animados del mejor espíritu; doña Isabel y su eposo vivian en la mas apacible amistad con el rey; el palacio de D. Juan Pacheco permanecia cerrado; nadie hablaba del antiguo valido, sino para ecsecrar su memoria; todo, en fin, inspiraba seguridad y confianza.

Para estrechar mas y mas los nuevos vínculos que habia formado el tesorero, y afianzar su valimiento, dispuso dar D. Enrique un magnífico banquete, el dia de los Reyes, en el palacio episcopal.

Grande era el movimiento, deslumbrador el aparato del festin régio, ecsuberante la profusion de manjares y vinos que se preparaban. Los personages mas notables de la corte habian puesto á porfía sus criados, vestidos con lujosas libreas, al servicio de Andrés de Cabrera: los mejores maestresalas, los mas hábiles cocineros y reposteros, los pages mas diestros en el delicado arte de trinchar y escanciar, estaban á las órdenes del senescal del rey que á su vez las recibia del tesorero.

En medio de esta agitacion gastronómica, formaba un singular contraste la actitud de un personage oscuro que, sentado en un rincon de la repostería, pasaba y repasaba las cuentas de un enorme rosario, alzando de tiempo en tiempo los ojos al cielo, y dando fervorosas gracias á Dios, que habia criado tantas cosas buenas y suculentas para consuelo y delicia del hombre. Los que

le conocian, le miraban con veneracion y respeto; los que le veian por primera vez, estrañaban su aspecto ruin y su devocion estemporánea, pero no se atrevian á reirse de él.

—Es el Beato, un santo varon, que está gozando en vida de la presencia de Dios, decia en voz baja un repostero del obispo de Segovia á un page del duque de Arévalo. El señor arzobispo de Toledo le dispensa la mayor confianza, y no sin razon, pues dicen que hace milagros.

—A mí me han contado, dijo otro servidor del marqués de Santillana, hombre bonachon y crédulo, que en la batalla de Olmedo se presentó en forma de ángel delante del señor arzobispo, y recibió, sin ser herido, todos los golpes que se asestaron al santo prelado.

—Es muy posible, observó un tercero: yo sé que el polvo de sus vestidos sirve para curar las tercianas.

—Silencio, silencio! esclamó el repostero del obispo de Segovia: no interrumpamos su santa contemplacion. Vedle ahí orando con fervor para que la comida sea saludable á nuestros señores el rey y los príncipes.

En esto sonaron las orquestas que anunciaban la entrada de don Enrique, doña Isabel y D. Fernando en la sala del festin. La servidumbre se agolpó hácia aquel punto, á esperar la señal de comenzar el servicio, ó bien se diseminó para ocupar cada uno sus respectivos puestos. La sala de la repostería quedó sola por algunos momentos, durante los cuales Froilan de Ávila se levantó rápido como el gato montés, sacó de una de sus anchas mangas una pastilla blanda, saluble, transparente y de color, y el aroma del ambar; y estregó con ella el fondo de algunos de los platos de oro destinados al servicio esclusivo del rey. En esta operacion le habian sorprendido varios reposteros que volvian; pero el sagaz converso, con la mayor serenidad, deslizó la pastilla dentro de la manga, levantó la mano, y se puso á echar bendiciones á todo cuanto habia en los aparadores y mesas. En seguida se retiró á su rincon, se arrodilló y, mirando al cielo, se dió fuertes golpes de pecho, sin que en todas estas pantomimas dis-

tragese lo mas mínimo su atencion nada de cuanto le rodeaba.

El rey estaba ya sentado á la mesa entre su hermana y su cuñado; el arzobispo de Toledo y el cardenal Mendoza ocupaban un puesto en el banquete por deferencia á su dignidad eclesiástica. Todos los demás personajes de ambas cortes se hallaban presentes, mezcladas sin distincion en el fondo de la sala, y deslumbrantes con el lujo de sus atavíos: algunas damas ocupaban el testero detras del régio asiento: entre estas estaba doña Beatriz, cuyo marido iba y venia de una parte á otra, para la ecsactitud del servicio.

No recordaba el rey cuando habia estado tan contento como en esta ocasion: veia por todas partes rostros placenteros y á su lado una jóven angelical, que cuidaba de él con la afectuosa atencion de una hija.

La comida fué alegre y mereció repetidos elogios del rey, cuyo paladar se gozaba en las delicias de la mesa. Un incidente muy natural turbó por un momento el regocijo comun. Al tomar un plato el cardenal Mendoza, se le enredó la manga de la muceta en un salero, y vertió la sal. El rey palideció:

—Qué habeis hecho, Mendoza! esclamó el supersticioso monarca con el mas profundo terror.

—No os alarmeis, señor, contestó el cardenal: si esto es de mal agüero, solo para mí puede serlo, pues soy Mendoza. Confio sin embargo, en que nada malo me sucederá.

—No os fieis, cardenal: por mí no continuéis á la mesa.

—Señor, si de este modo os agrado, dejaré de comer; mas permitidme que continúe sentado, para que la desgracia, si ocurriese recaiga sobre mí, y no sobre V. A.

El cardenal decia esto convencido de que el único contratiempo que podia sobrevenirle era quedarse sin comer. El rey accedió á ello, y pasado un rato, habia olvidado ya sus infundados temores.

Pero en el momento de servirse los postres palideció de nuevo, y comenzó á moverse en su silla con la mas viva inquietud.

—¿Qué teneis, señor? Quereis alguna cosa? le preguntó doña Isabel con acento afectuoso.

—Nada, no es nada, contestó el rey con acento lúgubre.

—Oh! si; algo teneis, sin duda, que os inquietais, señor y hermano mio, repuso la princesa.

—Tal vez habrá comido S. A. mas de lo regular, dijo con su tono brusco el arzobispo, y le dolerá el vientre. Una copa de vino le quitará eso.

—Teneis razon, D. Alonso, replicó el rey: me siento malo; pero esto no puede ser efecto de la mucha comida. Sin embargo, voy á seguir vuestro consejo.

Y esto diciendo, tomó la copa y se la llevó á los labios. Pero el vino, léjos de mitigar su malestar, le produjo intensos dolores de estómago, que afectando al hígado, del cual padecia una enfermedad crónica, le pusieron á los pocos momentos en un estado insoportable: á duras penas podia, contenido por la idea de su dignidad, ahogar en su garganta los gemidos que le arrancaba el dolor.

Todo fué consternacion en aquellos primeros instantes: los cortesanos acudieron solícitos alrededor del rey: doña Isabel mandó llamar inmediatamente á su médico de cámara, y puesto en pié al lado de su hermano, y sosteniendo su cabeza con un brazo, daba órdenes para que se le prestasen socorros. Andrés de Cabrera y su esposa repetian ó ejecutaban aquellas órdenes con la precipitacion que era consiguiente, pues nadie como ellos sentia este inesperado contratiempo.

El rey, entre tanto se sentia cada vez peor, y no pudiendo ya resistir en silencio la vehemencia de sus padecimientos, se levantó pálido y desencajado, diciendo:

—Dejadme!... dejadme todos..... No necesito á nadie.

—Oh! Yo no os abandonaré, señor, repuso doña Isabel. No me dareis el disgusto de rehusar mis ausilios y los de mis amigos.

—A nadie necesito: replicó D. Enrique, poseido de un terror

pánico. Mi médico..... que venga mi médico..... Tú, Juan de Oviedo, vente conmigo: vámonos á mi casa..... quiero acostarme.

—Señor, aqui se os pondrá un lecho, dijo el obispo Arias.

—No: quiero estar solo..... quiero ir á mi casa.

Y sin escuchar á nadie, se apoyó en el brazo de Juan de Oviedo, y salió apresuradamente.

La princesa, consternada, llamó á Cabrera y á otros de sus amigos íntimos y les dijo:

—Seguid al rey: acompañadle, y que nada le falte: yo misma iré á cuidarle si fuese menester; aunque confio en Dios que esto no será nada.

En pocos momentos quedó evacuada la sala del festin; pues los cortesanos salieron precipitadamente en seguimiento del rey. Este corria mas que andaba, volviendo de cuando en cuando la cabeza, como si huyese de algun peligro. Al entrar en su palacio, siendo ya casi de noche, vió en el vestíbulo dos hombres embozados hasta los ojos en sendas capas, los cuales le salieron al encuentro.

—Quiénes sois? Qué quereis de mí! esclamó con asombro.

Uno de ellos dió un paso hácia el rey, y quitándose el embozo, contestó:

—Nada temais, señor: soy yo!

—Don Juan! Vos aquí!

—Debíais esperarme, puesto que os hallais en peligro, repuso D. Juan Pacheco. Aquí estoy para salvaros, si aun hay tiempo, y para que despues me prendais, ó hagais de mí lo que sea de vuestro agrado.

—Ahora no es tiempo de pensar en nada, D. Juan: estoy muy malo: me muero!

—Lo temia, señor, y por eso he venido.

—Lo temias!.... Y quien es ese hombre que viene contigo?

—Es mi médico: un sábio, el único que os puede salvar.

—Pronto, pronto, vamos arriba..... No puedo estar en pié dijo el rey.

Y dejando el brazo de Juan de Oviedo, tomó el del maestre

y subió presuroso la escalera. El secretario y Abacuc siguieron detrás. Luego que llegaron á la cámara del rey, éste se volvíó á Juan de Oviedo y le dijo:

—Déjanos solos, y cierra la puerta que no entre aquí nadie.... ¿lo entiendes? Nadie: yo avisaré si te necesito.

El secretario se retiró, y el rey fué á sentarse en su sillon junto á una vasta chimenea, dando con el pié á sus perros, que habian salido á recibirle, acariciándole con lastimeros ahullidos. Abacuc se colocó en pié en frente de él, y D. Juan Pacheco quedó á su lado, apoyándose en el respaldo del sillon.

—Vamos, Abacuc, no os detengais, dijo el maestre. Ved que remedio se ha de dar á la dolencia del rey.

—Estoy observando á S. A. desde el momento en que llegó, contestó el astrólogo: su dolencia es grave, pero no incurable. Padecéis, señor, del estómago y del hígado: ¿no es así?

—Justamente, lo has adivinado. Pero dame pronto un remedio, porque me muero.

Abacuc se dirigió á una mesa, tomó una copa de plata que habia sobre la misma, y sacando un frasco de vidrio de sus bolsillos vertió en ella el licor que contenia y se la presentó al rey, diciendo:

—Bebed, esto, señor.

Don Enrique miró la copa con ojos espantados, sin atreverse á tomarla.

—Que es eso que me das? preguntó.

—Es el mejor antídoto que ha salido de mi laboratorio.

—Luego crees efectivamente.....

—Creo, señor, lo que es en realidad, que estais envenenado.

—Envenenado!.... murmuró D. Enrique con espanto, apresurándose á tomar la copa. Me han envenenado!....

—Era de temer, señor, dijo el maestre. Pero apresuraos á beber eso: no perdais tiempo.

—Si, si... dices bien, repuso el rey casi desfallecido de terror... Pero ¿no me hará esto mal?

—Señor, la medicina no hace mal, contestó el astrólogo: man-



¡Envenenado...!

dad que se me encierre en vuestra cámara, y si antes de dos horas no sentís alivio, que me corten la cabeza.

—No, ya no dudo, repuso el rey, bebiendo sin respirar todo el contenido de la copa.

Fuese efecto de la confianza ó de la eficacia del antídoto, á los pocos momentos sintió el rey un agradable sopor, acompañado de un alivio general de sus agudos dolores. Mientras se efectuaba esta reaccion favorable, los tres personages guardaban un profundo silencio, solo interrumpido de tiempo en tiempo por los ayes del rey.

—Me parece que estoy mejor, dijo éste por último. Dios mio! ¿qué habria sido de mí sin tu oportuno socorro, D. Juan?

—Habríais perecido irremisiblemente, señor, dijo Abacuc. No sé de nadie que posea el secreto del reactivo que acabo de administrar á V. A.

—Oh! Qué alevosía! murmuró D. Enrique medio aletargado.

—Ciertamente, señor, dijo el maestre; es una alevosía sin ejemplo. Pero, ¿cómo no prevísteis lo que debia suceder? Oh! durante mi ausencia han pasado aqui cosas increibles. Habeis dado crédito á vuestros enemigos, entregándoos enteramente á su discrecion: habeis retirado vuestra confianza á los que os aman, obligándoles á huir para librarse del cautiverio ó de la muerte. Asi no es estraño que seais víctima de vuestra credulidad.

—Crees, acaso, que mi hermana?...

Don Juan Pacheco hizo una seña al astrólogo, el cual se retiró al otro estremo de la cámara.

—No me atreveré á decir que vuestra hermana sea capaz de cometer tamaño crímen; pero ved las personas que la rodean, y comprenderéis mi justa alarma. Su marido es hijo de D. Juan II, cuya conciencia es ancha como manga de fraile; mi buen tio Carrillo, es hombre que no se para en barras; su amigo Arias, en cuya casa habeis comido hoy, no le vá en zaga; vuestro tesorero es un ambicioso, capaz de atropellar todo cuanto se oponga al logro de sus fines...

—Todo eso es verdad, contestó el rey; pero ¿qué fin han podido proponerse al envenenarme?

—¡Ay señor! Siempre tendreis corazon de niño. Desde el momento en que llegó á mi noticia la precipitada fuga de mi Diego, y que era ocasionada por vuestra reconciliacion con los príncipes rebeldes, temí lo que ahora mismo está pasando, por mas que no lo concibais. Por si mis recelos eran hijos de un esceso de suspicacia, consulté inmediatamente á ese astrólogo que os ha salvado, y él confirmó mis sospechas. Era evidente que os habian engañado, para ser dueños de vuestra voluntad: era probable que unas personas tan ofendidas de vos y, tal vez, sedientas de venganza, procurasen fingir un amor que no puede caber en sus pechos, para destruiros luego que hubiesen conquistado vuestra pública confianza. Si desgraciadamente hubiéseis perecido en esta horrible celada, mientras dispensábais el mas ilimitado favor á vuestros enemigos, no habríais sospechado su traicion, y ellos habrian hecho que diéseis la codiciada corona á vuestra hermana, ¿Comprendeis ahora toda la iniquidad del plan concebido contra vos?

—Si, lo comprendo: bien decia yo, D. Juan, que tú eres mí mejor amigo. Isabel ha venido á darme el ósculo de Judas..... Oh....!

—No he dicho, señor, que la traicion sea obra de doña Isabel: su persona, como la vuestra, es sagrada para mí. Pero la caterva de malvados que la rodean, bien habrán podido viciar su noble corazon. El esplendor de una diadema deslumbra mucho... y una vez teniéndola asida, no es estraño que se quiera conservarla á todo trance.

—Calla, calla, D. Juan! Mi hermana puede haber querido asesinarme! Ella, que no hace una hora me acariciaba con dulce halago! Esto es horrible! Ya no puedo fiarme de nadie.

—Ni aun de mí, ¿no es verdad, señor?

—De tí si, amigo mio! prorumpió el débil monarca con los ojos arrasados en lágrimas, y tomando las manos de su antiguo valido. De tí si; y ojalá nunca me hubiese apartado de tus conse-

jos. Pero, dime, ¿qué haremos ahora? Será preciso castigar el horrendo crímen cometido contra mí?

—Si, será menester castigarlo: pero, ¿á quién acusaréis? Podeis designar la persona del delincuente?

—Eso es imposible. Mi hermana..... oh! mi hermana..... No quiero verla mas... Si tuviese medios de convencerla, ella y su marido sufririan el rigor de mi venganza. Miserables asesinos!

—Tranquilizaos, señor: esa escitacion puede haceros daño. Si quereis seguir mi consejo, haced de modo que no sospeche vuestro justo resentimiento: si vuestra hermana viene á veros, que sin duda vendrá, disimulad con ella: mostraos afable, no la digais siquiera que me habeis visto. Vuestro envenenamiento ha sido indisposicion de poca monta: ganemos asi algun tiempo, y os prometo que se hará completa justicia con los culpables. Digo esto, suponiendo que tendreis alguna confianza en mí; pues tanto os habrán mentido, que no es mucho tema haber perdido completamente vuestro real favor.

—Mucho, si, mucho me han dicho contra tí, D. Juan; pero nada creo, y hasta me avergüenzo de haber dudado un momento de tu lealtad. Oye; á pesar de cuanto digan, no quiero pedirte satisfaccion de nada; porque veo claramente que me han engañado; porque sé que tú no me faltarás jamás.

—Oh! Gracias, señor, por esa confianza que tanto me honra.

El rey barbotó algunas palabras inintelegibles, y se quedó como aletargado.

El maestre, despues de observarle algunos momentos, corrió hácia el astrólogo, y le dijo:

—Abacuc, ¿qué significa ese parasismo? Si me hubieses engañado, si en lugar de un antídoto hubieses dado al rey un veneno, ¡ay de tí!

—Nada temais, contestó el judío. He prometido salvar su vida, y la salvaré.

—Pero ese letargo...

—No es nada: callad, pues oye todo lo que hablamos.

En esto sonó ruido fuera de la cámara, como de personas que disputaban. D. Juan Pacheco escuchó con atencion.

—Esa órden no puede comprenderme á mí, decia doña Isabel. Yo, no solo tengo derecho, sino tambien deber de entrar hasta donde está mi hermano enfermo.

—Señora, contestaba el secretario del rey: siento en el alma desagradaros; pero la órden que me ha dado S. A. no escluye á nadie.

Don Juan Pacheco hizo una seña al astrólogo, para que se ocultase en un aposento interior, y apenas le vió desaparecer, se dirigió á la puerta, y la abrió.

—La señora princesa tiene razon, dijo: la órden del rey no se entiende con su señoría.

Doña Isabel quedó un momento sorprendida por la inesperada aparicion del maestre. La antecámara estaba llena de cortesanos y grandes, seglares y eclesiásticos: todos hicieron á la vez un movimiento de retroceso, como si hubiesen visto algun espíritu evocado de la tumba por un conjuro. D. Juan Pacheco paseó una mirada punzante, acompañada de una sonrisa fria por todo el concurso, y añadió:

—Señores: tengo la satisfaccion de anunciaros que S. A. el rey está ya muy aliviado de su repentina indisposicion. En este momento reposa y convendria que os retiráseis, pues el menor ruido pudiera molestarle.

Y volviéndose á la princesa:

—Podeis entrar, señora, dijo; pero vos sola.

Doña Isabel mandó á sus amigos la esperasen fuera, y entró en la cámara con el maestre, que volvió á cerrar la puerta. Inmediatamente se dirigió al sillon donde reposaba el rey, tan privado de movimiento como si estuviese muerto.

—Qué pasa aqui, D. Juan? preguntó con la mayor inquietud. No me oculteis la verdad: esta inaccion tan completa no me parece bien.

—Señora, dijo el maestre volviendo á colocarse contra el

respaldo del sillon: aun cuando fuera lo que os parece, ¿qué mal seria ese para vos? Habria llegado el momento que tanto anhelais, desde que os creisteis llamada á regenerar el reino.

—Callad! callad! No es ocasion esta de pensar en nada de eso. La vida del rey está en peligro, y es necesario salvarle. Alli ha venido conmigo el sábio doctor de Toledo: llamadle para que asista á mi hermano.

—El rey no necesita ya de esos ausilios.

—Qué decis! esclamó la princesa dando á las palabras del maestre una interpretacion siniestra.

Y al mismo tiempo buscaba con amorosa solicitud en el pecho del rey los latidos de su corazon.

—Ah! Vive! murmuró despues de su breve ecsámen.

Y arrodillándose á sus piés, le tomó una mano, que estrechó entre las suyas, quedándose en una actitud afectuosa y atenta.

—Quise decir, señora, repuso el maestre, que S. A. ha recibido ya cuantos ausilios ha menester por ahora, y no hay para que molestarle con medicinas, cuando lo que mas le hace falta es paz y tranquilidad.

La princesa fijó sus penetrantes miradas en el maestre, como si buscase en sus ojos la intencion que abrigaba en su alma. Tratándose de aquel hombre, lo mas acertado era casi siempre pensar lo peor. Doña Isabel habia recibido repetidas pruebas de su malicia y de la mala voluntad que le tenia: por consiguiente luchaba con la idea de que se hubiese cometido un crímen en la persona de su hermano, y de que acaso se la obligaba á presenciar su agonía, para luego acusarla de su muerte. Con efecto, ¿era posible esplicar de otro modo la inopinada aparicion del maestre en aquellas circunstancias? Y seria nada estraño que el intrigante anciano tuviese ya preparado una trama para robar de un solo golpe á la princesa toda su herencia y su reputacion?

Doña Isabel sabia ya de antemano que su enemigo estaba dispuesto á malquistarla con el rey, pero ignoraba los medios de

que pensaba hacer uso. Encontrándole frente á frente y armado de estraordinaria osadía, cuando debia suponerle mas abatido, era natural que temiese todo género de maldades, y que procurase precaverse contra ellas.

—Don Juan, dijo: sea la que quiera la situacion del rey mi señor, no puedo consentir que se le deje en este cruel abandono: vos decís que ya le habeis socorrido; pero esto no me satisface.

Y se levantó, dirigiéndose á la puerta de la cámara, que abrió de par en par.

Entrad, señores, dijo á los que estaban fuera, la mayor parte de los cuales eran amigos suyos.

Todos se precipitaron dentro de la cámara: la ansiedad estaba pintada en sus rostros.

—Venid, doctor, continuó doña Isabel hablando con su médico de cámara: ved lo que necesita el rey.

Al aprocsimarse el doctor y la princesa, D. Enrique abrió los ojos, y los fijó con espanto sucesivamente en uno y otra.

—Qué es esto? qué quereis de mí? murmuró.

—Qué hemos de querer, señor, sino salvaros? dijo doña Isabel.

—Ah! Eres tú? Aparta, aparta!.... dejadme soñar repuso el rey.

En seguida mirando á los circuntantes añadió:

—Qué hace aqui tanta gente?..... Ah! ya: son los que vienen á proclamar á la reina Isabel.

—Señor, tranquilizaos: aqui no hay mas rey que vos.

Ah! ¿Con qué todo ha sido sueño? Pero qué sueño mas estraño! Escucha, Isabel: yo habia muerto.... muerto envenenado. Se me hacian unas magníficas ecséquias; y entre tanto el pueblo te aclamaba reina de Castilla; y yo, muerto y todo, asistia al banquete con que celebrabas tu coronacion: nunca he gustado manjares tan deliciosos. Mi felicidad era suprema cuando me has despertado.

—Que horrible sueño! esclamó la princesa.

—No lo creas, Isabel; era delicioso. El maestre me servia

de copero, y me daba un nectar como el que diz bebian los dioses. Pero, ¿á dónde ha ido el maestre?

—Aqui estoy, señor.

—Cómo le encontrais, doctor? preguntó doña Isabel á su médico en voz baja.

—Está bien: un poco escitado, y nada mas: solo necesita descanso.

—Si, estoy bien, repuso el rey, cuyo oido parecia haber afinado estraordinariamente. No pases pena por mí, querida. Puedes retirarte con tus amigos. D. Juan cuidará de mí.

—Pero señor.....

—Nada; no quiero que te molestes. Me siento bien ¿no lo ha dicho el doctor? Adios, adios! Mañana nos veremos.

Diciendo esto, el rey se levantó y besó á su hermana.

—Ea, señores, buenas noches, añadió; dirigiéndose á todos en general. Buenas noches! A descansar.

Y se encaminó á su alcoba, apoyado en el brazo del maestre.

Doña Isabel permaneció en su puesto, hasta verle desaparecer. En seguida con rostro apesadumbrado miró á sus amigos. y les dijo:

—Vamos, señores, aqui no hacemos falta.

La princesa con toda su comitiva salió del palacio del rey, y marchó al alcázar, donde pasó la noche.

Corria, entre tanto, en Segovia la voz de que D. Enrique habia sido envenenado en el banquete que le dió su tesorero Andrés de Cabrera, y las gentes desocupadas hacian sobre este acontecimiento los mas estraños comentarios.

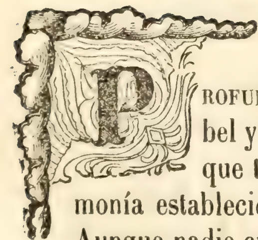
Al amanecer del dia siguiente aparecieron acampados á corta distancia de la ciubad, todos los caballeros de la órden de Santiago y multitud de hombres de armas de la casa de Villena.



CAPÍTULO XV.



De como se enfadó el arzobispo de Toledo.



PROFUNDA sensacion de disgusto causó á doña Isabel y á sus leales amigos el deplorable accidente que tan de improviso vino á turbar la buena armonía establecida con mil afanes entre aquella y el rey. Aunque nadie creia posible que hubiese habido envenenamiento, porque la severa virtud de nuestra princesa y el noble carácter de Andrés de Cabrera bastaban para alejar toda sospecha, sin embargo, era evidente por lo menos que aquella indisposicion, casual ó preparada, servia de base á un plan de discordia premeditado, y cuyas consecuencias se preveian, atendidas las revelaciones de Jarifa.

Cuando volvió al alcázar doña Isabel, lo hizo acompañada de varios de sus nobles partidarios, y encontró alli otros muchos, aun de los que formaban la corte ordinaria del rey, los cuales la ofrecieron su firme adhesion, en testimonio de no serles dudosa su

nunca desmentida lealtad. El vivo placer que sintió en aquellos momentos la augusta señora hizo acudir las lágrimas á sus ojos: la emocion era tan fuerte, que necesitó apoyarse en el brazo de Don Fernando para no perder el equilibrio. Despues de un breve rato de silencio, reunió sus fuerzas y dijo con trémula voz:

—Nobles caballeros; leales castellanos: dejad que os esprese mi gratitud profunda por la justicia que me haceis. El veros reunidos en torno mio en estos momentos aciagos, es para mí la mas dulce prueba que pudiérais darme de amor y bondad, porque nunca como ahora se vió afligido mi corazon. Si, vuestra presencia me dice que creis incapaz de perfidia y alevosía á la hija de vuestros reyes; que teneis fé en la sinceridad de mi alma, y que sois incapaces de abandonar á la inocencia calumniada. Oh! Gracias, ilustres huéspedes! Gracias, amigos mios!

—Señora, dijo el cardenal Mendoza, llevando la voz de toda la reunion: no es posible que nadie se atreva á calumniaros, y si algun corazon hubiese tan menguado que pudiera manchar vuestra reputacion con una sospecha, le bastaria veros y oiros para arrepentirse. Yo puedo afirmaros que todos cuantos aqui están os consideran limpia, intachable de la mas leve falta: todos darian su sangre, si fuese necesario, por sostener ileso vuestro nombre. Pero ¿quién que tenga el juicio sano acusaria de traicion á la mas noble de las reinas, á la mas virtuosa de las mujeres? Ni quién creerá que nuestro señor el rey padece otra cosa que una indisposicion casual? No habeis comido vos, no hemos comido todos lo mismo que S. A., y nadie ha sentido el menor daño?

—Eso es lo que yo digo, repuso la princesa; pero, si todos hubiésemos enfermado, nadie sospecharia de mis leales servidores.

—Y de quién se sospecha? preguntó algo atufado el arzobispo de Toledo.

—De quién quereis que se sospeche? de todos y de ninguno, lo que es como acusarme á mi sola.

—Eso es un delirio! esclamó el cardenal.

—Sí, sí, murmuró á una vez toda la asamblea.

—Sin embargo, señores, repuso el arzobispo: hay medios sútiles de atentar contra la vida de una sola persona en medio de un banquete de que participan varios. Yo no creo posible que ninguno de los servidores de nuestros príncipes ni de los de sus amigos sea capaz de haber cometido el crímen que se supone; pero esto es cosa que deberia averiguar Andrés de Cabrera.

Doña Beatriz de Bobadilla, que estaba junto á la princesa palideció, buscando con ansia á su marido entre los concurrentes.

—No, no, prorumpió doña Isabel. Conozco á fondo la lealtad de Cabrera, y respondo de él como de mí misma.

—Yo no he dicho que el señor tesorero sepa nada de eso, replicó el arzobispo, sino que debería averiguarlo.

—Eso si, dijo D. Fernando: deberia averiguarlo.

Doña Isabel, mas impaciente aun que su dama, buscaba con la vista por todas partes al tesorero, el cual, por una coincidencia que pareció á todos estraña, no se hallaba presente.

—Beatriz, donde está tu marido? preguntó la princesa en voz baja á su jóven favorita.

—Señora, no lo sé, contestó Beatriz temblando. No le he visto desde que marchó en pos del rey.

Los concurrentes comenzaron á murmurar de la ausencia de Andrés de Cabrera, cuando de pronto se abrió la puerta de la cámara, y todas las miradas se volvieron hácia aquella parte.

El tesorero apareció, trayendo asido fuertemente de un brazo á Froilan de Ávila, el cual con aire grotesco y compungido murmuraba algunas oraciones. A pesar de su hipócrita resignacion, una palidéz mortal denunciaba su temor. El arzobispo de Toledo le reconoció, y juntando sus pobladas cejas hasta formar con ellas una sola línea, semejante á un arco de armas, dijo con acento rencoroso.

—Señor alcaide; con qué fin traeis aquí á ese hombre?

—Pronto lo sabreis, señor arzsbispo, contestó Cabrera, cuyos ojos chispeaban, con ese brillo estraordinario que solo se muestra cuando el alma está en grande actividad.

Y dirigiéndose á los príncipes, añadió:

—Señores: el esplendor de vuestro nombre y la voz de mi honor, han exigido de mí la mayor diligencia, para descubrir, si por acaso tenian algun fundamento los temores de S. A. el rey. Todos mis servidores se hallan en este momento constituidos en prision, á pesar de la confianza que en ellos tengo: ninguno ha sabido esplicarme como puede haberse cometido el crímen de alta traicion que se sospecha y que, á ser cierto, alteraria la paz del reino. Sin embargo, hánme dicho que este hombre es el único que ha quedado solo por algunos momentos en la reposterìa del rey, antes de servirse la comida, y que, si es posible dudar de su santidad, ha debido de poner algun maleficio en los manjares, pues se le sorprendió esta tarde echándoles bendiciones, y pronunciando palabras misteriosas sobre ellos. Ignoro lo que puede haber en esto; pero mi honor y mi deber me mandan no desdeñar ningun indicio que conduzca al descubrimiento de la verdad.

—Aplaudo vuestro celo, señor alcaide, dijo el arzobispo; pero no debiérais haber puesto las manos en ese hombre, sino para entregármelo á mí, que soy su señor natural.

—Como alcaide de Segovia, señor arzobispo, y como leal vasallo de mi rey, dispongo aquello que me parece mas conveniente, sin consideracion á nadie; las puertas de la ciudad están cerradas de órden mia, y juro por Dios vivo, que nadie, aunque sea el noble mas encumbrado se halla en estos momentos exento de mi justicia. Si este hombre es criminal, su cabeza será cortada sobre un monton de basura, por mas que pese á vuestra señoria.

—Sois demasiado audaz, señor alcaide, replicó el arzobispo ardiendo en ira. Ni vos ni el mismo rey, usurpareis mis derechos señoriales: yo basto para hacer justicia en los mios.–Froilan, salid: yo os lo mando.

El Beato hizo un ligero movimiento para obedecer; pero Andrés de Cabrera le aferró con su nervuda mano, diciendo al arzobispo:

—Dispensadle de cumplir vuestro mandato: le es imposible moverse.

Don Fernando hablaba, entre tanto, en secreto con su esposa.

—Es preciso intervenir en esto, dijo: el arzobispo se va á enemistar con nosotros.

—Es preciso hacer ejemplar justicia, Fernando, contestó doña Isabel; y aunque todo el mundo nos abandone.

Y dirigiéndose al arzobispo, añadió:

—Yo espero, venerable prelado que considerareis de mas importancia mi honra y aun la vuestra, que no una pobre controversia de jurisdicion: puesto que estais tan interesado como el que mas en la averiguacion del hecho que nos aflige, ¿por qué no unis vuestra potestad á la de nuestro amigo Cabrera para descubrir al culpable y castigarle?

—Tratándose de ese hombre no reconozco otra autoridad que la mia, repuso el arzobispo con mal tono.

—Ni yo os niego vuestra autoridad, replicó la princesa sin aparecer irritada. Os pido solamente una cooperacion que me debeis, y os debeis á vos mismo. Ninguno que rehuse dar cuantas satisfacciones se le pidan para serenar el ánimo del rey, puede llamarse amigo mio.

El arzobispo dió dos pasos hácia el centro de la sala, y mirando con torva faz al Beato, le dijo:

—Acércate, Froilan, y respóndeme.

Froilan se adelantó con la cabeza baja, empuñando el rosario y mirando con recelo á uno y otro lado.

¿Qué has hecho en la repostería del rey? ¿Es verdad que te quedaste alli solo?

El Beato tartamudeó algunas palabras que no se entendieron.

—Habla claro, desdichado! Qué has hecho? insistió el arzobispo.

—Señor, contestó el hipócrita: Dios en sus altos juicios dispone de la vida de sus criaturas. Si me creeis culpable, aqui

estoy para recibir el castigo: *in manus vestras commendo spiritum meum.*

—Llévete el Diablo! Responde sin rodeos: ¿qué hiciste allí solo?

—Qué habia de hacer? Rogar á Dios por la salud de nuestros príncipes. Ahí están cuantos me vieron, que lo pueden decir. Luego, es cierto, bendije las viandas. El señor sabe mi buena intencion: si esto pudo causar daño á nuestro venerado rey, aqui está la mano con que lo hice, aqui está la lengua con que pronuncié el *Benedicite*; córtenseme si han delinquido; haced de mi señor, lo que sea de vuestro agrado: *Fiat voluntas tua.....*

El arzobispo se encogió de hombres, y se volvió hácia los príncipes.

—¿Comprendeis, dijo, que una bendicion, pueda causar una enfermedad repentina?

—Oh! exclamó impaciente Andres de Cabrera: pero ese hombre quedó solo en la repostería, se acercó á las viandas, y cuando le vieron, se puso á bendecirlas. ¿No pudo haber hecho antes otra cosa?

—Vos debereis saberlo, señor alcaide, repuso el Beato con osadía; pues nadie, antes que vuestra señoría, probó esas viandas. Si no me engaño, hicisteis en la mesa del rey el oficio de senescal.

—Pardiez! Tiene razon, esclamó el arzobispo: si las viandas tenian algo malo, estaria encima de todo; y habiéndolas probado el señor alcaide antes de servirlas, no sé que pudiera encontrarse ahora tan bueno y sano, como no estuviese en el secreto.

El Beato comenzó á murmurar un *Pater noster*; para disimular el placer de su triunfo. Andrés de Cabrera fué á contestar; pero el cardenal le interrumpió, diciendo:

—Lo que hay aqui de cierto, y cada vez me confirmo mas en ello, es que S. A. el rey tiene mucha aprension: le ha retentado un poco el dolor que padece, y esto basta para se figure lo que no existe. Señores, el deber de cuantos amen de veras á

Su Alteza, es hacer lo posible para disuadirle de su error, antes que otros se aprovechen de él para turbar la paz. No busquemos un crímen imaginario: tratemos solo de consolidar una alianza que ha venido á romper en su principio un deplorable accidente.

—Decís bien, repuso el arzobispo pero entre tanto pesa una acusacion sobre un vasallo mio, y yo no puedo dejar las cosas en duda. Señor alcaide: señalad un aposento, donde pueda yo hablar á solas con ese hombre: si es culpable pronto lo averiguaré, y os entregaré su cabeza.

Cabrera miró á doña Isabel como dudando de lo que debia hacer.

—Es muy justo, Andrés dijo la princesa: obedeced al señor arzobispo.

Este y Froilan se retiraron á una habitacion reservada, conducidos por el tesorero. Doña Isabel decia, entre tanto, á la noble reunion:

—El señor cardenal de España acaba de espresar mi propio pensamiento: la intriga y la malicia pueden aprovechar un accidente, tal vez casual, para enemistar de nuevo á mi hermano contra mí: acaso de aqui nazcan complicaciones graves, que todo leal vasallo debe reprobar: acaso en este momento se meditan persecuciones injustas. Pero resulte lo que quiera, estoy determinada á luchar cuerpo á cuerpo con la maldad y la calumnia. Desde este momento me considero prisionera: en este alcázar permaneceré hasta que sea reconocida mi inocencia, y entre tanto solo pido de vosotros que no os aparteis del lado de mi hermano: alli está vuestro puesto de honor; aqui el mio.

—Cuidado, señora, dijo en voz baja D. Fernando: esto es aventurarlo todo.

Lo sé, señor y esposo mio: pero cuando el honor peligra, ningun precio es bastante caro para salvarlo.-Id, señores: no penseis en mí sino para acordaros de que soy una prisionera de honor, y que me entrego á vuestra hidalguía. Yo he venido á Segovia para consolidar la paz y revindicar mis legítimos derechos: con este fin me he puesto á la discrecion de mi herma-

no; y fuera en mí una cobardía indisculpable retroceder por un ligero contratiempo. Nada ha pasado de que yo ni los mios podamos avergonzarnos: ahora con mas ahinco que nunca, debemos continuar nuestras negociaciones, y si mi persona no fuese garantía suficiente de mi lealtad, daré lo que mas amo: daré mi propia hija. De este modo quiere responder la princesa heredera de Castilla, á las oscuras intrigas de la iniquidad.

Un murmullo de admiracion entusiasta se oyó en la cámara por toda respuesta á las anteriores palabras de nuestra heroina. Por mas que en aquella época depravada fuesen casi incomprensibles el valor y la intrépida abnegacion de la virtud, habia en los corazones y en la médula misma de la sociedad un vigor juvenil, tan apto para el crímen, como para el heroismo, y dispuesto siempre á seguir el impulso que se le diese, con tal que fuese enérgico y grandioso. Nadie habria sido capaz de ofrecerse en holocausto al tener que combatir á un enemigo fuerte y artero, fiando solo en la lealtad agena y en la justicia de su causa; pero todos podian sentirse inflamados de noble admiracion ante un ejemplo semejante, y eran capaces de dar sus vidas para sostener á quien de tal manera procediese. La antigua nobleza castellana estaba enervada para hacer el bien, porque solo bajeza, debilidad y perfidia encontraba que imitar entre sus miembros y sobre ella misma; pero esto era contrario á su naturaleza. Doña Isabel vió con indecible gozo que todos los caballeros y hasta los cortesanos mas dados al placer llevaban la mano á la cruz de sus espadas, mientras los labios pronunciaban respetuosas protestas de lealtad, y los ojos centelleaban de entusiasmo. Despues de contemplarlos un momento, murmuró como inspirada:

—Todavia vives, noble espíritu del Cid! Si, te reconozco heróico pueblo mio! Dichoso quien rompa tus cadenas y te despierte de tu letargo, bravo leon castellano! La gloria de su nombre llenará el universo!

Durante esta escena el arzobispo de Toledo habia quedado

solo con su familiar Froilan de Ávila en el aposento que les designó el alcaide del alcázar.

—Froilan, le dijo el arzobispo: ahora que nadie nos oye vas á decirme la verdad, en el concepto de que te la pregunto *sub sigilo confesionis*: por consiguiente si eres culpado, yo no podré mas que imponerte una penitencia, segun tu pecado; pero de ningun modo acusarte públicamente. Si un estraviado celo te ha impelido á poner fin á los dias de ese monarca gentil y sibarita; si la seduccion ó la autoridad de alguna persona se ha enseñoreado de tu espíritu, para hacerte cometer el atentado, dímelo sin rebozo; pues, además de que el secreto de la confesion sellará mis labios, tengo un interés personal en verte libre de la acusacion, y saliendo la realidad de lo que ha pasado, me será mas fácil defenderte. Vamos, habla, y nada temas.

Froilan miró al arzobispo con fingido asombro, y contestó:

—Señor, yo creia que no necesitábais recurrir á mí para saber lo que ha pasado: ¿Es posible que lo ignoreis?

—Qué estás diciendo? repuso D. Alonso con acento irritado. Luego ha sucedido algo que yo deberia saber?.... Pero que entiendo yo de eso? Me has dado cuenta de tus proyectos?

—¡Ay, señor! señor!.... Ahora comprendo que necesito de vuestra misericordia. *Miserere mei Domine*.... Yo no he dado cuenta de mis acciones á vuestra señoría, porque he creido, al ejecutarlas, que os obedecia á vos solo. Pero ahora veo que me han tomado por instrumento de iniquidad, para perderme y perderos.

—Por Dios eterno! Esplícate sin mas ambajes, porque me voy cansando de tus lamentaciones. Qué ha sucedido? Habla pronto.

—Señor; no estrañeis que la sorpresa y el asombro embarguen mi entendimiento. Una persona que no me atrevo á nombrar, y cuyas órdenes debian ser para mí sagradas, como las de vuestra señoría, me mandó poner cierta sustancia en los platos del rey. Me dijo que lo sabíais todo, y que vos mismo habíais de-

signado mi humilde persona para la ejecucion de este proyecto: tratábase de asegurar la sucesion del trono en nuestra princesa doña Isabel; y ¿cómo habia yo de dudar que vuestra señoría estaba conforme con esto? Naturalmente lo creí, señor, y he obedecido ciegamente, figurándome que os prestaba un eminente servicio. Hace poco, cuando me acusaban en vuestra presencia, me pareció que todo aquello era una farsa, dispuesta para disimular; y al veros venir aqui conmigo, esperaba que me daríais las gracias por mi destreza y serenidad.

—Oh! Esto es una intriga infernal! esclamó el arzobispo, mesándose los cabellos. Pero, dime el nombre..... el nombre de esa persona que te ha engañado.

—Señor, no me atrevo. Temo que vuestro carácter impetuoso.....

—Dílo al momento, ó por Dios, que te haré desollar vivo!

—Pues bien, señor, el rey D. Fernando me lo mandó, repuso el hipócrita embustero con fingido temblor.

—D. Fernando! Ah! Ya comprendo. Inicua trama! Han querido deshacerse del rey Enrique, y hacer que recaigan las culpas sobre mí. Oh! Este es plan del cardenal Mendoza.

—Yo asi lo entiendo, señor; pero por Dios santo y bendito! no olvideis que os he revelado este secreto *sub sigilo confesionis*. Si mi culpa lo merece, imponedme la penitencia correspondiente: castigadme; pero no digais nada.

—Llevar á cabo una empresa tan temeraria, decia entre tanto el arzobispo, paseándose sin escuchar al Beato: ejecutarla por medio de un servidor íntimo mio, y no decirme una palabra..... Venir luego á acusar á este hombre delante de mí, en público y cogiéndome de sorpresa!..... Oh! príncipes ingratos! Quereis perdeme? Pues bien, yo os haré ver que no podeis pasar sin don Alonso Carillo. Veremos si Mendoza os libra de mi venganza.

—Señor, continuó Froilan arrodillándose y cruzando las manos; tened piedad de mí: no me denuncieis.

—Tranquilízate, Froilan: tengo yo mas interés que tú en

guardar el secreto, y soy demasiado temible para que se atrevan á tocarte á un solo cabello. Ven conmigo.

Diciendo esto, el arzobispo se encaminó á pasos precipitados hácia la cámara donde se hallaban todavía D. Fernando y doña Isabel, despidiendo á los nobles.

—Un momento, señores: dijo el impetuoso prelado. He oido en confesion á Froilan de Ávila, y respondo de su inocencia: si hay alguien que ose acusarle todavía, tendrá que habérselas conmigo, no con él. Creo que mi responsabilidad basta para garantizar todo cuanto pueda sobrevenir.

—Ciertamente, repuso D. Fernando: vuestra sola palabra es suficiente garantía para nosotros. ¿Quién pondrá en duda vuestra sinceridad?

—Sospecho que vos.

—Yo! exclamó el rey de Sicilia, frunciendo imperceptiblemente el entrecejo. Estais equivocado: ¿tengo acaso motivos para dudar?

—No estamos en lugar ni ocasion oportuna para daros ámplias satisfacciones: únicamente os diré, que si se tuviese mas confianza en mí, si no fuesen aqui indiferentes mis consejos, no habria llegado la situacion en que nos encontramos, ni andaríamos ahora en vanas disputas.

Diciendo esto, el arzobispo volvió la espalda para marcharse.

—Aguardad un momento, D. Alonso, replicó el jóven rey con política frialdad. Siempre os quejais de que atendemos poco á vuestros consejos: permitidme deciros, que esta es vuestra manía, en la ocasion presente, como en todas, nada hemos hecho sin escucharos antes y atenderos cual mereceis. Asi que vuestro resentimiento es, cuando menos, inoportuno.

—Si tal es vuestro parecer, repuso el arzobispo, dejadme protestar con mi ausencia que opino de diferente manera.

—Y adónde vais?

—A donde pueda deshacer los errores que aqui se cometen.

—Ah!... Vais á poner en práctica la determinacion de mi

esposa? Id con Dios.-Y volviéndose al tesorero, D. Fernando le dijo:-Vamos, Andrés, no os detengais: despedid al señor arzobispo.-Y añadió en voz baja:-Movedle disputa, y prendedle en nombre del rey.

—No hagais tal: dejadle ir, y no le irriteis, dijo con viveza doña Isabel.

Andrés quedó indeciso un momento, sin saber á quien obedeceria.

—Señora, repuso D. Fernando, ¿no quereis que se haga justicia?

—Sí; pero no violencia. Despídele Andrés.

El arzobispo estaba ya fuera de la sala con su amigote Froilan. Cabrera se apresuró á seguirle, con el sentimiento de no poder ejecutar la órden de D. Fernando: sin embargo, al despedirle en la puerta, le dijo con mucha cortesía:

—Espero, señor arzobispo, que no vereis en mi conducta otro designio mas que el de averiguar un hecho en que se interesa el honor de todos nosotros. Todavía no he renunciado á él, como tampoco á vuestra eficaz ayuda.

—Quereis creerme? repuso el arzobispo dando la mano al tesorero. No paseis mas adelante en vuestras averiguaciones, porque, aun cuando descubriéseis al criminal, no habríais conseguido nada de provecho. Imitad mi ejemplo, y ganareis.

—Esplicaos.

—No me es posible, amigo: tened entendido, sin embargo, que la princesa es una buena muchacha, pero su esposo es digno hijo de su padre.-Adios, Cabrera; no me detengais. Al buen entendedor media palabra le basta.

Dicho esto, el arzobispo se alejó, dejando á Cabrera en la mayor confusion y perplejidad.

—Qué significa esto? se dijo por último á sí mismo. ¿Será posible que estemos jugando aquí la reputacion y acaso la vida, sin saberlo? Pero no: si el crímen ecsiste, se ha cometido de órden, y por un agente secreto del maestre. Alto, Andrés: guardemos una prudente reserva, y observemos.... El arzobispo sos-

pecha de D. Fernando, y D. Fernando sospecha del arzobispo: ninguno de ellos vé mas allá de sus narices en este negocio, como no sea que estén mútuamente de acuerdo. Vivamos alerta, y no seamos juguetes de unos y otros.

De este modo, con el espíritu invadido por la duda, volvió el tesorero á la real cámara, deteniéndose muchas veces para saludar á los últimos nobles y prelados que se retiraban: guardóse muy bien de hacer á nadie partícipe de las sospechas que acababa de infundirle, D. Alonso Carrillo, y aun cuando estuvo algunos momentos con los príncipes, antes que estos se retirasen á descansar, tampoco les dijo nada mas, sino que temia se les hubiese enemistado el arzobispo, aunque sin razon por su causa.

Despues que hubo dado las buenas noches á nuestros príncipes, el tesorero tomó una lámpara de mano, y por una comunicacion secreta pasó á una estancia situada en la parte estrema del alcázar hácia el campo, y léjos de las salas habitadas por la corte de aquellos, la guarnicion del castillo y la servidumbre. Alli tenia Jarifa su oculta residencia, solo conocida de algunas personas de su íntima confianza; y desde allí, como la araña en su rincon, rehacia la tela de su venganza, que una nueva ráfaga de viento acababa de romper.

Andrés de Cabrera oyó dentro del aposento voces de dos personas que departian juntas, y se detuvo en la puerta.

—Os he ofrecido mi amistad, decia Jarifa, y no habrá sacrificio ni esfuerzo que yo no haga en vuestro obsequio. Pero si ese hombre triunfa, no espereis nada de mí. Podré ser vencida, y en tal caso, ¡ay de los que se encuentren en el camino de mi ruina!

—Luego no pensais sino en hacerme instrumento de vuestra venganza? dijo D. Pedro Fonseca.

—Pienso como vos, D. Pedro: ambos nos hallamos en una sitacion falsa, de la cual no podemos salir sino por medio de la violencia. ¿Por qué no hemos de ser francos? Vos poseeis el secreto de mi ecsistencia y de mi ódio; yo el de vuestra ambicion: los dos buscamos la venganza y tenemos un interés idén-

tico en ella; pues para disfrutar una felicidad tranquila necesitamos la destruccion de nuestros respectivos rivales. Si, porque mi señora doña Isabel ha comenzado á perder la confianza de su hermano, tratais de abandonar nuestra empresa, decidlo sin rebozo; yo sabré prescindir de vuestra ayuda.

—No me considero indispensable, ni aun necesario, Jarifa; por lo tanto, ya que exigis de mí la franqueza, os diré que no me está bien comprometerme demasiado, cuando no puedo esperar que mis sacrificios sean debidamente recompensados.

—No estraño esa franqueza, digna del vendedor de frutas de Guisando.

—Debeis conocer que no estamos en tiempos de hacer nada por pura generosidad. Vos misma.....

—Basta! Salid!

Hubo un momento de silencio, despues del cual repuso Jarifa:

—Deteneos, amigo mio, y tened compasion de mí. ¿Con qué derecho puedo yo exigiros ningun sacrificio? Nada pretendo ya de vos, nada, sino ese amor que luce para mi como un faro de salvacion. Si un instante ha podido mi vanidad ofenderos, olvidadlo: he querido que fuéseis el instrumento de mi venganza, si; pero es porque de este modo habríais realzado infinitamente vuestro mérito á mis ojos; y porque anonadado el hombre que aborrezco, mi pensamiento se concentraria solo en vos. Y luego, ¿á qué negarlo? ¿Veis que me consume la sed de sangre? Pues á pesar de esto, si el objeto de mi rencor hubiese de sucumbir á mis propias manos, de seguro me faltaria el valor que busco en otros: nunca podria yo cebar mi resentimiento en el pecho de aquel á quien una vez amé.

—Y á quién amais todavia. Oh! no podeis negarlo.

—Difícilmente sabria yo esplicar lo que pasa en mi corazon, continuó la mora con una entonacion de voz singular, que vibraba como un gemido.—Aborrezco á D. Diego; deseo su perdicion y su muerte; pero conozco que la vista de su sangre alteraria la mia; la idea sola de su peligro, viéndole yo, solo me

daria valor para lanzarme á socorrerle. Por eso busco para herirle, una mano vigorosa, y es tal mi suerte que solo encuentro corazones débiles ó cobardes: si, quiero que desaparezca ese hombre de entre los vivos, porque no me siento con valor para olvidarle..... ¿Y quién sabe, añadió con dulce complacencia, si el destino al proteger su vida me reserva todavia horas de felicidad á su lado?

—Con efecto: paréceme que no le seria difícil hacer con vos las paces, repuso el caballero con ironía.

—Difícil! exclamó Jarifa con aparente exaltacion. Oh! Una palabra suya que me mostrase, no diré amor, solamente deferencia ó aprecio, bastaria para rendirme sumisa á sus plantas.

—Es posible!.....

—Si, D. Pedro: es posible tanto rendimiento en un corazon que solo ambiciona ternura. Si vos hubiéseis sido capaz de comprenderme, seria esclusivamente vuestro este corazon. Pero vos no soñais mas que en grandezas y poderíos, y temeis esponeros al menor contratiempo, apenas divisais la faz adversa de la fortuna. No sois, no, el hombre que busca mi imaginacion delirante.

—Me estais insultando, y vive Dios que os engañais! Yo puedo hacerme digno de vuestro cariño, y de vuestra admiracion. Yo puedo al menos cambiar completamente vuestros afectos.

—No será mientras viva D. Diego: os lo juro!

—Y si muriese?...

—Oh! entonces... contestó la mora con efusion: entonces vuestra existencia y la mia serian como dos arroyos que se juntan en una sola corriente.

El tesorero no pudo entender lo demas que hablaban: solo percibió el murmullo confuso de una conversacion íntima y apresurada, que se fué alejando hasta perderse en el silencio. Entonces movió con cautela el resorte de la puerta secreta, junto á la cual habia estado escuchando; la entreabrió, y habiendo observado que la estancia se hallaba desierta, pasó adelante y esperó.

Durante el tiempo que permaneció solo, mil reflexiones se agolparon á su mente, sin que pudiese darles una solucion satisfactoria. Lo que acababa de oir le recordó las antiguas sospechas que en otro tiempo concibiera contra la fidelidad de la mora, y le hizo comprender que ésta obraba instigada por sus miras particulares, y que tal vez, vendiéndose por amiga de doña Isabel, conspiraba á su perdicion. Parecíale poco prudente dejarse conducir por los consejos de aquella mujer, ó al menos poco digno el tolerar su conducta incomprensible y misteriosa, que parecia contribuir á mantener un estado de irritacion y descontento en la familia de Pacheco, á quien indudablemente odiaba. Como hombre cauto determinó guardar una esquisita reserva, y estar en observacion.

A poco se presentó Jarifa: en sus ojos brillaba la alegría del triunfo. Sin mostrarse sorprendida por la presencia del tesorero, le dijo con la mas franca naturalidad:

—Amigo mio: nos han atacado mas pronto de lo que yo esperaba. El maestre no se duerme.

—Creeis acaso que haya sido el maestre?...

—Pues quien ha de ser? No tardaremos mucho en ver las consecuencias de su atrevido golpe, y supongo que estareis dispuesto á evitarlas. ¿Qué ha determinado la princesa?

—Permanecer aqui hasta que todo se aclare.

Jarifa meneó la cabeza con aire de desconfianza, y repuso:

—Tarde será.

—No pensais ayudarnos?

—Sin duda alguna. Pero desconfio de mi estrella. Si yo pudiese penetrar en el dormitorio del rey, ó sorprenderle solo en algun parage á las altas horas de la noche, tal vez lograria subyugar su espíritu.

—Eso es muy difícil, y aunque se consiguiera, os espondria quizás á graves peligros: ¿No contais con otro recurso?

—Tal vez.

—Yo creo que si vuestro afecto á mi señora la princesa fue-

se acompañado de alguna mas decision, no temeríais revelar al rey todas las ocultas tramas del maestre y de sus amigos.

—Y quien os dice que lo temo? Lo que yo no quiero es dar mas golpes en vago, y si procedo con cautela, es porque he jurado hacer que la princesa triunfe de sus enemigos. Cuando esto logre, ¿qué me importarán los peligros ni aun la vida?

Jarifa pronunció estas palabras con tal acento de concentrado despecho, que el tesorero no supo que pensar de las miras de aquella mujer.

—Al encontraros tan tranquila, y casi alegre, la dijo, despues de lo que ha pasado, debo estrañar que hableis de perder la vida con tanta indiferencia. Yo hubiera dicho que teneis demasiado apego á ella, sobre todo en estos momentos.

—Es muy cierto: nunca como ahora, he deseado vivir; porque tengo grandes esperanzas de salirme con mi empeño. Decidme: ¿puede la princesa permanecer segura en este alcázar?

—Está libre de todo peligro, mientras yo sea su alcaide y quede piedra sobre piedra.

—Y conoceis bien el palacio que ocupa el rey?

—Como si fuera mi propia casa: mejor que el rey mismo.

—Hay alguna via secreta, que conduzca á los aposentos reales?

—Si, la hay: pero ¿con qué objeto?....

—No os importa saberlo: cuando yo necesite hacer uso de esa via, podreis acompañarme, si desconfiais de mí.

—Pues bien, sin salir de este alcázar, se puede ir hasta la alcoba que ocupa el rey en este momento.

—No necesito saber mas. El maestre será vencido.

Andrés de Cabrera prolongó la conversacion por algun tiempo mas, haciendo de cuando en cuando preguntas indirectas que no fueron contestadas por la mora, ó fueron eludidas con destreza; despues de lo cual se retiró poco dispuesto á fiarse de ella, y aun decidido á vigilar su conducta respecto á D. Diego Pacheco. Aunque aborrecia al marqués, pensaba no consentir que

le asesinasen, como parecia intentar la vengativa jóven.

Mientras esto pasaba en el alcázar, el arzobispo de Toledo habia ido, sin detenerse, al palacio del rey, el cual siendo ya muy avanzada la noche, dormia tranquilamente, y habló con su sobrino el maestre de Santiago, quien le oyó con mucha benevolencia y atencion; y es fama que, al despedirle, despues de una larga conferencia, hizo estremos de cariño filial, tales como abrazar á su tio, besarle en el rostro, y ocultar las lágrimas, que el placer de aquella reconciliacion hacia brotar de sus ojos.

Tambien sabemos que mientras el arzobispo y el maestre reanudaban sus relaciones de amistad y parentesco, el Beato daba cuenta al astrólogo Abacuc del buen éxito de su cometido, refiriéndole muy pormenor cuanto habia hecho para satisfacer en todo los deseos de los gefes de la Perpetua noche.

—No solo, dijo al concluir he llevado á cabo felizmente la delicada comision que vos me confiásteis, sino tambien he librado á mi señor del yugo de esos príncipes sin consecuencia. Tiempo hace que lo deseaba y mi amigo Fernando Alarcon me lo agradecerá; pues maldito si se puede esperar nada de los reyes de Sicilia, cuya corte parece una comunidad de trapenses. Miseria mayor no la he visto en mi vida. El rey Enrique, al menos, es dadivoso, y á su lado hasta las ratas engordan.

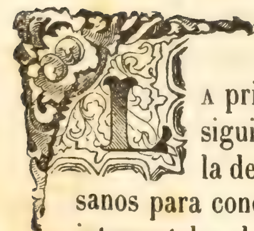




CAPÍTULO XVI.



Las visiones del rey Enrique.



La primera diligencia de D. Juan Pacheco el dia siguiente al de su reconciliacion con el rey, fué la de esplorar el ánimo de los nobles y cortesanos para conocer el sentido en que la opinion general interpretaba el acontecimiento de la víspera; pero pronto advirtió, con secreto despecho, que los mas atribuian al carácter aprensivo de D. Enrique la alarma que á todos habia inquietado, y se mostraban demasiado afectos á doña Isabel, sin cuidarse siquiera de justificarla, como si fuese ofensiva á su honra semejante justificacion.

—Esa niña tiene hechizos, dijo para sí el viejo palaciego, luego que se vió abandonado de la multitud de personas que fueron á visitarle.–Cuando debian huir todos de ella, como de cuerpo apestado, tratan al rey de visionario, y la defienden tácitamente del tremendo cargo de regicida; que parecia natural ca-

yese sobre su nombre.-Pero, qué importa eso? A bien que el rey está bien persuadido de la perfidia de su hermana, y la reina pondrá en juego toda la actividad de su odio para divulgar el horrendo crímen. Isabel será inutilizada en el concepto de unos: Juana lo está en el concepto de todos, y Enrique acabará de hacerse odioso al reino entero..... Apretaremos la cuerda en su nombre: saquearemos los pueblos: habrá discordia y guerras intestinas, y como ningun cuerpo resiste mas allá de ciertos límites, al cabo estallará la mina, y el mas fuerte que sobreviva, recogerá los pedazos del destrozado edificio. ¿Quién es hoy el mas fuerte de Castilla?....

Una sonrisa fria dilató los finos lábios del maestre, al hacerse á sí mismo esta pregunta. En seguida continuó:

—¿Cuánto tiempo vivirá Enrique?-Un año ó dos: su cuerpo es una armadura comida de orin, que se cae á pedazos. Debo consagrarme á su servicio con el mayor teson. Cuando él fallezca, yo seré el tutor de su hija; y de tutor á gobernador del reino hay corta distancia. Como entonces caerá sobre mí la responsabilidad de mis actos, procuraré ser el padre de la patria: ocuparé á los nobles en la conquista de Granada, librándome asi de enemigos internos y dándoles ocupacion de su gusto; los pecheros exentos de la tiranía de sus señores prosperarán: seré colmado de bendiciones, querido, respetado..... La pupila no se casará jamás.... despertaré sospechas en Portugal de que pretendo alzarme con el reino, y el botarate del príncipe portugués, ese caballero andante, desfacedor de entuertos, tomará la defensa de su prima. Entonces fácil será que el orgullo castellano vea en esto pretensiones de dominacion estrangera..... Se recordará el orígen de la Beltraneja.... y el pueblo mismo rechazará á la bastarda y á su defensor, para echarse en brazos del que sepa hacerle bien.... Oh! No está esto mal pensado: todavia me sirve mi cabeza.

No bien acababa el maestre de formar esta cábala, cuando entró en su aposento el secretario Juan de Oviedo y le dijo:

—Su Alteza acaba de despertar y desea veros.

El maestre corrió á la cámara del rey, á quien halló sumamente abatido, como si acabase de salir de una penosa enfermedad.

—No vive seis meses, dijo para sí.

Y saludando al débil monarca, esclamó con alegría fingida:

—Vamos! Parece que el sueño os ha hecho mucho bien: estais desconocido de anoche acá: teneis buen color y los ojos animados. Todavia dentro de poco he de veros hacer el amor á alguna Sandoval ó Castro.

El rey se sonrió de un modo lúgubre como si el recuerdo de sus antiguas queridas le fuese mas penoso que agradable, y repuso:

—De veras tengo buena cara, D. Juan? No lo creyera. A ver, acércame un espejo.

El maestre se apresuró á satisfacer el deseo de D. Enrique, y éste, viendo en el cristal su escuálido rostro, murmuró con tono de afectuosa reconvencion:

—Siempre has sido un adulador, Pacheco.

Y apartó el espejo con disgusto.

—Ya sabia yo, continuó, que tendria rostro de cadáver. He pasado una noche fatal.

—No habeis dormido, señor? A caso ese perro Abacuc ha dejado de asistiros cual corresponde?

—No, D. Juan, no: he dormido demasiado; pero he soñado tanto desde anoche!... Oh! Malditos ensueños! Ni un momento me he visto libre de asesinos... Mi hermana los mandaba: se iba uno y venian dos; luego tres, luego mil... ¿Qué se yo?... Y la reina estaba en aquel rincon, y se reia; y en aquel otro, lloraba Catalina de Sandoval.

—Estraño es en verdad ese sueño. Pero no debeis inquietaros por él. Todo eso es efecto del estado de agitacion en que os dormisteis anoche, y solo se puede sentir el mal rato que os ha dado.

—Tú crees eso? Pues mira: yo doy mas importancia á los sueños; porque jamás me han ocurrido estando dispierto las

ideas que muchas veces me han asaltado durmiendo. Yo quisiera referir mi sueño á un adivino, á ver como me lo esplicaba; porque comprendo bien lo de los asesinos de mi hermana, pero no se me alcanza cómo pueda ser esto para la reina objeto de risa, ni á que conduce el llanto de Catalina. Ya sabes que la pobrecilla me queria bien, y sus lágrimas no son de buen agüero. ¿No entiende algo tu astrólogo de interpretar los sueños?

—Nunca le he ocupado en semejante cosa, señor.

—Atiende, repuso el rey, dando una visible importancia á su asunto. Ahora me acuerdo de una jóven mora, que indudablemente sabe algo de esto. ¿No tienes presente aquella chica que estaba con mi hermana en Ocaña? He oido contar de ella cosas maravillosas. ¿Dónde andará ahora.

—Señor, es posible que esté con Mahoma y toda su canalla. Segun he llegado á saber hace ya mucho tiempo se arrojó á un rio desesperada.

El rey se santiguó con mano trémula, y guardó silencio.

—Hablemos de otra cosa, Pacheco, dijo al cabo de un rato. No lo tomes á ofensa: te pregunto por mera curiosidad. ¿Qué cuentas tienes tú con el judio Abraham Señor?

El maestre, aunque sorprendido por esta inesperada pregunta, no desmintió un momento su serenidad.

—Son cuentas muy antiguas, señor; ¿os ha dado alguna queja ese perro usurero, para eludir el pago de lo que me debe, como ya otras veces lo ha hecho.

—No: ninguna queja me ha dado. Pero, ¿dices que te debe?

—Si señor: unos tres millones y pico de maravedis, que en varias ocasiones le entregué de mis ahorros, á fin de tener ese fondo á donde acudir en casos de apuro. Sin embargo nunca he podido sacarle, sino cantidades mezquinas. Ultimamente liquidamos cuentas, y sabiendo yo que trataba de prestaros una cantidad igual á la que me debia, le hice firmar una obligacion de abonarme en documentos de crédito contra el tesoro real, con mas la mitad de los intereses que corrieran desde la fecha del contrato. Ya comprendereis cual fué mi intencion.

—No, no la comprendo.

—Me propuse regalaros aquella cantidad, sin que lo supiéseis; pues claro está que, recobrando yo los albalaes, nadie se habria presentado á reclamar contra vos. Al mismo tiempo, como á no valerme de astucia, no habria cobrado nunca del avaro Abraham, le hice creer que entraba con él á la parte, y de este modo rescaté en vuestro provecho la mitad de la usura que os imponia.

—Y tienes ya los albalaes en tu poder?

—No, señor; pero podeis recobrarlos cuando gusteis, juntamente con la parte de réditos. Yo cederé á vuestro favor la obligacion que poseo, y vuestro tesorero puede reintegrarse por completo de capital é intereses.

—Hombre, no: yo no puedo aceptar eso. ¿Qué dirán?....

—Señor, qué tiene eso de particular? Os pago una deuda: ¿que le importa á nadie nuestras cuentas reservadas? Si os parece, lo espresaré asi en el traslado.

—Pero, ¿acaso, me debes algo?

—Puedo deberos mucho.... Puedo haberos comprado alguna villa..... Puedo comprárosla mas adelante. Qué sabe nadie de nuestros tratos. Aceptadlo, señor; pues de otro modo, ese dinero solo aprovechará al avaro judío.

Altamente satisfecho y agradecido quedó el rey de la generosidad de su privado, y juró en su interior no dar oidos en adelante á nadie que tratase de indisponerle con él.

D. Juan Pacheco, entre tanto calculaba que tenia ya cobrado con mucho esceso el valor de los tres millones, y que aun podia añadir á su ganancia cualquier pueblo ó fortaleza de su gusto, con solo saber aprovechar una buena coyuntura. Sin embargo, dejando esto, como hombre astuto, para mejor ocasion, se dedicò aparentemente á cuidar de la persona del rey con la solicitud de un padre, aunque otros cuidados de mas importancia para él le traian distraido.

Viendo que el espíritu público estaba reacio en admitir la culpabilidad, que se habia propuesto recayese sobre doña Isbel, dejó

que el tiempo hiciese lo que no habia podido hacer su malicia, y al paso que procuraba difundir la calumnia entre las gentes, dispuso que las fuerzas militares reunidas cerca de Segovia se retirasen, distribuyéndolas en cantones á cortas distancias, con órden de impedir el paso á los reyes de Sicilia, si por acaso intentaban huir de la ciudad. Al mismo tiempo, como la princesa enviase, muchas veces al dia, comisionados, á saber el estado de la salud del rey, el maestre cuyas órdenes eran rigurosamente observadas en palacio, habia mandado darles contestaciones atentas, pero sin permitir á ninguno penetrar en el aposento del augusto enfermo. Solo el arzobispo de Toledo tenia fácil acceso en la cámara real, y conservaba relaciones, aunque frias, con los habitantes del alcázar.

Por otra parte, diariamente se hacian solemnes rogativas en todas las iglesias y conventos, y las comunidades obedientes á mandatos superiores, y las cofradias religiosas, por imitacion, paseaban procesionalmente las calles, en actitud penitenciaria, rogando á Dios por la salud del príncipe. Con estas cosas, el vulgo, siempre ávido de noticias, hablaba largamente de los sucesos de actualidad, como ahora se diria; y en todos los parages públicos mas concurridos era inmenso el gentío que se agolpaba disputando y dando mil pareceres; porque en aquellos tiempos y mucho despues, no habiéndose inventado el periodismo, nadie podia saber nada de lo que pasaba, como no se lanzase á la calle, ni habia quien, por doce reales al mes, ahorrase á cada individuo el trabajo de discurrir y de adquirir noticias. Acontecia, por consiguiente, que era mucho mayor que ahora el número de curiosos públicos, y que los comentarios, pasando de boca en boca y no siempre por cerebros inteligentes, abultaban los hechos ó los desfiguraban de una manera lamentable. No por esto se entienda que la opinion pública carecia de órganos autorizados: algunos agentes secretos de D. Juan Pacheco, por un lado, sembrando la semilla de la acusacion calumniosa, y algunos amigos de Andrés de Cabrera, por otro, desvaneciendo el error y las sospechas, representaban entre la multitud un papel análogo á

de los periódicos ministeriales y los de oposicion de nuestros dias. Los pareceres encontrados de aquellos hombres eran primero repetidos con reserva; luego se discutian con calor, tomaban cuerpo, y con frecuencia, motivaban necias contiendas, que daban por resultado heridos y contusos entre los individuos de carácter irascible.

Al cabo de algunos dias, observó con dolor el maestre que prevalecia la opinion contraria, y que la inmensa mayoria de los segovianos se agrupaba en el bando favorable á doña Isabel. Esta, por su parte, permanecia encerrada en el alcázar, sin dar muestras de temor ni de remordimiento. Al contrario, habiendo sabido que el rey estaba ya restablecido,–lo cual se atribuyó á la eficacia de las rogativas y penitencias públicas,–le envió una comision de algunos grandes, bajo la direccion del cardenal Mendoza, con el objeto de felicitarle, y proponerle la reunion de un consejo de los principales señores del reino, á fin de resolver definitivamente las cuestiones pendientes entre ambos. Anunciaba su resolucion de permanecer en Segovia, á las órdenes del rey, hasta tanto que fuesen ultimadas las negociaciones, y ofrecia dar en garantia su hija, bajo la custodia de Andrés de Cabrera, para responder de las obligaciones que le tocase cumplir, segun lo que se tratára.

Cuando llegó esta comision al palacio donde residia el rey, estaba D. Juan Pacheco en conferencia con Abacuc.

—Ese hombre obcecado, decia, pretende sin duda, apurarme la paciencia; y ¡vive Dios! que si se obstina en tratarme como á un miserable vasallo, seré capaz de romper todos mis compromisos y de entregarle al hacha del verdugo. ¿Qué pretesta para no dejar libre á mi hijo?

—Dice, señor, que no le habeis cumplido mas que la mitad de vuestra promesa. Doña Isabel continúa libre.

—Y qué le importa eso? Ignora que no es posible dar un paso tan arriesgado; que el mismo rey se opone á ello, y que basta para nuestro objeto haber introducido de nuevo la desunion?

—Sí: pero dice que aun es dudosa vuestra conducta, que

habeis alejado de Segovia las fuerzas destinadas á ejecutar la prision de los príncipes, y que no le inspiran confianza vuestros tratos con el arzobispo Carrillo.

—Lléveos el diablo á todos, jente sin fé y sin honor! ¿No debiérais estar contentos de ver á los príncipes privados de su ausiliar mas poderoso?

—Ademas, la reina doña Juana no se satisface sino con la prision de doña Isabel, y pide como garantía de vuestra fidelidad á su causa, que vuestro hijo sea puesto bajo la custodia de su amigo Fonseca en el castillo de la Mota.

—Con que, segun eso, yo trabajo para vosotros y para la buena de doña Juana? Sabeis que me agrada poco la intrusion de esa señora en nuestros asuntos? Mas diré: se me figura que se trama una horrible traicion contra mí solo.

—No lo creais, señor: la sociedad quiere únicamente asegurarse de vuestra fidelidad.

—Y se asocia con una mujer que puede perderme con una palabra! Decidme: ¿ha sido juramentada?

—Seguramente.

—Pues bien: decid á nuestro amigo Abiabar que entregue mi hijo á Fonseca bajo su responsabilidad personal; pero que me reservo los medios de rescatarle.

—No admite otros que la prision de doña Isabel y D. Fernando.

—Bien: eso corre de mi cuenta.

En este momento fué avisado el maestre, de la llegada al palacio de los comisionados por doña Isabel. Inmediatamente corrió á ocupar su puesto al lado del rey, el cual paseándose en su cámara estaba indeciso, sin atreverse á recibir á los enviados.

—Qué te parece que hagamos, Pacheco? preguntó D. Enrique. No quisiera ver á nadie de casa de Isabel. Esta noche pasada he tenido sueños mas terribles que los anteriores: paréceme que debemos considerar esas visiones nocturnas como una revelacion de Dios, y no esponernos á nuevos peligros

—Haremos lo que mandeis, señor; pero estando yo á vuestro lado, no temo que se atreva nadie á ofenderos.

—Tú opinas que debo recibir á esos comisionados?

—Por qué no? Asi sabremos lo que pretenden, é iremos conociendo á vuestros enemigos, que son muchos, por cierto. Háseme asegurado que no faltan adictos á vuestra hermana, aun en este mismo palacio.

—Qué me cuentas? Averigua quienes son, y échales de aquí. Vayan al infierno: líbrame de traidores, y será el mejor servicio que puedes prestarme. Acaso, tu tio el arzobispo?....

—Todos como ese: mi tio se ha convencido al fin de que sirve á una mala causa, y se adhiere á vos con toda lealtad: ha sido menester una traicion como la que os ha puesto al borde del sepulcro para abrirle los ojos; pero una vez convertido, no haya miedo que retroceda; sobre todo si se procura inspirarle confianza.

—Ea, pues; manda que entren esos señores..... Ah! Llama primero á los de mi servicio..... es decir, á los que tú creas seguros..... y mira: me has de organizar una guardia permanente de hombres fieles á toda prueba, que estén siempre junto á mi persona: escógelos entre los nobles menos venales..... No: mejor es que me reunas doscientos aventureros, gente estrangera, sin patria ni hogar, y les pagues largamente, dándoles además esperanzas de mayores recompensas.

—Lo haré asi, señor; aunque mis caballeros de Santiago podrian defenderos y guardaros como nadie.

—No, no: son demasiado orgullosos y se creerian humillados. No: mejor es una guardia estrangera, como los arqueros del rey Luis de Francia.

D. Juan Pacheco salió á comunicar las órdenes del rey. Poco despues la corte se hallaba reunida en la cámara real, y D. Enrique sentado en su sitial, en cuyo respaldo se apoyaba el maestre, oia con aire distraido la relacion que le hacia el cardenal Mendoza en nombre de los reyes de Sicilia, y en particular de doña Isabel.

—Muy bien: está muy bien, contestó: podeis decir á mi buena hermana que agradezco su atencion; y en cuanto á lo demas que todavia no estoy bastante firme para pensar en negocios: que aguarde algun tiempo, y permaneciendo fiel, como lo espero, resolveremos esos asuntos. No creo que le corra mucha prisa: yo estoy para vivir todavia largos años; gracias á Dios!

—Señor, repuso el cardenal: vuestra señora hermana, su augusto esposo y todos cuantos aqui somos, no deseamos otra cosa sino que se prolongue la vida de V. A., por cuya salud rogamos sin cesar al Todopoderoso; pero al mismo tiempo anhelamos afianzar la tranquilidad y la concordia, sin las cuales no es agradable la vida.

—Os comprendo: solo estraño, señor cardenal, que seais vos el encargado de asegurar esta alianza.

—Y quién mejor que un fiel vasallo de V. A. y un amigo de vuestra hermana?

—Lo digo, porque conozco alguno que hasta hace poco, al menos, ha sido el amigo de confianza de Isabel.

—Y yo le habria cedido con gusto mi comision, á saber que era mas acreedor á la vuestra.

—En fin, cardenal; no hablemos de esto. Decid á mi hermana que se tranquilice: ya le comunicaré mi resolucion por medio del señor arzobispo de Toledo.

El cardenal y sus compañeros se retiraron poco satisfechos, y habiendo quedado solo el rey con el maestre, le dijo:

—Que aguarde: no te parece bien, D. Juan? Es mucha osadía la de esa gente, y no comprendo como mi hermana se atreve á permanecer á mi disposicion, como dice, despues de lo que ha pasado. ¿Será posible que ella esté inocente de todo; ó acaso se creerá bastante fuerte para no temerme?

—Yo no veo en esa conducta mas que audacia. La contestacion que habeis dado no me habria satisfecho mas si la hubiese dictado yo mismo, y lo que ahora importa es sacar partido de ella.

—Cómo?

—Ganando tiempo, y preparando los medios de aprisionar á los príncipes rebeldes. Vereis entonces como todo ese orgullo cae por tierra, y como esos mismos partidarios suyos, que ahora se muestran tan erguidos, acuden sumisos á besaros las plantas. Entonces no habrá quien os proponga negociaciones: vos solo impondreis la ley al vencido.

—Tienes razon: á pesar de la aversion con que miro las medidas violentas, conozco que solo asi haré prevalecer mi absoluta voluntad. Pero, ¿no resultarán de aqui desavenencias por la parte de Aragon?

—Pronto tendrá D. Juan II en que entretenerse, y harto hará si puede sacudirse el tábano de Francia y otros no menos incómodos, que le amenazan,

—Pues que hay?

—Poca cosa: el rey Luis quiere apoderse del Rosellon y la Cerdaña como paises hipotecados al pago de los ausilios concedidos durante la guerra de Cataluña; y la princesa de Navarra quiere aprovechar esta coyuntura para declararse reina independiente con su marido.

—Bueno es eso: pero yo creia que D. Juan y el rey Luis estaban en mejores relaciones. ¿No ha enviado el aragonés una embajada á Francia para tratar de matrimonio entre mi sobrina Isabelita y el Delfin?

—Asi parece. Sin embargo, yo sé positivamente que los embajadores de D. Juan perderán el tiempo, mientras el rey Luis reune un ejército formidable en las fronteras de España; y que dentro de poco se verá el aragonés mas apurado que nunca. Vuestro propio interés exige que ayudeis indirectamente al francés, nuestro antiguo aliado, haciendo por acá mas complicada la situacion de D. Juan.

—Pero es el caso que no me atrevo á dar un golpe atrevido, estando Segovia en manos de Andrés de Cabrera. Si deponemos á este del cargo de gobernador, se nos espantará la caza.... y luego, ¿cómo prenderemos á Isabel sin un motivo plausible? Lo último que ha pasado no se puede probar. Si se rebeláran

sus parciales otra vez?.....

—Dejad eso á mi cargo: pronto hemos de tener algun pretesto para obrar como corresponde.

—Sabes algo?

—No señor; pero la faccion de vuestra hermana no está muerta, por mas que aparezca tranquila, y la especie de intimacion que acaban de haceros, me induce á sospechar que habrá preparativos de fuerza para apoyar sus pretensiones. Dejemos que se dé algun paso sedicioso, y entonces, afectando deseos de conciliacion, podremos atraer á doña Isabel y su esposo á un lazo del cual no escaparán.

Despues de esta conversacion, el rey comenzó á pensar con serenidad en vengarse de los que creia sus envenenadores, y D. Juan Pacheco se retiró á madurar en la soledad una intriga que le condujese á sus siniestros fines.

—Tres cosas necesito hacer, pensaba el viejo maestre, paseándose á lo largo de su estancia: fomentar el ódio mas irreconciliable entre Isabel y Enrique; recobrar la libertad de mi hijo, hundiendo en la nada á Fonseca y aterrorizando á la reina, y destruir el poder de la Perpétua noche, que está resumido en su gefe. No quiero sufrir el peso de esa influencia que tiraniza mi libre alvedrío... No: Abiabar se ha propuesto luchar de frente conmigo. ¿Quién es él para poner obstáculos á mi paso?

Era ya bastante entrada la noche, y aun continuaba el maestre absorto en sus cabilaciones. Un golpecito dado con discrecion en la puerta de la cámara le volvió al mundo real.

—Adelante quien quiera que sea, dijo, requisitando maquinalmente el puñal que pendia de su cintura.

La puerta se habrió y entró Abacuc.

—Vuestro deseo queda cumplido, dijo el astrólogo. D. Diego acaba de partir en compañia del señor de Fonseca.

—Mi deseo! exclamó el maestre con ironía. Decid mas bien el de la reina y el de su esclavo Abiabar.

Abacuc guardó silencio.

—A pesar de todo, continuó el maestre, quiero ser fiel á mis

promesas, no por temor á tu gefe, entiéndelo bien; sino para probarle algun dia, que soy mas consecuente que él con los intereses de nuestra Hermandad.

—Todos tenemos esa obligacion indeclinable.

—Lo sé, Abacuc, y no necesito que me lo recuerden.–Adios, pues!

Abacuc se inclinó para salir á tiempo que aparecia en la puerta Manoférrea. El maestre despidió al judío con un ademan, é hizo seña al hidalgo para que se acercase.

—Que me traes, Souza? preguntó.

—Señor, contestó Manoférrea presentándole una carta muy sucia: esto me han dado para vos.

D. Juan tomó el asqueroso billete y leyó:

«Señor maestre: hace algun tiempo que el dinero anda por «las estrellas, y como mis muchachos tienen buenos estómagos, «no pueden pasar un solo dia sin comer. Os he prestado algu-«nos servicios, y tengo derecho á que se me atienda. Por esta «razon quiero trataros con cortesía, y os pido lo que pudiera to-«mar por mi mano. Si dentro de tres dias no me ha traido mil «ducados el portador de esta carta, no estrañeis que caiga con «mi gente, como una nube de langostas, sobre vuestros dominios «de Peñafiel. Bien sabeis que es hombre de palabra, el alcaide de Castronuño.—*Pedro de Mendaña.*»

El maestre sin mostrarse ofendido por esta osada intimacion, se quedó un momento pensativo y murmuró:

—Tengo mi hombre.

Inmediatamente buscó en una caja el resguardo que le dió en otro tiempo el judío Abraham, y colocándolo delante de sí, se puso á contestar á Mendaña; imitando la letra del mercader:

«Señor Pedro de Mendaña: Os envio los mil ducados que me «pedis, y os franqueo mis arcas, que encontrareis abiertas, mien-«tras me guardeis el secreto. Sé que sois hombre de honor, y «que me devolvereis mi dinero tan pronto como lo tengais de «sobra: pronto podrá llegar esta ocasion, si os determinais á «caer sobre Mendina del Campo, aclamando á la princesa doña

«Isabel: en aquella villa encontrareis muchos amigos que se-
«cundarán vuestro grito, con tal que prometais ayudarles á to-
«mar el castillo de la Mota y destruirlo: no ignorais que los
«medineses son tan afectos á la princesa, como enemigos de su
«Mota, y que son capaces de cualquier sacrificio por defender
«á la una y librarse de la otra. Para ayudaros en la empresa,
«estarán con vos, de aqui á treinta dias, en el punto que desig-
«neis, cien lanzas escogidas, que yo costeo. El gefe que los ha
«de mandar, os dará mis instrucciones verbales. Contad siem-
«pre con el afecto de vuestro buen amigo.»

Escrita esta carta, el maestre la dobló, y escribió en el dorso del resguardo:

«He recibido á cuenta mil ducados.»

Y firmó sin poner fecha.

En seguida llamó á Souza que estaba en un estremo de la sala, arrimado á la pared como una estátua, y le dijo:

—Siempre me has sido fiel, amigo Manoférrea: ¿puedo contar contigo para un asunto importante?

—Hasta la muerte, contestó el rústico hidalgo: yo no sé leer ni escribir; pero sé abrir cabezas, y guardar un secreto.

—¿En cuántos dias podrás reunir una compañia de cien lanzas de gente aventurera?

—Si tengo vino abundante, en quince dias.

—Se trata de formar una guardia formidable para la persona del rey.

—Sereis bien servido.

—Además quiero que tu gente se pruebe antes en una empresa arriesgada: es menester que tome cierto castillo, donde se halla cautivo tu señor el marqués de Villena.

—Ira de Dios! Mi señor cautivo! Decidme donde está: yo solo basto para rescatarle.

—No, tú solo no bastas, generoso amigo: llevarás cien lanzas, y además tendrás la ayuda del alcaide de Castronuño, que pretende apoderarse del castillo. Mañana te daré instrucciones y dinero. Ahora es menester que desempeñes otra comision. To-

ma este pergamino, (y le entregó el resguardo), preséntate con él al judío Abraham Señor, y enséñaselo por este lado en que hay mas escrito; pero sin permitir que lo tome, ni lo vea por el reverso; y dile que, por señas de él, le manda el rey que te siga. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Luego le llevas á mi casa, de grado ó por fuerza. Probablemente se resistirá, cuando vea que no viene al palacio del rey.....

—Eso no importa: yo le haré obedecer.

El hidalgo aventurero marchó á ejecutar su comision, y don Juan Pacheco, despues de haber dado una vuelta por el palacio, y asegurádose de que el rey dormia y de que todos los empleados ocupaban sus respectivos puestos, salió de oculto por una puerta escusada, y se encaminó á su antigua casa.

La cámara real estaba silenciosa: escepto el rey que yacía en su lecho, sumido en un sueño letárgico; ninguna otra persona habia en aquel recinto, cuyo aspecto era lúgubre á las altas horas de la noche: la luz de una lamparilla de plata, velada por un globo de tela engomada y pintada, esparcia una ténue claridad sobre los anchos tapices que adornaban las paredes, y cuyas mal delineadas figuras parecia que gesticulaban de un modo grotesco, al reflejar el indeciso resplandor de la lámpara. Las colgaduras de la cama, caian inmóviles por ambos lados de ella, dejando ver el rostro escuálido del rey medio escondido en las sábanas, y el perfil de su cuerpo acurrucado para concentrar el calor. No dormian sobre el lecho ni á sus lados, como en otras ocasiones, los perros favoritos de S. M., pues habian sido dejados para que no le turbáran el sueño, y solo en una pieza inmediata reposaban tres ó cuatro hombres de confianza, que debian acudir á la menor señal.

Era ya mas de media noche: un ligero rumor sonó detrás de la cabecera del rey, al mismo tiempo que se agitaba el tapiz que cubria el muro por aquella parte. D. Enrique nada sintió. De pronto, y como si fuese una figura desprendida del tapiz mis-

mo, apareció la forma de una muger, vestida á la usanza mora, y con tal arte ataviada, que mas parecia una sombra fantástica y vaporosa que una realidad tangible.

Esta ideal aparicion se inclinó sobre el lecho real, examinó atentamente el monarca dormido, y deslizándose hácia la puerta de la estancia inmediata donde estaban los vigilantes nocturnos, la cerró por dentro: volvió en seguida junto al lecho, tomó el martillo de plata con que podia el rey llamar, dando en un timbre que á su lado tenia, y lo puso en un rincon. Hecho esto se colocó de nuevo detras de la cabecera, y empezó á pasar repetidas veces un cendal por el rostro de D. Enrique, para despertarle suavemente.

A poco el rey comenzó á moverse, y abrió los ojos abotagados. La aparicion estendió la mano sobre él, y murmuró con ténue y solemne acento estas palabras:

«Sella tus labios y deten tus manos, rey de Castilla, si no quieres morir de repente.»

D. Enrique se estremeció lleno de terror: aunque hubiese querido no habria tenido fuerzas en aquel momento para pedir socorro: únicamente agitó sus párpados, y miró fijamente á la estraña vision. Esta, segura de su dominio moral, continuó:

«Tus dias están contados, rey Enrique! Vuelve los ojos á la eternidad que te aguarda, y piensa en reparar tus injusticias.

—Quien eres?..... Qué quieres? barbotó el rey.

—Yo soy Azhuma, hija de Agar la profetisa, la que murió en Córdoba, víctima de tu iniquidad.»

El nombre de Azhuma hizo temblar al débil monarca, que la creia muerta, segun le habia dicho el maestre.

«No vengo á castigar tus delitos, continuó la mora; vengo á recordarte tus deberes en nombre de Dios, y á salvarte.

—Oh! Déjame, déjame, horrible vision! murmuró el rey con voz desfallecida.

—No te dejaré, hasta que, á tu pesar, hayas oido la verdad. Soy el eco de tu conciencia, que no te abandonará hasta el últi-

mo instante de tu vida. Rey Enrique; los campos de Castilla están rojos de la sangre que han derramado tus perjurios y tu criminal flaqueza: las sombras de las víctimas se alzan por todas partes para acusarte y maldecirte.»

D. Enrique miró alrededor y le pareció que las grotescas figuras de los tapices se desplomaban sobre él con intencion de ahogarle. Sobrecojido de espanto, se tapó la cabeza.

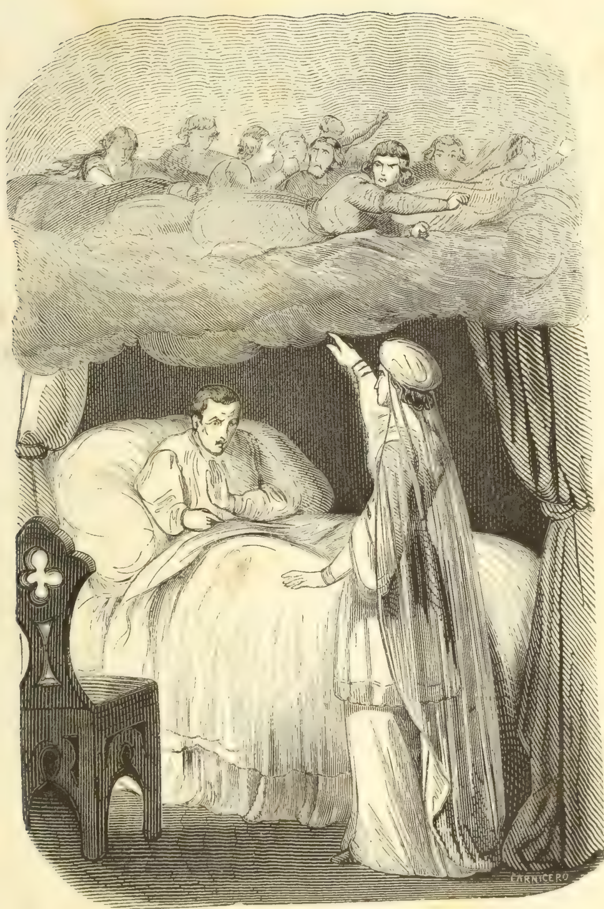
«¡Te escondes cobardemente, prosiguió Jarifa, cuando solo el valor y la justicia pueden salvarte! Oye rey de Castilla: tus perjurios y tus delitos son obra del traidor que te acompaña constantemente, del que ahora mismo proyecta nuevos planes de discordia y esterminio, del que esclaviza tu corona para arrancártela de las sienes. Tu culpa consiste en dar oidos á sus palabras, que halagan á tu necio orgullo: le crees, porque no quieres que te llamen impotente, cuando lo eres para el bien, de cuerpo y de alma.

—Déjame, déjame!

—Tu demonio familiar ha emponzoñado tu espíritu, infundiéndote una sospecha indigna, para recobrar su valimiento, y atizar la tea de la discordia. Y tú, rey apocado, escuchas la calumnia que te pierde, y temes á la virtud que ha de salvarte. No puedes oir el nombre de Isabel, sin verte rodeado de asesinos, y miras con placer al maestre y á su hijo que preparan tu ruina y la del reino.

—Mientes! Mientes! balbuceó el rey sacando la cabeza. Pero no pudo arrostrar la mirada magnética de la jóven, y se tapó el rostro con las descarnadas manos.

«Mísero esclavo cubierto con la púrpura real! Cuando caigas envuelto en los escombros de tu trono, cuando te ahogue la serpiente que abrigas en el seno, entonces no me dirás que miento. Pero no: está escrito en los altos decretos del Eterno que el traidor no se gozará en los frutos de su traicion. Sobre las ruinas de tu sólio carcomido, se alzará magnífica y sublime la figura de Isabel, que ahora se eleva como una columna de salvacion en el desierto de tus reinos.»



Las sombras de las víctimas se alzan para acusarte y maldecirte.

—Oh! Qué angustia! No hay salvacion para mí? exclamó el rey poseido de espanto.

—Si, hay salvacion para tu nombre; pero eres impotente para el bien, y no harás lo que debes.

—Qué debo hacer?

—Lo que tu padre hizo con D. Alvaro de Luna, eso debes hacer con D. Juan y D. Diego Pacheco.

—No, no: son leales..... son buenos..... Mientes, horrible vision!

Jarifa no pudo contener una carcajada sarcástica, mas ruidosa de lo que ella hubiera querido. Los palaciegos, que velaban cerca de la cámara real, la oyeron, y se acercaron á la puerta.

—Siempre serás un vil esclavo, y solo mereces que yo te abandone á tu miserable suerte.

—No hay quien me quite de aqui este demonio? gritó el rey fuera de si.

—Llama quien te socorra: yo me burlo de tu poder y del de tu amo D. Juan.

—A mí! A mí! Socorro! gritó D. Enrique.

Oyóse ruido fuera, como si se tratase de violentar la puerta. Jarifa se echó al suelo y desapareció detrás del tapiz. En aquel momento entraban con luces los camareros del rey, el cual, respirando con agitacion y apoyándose en un codo, les señaló el sitio donde habia estado la terrible aparicion.

—Qué os pasa, señor? qué ha sido? preguntaron á una voz los camareros.

—Alli!... Alli!... barbotó el rey sin poder hablar mas.

Los camareros corrieron á levantar el tapiz, recelozos de que hubiese detrás alguna persona, pero no encontraron el menor indicio de ningun ser viviente, y volvieron á socorrer al rey, que se habia desmayado.

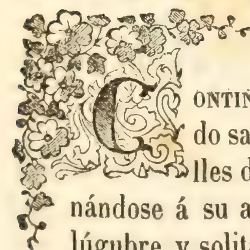




CAPÍTULO XVII.



De como se cobraban antiguamente las contribuciones indirectas.



CONTINUAREMOS con D. Juan Pacheco, que habiendo salido del palacio real, marchaba por las calles desiertas y silenciosas de Segovia, encaminándose á su antigua morada. Presentaba esta un aspecto lúgubre y solitario: ni una luz, ni un sonido anunciaba la presencia de una persona dentro de aquellos denegridos muros. Sin embargo, á una señal del maestre, se abrió la puerta y tres hombres de áspero continente aparecieron á su vista humildes y sumisos.

El maestre se hizo preceder de uno de ellos, y encargando á los otros quedasen á la puerta para abrir á quien se presentase, pasó á su gabinete reservado, en cuya chimenea ardia una buena lumbre, como cuando él lo habitaba. Se quitó de los hombros la capa que echó sobre una silla, y dijo al criado, que aguardaba sus órdenes en pié á una respetuosa distancia:

—Ven acá Poca-risa: ¿conoces bien los subterráneos de la torre de los Encantos?

—No hay un palmo de terreno en este edificio que yo no conozca.

Don Juan Pacheco metió la mano en su escarcela, y sacando de ella un bolsillo con dinero, lo dejó caer al suelo.

—Recoge esa bolsa, dijo:

El obediente servidor levantó el bolsillo y lo presentó á su amo.

—¿Cuándo me has visto recobrar lo que se me cae? le interrogó éste sonriéndose.

—Gracias, señor, contestó el ejecutor de las altas justicias, guardándose el dinero. ¿Qué debo hacer?

—En otros tiempos habria confiado la comision que voy á darte á Piel del Diablo en union contigo. Aquel perro traidor, que Dios confunda, tenia de astucia lo que á tí te sobra de rudeza. Pero, en fin, ya que estás solo, confio en que sabrás darte maña.

—Si se trata de engañar, no valgo un ardite para el caso, y aqui teneis, señor, vuestro dinero.

—Quita allá! repuso el maestre con tono airado.

—Si es cosa de atar ó colgar, mejor lo haria Fernandito Alturas. Ahora, si hay que cortar.....

—Se trata simplemente de ejecutar mis órdenes: habrá que atar, colgar, y tal vez cortar. No tengo inconveniente en que te ayude Fernandito.

—Señor, yo solo debo obedecer.

—Pues bien: aqui entrará esta noche un judío: mientras hable conmigo, tú y tu compañero aguardaréis ahi fuera, junto á la puerta. Yo saldré á despedirle, y si le digo: «Buenas noches, Abraham,» le dejais ir; pero si digo: «Dios te ampare,» os apoderais de él.

—Y despues?...

—Despues le llevais al quinto suelo de la torre, le atais bien los piés con una cuerda larga, y le descolgais un poquito no mas por la rampa que dá al precipicio sin fondo: cada vez que grite y se lamente, le preguntaréis: ¿Escribirás? Y si se nie-

ga, le descolgais otro poco, y asi sucesivamente, hasta que pida escribir.

—Y cuándo habrá que cortar?

—Es menester que escriba en lo que resta de noche. Si amanece y no ha escrito, le amenazarás tres veces con cortar la cuerda, y á la tercera me avisas. ¿Quedas bien enterado de todo?

—Estoy al corriente.

—Vé, pues, á ocupar tu puesto, y no olvides mis instrucciones.

Poca-risa se retiró á ponerse de acuerdo con su compañero de *altas obras*, y á disponer los instrumentos del suplicio, mientras el maestre se paseaba impaciente á lo largo de la habitacion.

De pronto sonaron los cerrojos de la puerta principal: el astuto magnate concentró toda su atencion, y sonriéndose en seguida, tomó asiento junto á la chimenea.

Manoférrea entró á poco.

—Le traes? le preguntó su dueño.

—Pues no? contestó el aventurero: ahi fuera queda con mas miedo que vergüenza.

—Dame el pergamino, y manda entrar al hebreo.

Souza puso el resguardo sobre la mesa y salió. Poco despues entró el anciano Abraham desnudado y temblando.

—Acércate, judío, le dijo el maestre con voz melíflua: ven y siéntate junto al fuego, pues vienes tiritando.

Abraham dió algunos pasos, y se detuvo sin atreverse á tomar asiento.

—Mira este documento, continuó el maestre señalando el pergamino con el dedo. ¿Lo reconoces?

—Si, señor, y estoy pronto á devolveros su valor.

—Gracias! Ese pagaré no es ya mio. Pertenece al rey, merced á cierta delacion, que no ignoras, con mas mil ducados que he tenido precision de ofrecerle para calmar su cólera.

—Señor, yo no he revelado al rey nada de nuestro contrato: lo juro por la salud de mi hija.

—No? Pues quién ha sido?

—Me es imposible decirlo.

—Está bien: eso me importa poco. Lo esencial es que yo pierdo tres millones de maravedís, y además mil ducados, que el rey necesita para armar una guardia que vele por su persona. ¿No te parece justo que dividamos la pérdida entre los dos?

—Señor, disponed de mis bienes y de mi vida, repuso el hebreo, temblando de piés á cabeza; pero estoy tan pobre, que no podré reunir tan enorme suma.

—Mil ducados son para tí lo mismo que para mí diez *coronas*. No quiero que pagues mas que mil ducados en oro. Los tres millones los pierdo yo.

—Mil ducados! Señor, ¿y dónde busco yo mil ducados?

—Vah! En cualquier parte. Apostaria á que llevas el doble cosido en el forro de tu hopalanda.

—Desdichado de mí! ¿Qué he de llevar? balbuceó Abraham apretando contra el cuerpo su raido trage. Os juro, señor, que no poseo esa cantidad, ni podria reunirla aunque estuviese trabajando un año seguido.

—Te advierto, Abraham, que no estoy de humor de oir lamentaciones. Necesito que pagues los mil ducados que he prometido al rey para mañana mismo, y agradece que no castigo severamente tus traiciones.

—Mis traiciones!... Yo no he sido traidor jamás: yo he cumplido siempre con mi deber.

—Tanto mejor: si eres leal, no podrás menos de contribuir con tus haberes á la seguridad personal del rey.

—Pero, señor; yo no tengo ese dinero: aunque lo tuviese, no puedo juntarlo en tan poco tiempo.

—Si no tienes dinero, tendrás crédito: escribe una carta para cualquiera de tus amigos, y no dudes que harán honor á tu firma.

—Es imposible, señor; es imposible!

—Imposible! No comprendo eso: tan distante estaba yo de creerlo así, como que, usando de generosidad, habia firmado ya el recibo. Hélo aqui

Abraham miró con anhelo el recibo que le mostraba D. Juan, y se alegró por un momento; pero reflecsionando en el acto, repuso:

—No: yo no cobraré jamás ese dinero.... No puedo darlo.... Estoy arruinado.

—Piénsalo bien, judío; porque si no escribes la carta órden que te he pedido, podrá suceder que no veas mas la luz del dia.

—Oh! señor! Por piedad! exclamó el mísero anciano arrodillándose y tocando al suelo con su blanca barba: no tengo á quien pedir tanto dinero. Compadeceos de mi pobre hija, que no tiene otro amparo en el mundo mas que yo.

—Nunca hubiera creido que llegase á tal estremo tu avaricia. ¿Con qué no quieres partir conmigo las pérdidas?

—No puedo, señor, no puedo!

—Ea, pues! Vete, y Dios te ampare!

—Oh! Señor! exclamó el hebreo levantándose transportado de gozo. Me perdonais!

—Sal, te digo, repuso el maestre alzando la voz, y Dios te ampare!

Abraham se dirigió á la puerta, deshaciéndose en acciones de gracias, que el maestre escuchaba sonriéndose malignamente; pero al pisar el umbral, retrocedió sobrecogido de nuevo terror: acababa de ver á los verdugos del maestre, que le aguardaban.

—Tened misericordia de este pobre anciano! exclamó. No os goceis en su desgracia.

—Quiéres escribir?

—Que he de escribir, señor, si no podré pagar...

—No me canso mas; vete y Dios te ampare.

Dicho esto, el maestre volvió la espalda al judío, y se retiró por una puerta interior.

Los dos verdugos se arrojaron sobre Abraham, que desesperado volvia á todas partes los ojos y las manos.

—Vamos, padre Abraham, le dijo Fernandito Alturas; estaos

quieto y dejaos atar: no deis lugar á que mi compañero Poca-risa os inutilice para el baile en la cuerda tirante.

—Dejadme! Dejadme, por compasion! ¿Qué vais á hacer conmigo?

—No es cosa mayor, repuso Fernandito, apretando brutalmente la cuerda con que ataba los brazos al hebreo.

—Ay! Ay! gritó éste: Santo Dios de Abraham! Qué quieren de mí estos asesinos?

—Asesinos dices! prorumpió Poca-risa, vibrando su puñal.

—Perdon! Perdon! exclamó el mísero anciano. Soltadme, y os daré lo que me pidais. Es decir, repuso en seguida como arrepentido: yo soy muy pobre; seré generoso con vosotros.

Fernandito contestó con una carcajada, y Poca-risa dió un empellon al judío, echándole fuera del aposento.

Abraham guardó silencio y se dejó conducir, esperando ver la clase de suplicio á que pensaban someterle, para calcular sus fuerzas y si podia escapar con la vida, y sin pagar lo que se le exigia. La esperiencia le habia enseñado que, en semejantes casos se abultaban los peligros con amenazas, para lograr el objeto principal, y confiaba en verse libre, si tenia valor para resistir algunas pruebas, que demostrasen á sus verdugos la inutilidad de atormentarle.

Pero sus fuerzas flaqueaban á medida que se le hacia bajar escaleras hácia los profundos subterráneos de la misteriosa Torre de los Encantos: al llegar al quinto suelo, Poca-risa le mostró el lóbrego precipicio abierto junto á la rampa, y una larga cuerda enrrollada en un torno, y le mandó tenderse.

—Dios mio! Dios mio! balbuceó el desdichado viejo. ¿Qué debo hacer? Qué vá á ser de mi pobre hija?

—Quiéres escribir? le preguntó Poca-risa.

—Oh! No me atormenteis!... No puedo hacerlo!

—Pues tiéndete.

Abraham obedeció, abrigando un resto de esperanza: sin embargo, sus dientes chocaban unos con otros.

Fernandito le echó á los piés un nudo escurridizo, y entre los

dos le levantaron en alto para arrojarle por el precipicio.

—Santo Dios de Israel! esclamó el desventurado. ¡Qué mal he hecho, para que asi me maltraten!

—Escribirás?

—Yo escribiria; pero ¿cómo he de hacerlo?

—A una! dijo Poca-risa.

—A una! repitió Fernandito.

Y balanceando al hebreo por tres veces, lo soltaron de pronto lanzándolo en el abismo.

El infeliz dió un agudo grito, arrancado por el dolor violento que le causaba la tension repentina de todos sus miembros, y los golpes que recibió al caer: sintió bajarle la sangre á la cabeza, y comenzó á retorcerse, luchando con su agonia, como si le agitasen horribles convulsiones.

—Ay! Me muero! me muero! exclamó.

Fernandito tomó la lámpara que habia llevado para alumbrarse, y asomándose al abismo soltó una insolente carcajada. Pero su compañero le apartó de alli bruscamente, y asomándose á su vez, dijo al judío.

—Escribirás?

—Oh! Matadme de una vez... yo no tengo dinero. Mi hija! mi pobre hija.

—Dale al torno, dijo Poca-risa á Fernandito.

La cuerda bajó: Abraham sintió desfallecer su valor: en las profundidades del abismo, cuyo fondo no podia descubrir, sonaban rumores siniestros, que eran acompañados de bocanadas de un vaho caliente y pestífero insoportable.

—Soltadme! soltadme, por piedad! esclamó Abraham con voz doliente, que repetian mil ecos en tono zumbon. Diríase que los espíritus infernales se burlaban de su martirio.

—Escribirás ó prefieres que te corte la cuerda? le preguntó Poca-risa.

La idea de caer despeñado en aquella profundísima caverna, y el temor de no poder ablandar el corazon de sus verdugos, acabaron con los alientos del infeliz anciano, que gritó con espanto:

—No cortes! No cortes! Yo escribiré!

El torno comenzó á girar en sentido inverso, y á poco aparecieron á la altura de la rampa los piés del hebreo, el cual gritó de nuevo:

—No tireis, no tireis asi, que me destrozais!

Con efecto, el cuerpo de Abraham, rozándose con las asperezas del muro, y sus piernas chocando con el ángulo superior, debian sufrir un bárbaro tormento, si no se procuraba levantarle en peso. Poca-risa, no obstante la rudeza de su carácter y la insensibilidad propia de su oficio, tuvo lástima del anciano, y le echó una punta de cuerda, para que se agarrase á ella. Por este medio, tirándo del otro estremo desde lugar seguro, consiguió poner en salvo al judío, que apoyaba al mismo tiempo los piés en el borde del abismo, y que al verse libre de su espantoso suplicio, cayó al suelo casi privado de sentido.

—A ver si te mueves ahora, y no me cumples tu palabra, le dijo el grave ejecutor, sacudiéndole con aspereza. Vamos, á escribir lo que te han mandado.

—No hay que precipitarse, dijo á la sazon un cuarto personage que habia llegado al lugar de la escena, sin ser notado de los otros: el buen Abraham cumplirá lo que ha prometido, ó tendria que habérselas conmigo, que me llamo Manoférrea. Vamos D. Abraham: aqui os traigo papel y tintero: escribidme esa carta, y no provoqueis mas el enojo del señor maestre.

—Dadme, y la escribiré, repuso el hebreo: no puedo moverme......

Manofórrea le presentó el papel y una pluma, Fernandito acercó la luz, y Abraham, sentado en el suelo, escribió una órden de pago de mil ducados, sollozando y diciendo á media voz:

—Hija mia, consuelo mio!.... Tanto como he trabajado por verte opulenta y feliz,..... para que ahora me despojen..... Lia de mi corazon!.... Mil ducados!..... Qué desdichado soy!....

—Habeis concluido? preguntó Souza.

—Ya concluyo.... ya concluyo. Mil ducados! Los ahorros de un año!..... Qué iniquidad!

Abraham estaba tan fatigado de cuerpo y alma que no podia levantarse ni dar un paso sin ayuda agena.

—Tomad, dijo, entregando la carta: mi compañero Roboan de Arébalo os dará el dinero. Pero no os vayais dejándome aqui.

—No somos ningunos bandidos sin corazon, repuso Manoférrea. Levantaos y tomad mi brazo.

Los cuatro personages comenzaron á salir del subteráneo: Fernandito, llevando en una mano la lámpara, se apoyó en el brazo de Poca-risa y remedaba con ridículos gestos los ademanes lánguidos y abatidos del judío, que marchaba delante sostenido por Manoférrea.

D. Juan Pacheco aguardaba, no sin alguna inquietud, el resultado de su violenta determinacion: era ya de dia, cuando entró en su aposento el aventurero Souza llevando en la mano, como un trofeo, la carta del judío. El maestre la tomó, y habiéndola examinado detenidamente, dijo.

—Está bien: llévatela y dála al enviado de Pedro Mendaña, para que la cobre hoy mismo. Dále tambien esta otra carta, (y le entregó la que habia escrito para el alcaide de Castronuño), y disponte á partir inmediatamente. Con una órden que te facilitaré, tendrás en todas partes los auxilios que necesites para reclutar la gente que ya sabes. A ver si estarás en Medina del Campo dentro de quince dias.

—Estaré, Dios mediante. Y que debo hacer allí?

—Buscarás á Mendaña, y te darás á conocer á él con nombre supuesto: llevarás morrion de celada y armas negras, sin empresa ni divisa de ningun género: toda tu gente ha de ir armada á la ligera y sin el distintivo real. Ayudarás al bandido á tomar el castillo, procurando que no se escape su alcaide Fonseca, y cuando esté todo hecho y puesto tu señor en libertad, te vendrás á Segovia con tu hueste. A la vuelta, en el camino, impondrás pena de la vida al que hable una palabra de esta espedicion, y... aun puedes colgar á un par de hombres, para escarmiento de los demás.

—Quedo enterado, y se hará todo como mandais.

El maestre se puso su capa y su sombrero y salió del aposento: en el vestíbulo de la casa encontró al judío Abraham sentado en un banco entre los dos verdugos. Al verle hizo un movimiento de asombro, y exclamó:

—Qué espera aqui este judío?

—Espera vuestras órdenes, señor, contestó Poca-risa.

—Yo no tengo órdenes que darle. Abrid la puerta y que se vaya: será capaz de decir luego que yo le he tiranizado.

—Nunca he abierto mis lábios para calumniar á los hombres, dijo Abraham con dignidad; y aunque judío, sé perdonar á los que me ofenden.

—Eh? Qué quiere decir eso? Guardaos, D. Abraham de balar cuando el lobo está despierto.

Diciendo esto, D. Juan Pacheco, se volvió á media docena de servidores que, á guisa de guardia pretoriana le acompañaban á todas partes, y les hizo una seña para que le precediesen.

—A casa del rey! dijo: y salió sin cuidarse mas del judío, el cual marchó en pos de él, encorvado bajo el peso de sus años y sus aflicciones. La puerta del antiguo casaron se cerró con estrépito.

Desde que el rey volvió en su acuerdo, despues de la terrible vision que conturbó su ánimo, habia preguntado por el maestre una docena de veces: pero, aunque toda la servidumbre real y cuantos moraban en palacio, se habian puesto en movimiento, nadie supo dar razon del paradero del favorito. Este se presentó en medio de aquella muchedumbre agitada, y escuchó atónito el relato de lo sucedido. Pero luego, encogiéndose de hombros, murmuró:

—Vah! chocheces del rey!

Sin embargo, pasó sin detenerse á la alcoba real, donde encontró á D. Enrique presa de una especie de delirio. Mandó despejar á las personas que alli habia, y se quedó solo con el rey; el cual, mirándole con ojos desencajados, le preguntó:

—¿No me dijiste que esa mujer habia muerto?

—Qué mujer, señor?

—Ah! No lo sabes? Dónde estabas que no la has visto? Te he llamado cien veces y no has querido responderme..... Oh! Diria verdad la vision? Será cierto que conspiras á mi ruina y la del reino?

El rey hablaba con una volubilidad tan impropia en él, que bien á las claras se conocia que era víctima de la fiebre ó de una estraña fascinacion.

—Calmaos, señor, repuso D. Juan Pacheco: calmaos, y decidme que mujer es esa, que os ha contado tales desvaríos.

—No son desvaríos, no, Pacheco: si tú lo hubieses oido, temblarias, como yo: es un espíritu infernal que aterra con su mirada de fuego: es una serpiente que se enrosca á la conciencia y punza el corazon... Y tú me dijiste que habia muerto desesperada! Sin duda alguna es un alma precita, que me envia Satanás, para darme tormento.

—Vamos: voy comprendiendo lo que ha sido. Habeis soñado.

—Crees tú que sea sueño?... No, no era sueño: yo tenia los ojos abiertos, y la ví aqui, junto á mi cabecera, como envuelta en una nube de humo. La oí hablar distintamente: me dijo su nombre y el de su madre.

—Y cómo se llamaba?

—No lo has adivinado? Azhuma: la mora que acompañó á mi hermana en Ocaña.

—Azhuma! Es imposible! Por dónde entró?

—Ah!... Por donde entró! ¿Necesitan, acaso, puertas los espíritus? Yo no la ví entrar: á mis gritos acudió gente y nadie la vió salir; pero habia desaparecido.

—Todo eso ha sido una pesadilla. Calmaos, y no penseis mas en ello.

—Qué no piense!... qué no piense! ¿Puedo acaso desechar la idea de esa diabólica vision? ¡Ay, D. Juan! Es menester que pensemos en arrepentirnos: hemos sido muy malos. La codicia nos ha hecho cometer muchos pecados. Si hubieses oido á la vision!... Pero tú, dónde estabas?

—Estaba, señor, muy divertido, aunque ocupado en vuestro servicio. Tiempo hace que no he reido con tantas ganas como esta noche. Figuraos que, necesitando dinero para reclutar la guardia que me habeis pedido, hice ir á mi casa al judío Abraham, para obligarle á que me lo diese: pero el viejo avaro se obstinó en negármelo, so pretesto de que no lo tenia. Entonces me propuse intimidarle, y no podeis concebir qué de lamentaciones, qué de gestos medrosos y ridículos hacía el perillan por no soltar los cordones de la bolsa.

—Y dió el dinero al fin?

—Yo lo creo: despues que le tuve colgado de los piés media hora, y en manos de mis ejecutores de justicia, consintió en dar alguna cosa

—Oh! Oh! seria de ver el viejo Abraham colgado de los piés! Pareceria un cerdo en dia de matanza. Jah! jah! jah!

—Mejor diriais un zorro cogido en trampa, repuso el maestre, animándose al ver que conseguia distraer al rey á costa de don Abraham. Os aseguro que mas de una vez me acordé de vos, y habria dado un dedo de la mano porque presenciáseis tan graciosa escena.

—Pero, hombre, eso es no tener pizca de caridad.

—Caridad con un judío! Vah! Caridad, cuando solo he podido arrancarle mil ducados!

—Mil ducados! Qué fortuna! Mejor noche has pasado que yo. Dios mio! No se me vá de la memoria esa vision.-«Tus dias están contados, me dijo: las víctimas de tu indolencia se alzan ensangrentadas para acusarte... Míralas! Míralas! Y D. Juan Pacheco se burla de tí, conspirando contra tu corona. Pero no prevalecerán sus artes traidoras! Sobre los escombros de tu trono carcomido, se alzará pujante Isabel, como una columna salvadora en el desierto de tus reinos!» ¿Lo has oido, D. Juan? Y me llamó impotente!.... y esclavo miserable! Comprendes? Impotente!

—Fantasmas de la noche que disipa la luz del sol. Si os dejais dominar por ellas, nada será mas cierto que el triunfo de

Isabel y vuestra vergüenza. Impotente os llamarán vuestros vasallos, y con ese dictado infamante os señalarán las crónicas. Pero si os armais de valor, si venceis con energía á vuestros enemigos, sereis el rey pudiente de los primeros dias de vuestro reinado.

—Valor! energía! Tienes razon: es menester que despliegues toda tu energía, D. Juan. Es menester que me salves del abismo en que me precipita mi desgracia. ¿Sabes algo de conspiraciones y de revueltas?

—Tengo entendido que en Medina del Campo quieren alzarse por doña Isabel. Si yo fuese dueño de Segovia, pronto derrocaria de su pedestal á ese ídolo que venera el pueblo nécio.

—A ella la veneran, y á mí... á mí me desprecian! murmuró el rey con un marcado acento de envidia. Oye, D. Juan, yo te daré á Segovia: no tengo mas deseos que apoderarme de Isabel y quitar de tesorero á Cabrera. Es un insolente, un tacaño que solo me dá consejos, cuando lo que necesito es dinero; y un traidor que me ha envenenado y afligido mi existencia. Antes no tenia yo estas horribles pesadillas, que me llevarán al sepulcro... no lo dudes; me matarán.

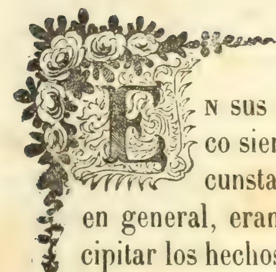
Don Juan Pacheco quedó gravemente preocupado despues de esta conversacion. Conocia que el rey estaba herido de muerte, y que era preciso aprovechar los últimos dias de su vida en adquirir bienes sin cuento y fortalecer su poderío. Recelaba, por otra parte, que aquella vision de que hablaba D. Enrique no era una fantasma del sueño, sino una realidad. Carecia de pruebas auténticas acerca de la muerte de Jarifa, y las tenia del ódio de Abiabar: la mora habia podido introducirse en la alcoba del rey por la mediacion de Abacuc. Esta sospecha le indujo á buscar al astrólogo, pero no lo encontró; lo cual le demostró la necesidad de vivir muy alerta, para no ser víctima confiada de los que le habian jurado amistad.



CAPÍTULO XVIII.



De un mensagero que llegó á Segovia.



En sus maquinaciones y cábalas, D. Juan Pacheco siempre contaba con el tiempo y con las circunstancias imprevistas. Mas político de lo que, en general, eran sus contemporáneos, no gustaba de precipitar los hechos: cuando mas, los preparaba, y los tenia dispuestos para lanzarlos al frente de la ocasion.

Ni el tiempo, ni las circunstancias le parecian favorables á sus intentos, y los dejó pasar. Entre tanto trabajaba en rehabilitarse con muchos de sus antiguos amigos, ofreciendo proteccion á unos, á otros valimiento, á otros riquezas: honores no ofrecia á nadie, porque el honor y el noble orgullo eran en aquella época monedas gastadas.

De este modo se formó en la corte una pandilla de parásitos, ya de mucho tiempo atrás acostumbrados á m drar á su sombra y

á costa del pais. No contento con esto, comenzó á mostrar tendencias conciliadoras; entró en negociaciones reservadas con el cardenal Mendoza, con el duque de Alba, con Andrés de Cabrera y otras personas mas ó menos conocidamente adictas á doña Isabel, y aun facilitó las relaciones de ésta con su hermano, hasta el punto de atraerla á frecuentes entrevistas con él. Asi, mientras por un lado se hacía de instrumentos ciegos, que le ayudáran en un momento dado, inspiraba una falsa confianza á los príncipes y al alcaide de Segovia, para prenderles y apoderarse del alcázar.

Habia ya transcurrido el tiempo necesario para que Manoférrea, con grueso golpe de gente, se reuniese al famoso bandido que se conocia con el nombre de alcaide de Castronuño. Corrian voces vagas de levantamientos de índole diversa en varias poblaciones importantes del reino: en unas eran los *cristianos lindos* (*) los que se alzaban contra los judíos conversos, para reprimir el desmedido orgullo y la codicia tiránica de estos; en otras eran los menestrales y gente del pueblo contra la opresion de los señores; en otras, la miseria pública y la peste, compañeras inseparables, armaban á la desesperacion contra los arrendadores de las rentas reales; en otras, por último, se aclamaba desembozadamente la abdicacion del rey Enrique, y el establecimiento de un gobierno justo y paternal.

D. Juan Pacheco esplotaba todos estos rumores, hablando al oido del rey, á quien persuadia que los diversos movimientos preparados ó próximos á estallar, eran obra de los príncipes, los cuales se proponian por estos medios crearle dificultades y obligarle á someterse á sus exigencias.

Acercábase, pues, para el maestre el momento de obrar.

Con este propósito, una noche, mientras el rey cenaba, llegó muy empolvado y cubierto de bruñido arnés, como si volviese de alguna espedicion importante. Al ruido de sus espuelas, volvió la cabeza D. Enrique y le preguntó:

—De dónde venis, D. Juan? Sucede algo?

(*) Asi llamaban á los cristianos antiguos, que se preciaban de puros, sin mezcla de otra raza.

—Sucede....., contestó el maestre afectando agitacion; sucede lo que tantas veces os he anunciado. Medio reino está en guerra con el otro medio, y esto no acabará hasta que las dos mitades se destruyan.

—Pero...... qué hay? repuso el rey dejando en su plato una presa que iba á llevar á la boca.

—Toledo está ardiendo..... materialmente ardiendo: el conde de Cifuentes se ha puesto á la cabeza de los conversos, y ha espulsado de la ciudad á nuestro amigo el de Fuensalida. Si yo tuviese algun poder sobre Toledo nada de esto sucederia.

—Bien, pues vete á Toledo y restablece las cosas al mejor estado.

—No: yo no puedo ir á Toledo. ¿Sabeis acaso, si está segura vuestra persona? Dadme el gobierno de aquella ciudad, y yo enviaré allá un hombre de mi confianza.

—Concedido. ¿Qué mas hay?

—Medina del Campo está levantada contra vos y contra mí: ha llamado en su apoyo al formidable alcaide de Castronuño, el cual ha prometido destruir el castillo de la Mota.

—Pero alli está D. Pedro de Fonseca y sabrá mantenerse firme.

—Fiaos de Fonseca. Sabed, señor que ha cautivado á mi hijo, y le tiene preso en el castillo. Sin duda está comprometido en la conjuracion; y lo que yo preveo es que juega por dos lados la cabeza; porque los medineses quieren aclamar á vuestra hermana luego que hayan ganado el castillo, y Fonseca cree que luchan contra mí y en favor de la reina.

—Diablo de enredos! ¿Por qué no se ha estado tu hijo en Madrid, como debia? Y qué has hecho?

—He dado órden á uno de mis servidores para que entre en la combinacion de los de Medina, y á su tiempo se enseñoree del castillo.

—Y será eso posible? Y no tendremos en ese caso mayores riesgos? Los pueblos no te quieren, D. Juan: es menester que lo conozcas: los medineses no aceptarán tu dominacion.

—Dejad eso á mi cargo: yo les remacharé la cadena, y ellos se someterán mal de su grado.

El rey meneó la cabeza con descontento y repuso desalentado:

—¿Hay algo mas?

—El rey de Portugal quiere intervenir en nuestros negocios. Justamente alarmado por la permanencia de los príncipes rebeldes en Segovia, presume que estais bajo la influencia de alguna coacion moral desastrosa para su sobrina doña Juana, y trata de hacer un alarde en nuestras fronteras.

—No me gustaria eso.

—Menos debe gustaros el que algunos de los alcaides de las plazas fuertes fronterizas estén de acuerdo con vuestra hermana para organizar la resistencia al portugués. La entrada de éste nunca se efectuaria sin vuestro beneplácito, y en todo caso se reduciria á un paseo militar; pero si halla quien se le oponga, será la guerra civil combinada con la estrangera.

—Y quiénes son los traidores que se oponen sin mi mandato?

—No les llameis á todos traidores: ellos creen cumplir con su deber. El centro de la resistencia está en Trujillo, cuyo alcaide Gracian de Sesé obedece á las órdenes de Andrés de Cabrera.

—Pues bien, hay que quitar á ese Gracian. Pero, quien le reemplazará?

—Forzoso es que sea una persona de mi confianza, para que pueda inspirársela al portugués: de otro modo lo estoy viendo entrar talando el reino, pues no creerá sino que vos le oponeis la resistencia.

—Corriente: haz en eso lo que te parezca. Supongo que no habrá otra cosa?

—Suponeis mal: el rey de Granada ha entrado con un formidable ejército en Andalucía.

—Esto mas! Y como conjurar ese peligro?

—Tranquilizaos: mi yerno el marqués de Cádiz, que me ha

comunicado la noticia está ya en campaña, y pronto dará cuenta del mahometano.

—Mala cena me has dado, Pacheco, murmuró el rey, mirando con ojos lagrimosos los manjares intactos que habia sobre la mesa.

—Señor, lo siento en el alma: pero aun no he concluido.

—Acabarás de una vez?

—Lo que me resta deciros atañe á mis particulares intereses. La villa de Sepúlveda está, como sabeis, enclavada en medio de mis dominios, y es un foco perenne de perturbacion. Necesito que me hagais donacion de ella.

El rey se quedó profundamente pensativo, y al cabo de algunos momentos comenzó á contar con los dedos, diciendo:

—Toledo... Medina del Campo... Trujillo... Sepúlveda...

—Ya sé lo que quereis decir, interrumpió el maestre. Pues aun no estoy contento, si he de serviros como conviene. Segovia con su alcázar han de quedar mañana en mi poder.

—Y Madrid, continuó el rey, contando siempre con los dedos: y Escalona... y Ocaña... y ¿qué se yo? media Castilla. Don Juan, bien sabe Dios que *quisiera ser por ocho dias señor de todo el mundo.*

—Para qué?

—*Para ver si podia saciar tu codicia.*

—Hola! ¿os parece que os pido mucho? Pues bien: no quiero venderos caros mis servicios. Adios, señor!

El maestre dió algunos pasos hácia la puerta.

Eh! D. Juan, escucha, no te vayas! exclamó el rey levantándose trabajosamente.

—Qué no me vaya? Qué necesidad tengo yo, al cabo de mis años, de fatigarme y quitarme la vida por un rey ingrato?

—Espera, hombre, te digo. No tienes razon para llamarme ingrato. Válgame Dios, y que á pechos tomas las cosas! No ha de poder uno siquiera desahogarse con una chanza?

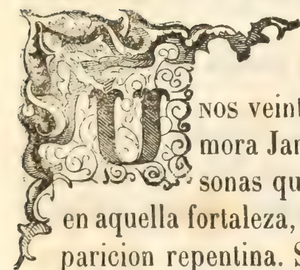
Don Juan Pacheco volvió junto al rey con el semblante risueño.



CAPÍTULO XIX.



Que trata de un alboroto y de otras cosas interesantes.



Unos veinte dias hacía que faltaba del alcázar la mora Jarifa: ignorábase su paradero, y las personas que habian protegido su oculta residencia en aquella fortaleza, formaban mil conjeturas sobre su desaparicion repentina. Sospechábase, sin embargo, que habria sido sorprendida la noche que osó penetrar en el dormitorio del rey, porque desde entonces faltaba; lo cual era un motivo para suponer que hubiese sido sacrificada á los intereses del maestre de Santiago. Pero esto no pasaba de mera suposicion.

Hablando estaban de este misterioso suceso la princesa doña Isabel, su amiga Beatriz de Bobadilla y el mayordomo Cabrera, cuando se le anunció á éste la llegada imprevista de Juan Lainez. La princesa exigió que su antiguo protegido fuese recibido en su presencia, y en muestra de aprecio le dió su mano á besar. Preguntóle amistosamente por su mujer y por Rodrigo, y supo además que el cielo les habia favorecido con dos renuevos de su amor.

—¿Y no habiendo enviudado, le dijo Andrés de Cabrera, de cuando acá os habeis hecho fraile?

—Desde hace diez horas, contestó el honrado tejedor. Pero esto atañe á una curiosa historia, que os interesa, y que os contaré, si me otorgais el permiso.

—Cuéntala, repuso la princesa.

—Estaba yo ayer á estas horas en Medina del Campo, á donde me habian traido asuntos de mi tráfico: paraba en la posada de *La clara de huevo,* nombre singular, que no entiendo á que se refiere; pero cuyo huésped es un idólatra partidario de vuestra alteza, lo mismo que su mujer la buena Leandra; y esto basta y sobra para que yo suela hospedarme en dicha posada, con preferencia á cualquier otra.

La princesa y Beatriz se miraron con muestras de inteligencia.

—El posadero se llama Bonifacio, ¿no es verdad? preguntó Beatriz.

—Ciertamente: un hombre muy tosco, pero que ha sabido enriquecerse admirablemente.

—De lo cual me alegro, dijo doña Isabel.

—No sé si he dicho que era ya de noche, continuó Juan Lainez: la posada de *La clara de huevo,* que con fundamento podria llamarse la taberna del buen vino, estaba llena de gente distinguida de la villa, y de aventureros del alcaide de Castronuño, que mútuamente se obsequiaban, con gran contento de maese Bonifacio y de su alegre consorte. Yo cenaba con mi Rodrigo en una pieza contigua á la gran sala de la posada, y, no diré con entera satisfaccion, pero sí con vivo interés, oia las mil conversaciones y disputas que, sobre un solo objeto, tenian las personas alli cerca congregadas. Tratábase de atacar al castillo de la Mota y apoderarse de su alcaide, alzando al mismo tiempo la tierra en nombre de los señores príncipes D. Fernando y doña Isabel.

—¡En nuestro nombre! exclamó la princesa. ¿Qué hay de comun entre nosotros y el bandido de Castronuño.

—¿Estais seguro de eso? añadió Andrés de Cabrera.

—Tan seguro, continuó Juan Lainez, como que, á estas horas, es probable se haya dado el asalto al castillo, segun el entusiasmo que reinaba en toda la villa. Decíase que se os tenia engañados en este alcázar para prenderos: que era necesario acabar de una vez con la tiranía de los que rodean al rey, obligándoles á reconocer por fuerza los derechos de la señora princesa: que el honor del reino y el bienestar de los pueblos exigian la abdicacion inmediata de S. A. y la aclamacion de nuevo rey y reina para que gobernasen con justicia, rodeados de consejeros probos, sábios y entendidos. Hablaban algunos de un manifiesto que se debia dar á la nacion, para que todos los hombres de valer, haberes y ciencia se uniesen, á fin de obtener seguras garantías en pro de las vidas y haciendas de todos, asaz mal paradas en estos revueltos tiempos: que se pidiese la organizacion de la santa Hermandad de los pueblos, para defenderse estos contra las arbitrariedades de los poderosos, y dar apoyo al trono; que se espulsase á los judíos, ó se les obligase á vestir trage distinto y á vivir separados de los cristianos. En una palabra, tratábase de reformar mil cosas que necesitan correccion, y como siempre acaece, cuando están agitados los ánimos y corre el vino en abundancia, cada cual proponia sus arbitrios, pretendiendo todos que su opinion particular prevaleciese.

—¿Y quién dirigia ese movimiento? ¿Qué personas de valía le prestan su apoyo? preguntó la princesa.

—Hay quién habla del conde de Osorno, quien del duque de Alba; pero allí no se cuenta, por el pronto, mas que con el ayuntamiento y varios pudientes y ricos hombres de la villa, y con el alcaide de Castronuño, á quien han ofrecido la Mota bajo ciertas condiciones. Lo cierto es que todo el pueblo está en armas, y que solo predomina la idea de apoderarse de la fortaleza y suprimir su jurisdiccion señorial.

—¿Qué os parece de eso, Andrés?

—No sé qué os diga, señora, contestó el tesorero: ignoro si el de Osorno tiene parte alguna en ese negocio, y desde luego afirmo que el de Alba no sabe nada de eso: lo que hay de cierto es que la tiranía señorial, asi como el tígre herido, que presintiendo su muerte, destroza cuanto se le pone delante, del mismo modo se entrega sin freno á todos los desmanes de su bastardo imperio; y tan condolidas están sus víctimas de tantos ataques y dentelladas que, careciendo de pastor y perros que las defienda, no titubean en aceptar el amparo de un bandido. Nuestros padres, señora, nunca trataron á sus vasallos como á siervos, sino como á compañeros de armas, como á soldados siempre dispuestos á pelear bajo su conducta por la fé y por la patria. Todavía en los principios del reinado actual, cuando vos estábais en la cuna, el rey aprestaba las huestes de sus nobles, y las manos de todo el pueblo castellano se estrechaban á impulsos de un sentimiento comun. Hoy no sucede así: el gefe que debiera guiarnos á todos, yace aletargado bajo la influencia de un encantador maléfico, y los señores representan entre tanto una farsa del poder feudal estranjero, que degrada al monarca, y cuesta á los pueblos lágrimas de sangre. ¿Qué mucho que estos se alcen indignados, á medida que adquieren la conciencia de sus derechos y de su fuerza?

—Es muy justo, repuso la princesa, y algun dia, si Dios me ayuda, esas clases, hoy abatidas, tendrán su puesto al lado del trono: serán, cual es debido, la sangre y el nervio del estado; y la nobleza, mas digna, mas elevada que ahora, no tiranizará á los que la mantienen. Pero no hablemos del porvenir: el objeto del levantamiento de Medina, podrá ser justo, mas no es acertado, ni yo puedo consentir que mis derechos, ni mis padecimientos les sirvan de pretesto: no puedo sufrir, sobre todo, que mi nombre vaya unido al de un salteador de oficio, como el alcaide de Castronuño, que es á la vez el terror de los nobles y plebeyos. Ese hombre, ligado á los de Medina, compromete mi honra y la fé que he jurado á mi hermano; y sin embargo, será

capaz mañana de exigirme recompensas por su servicio que repruebo; por un servicio que ignoro á quien se presta y con qué objeto. Mandad que llamen al duque de Alba.

El tesorero salió un momento á comunicar la órden de la princesa, y volvió á poco. Entre tanto Juan Lainez continuaba asi su relato:

—Vuestra desconfianza es muy prudente, señora; pues habeis de saber que dentro del castillo de la Mota se encuentra el marqués de Villena, y entre las filas de Pedro Mendaña figuran hombres que cobran sueldo del maestre de Santiago.

—Cómo lo sabes?

—Hallábame aun cenando, y mas atento á lo que pasaba entre los amotinados que á saborear los manjares, cuando sentí que me tocaban en el hombro. Volví la cabeza, y ví á la posadera que, haciéndome seña para que callase, me indicó que la siguiese. Hícelo al momento, interesado mas que nada por la espresion de misterio que veia en su semblante. Sin proferir una palabra, me condujo Leandra á un aposento interior, destinado á su particular morada, y mostrándome á una mujer que alli habia, me dijo:

—«Si sois tan afecto á la princesa doña Isabel, como pareceis, haced lo que os mande esa jóven, la cual merece la íntima confianza de S. A. Y sin mas, me dejó solo con ella.»

—Quién era esa jóven? preguntó la princesa.

—No me reveló su nombre: solo me previno que os la designase con el de la aventurera de Guadarrama.

—Jarifa! exclamaron á un tiempo doña Isabel, Beatriz, y su marido, que habia ya vuelto.

—La jóven me hizo algunas preguntas para asegurarse de mi adhesion á vuestra persona, y por ellas advertí que me conocia desde el tiempo de mi corta residencia en Segovia. Díjome luego si estaba dispuesto á emprender un viage á esta ciudad, salvando los peligros que pudieran presentárseme, á lo cual accedí de buena voluntad, puesto que de serviros se trataba.

«Pero antes de revelarme el objeto de su comision, me con-



Sentí que me tocaban en el hombro.

dujo á otro aposento, recomendándome mucho el silencio. En aquel aposento entraba la luz de una estancia contigua, separada de él por un débil tabique incompleto, que al techo no llegaba. Pronto llegó á mis oidos la voz de dos hombres que íntimamente conversaban al otro lado del tabique. Decia el uno que no sabia, ni le era dado penetrar las intenciones de su señor el maestre de Santiago, pero que á su interlocutor debia bastarle saber que le habia mandado los mil ducados y un refuerzo de cien lanzas, para tener entera confianza en su amistad.–El otro contestaba que nunca habia fiado en palabras, ni aun en hechos de los grandes señores, y menos fiaría en los del viejo raposo (asi le nombró) D. Juan Pacheco. Que si era cierto se hallaba D. Diego Pacheco en el castillo de la Mota, no podia ser en calidad de prisionero, puesto que el señor de la fortaleza debia de ser amigo del maestre: que en todo caso, no comprendia como éste daba auxilios para combatir al favorito de la reina doña Juana y ayudar de paso á una sublevacion en pro de vuestra señoría. Nada deben de importaros las miras de mi señor en ese punto, replicó el primero, con tal que logreis vuestro objeto, y estraño mucho que seais tan escrupuloso cuando se trata de adquirir un castillo y os dan fuerzas y dinero para conseguirlo: por mi parte, añadió, cumplo las órdenes de mi señor, sin discutirlas: si no os acomoda continuar con estas condiciones la empresa comenzada, sois libre para desistir: yo tambien lo soy para obrar en consecuencia.

«El segundo interlocutor, que no era otro que Pedro Mendaña, pareció entrar en arreglos, segun se inferia del tono de sus palabras, que por lo bajas no pude entender; y entonces la jóven, sacándome del aposento con las mismas precauciones, me dijo:–Ya habreis entendido que se conspira á un fin desconocido, bajo las inspiraciones de D. Juan Pacheco, y que se trata de invocar por ello el nombre de la señora princesa. Yo sé por otra parte que D. Diego Pacheco está de acuerdo con ese cabecilla que acaba de hablar, el cual es un fiel servidor suyo y de su padre. Se quiere simplemente comprometer á los señores re-

yes de Sicilia. Si amais á la princesa, volad á Segovia, y para que ningun obstáculo se oponga á vuestro paso, vestios este hábito de franciscano mendicante, (y me mostró el que traigo puesto.) Decid al señor alcaide que redoble su vigilancia, por si acaso los sucesos que se preparan en Medina tuviesen algun resultado desfavorable para los príncipes, mis señores. Tal es el objeto de mi venida, que gracias al disfraz, ha sido coronada de buen suceso.

—¿Acaso habeis encontrado obstáculos en el camino? preguntó el alcaide.

—A dos leguas próximamente de aqui, encontré un corto destacamento que me salió al camino, y me detuvo. No muy léjos en un bosque habia mayores fuerzas, entre las que me pareció distinguir algunos caballeros de Santiago. Se me hicieron preguntas acerca de mi procedencia; pero, afortunadamente, venia yo prevenido, y habia visto de léjos detener á unos viageros que me precedian; por lo tanto les dije, que regresaba á mi convento despues de haber andado de cuesta por los lugares comarcanos. Preguntáronme noticias de Medina, y les contesté que nada sabia: con esto me dejaron continuar mi viage. Despues he visto algunos grupos sospechosos. y he procurado evitar su encuentro.

A este punto llegaba Juan Lainez en sus interesantes revelaciones, cuando fué anunciado y en seguida se presentó el duque de Alba de Liste.

—Bien venido seais, duque, le dijo la princesa levantándose: tened á bien seguirme al cuarto del rey.

Don Fernando tenia en aquel momento una conferencia reservada con el cardenal Mendoza; pero al recibir el recado que mandó pasarle doña Isabel, se apresuró á recibirla, diciéndola:

—Venis muy á tiempo, Isabel, pues iba á salir en vuestra busca.

El suspicaz príncipe suspendió la revelacion que sin duda pensaba hacer á su esposa, al reparar en el duque, que marchaba detrás de ella.

—Vos aquí, el de Alba? dijo.

—Si, le he llamado yo para hacerle una pregunta, repuso la princesa, y he querido que oyéseis su respuesta.

—Preguntadme lo que gusteis.

—¿Deseo saber solamente qué noticias teneis de Medina del Campo?

—Ninguna, señora, contestó el duque.

—¿Nadie os ha hablado de un alzamiento en favor mio?

—Ignoro absolutamente de que se trata; pero si tal levantamiento se prepara, con la lealtad que os debo declaro desde ahora que lo repruebo.

La princesa tendió la mano al duque, y sin consentir que se la besase, le estrechó la suya, diciéndole:

—Duque, sois mi amigo: cuento con vos.

En seguida refirió cuanto habia dicho el tejedor de paños. Al oirlo D. Fernando, esclamó:

—Pues bien, no perdamos tiempo: salgamos de aqui esta mismo noche, y marchemos sobre Medina. Sabed que se trata de aprisionarnos mañana por rebeldes, y que todo está preparado para dar el golpe. ¿No es así, señor Cardenal?

Don Pedro de Mendoza reveló entonces todo el plan de don Juan Pacheco. Lo habia sabido por uno de sus servidores con quien se contaba para cooperar al fin propuesto.

Doña Isabel, adivinando por las últimas palabras de su marido que éste pretendia substraerse al lazo que se les tendia, y acogerse al campo de los sublevados para hacerse fuerte en medio de la rebelion, se apresuró á proponer su pensamiento, que era en verdad mas arrojado y magnánimo.

—Ha llegado el momento, dijo, de que yo cumpla mis palabras: he prometido permanecer aqui á la disposicion de mi hermano, y lo siento; pero no faltaré á mi promesa.

—¿Cómo? exclamó el príncipe.

—Si, permaneceré aquí, señor; pero aunque yo no pueda ir en persona á sofocar esa rebelion y á espulsar de Castilla al osado alcaide de Castronuño, á bien que vuestro acero vence-

dor sabrá hacer con ventaja lo que seria dudoso, confiado al débil brazo de una mujer. Sabeis que he prometido someter yo misma á los que se alcen contra el rey en mi nombre. Id vos solo que lo hareis mejor: el señor duque os acompañará, no lo dudo. Yo, entre tanto, sabré triunfar en Segovia del maestre de Santiago.

Don Fernando se mordió los lábios, corrido de que una mujer le aventajase en sagacidad, pundonor y valentía; pero la proposicion habia sido hecha con tanta delicadeza, que solo se atrevió á replicar:

—Sí, ese ha sido desde luego mi pensamiento. Pero temo que crean que huyo por cobardía y que os dejo abandonada en el momento del peligro.

—Sabeis que yo no lo creo, repuso doña Isabel; y además los hechos desmentirán á los malsines que os calumnien. Partid, señor, sin demora, y volved triunfante y amado de los medineses.

Inmediatamente se dispuso la partida, que se verificó aquella misma noche con el mayor sigilo. Don Fernando llevó consigo su valiente guardia aragonesa: el duque de Alba le acompañó con las escasas fuerzas que tenia para su resguardo personal; pero dió las órdenes oportunas para que se le reuniese de sus estados grueso golpe de gente, que con algunas lanzas mas de la casa de Mendoza, bastaba á componer un pequeño ejército. Juan Lainez salió delante en calidad de adalid (*), á la cabeza de algunos escusaños, á fin de reconocer el campo y evitar un encuentro con los enemigos emboscados.

Al amanecer del dia siguiente comenzaron á correr por Segovia mil rumores alarmantes: los vecinos de la ciudad se agrupaban desde muy temprano en las calles y plazas, y oian, unos con zozobra, otros con indignacion, otros con disgusto, las noticias que varios sugetos desconocidos se ocupaban en difundir con

(*) En el lenguage moderno se ha viciado el sentido de esta palabra, que significa *guia*. Los escusañas eran ciertos esploradores prácticos en la topografia del pais, que iban siempre delante de los ejércitos.

actividad. Decíase que se habia levantado en Medina del Campo una formidable faccion, al frente de la cual se habia puesto el alcaide de Castronuño: que éste, de acuerdo con el duque de Alba, pensaba caer sobre Segovia para apoderarse del rey: que se le habia ofrecido favorecer su entrada, y como premio, cuatro horas de saqueo en la ciudad: que los judíos, á trueque de que se respetasen sus propiedades, se habian prestado á secundar el ataque, amotinándose contra los cristianos. Pero se añadia en voz baja, y como cosa muy secreta, que el rey estaba enterado de todo, y que el maestre de Santiago habia tomado ya sus precauciones para proteger á los segovianos, apostando fuera de la ciudad multitud de gente armada, para caer de sorpresa sobre los agresores.

Cerca de medio dia los rumores de la mañana se complicaron con una nueva alarma. Corrió la voz de que los aragoneses, y con ellos Andrés de Cabrera y el duque de Alba eran los motores de la conspiracion: se designaba además á los judíos don Albarba (Abiabar) y D. Abraham Señor, como proveedores del dinero necesario para el alzamiento de Medina, y se confirmó la noticia de que se intentaba destronar violentamente á D. Enrique, y alzar rey en su lugar á D. Fernando.

Con estas nuevas, la agitacion popular crecia por momentos: las personas acomodadas se apresuraban á reunir sus deudos y criados, y aprestaban las armas para defender sus propiedades amenazadas. El olvidado acontecimiento del banquete del dia de Reyes se recordaba ahora, dándole las apariencias de crímen, que la opinion pública le habia negado anteriormente, y la maledicencia se cebaba en reputaciones intachables.

De pronto se vieron aparecer en diferentes puntos grandes grupos de gente amotinada, y se difundió la noticia de estar ocupados algunos arrabales por la familia de los Contreras, muy conocida por su carácter revoltoso: al mismo tiempo los hombres de armas del alcaide ocupaban las avenidas mas importantes de la ciudad, y un persevante acompañado de un pregonero y de algunas lanzas, recorria los sitios públicos, declarando, á

son de trompetas, alevoso y traidor al rey y al reino, á quien quiera que á la primera intimacion no se retirase tranquilamente á sus hogares. Los vecinos honrados no aguardaron la intimacion, y se encerraron en sus casas, mas por miedo á los desmanes de las turbas amotinadas, que por otro motivo; pero dispuestos á luchar si se cometia algun acto contra sus haciendas.

Las turbas comenzaron á recorrer algunas calles, gritando: «¡Viva el rey! ¡Mueran los traidores aragoneses!» pero se las oia con desconfianza, y encontraban cerradas las puertas de las casas y de las iglesias, que pretendian ocupar: en algunos puntos hallaron ya situados los hombres de Andrés de Cabrera, que las rechazaban con las armas: su mayor empeño era el de apoderarse del palacio episcopal, contiguo al alcázar. Los muros y las almenas de este se veian erizados de arcabuces, ballestas, espingardas y otros instrumentos de muerte; y en el palacio del rey no eran menores los preparativos bélicos.

Aunque ya se habian roto las hostilidades y corria la sangre, hubo un momento en que la gravedad del conflicto, agitó vigorosamente los ánimos: un brillante escuadron, á cuya cabeza iba el alcaide de Segovia, desembocó en la plazuela donde se alzaba el palacio del rey. Andrés de Cabrera mandó hacer alto, y echando pié á tierra, se adelantó hácia la régia morada, acompañado de media docena de caballeros igualmente desmontados, y precedido de un faraute, que gritaba.

—¡Plaza! Plaza en nombre del rey al señor alcaide de Segovia!

Las guardias de la puerta, secundadas por los hombres de armas que ocupaban las ventanas se aprestaron á la resistencia, de modo que parecia inevitable la lucha. Pero Cabrera, con temerario arrojo, tiró de la espada, lo mismo hicieron sus caballeros, y se precipitó en medio de los mercenarios, que defendian la entrada, gritando:

—¡Plaza! Plaza se os pide en nombre del rey mi señor! ¿Ignorais que soy aqui la primera autoridad despues del rey?

La actitud decidida del alcaide, sobre quien, sin grave injus-

ticia, no podia recaer la sospecha de deslealtad, desconcertó á la primera guardia. Nuestro campeon siguió adelante, pero de nuevo se vió detenido, en la subida de la escalera, por multitud de guerreros que de todas partes acudian precipitadamente.

—No deis un paso mas, sin decir antes á que venis, le gritó desde arriba el gefe de la segunda guardia.

—No debo dar cuenta á nadie de mis intenciones sino al rey, mi señor, contestó el alcaide.

—Pues bien, no pasareis si antes no entregais las armas, repuso el gefe.

Andrés de Cabrera se volvió hácia sus caballeros, y presentando su espada á uno de ellos, le dijo:

—Tomad mi espada, Fernan Perez: guardadla y defendedla hasta mi vuelta. Si el rey me mandase matar, rompedla para que nadie la mancille.

Y se lanzó desarmado entre los guardias, exclamando.

—¡Paso al alcaide de Segovia!

Nadie osó detener á un hombre inerme: D. Enrique mismo, que habia oido la reyerta, mandó que se le dejase entrar.

El alcaide se presentó al rey agitado por las violentas emociones que sentia su espíritu.

—¿Qué quereis? le preguntó D. Enrique: ¿á qué venis á mi habitacion, asaltándola con las armas en la mano?

—Señor, contestó Cabrera con energía, pero sin faltar al respeto: vengo á ofreceros mi persona y mi vida, mal que pese á los que os rodean, (y dirigió una mirada de desprecio á los palaciegos, que se agrupaban á la puerta). Diz que está en peligro el trono de V. A., lo que yo no creo; y mi deber es defenderlo contra todo ataque.

—Bien hecho, Cabrera, muy bien hecho; pero diz que son los príncipes mis hermanos los que me atacan, y hay quien añade que vos sois su campeon.

—Los príncipes gozan de vuestro real seguro, señor, y yo declaro traidores á los que intentan obligaros á quebrantarlo. No

será, ¡vive Dios! siendo yo alcaide de Segovia. El príncipe don Fernando está ya en salvo....

—¿Cómo? Se ha fugado?

—Partió anoche á sofocar la sublevacion de Medina del Campo.

—¡Ah! Con que á sofocar.....

—Si, señor. La princesa queda en el alcázar á vuestra discrecion. Pero á mí, como á guardador y centinela avanzado de vuestra honra, me toca velar, para que no sea hollado en su persona el seguro de V. A. Las fuerzas de que dispongo harán su deber: el motin que acaba de estallar será dominado por mi espada. Esto he jurado hacer, y sin vuestra real vénia lo he puesto ya por obra. Voy; pues, á cumplir lo que mi conciencia me manda, y os prometo, bajo la fé de caballero, volver aqui cuando todo esté acabado, á recibir el castigo que merezca.

—¿Cómo castigo? repuso hipócritamente el rey. Al contrario galardon mereces. Corre; no te detengas. Lleva mis guardias...

—No las necesito; yo basto solo. ¡Adios, señor!

Y sin detenerse un momento mas, bajó el alcaide á reunirse con sus caballeros; salió á la plaza, recobró su caballo, y volviendo á ponerse á la cabeza de sus lanzas, corrió á escape hácia el palacio episcopal, donde arreciaba la lucha.

Don Juan Pacheco, que habia salido aquella mañana de Segovia, y á quien aguardaban los amotinados con grueso golpe de gente, entraba á la sazon, acompañado solamente de algunos escuderos.





CAPÍTULO XX.



De como la venganza es muy mala consejera.



TRASLADÉMONOS á Medina del Campo.

Tres dias despues de los sucesos que acabamos de narrar, y ya á boca de noche, daban vista á la villa dos viageros, que dominándola desde un alto, se detuvieron á observar por algunos momentos. Un ruido inusitado, compuesto de millares de voces humanas, de relinchos de caballos y tocatas marciales de clarines y tambores, llegaba hasta sus oidos en alas de una blanda brisa de verano. En la hondonada se percibian los edificios de la industriosa villa, como sombras informes y abigarradas, en cuyos ángulos de trecho en trecho brillaban vigorosos toques de luz rojiza: sobre el conjunto de la poblacion se reflejaba en el aire un resplandor pálido, que se desvanecia en una especie de niebla negra; efectos ambos de las antorchas y teas que iluminaban las calles.

Los dos viageros se miraron en silencio despues de haber contemplado aquel espectáculo: un mismo pensamiento parecia reflejarse en sus semblantes, ambos bellos y varoniles, grave y

magestuoso el uno bajo las huellas de la ancianidad, severo y enérgico el otro, en toda la plenitud de la vida. El primero que rompió el silencio fué el anciano.

—Hénos aqui, dijo, frente á frente con la discordia, nuestra enemiga y aliada todo á un tiempo. Nosotros la espoleamos y vemos con siniestro placer cuando sacude su roja cabellera de fuego y su espada esterminadora. ¿Quién puede afirmar que esa poderosa serpiente no nos ahogará un dia entre sus robustos anillos?

—Si ese dia llegase, contestó el otro, podrian perecer algunos miembros, pero el cuerpo y el espíritu de nuestro pueblo sobrevivirian.

—Esa fé me sostiene en mi carrera, y me hace soportar con ánimo sereno los infortunios, Abacuc, repuso el anciano. Pero constantemente me asedian crueles temores por el porvenir de mi pueblo: temores justos, fundados en la esperiencia de acerbos desengaños. Aqui me tienes fugitivo de la saña popular: ¿de qué crímen nos considera reos el Dios de las venganzas, que asi desencadena sus iras sobre nosotros? ¿Es acaso reo el pueblo de Israel cuando pugna por sacudir el yugo de los Faraones? Nosotros habíamos tomado, como palanca de esterminio, el instrumento mas poderoso de la nacion gentil que nos tiraniza y desprecia, y ese instrumento se mueve para precipitarnos en la ruina. ¿Estará decretada la desolacion eterna de Jerusalen? Oh! No puedo creerlo: el elemento esterminador nos sirve, pero tambien nos azota: el busca su engrandecimiento sobre las cenizas de Babilonia y de Judá; pero ya que la mano de Dios te ha lanzado á mi encuentro en la hora de la tribulacion, no será en vano: tu herirás al dragon en las entrañas, tú, Abacuc, mi predilecto amigo; mas ocultando el brazo, para que su furor caiga de lleno sobre sus mismos correligionarios.

—No te entiendo, Abiabar: esplícame tu pensamiento.

—Abacuc: bien sabes que no podemos esperar sino traiciones del astuto maestre de Santiago. Tú no has presenciado el motin de Segovia: cuando la noticia de la fuga del príncipe don

Fernando hizo imposible su prision y la de su esposa, las turbas pagadas por el viejo Pacheco, se arrojaron sedientos de botin sobre los judíos y los conversos: pedian á gritos mi cabeza y la de Abraham. ¿No descubres en esto el ódio y la animosidad del maestre? Se nos acusaba de favorecer la revuelta de Medina, echando sobre nosotros su propia culpa. ¿Quién sino él ha podido inspirar esta bárbara idea? Quién sino él tiene interés en apoderarse de la Mota, para obtener la libertad de su hijo? Tú lo sabes: entre las fuerzas del alcaide de Castronuño, me has dicho, hay una tropa de aventureros capitaneados por un gefe desconocido. Pues bien, esa tropa se ha reclutado con el dinero de Abraham, exigido á fuerza de horribles tormentos. ¿Qué podemos esperar del traidor que asi nos trata?

—Y bien, qué piensas hacer?

—Yo he salido de Segovia fugitivo sin saber en donde me refugiaría: la casualidad ha hecho que te encuentre, cuando volvias de pedir auxilios para Pedro de Fonseca. Tú puedes entrar en el castillo, pero yo no sé á donde iré. Dí á Fonseca la causa del aprieto en que se halla: dile que es obra del maestre, encaminada á libertar á su hijo, sin faltar aparentemente al compromiso contraido con la Perpétua noche; no te apartes de su lado en el momento del combate, y cuando arrecie el huracan de las pasiones, háblale, háblale, hasta conseguir que vengue en don Diego la alevosía de su padre.

—Te comprendo, Abiabar. Pero mejor que yo puedes tú mismo desempeñar esa tarea. Vendrás conmigo al castillo.

—Será posible?

—Si, entrarás.

—Vamos, pues: pero disponte á obrar en cualquier evento; porque si Fonseca faltase á lo que debe á nuestra hermandad, él y D. Diego habrán de caer bajo el acero de nuestra justicia.

Esto diciendo los dos sombríos israelitas encaminaron sus cabalgaduras hácia el castillo de la Mota.

Cerca ya de sus pardos muros, Abacuc dió un agudo silbido, que fué contestado por otro desde los adarves.

—Nos han conocido, dijo el astrólogo: pronto se nos franqueará la poterna de esa fortificacion esterior, que antecede al foso y sirve de doble defensa á la parte habitable del castillo. Detras de ella hay un puente de madera suspendido por cuerdas de cáñamo, que á una señal puede bajar al abismo en el caso de una sorpresa ó de ser tomado el fuerte por los enemigos: al otro lado se alzan dos lienzos de muralla flanqueados de torres, y defendidos con casamatos y volados canes, desde donde se puede resistir cualquier ataque por medio de tiros de artillería y mosquetería, y aun con simples piedras.

—Poco debe temer, segun eso, el señor del castillo, de los enemigos que le asedian.

—Sin embargo, su situacion es desesperada; porque carece de gente para manejar las máquinas de guerra, y sus contrarios son muchos. Además, desde los primeros dias del alzamiento ha corrido la voz de que el castillo será entregado por la traicion, y mas de una vez he visto á Fonseca profundamente pensativo y receloso de cuantos le rodean, retirarse á los parages mas solitarios, y conferenciar en secreto con una mujer que espía los movimientos del enemigo.

—Nada de eso nos interesa, repuso Abiabar: piérdase todo, con tal que perezca el hijo del raposo.

En esto se oyó detras de la poterna la voz de Fonseca, que venia él mismo á reconocer á los que llegaban. Poco despues los dos judíos estaban sentados conversando mano á mano con el castellano, á quien daban cuenta, el uno de su comision, el otro de sus noticias relativas á las maquinaciones del maestre de Santiago.

—Gracias os doy, Abiabar, dijo Fonseca, por el interés que tomais en mis asuntos. Cuanto me habeis dicho concuerda con los avisos confidenciales que por otra parte he recibido; y en verdad que nunca hombre alguno se vió mas cruelmente acosado

que yo entre la necesidad y el honor; pues mientras este me manda respetar la persona del marqués de Villena, como á un depósito sagrado, mil circunstancias me impelen á sacrificarlo, para salvarme ó vengarme al menos. Pero esto es imposible: él está aqui bajo mi seguro, y lo único que puedo hacer, ya se lo he dicho: yo no exigiré sus servicios, no violentaré su voluntad; pero si en los momentos del combate dá un paso fuera de los aposentos que le he señalado por morada, su cabeza caerá al pié de estos muros.

—¿Y podeis creer que deje de ayudar á sus favorecedores? repuso Abiabar. Os engañais, D. Pedro: ¿cómo detendreis su accion, cuando esteis engolfado en la sangrienta lucha; cuando por todas partes os acose la muerte? Sed generoso con quien os hace traicion: acaso mañana os falte tiempo para arrepentiros.

—Espíritus del infierno! murmuró Fonseca: ¿qué pretendeis de mí? Lo mismo me dice ella...

—Ella! de quién hablais?

El castellano sacudió la cabeza como queriendo desechar una pesadilla, y contestó:

—No la conoceis: es mi espía.

Don Abiabar miró al astrólogo con intencion interrogativa; pero Abacuc se encogió de hombros.

—Dejadme obrar á mi voluntad, prosiguió Fonseca: yo tengo de D. Diego la palabra de caballero, y por Dios que no faltaré á la mia, mientras él no infrinja la suya.

—Vuestra voluntad,... vuestra palabra! Están empeñadas en un pacto anterior al que no podeis, ni debeis faltar, replicó Abiabar con tono grave. No ignorais que vuestros deberes para don Diego acaban alli donde comienza su padre la infraccion de los suyos respecto á vos y á nosotros: pero ¿sabeis acaso si el maestre no ha jurado con la mia vuestra perdicion? ¿Sabeis acaso si, previendo su ruina no habrá decidido vendernos á todos? Ya que nos declara la guerra, es forzoso que juremos el esterminio de su raza: muramos: pero muramos vengados.

—Oid, Abiabar; y vos, Abacuc, estad atento á lo que voy á decir: pronto me veré atacado en este castillo: si no soy socorrido, difícilmente podré resistir mucho tiempo á mis numerosos enemigos. En vuestras manos pongo mi honra y la vida del marqués: vosotros le vigilareis, mientras yo defienda mi posesion: si el prisionero falta á su palabra, haced en él justicia; pero si le tocáseis á un solo cabello sin necesidad, os prevengo que pereceréis conmigo bajo las ruinas de estos muros. Yo os pondré en parage, donde podais observarle de cerca.

Los ojos de Abiabar chispearon de júbilo.

Despues de tomado este acuerdo, Fonseca dispuso el alojamiento paro sus huéspedes, y se despidió de ellos hasta el amanecer del dia siguiente.

A la misma hora que esto sucedia en el castillo de la Mota, la villa de Medina, presentaba el aspecto de un campamento. Por todas partes se veian circular hombres armados, quienes con el desembarazo marcial de veteranos guerreros, quienes con el encogimiento propio de guerreadores improvisados: los concejales, cubiertos los pechos con medias armaduras, provistos de largas espadas y seguidos de algunos arcabuceros, recorrian los varios puestos establecidos en los parages mas importantes de la poblacion, recomendando la vigilancia y distribuyendo sonrisas y promesas. En todas las tabernas, figones y posadas se habia abierto un *crédito ilimitado* á los soldados aventureros de las bandas auxiliares, los cuales aprovechaban sin ruindad la generosa largueza del honrado cabildo, comiendo como ingleses y bebiendo como flamencos.

La concurrencia era mas numerosa que en ninguna otra parte en la famosa posada de la *Clara de huevo*, donde nuestros antiguos conocidos Bonifacio y Leandra, bien que auxiliados por varios mozos y marmitones apenas podian vagar. De aquella muchedumbre de aguerridos bandoleros que cenaban alegremente, gozando con la idea de su próximo y cuantioso botin, no pocos tenian contadas las horas de su vida.

Léjos del bullicio, en una estancia retirada, habia, entre tan-

to, dos hombres solos sentados á una mesa. Cubria los vigorosos miembros del mas alto una armadura lisa empavonada, cuyos negros reflejos le daban un aspecto sombrío: en la cabeza llevaba casco igualmente negro, con celada, que á la sazon no ocultaba su rostro moreno y tosco. El otro vestia una fuerte y flexible cota de malla bajo un grueso coleto de piel de gamo, ceñido por medio de un cinturon de cuero, del cual pendia un montante ó larga espada de dos filos: su casco era sencillo, pero de una sencilléz antigua y severa: no ostentaba en él magníficas plumas: por cimera tenia un gavilan toscamente esculpido, pero en la actitud bien espresada de arrojarse sobre una presa: carecia de celada, como si su dueño tuviese á menos ocultar la faz al enemigo. En el cuadro de acero que formaba con la gola, se descubria un rostro varonil interesante, lleno de espresion y de energía: ojos vivos, rasgados, cuyo color azul templaba el fuego de la mirada: nariz aquilina, mejillas llenas, boca desdeñosa, sombreada por un bigote y barba espesas y de un castaño dorado: tales eran los rasgos fisonómicos de este hombre, que frisaba en los treinta años: su estatura mas que mediana, se hacía notable por la bella regularidad de sus formas, un tanto abultadas, merced al vigor de una musculatura hercúlea: sus manos cortas y gruesas y sus dedos cubiertos de espeso bello revelaban fuerza. Este es el retrato que nos han transmitido las crónicas del famoso alcaide de Castronuño Pedro de Mendaña, el humilde pechero, que por su valor y prendas personales habia llegado á ser el azote de los nobles, á quines trataba de igual á igual, y muchas veces como á tributarios suyos.

—Hora es ya de que mandemos á nuestra gente retirarse á descansar, amigo Souza, decia el alcaide á su compañero; y de que nosotros tambien tomemos algun reposo; pues he dispuesto dar el asalto al amanecer, y conviene tener los brazos fuertes y las cabezas despejadas.

—Nunca está la mia tan segura como despues de haber bebido diez azumbres de rancio, contestó Manoférrea. Sin embargo, dejaremos el jarro cuando gusteis, aunque por mi parte no

pienso retirarme á descansar hasta recibir cierto aviso, en el cual fio mas que en nada, para el buen éxito de nuestra empresa.

—Ya! Esperais á la mora?

—Justamente: ella nos ha de abrir el camino mas corto para llegar á un triunfo decisivo, y convendrá que estemos de acuerdo para seguir sus indicaciones.

—Os advierto, Souza, que yo nunca me he dejado guiar de nadie, y menos de una mujer: acostumbro dirigir y no ser dirigido. ¿Sabéis, acaso, cuales son las intenciones de esa aventurera, que, segun me habeis dicho, tiene franca entrada en el castillo?

—Esa mujer ha tenido amores con mi señor, lo cual os dice claramente que hará lo que esté de su parte para cooperar á su libertad. Por medio de ella me comunico diariamente con el señor marqués: ya veis que puede inspirarnos confianza.

Pedro de Mendaña meneó la cabeza.

—En hora buena; confiad vos en el auxilio de la mora. Yo no he tenido nunca mejores auxiliares que esta y esta, dijo golpeando sucesivamente su frente y la guarnicion de su espada.

Y sin mas se levantó, salió á las piezas esteriores, donde gran número de sus subordinados se solazaban, metiendo un ruido infernal con el acaloramiento de la bebida.

—¡Hola, muchachos! gritó con voz semejante al trueno.

Todos los que habia sentados se levantaron y se volvieron hácia su gefe, siguiéndose á este movimiento el silencio mas profundo.

—Ya os habeis divertido bastante, continuó el alcaide. Retiraos á descansar, para que podais oir la voz del clarin que os llamará al combate antes de amanecer.

—Viva nuestro capitan! gritaron algunos.-Viva! repitieron los demas.

—Ea! repuso Mendaña, tomando un vaso de cuerno de una mesa y levantándolo en alto. Voy á beber de vuestro vino y á vuestra salud. Haced todos otro tanto al triunfo de nuestro valor; y en concluyendo, que no me quede aquí uno, porque le

sentaré los puños. Arriba pues los vasos, y buen provecho!

La asamblea entera de los bandidos se ocupó en beber el último vaso, y en seguida los mas dóciles comenzaron á desfilar: uno, entre tanto, enorme jayan, que poco tiempo hacía se agregára á la hueste del alcaide, con una corta banda de que era gefe, tomado por el vino, intentó desobedecer y arrastrar en la rebelion á varios de sus amigos.

—Aun es temprano, dijo: bebamos, muchachos, que hombres de nuestros brios no se recogen á prima noche como una manada de ovejas.

—¿Quién es el que disputa sobre mis órdenes? dijo Mendaña volviéndose hácia el inobediente.

—Yo, Bernardo de Utrera, contestó el jayan levantándose, y apoyando una mano sobre la mesa, que crugió bajo su peso.

Todos los bandidos se agolparon al lugar de la disputa, formando un apiñado círculo de rostros grotescos y ávidos de curiosa impaciencia.

—Seria cosa de ver, repuso el alcaide, que un Bernardo de Utrera levantase la voz donde yo mando! Ven acá, Bernardo: muéveme del sitio en que siento los piés, y si lo consigues, te dispenso de obedecerme.-Y asi diciendo, trazó en el suelo una línea con la punta de la espada, delante de sus piés.

Bernardo, aunque debilitado por la embriaguez, era un adversario temible: con vacilante paso, que hacía retemblar el pavimento, se acercó á Mendaña, y midiéndolo con la vista de alto á bajo, se preparó á ceñirlo con sus brazos hercúleos. El alcaide le aguardó abierto de piernas y con el cuerpo inclinado adelante.

La lucha fué de muy corta duracion: el gigante se abrazó á Mendaña, con ánimo de alzarle del suelo, y pasearle alrededor del concurso, pero encontró la resistencia de un roble hondamente arraigado en su adversario, el cual, apoyando con fuerza una mano en su cuello, le mantuvo doblado largo trecho, y privado de accion para enderezarse. Movíase, sin embargo, á uno y otro lado, gimiendo como el tígre cogido con trampa, que

pugna por romper sus lazos, hasta que convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, soltó la presa declarándose vencido.

—Todavía no! gritó el alcaide: ahora me toca á mí.

Y metiendo los garfios de sus dedos por entre el cinturon y el cuerpo del jayan, dió un fuerte empuje que hizo se marcasen los acerados músculos de su brazo á través de la malla y el coleto, y antes que su adversario pudiera precaverse, le hizo perder tierra, levantándolo del suelo.

Un aplauso estrepitoso resonó en todos los ángulos de la estancia, y mientras Bernardo se agitaba suspendido en el aire, le dijo Mendaña:

—¿Lo ves? No te estrello porque no quiero.

Y lo arrojó de piés á seis pasos de distancia, sin haber perdido una línea de su primera posicion.

—¡Viva Mendaña! Viva nuestro capitan! gritaron los bandidos locos de entusiasmo.

—Si, viva! viva! No hay hombre alguno tan fuerte como él, exclamó Bernardo, aplaudiendo con las manos.

Mendaña le tendió la suya, y ambos quedaron amigos.

La casa fué despejada en el momento. El alcaide buscó entre tanto con la vista á su compañero Souza, pero no le pudo encontrar: habia salido durante la disputa, y á la sazon se hallaba léjos de allí, al pié de la colina sobre que se asentaba el castillo. Con él estaba una mujer envuelta en un ancho tabardo de hilo oscuro, que impedia distinguir bien el trage interior y las formas de la que lo llevaba.

—Venid, decia la mujer á Souza, tomándole la mano: yo sé donde están todos los centinelas, y puedo conduciros sin peligro de ser descubierto.-Ved alli, añadió despues de haber andado algunos pasos: aquella torre que cae hácia el oriente, domina los almacenes de municiones: si os acercáseis á ella demasiado, el castellano, en su desesperacion, sería capaz de volarla y despedazaros con sus ruinas. Cuando veais ondear sobre esa torre una bandera negra, concentrad todas las fuerzas de asalto en el estremo opuesto, que estará mal defendido: rompiendo la poterna

del fuerte avanzado que allí se descubre, no hay mas que salvar un foso para entrar en el recinto de la plaza de armas. Si conseguido esto, oyéseis una terrible esplosion, será señal de que Fonseca ha muerto con los mas de los suyos. Para entonces ya habré yo franqueado al marqués las puertas de su prision, y podreis reuniros con él.

—¿Y qué significará la bandera negra?

—Significará que una parte de la escasa guarnicion del castillo, ganada por mí á favor de D. Diego, se rebelará contra Fonseca, teniendo éste que acudir á someterla; y no pudiendo conseguirlo antes que vosotros ganeis la plaza de armas, volará los almacenes de pólvora, porque ha jurado hacerlo si se vé en la necesidad de rendirse.

—¿Y no correrá mi señor ningun peligro?

—Ninguno.

—Hasta mañana, pues: y si me habeis dicho la verdad, Manoférrea no es mas que un tosco soldado; pero siempre le encontrareis fiel á vuestro servicio.

Acto contínuo se separaron. El hidalgo portugués bajó hácia Medina, murmurando entre dientes.

—Puesto que el amigo Mendaña no cuenta mas que con su cabeza y con su espada de seis palmos, bueno será que yo solo me aproveche de los consejos de esta mujer. Haré mio el castillo, salvaré á mi señor, y si el bandido vuela con la torre de oriente y vá en compañía de Fonseca á los profundos, ¡buen viage! Malo será que yo no me calce esta alcaidía á despecho de los medineses.

Miientras Manoférrea formaba estas cábalas, Jarifa se hacía abrir una puerta del castillo, tocando un silbato para ser reconocida.

Poco despues una calma lúgubre reinaba en la opulenta villa y en sus campos circunvecinos: la noche serena ostentaba su grandioso manto bordado de estrellas, siguiendo la naturaleza en todo su curso magnífico y uniforme. Las auras suaves conducian el grito desapacible de las ranas que moraban en las

charcas de la vega, y el chirrido del grillo escondido bajo la fresca yerba: mezclábase de tiempo en tiempo á estos sonidos marticulados la voz del centinela que exclamaba: velad! velad!; y que, semejante á un eco, se repetia en los ángulos de las murallas de la fortaleza y de la villa.

En esta calma, semejante á la que precede á los huracanes, se pasó el resto de la noche, hasta aquella hora mas oscura que las demás, que anuncian la proximidad del alba: los centinelas del castillo, fija la vista en las compactas masas de tinieblas impenetrables á sus miradas, creyeron percibir unas sombras mas negras que la misma sombra, y vagos rumores sin carácter definido. Tres veces dieron el grito de alerta instigados por el recelo; mas á la tercera sus dudas se convirtieron en certidumbre, y algunos tiros, partiendo de los adarves, difundieron la alarma en toda la guarnicion.

Entre tanto las masas de sombras avanzaban, delineándose mas claramente, y rompiendo el silencio en que hasta aquel punto marcháran: oyéronse distintamente el pesado ruido de la artillería; las pisadas fuertes y presurosas de los peones, el choque de las armas, y el relincho de algun caballo. Algunas compañías de obreros, formadas á la ligera de menestrales de la villa, se aprestaron á ocupar las inmediaciones del foso, provistas de puentes flotantes, de tablazon y herramientas de toda especie; y mientras algunos toscos y pesados cañones de hierro forjado rompian el fuego, batiendo las murallas, las espadas blandidas silbaban en el aire, y los porta-escalas corrian á colocarlas en puntos diferentes, sobre los puentes movibles é inseguros. El alarido nervioso del clarin dominaba, entre tanto, el tumulto de voces, que á un tiempo daban sitiados y sitiadores. Entre estos se distinguia el formidable alcaide de Castronuño, y el aguerrido Manoférrea, que recorrian á caballo sus respectivas huestes disciplinadas, y mas léjos, colocados en reserva los numerosos pelotones de paisanos, capitaneados por los concejales de Medina, agitaban con entusiasmo los estandartes de sus gremios.

Sorprendido Fonseca, no obstante su vigilancia, difícilmente podia resistir la impetuosidad del ataque: carecia de gefes á quienes confiar los varios puntos á la vez amenazados, pero la fortaleza de los muros y su actividad le daban confianza. Corriendo sin cesar de uno á otro puesto, animando á sus soldados con la palabra y el ejemplo, encendia en estos el valor y sembraba entre sus enemigos la muerte. Las piedras, los venablos, las balas de arcabuz y de tiro ó cañon se cruzaban horizontal, oblícua y verticalmente, y donde quiera que la osadía llevaba á los sitiadores á trepar las murallas, fiados en las inseguras escalas, el arma blanca, las espadas, las hachas, las partesanas, y las aceradas mazas, caian martilleando sin cesar sobre los morriones y armaduras, arrojando cuerpos exánimes y hombres moribundos á la profunda cava. Horrible espectáculo, que léjos de amainar los brios, enfurecia los ánimos de los combatientes.

Manoférrea, sin dejar de pelear, y acudiendo solícito á donde el peligro le llamaba, tenia la vista fija en los fuertes de la parte oriental, donde esperaba ver la bandera, indidicio de la sedicion interior. Pero duraba ya tres horas el combate, y nada aparecia: el hidalgo comenzaba á dudar de las promesas de Jarifa, cuando por último vió levantarse una columna de humo, y destacarse sobre ella la enseña fatal.

—Pronto, pronto, Mendaña! gritó el aventurero: ved alli la señal convenida. Fuerzas hacen falta por aquella parte, para secundar á los de adentro: dadme las necesarias, sino quereis ir vos en persona.

—Yo mismo iré! Me reservo esa empresa! exclamó el valiente alcaide.

Y comenzó á juntar su gente, y á llamar á los paisanos de la reserva, para que mantuviesen vivo el ataque en el lugar que abandonaba. Manoférrea, entre tanto, se disponia para asaltar fortificaciones avanzadas de poniente ya medio batidas por las lombardas de la villa.

Observóse en estos momentos que el castellano habia desa-

parecido de los adarves, y que decaia la resistencia de los sitiados.

Penetremos en el castillo, donde hacía algun tiempo se desarrollaba un drama de consecuencias mas temibles que el asalto mismo. Durante las horas de calma que precedieron al ataque, Jarifa, que habitando en casa de sus amigos Bonifacio y Leandra, se habia constituido en confidenta secreta de Pedro de Fonseca, estuvo al lado de éste, sin abandonarle un momento, é instigándole para que le cumpliese cierta promesa que le hiciera una noche en el alcázar de Segovia.

—Cuando os prometí vengaros de D. Diego, la dijo por último el castellano, me teníais fascinado, y no sabia yo á cuanto obliga la fé de un caballero, que se entrega sin reserva á la lealtad de otro. Aquella noche os habria satisfecho, si mi rival se hubiese mostrado altanero conmigo; le habria provocado hasta obligarle á medir su espada con la mia: pero, léjos de esto, puso en mis manos su vida: yo la defenderé á todo trance, mientras él no conspire directamente contra la mia.

—Pues bien, le contestó Jarifa: os predigo que esa nécia generosidad será vuestra ruina: la torre donde mora vuestro rival, servirá de brecha á los medineses, que aguardan una señal de su prisionero para penetrar en el castillo.

Al pronunciar la mora estas palabras fué cuando se oyeron los primeros tiros de alarma. El castellano corrió inmediatamente á organizar la defensa, comenzando por apostar en una galería contigua á la torre de oriente á sus amigos Abiabar y Abacuc, para que vigilasen al marqués. Jarifa, que ignoraba la presencia de los dos judíos tan cerca de sí, fué á colocarse en una ventana de la misma torre, sobre el aposento que aquellos ocupaban, con el objeto de observar los lances de la lucha.

Seguia esta su curso cada vez mas encarnizado y sangriento, cuando de pronto una columna de humo, que se alzaba de un patio interior del castillo, infundió nueva alarma á los sitiados. Cerca de aquel patio donde se desarrollaba el incendio,

estaban los depósitos de pólvora y demás municiones de guerra: sobre estos almacenes tenia su habitacion el jóven marqués de Villena.

El ilustre magnate observaba tambien con la curiosidad é impaciencia del guerrero las vicisitudes del asalto, pero fué distraido de su contemplacion por el estrépito que hizo la puerta de su prision, al cerrarse á impulsos de una mano estraña. Volvióse sorprendido, y vió á una mujer vestida á la usanza mora, que torcia la llave y se la guardaba. Su sorpresa rayó en asombro, cuando acercándose lentamente á él aquella mujer, hasta recibir de lleno en su rostro la luz que por la única ventana entraba, le dijo con un tono singular, entre irónico y afectuoso:

—No me esperábais: ¿es verdad?

El marqués se frotó los ojos, como si temiese estar bajo el influjo de un sueño. No podia creer lo que veia, y sus dudas, aun prescindiendo de las circunstancias que las motivaban, habrian sido fundadas, atendiendo solo al aspecto de la persona que tenia delante. Parecíale reconocer en ella á la mujer que en otro tiempo fué objeto de su idolatría: la misma actitud imponente, los mismos rasgos enérgicos y bellos hasta el idealismo, los mismos ojos negros que despedian rayos á través de pestañas aterciopeladas; pero aquel rostro, antes moreno y sonrosado, no cedia en blancura á la ligera túnica de hilo que cubria las delicadas formas de la mujer; aquel acento, aquella apostura no eran las de un ser que habita en este mundo. Parecia mas bien la estátua de una tumba animada por un soplo de Lucifer.

Don Diego retrocedió algunos pasos y preguntó á la aparecida:

—¿Eres Jarifa, ó su sombra?

Jarifa contestó con una carcajada sardónica, y se puso á cantar á media voz:

«El conde la deja y huye;
Curado está de su mal.—
De amores muere la niña:
¿Quién la compadecerá?»

—¡Es ella! si, es ella, murmuró D. Diego: pero está loca!

—Loca estoy, si, repuso la mora; pero no tanto como el dia en que te creí. Desde entonces he hecho muchas locuras.

—Serénate, Jarifa y dime ¿qué haces aquí? A qué has venido? Es cierto que vives?

Jarifa dió algunos pasos hasta colocarse junto á la ventana, y arrojando por ella la llave que habia guardado, contestó:

—Debí haber muerto, cuando desconocida por tí, cuando no pudiendo alcanzar la dicha de que tu mano me arrancase la vida, busqué el olvido en las aguas del Adaja: impresa está en mi frente la marca de mi sacrificio. Pero mi destino me guardaba para la venganza, y esta ha llegado.

—¿Qué intentas, desdichada?

—He dicho mal. Vengo solo á erigirte el cumplimiento de tu palabra: mil veces me juraste vivir eternamente unido á mí: la antorcha nupcial está ya encendida, esposo mio: nuestra union será eterna.

—¿Qué estás diciendo?

—Si, amado mio: he sufrido mucho; pero ya se agotaron mis fuerzas, y es necesario partir. Yo te he seguido á todas partes, como la sombra al cuerpo: yo quise dispertar tu espíritu aletargado cantándote mi historia bajo la forma de un juglar; me desconociste, y vi que eras digno de mi desprecio.... Yo supe que amabas á otra mujer, y armé contra tí los puñales de la Perpétua noche: de aqui resultó que, sin conocer la mano que te heria, preparasen el bárbaro crímen del sábado de gloria: creiste vengarte, y solo conseguiste hacer irreconciliable el ódio del pueblo de Israel contra tí: yo revelé tu culpa, y sobre ella fundé tu desgracia con el rey Enrique: la carta que recibiste de su mano el dia de Inocentes era escrita por mí, fingiendo la letra de Abiabar. Tu fortuna te salvó: entonces, arrostrando las iras de la sociedad tenebrosa engañé á sus gefes, que me creian muerta, y aparentando ser la reina doña Juana, os conduje á morir, á tí y á tu padre. El demonio que vela por vosotros tambien te salvó entonces, pero aquel paso te ha conducido á este

sitio, donde ya es inseparable nuestro destino. El esposo y la esposa están juntos en la cámara nupcial. ¿Qué tardas en abrazarme, puesto que asi hemos de estar por toda la eternidad?

—Mujer ó demonio, pues dudo á cual de ambos séres perteneces, dijo D. Diego poseido de un vago terror, ¿qué venganza es la que meditas?

Oyóse en este momento gran tropel fuera y encima de la estancia, y voces que repetian: Fuego! fuego!

—Lo oyes? murmuró Jarifa, con la mas dulce sonrisa en los lábios. La antorcha nupcial está encendida.

—Oh! Qué horrible atentado! Fuego! Y debajo de nosotros un volcan prócsimo á estallar!

—Si... Un volcan!... Pero no tan violento como el que circula su ardiente laba por mis venas.

—Oh! Salgamos!.... salgamos!.... exclamó el marqués fuera de sí.

—Es imposible! La puerta está cerrada, y la llave en el campo. Ven, amado mio: no me hagas repetir:

«El conde la deja y huye;
Curado está de su mal.»

—Huid! Huid! gritaban fuera. El incendio está ya en los almacenes!

—Lo oyes? repuso la vengativa mora. El fuego hace progresos. Y mira, añadió asomándose á la ventana: tu fiel amigo Souza está alli peleando para salvarte de tu cautiverio.

—Ira de Dios! rugió el jóven, corriendo de un lado á otro, como un tígre enjaulado y furioso.

En aquel momento se abrió con ímpetu una puerta disimulada en el muro, y apareció en ella el sombrío Abacuc. Oculto en aquel sitio, habia escuchado todas las revelaciones de Jarifa.

El jóven no se hizo repetir la invitacion. Jarifa se lanzó en pos de él, como la leona á quien roban sus cachorros. Abacuc intentó dejarla encerrada: pero no pudiendo conseguirlo, la

detuvo por un brazo, y la hundió su puñal en el seno, exclamando:

—Muere, pérfida!

É inclinándose sobre su cuerpo, que cayó al suelo, como una débil rama tronchada por el huracan, la contempló diciendo:

—Hija indigna de Agar, tus pasiones han sido los verdugos de tus hermanos. Yo los vengo en tí, y te entrego á la desesperacion y á la muerte.

Sin ser sentido por Abacuc, el anciano Abiabar acababa de presentarse en el lugar de esta escena, y con las facciones descompuestas y una daga empuñada, contemplaba por encima del hombro del astrólogo el rostro de la moribunda Jarifa. Un secreto impulso de dolor dió á su brazo un movimiento que no fué dueño de contener, y el frio acero, vibrado con rabia, penetró en las espaldas del asesino y le salió por el pecho.

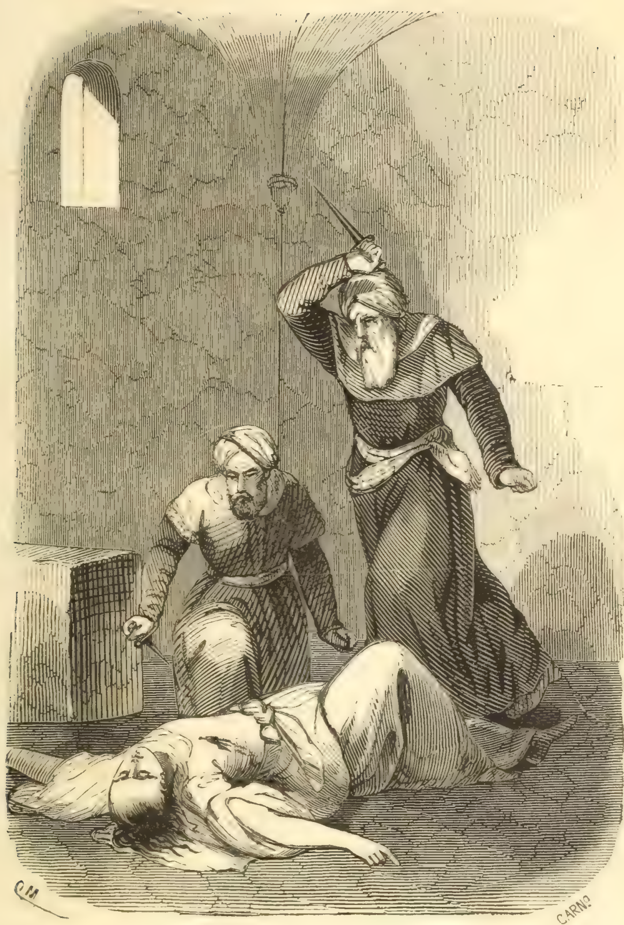
—Bárbaro! exclamó al mismo tiempo el anciano: la encontraste viva y no me dejáste abrazarla.

El astrólogo cayó de bruces profiriendo una maldicion. Abiabar se inclinó sobre Jarifa, y selló con un ósculo ardiente sus ojos casi apagados.

En aquel instante retembló el pavimento, cual si una erupcion volcánica devorase debajo de él las entrañas de la tierra, y un segundo despues se habria y estallaba con el fragor de cien truenos, dando paso á las llamas azules de la pólvora, que en su vuelo impetuoso arrastraban destrozados los muros seculares de la torre.

—Victoria! victoria! gritaban al mismo tiempo los sitiadores en la plaza de armas del castillo.



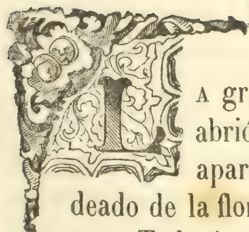

C.ARNº



CAPÍTULO XXI.



Sic vos non vobis.....



La gran puerta del recinto central del castillo se abrió con ímpetu cuando menos se esperaba, y apareció en el umbral Pedro de Fonseca rodeado de la flor de sus valientes.

—Todavía no es vuestra la victoria! exclamó el denodado guerrero, vibrando su formidable hacha de armas. La tendreis cuando hayais pasado sobre mi cadáver.

—No hagais alarde de un valor desesperado, que á nada conduce, le contestó Manoférrea, poniéndose al frente de sus mercenarios. Rendios, y se os concederá la vida.

—Menos palabras, fanfarron encubierto, y defiende la tuya, replicó el castellano.

Y sin aguardar mas respuesta descargó un tremendo golpe, que su adversario paró á costa y con pérdida de su escudo.

Trabóse de nuevo la lucha, cuerpo á cuerpo: los sitiados peleaban con el ardor de la desesperacion, con la energía de quien

fia en el valor la salvacion de la vida y la honra. Su objeto era romper las compactas filas de sus enemigos, y conquistar la libertad con las armas en la mano. Asi que cada uno de sus golpes era portador de la muerte. Fonseca, en particular, hacía estragos en sus contrarios, que aturdidos por la vehemencia del ataque, apenas tenian tiempo para mantenerse á la defensiva. El aventurero Souza conoció que en el vencimiento de aquel formidable enemigo estaba cifrado su triunfo, y le buscó para combatirle personalmente. Iguales sentimientos animaban á Fonseca: los dos guerreros chocaron como dos peñascos que bajan con igual ímpetu desprendidos de los flancos de las montañas: sus armaduras quedaron rotas á los primeros encuentros, y la sangre brotó, cual la roja amapola entre las hendiduras de las rocas.

Entre tanto engrosaba el cuerpo de los sitiadores: los paisanos armados, que pasaban de cinco mil cubrian la retaguardia de los mercenarios, y ensordecian los oidos con sus gritos de ¡viva Medina libre! ¡viva la princesa doña Isabel! Con ellos se mezclaban las mujeres del pueblo, que deseaban participar de la embriaguez de la victoria.

La situacion de Fonseca se agravaba por momentos: estaba herido y una muralla humana le estorbaba el paso. Pero se habia ya colocado entre la libertad ó la muerte, y era imposible retroceder. En tan crítico momento, llegó á sus oidos un grito, que aumentó su desesperacion. Sobre la torre de homenaje acababa de aparecer una bandera plantada por los bandidos de Castronuño, que aclamaban:-Mendaña! Mendaña!-La Mota por Medina!

Todo estaba perdido. Con la rábia del tígre se abalanzó Fonseca á su forzudo adversario, y de un hachazo le dividió el morrion y la cabeza. Manoférrea cayó aterrado á sus piés.

—Adelante! Adelante! gritó el castellano á sus soldados.

—Adelante, si! exclamó un nuevo guerrero, que traia una armadura y un montante tomadas de orin, y en cuya voz reconoció Fonseca á su prisionero D. Diego.

La muerte de Manoférrea y la presencia del nuevo campeon allanaron la salida á los sitiados, que rompiendo la dislocada hueste mercenaria, y atropellando á los poco disciplinados medineses, pudieron al fin, aunque no sin vencer antes graves obstáculos, verse libres del peligro. El jóven marqués de Villena, dando una prueba de generosidad caballeresca, luego que hubo contribuido con su esfuerzo á salvar á Fonseca del cautiverio y acaso de la muerte, le dijo:

—No perdamos tiempo: hagámonos con algunos de esos caballos, que andan sueltos por el campo, y seguidme, si gustais á Escalona ó á cualquiera otro punto de mis dominios.

—Sois demasiado generoso conmigo, D. Diego, repuso el caballero, mirando con dolor hácia el castillo. No en vano habia yo puesto mi confianza en vuestra lealtad.

—No hablemos de lo pasado: á caballo y partamos.

Ya los soldados habian cogido dos caballos, en los cuales montaron los dos amigos, y en seguida partieron acompañados de unos veinte hombres, que lograron salir ilesos de la refriega.

Nadie pensaba en perseguirles. Los vencedores se ocupaban en saquear el castillo y en apagar los restos del incendio.

Reunidos aquella tarde en una de las principales habitaciones los bandidos de Mendaña, los mercenarios de Souza y los principales gefes de la insurreccion de Medina, celebraban un opíparo banquete, que presidia el alcaide de Castronuño. La estancia presentaba un aspecto estraño, confusa mezcla de opulencia y desórden. Sobre largas filas de mesas, pocas de ellas cubiertas con manteles, brillaban vasos de plata y de cristal y bronce junto á otras vasijas de asta ó de tosco barro: los comensales, casi ébrios, ocupaban sillones dorados, taburetes ó bancos, y muchos comian en pié sin mas cubierto que sus puñales: amontonados en un rincon se veian innumerables objetos de valor destinados á ser repartidos entre los auxiliares de los medineses: en otra parte figuraban grandes redomas y barrilones sacados de la bodega: habia sido roto alguno de ellos, y el vino inundaba el pavimento.

Mayor desórden, si cabe, reinaba en las demás piezas del castillo: por todas partes circulaba gente alborotando y poseida de la fatuidad del triunfo: hasta se veian multitud de hombres y mujeres de la villa que, sin haber combatido, tomaban posesion de la fortaleza, é insultaban con sus burlas y carcajadas la memoria de los muertos aun no frios.

Pedro de Mendaña, revestido de la autoridad que dá la fuerza victoriosa, y acalorado por los vapores de la bebida, disputaba con los concejales, á quienes ya queria imponer su voluntad.

—No me hableis de los reyes de Sicilia, dijo por último, dando en la mesa una puñada, que no admitia réplica: no he sacrificado la mejor sangre de mis soldados para someterme á un tirano. El castillo es mio, y si alguno es capaz de disputármelo, que arroje el guante. Yo he plantado la bandera del triunfo en la mas alta de las torres, y lo he hecho en mi nombre y en el de Medina. ¿Qué mas quereis? Si mañana os atacan, aqui estoy para defender vuestros fueros.

—Pero nos habíais prometido..... replicó uno de los concejales.

—Yo no he prometido mas que emancipar á Medina del verdugo de su Mota.

En este momento resonaron en la vasta estancia los gritos de una mujer que decia:

—Favor!... Justicia!...

Y apareció en seguida una jóven villana de agraciado semblante, la cual corria hácia los concejales con los ojos azorados y el cabello descompuesto.

—Qué os sucede? gritó Pedro Mendaña levantándose. Hablad; ¿quién os persigue?

—Ah! señor, contestó la jóven balbuciendo y llena de rubor: uno de vuestros soldados....

—Basta, os comprendo. A ver? añadió el gefe de los bandidos estendiendo el brazo com imperio: traedme inmediatamente á ese borracho, que ultraja á una débil mujer.

No habian pasado tres minutos, cuando fué presentado al ter-

rible alcaide un robusto mozo, cuyos mofletes coloreaban enrojecidos por la gula y la lujuria.

—Tú habias de ser! exclamó Mendaña, acariciando la hoja de su hacha de armas, que le pendia de la cintura. Tú, el que jamás ha sabido trepar por una escala, ni mantenerse firme delante de un escudero. Y sin embargo te atreves con una mujer. Arrodíllate, miserable!

—Piedad, señor! murmuró el culpable, cayendo de rodillas.

—Oh! perdonadle! dijo la jóven.

Pero el alcaide, sin oir ninguna de estas súplicas, enarboló el hacha, y describiendo un círculo sobre su cabeza, la arrojó con violencia á la del reo, que cayó atronado, como un toro á las manos del diestro.

Un murmullo incomprensible se alzó de entre los circunstantes.

—Silencio! gritó el terrible justiciero. Y sirva de escarmiento á todos para que ninguno se desmande.

Llenó en seguida una copa, y levantándola en alto, brindó:

—Por los valientes de Mendaña! Por la union entre mis buenos soldados y los honrados habitantes de Medina!

Un estrepitoso aplauso resonó en la cámara, mientras el alcaide procuraba ahogar su ira y serenar su espíritu apurando el contenido de la copa.

El festin continuó, hasta hacer olvidar á muchos de los comensales el tremendo episodio que acabamos de referir.

Ya los rayos del sol, entrando horizontales por las abiertas ventanas, coloreaban de rojos matices los rostros de aquellos hombres, que habian tornado pálidos los escesos de la mesa. La mayor parte de los voluntarios medineses se retiraban á sus casas, murmurando del alcaide y de su gente, y diciendo que no habian hecho mas que cambiar de tirano. Las brechas del castillo estaban abiertas, y por consiguiente franca la entrada; y sus nuevos señores mas necesitados de sueño, que dispuestos á defender la presa conquistada.

En tal estado. los concejales y demás personas importantes

de la villa, creyeron conveniente retirarse, dejando para otro dia el arreglo de los pactos con que habian aceptado los auxilios de Mendaña: sobre todo no querian desistir de su empeño en proclamar la bandera de doña Isabel, de quien esperaban los fueros y libertades, que garantidos por otra persona habrian mirado como precarios é inseguros. Bajaban la cuesta del castillo, hablando de esto, cuando llamó la atencion de algunos una nube de polvo que se alzaba sobre el camino de Segovia, y entre cuyos torbellinos centelleaban los rayos del sol poniente reflejando en cascos y armaduras. Unos breves instantes de observacion bastaron para convencerles de la aproximacion de un ejército numeroso; miráronse con inquietud y sin saber que determinar: quien proponia se tocase alarma para reunir á todos los sublevados, y prepararse á la resistencia; quien aconsejaba ocultarse y dejar pasar la borrasca; quien indicaba, como lo mas conveniente, volverse al castillo y proveer á su defensa; pero todos se encontraban perplejos, porque el tiempo no daba espera, y desconocian enteramente la procedencia y el objeto de aquellas fuerzas.

En esto, el ejército llegaba casi á las puertas de la villa, y se disponia á sentar alli sus reales: las dudas comenzaron á despejarse, porque se vió ondear el pendon real, y era de inferir que se tratase de sofocar la rebelion. La poblacion alarmada se ponia en movimiento, y sus legítimos gefes, cada vez mas perplejos, no sabian, si acudir á dirigirla, ó buscar su salvacion en la fuga. Una docena de ginetes, destacados del ejército, y lanzándose á la carrera hácia ellos, vino á sacarlos de su indecision. El caballero que iba á la cabeza les preguntó quienes eran, y les mandó seguirle á presentarse al rey D. Fernando de Sicilia.

Al oir este nombre renació la confianza en los notables de la villa, que creyeron asegurado su triunfo con nuevos y poderosos auxilios. Presentados al príncipe, este les dijo:

—Vengo á Medina como amigo y como enemigo: á vosotros toca elegir entre ambas calidades la que mejor os plazca.

Mi augusta esposa, yo y cuantos nos aman reprobamos, aunque agradecemos, la manifestacion que acabais de hacer, y estamos decididos á contrariarla. Pero al mismo tiempo, si os adheris á nuestras leales intenciones, queremos aseguraros vuestra libertad y vuestros fueros. La Mota será de hoy en adelante una defensa de vuestra villa, una garantía de vuestros derechos y seguridad, no un padrastro que os azote: la tendrá en alcaidía un capitan esforzado y noble, pero no reconocereis en él mas que á un mandatario de la autoridad soberana, ni le prestareis obediencia sino en nombre del rey. En cuanto el aventurero que acaba de tomar posesion de esa fortaleza, será por mí arrojado de ella, y espulsado del reino, como todos cuantos le obedezcan. ¿Os conformais con mi decision?

El mas anciano de los concejales tomó la palabra, y aceptó sin reserva las proposiciones del jóven rey.

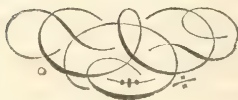
—Pues bien, dijo éste: retiraos á vuestra villa, y suceda lo que suceda, no permitais á nadie moverse. Si alguno aclamase á mi augusta esposa ó á mí en son de revuelta, será castigado como traidor.

Los personages de Medina se retiraron, y D. Fernando mandó al duque de Alba emprender sin demora la toma del castillo. La empresa no era difícil: las brechas abiertas por la mañana, no habian sido reparadas, y los defensores yacían tendidos por la embriaguez. En los primeros momentos de alarma opusieron una resistencia tumultuosa y febril; pero en seguida, y á pesar de la enérgica actitud de Pedro Mendaña, tuvieron que ceder paulatinamente, hasta abandonar las últimas trincheras en precipitada derrota. Las tropas del príncipe que habian quedado acampadas en la llanura, se precipitaron entonces á su persecucion; pero sobrevino la noche, y tuvieron que replegarse al real, sin completar su esterminio.

Don Fernando pudo aposentarse aquella misma noche dentro de Medina, donde fué muy obsequiado; y habiendo sabido tres dias despues que el alcaide de Castronuño, repuesto de su descalabro, rehacia sus huestes y se vengaba talando y destruyendo

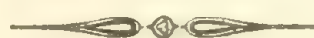
los campos del término de aquella villa, levantó sus reales y salió en persona al encuentro del formidable bandido. En un llano, á seis leguas al poniente de Medina, encontró á Mendaña, que con quinientos hombres se proponia hacerle frente: peleó con él todo un dia, y al fin le derrotó y persiguió hasta la frontera de Portugal.

Cuando el príncipe volvió de esta espedicion, recibió un mensage de su padre, que desde Perpiñan, donde los franceses le tenian estrechamente cerrado, le demandaba su auxilio. Casi al mismo tiempo recibia otra carta de doña Isabel, que le rogaba acudiese sin demora al socorro de su padre. Sin detenerse un dia, voló el jóven héroe á cumplir aquel deber filial, que debia ser protegido y encaminado al triunfo por circunstancias verdaderamente providenciales, dejando al duque de Alba por gobernador de la Mota, y á los medineses subyugados y agradecidos, segun habia deseado nuestra princesa.

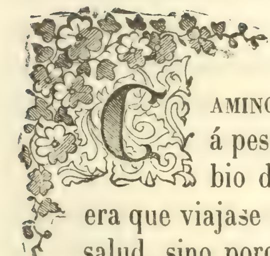




CAPÍTULO XXII.



La herencia de Piel del Diablo.



CAMINO de Estremadura iba el rey D. Enrique, á pesar de sus achaques, agravados por el cambio de la estacion á la caida de las hojas. Y no era que viajase por recreo, ni por mejorar de aires y de salud, sino porque asi convenia á las miras de su privado el maestre de Santiago, que le acompañaba. El objeto aparente de este viage, ó al menos el que el mismo rey creia, era llegarse á la frontera, para conferenciar con el de Portugal, y tratar de un acuerdo relativo á la sucesion de la corona de Castilla, y de casar á la princesa doña Juana con aquel príncipe. Pero don Juan Pacheco no pensaba sino en tener á su señor alejado de la influencia de doña Isabel, y en hacer que le pusiese en posesion de la fortaleza de Trujillo, que hacia tiempo ambicionaba.

La conducta caballerosa y escesivamente leal observada por el príncipe D. Fernando en Medina del Campo, habia desarmado

casi del todo al maestre, y podia hacerle perder la ilimitada confianza del monarca, que desde aquel acontecimiento comenzó á creer con la buena fé de su hermana. Por lo tanto era peligroso dejarle en posicion de comunicarse demasiado con ella. Por otra parte, el espíritu débil de D. Enrique se entregaba por momentos á la dominacion tiránica de un recuerdo, que habia dejado en él una profunda é indestructible huella. La aparicion fantasmagórica de Jarifa se lo representaba en sueños, apenas cerraba los ojos, y le hacia despertar dando desaforados gritos: muchas veces, aun estando despierto, se quedaba como aletargado y sumido en una contemplacion intuitiva, de la cual no salia sino agitado por contracciones convulsivas.

Conociendo el maestre la gravedad de estos síntomas, que revelaban el predominio de una idea fija, capaz de dar al traste con todos sus proyectos de engrandecimiento, procuraba distraer al rey de sus lúgubres pensamientos, aunque en vano lo intentaba. Todo lo mas que conseguia, con su elocuencia sútil era desvirtuar el influjo que aquellas civilizaciones pudieran tener en contra suya; para lo cual no necesitaba emplear grandes esfuerzos, atendida la versatilidad del carácter de Enrique, y el convencimiento que habia sabido inspirarle de que era su mejor amigo.

Pasemos por alto enojosos detalles acerca de esta espedicion á la frontera de Portugal: baste saber que la entrevista de los dos reyes no llegó á realizarse; que las fatigas del viage, la accion deletérea de la atmósfera, infestada por una epidemia, que los desórdenes del reino y la miseria habian desarrollado en todo el pais, y la destemplanza de la temperatura, agravaron, en vez de aliviar las dolencias crónicas de D. Enrique, y le obligaron á retroceder, para buscar la salud en el descanso y la calma. Pero no por esto renunció D. Juan Pacheco al fin de la espedicion, ni de sacar partido de las circunstancias: hizo que el rey, á su regreso, pasase por Trujillo, para allanar la entrega de aquella fortaleza, que su alcaide Gracian de Sesé no queria dejar, sin ser antes indemnizado; y como las gestiones del monarca no alcan-

zaron el inmediato abandono de la plaza, el maestre resolvió quedarse en Estremadura para negociar por su cuenta, y al despedirse del rey, le dijo:

—Con gran dolor de mi corazon me separo de vos, señor, en esta ocasion, porque presiento alguna desgracia; pero ya que otra cosa no puede ser, puesto que la resistencia de Gracian nos demuestra la necesidad absoluta de alejarle de Trujillo, y que además vuestra señoría se vé en la precision de partir, no dudo que seguireis mi consejo, quedándoos en Madrid, hasta mi regreso. No vayais, por Dios, á Segovia, donde tanto daño os han hecho y os pueden hacer; nunca vuestras dolencias habrian tomado la gravedad que ahora tienen, sin el desdichado banquete del dia de Reyes. Estaos en Madrid, que yo, si el cielo me favorece, despues de traer á la razon á este tozudo alcaide, procuraré asegurar á vuestra hija el apoyo de la córte de Portugal, y salvaré vuestra honra.

El rey prometió seguir fácilmente los consejos de su privado, y abrazándole con cariño, partió para Madrid, desde un lugar llamado Santa Cruz de la Sierra, donde se verificó esta final entrevista.

Muchos dias pasaron en negociaciones y tratos entre Gracian y el maestre, que no escaseaba los medios de soborno con los personages influyentes de Trujillo, ni las promesas al indomable alcaide, mientras por otra parte juntaba tropas para alcanzar por fuerza lo que de grado no se le concedia. Y como el pueblo de Santa Cruz no era suficiente para contener el número escesivo de guerreros y soldados que alli se iban reuniendo, se estableció un campamento en sus inmediaciones, como si se tratase de un asunto de capital interés para el reino.

Estando en estas negociaciones, llegó al campo del maestre un corto refuerzo que le enviaba su tio Alonso Carrillo, y con él se le presentaron los dos hombres de confianza del arzobispo, Fernando de Alarcon y el Beato. Don Juan Pacheco los recibió con toda la falsa bondad que merecian estos dignos personages, y presumiendo que serian portadores de algun men-

sage confidencial, les procuró una entrevista secreta, hablando por separado con cada uno de ellos. Referiremos la conversacion que tuvo con Froilan de Ávila, por ser la que mas interesa á nuestra historia.

—Supongo, buen Froilan, le dijo, que mi señor tio no habrá hecho alarde en la córte de los oportunos auxilios que me envia. ¿Qué os ha dicho? Es cosa que se puede saber?

—Ciertamente, señor, contestó el hipócrita converso: pero mi venida no tiene relacion con el subsidio de hombres de guerra, que ciertamente no es mirado allá en Madrid mas que como una atencion al deudo que hay entre vos y mi señor.

—Ah! ¿Con qué os trae otro objeto? Mi respetable tio no ha hecho todavía del todo las paces con el rey: ¿no es verdad? Y querrá que mi influjo le ayude?...

—No creo que pretenda por ahora estrechar demasiado su intimidad con S. A.; si bien, como buen vasallo, se inquieta,-y esto es natural,-por el mal estado de su salud.

—Ha empeorado la salud del rey? preguntó el maestre verdaderamente alarmado.

—El señor arzobispo dice que S. A. camina insensiblemente á una muerte rápida. Por esto quisiera que no demoráseis mucho vuestro regreso á la córte; pues pudiera suceder que llegáseis tarde, y nadie sabe lo que, en tal caso acaeceria. No faltaria sin duda, quien aprovechase vuestra ausencia para influir en las últimas voluntades del rey.

—Si, si, lo comprendo: no se puede negar que la cosa es grave. Y si tuviésemos la desgracia de que se nos muriese el rey, seria menester quemaros vivo, maese Froilan.

—Oh! señor: si de ese modo se salvase el rey, seria bien empleado mi sacrificio.

—No me quereis entender, repuso el maestre. ¿Qué diablos de filtro fué aquel que disteis á S. A. el dia de Reyes?

Froilan miró al maestre con ojos asombrados, y preguntó á su turno.

—En qué os fundais para suponer?....

—Eh! interrumpió, tal vez con poca prudencia, el viejo cortesano. La Perpétua noche ha quedado estinguida con la muerte de Abiabar y Abacuc, y ya no hay peligro en hablar de sus secretos. Pero, en fin, lo hecho no tiene remedio: lo que ahora importa es no dormirse. Diantre! Bueno seria que se nos fuese el rey de entre las manos á la mejor ocasion!

En consecuencia de esta plática; el maestre envió emisarios á Trujillo con proposiciones definitivas, á fin de que la fortaleza le fuese entregada en el término de tres dias, amenazando hacer uso de la fuerza, en caso contrario. Froilan de Ávila, por otra parte, entró en cuentas consigo mismo, y calculó que, si el rey se moria, y fracasaban los planes del maestre, podia el negocio tener para él fatales resultados. Dedujo de esto que, si bien la Perpétua noche se hallaba disuelta de hecho, subsistian sin embargo sus juramentos, de los cuales nadie le habia relevado, y era deber y tambien interés personal suyo cumplirlos, castigando, si podia, al que declaraba sin reserva los secretos de aquella hermandad.

Atrevida era esta resolucion; pero el Beato era hombre á quien solo detenian los medios de llevar á cabo una empresa, mientras estos medios no le salvaban de ulteriores compromisos.

Al dia siguiente, despues que Gracian de Sesé hubo recibido la última intimacion del maestre, se presentó en el campo de éste un charlatan, cargado con una caja de medicinas y estractos, segun él mismo, de maravillosos efectos para toda clase de dolencias físicas y morales.

—Venid, venid á mí, jóvenes y viejos, robustos y débiles, grandes y pequeños, gritaba con voz cascada y desapacible el charlatan, mostrando los botes en su caja abierta, y suspendida delante de sí por medio de una correa. Venid y encontrareis el bálsamo infalible del famoso encantador Melisendro, estracto de la sangre del ave Fénix, que hace invencibles á los que lo toman y resucita á los muertos de cuchillada: ved aqui el específico admirable del sábio Merlin, que alarga la vida á todo el que la sabe conservar, y quita las arrugas y las canas de la

vejez: aqui traigo los polvos de la madre Celestina, con los cuales no hay mujer que no se enamore del que la ha de enamorar: tengo el preservativo mas eficaz contra las brujerias, los hechizos y las muertes repentinas, de que Dios nos libre; el agua de las siete virtudes, el aceite de buen vivir, la triaca de enamorados, el amuleto contra demonios, lepra y fuego de San Anton; los rosarios de Santa Casilda, que curan el mal de estómago. Venid, venid, aqui hay de todo y para todos, y se dá por poco dinero: venid y ved.

Asi andaba publicando sus mercancías y aligerando multitud de bolsas; pues constantemente se veia rodeado de compradores: ya eran hidalgos viejos que buscaban el elixir de la virilidad, ó el confortativo contra sus achaques; ya soldados de valor dudoso que aspiraban á la inmortalidad; ya jóvenes enamoradizos que pretendian contagiar de su mal á las señoras de sus pensamientos; ya celozos que deseaban fijar lo volubilidad de afectos de sus amados. Cada cual, en fin, procuraba proveerse del específico que mas le hacia falta, sin esceptuar los rosarios de Santa Casilda, ni los escapularios contra rayos y centellas.

Entre tanto, el charlatan iba recorriendo todo el campo, y al descuido con cuidado se informaba detenidamente de la cuantía de las fuerzas del maestre, del espíritu de sus tropas, de los capitanes que le acompañaban, y de los medios de ataque reunidos para combatir el fuerte de Trujillo. Era un espía encubierto bajo la apariencia de vendedor de remedios universales.

Cuando mas engolfado estaba en la espendicion de sus preciosas mercaderías, acertó á pasar junto á él la comision que regresaba de Trujillo, y reparando uno de los enviados en la muchedumbre que rodeaba al charlatan, detúvose á observar lo que aquella era, y mirando atentamente á nuestro hombre, gritó con voz de autoridad:

—Ténganse todos, y denme auxilio para prender á ese malvado embaucador.

El mercader de drogas palideció y trató de escabullirse; pero el enviado se acercó mas á él, señalándole con el dedo y diciendo:

—Es un espía ó un envenenador: nadie haga uso de los malditos filtros que vende, si no quiere ser víctima de su malicia.

Los que habian comprado bálsamos, polvos ó aguas de todas virtudes palidecieron á su vez, se miraron unos á otros, y amenazaron con los puños al pobre diablo, que temblando como un azogado, habria dado en aquel momento la mitad de su vida por un elixir que le hiciese invisible, ó al menos impalpable.

Pero no habia salvacion para él: varios soldados le rompieron la caja, le sugetaron, y guiados por el acusador, le condujeron á la presencia de D. Juan Pacheco. Entre tanto corria la voz por todo el campo de haber sido preso un espía, un envenenador, un nigromante, y la multitud se agolpaba á reconocer al reo de tan feos delitos: por otra parte se divulgaba la fama de que el charlatan habia venido á envenenar el ejército del maestre, y los que poseian algun específico de su mano, se apresuraban á tirarlo, advirtiendo entonces como era que les hubiesen dado por tan poco dinero unas sustancias, cuyo valor tanto se encarecia.

Entre los que acudian en tropel á ver el delincuente, muchos se adelantaron á insultarle, y habiendo un soldado tirádole de las barbas, se quedó con ellas en la mano: creció con esto la algazara y gritería de los curiosos, y entonces hubo algunos que, mirando con cuidado á aquel hombre, comenzaron á gritar:

—Le conocemos! Le conocemos! Es Piel del Diablo!

Estas voces llegaron á los oidos del maestre, que asomándose á una ventana de su alojamiento, dijo:

—Hola! Hola..! Buena pesca! Veamos que visita será esta de mi amigo Briando.

Y bajó á la calle á recibir á su antiguo confidente, dispensándole un honor que él no podia esperar.

Fórmose un círculo de caballeros y soldados, alrededor de D. Juan Pacheco y del acusado, y adelantándose el que le habia detenido, dijo:

—Este hombre, señor, estaba ayer en la fortaleza de Trujillo, de lo cual infiero que es agente de Gracian: acabo de encontrarle disfrazado con barba postiza, y espendiendo venenos y cosas de mágia en nuestro campo. Asi que es un espía ú otra cosa peor, y le he preso para que le juzgueis.

—Bien hecho, contestó el maestre. Acércate un poco, Briando: tiempo hace que no nos vemos. ¿Qué te trae por aqui? Has venido quizás á recoger el collar que te tengo prometido?

—Señor, dijo Piel del Diablo, aparentando serenidad. Yo no soy nunca ingrato, ni puedo olvidar que he comido el pan de vuestra señoría. He venido únicamente con el buen fin de veros, si podia, para comunicaros noticias importantes.

—Ah! ya. Oigamos esas noticias.

—Habeis de saber que el alcaide de Trujillo, aunque aparenta poder sostenerse, está reducido á la última estremidad. De la villa no le dan auxilios ningunos, y difícilmente podrá mantener á su gente por espacio de cuatro dias. Le faltan víveres, y la poca agua que tiene en una cisterna está emponzoñada con trigo, que yo he puesto en ella.

—Siempre fuiste un buen criado, repuso el maestre, yo recompensaré tus servicios, colocándote, como mereces, en un alto puesto.

Y volviéndole la espalda, dijo algunas palabras en secreto á un oficial, y se entró en la casa con los emisarios.

El oficial mandó buscar un sacerdote, y no encontrado á mano mas que á los dos familiares del arzobispo Carrillo, estos se encargaron de poner bien con Dios á Briando: colocáronse uno á cada lado, y habiendo hecho venir á Fernandito Alturas, que era de la comitiva del maestre, sin mas forma de proceso ni sentencia rodearon de picas y arcabuces al reo, y le condujeron al pié de un álamo entre la algazara y los insultos de la soldadesca.

Horriblemente grotesco era el espectáculo que presentaba esta escena. Por una parte, Piel del Diablo, que nunca habia mostrado cobardía, estaba consternado: la idea de la muerte,

que en otros le pareciera cosa de divertimiento, pasando por él, habia consumido instantáneamente sus jugos vitales, contrayendo sus miembros, como el fuego arruga una piel: tenia los ojos fijos en la tierra y daba diente con diente. Por otra parte la figura brutal de Alarcon y el aspecto compungido del Beato, formaban un contraste risible y digno del pincel de Goyo. Detrás de ellos, y para completar este cuadro estravagante, chocaba la faz risueña de Fernandito Alturas, el cual se esforzaba en distraer á su víctima con chistes chocarreros y desvergonzados.

—Vamos, pensad en Dios, y arrepentíos de vuestras malas obras, decia Alarcon: en este mundo el que la hace la paga. Conque asi, paciencia y barajar.

—Hijo mio, añadia Froilan: Dios es misericordioso. Haced un acto de verdadera contricion: perdonad á vuestros enemigos.

—Ea, camarada, decia Fernandito: á cada puerco le llega su san Martin. Alégrate, con mil diablos, que al cabo, no es poca fortuna pasar por las manos de un amigo.

Briando no chistaba; pero cuando se vió junto al lugar del suplicio, murmuró:

—Conque no hay remedio?

Y alzando los ojos, en que brilló un momentáneo relámpago de ira, añadió:

—Permitidme decir mis culpas al hermano Froilan de Ávila. Puesto que he de morir, justo es que se me deje al menos el cuidado de mi alma.

—Si, eso es justo, es justo, dijeron todos: y se retiraron á una distancia suficiente para no oir la confesion de Briando.

Este miró atentamente á su desautorizado confesor, y despues de un corto silencio, le dijo:

—Tiempo hace que nos conocemos, hermano Froilan.

—Sí, hace tiempo.

—De modo que bien podreis absolverme sin necesidad de que yo os confiese mis pecados. Esto es lo de menos, puesto que vos creeis lo mismo que yo en el cielo y en el infierno.

—Si, hijo mio, los dos debemos creer que nos aguardan premios ó castigos en la otra vida, segun nuestras obras.

—Por eso, hermano mio, quiero despedirme de este pícaro mundo haciendo antes una buena obra. Os conozco perfectamente, y presumo que tarde ó temprano, estando en relaciones con los poderosos, vendreis á pasar al duro trance en que me veo.

—No penseis en mi, hijo mio: pensad en vos.

—Si, tenedlo por seguro: el maestre ó el arzobispo ó cualquiera otro señor de su alcurnia os hará ahorcar mañana ó el otro. Si yo hubiese poseido antes de ahora cierto específico que guardo en este bolsillo, es indudable que mi señor no habria podido entregarme nunca á las manos del verdugo; porque tiene la virtud de impedir que los mas fuertes nos dañen. Pero ya que yo no puedo aprovecharlo, he pensado en vos para nombraros mi heredero. Meted la mano aqui, en el bolsillo de la izquierda, y encontrareis una cajita; dentro hay unos polvos: cuando tengais recelos de haber incurrido ó poder incurrir en el desagrado de algun grande, poned una pequeña cantidad de esos polvos en su almohada, y de seguro calmareis para siempre su animadversion contra vos.

Froilan, con la perspicacia de los criminales, adivinó en estas palabras una intencion dañada; pero se guardó de hacer gala de su penetracion, y repuso:

—Hijo mio: Dios premiará el celo con que procurais que no quede perdido por el mundo ese específico maravilloso. Dádmelo que yo lo guardaré por si acaso me fuese menester hacer uso de él, que no lo espero; y apresuraos á confesar, pues ya se impacienta la gente.

—Dadme la bendicion y hemos concluido, pues ni vos teneis facultad para absolverme, ni yo necesidad de vuestro perdon. Si hay algo mas allá de esta vida yo veré el modo de componerme con quien me haya de juzgar.

—No blasfemeis, hijo.

—Dejadme en paz: prefiero á vuestras exortaciones las chanzas bestiales del verdugo.

El beato, viendo que gastaba el tiempo en valde, sacó del bolsillo de Briando la cajita que este le habia indicado, le echó la bendicion, y se retiró diciendo:

—Cúmplase la justicia humana!

En breve rato desempeñó su horrible cometido Fernandito Alturas, dejando á Piel del Diablo pendiente de la rama de un árbol.

Llegó la noche y con ella la hora de los crímenes silenciosos y de los remordimientos. Mientras el maestre celebraba un consejo con sus capitanes para decidir si convenia ó no atacar al castillo, el Beato se deslizaba en su alcoba, como una serpiente, con ánimo de ensayar la eficacia de los polvos maravillosos del ahorcado. Esparció, en efecto, una corta cantidad sobre la almohada, y volvió á salir sin ser visto.

El consejo resolvió aguardar al tercero dia, y no obteniendo contestacion favorable del alcaide de Trujillo, emprender inmediatamente el sitio. Habiendo quedado solo el maestre, se asomó á una ventana que daba al campo: la luna llena iluminaba desde el cenit todos los objetos con su claridad fantástica: el viento soplando entre los árboles, mostró el anciano escéptico un bulto fúnebre que se balanceaba pendiente de una rama. Por primera vez en su vida tuvo supersticion y miedo el maestre: su imaginacion dió colosales proporciones al cuerpo inanimado de su antiguo camarero, y cual si un poder sobrenatural evocase en aquel instante sus recuerdos, parecióle ver levantarse en derredor de su víctima mil fantasmas acusadoras. Una voz misteriosa murmuraba á su oido: «Has castigado á ese hombre para borrar en él la memoria de tus intrigas y crímenes.»

El maestre sintió frio y se estremeció de piés á cabeza: hubo un momento en que creyó ver á Briando acercarse hasta la ventana, pendiente de su cuerda, riendo con sarcasmo y tendiéndole sus brazos agarrotados: tras de aquella vision se abria un abismo infinito; el abismo de la eternidad: el viento sacudió con

fuerza los árboles, produciendo un ruido semejante á una carcajada de gemidos.—D. Juan Pacheco se retiró de la ventana, cerrándola con violencia: llamó á sus criados y se acostó.

Al otro dia dispertó indispuesto: tenia hinchada una mejilla y un calor frio circulaba por sus venas. Convocados varios médicos, declararon que el mal era insignificante, y le propinaron un sudorífico.

Pero aquella leve indisposicion se fué agravando por momentos, y al tercer dia le fué imposible al maestre moverse de la cama. Sin embargo, dispuso levantar el campo, y se hizo conducir en hombros de esclavos al frente de los muros de Trujillo. Su ambicion era mas poderosa que el veneno letífero que le roia las entrañas.

En medio del campo y sobre una eminencia se plantó la tienda del maestre, quien mandó acometer á la fortaleza sin demora. D. Diego Pacheco habia venido tambien al ausilio de su padre, pero mas inquieto que él mismo por su salud, permanecia á su lado la mayor parte del tiempo. No era infundado el anhelo del jóven marqués, pues observaba que los médicos tenian poca seguridad en la eficacia de los remedios, y que el enfermo se agravaba; la inflamacion de la mejilla habia interesado á la garganta y amenazaba invadir el pecho.

Amaneció el dia cuatro de octubre. Las huestes del maestre se aprestaban para un asalto decisivo, apoyado por la villa que habia ofrecido obedecer al rey. En el momento de dar los clarines la señal del combate, acometió á D. Juan Pacheco una tos violenta, que fué seguida de una copiosa hemorragia de los pulmones. Los médicos declararon entonces que era mortal la dolencia, y se dispuso traer un confesor de la poblacion inmediata.

Pero no por esto decaian los brios, ni se templaba la codicia del enfermo. A su lado estaba con un crucifijo en la mano el confesor, cuyas oraciones repetia maquinalmente: á los piés del lecho, D. Diego, consternado, se cubria el rostro con las manos, para ocultar sus lágrimas: de tiempo en tiempo entraba algun caballero, empolvada la armadura y salpicada de sangre, y en-



Muerte de D. Juan Pacheco.

tonces el maestre se incorporaba, y apartando con una mano el crucifijo, preguntaba:

—Se ha entregado el castillo?

A la respuesta negativa del caballero, volvia á caer en el lecho privado momentáneamente de fuerzas, y seguia repitiendo las palabras religiosas que decia el sacerdote:

Una vez llegó hasta la tienda el estruendo del combate, como el bramido del huracan desencadenado, á tiempo que entraba un caballero en ella.

—Qué es eso, Melendo? preguntó el maestre. Se rinde al cabo Gracian?

—Señor, contestó el caballero, se hace lo posible para rendirlo.

—A ver? repuso el maestre apoyándose en un codo: levantad ese paño de la tienda: quiero observar lo que pasa.

—Señor, dijo el religioso: no os cuideis de las vanidades de este mundo: pensad en Dios! Implorad su divina misericordia.

El maestre apartó el crucifijo que le presentaba el sacerdote, y se puso á mirar con avidéz por el claro que dejaba el paño levantado por el caballero: desde alli veia las vicisitudes del combate.

No triunfamos hoy! exclamó dejándose caer en el lecho.—Y sintiendo que le abandonaban las fuerzas, llamó á su hijo.

—Don Diego, barbotó: si muero antes que el castillo se entregue, ocultad mi muerte... Oye... añadió, atrayendo al jóven hácia sí: el rey vivirá poco:... no te apartes de su compañía... procura ser el tutor de su hija.... es menester que obtengas el maestrazgo de Santiago... y despues... Adios! No puedo mas...

Habia perdido el habla. Un vómito, que le sobrevino en seguida, le dejó ahogado. Pero, aun durante algun tiempo, la movilidad de sus facciones siguió espresando combinaciones ambiciosas, que se formaban y deshacian en lo íntimo de su pensamiento.

La última voluntad del maestre fué cumplida: su muerte se tuvo oculta, hasta que Gracian de Sesé, cediendo á la necesidad, entregó la fortaleza de Trujillo, recibiendo en cambio y en propiedad un pueblo de Galicia.

Despues de haber tomado posesion de Trujillo y de haber hecho las honras fúnebres al maestre, D. Diego vino á Madrid, á recoger como herencia el favor del rey Enrique.

Froilan de Ávila rezó cien *Pater noster* sobre el féretro del ilustre difunto, y volvió con su compañero Alarcon al lado del arzobispo.



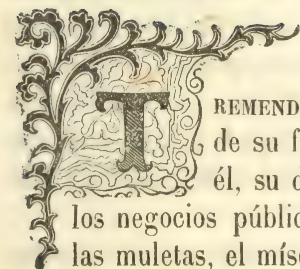


CAPÍTULO ÚLTIMO.

QUE EL AUTOR DIVIDE EN DOS PARTES PARA MAYOR CLARIDAD.

I.

La voluntad del rey



TREMENDO golpe fué para D. Enrique la pérdida de su favorito: acostumbrado á descansar en él, su débil espíritu desfalleció bajo el peso de los negocios públicos: como el paralítico á quien roban las muletas, el mísero monarca vacilaba, y no se atrevia á dar un paso, por temor de estrellarse. Tenia siempre en su oido las últimas palabras del maestre: «con gran dolor me separo de vos, porque presiento alguna desgracia.» Y para colmo de su desdicha, la vision nocturna de Jarifa, parecia ensañarse cada dia con mas furia en su cérebro enfermo.

Mil veces hablando alto consigo mismo, murmuraba: «Isabel triunfará á despecho de todo el mundo, y mi nombre pasará deshonrado á la posteridad.»

El partido de doña Juana no desconocia la crítica situacion

del rey; pero nadie osaba hablarle de hacer testamento: nadie tenia el valor de decirle que se moria.

Como en tiempos del rebelde D. Alfonso, habia dos córtes en Castilla; una numerosa, pero compuesta de gente lisonjera y avara de riquezas, en Madrid; otra en Segovia, reducida, pero formada de hombres leales y capaces de arrostrar el infortunio.

Entre estas dos córtes y entre las diferentes banderas que representaban y se tenian dispuestas á enarbolarlas en un prócsimo porvenir, habia un tercer partido, acaso el mas numeroso de los tres: el de los indecisos, anfibios políticos de todos los tiempos, que aguardaban una ocasion para animarse al bando mas pudiente y vencer con su peso el fiel de la victoria, gente desorganizada y sin gefe, pero temible, como materia dispuesta á servir de instrumento al mas osado. A vivir mas tiempo D. Juan Pacheco, tal vez habria reunido bajo su mano estos elementos dispersos; pero á falta de él, estaba alli su tio D. Alonso Carrillo, que sin reñir ni amalgamarse con ninguna de las dos córtes, era la personificacion del bando intermedio, y tenia intencion de servirse de él en un momento dado. A pesar de sus pasadas desavenencias con doña Isabel, conocia que esta era querida del pueblo castellano, y procuraba estar bien con ella, pensando ayudarla, bajo condicion de mandar él solo en el reino; pero tambien se prevenia para seguir el opuesto rumbo, seguro de arrastrar con la influencia de su ejemplo á toda la caterva de gentes sin opinion.

Un acontecimiento escandaloso que ocurrió por este tiempo, dará una cabal idea de la conducta que se proponia seguir don Alonso Carrillo. Todo el favor dispensado por el rey á D. Juan Pacheco, fué transmitido con creces y en pocos dias al hijo y heredero de aquel magnate. Don Enrique, sin consultar los capítulos de la órden de Santiago, confirió por sí y ante sí al jóven marqués la dignidad de gran maestre, pero los caballeros hicieron en Uclés y en Castilla otros dos nombramientos para el mismo cargo. Con este motivo, D. Diego comenzó á recorrer todos los pueblos del maestrazgo, ganando votos que confirmasen su

eleccion, y habiéndose presentado en casa del conde de Osorno, uno de los personages mas influyentes de la órden, este le hizo prender, y conducir á la fortaleza de Fuentidueña. «Sabido aquesto por el rey, dice la crónica, fué tan indignado, é rescibió tan grande enojo, que se le dobló su mal.» Y como amaba tanto al marqués, salió en persona á negociar su rescate, y no lográndolo, «acordó verse con el arzobispo de Toledo, continua la crónica, en un lugar llamado Villaverde: donde vistos, quedaron muy conformes, para que dende allí adelante el arzobispo fuese enteramente suyo.» El arzobispo, á consecuencia de esta entrevista, puso cerco á Fuentidueña, prendió á la condesa de Osorno y á un hijo suyo, que salieron á tratar con su hermano D. Lope Vazquez de Acuña, y llegó á interesar, por obsequio á la paz del reino, en este negocio al cardenal de España y al condestable de Castilla. Restituido el marqués á la libertad, continuó el arzobispo cultivando sus relaciones con los amigos de doña Isabel.

Con esta política doble llegó á ser D. Alonso el grande mas temido y el mas solicitado de los dos partidos que aspiraban á la dominacion de Castilla.

Eran los primeros dias del mes de diciembre: Madrid estaba lleno de hombres políticos de todos los bandos, ocupados por una sola idea: la enfermedad incurable del rey. Este, sin embargo, se esforzaba, por decirlo asi, en dar treguas á la muerte, como si en su mano estuviese dilatar el momento fatal: padecia mucho, física y moralmente: su cuerpo pálido y demacrado era un esqueleto ambulante: pero, con todo, se hacia ilusiones, y concebia locas esperanzas de recobrar la salud, pensando en futuros goces.

Llegó un dia, sin embargo, el once de diciembre, dia en que la mas positiva de todas las realidades se presentó inflexible á la cabecera de su lecho de dolores. Allí estaban, cerca de su dormitorio el condestable y el almirante de Castilla, el cardenal de España y el arzobispo de Toledo, los duques de Arévalo, de Alburquerque y de Alba, D. Rodrigo Alonso Pimen-

tel, conde de Benavente, el marqués de Santillana, el de Villena y otros grandes del consejo del rey. Hablaban entre sí unos con otros, buscando cada cual á los de su partido, y calculándolos á consecuencia de un acontecimiento por todos previsto, menos por aquel á quien mas personalmente interesaba.

Varios médicos reunidos para asistir al augusto enfermo, entraban de puntillas en el dormitorio régio, volvian á salir, y daban órdenes en secreto á los camareros, ó se consultaban con la mayor reserva. A las preguntas que les hacian los grandes contestaban con monosílabos; hasta que por último, llegada la noche, creyeron inevitable declarar terminada su mision, y necesaria la de un confesor.

Todos los grandes se agitaron interiormente al oir esta declaracion de los físicos: todos vieron en ella la señal de un sangriento debate. La cuestion magna de la sucesion en el trono, por tanto tiempo disputada, iba á quedar intacta y sugeta á la decision de las pasiones, de los intereses encontrados y de las armas: era forzoso conjurar la tormenta que asomaba negra y espantosa en el horizonte; pero ¿cómo hacerlo? Habria tiempo para que el rey declarase su voluntad estrema? Y contando con que lo hubiese, ¿la presencia misma en el alcázar de tan poderosos y opuestos contendientes, no seria un obstáculo á la libre emision de aquella voluntad? ¿Quién no temia ver convertida la cámara mortuoria del rey en palenque abrasado de los partidos?

El cardenal de España, con su estraordinaria prudencia, propuso que inmediatamente se llamase á Fray Pedro Mazuelos, prior de San Gerónimo, y confesor del rey, para atender á lo mas esencial por el momento, que era la salvacion del alma, y mientras el reverendo padre venia, indicó la conveniencia de que éste, como depositario de la conciencia real, indicase á don Enrique la necesidad en que estaba de nombrar sucesion con arreglo á ella.

Pareció bien á los demás grandes el consejo del cardenal; pero no obstante, D. Diego Pacheco y el duque de Arévalo comenza-

ron á consultarse separadamente, y atrajeron hácia el hueco de una ventana al arzobispo Carrillo.

—Es menester no descuidarse, dijo el duque: los momentos son preciosos, y la última declaracion del rey puede ser decisiva.

—El señor arzobispo nos ayudará con su consejo, añadió el de Villena.

—Lo principal, dijo el arzobispo, es saber con quien se puede contar: el prior de San Gerónimo me parece hombre recto. ¿Es amigo vuestro, sobrino?

—Mi difunto padre, como sabeis, favoreció mucho á su convento, edificado por el rey, merced á sus consejos.

Salia en este momento de la alcoba real, el secretario Juan Gonzalez de Oviedo.

—¿Cómo dejais á S. A., señor Juan de Oviedo? le preguntó el arzobispo.

—Muy mal, señor, muy mal.

—Y no ha testado? Nó piensa testar? dijo el duque de Arévalo.

—No ha testado, y su cabeza está poco segura.

—No le abandoneis, dijo el de Villena.-Y apretándole la mano, añadió en voz muy baja:-Bien sabeis que soy el depositario de su hija: contad con mi gratitud.

Juan de Oviedo contestó apretando la mano del marqués, el cual viendo en esto á D. Beltran de la Cueva que le observaba, le hizo seña con la cabeza para que se acercase.

—No cabe duda, señor duque, le dijo, que apoyareis nuestros deseos.

—Don Beltran, añadió el arzobispo, debe de querer, como todos queremos, que el rey no fallezca sin confirmar sus mas solemnes votos.

—Yo, señores, repuso el pundonoroso D. Beltran, me abstengo por ahora de entrar en ninguna combinacion; y sea cualquiera la última determinacion del rey, obraré segun las inspiraciones de mi conciencia, y segun el voto de la nacion.

—Es decir, insistió el de Arévalo, que apoyareis la legitimidad de la princesa doña Juana.

—No he dicho nada de eso: aguardo la declaracion del rey, y despues la de las córtes del reino.

El cardenal Mendoza, el conde de Benavente, el marqués de Santillana, el duque de Alba y otros formaban grupo aparte; pero pudieron oir la contestacion del de Alburquerque, dicha en voz natural.

—Ese es mi parecer, dijo el cardenal.

—Y el mio, añadió el marqués de Santillana: el rey no debe sufrir coaccion ninguna en estos momentos.

La llegada de Fray Pedro Mazuelos atrajo la atencion de los dos bandos, que se agolparon hácia el fraile con los ojos chispeantes de emocion: en aquel hombre cifraban todos sus esperanzas de triunfo, y cada cual habria puesto á sus piés el mejor de sus estados por comprarle la conciencia. Un sentimiento de pudor retenia, sin embargo, las lenguas. Por fin el arzobispo, se adelantó, y asiendo de la mano al prïor, le dijo:

—No os detengais: de vuestro celo penden la salvacion del rey y el porvenir del reino.

Todos los demás hablaron entonces á una, turbando el silencio necesario en la real cámara.

—Entrad, entrad, dijo el cardenal: recoged la última voluntad de S. A.

El estado abatido del rey contrastaba de una manera dolorosa con el hirviente cráter de pasiones que bullian á su alrededor. Reclinado en su lecho de muerte, consumido por una fiebre lenta, sobresaltado de trecho en trecho por visiones fatídicas, ni aun fuerzas para quejarse tenia, y acaso hasta le faltaba la conciencia de su situacion.

El confesor entró, y con los miramientos debidos, le insinuó la necesidad de recibir los consuelos de la religion. Abrió entonces desmesuradamente los ojos, y murmuró:

—Tan malo estoy!... Vamos pues.

La confesion duró dos horas, tiempo bastante para que la

escasa fuerza de voluntad del rey quedase completamente agotada. La inercía que por espacio de muchos años le habia dominado, adquirió en aquel momento supremo un imperio absoluto.

Apenas apareció el confesor en la cámara real, los grandes le asaltaron preguntándole si habia dispuesto algo el rey.

—No ha dispuesto mas que lo que interesa á su alma, pero quiere nombrar por sus albaceas al señor cardenal y al señor marqués de Villena.

Un rumor de estrañeza acogió estas palabras.

—Su Alteza desea que no haya discordias, continuó el prior: yo mismo he creido que las dos altas personas nombradas podrán evitar futuras desavenencias.

—Pero nombra heredera á doña Juana?

—Nombra á doña Isabel? Preguntaron á un tiempo varios de los dos bandos.

Fray Pedro Mazuelos, que debia y temia mucho al de Villena y al arzobispo, estuvo un momento indeciso y luego contestó.

—Su Alteza deja confiada su hija al señor cardenal y al señor marqués.

—Luego ella es la heredera!

—No es!

—Si es!

Movióse un fuerte altercado, nada propio de aquel lugar ni de aquellos momentos. El arzobispo y D. Alvaro de Estúñiga, duque de Arévalo, aprovecharon la confusion para entrar en el dormitorio del rey. Juan de Oviedo estaba ya al lado del enfermo, á quien arrancaba algunas postrimeras disposiciones, que iba escribiendo.

—Continuad, señor decia el secretario.

—Mira, déjame, contestaba el rey: Ya es bastante.... Mañana seguiremos.

—Pudiéramos, sin embargo, si no desagrada á V. A., dejar esta noche nombrada la persona que os ha de suceder.

—Bien: pon lo que quieras; pero déjame descansar.
—Doña Juana!....
—Qué? Qué has dicho? Doña Juana!.... Si, eso es.... Mi legítima hija.... Pero no, no: deja eso. No seas pesado. Me estás martirizando.
Juan de Oviedo dejó caer la pluma sobre el papel. En este momento entraron el de Arévalo y el arzobispo.
—Moveis tanto ruido, barbotó el rey casi aletargado, que no me permitis dormir..... Ya debe de ser muy tarde.
—Señor, dijo el duque: un rey no debe dormir cuando se decide la suerte de su reino.
—Qué hay?.... Pues qué sucede?
—Señor la vida es breve, dijo el arzobispo: ¿quién sabe, al dormirse, si despertará?
—Es verdad, repuso el rey. ¿Has puesto eso, Juan? Que se pague á todos mis criados.... que se digan misas por el descanso de mi alma en el monasterio de San Gerónimo del Paso.... que me entierren al lado de mi madre.....
—Ya está: ¿y os sucederá en el trono.....
—Qué se yo de eso?.... No podreis arreglarlo sin discordias?
—Y quién lo ha de arreglar? preguntó el de Arévalo.
—Ya lo he dicho: D. Diego y el cardenal.
—No bastan.
—Y Santillana.... y vos....
Varios grandes entraron, y el rey siguió nombrándolos maquinalmente.
—Y Benavente..... y el condestable..... Pero ¿me dejareis en paz? Me estais matando..... Si yo pudiera dormir!....
Un ronquido, nuncio del estertor de la agonía, salió de su garganta.
—Isabel.... ¿dónde está Isabel? preguntó luego: quisiera abrazarla y que me perdonase.
El prior de San Gerónimo volvió revestido con los ornamentos sacerdotales y con el Santo Viático en las manos.

Todos los presentes se postraron dejando en paz al rey, que ya pertenecia en cuerpo y alma á la religion.

Despues no fué ya posible hablarle de las cosas de este mundo: poseido de un delirio tranquilo en la apariencia, repetia sin cesar palabras inconexas.

Isabel..... decia: es buena..... me perdona..... se eleva sobre mi trono..... ¿Y qué dirán? El maestre.... que venga el maestre. —Guisando... Juro que doña Juana es mi legítima hija... Mentira!..... ¿Quién dice que es mentira?..... Mi conciencia!.... Yo no tengo conciencia Dios mio!..... Cuánto sufro!.... Tened piedad de mí!.....

Una hora duró esta cruel agonía del rey D. Enrique IV. Cuando espiró hacía una hora que iba camino de Segovia un emisario del arzobispo de Toledo con la noticia de que el rey habia muerto sin nombrar sucesion. Los partidarios de la Beltraneja sostenian, sin embargo, apoyándose en el dicho del P. Mazuelos, que su protegida era la heredera de la corona, por la voluntad del rey.

II.

La voluntad del pueblo.

El doce de diciembre por la noche se recibió en Segovia la noticia del fallecimiento del rey.

Andrés de Cabrera convocó inmediatamente al ayuntamiento de la ciudad, y le dió cuenta de lo ocurrido. El obispo, los nobles, los pocos grandes y titulados que allí habia y todas las personas de algun valer, acudieron solícitos á las casas consistoriales sin aguardar aviso.

En pocas horas pobló la plaza y las calles inmediatas al citado edificio un gentío tan numeroso, que difícilmente se habria podido transitar por ellas: y era por demás pintoresco el as-

pecto de esta muchedumbre, que agitada por un sentimiento vehemente, en unos de zozobra, en otros de curiosidad, de alegría y decision en los mas, ostentaba la animacion vivaz de los rostros á la luz indecisa de mil antorchas que el pueblo agitaba sobre sus cabezas.

La gran noticia corria de boca en boca, y la sensacion que producia se revelaba por un murmullo inarticulado, próximo á estallar en ardientes aclamaciones. La salida de Andrés de Cabrera de la casa de la ciudad fué la señal de esta esplosion mal reprimida.

—Viva la reina! Viva doña Isabel! fué el grito unánime que se oyó por todas partes.

Y sin necesidad de prévio mandato, los hombres, las mugeres y hasta los niños del pueblo comenzaron á trabajar en la plaza principal para erigir un tablado en que fuese solemnemente proclamada reina de Castilla la que ya de mucho tiempo reinaba en los corazones. El ayuntamiento y los nobles acudieron á secundar el pensamiento espontáneo de las clases inferiores, y cada cual se afanaba por contribuir, quien con su direccion y consejo, quien con sus ricos paños y joyas, quien con el trabajo de sus brazos á la construccion y ornato de aquel monumento de la adhesion de un pueblo á la mas virtuosa de las princesas.

Concluido el tablado, mas de cien hombres de todas clases y condiciones lo rodearon, teniendo sendas hachas encendidas en una mano y espadas desnudas en la otra, y asi permanecieron hasta la mañana siguiente.

Doña Isabel pasó casi toda la noche en oracion, rogando á Dios por el alma de su hermano, por el triunfo de las armas de su esposo, y pidiéndole iluminase su corazon y su entendimiento para el buen desempeño del enorme cargo que iba á echar sobre sus hombros.

Al amanecer, la poblacion entera de Segovia bullia en las calles, como si no hubiese dormido. De todas partes llegaban personages notables, seguidos de brillantes comitivas; y entre ellos llamó la atencion un caballero aragonés, que cubierto de polvo y

acompañado de un solo escudero, atravesó la apiñada muchedumbre y se dirigió al alcázar. Era nuestro antiguo conocido Guillen Sanchez, copero del rey Fernando que venia del Rosellon.

La reina le recibió en cuanto le anunciaron su llegada.

—Qué noticias me traeis, Guillen? le preguntó.

—Señora, las mas felices: Dios proteje á los buenos hijos y á los buenos caballeros. Estaba el rey D. Juan sitiado en la capital del Rosellon: un ejército formidable acampaba en la llanura, y el castillo de la ciudad lo ocupaban los franceses. El augusto anciano habia tenido que vender su manto de pieles, comia carne de caballo y de animales inmundos y estaba decidido á morir con todos sus valientes. En tales momentos trasmontaba el rey vuestro esposo las heladas cumbres de los Pirineos: sus fuerzas no eran la cuarta parte numerosas que las del enemigo; pero Dios las amparaba. Una negra nube nos envolvió de repente; ginetes y peones caminábamos entre el estruendo de los truenos. Algunos tuvieron esto por mal augurio y cobraron miedo; pero la nube descendió de las montañas y se estendió sobre la llanura; el sol radiante y puro nos iluminaba, y á nuestros piés veíamos brotar los rayos en un vasto caos y desvanecerse en el espacio. Asi llegamos sin ser vistos ni sentidos hasta las trincheras del campamento enemigo.

«—Aragon! Aragon! San Jorge! gritó á una vez nuestro ejército, y se lanzó al combate.—Aragon! repitieron los estenuados guerreros de la ciudad y corrieron en nuestra ayuda. Los franceses llenos de estupor, aterrados por la sorpresa ni aun tuvieron tiempo para empuñar las armas: cuatro mil muertos y prisioneros, multitud de tiros, y ganados y banderas fueron el premio de nuestra victoria.»

—Oh! Loado sea Dios!

—Grande fué nuestro júbilo, grande nuestro entusiasmo, Señora; pero nada igualó al enternecimiento con que vimos al augusto octogenario, salir sin mas abrigo contra el frio que su armadura y abrazar á su hijo derramando lágrimas de gratitud.

—Hijo mio, apoyo de mi ancianidad, Dios te dé su bendicion! le dijo. Y nosotros todos llorábamos tambien como niños.

—Buen Guillen, cuanto te agradezco esas nuevas! La fortuna te favorece: toma algun descanso, y vuélvete á tu señor: díle que los castellanos le aguardan para sentarle á mi lado en el trono de Castilla.

Doña Isabel pasó á vestirse con los ornamentos reales, porque ya las autoridades y el pueblo de Segovia la esperaban impacientes. Una numerosa comitiva, compuesta del clero, de los nobles y del ayuntamiento en trajes de ceremonia, llegó á buscarla, recibiéndola bajo un dosel de rico brocado, y llevándola en solemne procesion á la plaza mayor de la ciudad.

Iba doña Isabel magníficamente vestida de reina á caballo en un palafren, cuyas riendas llevaban dos oficiales de la ciudad: delante marchaba en calidad de alferez á caballo el anciano don Gonzalo Chacon, con la espada desnuda en señal de soberanía: Los grandes con lucidos acompañamientos llevaban en bandejas de oro la corona y el cetro.

Llegados al pié del tablado, el obispo, vestido de pontifical se detuvo y volvió para recibir á la reina: los grandes y los concejales formaron calle doblando la rodilla, y subieron á la alta estrada en pos de la augusta señora, que se sentó en el trono.

Un heraldo proclamó en alta voz:

«Castilla! Castilla por el rey D. Fernando y su consorte doña Isabel, reina propietaria de estos reinos!

Al mismo tiempo dos caballeros levantaron los reales pendones, y entre el clamoreo de la multitud resonaron el alegre repique de las campanas y el estampido de la artillería del alcázar, que anunciaban la exaltacion al trono de la nueva soberana.

Los grandes personages presentes fueron llegando de dos en dos á besar la mano y rendir homenage á doña Isabel, la cual, terminada esta ceremonia, pálida de emocion, se levantó, y poniendo la mano sobre los evangelios, juró guardar los fueros y las libertades del reino.

En seguida bajó del tablado, montó en su palafren, y acom-



La proclamacion.

pañada de la misma comitiva y del pueblo que la victoreaba al pasar, se dirigió á la iglesia catedral, en donde, cantado el *Te-Deum*, se prosternó delante del altar mayor, é imploró la proteccion divina.

Poco á poco fueron llegando á Segovia los principales magnates del reino: acudieron de los primeros el cardenal Mendoza, su hermano el marqués de Santillana, el condestable de Castilla y el conde de Benavente, cuatro de los seis que D. Enrique habia nombrado albaceas en su última voluntad. Despues se presentaron el arzobispo de Toledo, el duque de Alba y el almirante, no siendo de los últimos el duque de Alburquerque, don Beltran de la Cueva: como habia prometido, escuchaba y seguia lealmente la voz de su conciencia.

Dos meses despues, las córtes del reino, reunidas en Segovia, confirmaban la solemne proclamacion hecha en aquella ciudad, y reconocian á D. Fernando como rey de Castilla.

Los nuevos reyes no olvidaron en su grandeza los servicios que les prestaron sus vasallos en la desgracia. Don Andrés de Cabrera fué nombrado marqués de Moya; Gutierre de Cárdenas recibió el título y señorío de Maqueda y Torrejon, con la alcaidía de las fortalezas de Carmona, la Mota y Chinchilla; el marqués de Santillana fué hecho duque del Infantado, y asi á este tenor otros fieles servidores obtuvieron señaladas mercedes.

No fueron tampoco olvidados algunos de los personages oscuros que han figurado en esta historia. Cuando á poco de este tiempo dió á luz la reina al infante D. Juan, dictaban órdenes y se hacian respetar en las cocinas reales, como reposteros y proveedores de la real mesa, los antiguos posaderos de la venta del *Puerco cebado* y de la *Clara de huevo*. Leandra se habia civilizado, y llamaba la atencion por sus finos modales y su economía y aseo: Bonifacio ostentaba un vientre escandaloso, y se hacia notar por su sandez siempre creciente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA PRIMERA PARTE.

DOS PALABRAS

DEL AUTOR DE ISABEL PRIMERA, Á LOS SUSCRITORES,

EN DESCARGO SUYO Y DEL EDITOR.

Me precio de justo, lo bastante para no permitir que recaigan en otro faltas que pueden ser mias, y estimo en mucho la benevolencia de los que tienen á bien leer mis pobres producciones, para que no confie en su indulgencia. Varias son las faltas para que la necesito: algunas, sino todas, independientes de mi voluntad y contra mi buen deseo.

No ha seguido la publicacion de esta primera parte de Isabel el curso rápido y regular que prometió su editor: no es culpa suya, sino efecto de tres enfermedades que he padecido mientras la escribia, tambien de los estorbos de la censura, y de los inconvenientes ocasionados por los trastornos políticos, y por la calamidad que ha afligido á Barcelona. Me prometo subsanar la lentitud de la primera con larapidéz en la redaccion de la segunda parte.

Al acometer esta obra, me propuse trazar en dos grandes cuadros los dos notables períodos de la vida de Isabel la Católica; uno anterior á su reinado, y otro durante el mismo: solo asi podia ser completo el panorama de esa variada y extraordinaria existencia, cuyos actos públicos y gloriosos de todos son conocidos, pero que apenas ha sido tratada en sus afecciones íntimas ni en sus poéticas adversidades. Medí mal, sin embargo, la vasta latitud de mi empresa, y cuando, á medida que avanzaba, comprendí la inmensidad del personage, conocí que no cabia en los límites que me habia impuesto. He procurado hacer que la amenidad de los episodios distragese al lector de la estension de la obra, y le aminorase el cansancio: si lo he conseguido, me reputaré perdonado.—Para la segunda parte pido que se me dispense el espacio de cuarenta entregas, que necesito para encerrar mi pensamiento, y servir bien á mis favorecedores.

La circunstancia de haberse impreso esta obra al mismo tiempo que se escribia, remitiéndose los originales de Madrid á Barcelona, y no pudiendo verlos ni corregirlos el autor, ni tener noticia de ellos hasta que ya estaban tirados, ha sido causa de que se deslien bastantes erratas, algunas notables, otras que habrian podido evitarse. Pero la clara inteligencia de los lectores habrá suplido esta falta, que, por lo demás, se procurará, asi lo espero, atenuarla en lo sucesivo.

Por las causas precedentes, y con ánimo de disminuir los entorpecimientos de la edicion, muchas de las descripciones de las láminas han sido dadas á los artistas antes de estar escritas las escenas á que habian de corresponder. De aqui el que su enumeracion haya resultado equivocada en los principios. Despues se ha salvado este inconveniente, poniendo epígrafes en lugar de números, y en adelante no volverá á reproducirse.

No hablo de los demás defectos, hijos de mi incuria, capacidad ó falta de talento, que pueda tener la obra: estos no merecen perdon, y solo sí confio en que serán disimulados por mis benévolos lectores, á quienes saluda con el afecto de amigo.

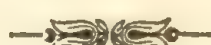
Madrid 8 de octubre de 1854.

Francisco J. Orellana.

ÍNDICE

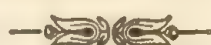
DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN LA PRIMERA PARTE DE ESTA OBRA.

LIBRO PRIMERO.



LOS AMORES DE LA INFANTA.

LIBRO II.



LOS BANDOS DE CASTILLA.

